LAS ESCLAVAS BLANCAS

CAROLINA INVERNIZIO

EDICIONES
MEDIA FANEGA

LAS ESCLAVAS BLANCAS

Carolina Invernizio

Novela

Le schiave bianche (1908)

Carolina Invernizio

@ de la traducción: Ediciones Media Fanega (2026)

@ Las esclavas blancas (2026)

TOMO I

Un matrimonio de amor

I

Un elegantísimo landó, arrastrado por dos soberbios corceles de pura sangre y conducido por dos cocheros de librea, se había detenido delante de una lindísima villa. Esta se hallaba contigua a una gran fábrica de tejidos y géneros de punto; fábrica antigua, en la que había empleados unos quinientos obreros, entre hombres y mujeres, y cuya mole se levantaba a unos dos kilómetros de Turín y en sitio espacioso, saturado de aire, de luz y de silencio.

Habitaban la villa los dos propietarios de la fábrica, dos hermanos que quedaron huérfanos en edad temprana, y poniéndose, muy jóvenes aún, al frente de aquella, le dieron en dos años un importantísimo desarrollo, dirigiéndola con actividad y energía realmente asombrosas.

Jorge llamábase el mayor. Era un buen mozo, rubio, de unas treinta primaveras aproximadamente, de regulares aunque severas facciones, ojos negros y brillantes y de mirada fría e incisiva. A los veinticinco años estaba prometido con una hermosísima joven, hija de un general, y la víspera de sus bodas le fue raptada de un modo trágico y espantoso.

La encontraron muerta en el baño que tenía por costumbre tomar todas las mañanas. Los médicos dijeron que se trataba de un síncope y alguien echó a volar la especie de que la muchacha se había suicidado. La verdad de lo ocurrido no se supo nunca o lo supo tan solo su prometido, aunque no la divulgó. Sin embargo, desde aquel día se encerró en un mutismo tal, que solo lo

quebrantaba para dar alguna orden o amonestar a los obreros. Se decía que no solo era severo, sino incluso cruel, especialmente con las mujeres; hablábase de castigos injustamente impuestos, de malos tratos infligidos a las jovencitas que no podían resistir el prolongado y cansadísimo jornal. Y lo cierto es que si por una parte era temido, por otra nadie le quería.

Osvaldo llamábase el menor, y gozaba fama de mujeriego; pero era tan alegre y expansivo y generoso y se mostraba tan franco con los obreros, que hacía olvidar hasta sus vicios. Reunía además Osvaldo la circunstancia de ser muy guapo. Era menos rubio que su hermano; sus ojos azules casi resultaban negros cuando les animaba la alegría, y en su apacible calma eran de una languidez encantadora. Cuidadoso de sus bigotes y dotado de un color sanísimo, una dentadura perfecta y una figura flexible y esbelta, su presencia despertaba desde el primer momento una invencible simpatía.

Aunque de grácil apariencia, el joven ocultaba unos músculos de acero, una fuerza realmente excepcional y una salud de hierro. Desde niño se había dedicado a todo género de deportes, sin descuidar la fábrica que le proporcionaba los medios de satisfacer los más costosos caprichos.

Jorge había sido casi un padre para su hermano; y cuando este le indicó que pensaba casarse, no encontró medio de oponerse, habida cuenta, sobre todo, de que Osvaldo fijó los ojos en Yolanda Falconi, hija única de un amigo suyo industrial; una muchacha que vieron crecer y desarrollarse y hacerse hermosa hasta el extremo de que a los diecisiete años era la admiración de todos.

Osvaldo, a su vez, era para Yolanda el primero y purísimo sueño de amor. El joven fabricante anduvo siempre loco por Yolanda; la amaba ya cuando vestía de corto y llevaba flotando su negrísima cabellera. ¡Era tan linda! Esbelta y flexible, estaba dotada de ardientes ojos, nariz perfecta y dientes de marfil que al par que

destacaban entre el carmín de sus labios, abrían con su sonrisa dos graciosos hoyitos en sus mejillas ligeramente sonrosadas.

Su matrimonio era, pues, de amor, sin contar con que la lindísima criatura tenía de dote un millón de liras. El noviazgo fue breve y la espléndida boda, que se celebró en una fría mañana de invierno, fue durante muchos días pasto de la crónica mundana y objeto a la vez de todas las conversaciones de la fábrica.

Algunas muchachas se preguntaban:

—¿Qué dirá Nilotta?

—Nilotta no tendrá más remedio que consolarse —contestaban otras —, como se consolarán Marietta, Lucía y Quintina, a quienes prometió don Osvaldo un buen regalo para cuando regrese de su viaje de novios.

—Por otra parte —decían otras—, bien está que la orgullosa aprenda lo que es el mundo. Pues ¿no se creía ya la dueña y nos trataba poco menos que a cintarazos?

—¿Pero y la pobrecita niña? —preguntaban las primeras, con acento sinceramente compasivo.

—Si don Osvaldo hubiese de reconocer a todos los hijos que tiene esparcidos por el mundo, fresco estaría; la renta de la fábrica no bastaría para mantenerlos.

Y a estas palabras sucedían risotadas sonoras que la encargada cuidaba de cortar oportunamente.

Nilotta no apareció por la fábrica durante la semana que siguió a la boda, y al volver, si bien llevaba impresas en el rostro las huellas de recientes padecimientos, como no justificó oportunamente su falta, don Jorge no admitió las razones que adujera y le dijo sencillamente que había sido reemplazada y podía pasar a la caja a cobrar lo que se le debía. La despidió con la mayor sangre fría.

Nilotta no opuso el menor gesto ni la menor palabra a las de Jorge; lívida y cadavérica se retiró. Una semana después nadie se acordaba de ella ni de la boda de Osvaldo. En la fábrica se aguardaba tranquilamente el regreso de este.

Jorge había hecho preparar el primer piso y la planta baja para los recién casados. Reservó para sí el piso segundo, que tenía una escalera particular de modo que podía ir y venir sin causar a nadie la menor molestia.

Se llevó consigo a la antigua cocinera de su familia, que le vio nacer, y cuyo marido hacía las veces de criado, cochero y jardinero a un tiempo, porque Jorge sentía pasión por las flores. A los recién casados se les destinó un servicio más joven, excepción hecha de la camarera, porque también Yolanda quiso a su lado a la mujer que la cuidara desde su infancia, a quien quería mucho y que conocía bien sus gustos y costumbres. Osvaldo prefirió un cocinero a una cocinera, porque decía que eran más hábiles y más limpios. La servidumbre tenía sus habitaciones en la buhardilla.

Era ya anochecido cuando los recién casados regresaban de su viaje de bodas en aquel landó que fue a buscarles a la estación y condujo con ellos a los padres de Yolanda.

Jorge no había podido ir a recibirles porque era sábado y, por tanto, día de paga. De acuerdo con su hermano, no quiso que se supiera el día y la hora de la llegada de los jóvenes esposos; de modo que al regresar estos a su casa había cesado todo movimiento en la fábrica y los alrededores de la misma estaban totalmente desiertos.

—¡Oh, mamá! —dijo Yolanda, sonriendo, mientras el coche les conducía a su domicilio—. Soy muy feliz; ¡pero estoy tan cansada!... Te aseguro que no veía el momento de regresar a Turín; y creo que a ti, Osvaldo, aunque no lo decías, te sucedía lo propio.

—Pues te equivocas, vida mía —exclamó el marido, alegremente—, porque en el viaje te tenía enterita para mí del mismo modo que yo era todo y solo para ti; mientras que en Turín, entre las ocupaciones

de la fábrica y tu familia y las amigas y las visitas de rigor no tendremos disponibles otras horas que las de comer y dormir.

—¿Y no te bastan? —preguntó el suegro, riendo—. Vuestro amor irá reforzándose cada vez más, mientras que la comunidad continua acabaría por fatigaros. Yo de mí sé decirte, Yolanda mía, que si después de veinte años de matrimonio sigo adorando a tu madre, es porque estamos separados todo el día.

—Y hasta una parte de la noche, puedes añadir —repuso la señora —, porque tú no estás bien si no sales cada noche a jugar una partida.

A este punto de su conversación llegaban cuando se detuvo el coche ante la cancela de su casa. Estaba abierta de par en par y al apearse Osvaldo se encontró en los brazos de su hermano que, después de besarle cariñosamente, se apresuró a estrechar la mano a la señora Falconi y a Yolanda.

—Gracias —dijo la joven, algo ruborizada porque la presencia de Jorge le imponía cierto respeto.

Y corrió a abrazar a su camarera, que la recibió con lágrimas, de puro emocionada.

Jorge había cuidado de prepararles una cena suntuosa; pero los esposos hicieron poco honor a las exquisitas viandas, y especialmente Yolanda, a quien rendía el sueño.

La linda joven estaba algo pálida y en sus ojos, de un gris oscuro, se transparentaba una soñolienta languidez. Sus estupendos cabellos estaban algo desordenados.

—Vaya; os damos permiso para que os retiréis —dijo bromeando su padre—; ea, dame un beso, hija mía y que Dios te bendiga.

De los brazos del padre pasó Yolanda a los de su madre y presentó luego la frente a su cuñado, que la rozó apenas con sus helados labios, mientras su rostro se hacía cada vez más triste y más oscuro.

—Te precedo —dijo seguidamente Yolanda a su marido—, pero no me hagas esperar mucho o me encontrarás durmiendo.

—No, no; en cuanto haya dicho dos palabras a mi hermano, voy.

—Y nosotros nos vamos también a casita —dijeron, levantándose los señores Falconi—. El coche nos aguarda.

Yolanda les envió un beso con la punta de los dedos y se retiró.

La cámara nupcial de los recién casados era una maravilla de lujo y de buen gusto: un nido de sedas y encajes. Precedía a la misma un saloncito coquetón, y dos puertas, ocultas por ricos cortinajes, conducían respectivamente a un elegante tocador y a un cuarto de baño.

La cama, que era artística y amplia, ocupaba casi toda una pared. La cubría un lindo conjunto de sedas y encajes que, combinando con las níveas sábanas y las alfombras que tapizaban la estancia, daban a esta un ambiente de misterio. A ambos lados de la cama había en el suelo ricas pieles de oso blanco. El de Yolanda tenía un reclinatorio; verdadera obra de arte con incrustaciones de oro, cuyo remate era una imagen de Nuestra Señora del Consuelo, con marco de oro y piedras preciosas. Iluminaban la estancia dos lámparas en forma de lirio, pegadas a la pared, a los lados de la cama.

Yolanda, apenas estuvo en la habitación, se echó de nuevo en brazos de su doncella, repitiendo:

—¡Rosa, Rosa! ¡Qué feliz soy!

—Como usted se merece, querida señorita —contestó la sirviente, estrechándola con efusión—. Nadie lo merece como usted por lo buena, por lo linda sin jactancia y por su constancia en sus afectos. ¡Cuántos corazones palpitaban por usted! Pero usted lo tenía ya elegido y no quiso saber de nadie más que de su Osvaldo.

Yolanda la abrazó nuevamente, sonriendo, y separándose de ella, le dijo con amable ingenuidad y amenazándola con un dedo:

—¿Te acuerdas qué cara pusiste cuando te confesé mi cariño por Osvaldo? No te pareció bien; Osvaldo no era de tu simpatía.

—No; no diga usted esto, señorita —se apresuró Rosa a contestar—. Solo que el señorito Osvaldo no me parecía bastante serio.

—Es lo que yo deseaba precisamente —interrumpió Yolanda, riendo —. A mí me gusta la alegría; ya lo sabes; y si tuviese un marido como mi cuñado, por ejemplo, no podría reír y temblaría constantemente delante de él. Basta; démonos prisa, porque Osvaldo va a venir y quiero antes tener tiempo de desnudarme y decir mis oraciones.

Ya no parecía cansada. Entró en el tocador con la camarera y salió luego de él con el pelo suelto y cubierta con una bata blanca. Con aire grave y recogido se arrodilló en el reclinatorio, no sin asegurarse antes de que en su cajón estaban su libro de misa y sus rosarios. Pero de pronto se sintió presa de extraña angustia, al ver que había en él una carta en cuyo sobre y con hermosa caligrafía se leía lo siguiente: «A la feliz esposa de Osvaldo».

Yolanda leyó y releyó esta frase y se fijó detenidamente en la escritura, que no reconoció. Entonces llamó con conmovido acento:

—¡Rosa! ¡Rosa!

La doncella, que acababa de recoger el traje de viaje de Yolanda, acudió enseguida.

—¿Qué desea usted, señorita?

—Quiero que me digas quién ha puesto esta carta en el cajón de mi reclinatorio.

El semblante bonachón y honrado de Rosa tomó la expresión del estupor más vivo e inesperado.

—¿Una carta? No sé, señorita —dijo con acento de sinceridad—. Conforme convinimos con don Jorge, yo no empecé a prestar servicio aquí hasta esta noche, una hora antes de su llegada. Su

cuñado dijo que su Lena era bastante estos días para ponerlo todo en orden. Y, efectivamente, lo encontré todo limpio y cada cosa en su lugar. Si usted quiere iré a preguntar a Lena.

—No, no, calla; no digas nada a nadie —exclamó Yolanda, con viveza—. Toma, guárdala en tu bolsillo y no hables una palabra. Ahora no tengo tiempo de leerla...; oigo los pasos de Osvaldo...; mañana me la darás...

—Sí, señorita, sí.

Efectivamente: Osvaldo entraba en aquel momento y pareció sorprendido de encontrar a su esposa levantada todavía.

—¿Se te pasó el cansancio? —le preguntó acercándose a ella.

Yolanda recobró su habitual sonrisa y estaba apoyada entonces en el borde de la cama dispuesta a acostarse. Había echado hacia atrás la sábana. Estaba encantadora. Osvaldo la contempló un momento en éxtasis y dirigiéndose a Rosa, que esperaba silenciosa que le ordenaran algo, le dijo:

—Puede usted retirarse. Yo haré a mi esposa las veces de su doncella.

—Como usted quiera.

—Es muy mañoso mi marido —exclamó alegremente Yolanda, que había olvidado ya el descubrimiento de la carta, mirando el lindo semblante alegre de su esposo—. Buenas noches, Rosa.

—Buenas noches, señorita.

—Ahora has de decirme señora.

—¡Oh! Para mí será siempre mi señorita —insistió Rosa, que aunque muy buena, era algo testaruda—. Buenas noches, señores; ¿a qué hora quieren ustedes que les sirva el café?

—Cuando oiga usted sonar el timbre —se apresuró Osvaldo a contestar—. Pero tenga usted, Rosa. Ahora me doy cuenta de que, sin querer, me metí en el bolsillo el periódico que mi hermano suele leer todas las noches al acostarse. Lléveselo. Jorge está todavía en el comedor. ¡Qué distraído soy, Dios mío!

Al dar el periódico a Rosa lo dejó caer. Yolanda se inclinó con rapidez para recogerlo, y sus ojos se dirigieron involuntariamente debajo de la cama, cuyo vacío al levantar la sábana quedara al descubierto. En aquel momento lanzó un grito de terror y se agarró a Rosa nerviosamente.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Osvaldo, más sorprendido que asustado.

—Debajo de la cama hay una mujer; parece muerta —balbuceó Yolanda—. ¡Dios mío, qué miedo tengo!

Osvaldo se inclinó a su vez y hubo de hacer un violento esfuerzo para mantenerse dueño de sí y no lanzar un grito.

Al levantarse, se cruzó su mirada con la de Rosa, y seguidamente, y en un tono que Yolanda no conocía aún en él, un tono de cólera, de mando, de súplica a un tiempo:

—¡Rosa! —dijo—, acompañe usted a su señorita al tocador y no se muevan hasta que vaya yo. Sé quién es esta mujer: una pobre muchacha de la fábrica, una media loca a quien sus compañeras dieron a entender que yo me casaría con ella; una desventurada que tengo por compasión en el taller y que sufre a menudo largos desvanecimientos. Alguien se ha aprovechado de ello para gastarme una broma de mal género. Pero yo sabré quién ha sido y la castigaré como se merece.

—No, no; no castigues a nadie —contestó Yolanda, repuesta de su espanto—. Muy tonta fui en asustarme estando contigo y con Rosa; pero ya pasó y estoy pronta a ayudarte para sacarla de ahí y hacer que recobre los sentidos.

—¡No quiero! —dijo Osvaldo con prontitud—. Esa moriría del susto si, al abrir los ojos, se encontrase aquí. Mi hermano y yo cuidaremos de conducirla a otro sitio, sin que nadie lo sepa. Es preciso obrar con la mayor cautela para no dar un escándalo tan inútil como torpe.

—Don Osvaldo tiene razón —repuso fríamente Rosa, que no le quitaba la vista de encima—. Los extraños se reirían de lo sucedido y por el decoro de la casa y de usted misma, señorita, conviene callar y librarse cuanto antes de esa idiota. Venga; ¡venga usted conmigo!

—Gracias, Rosa; usted me ha comprendido —dijo Osvaldo, acompañando a las dos mujeres hasta el tocador.

Y después de haberlas encerrado allí, echado la llave y corrido la cortina, se pintó en su semblante una angustia mortal y se precipitó como un loco al comedor, donde estaba su hermano todavía, como sumido en hondas reflexiones.

—Hermano, hermano mío; si tú no me ayudas estoy perdido —exclamó.

Jorge se levantó precipitadamente.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

—Que debajo de mi cama está el cadáver de Nilotta.

—¡Tú estás loco!

—¡Ojalá así fuera! Pero no: estoy en mi cabal juicio.

—¿Y tu mujer?

—Lo ha visto; pero yo le he dado a entender que se trata de una tonta que suele desmayarse y que, aprovechándose de uno de sus desvanecimientos, alguien la ha colocado allí a modo de broma.

—¿Y lo ha creído?

—Rosa se lo hará creer, porque quiere mucho a Yolanda y tratará de evitarle toda contrariedad. He encerrado a ambas en el tocador.

Jorge, que había escuchado ansiosamente a su hermano, le dijo:

—Hiciste bien; por más que temo que no podrás ocultarle la verdad. Por lo pronto conviene que el cadáver desaparezca cuanto antes.

—Es lo que he pensado. ¡Ah, la infame!

II

Era precisamente Nilotta; la joven obrera despedida de la fábrica y a quien nadie había vuelto a ver, cuyo cadáver yacía debajo de la cama de los recién casados.

¿La condujeron allí, difunta ya, por venganza tal vez de algún obrero enamorado y rechazado por la joven, o vivía Nilotta aún cuando se escondió ella misma? ¿La mataron o se suicidó?

Tanto en un caso como en otro, ¿cómo pudo penetrar en aquella estancia, siendo así que al decir de Jorge esta no se abrió hasta que lo hizo Lena, su mujer de confianza, pocas horas antes de la llegada de los novios?

Todo parece envuelto en el misterio más profundo.

Cuando Jorge la sacó de debajo de la cama, Osvaldo se sintió desvanecer y no tuvo fuerzas para hacer el más pequeño movimiento.

Permanecía su hermano examinando fríamente el cuerpo para ver si encontraba la huella de alguna herida; Osvaldo, con los ojos desmesuradamente abiertos, siguió mirando aquel cuerpo inanimado y se creía víctima de una alucinación.

El hermoso rostro de Nilotta adquirió con la muerte una expresión casi amenazadora. Por debajo de sus párpados a medio cerrar surgían sus pupilas como escrutando a Osvaldo, mientras en sus labios se dibujaba una burlona sonrisa.

—Llévatela; llévatela; no la puedo ver —dijo de pronto Osvaldo.

Jorge se levantó y mirando el rostro de su hermano casi descompuesto por el terror, y agarrándole casi bruscamente de un brazo, le dijo:

—¿Es este el momento de tener miedo? ¿Te conmoviste acaso una sola vez ante las súplicas y los lamentos de tus víctimas? ¿No te reíste descaradamente delante de esta infeliz cuando te pidió que legitimaras a tu criatura? ¿Y ahora que la ves muerta te da miedo? ¡Ea! Muévete; piensa que hay ahí otra pobre infeliz que mientras te espera sufre y llora.

—Tienes razón, Jorge; perdóname —balbuceó Osvaldo, pasándose una mano por la frente—. Pero dime: ¿estás seguro de que Nilotta realmente ha muerto?

—No cabe la menor duda; se habrá envenenado seguramente y ha venido a morir debajo de tu cama.

—No me lo digas por Dios, o yo no he de dormir en esta estancia.

—Y, sin embargo, no te cabe otro remedio. Has de dormir aquí por tu mujer —repuso Jorge con aspereza—. Ea; démonos prisa, ayúdame a levantar el cadáver; lo cogeremos por los brazos y lo conduciremos hasta el canal. A esta hora y con este tiempo, puedes tener la seguridad de que no encontraremos a nadie. ¿Te mueves o no?

—No puedo, ¡no puedo! —murmuró Osvaldo, con voz débil y medrosa—. Te juro que no puedo...

El rostro de Jorge tomó aquel aspecto terrible que hacía temblar a los obreros.

—¿Qué pretendes, pues, desdichado? ¿Quieres dejarla aquí o que dé cuenta de lo ocurrido a otras personas? —dijo Jorge, aplastando a su hermano con una mirada.

—¡No, no!

—Abre el balcón y bajaremos al jardín. Toma la llave de la puertecita.

Desde aquel instante Osvaldo pareció obrar como en sueños bajo la presión dominadora de su hermano.

No había de olvidar jamás la sensación enorme que experimentó al levantar el cuerpo de Nilotta. Creyó que la infeliz se recostaba sobre él como intentando aplastarlo; la cabeza de la muerta, balanceándose, rozaba sus mejillas, y en las tinieblas en que se hallaron envueltos al llegar al jardín le pareció oír quejidos de agonía...

Si su hermano no se le hubiese impuesto con su energía, Osvaldo habría huido y abandonado a la muerta, a riesgo de traicionarse a los ojos de su esposa; pero la presencia de Jorge le sostuvo. Este le decía de cuando en cuando:

—Adelante, adelante, no vaciles; ¡no temas!

La noche era oscurísima; y una vez fuera del jardín, Jorge respiró con más libertad y se calmó en parte el espanto de Osvaldo. En los alrededores del edificio reinaba un silencio absoluto y por el camino que conducía al canal no transitaba un alma. Pero aun en el supuesto de que hubiese habido alguien, era tal la oscuridad, que nadie les habría reconocido o, en todo caso, les habrían tomado por dos borrachos que conducían a una mujer en igual estado.

El calvario de los dos desgraciados duró cerca de media hora. Llegaron por fin al canal donde el agua se deslizaba silenciosamente y, acercándose a un lado de la orilla bastante bajo, se deshicieron del fardo que al mismo Jorge empezaba a parecer terrible.

A pesar del cuidado y el sigilo con que practicaron la operación, no pudieron evitar el rumor del zambullido, ni que el rostro de uno y otro se salpicara de agua y fango.

Jorge y Osvaldo volvieron precipitadamente sobre sus pasos, presa de una inmensa turbación. Con las venas martilleando contra sus

sienes, deshicieron lo andado para volver a su villa, cogidos ambos de la mano, sin volver la vista atrás y sin apercibirse, por tanto, de una sombra negra que parecía seguirles y se detuvo a pocos pasos del edificio.

Al penetrar en la estancia nupcial, iluminada y tranquila, los dos hermanos se miraron con una semisensación de miedo. Estaban pálidos como fantasmas. Pero Jorge fue el primero en serenarse.

—Ahora es preciso tranquilizar a tu mujer —dijo—. Vete antes, porque si te ve con esta cara se asustará.

—Tienes razón; precisa continuar la siniestra comedia comenzada —contestó Osvaldo, con amargura—. ¿Me acompañas?

—Sí.

Osvaldo le estrechó nerviosamente una mano como para darle las gracias y abrió la puerta del tocador. Su corazón latía intensamente.

—¡Yolanda! —llamó, entrando en el aposento.

—¡Pst! —hizo Rosa, avanzando hacia él y señalándole a la joven tendida en el ancho y bajo diván con la cabeza hundida en los almohadones de seda.

E indicando a los dos hombres que volvieran a la cámara nupcial, ella les siguió diciendo:

—La señorita duerme tranquilamente y sería lástima despertarla. Es más: me ha dicho que esta noche quiere dormir allí y que yo la vele.

—¿Lloró mucho? ¿Se asustó? —preguntó Osvaldo en voz baja, mientras Jorge, sin decir palabra, miraba a Rosa con singular atención.

—Sí, un poco —contestó—. Pero conseguí calmarla y creo que la mala impresión que recibió desaparecerá y que ella seguirá siendo la misma para usted.

Rosa acentuó esta última frase; pero Osvaldo no se fijó. Pensó tan solo que tenía en Rosa una auxiliar poderosísima, y esto bastó para que recobrara su energía.

—Gracias, Rosa —murmuró—; no sé cómo recompensarla.

Rosa frunció fuertemente el entrecejo y su moreno y atrevido rostro adquirió una expresión muy hosca.

—Yo no necesito recompensas —dijo—. A mí no me mueve más que el interés de mi señorita a quien quiero como a una hija y el honor de cuyo nombre, como su tranquilidad, sabré defender a todo trance. Y ahora, diga usted: ¿qué hizo de la muerta?

—¿Cómo? Usted sabe... —exclamó Osvaldo sorprendido.

—No sé nada; sospecho. No creo lo de la broma para asustarla; pero supongo, en cambio, que alguna de las muchachas abandonadas por usted vino a morir aquí para alterar una felicidad de que no es digno y castigar a la joven esposa por su desdichada elección.

—Es usted muy perspicaz —repuso Jorge—, y por demás severa con mi hermano. Pero su afecto por Yolanda la disculpa, y tanto Osvaldo como yo confiamos enteramente en usted y en su prudencia.

Rosa miró a Jorge y el semblante de este se serenó.

—Pueden ustedes confiar seguramente —contestó—. Yo no soy severa, soy justa. Pero don Osvaldo puede estar tranquilo, porque sería la primera en defenderle delante de los demás, lo propio que a su esposa. Y si yo hubiese podido adivinar la presencia de aquel cadáver debajo de la cama antes de su regreso, les juro que habría evitado la triste sorpresa a mi señorita, ocultándolo por esta noche en el tocador y poniéndome de acuerdo con usted para hacerlo luego desaparecer.

—Es usted una mujer sublime —dijo vivamente Jorge—. No hemos de ocultarle, pues, que nos hemos librado de aquel cadáver, arrojándolo al canal.

—¿Ustedes mismos?

—Sí.

—¿Y no les vio nadie?

—Nadie —dijo Osvaldo—. Pero queda aún por poner en claro cómo penetró la joven aquella en esta habitación. Es un misterio.

—La llave estaba en poder de Lena, mi cocinera —interrumpió Jorge —. Es una mujer honradísima y fiel que hace veinticuatro años presta en esta casa sus servicios; nos quiere como una madre y es incapaz de la menor felonía.

—Tal creo —dijo Rosa—, y estoy convencida de que no la cometió nadie. Yo me explico lo ocurrido de la siguiente manera. Lena me ha manifestado que los primeros días los caloríferos de esta habitación no funcionaban bien; tanto, que la otra noche hubo de dejar abierto el balcón para que desapareciera el olor de ácido carbónico que se percibía.

—Es verdad; no me acordaba —interrumpió Jorge—. Y ahora comprendo. ¿Quién sabe cuántas noches anduvo aquella desgraciada rodando por ahí y tramando su plan. Conseguiría hacerse con una llave de la puertecita del jardín y una vez en él, y viendo abierto el balcón, se escondería en cualquiera de estas habitaciones; y después de envenenarse, se tendería debajo de la cama, esperando la muerte.

Osvaldo oía palidísimo.

—Basta; no hablemos de eso más —dijo, al fin, estremecido.

—Tiene usted razón —contestó Rosa—. Después de todo, cuantas hipótesis se hagan son totalmente inútiles. Lo hecho, hecho está y no queda otro quehacer que reparar... Señores: sería conveniente que fueran ustedes a descansar. Mañana veremos lo que procede hacer, porque la señorita no querrá seguramente dormir aquí. Buenas noches.

Y se metió en el tocador después de haber quitado la llave que echó por dentro.

Jorge se volvió hacia su hermano y le dijo:

—Esta mujer es un tesoro. Mientras esté al lado de tu esposa, puedes vivir tranquilo.

III

Cuando Yolanda, arrastrada o poco menos por su doncella, se encontró a solas con ella en el tocador y oyó el rechinar de la cerradura que se cerraba, se dejó caer en el diván, preguntando medrosa y conturbada:

—¿Crees tú la historia de la pobre loca?

Rosa se estremeció y, haciendo un violento esfuerzo, contestó:

—¿Por qué no? Es muy común, hija mía, eso de encontrarse con criaturas inconscientes que se forman la ilusión de que pueden agradar y de que son amadas y, empujadas por cualquier bellaco, se prestan a las bromas de peor género.

Yolanda miró fijamente a su doncella.

—Pues bien —respondió con lentitud—. Yo estoy convencida de que no se trata de una broma, sino de un drama íntimo y doloroso, en el cual juega mi marido algún papel. Tal vez tenga relación con la carta que he encontrado en mi reclinatorio. Dámela.

Rosa vaciló.

—¿Quiere usted un consejo mío? Destrúyala y no la lea.

—No seré yo tan tonta —repuso la joven con cierta violencia—. Quiero saber qué pruebas me tiene reservadas el destino. Dámela; te lo suplico.

Rosa obedeció; tenía las lágrimas en los ojos, musitó algunas palabras ininteligibles y se sentó en la alfombra a los pies de su dueña.

Yolanda miró la letra del sobre una vez más y, con un movimiento rápido, lo hizo trizas y desdobló el papel que el mismo contenía. Leyólo seguidamente a media voz, de modo que su doncella pudiese enterarse de él.

«Señora —decía—: La odié a usted desde el día que la vi, porque me robó usted el corazón del hombre a quien amaba, del padre de mi hija; de Osvaldo, que me juró casarse conmigo y legitimar a su hija. Hoy la odio más porque es usted su esposa.

»¡Ah! Si usted supiera cuán dulce es el odio para los que han amado de veras y cuán feliz se siente una odiando y pudiéndose vengar.

»Yo no me deshago en llantos y amenazas, ni aun humillada me rebelo, no; yo oculto la venganza detrás de la sonrisa y cubro la rabia con el manto de la resignación. Pero no estoy resignada, y cuando regrese usted en compañía del hombre que me ha engañado, pensando en la dicha que le espera en la casa de su marido y al lado suyo, yo pondré mi cadáver entre los dos. Esta será la condena de ambos y la maldición de su vida».

Yolanda no tuvo fuerzas para seguir leyendo. El pliego le cayó de las manos y se cubrió el rostro con ellas.

—¡Ah! ¡Es terrible, terrible!... —balbució.

Rosa hizo una pelota con la carta y la guardó en el bolsillo. Y, arrodillándose ante Yolanda, le susurró tiernamente:

—Le dije a usted que no la leyera: la que esto escribe o está loca o es una malvada. Si hubiese sido una mujer honrada, aun teniendo la razón de su parte, no debía, al saberse traicionada, desatarse en maldiciones contra usted, inocente criatura. Su deber era, en todo caso, el de intentar conmoverla, y suplicar, y llorar, y acudir a usted antes de que usted contrajera matrimonio, y apelar a su corazón y a

su generosidad para que renunciara al corazón de Osvaldo. Cuando no lo hizo, es porque sabía que era indigna de ello y que la razón no la amparaba. Por consiguiente, si es que en realidad se ha suicidado, no debe causarle inquietud ni remordimientos.

Yolanda había dejado caer los brazos y miraba a su doncella como atontada.

—No quiero vivir aquí —repitió, temblando—. ¡Quiero volver al lado de mi madre!

—¿Para verla morir de dolor? —interrumpió casi con violencia Rosa. Y añadió con grave acento—: Y precisamente por su madre, por el honor de su casa y del nombre que ahora lleva, debe usted hacer el sacrificio de vivir aquí. Su fuga sería la condena de don Osvaldo, que seguramente no es tan culpable como lo supone.

—¿No es culpable? —repitió Yolanda, cuyas delicadas facciones se contrajeron expresando una angustia infinita—. ¿Ahora eres tú la que lo defiendes?

—Y tiene que defenderle usted, que este es su deber —dijo Rosa con energía—. Recuerde usted las veces que se enojó conmigo porque, más conocedora de él y del mundo, insistía en que don Osvaldo no era el hombre que le convenía por su ligereza y su inconstancia, y usted se obstinaba en repetir: «Le amo y le quiero, y no acepto más consejos que los que me dicta el corazón». Su corazón ha quedado satisfecho; pero ahora prepárese usted a luchar contra los que intenten cambiárselo. Tome ejemplo de su madre que, encontrándose en peor situación que usted, supo soportar con nobleza su dolor, que el mundo ignora todavía; como yo no habría desgarrado nunca el velo que cubre el secreto de mi adorada dueña de no mediar esta terrible circunstancia.

Las palabras de la doncella sacudieron a la joven; fueron como un revulsivo para su dolor.

—¿También mi madre ha sufrido? —preguntó medrosa y en voz baja —. ¡Y yo que no me di cuenta nunca!

—Porque quería que la vida de su hija se deslizara tranquila, sin que en la época de su desarrollo vinieran a conturbarla dolorosas impresiones —respondió Rosa—. Su madre es de la pasta de las mártires. Casada, siendo casi una niña, con un hombre a quien no amaba porque su padre así se lo impuso en su lecho de muerte, dio el triste adiós a las ilusiones de su juventud y se dispuso a cumplir sus deberes maritales con la firmeza y constancia de las mujeres antiguas, que solo veían en el matrimonio una seria alianza, un medio para brillar en el mundo; un viejo sacerdocio en cuyo altar debían inmolarse todas las ambiciones, todos los orgullos, las voluntades todas.

»Su madre no tardó en averiguar que el hombre con quien se había unido, si no era malo en el fondo, tenía el vicio en la sangre; vicio más peligroso que otros porque llevaba la máscara de la bondad y la honradez, gracias a la cual cuantos le trataban le suponían un modelo de caballerosidad. Al principio la pobre señora sufrió muchísimo, sin culpar de ello a su esposo, hijo al fin de una mujer casquivana y veleidosa; pero luego tuvo fe en sí misma y, con su cariño, con sus cuidados y con su amabilidad excesiva, supo alejar el peligro que la amenazara. Y se forjó por un momento la ilusión de que lo había conquistado ella sola por completo y para siempre. La infeliz, sin embargo, no sonrió mucho tiempo a tal victoria, pues no tardó en sorprenderle en su propia casa con una joven a quien quería como a una hermana; una desdichada que acabó, por cierto, tristemente.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué horror! —balbució Yolanda—. ¿Y pudo soportar eso?

—Lo repito: su madre es una santa; cuidó siempre de evitar el escándalo en torno del nombre del marido; le defendió siempre, dejó creer al mundo y a los suyos que era una mujer feliz y, cuando nació la señorita, todo su afecto lo concentró en usted. A menudo

decía abrazándola: «Virgen Santísima: procurad que sea más dichosa que su madre; yo puedo soportar cualquier dolor, pero si viera una lágrima, una sola en los ojos de mi hija, si supiera que es desdichada, moriría de pena».

—¡Oh, no! ¡Madre de mi alma, no! —prorrumpió Yolanda—. Tú no has de verme llorar; sabré imitarte, esconder mi sufrimiento, mostrar el semblante alegre ante todos y, sobre todo, ante ti.

En los ojos de Rosa brillaba la satisfacción porque había conseguido su propósito.

—Así la quiero a usted —dijo con viveza—. Los llantos y las recriminaciones no sirven para nada.

—Pero —añadió Yolanda, mientras su rostro tomaba una expresión de indomable energía que la doncella no conocía en ella aún—, si puedo perdonar el pasado de mi marido y su traición hacia aquella desgraciada, que tal vez no le quería pero que se había entregado a él con la esperanza de llegar a ser la dueña de esta casa; si no daré escándalos y evitaré el hablar de aquella muerta, no perdonaría desde hoy una ofensa a mi orgullo de mujer, y si me hiciera traición ahora, no vertería una sola lágrima de dolor, pero sabría vengarme.

Rosa no dijo una palabra.

—Por otra parte —continuó Yolanda—, me parece que si Osvaldo abandonó a la madre, no debe abandonar a la criatura y que, ya que no pueda darle su nombre, debe pensar al menos en su futuro.

—Es usted un ángel —dijo Rosa, besándole una mano—. Si el amo la traicionara a usted, tendría que habérselas también conmigo.

Yolanda sonrió dulcemente y luego se tendió en el diván.

—Estoy muy cansada —murmuró—; pero aunque vuelva Osvaldo, yo no le acompaño allí; no, no, es imposible; pasaré la noche echada aquí, pero me has de prometer que no me dejarás.

—Puede usted dormir tranquila, que no la dejaré.

Y como la joven, realmente rendida, acabó por cerrar los ojos, Rosa le puso dulcemente otra almohada debajo de la cabeza, le cubrió las piernas con una falda y, después de acurrucarse en la alfombra, leyó, a la débil luz de una lámpara de gas, la continuación de la carta de Nilotta.

Apenas había terminado la lectura, cuando Osvaldo abrió la puerta del tocador, llamando a su mujer. El diálogo que medió entre Rosa, Osvaldo y Jorge lo conocemos ya.

Cuando volvió la doncella al lado de su dueña, esta seguía durmiendo profundamente. Rosa la estuvo contemplando un rato con maternal ternura y murmuró:

—No es así como debía pasar la primera noche, bajo el lecho conyugal, la que debe reinar aquí como soberana. Pero Dios sabe lo que hace y castiga en la hija los pecados del padre. Y, sin embargo, esta criatura inocente no es merecedora de ello.

Y dicho esto, se tendió en la alfombra y, apoyando la cabeza en un pequeño cojín de terciopelo, tampoco tardó en quedarse vencida por el sueño.

IV

Entre los que aspiraban al corazón de Yolanda figuraba el joven conde Emiliano de Turín, un noble arruinado que se había valientemente conformado con su suerte. Era licenciado en jurisprudencia y estaba de pasante en casa de un abogado muy notable que le quería como a un hijo. El padre de Emiliano fue uno de aquellos individuos liberales que disiparon su patrimonio por la unidad y la grandeza de Italia, hombre probo hasta el último momento que dejó por toda herencia a su hijo un nombre inmaculado, venerado y estimado de todos.

La madre de Emiliano era una señora dotada de un carácter afabilísimo y sumiso que adoraba a su esposo y de cuyas ideas participara. Murió a una edad demasiado temprana, cuando su hijo más necesitaba sus cuidados y su cariño. La modesta renta de su dote fue lo que permitió al muchacho continuar sus estudios para crearse una posición discreta e independiente que le permitiera desempeñar un buen papel en sociedad.

A los veinte años era ya Emiliano huérfano de padre y madre y hacía vida bastante retirada. Habitaba un pequeño y bonito cuarto que llenó de muebles antiguos de sus antepasados. Una viejecita, especie de doncella jubilada, cuidaba del orden y aseo de la habitación.

El joven conde comía en el restaurante, exceptuando los días festivos, que lo hacía en casa del abogado.

No podía decirse de Emiliano que fuera un joven bellísimo; pero había tal encanto en su pálida fisonomía, en sus negrísimos ojos, en su dulce sonrisa y en la perfecta elegancia de sus modales, que resulta un joven altamente aceptable.

Llevaba una vida sumamente metódica y huía siempre de las relaciones fáciles, porque tenía del amor una idea muy elevada, y muy lejos, por lo tanto, de las vulgaridades del sensualismo.

Emiliano conoció a Yolanda un día en que esta salía del colegio en compañía de su madre, y quedó vivamente sorprendido de aquella belleza en flor, de su gracia natural y de la pureza que irradiaba toda su figurita; tanto, que no pudo resistir a la tentación de seguirla, y la acompañó hasta que la suave visión se perdió en el atrio de un elegantísimo palacio de la propiedad del industrial señor Falconi. Pero estaba bien lejos de suponer que la tierna muchacha fuera su hija.

Súpolo unos meses después, al encontrarla en casa de la marquesa Marianao, donde el abogado le presentó. Y esta noticia le entristeció. ¿Cómo podía él, con una renta de cuatro mil francos anuales, aspirar al corazón y a la mano de una heredera de tantos millones? Habríase creído que le movía tan solo el interés y que, como tantos otros nobles arruinados, aspiraba a la fortuna de Yolanda para dorar su propio blasón.

Estas ideas le hicieron ruborizar y le impidieron acercarse a la niña y hacerse presentar a ella. Pero por mucho empeño que pusiera en apartar la vista de Yolanda, él no veía más que la celestial figura, y habría dado la mitad de su sangre por el derecho de estrecharla contra su corazón y decirle que la amaba. No se atrevió.

Los días que sucedieron a aquella noche lo fueron de fiebre y angustia para Emiliano, hasta el punto de que el abogado acabó por darse cuenta de su agitación y temió por la salud de su joven pasante.

Emiliano le tranquilizó; le dio la excusa de que aquella semana se había agitado mucho por haber pasado varias noches fuera de casa, y el abogado le creyó, aconsejándole que cuidara más de su salud. El joven se había ruborizado por haber mentido.

Ya no pasaba las veladas en su casa, ni iba a reuniones de amigos o conocidos, pero pasaba horas enteras rondando la casa de Yolanda, con el corazón en tensión constante y siempre con la idea de verla siquiera fuese un segundo.

La pasión no siempre es contagiosa. Yolanda no se había apercibido todavía de aquella muda y ardiente adoración. La adivinó una noche en que se encontraron de nuevo en una fiesta que se celebró en casa de un catedrático. Emiliano le fue presentado por un antiguo amigo de su padre y, al estrechar cordialmente la mano del joven, la sintió temblar, observando a un tiempo, en la mirada de su admirador, como una plegaria de tierna adoración que hasta llegó a conmoverla. Pero aquella impresión se disipó en seguida, porque entró en aquel momento Osvaldo en compañía de su hermano, y las sonrisas y miradas de Yolanda fueron desde aquel instante para el apuesto industrial.

Emiliano conoció aquella noche los celos y, cuando supo que Yolanda estaba prometida con aquel riquísimo y alegre muchacho, sintió como una depresión moral, un cansancio del espíritu, y tal fue su sufrimiento, que se le ocurrió la idea del suicidio.

El recuerdo de su padre le salvó. Pero no quiso renunciar a su novela de amor, y aun cuando nada le cabía esperar ya de la divina criatura, sentía una especie de alivio cuando tropezaba con ella y recibía un respetuoso saludo, una mirada y una sonrisa.

El día del matrimonio de Yolanda lo fue de invencible malestar para el pobre Emiliano. Pidió permiso al abogado para ausentarse ocho días de Turín, y se encerró en su habitación para estar en plena libertad para llorar y para sufrir sin testigos importunos. A veces se preguntaba a sí mismo si había perdido el juicio y se sentía impulsado a abandonarse a locos devaneos, a gozar la vida. ¡Le

habría sido tan fácil conseguirlo con su nombre y con algún dinero que había conseguido ahorrar! ¡Le habría sido tan fácil encontrar una amante más linda acaso que Yolanda que le habría producido la ilusión de la felicidad! Pero no tuvo valor para llevarlo a cabo.

Unos diez días después de que Yolanda hubiera emprendido el viaje de novios, salió, ya anochecido, de su casa y se dirigió maquinalmente hacia la nueva y desierta morada de la desposada.

Era como una invencible atracción a la cual no podía sustraerse. El tiempo era crudo, pero Emiliano, desafiando el frío, se levantó el cuello del gabán y emprendió impertérrito el camino.

Se detuvo por fin delante de la villa y, a través de la verja del jardín, distinguió la luz que brillaba en el vestíbulo, mientras el resto del edificio permanecía en la mayor oscuridad. A poca distancia se distinguía la inmensa silueta de la fábrica.

Emiliano dio la vuelta a la verja de la villa y, al llegar de nuevo junto a la cancela, le pareció distinguir, a pocos pasos y acurrucada en el suelo, una forma humana que se movía lanzando lastimeros ayes.

Emiliano se acercó y vio que era una mujer. Su corazón generoso se abrió en seguida a la compasión e, inclinándose hacia ella, le preguntó:

—¿Qué le ocurre, buena mujer?

Ante aquellas palabras, alzóse acobardada la mujer e hizo un movimiento como para huir. Luego se detuvo y miró a su vez a Emiliano, contestando:

—¡Ah! Usted perdone; creía que era usted uno de los dos verdugos que viven ahí dentro.

—¿Les conoce usted? —balbució, conmovido, Emiliano.

—¡Que si los conozco! —prorrumpió la mujer, con acento lleno de odio y de rencor—. He sido la esclava de uno de ellos hasta que se cansó y me abandonó con una hija suya, para casarse con una

señorita que le ha llevado en dote un mundo de dinero; cuanto más tienen, más ansían poseer. El corazón no entra nunca en semejantes contratos. Su matrimonio no es más que una especulación.

Emiliano sufría horriblemente pensando en su propia delicadeza y en el interés del hombre que le arrebató a Yolanda, lamentándose de no haber sido más audaz.

La mujer prosiguió:

—El otro, para rematar dignamente la villanía de su hermano, me despidió de la fábrica y ahora me encuentro sin pan y sin hogar.

—¿Y su hija?

—La puse a salvo y no sabrán nunca dónde está. Así los castigaré.

Emiliano no comprendía más que a grandes rasgos lo que le refería aquella mujer, pero se sentía extrañamente agitado.

—¿Quiere usted venir conmigo? —le dijo.

—¿Quién es usted?

—Un infeliz que ha amado sin esperanza a esa señorita que su amo ha preferido a usted.

Nilotta, pues ella era, se levantó súbitamente y se agarró al joven, mirándole de expresiva manera.

—¡Ah! ¿De modo que usted es también un infeliz burlado? —exclamó—. Entonces le sigo; nos pondremos de acuerdo.

Emiliano estaba ya arrepentido de su franqueza y de sus ofrecimientos. Comprendía que había cometido una imprudencia, porque la incógnita podía engañarle; pero no le era posible ya retroceder y era tal y tan intensa la curiosidad que sentía por conocer más íntimamente a la que fue querida de Osvaldo Naldi, el marido de Yolanda, que contestó sencillamente:

—Así lo espero; apóyese en mi brazo y vámonos.

Nilotta temblaba de frío y caminaba lentamente. Por fortuna acertó a pasar un coche vacío y Emiliano lo tomó; hizo subir a la joven, dio al cochero la dirección de su casa y de este modo llegaron antes a ella sin llamar la atención de nadie.

Cuando Nilotta se encontró en el elegante cuarto de Emiliano y sintió que la envolvía una atmósfera templada, porque había en ella un sistema de calefacción adecuado al lugar, dejó escapar un suspiro de satisfacción, y sentándose en una butaca que había en un saloncito contiguo al dormitorio del joven, exclamó:

—¡Ah! ¡Qué bien se está en esta casa!

Emiliano pudo contemplarla a sus anchas y le pareció más hermosa que cuando la vio a la media luz de la calle o alumbrado su rostro por los faroles del coche.

Nilotta tenía un aspecto bastante distinguido: su mirada, no exenta de malicia, era soberbia; su boca, graciosísima; su cabellera, espesa, con reflejos de oro, y su conjunto esbelto, exquisito. Vestía un sencillo traje de lana gris, de hechura modesta, pero que modelaba perfectamente su busto. No tenía el aire de una obrera y tanto en sus modales como en sus palabras revelaba cierta instrucción.

Comprendió que Emiliano la admiraba y se sonrojó. Ella a su vez había contemplado al joven y, aunque no lo encontró hermoso como Osvaldo, le resultó muy simpático.

—Usted debe de ser tan rico como el marido de la señorita Yolanda —le dijo de pronto.

—Se equivoca usted —contestó el joven—. Mi renta me basta apenas para vivir con cierto decoro.

—Siendo así, comprendo por qué no ha sido usted correspondido.

—No; no es que no haya sido correspondido —replicó confuso Emiliano—, por la sencilla razón de que nunca confesé mi amor.

Ella le miró sorprendida.

—¿Es usted un poeta?

—No; soy sencillamente un caballero y, si permití que la mujer amada me fuese arrebatada, fue precisamente porque no quise nunca que se creyera que lo que a mí me atraía era el interés. Preferí ahogar mi pasión antes que actuar como un cazador de dotes.

Nilotta siguió mirándole en silencio y sonriendo maliciosamente.

—Bien, hábleme de usted —añadió Emiliano con dulzura—. Es decir, no; aguarde usted un momento.

Entró en una estancia contigua y Nilotta le oyó remover platos y copas. Luego le vio entrar llevando en una mano un plato de cristal lleno de pastas y en otra una bandejita con dos copas y una botella de Marsala.

—Perdone usted si no tengo otra cosa que ofrecerle —dijo, poniéndolo todo en un velador que acercó a la joven.

—Es usted demasiado amable con una pobre mujer que le es desconocida —contestó en tono casi alegre Nilotta, mientras apuraba de un sorbo la copita de Marsala que Emiliano se apresuró a llenar de nuevo—. Esto me sentará muy bien y me dará un poco de fuerzas, aunque, a decir verdad, a su lado me siento bastante más tranquila y menos desdichada.

Comió algunas pastas y preguntó:

—¿Vive usted solo?

—Completamente —contestó Emiliano, con sencillez—. Perdí a mis padres, tengo parientes lejos de Turín, soy pasante en el despacho de un abogado, como en el restaurante, tengo pocos amigos y no recibo nunca a mujeres.

—Es usted un joven verdaderamente excepcional —dijo Nilotta, mirándole a la cara con audaz firmeza—. El polo opuesto del

miserable que me traicionó. ¿Quiere usted que le hable de mí? Estoy dispuesta a hacerlo.

Vació de nuevo la copita de Marsala y acomodándose luego en la butaca prosiguió:

—Lo que le voy a decir es serio y sincero; no tengo por qué ocultarle la verdad por brusca y dolorosa que sea. Nací en el valle de Susa; no conocí a mi padre, porque cuando tenía yo dos años cayó en un precipicio y se mató. Recuerdo que, cuando niña, corría yo descalza detrás de mi madre y una hermana mayor, unas veces cuando iban a trabajar aquí o allá, otras cuando iban al bosque en busca de leña y fresas que vendían a las señoras que acostumbraban a veranear por aquellos alrededores. En invierno no salíamos nunca de la insalubre cuadra donde nos daban asilo por caridad y donde mi madre y mi hermana pasaban el tiempo haciendo cestos o baratijas de madera o de junco, de esas que se venden en las ferias.

»Mi hermana Susetta era la más linda criatura del valle y, aunque cubierta de harapos y descalza, y con una cofia o gorrita que le tapaba sus gruesas trenzas, los forasteros se detenían a contemplarla y más de un pintor escogió su cabeza para modelo.

»Había cumplido Susetta doce años cuando acertó a pasar por allí un individuo que iba en busca de mozas para llevarlas a Francia a trabajar en una fábrica. Era en enero: apenas si teníamos para comer y, por consiguiente, cuando aquel hombre vio a mi hermana y ofreció a mi madre cinco luises si dejaba que se la llevase, no se opuso a ello y aceptó la oferta. No pensaba que aquel oro pudiese ser el precio de la honra, de la sangre de su hija; los aldeanos, los montañeses no tienen tanto escrúpulo; cada muchacha que se va de casa es una boca menos que sacian; eso sin contar con que en el futuro la que se va les ha de aportar una fortuna. ¿Y todo por qué? Porque se ha dado el caso de que volviera alguna al país natal con buen acopio de dinero que le permitiera comprar casas y campos y casarse. Y nadie le pregunta cómo pudo ahorrar tanta moneda; ni

siquiera el marido, porque cuanto más dinero tiene la mujer, más querida y reverenciada es en el pueblo.

Nilotta hablaba con tan irónico acento, que el oírla mortificaba. Sin embargo, Emiliano no la interrumpió y la joven prosiguió de esta manera:

—Yo lloré mucho al separarme de Susetta, pero en aquella edad las lágrimas se secan pronto y el tiempo siguió pasando para mí, y empecé a encontrar cortos mis andrajos y a cuidar mis cabellos y mi persona, cuando la mujer de un profesor que solía pasar tres meses del año en mis montañas me ofreció el cargo de niñera en su casa y me llevó consigo a Turín.

»No era yo muy dichosa en el desempeño de mi cargo. Mi señora sufría de los nervios y a menudo me pegaba; la niña que confiaran a mi cuidado era una fierecita como su mamá. Solo el señorito pareció compadecerse de mí y, como me encontró lista e inteligente, me hizo una de sus discípulas y, cuando su esposa estaba fuera de casa y la niña dormía, me enseñaba a leer y escribir. Y no solo me infundió la ciencia del saber, sino también la del mal, y cuando estuvo ahíto de enseñarme y vio que mi audacia iba en aumento de día en día, fuese por temor de verse en un compromiso o porque su esposa se diese cuenta de lo que ocurría, me hizo poner en la calle de punta en blanco, con el pretexto de que era yo una holgazana, que no era buena para la limpieza y que no iba a servir más que para inculcar mis vicios a su hija. ¿Comprende usted? Y yo le debía a él mi primera corrupción... Pero yo era una esclava indefensa y, en cambio, aquella niña tenía un padre a quien todo el mundo respetaba.

Nilotta hablaba ahora con una especie de rabia, mientras olas de sangre subían a sus mejillas y sus ojos brillaban de extraña manera.

—No quise servir más —añadió, después de haber bebido nuevamente—. Encontré a una paisana mía que trabajaba en casa de los señores Naldi y le dije que viera de hacerme entrar también a mí. El jornal era asaz mezquino; pero tendría siquiera algunas horas

de libertad. Mi paisana habló de mí a uno de los mayordomos con quien estaba prometida y en seguida me admitieron.

»Me uní a cinco compañeras para vivir con ellas en una casa habitada únicamente por gente obrera. Ocupábamos una buhardilla donde en verano nos asábamos y nos helábamos en invierno. Tres hamacas servían para seis; los vestidos se colgaban de unos clavos; un espejito, un cántaro de agua y una palangana servían para todas; un banco, dos sillas viejas, una mesa, algunos platos, unos cubiertos de estaño, un hornillo y un puchero de barro componían todo el mobiliario y utensilios de la casa.

»A mí, acostumbrada como estaba en casa del profesor, donde tenía mi habitación hermosa y limpia para mí exclusivamente, se me hacía cuesta arriba el horrible cambio; pero fue cosa de los primeros días; luego acabé por acostumbrarme. Sin embargo, a lo que no pude habituarme fue a seguir a mis compañeras en sus correrías de los días de fiesta. Y mientras ellas iban extramuros con sus novios a embrutecerse en las tabernas, o a bailar al son de un organillo, o a emborracharse, yo, sola en la amplia estancia, en el sepulcral silencio de la casa entera, porque los que no dormían habían salido al campo, me abandonaba a mi fantasía, leía novelas que el profesor me regalara, o soñaba extrañas y maravillosas aventuras cuyo héroe era siempre un gran señor.

»Varios operarios de la fábrica intentaron cortejarme; pero yo desprecié sus amorosos propósitos, con lo cual acabé por ser despreciada de todos y de todas mis compañeras. Yo hacía ver, sin embargo, que su comportamiento no me importaba ni me hacía mella. Yo miraba más alto.

»Ya me había apercibido de que don Osvaldo, al pasar por mi lado, me había dirigido más de una mirada y le oí decir más de una vez a una encargada:

»—Esa muchacha se está haciendo hermosa. ¿Qué edad tiene?

»—Dieciséis años.

»—¿Es de Turín?

»—No; procede del valle de Susa.

»—No solo no tiene aspecto de montañesa, sino que parece una joven de buena familia.

»—Es verdad; es bastante instruida y muy inteligente.

»—Si es lista se abrirá camino.

»—Dicen que es muy orgullosa; pero muy honrada.

»—¿Cómo se llama?

»—Nilotta.

»No perdí palabra de aquel diálogo, aunque parecía totalmente dedicada a mi labor. Pero mi pecho latía con violencia y ya soñaba con llegar a ser la dueña de la fábrica y veía humillarse ante mí a todas aquellas estúpidas compañeras mías. Y por un momento pareció que el sueño aquel se iba a realizar.

Nilotta inclinó la cabeza en el respaldo de la butaca y su semblante pareció irradiar una luz vivísima; sus ojos tomaron la expresión del éxtasis y una dulce sonrisa se dibujó en sus labios. Emiliano la miraba casi asombrado. En aquella joven le sorprendía todo.

—Sí; Osvaldo me amó locamente durante algunos meses como yo pretendía ser amada —continuó Nilotta—. Sí; he sentido palpitar su corazón encima del mío; he visto sus ojos llenarse de lágrimas de alegría el día en que, rendida por su amor y sus promesas, caí en sus brazos. Jamás podré olvidar aquellos días... Yo seguía aún en la fábrica como encargada; pero no vivía ya en aquella buhardilla. Osvaldo me había hecho amueblar dos lindas habitaciones de las cuales era yo dueña absoluta y casi todas las noches las pasaba al lado mío. Mis compañeras me decían: «Hoy a ti, mañana a otra; la buena vida no durará siempre; fíjate en las favoritas destronadas».

»Pero yo no me dignaba siquiera contestarles; me sentía superior a todas, segura de mi poder. El hermano de Osvaldo, desde que empecé a ser encargada, me trataba con una severidad especial. Siempre que se me acercaba para decirme algo, me miraba con una aspereza y una severidad que me sonrojaban; y un día, hablando de mí, dijo en voz alta: «Todas sois iguales; todas sois holgazanas; preferís el vicio al trabajo; mereceríais ser tratadas a latigazos». Y yo hice un movimiento de hombros, convencida como estaba de que hablaba de aquel modo por la rabia de verme en breve condueña de la fábrica. ¡Estúpida de mí!

Su mirada se endureció y se apagó la luz en su semblante para tomar una expresión triste y siniestra. Prosiguió:

—Cuando comprendí que empezaban a manifestarse las señales de mi estado, tomé una súbita resolución. Le dije a Osvaldo, que hacía algunas noches no se dejaba ver, con la excusa de que los negocios le tenían entretenido con algunos corresponsales que se hallaban de paso en Turín, que tenía absoluta necesidad de hablarle. Y la primera pregunta que le dirigí fue esta: ¿Cuándo piensas que nos casemos?

»Osvaldo me miró y soltó una carcajada insultante que me causó el efecto de un bofetón.

»—Te creía más lista, Nilotta —me contestó—. Pero, ¿has llegado a figurarte que iba yo a casarme contigo? ¡Ja, ja, ja!

»Y trató de abrazarme. Lo rechacé duramente y con todas mis fuerzas y, levantándome lívida y orgullosa, le dije airada:

»—Sí. Un hombre digno no da su palabra si no ha de mantenerla. Y usted mantendrá la suya, si no por mí, por la criatura que está a punto de venir al mundo. De lo contrario...

»—¿De lo contrario qué? —me interrumpió con acento amenazador y colérica mirada—. ¿Crees acaso que con tu aire melodramático me has de infundir pavor? Si eres juiciosa como las demás, te daré con

qué mantener al vástago, si es que lo quieres tener; pero si sigues con ese tono imperativo te dejaré inmediatamente y te echaré de la fábrica, porque, tenlo presente, ¿eh?, tú no eres más que una obrera pagada por mí. Te tomé sin informarme siquiera de dónde viniste ni quién eras y te he distinguido porque eres guapa, más instruida que las otras y, sobre todo, porque me halagaste con miradas y sonrisas y fingidas zalamerías; pero yo sigo siendo tu amo, me debes respeto y obediencia y, si crees rebelarte, ¡te equivocas!...

—¡Pero ese hombre no tiene corazón! —interrumpió el joven, indignado—. ¿Y en tales manos ha ido a caer Yolanda?

Una carcajada nerviosa abrió los labios de Nilotta.

«—¿Cree usted que Osvaldo asumirá aquel tono con su mujer, que le ha llevado un millón en dote, y tiene sus padres que la protegen? —exclamó. —¡Qué va! La amenaza, el insulto, la humillación, son solo para nosotras, ¡pobres esclavas indefensas! Hasta se nos obliga a pedir perdón. Somos como fieras domadas, aunque dispuestas a arrojarnos al cuello del domador.

»Y así fue como yo, después de una escena inolvidable, fui tan cobarde que me presté a desempeñar un papel indigno de mí, que me hacía enrojecer a cada instante. Y es que yo seguía esperando aún, porque ninguna otra joven de la fábrica había ocupado mi lugar. Él parecía más serio, más arreglado y era muy amable conmigo, hasta el extremo de que hacía olvidar sus pasados errores. Cuando estuve a punto de dar a luz, hizo que se me concedieran dos meses de licencia; me asignó una espléndida pensión y quiso a todo trance que aceptara un sobre con dinero para que pudiese procurarme un ama para mi criatura. Tanta generosidad debía de haberme abierto los ojos y en su lugar me los cerró completamente, esperando en el soñado porvenir.

»Cuando volví a la fábrica y quise recobrar mi actitud de supremacía para con mis compañeras, estas se rieron de mí.

»Y se alegraron infinitamente al darme la noticia de que Osvaldo estaba prometido y había de casarse una semana después, ofreciéndome con ironía que firmase una suscripción que habían abierto para hacer un regalo a la novia; ¡como que tuvieron la desfachatez de preguntarme si quería encabezarla yo!

»No sé lo que pasó por mí. Sé que me puse furiosa; que abofeteé a unas y mordí a las otras, y tal fue el escándalo que armé en la fábrica, que a no mediar oportunamente don Jorge, el hermano de Osvaldo, seguramente habría pagado alguna con su vida tal escarnio.

»La imperiosa y formidable voz de don Jorge me impuso y me calmó; su mirada me heló la sangre en las venas y me afectó de tal manera, que estuve a punto de caer a sus pies arrodillada.

»—Ya se lo tenía dicho —le repuso lentamente—, pero las muchachas no atienden más que a su capricho, y cuando comprenden que se han equivocado gritan y escandalizan como si las hubiesen seducido a viva fuerza. Tenía usted que pensarlo antes, desdichada criatura; ahora tenía usted que tener la dignidad, el pudor de callar.

»—¿De modo que mi hija no va a tener un nombre? —le balbuceé avergonzada.

»—Dele usted el suyo y se acabó. El trabajo podrá regenerarla y hacerla llevar alta la frente, y su hija, aunque no conozca a su padre, no sufrirá el horror de la vergüenza.

»—Don Jorge me parece un hombre de carácter, y a pesar de su dureza, me gusta —le interrumpió Emiliano.

»—Es un hombre que no tiene corazón —le exclamó Nilotta—. No hay cosa que le conmueva y tengo la persuasión de que odia a todas las mujeres. Pero permítame que concluya, porque estoy cansada.

»Vi de nuevo a Osvaldo y no me pude contener. Le dije que no estaba dispuesta a soportar tan insultante y público abandono y que

me vengaría.

»Como si nada.

»—Para las rebeldes existe la cárcel —me dijo sardónicamente—, y para las locas el manicomio. No me pongas, pues, en el caso de hacerte encerrar en una u otro.

»Viendo que nada conseguía con las amenazas, recurrí a las súplicas, a las lágrimas; pero tropecé con una voluntad de hierro que nada podría doblegar; el último rayo de mi esperanza se disipó; la pobre esclava estaba condenada.

»—No te quiero ya —me dijo con espantoso cinismo—, y es inútil que intentes galvanizarme. Tus antecesoras no fueron tan torpes, tan sentimentales y tan fastidiosas como tú, y supieron conservar mi simpatía, mi apoyo y mi amistad. Tú acabas por serme odiosa y a la primera falta te hago saltar de la fábrica.

»Quedé aniquilada, no tanto por sus insultos y amenazas como por sus palabras "no te quiero ya", que repercutían de continuo en mi cerebro, envenenando mi existencia.

»Pero esta vez supe acallar mi dolor y mi desesperación; obligué a mi semblante a parecer tranquilo; me pasé un antifaz impenetrable que bastó para reconquistar la simpatía de alguna de mis compañeras menos malas y envidiosas y conseguir de Osvaldo que, con aire de mofa, me dijese:

»—Parece que al fin te has hecho razonable. Esto será más ventajoso para ti; la calma te embellece y, en cambio, la cólera y el llanto te vuelven monstruosa.

»¡Ah, si hubiese podido leer en mi interior! No se me ocurrió siquiera la idea de presentarme a su novia. Comprendía que habría sido un paso inútil y que Osvaldo me habría presentado ante ella como una perdida. Ya llevaba sufridas bastantes humillaciones; pero quise conocer a aquella joven. La vi del brazo de su novio; pero me parecieron ambos tan alegres, tan felices y tan orgullosos de amarse

y podérselo decir públicamente, que huí como una loca; pues de haberme entretenido a contemplarles un momento más, habría acabado por cometer un delito.

»Una vez lejos, fui nuevamente dueña de mí; me puse el antifaz de altanera indiferencia y me suscribí como las demás para hacer un regalo a la novia; pero la víspera de la boda no tuve valor para ir a la fábrica y huí de Turín; fui a visitar a mi madre, a cuyo cuidado abandoné a mi hija, estuve con ella una semana y volví a la fábrica cuando los recién casados estaban en su viaje de bodas, que aún no ha terminado.

»¿Lo creerá usted? Fui despedida inexorablemente por no haber justificado mi ausencia de ocho días.

»—¡Oh! ¡Esto es demasiada crueldad! —le exclamó Emiliano.

»Nilotta se rió de nuevo con aquella risa que hería el corazón.

»—¿Le extraña, verdad? —le añadió—. Yo, en cambio, acepté aquella nueva humillación con una calma que había sorprendido a todos y me alejé sin proferir palabra.

»El mismo día vendí los muebles que poseía y mandé a mi madre el producto de la venta con todas mis ropas y lencería, sin explicarle el motivo de mi resolución. Ella se debió de figurar que me iba a vivir con ella o que dejaba Turín en busca de mejor fortuna en otra parte. Pero, no; nada de eso; yo me quedo aquí porque acaricio un proyecto de venganza que tengo ansia de realizar.

»Emiliano estaba palidísimo.

»—¿Quiere usted causar algún daño a Yolanda? —le murmuró anhelante.

»—¿No le gustaría a usted verla sufrir? —le preguntó con refinada ironía y un abandono provocador.

»—¡No, no quiero! —le prorrumpió el joven, azorado—. Y se lo impediré a toda costa.

»Nilotta tuvo en la mirada un rayo de ultrajado orgullo.

»—¿Impedírmelo? Si yo no quisiera, no sería seguramente usted quien lo lograra. Pero no corresponderé a su hospitalidad con una traición. Tranquilícese usted; no le causaré ningún daño a ella ni a él; me lo causaré tan solo a mí.

»—¡Desdichada! ¿Pretende suicidarse? —le preguntó Emiliano, conmovido.

»—¿Por qué no? Cuando la vida pesa, el mejor remedio es librarse de ella; echarla por la borda.

»—No hable usted de esta manera, ¡por Dios! Piense usted en su hija.

»—¡Vaya un consuelo! ¡Criarla y educarla y hacerla una mujer para que sea una esclava como su madre!

»—Pero usted puede ser libre, encontrar el medio de vivir con su trabajo. Es usted joven, inteligente, instruida...

»—Cuando se ha soñado llegar a ser una señora, la pobreza y el trabajo asustan.

»—La religión la sostendrá.

»—Perdí la fe al perder toda esperanza.

»—No diga eso; a su edad de usted no hay que desesperarse. Yo también he sufrido y llorado en esta vida; pero la fe, el deber, el trabajo me han sostenido y servido de consuelo. Usted es mi compañera en el dolor; yo la ayudaré a sobrellevarlo.

»Nilotta, lánguidamente sonriendo, le miró con sus ojos a medio cerrar.

»—¿Me colocaría usted en el puesto de Yolanda? —le murmuró.

»Emiliano se sonrojó y experimentó como una sensación de vergüenza.

»—Eso no —le respondió francamente—. Yo hice de mi amor un culto y jamás imagen alguna quitará del altar de mi pecho la de la mujer a quien adoro. ¿Pero no cree usted que el cariño de un hermano pueda servir a usted de lenitivo? Mientras tanto, le ofrezco hospitalidad por esta noche y mañana le buscaré una modesta habitación donde vivir, cuidando yo mismo de procurarle trabajo. ¿Acepta usted?

»Emiliano no podía verle la cara, porque ella tenía inclinada la cabeza sobre el pecho. Al oír la última pregunta, la levantó, enseñando sus ojos bañados en lágrimas.

»—Es usted muy bueno —le dijo— y merecía ser más feliz. Acepto por esta noche. Mañana pensaré lo que he de hacer.

»—Tiene usted que olvidar —le replicó Emiliano.

»Nilotta no le contestó, y como la veía mortalmente cansada, Emiliano la condujo a su propio dormitorio, que puso por completo a su disposición.

»—¿Y usted? —le preguntó la joven.

»—Yo dormiré divinamente en el diván del salón —le contestó Emiliano.

»Y después de estrechar su mano, la dejó sola.

»El joven creía que no podría pegar los ojos; tantas y tales eran las ideas que se agitaban en su imaginación. Y, sin embargo, minutos más tarde se durmió profundamente, quedando sumergido en un sueño apacible, tranquilo, libre de toda pesadilla.

»La voz de la viejecita que cuidaba de su alojamiento despertó a Emiliano al ir a servirle el café, como solía hacer todas las mañanas.

»—El señor conde dejó esta noche la puerta abierta —le dijo en tono de amistosa censura—, y eso ya sabe usted que en Turín es algo peligroso. El señor conde no se ha metido en cama tampoco cuando le encuentro echado aquí...

»Emiliano se levantó aturdido. Recordaba perfectamente haber cerrado la puerta y echado la cadena al entrar con Nilotta y, por lo tanto, la observación de la vieja le puso en aprensión.

»Y sin contestar se lanzó rápido a su dormitorio. La cama estaba vacía.

»La huéspeda había huido. Y en la mente de Emiliano surgió la idea de que lo que le contara Nilotta no debió de ser más que una burda historia inventada por una vagabunda errante, por una ladrona...

»Con cierta agitación abrió un escritorio que tenía puesta la llave y donde guardaba su cartera, títulos nominales y las joyas de su madre.

»Respiró tranquilamente. Nada faltaba. Y arrepintióse de haber hecho un juicio temerario acerca de la pobre mujer ya harto desgraciada, preguntándose el porqué de la huida, cuando sus miradas se fijaron en una pequeña escribanía que había junto a la ventana. Y vio en ella un papel escrito.

»Emiliano se apoderó en seguida de él y leyó lo que sigue:

»"Cuanto usted, bueno y generoso, me dijo, no es bastante para alterar mi resolución. No me siento con fuerzas suficientes para trabajar y seguir luchando con el fin de conseguir un sueño irrealizable. Y como no puedo dar a mi hija un padre rico ni lograr el puesto que quisiera ocupar en este mundo, que no siempre es de los más listos, me voy al otro con la esperanza de encontrar en él más justicia y equidad. Tengo en mi poder un pequeño frasco que contiene ácido prúsico, un veneno potente que deja pocas huellas; me serviré de él en el momento oportuno y mi muerte será mi venganza para con Yolanda y Osvaldo, quienes, al encontrarse con mi cadáver entre ellos, perderán para siempre la paz y la felicidad. Gracias por los cuidados que se ha servido prodigarme y perdóneme si no me quedo ni sigo sus consejos, aunque, si hubiese usted querido, podía usted haberme salvado. Pero esos héroes que tan solo por generoso impulso se casan con las mujeres que otros

abandonaron y dan su propio nombre a criaturas que no les pertenecen, esos se encuentran tan solo en las novelas... No por eso le guardo a usted rencor. Al contrario, le queda agradecida, Nilotta Rogat".

»Emiliano tuvo necesidad de leer dos veces aquel escrito para convencerse de que no soñaba; y lo habría leído una tercera si la viejecita, que había penetrado en la habitación con la bandeja en las manos, no le hubiese dicho:

»—¿Es que esta mañana no quiere el señor conde el café?

»—Sí, Marieta, sí, gracias —le contestó el joven, recobrando en un instante toda su sangre fría.

»Aquella carta había producido en su ánimo un singular efecto. Emiliano suponía que Nilotta estaba un tanto loca con sus pretensiones y sus teorías y pensaba que él, por su parte, tenía la obligación de impedir aquel suicidio que turbaría indudablemente la existencia de Yolanda.

»¿Pero dónde iba a encontrar a Nilotta?

»Emiliano estuvo todo el día en el despacho del abogado, sin pensar en otra cosa, y a la noche fue de nuevo a rondar en torno de la villa de los industriales, aunque sin resultado alguno.

»Y así continuó por espacio de algunas noches consecutivas.

»Llegó la noche del sábado y el joven, que se encontraba hacía más de dos horas en aquel sitio, había observado un inusitado movimiento en el interior de la casa; un ir y venir de luces, como si los esposos hubiesen regresado del largo viaje de novios, y pensaba que si tampoco aquella noche daban resultado sus pesquisas por lo que a Nilotta se refería, se presentaría al día siguiente a Jorge Naldi para revelarle con entera franqueza lo que ocurría, enseñándole la carta de la joven.

»Tomada esta resolución, dio la vuelta de costumbre en torno de la villa antes de marcharse, cuando el chirrido de una puertecita que se abría y el vago murmurar de dos voces le hicieron permanecer inmóvil, pegado a la pared, casi sin respirar.

»Y así fue como Emiliano vio con espanto a los dos hombres con la cabeza descubierta, llevando consigo un bulto en el que pudo descubrir una forma humana, femenina.

»Y sintió como una lúgubre impresión que le impidió gritar y hacerse visible: el sudor bañaba su frente.

»La noche era tan oscura, que a pocos pasos no se distinguía nada y los dos industriales estaban tan turbados, que no se dieron cuenta de que a poca distancia de ellos se había parado un individuo. De manera que Emiliano pudo seguirles y oír perfectamente las palabras pronunciadas por Jorge:

»—Adelante, adelante; no vaciles; no temas...

»Emiliano adivinó en parte la verdad y no pudo evitar el temblor. Aquel drama había ocurrido en el interior de la villa, mientras él daba vueltas por el exterior. Aquella forma femenina era quizás el cadáver de Nilotta que, manteniendo su loca resolución, había ido a morir a las mismas habitaciones de Yolanda y tal vez a su presencia. Pero si la joven presenció el suicidio de Nilotta, ¿por qué se llevaban el cadáver? ¿Y a dónde lo llevaban?

»Lo comprendió cuando vio que los dos hombres se acercaban al canal. Emiliano oyó el siniestro zambullido del cuerpo que caía en el agua y estuvo a punto de lanzar un grito de espanto, de terror. La idea de Yolanda sofocó, sin embargo, aquel grito en su garganta, y los dos hombres pudieron pasar por delante de él y emprender el camino que les conducía a su casa antes que el joven se repusiera de la emoción padecida y antes que pudiese hacer un ademán o decir una palabra para que se detuvieran.»

V

Era la mañana de un día de fiesta; el tiempo era frío, aunque bastante hermoso. La fábrica estaba cerrada y en la plazoleta donde se asentaba la parroquia, a un kilómetro de distancia de la villa, distintos grupos de obreros y obreras aguardaban la presencia de la joven esposa, de cuya llegada la noche antes tenían conocimiento, suponiendo fundadamente que iría con su esposo y su cuñado a la misa de las nueve. Es a la que solían asistir los dos hermanos en recuerdo de la madre que de niños los llevaba a ella.

Efectivamente; pocos minutos antes de la indicada hora, un elegantísimo landó cerrado se detenía en la plazoleta y, al apearse los dos hermanos para dar la mano a Yolanda, se vieron rodeados de todos sus obreros, que se descubrieron respetuosamente, y de las obreras, que saludaban a la esposa con exclamaciones de admiración y simpatía.

A pesar de su palidez, que, que daba a su rostro un tono pálido y mate, lo cual destacaba más con el abrigo de terciopelo negro que la envolvía, Yolanda estaba soberanamente hermosa. Lucía un gran sombrero de fieltro con plumas negras, que sombreaba graciosamente su alta frente rodeada de oscuros rizos.

Se sonrojó y sonrió ante los expresivos saludos que le dirigían; y del brazo de Osvaldo, a quien nadie viera nunca tan serio y pálido, y seguida de Jorge, siempre grave y altanero, penetraron en la iglesia y tomaron asiento en el banco de la familia.

Los tres tuvieron que hacer un enorme esfuerzo para aparentar tranquilidad tras una noche como la pasada y ante la tempestad desencadenada en su espíritu.

Pensaba Osvaldo que aunque Yolanda había estado bastante amable con él y evitado hablar del horrible descubrimiento hecho debajo del lecho nupcial y de la noche pasada en el diván del tocador, no era la mujer de antes. Cuando quiso besarla, Yolanda hizo un movimiento de repulsión y sus labios quedaron como de hielo.

Él quiso entonces darle una explicación, según había convenido con su hermano; pero a las primeras palabras le interrumpió Yolanda, diciéndole con voz firme:

—No hablemos de eso más; te lo suplico. Fortuna es para todos que solo Rosa y tu hermano estén al corriente de lo acaecido. Podemos confiar en su silencio. Por lo que a mí se refiere, suceda lo que quiera, sabré siempre cumplir con mi deber de esposa; si te calumnian, te defenderé. Puedes, pues, estar tranquilo, que si me hirió tan inesperado golpe, me halló fuerte y resignada. Y lo estaré ante todos: no lo dudes.

Osvaldo, profundamente conmovido, comprendía que en aquel instante se decidía su suerte, y murmuró algunas palabras de perdón.

Yolanda le tendió la mano ingenuamente.

—El pasado no me pertenece —dijo—. Cuida de que en adelante no tenga nada que censurarte.

Ocultó tras la sonrisa una dolorosa contracción y ahora, mientras rogaba a Dios, pensaba cuál sería su porvenir cuando no tenía confianza en su marido y sentía perder la fe que en él depositara.

Jorge, que creía encontrar muy abatida a su cuñada, al verla, en cambio, tranquila y desenvuelta y al oír de labios de su hermano la firmeza y decisión con que expuso su modo de pensar al trazar la línea de conducta que habían de seguir, sintió crecer su admiración

por ella. Y al verla en la iglesia en actitud de mística adoración, se preguntaba si merecía su hermano tesoro semejante y si lo sabría conservar. Y penetrando en sí mismo, suspiraba, preguntándose, en cambio, si era justo que él fuese tan infeliz, privado de todo afecto y del menor cariño.

La misa terminó y la joven pareja salió del templo para subir al coche que había de llevarla a almorzar a casa de los señores de Falconi.

Pero, apenas pusieron el pie en la plazoleta, que con sorpresa de los industriales encontraron casi desierta, uno de los mayordomos, anhelante y azorado, corrió a su encuentro.

—Ustedes perdonen si les molesto —dijo quitándose el sombrero respetuosamente—, pero en este instante han pescado a Nilotta en el canal.

Osvaldo palideció; pero Yolanda no hizo ningún movimiento de sorpresa.

—¿Quién es Nilotta? —preguntó dulcemente, mirando a su cuñado, que contestó en seguida.

—Es una muchacha que trabajaba en la fábrica tiempo ha; tal vez habrá caído al agua fortuitamente. ¿Pero es verdad? —añadió, dirigiéndose al mayordomo.

—No sé —balbució este—. Lo cierto es que en algunos sitios falta el muro de contención y es muy fácil caer en el canal.

—¡Oh! ¡Pobrecita! —exclamó Yolanda—. Vamos a verla.

—No, no —dijo Jorge con prontitud—. Es mejor evitar este espectáculo; Osvaldo, acompaña a tu mujer a casa de sus padres y discúlpame. Yo me quedo aquí.

—Me parece que mi marido está también obligado a no moverse —contestó con firmeza la joven esposa—. Podríais necesitarle. Y yo me quedaré a su lado.

Y, antes que ellos pudiesen contestar, la joven se dirigió al lacayo, diciendo:

—Puedes subir al pescante, pues nosotros no necesitamos el coche, e irás a casa de mi padre a decirles que nos veremos esta noche. Dame tu brazo, Osvaldo, y vamos juntos al sitio de la desgracia.

Hablaba Yolanda con voz tan firme y se mostraba tan decidida en su resolución, que Jorge y Osvaldo no tuvieron otro remedio que conformarse para alejar toda sospecha del ánimo del mayordomo.

El rumor del descubrimiento del cadáver se había extendido ya por aquel barrio y, a medida que se dirigían a la fábrica, veíanse grupos de obreros corriendo hacia el canal y llegaban hasta sus oídos ciertas frases aterradoras.

Pero, ¡cosa rara!, todos acusaban del suicidio a Jorge, nadie a Osvaldo.

Incluso quienes más la habían despreciado pronunciaban ahora palabras en su favor.

¡Que una muchacha tan bella y tan instruida hubiera de acabar así! El culpable es don Jorge, ese amo cruel, que esperó que los esposos estuvieran de viaje para echarla de la fábrica. Don Osvaldo, tan bueno como generoso, no habría cometido nunca tan inicua acción. ¿Y quién sabe si la pobre infeliz acudió a la villa pidiendo limosna o que la admitieran de nuevo en el taller y don Jorge, cansado de tanta insistencia y dado su odio pertinaz contra todas las mujeres, la hizo arrojar al canal para librarse de ella? Alguna de las obreras aseguraba que la noche antes había tropezado con Nilotta junto a la verja de la villa, llorando como una Magdalena.

El rumor de que su muerte pudiese ser debida a un delito mejor que a un suicidio se propagó como un rayo entre aquella multitud que, si tiene buenos sentimientos, está fácilmente dispuesta a inflamarse y a tomar la defensa de la víctima y a blasfemar contra el creído tirano a quien con la misma facilidad llevaría en otra ocasión en triunfo.

Cuando aparecieron los dos hermanos con Yolanda, se produjo un murmullo de sorpresa y hostilidad, especialmente contra Jorge. Y se vieron súbitamente rodeados de una multitud amenazadora, compuesta de mujeres en su mayor parte, con los semblantes airados y siniestros, y llegaron a sus oídos frases del tenor siguiente:

—¿No tienen vergüenza de venir aquí y de acompañar a la esposa?

—Los ricos tienen el corazón más duro que las piedras.

—Naturalmente; nosotras somos carne de matadero y cuando no servimos nos matan.

—El asesino es el más rubio.

Jorge y Osvaldo sufrían horrores por Yolanda, quien, aunque trataba de hacerse fuerte, estaba mortalmente pálida y vacilaba.

Ellos deseaban sacarla de allí; pero intentaban en vano abrirse paso entre aquella multitud, más compacta cada vez; en vano trataban de convencer a los que les estaban más cerca, diciéndoles unas veces con buenas palabras, otras con malas, que nada tenían que ver con aquella muerte.

—Sí, sí; ustedes tienen la culpa —decían las mujeres.

Jorge estaba a punto de entregarse a una de aquellas violencias que le hacían formidable, cuando acudió en su auxilio un joven pálido y tembloroso, cuya elevada estatura se destacaba en toda su amplitud. Hizo un ademán con la mano para que callaran todos y, con una energía que hizo estremecer a todos, habló de esta manera:

—¿Quién habla aquí de asesinato? ¿Quién habla de malos tratos causados a aquella desgraciada? Que me lo diga a mí quien quiera que sea. Yo puedo asegurar a ustedes, en cambio, que aquella pobre muerta, Nilotta Rogat, que se alojó en mi casa últimamente, se dio la muerte por su espontánea voluntad, envenenándose antes de arrojarse al canal. Ella me había manifestado su propósito, procuré disuadirla y creía haberlo conseguido, cuando ella, burlando

mi vigilancia, huyó de mi casa dejándome una carta que hoy verán ustedes publicada en los periódicos y será la defensa de esos a quienes calumniáis. Y ahora fuera de aquí; yo os lo mando. Y usted, señora Naldi, retírese a su casa con su esposo. Su sitio de usted no es este: aquí basta don Jorge.

Yolanda, que, como los dos industriales, reconoció en su inesperado defensor al conde Emiliano de Turín, sintió de pronto serenarse su ánimo y le dirigió una expresiva mirada de gratitud, mientras Jorge y Osvaldo le decían con expansión:

—Gracias, gracias...

Impresionada la multitud con aquellas palabras y aquella energía, se separó pausadamente y Osvaldo y su mujer pudieron retirarse, mientras Jorge, en compañía de Emiliano, se dirigió al lugar donde estaba el cadáver de Nilotta, custodiado por dos agentes de orden público que no conseguían apartar de allí a los curiosos y aguardaban la llegada de las autoridades.

Jorge y Emiliano se impusieron de tal modo con su actitud y su serenidad, que nadie se atrevió a molestarles. Ambos contemplaron conmovidos el cuerpo de Nilotta, bastante alterado ya. Sus espesísimos cabellos se habían deshecho y le rodeaban el rostro, que había adquirido un color verdoso, aunque tenía una expresión más calmada.

—El deseo de brillar, de subir, la ha conducido a esto —dijo con tristeza Jorge—. ¿Y cree usted que su ejemplo servirá para contener a otras muchachas, víctimas de idénticas ilusiones?

Y dirigió la mirada a algunas muchachas curiosas que se empujaban detrás de él y se sonrojaron ante aquella mirada fría y amenazadora.

—Sí, sí —añadió el industrial—, me tratáis de despiadado, de asesino, porque no sé ilusionaros con falaces lisonjas o con regalos y os trato con la dureza de un verdadero amo. Pero si esta desgraciada me hubiese prestado oídos, no estaría ahí cadáver.

Acababan de llegar el juez de instrucción, el médico, un delegado de policía, el escribano del juzgado y otros agentes. Practicaron las primeras diligencias, oyeron con deferencia a Jorge y al conde Emiliano, que se pusieron a su disposición, y después de un sumario examen de la muerta, ordenó el juzgado la traslación del cadáver al hospital.

—Yo cuidaré de los gastos de entierro —dijo Jorge con serenidad.

Cuando se alejó con Emiliano, vio distintos grupos de obreros que, esparcidos por allí, seguían comentando el suicidio. Pero nadie murmuró ahora contra él y más de uno se descubrió con respeto.

—Si puedo volver sano y salvo a mi casa —dijo Jorge con singular sonrisa—, a usted lo debo, conde. ¿Pero cómo fue que con tanta oportunidad se hallara usted por aquí?

Emiliano dirigió en torno suyo una rápida mirada y, viendo que estaban solos, dijo bajando la voz:

—Les vi a ustedes esta noche cuando se llevaban a la muerta para arrojarla al canal.

Jorge experimentó una emoción vivísima y, dirigiendo al conde la mirada, le preguntó:

—¿Nos vio usted? Entonces, ¿qué pensará usted de nosotros?

—Después de cuanto me había confesado aquella desdichada, deduje la verdad de lo ocurrido. Ella no me ocultó su propósito de vengarse, de poner su cadáver como barrera entre su hermano y su mujer, sin explicarme, sin embargo, de qué medio pensaba valerse. Luego huyó de mí y anduve buscándola inútilmente; quise avisar a ustedes, pero abrigaba la esperanza de dar aún con la fugitiva y quería evitarles el disgusto de una brusca revelación. Y mientras daba vueltas en torno de su casa con la idea de encontrar a Nilotta, vi cómo ustedes se la llevaban.

—¿Y por qué no nos detuvo?

—Quise evitar a ustedes una emoción inesperada que en aquella ocasión podía serles peligrosa y les seguí con el único intento de serles útil en el caso de que se hubieran tropezado con un inoportuno. Y no me marché hasta que se hubieron ustedes retirado, para volver, como he vuelto esta mañana, a fin de ver lo que sucedía. ¿Tendría usted ahora la bondad de decirme cómo realizó su intento aquella desventurada?

Jorge no le ocultó el menor detalle. Desde este momento debía demasiada gratitud a Emiliano para ocultarle el menor secreto referente a tan triste episodio. Él no podía adivinar el móvil que inducía al joven conde a interesarse tanto por ellos; pero sabía que era un joven honrado, recto, incapaz de una mentira y de la menor bajeza...

Los periódicos publicaron, un tanto variada, la carta de Nilotta y la noticia de su suicidio, sin extenderse en minuciosidades ni hacer mención de las personas interesadas en aquel lúgubre drama. Decían sencillamente que la joven suicida había demostrado siempre cierta tendencia a lo romántico, que no había hecho nunca buena liga con sus compañeras ni tenido confianza con ninguna, que gustaba de vivir aislada y que, en definitiva, podía afirmarse que había realizado su fatal propósito en un ataque de neurastenia que la hacía no solo irresponsable de sus actos, sino que la hacía ver las cosas y las personas muy distintas de lo que eran en realidad.

Casi todo el personal de la fábrica asistió al entierro de Nilotta, que fue costeado por los propietarios de la misma. Tres grandes y magníficas coronas adornaban su coche mortuorio; una de ellas de las obreras de la fábrica; otra de Yolanda y otra del conde Emiliano.

Nilotta no pudo creer jamás que su entierro fuese tan suntuoso ni su muerte tan sentida. Verdad es que, pasados algunos días, así como de las coronas no quedaba otra cosa que unas marchitas flores, no había ya quien se acordara de la infeliz suicida...

Yolanda se mostró aquellos días realmente admirable; tanto que, aparte Rosa, nadie comprendió el dolor que la oprimía, ni nadie

adivinó la caída de sus más castas ilusiones. ¡Ni siquiera su madre!

Yolanda apareció tierna, cariñosa y atentísima con su marido, supo infundirle valor convenciéndole de que él no tenía mayor culpa en lo sucedido y le rogó tan solo que averiguara a quién dejó la infeliz el cuidado de su hija, a fin de velar por ella y pensar en su porvenir.

Gratísima impresión produjo al señor Falconi la calma de su hija en aquellos momentos, y dijo sonriendo a su yerno y a Jorge:

—Es lo mismo que su madre. No se apura por ciertas debilidades y sabe compadecer a los hombres como si conociera ya la vida; como mujer casada es, en verdad, un tesoro.

Ninguno de ellos contestó.

A pesar de cuantas pesquisas se practicaron, no pudo darse con la niñita: nadie supo lo que había sido de ella.

Eso fue como una sombra en la imaginación de Yolanda, porque le parecía que aún en ello se obraba la venganza de la difunta.

Osvaldo se sintió, en cambio, más aliviado; aquella niña habría pesado siempre en su existencia, recordándole a su madre, cuya memoria trataba de desechar con horror y menosprecio.

A un kilómetro aproximadamente de Onix, situado en lo alto de una colina, rodeado de espesos bosques, hay un grupo de casuchas que parece han de caer deshechas al primer vendaval y, sin embargo, vienen resistiendo años y años contra todos los elementos.

En una de ellas, sepultada como las otras en la nieve durante el invierno, vivía la madre de Nilotta, Betta Rogat. Había llegado a ser la propietaria de aquella fosa gracias a algunos centenares de liras que recibía de sus hijas, pues la misma Susetta llegó a dar señales de vida y le escribía alguna que otra vez mandándole un billete, ora de cincuenta, ora de cien francos. Eso consolaba más a la madre que las noticias que le pudieran dar. Betta decía a todos que tenía dos hijas modelo y, cuando Nilotta le llevó la niña para que la criara

con leche de cabra, no cuidó siquiera de preguntarle quién era el padre de la criatura; le bastó con que la hija le dijera que le pasaría diez liras al mes para su mantenimiento.

Precisa advertir que la montañesa puso en seguida verdadero cariño a la niña; que esta no lloraba nunca, que sonreía siempre, que se agarraba fácilmente a la ubre de una linda cabra y que era muy hermosa.

Cuando Nilotta fue a pasar unos días al lado de su madre y de la niña, Betta llegó a tener celos de ella, no podía comprender el malhumor constante de su hija y tuvo hasta alegría cuando esta se marchó.

Cuando Nilotta le mandó el producto de la venta de los muebles junto con el baúl, con sus trajes y la ropa blanca que poseía, tuvo un verdadero disgusto.

¿Es que su hija tenía hecho propósito de ir a retirarse a su lado? Esto no le convenía. Ante todo no congeniaban; luego Nilotta le habría maleado la niña y, finalmente, no iba a ganar nada, mientras que estando lejos podía ganar en abundancia y repartirlo entre ella y Nellina.

No; no le convenía de ninguna manera la vuelta de la hija.

Pero pasaban los días y Betta no veía llegar a nadie. La estación era cruda. Hacía muchos años no había caído en la montaña tanta nieve como aquel, ni jamás como aquel año había sido tan pésimo el clima. El cielo parecía de continuo una capa de plomo y solo de tarde en tarde se veía un rayo de sol que, rasgando en parte las nubes, ponía al descubierto una cinta azul.

Betta bajaba también muy de vez en cuando al pueblo y pasaba los días en la cuadra, que estaba contigua a su cuarto dormitorio, en compañía de la niña, de la cabrita y de una vaca flaca. Alguna vecina iba de cuando en cuando a charlar con ella, aunque le importaba bien poco verse aislada del mundo entero.

Por nada del mundo habría cambiado Betta el nido aquel. Mujer de poco más de cuarenta años parecía, sin embargo, de alguna más edad. Los domingos solía ir a misa y con tal motivo vestía el traje típico del país con la característica cofia de grandes alas; pero los días laborables llevaba una falda bastante andrajosa, calzaba zuecos y llevaba al cuello un pañuelo que mal cubría un cuerpo de terciopelo descolorido y una camisa de tela que parecía apergaminada. Cubría su cabeza una cofia que le tapaba las mejillas, no sin que despuntaran sus cabellos negros. Sus líneas fisonómicas no eran feas, aunque marchitas, y solo sus ojos recordaban los de Nilotta.

Eran las cuatro de la tarde de un día cualquiera. Betta trabajaba en la cuadra a la luz de un farolillo de aceite; la niña dormía tranquilamente en la cuna y la cabrita se había echado junto a la vaca, con la que iba de perfecto acuerdo.

Betta canturreaba cuando oyó unos golpes a la puerta de su casa. ¿Quién podía ir en su busca a aquellas horas? La vecina no sería, porque la habría llamado por su nombre. ¿Algún mendigo, sin duda, que pediría limosna o un vaso de leche? Ella no quería abrir; pero de nuevo oyó llamar y una voz de hombre preguntaba en francés:

—¿Es aquí donde vive la señora Rogat?

Era la vez primera que Betta oía que la llamaban señora, de donde dedujo que quien deseaba verla era un forastero, y apresuróse a abrir.

—Soy yo, caballero —dijo en el idioma del valle de Susa, que es un compuesto de francés y piamontés.

El hombre en cuestión, vistiendo un traje de alpinista, era el conde Emiliano de Turín.

Saludó a Betta y le dijo:

—Habría de hablarle. ¿Puedo pasar?

—Pase usted, caballero; pero baje usted la cabeza, porque en nuestras casas no tenemos las grandes puertas que tienen ustedes en la ciudad.

Cogió el farol para que el conde viera dónde ponía los pies y le condujo a su cuarto dormitorio, donde había una mesa y dos sillas bastante decentes. Al atravesar la cuadra, el joven se fijó en la cuna con la niña y pasó por su rostro como un rayo de alegría, de satisfacción. Cuando Betta hubo encendido una lámpara de petróleo, invitó al joven a tomar asiento.

—Puedo ofrecer a usted —le dijo— una copa de leche recién ordeñada. Estará usted cansado y habrá sentido frío al subir aquí.

—No, por cierto; estoy acostumbrado a andar por las montañas; pero acepto gustoso la copa de leche.

Betta volvió a la cuadra y no tardó mucho en reaparecer con una taza muy limpia colocada en un plato de barro, llena de espumoso líquido.

Emiliano la bebió con avidez. Betta se había sentado y le miraba atentamente, encontrándole muy guapo. Cuando hubo bebido, le preguntó:

—Ahora dígame en qué puedo servirle.

Emiliano se entristeció.

—Vengo a hablar a usted de su hija Nilotta.

—¿La conoce usted? ¿Qué hace? Creía que se le había ocurrido la idea de volver a casa porque me mandó esos dos baúles que ve usted ahí y que no he tocado siquiera. ¡Es tan extraña aquella criatura! Si no tuviera un carácter tan testarudo, podría estar muy bien; pero nunca se sabe lo que piensa.

Emiliano la dejaba hablar, porque aquella cháchara le permitía ir coordinando las ideas.

Él había tenido conocimiento de que cuantas gestiones practicaran los Naldi para encontrar a la niña habían sido infructuosas. Ellos no se figuraban seguramente que la joven la hubiese dejado al cuidado de su madre. Y, por otra parte, aunque lo mismo Jorge que Osvaldo sabían que Nilotta era oriunda de Susa, ignoraban el nombre del pueblo donde habitara y si tenía o no parientes. Nadie, después de su muerte, había ido a la fábrica en demanda de noticias. Y mientras Nilotta se había franqueado con Emiliano, en cambio, y por vergüenza quizás, no había hablado nunca a Osvaldo ni de ella ni de su familia.

Emiliano estuvo a punto de revelar cuanto sabía; pero le pareció que con ello traicionaría las confidencias que le hizo la difunta. Por otra parte, temía que la pequeña bastarda pudiera ser un día un obstáculo para Yolanda, caso de que tuviera otros hijos, y un semillero de discordias en aquella familia; mientras él, solo en el mundo, sin compromisos con nadie, podía granjearse el cariño de la pequeña, procurándole una existencia bien distinta de la de su madre.
Con tales pensamientos, fue tomando una decisión.

Él consiguió encontrar el pueblo donde nació Nilotta y saber dónde vivía la pobre mujer que tenía a su nietecita a su cuidado. Y, obtenido que hubo el permiso de algunos días de vacaciones, se dedicó al logro de sus propósitos, sin hacer a nadie partícipe de los mismos.

—Su hija de usted, desgraciadamente, no volverá —dijo cuando la montañesa concluyó su discurso—. Y yo no quise dejar a otros el encargo de comunicarle que ha sido víctima de una desgracia.

—¿De qué desgracia? —exclamó Betta, con más espanto que dolor —. Por Dios, señor; no me haga usted sufrir y dígamelo todo. Nilotta ha muerto, ¿verdad?

—Sí —contestó Emiliano.

Betta se apoyó con los codos en la mesa y ocultó su rostro entre sus manos. Siguió un largo silencio; por fin la montañesa miró al joven con los ojos húmedos y le preguntó:

—¿Cómo fue?

Emiliano no quiso ocultarle la verdad.

—Nilotta se ahogó —dijo.

—¿Se mató ella? Pero, ¿por qué, diga, por qué?

—No lo sé y creo que ni ella misma lo sabía. Decía que estaba cansada de la vida.

—¡Y no se acordó de mí y de que a mi edad necesito del apoyo de mis hijas, sobre todo con el peso de una nieta!

—Por ella he venido expresamente.

La fisonomía de la montañesa cambió en seguida de expresión y miró al joven casi con cólera.

—¿Cómo? ¿Viene usted tal vez a quitármela?

—No —respondió Emiliano—, si es que quiere usted tenerla hasta que esté en edad de encerrarla en un colegio. Y se la dejaré con la promesa formal de no decir a nadie que es hija de Nilotta.

—¿Es de usted, verdad? —interrumpió la montañesa—. Porque comprendo que usted es su padre.

Emiliano no se sonrojó ni bajó la vista.

—Lo ha adivinado usted —le dijo—; por consiguiente, puede usted comprender que si quisiera me la llevaría. Pero, lo repito: tengo una viva satisfacción de que por ahora la tenga usted consigo y, para que no sea para usted una carga, le pasaré cincuenta liras mensuales para que cuide de su manutención.

Los ojos de la montañesa brillaron.

—¿De veras? ¿Me las mandará usted?

—Ahí tiene usted seis meses anticipados, porque yo no podré venir a verla a menudo. Pero si le hubiese de ocurrir algo o usted cayese enferma, sírvase avisarme haciendo que me escriban a la dirección que le dejaré.

—No lo dude: le obedeceré en absoluto, porque comprendo que es usted un caballero. Pero dígame: ¿si quiere usted a la niña, por qué no casó con su madre?

Emiliano vaciló un momento, pero luego contestó:

—Porque la pobre Nilotta aspiraba a algo mejor y en su lugar encontró la muerte.

—Ya se lo he dicho que era una muchacha extravagante; estaba siempre triste, siempre intranquila, nunca satisfecha. Vino aquí distintas veces y nunca pude saber en qué se ocupaba y dónde vivía. Ni siquiera cuando me trajo la niña me confió nada de su vida. He de confesar, sin embargo, que aunque no era tan generosa como su hermana Susetta, no dejaba de mandarme dinero de vez en cuando. ¡Ah! ¡Pobre Susetta! ¡Cuánto llorará cuando sepa la triste muerte de su hermana! ¡Y pensar que hace tantos años que no se habían visto y que Susetta me escribió recientemente desde París diciendo que quería dar una sorpresa a Nilotta yendo en busca de ella! Aguarde usted; voy a enseñarle la carta y verá también el retrato de Susetta.

La montañesa fue a abrir una caja que estaba junto a la cama, sacó de ella una cajita de madera donde había varias cartas y eligió la que deseaba, de cuyo sobre sacó también el retrato que enseñó al joven.

Emiliano no pudo evitar un movimiento de admiración ante la lindísima cabeza de Susetta. No se parecía en nada ni a Nilotta ni a su madre; era un tipo ideal, de la más pura perfección. Tanto de sus ojos como de sus labios brotaba un hálito de juventud, de vigor y de bondad que dejaba encantado al que la contemplaba.

—Es muy hermosa —dijo Emiliano, que se extasiaba ante aquel retrato.

—¿Verdad? —exclamó Betta con una especie de orgullo—. ¡Ah! Si la hubiese usted visto cuando niña, era un encanto. Y no puede usted formarse idea de cuánto es buena. Tiene un corazón de oro. Me separé de ella bien contra mi voluntad. Pero qué quiere usted. Era tan pobre, tan desgraciada, que no podía mantenerlas y, por otra parte, no podía consentir que me las encerraran en un asilo de caridad. De este modo han labrado a un tiempo su fortuna, porque Susetta no es tonta. La primera vez que me escribió, pocos años hace, y cuando yo la daba ya por muerta, me mandó cincuenta francos de una vez y quería saber el paradero de su hermana. Y desde entonces me manda dinero de vez en cuando. Así fue como pude comprarme la casa, la vaca y un poco de tierra, y no tengo que ir a mendigar por las calles como tenía que hacer en otro tiempo por no encontrar trabajo.

La montañesa hablaba con sencillez, como si hubiese tratado de la cosa más natural del mundo.

Emiliano no sabía quitar la vista del retrato. Hasta olvidaba en aquellos momentos la casta imagen de Yolanda.

—¿Su hija de usted ejerce alguna profesión, alguna industria? —preguntó maquinalmente—. ¿Es soltera o casada?

La montañesa se encogió de hombros.

—¡Vaya usted a saber! —contestó filosóficamente—. No me he metido nunca en sus cosas privadas. Desde el momento en que yo misma la mandé por el mundo como a la pobre Nilotta, no tengo el derecho de fiscalizar su conducta. Si a la vez que el pan ha encontrado la carne, mejor para ella y para mí. Susetta no es extravagante como Nilotta, que había de morir como murió. Dios la tenga en su santa gloria. ¿No quiere usted leer la carta?

—No, gracias —dijo Emiliano, herido en sus delicados sentimientos por aquella indiferencia materna, él, que se formara de la madre un ideal tan elevado y tan perfecto—. Lo que deseo es ver a la niña.

—Es natural... y le aseguro que no la encontrará menos hermosa que Susetta...

Dirigióse a la cuadra y volvió en seguida con la niña, que acababa de despertar. La cabrita las siguió, aunque Betta trataba de alejarla.

—Es su nodriza —dijo riendo la montañesa—, y parece celosa de que se la toquen. Mire usted qué hermosura de niña. No llora nunca.

En un momento le quitó los pañales y la colocó desnuda encima de la mesa.

Era realmente una criatura preciosa: fuerte, bien formada, con un rostro de ángel y dos ojazos azules como el cielo.

Emiliano la contempló conmovido, con lágrimas en los ojos. ¿Era posible que una madre con una niña como aquella hubiese renunciado a la vida y alimentara hasta el último momento ideas de odio y de venganza? ¿Qué corazón palpitaba en el interior de aquella mujer, que un angelito como aquel no logró redimirla ni inducirla a perdonar a la madre de aquella criaturita inocente que tenía derecho a un nombre y a la existencia?

Algunas lágrimas cayeron de sus ojos en la rubia cabecita de la niña y fueron la primera bendición de Nellina. Esta miraba al desconocido que había inclinado el rostro hacia ella, y movía las manos y los pies como pidiéndole, con la sonrisa en los labios, que la tomara en brazos.

—¡Hermosa! ¡Hermosa! —repitió Emiliano, levantándola para besarla.

La montañesa presenciaba aquella escena con una sonrisa llena de estupor.

—Parece que le ha conocido —dijo—. Es claro: la sangre no miente.

El carmín de la vergüenza tiñó las mejillas del joven, pero supo reprimirse y permaneció tranquilo y silencioso.

La montañesa continuó:

—Hasta la cabra comprende que tiene usted derecho sobre su Nellina. A otro no le permitiría que la tocase; se pondría furiosa. ¿Quiere usted verla mamar?

Y hecha esta pregunta tomó a la niña, la colocó en el suelo sobre una almohada de pluma y acto seguido se le acercó la cabra y le arrimó la ubre, que la niña agarró con avidez con ambas manos, poniéndose el pezón en la boca.

Era un cuadrito delicioso, conmovedor, que aumentó la emoción de Emiliano.

—Esta cabra —pensó— tiene más corazón que Nilotta.

Permaneció media hora más en la cabaña, dando consejos e instrucciones a Betta, que parecía oírle con deferencia, aunque pensara no seguirlas una vez estuviese lejos de allí.

Cuando salió al aire libre, aunque era frío, Emiliano respiró deliciosamente. Tenía tranquila la conciencia y sosegado el corazón, y una onda melodiosa elevaba su espíritu a los cielos.

Como en visión ideal, parecióle ver las divinas cabezas de Yolanda, Susetta y Nellina y creyó que aquellas tres criaturas habían de ser la luz de su vida y la alegría de su existencia.

Después, el cuadro se hizo oscuro; vio el rostro lívido y burlón de Nilotta y le pareció oír que le murmuraba con acento irónico:

—Es usted realmente un poeta, ¡pero acabará también usted por olvidar! Y mi hija será una esclava como su madre, porque no tendrá un padre que la haga respetar.

—¡Pues no será! —dijo en voz alta el joven, casi respondiendo a su pensamiento—. ¡Nellina no será una esclava; yo sabré protegerla,

amarla, librarla de todo peligro y hacer de ella una mujer honrada!

La luna había desgarrado las nubes y empezaba a brillar en el azul del cielo, cual si quisiera irradiar la espléndida figura de aquel hombre que tanta fe tenía en sí mismo, en el Ser Supremo, ¡en el porvenir!

FIN DEL PRÓLOGO

SUSETTA

I

Seis años atrás, en uno de los suburbios de París y en una habitación del cuarto piso de un viejo caserón en el que se cobijaba toda clase de gente y donde de día y de noche se celebraban diabólicas bacanales, se desarrollaba una escena en extremo conmovedora.

En la citada habitación, iluminada por la escasa luz que penetra en ella por una ventanilla, una muchacha, sentada junto a un catre cubierto con un sutilísimo colchón y unas sábanas ásperas y gruesas, procuraba consolar a otra que lloraba a lágrima viva, porque iban a ir a buscarla para llevarla al hospital.

—No estarás mal, ya verás —le decía—, y yo iré a verte todos los domingos.

—¡Oh! No viviré tantos —contestaba la infeliz—. Lo presiento: aquel golpe en el pecho resultará mortal.

—Y yo creo, en cambio, que curarás en pocos días.

—No, no; no me hago ilusiones; no volveré a trabajar, no veré más a mi padre ni a mi madre.

Y la desventurada rompió en sollozos.

—No llores así, mujer —decía la otra—, o me harás llorar también a mí y el mal se agravará.

—¡Perdóname, Susetta, perdóname; pero sufro tanto ante la idea de morir! Verdad es que nuestra vida fue bien dura hasta hoy; pero tú me animabas animándome a esperar en el porvenir. Y ahora se acabó el porvenir; se acabaron las esperanzas. Y a Jenny, ¿sabes si la detuvieron?

El semblante de Susetta se oscureció, pero respondió con prontitud.

—Sí, sí, tranquilízate, Rita.

La enferma se llevó una mano al pecho. Le dolía mucho.

—¡Oh! ¡Qué mala es Jenny! —prosiguió—. Me odia, me odia como a todas las italianas. Solo tú logras ponerla a raya. Hace ya mucho tiempo que Jenny me estaba provocando, acusándome de haberle robado el amante. Tú sabes si he ido nunca detrás de Felipe. Ha sido él quien me ha preferido y no quiere a nadie más que a mí. Di, ¿es verdad o no?

Susetta le enjugó dulcemente con un pañuelo el sudor que bañaba su frente.

—Sí, querida, sí —contestó vivamente Susetta—. Pero no te fatigues hablando tanto.

—Quiero decírtelo todo —añadió la otra con obstinación—, porque cuando Jenny me agredió tú no estabas en la sala de planchado, sino en el almacén. ¡Ah! ¡Si hubieses oído cómo nos puso, cómo nos insultó! Y no hubo nadie capaz de hacerla callar y, como le solté un bofetón, ¿comprendes?, ella me tiró al suelo y me dio furiosamente en el pecho con la plancha. Entonces fue cuando nos separaron; solo entonces, y tú llegaste oportunamente para sacarme de allí. Yo no hablaba ya, pero no puedes figurarte cómo me dolía el pecho y cuánta sangre me subió a la garganta. ¿Te acuerdas cuánta arrojé aquella noche? Y aun ahora, al menor esfuerzo, no deja de subirme a la boca. ¡Cómo te asustaste, mi pobre Susetta! Pero, ¿no es verdad que no te figurabas que el médico me mandara al hospital? ¿Y por qué no te opusiste? Dilo.

Susetta palideció.

—Porque aquí no sería posible cuidarte —contestó—. No conocemos a nadie en el vecindario y todos los inquilinos se miran con desconfianza, y como yo tengo que ir al taller, tú no tendrías quién te cuidara. El mismo Felipe te aconsejó que aceptaras el consejo del médico y dijo que a las horas de visita iría a verte. Vaya: tranquilízate, toma una cucharada de medicina y procura descansar. Todavía tardarán en venir a buscarte y, mientras, yo no me moveré de aquí.

Susetta se levantó para tomar una botella que había en una mesita junto a la ventana y apareció en toda la esbeltez de su figura, en todo el fulgor de su maravillosa belleza.

La hermana de Nilotta rondaba entonces los dieciséis años; pero su precoz desarrollo la hacía parecer de más edad. Tenía el cuerpo modelado como el de una estatua griega, con la misma regularidad en sus facciones; castaño dorado el cabello, naturalmente rizado, que, suelto, la habría envuelto enteramente; ojos francos, fieros, tan dominadores como cariñosos, un cutis de rosa y leche y unos labios purpurinos y frescos que, al abrirse movidos por la sonrisa, ponían al descubierto una hilera de perlas.

Parecía, sin embargo, que ella misma no tenía idea de su hermosura o al menos no se cuidaba de ella ni pensaba explotarla para salir de la miseria en que vivía.

Susetta no tenía inclinación al mal y había pasado y pasaba a través de la pobreza, del vicio y de la depravación sin que el mal se le contagiara.

A los doce años siguió al hombre a quien su madre la vendiera y, en unión de otras muchachas, fue llevada a Francia para sacar provecho de ella. Y si lloró mucho la separación de su hermanita a quien adoraba y de su misma madre, a pesar de lo poco afecta que se mostró siempre con ella, no mostró su desesperación como otras de sus compañeras que, ignorantes de la suerte que les esperaba, se

abandonaban a crisis violentas, nerviosas, de las que salían abatidas y destrozadas.

Estaba resignada con su destino; gustaba de trabajar por ruda y pesada que fuese la tarea y solo le repugnaba la falta de honestidad, y era tan pura y tan inocente, que ni ella misma conocía el porqué de semejante repugnancia.

El hombre aquel condujo la grey humana, las pobres esclavas blancas de que se había hecho dueño y señor, a una ciudad provinciana, a casa de una bribona; una vieja horrorosa que nunca conoció la juventud y unía a su fealdad un espíritu malvado, espíritu mezquino ajeno a todo bien y a toda acción piadosa. Tenía la vieja una especie de agencia de colocación de muchachas pobres que le llovían de todos lados, porque aquel hombre, en realidad, no era más que el mediador. La verdadera dueña era la vieja Bruja, como solían llamarla.

Algunas de las niñas iban a parar a las fábricas de tejido, otras a servir en los cafés y restaurantes y otras, en fin —y estas solían escogerse entre las más hermosas—, servían para alimentar los más inmundos lugares de la capital.

La Bruja daba comida y alojamiento a cuantas muchachas le eran enviadas, hasta que tenían colocación y, la verdad sea dicha, las trataba con aparente cortesía; pero, ¡ay de las que pretendían escapar de sus garras! Las infelices tenían que someterse: firmar un documento declarándose deudoras de la Bruja, entregarle los documentos justificativos de que le habían sido completamente cedidas por sus respectivos padres a cambio de una fuerte suma, y, una vez colocadas, toda o casi toda la ganancia de las pobres esclavas pasaba a sus manos; de manera que difícilmente podían crearse una posición. Para la Bruja los tiempos eran siempre malos y era una gracia especial que una joven pudiera comer y vestir decentemente y gozar la vida a su placer.

A la llegada de Momo, el mediador, con la grey humana, la Bruja estaba de negrísimo humor. Dos de las esclavas habían roto la

cadena, se habían escapado y la infame vieja no podía acudir a la autoridad para que las ovejas volvieran al redil.

Esto la había hecho salir de sus casillas, porque las dos fugitivas eran de las más hermosas y en las cuales tenía más confianza para el negocio.

—Mientras maduraban su plan parecían dos gatitas muertas —decía rabiosa—. ¡Ah! ¡Como cayeran en mis manos! Pero tarde o temprano caerán; no serán las primeras.

La Bruja, que no tenía corazón por nadie, ni siquiera por su hija, adoraba a aquel nieto; y aun cuando Enrique en sus crisis nerviosas no le escatimara los insultos, ni aceptara sus caricias, la vieja no se daba por ofendida y le colmaba de atenciones, porque decía que aquel muchacho era su talismán, su *amuleto de la buena suerte*.

Susetta, que tenía un corazón muy grande y propenso a la emoción, sintió en seguida invencible simpatía por Enrique, y este a su vez no tardó en tomar afecto a la muchacha y en quererla siempre a su lado.

Aquellos dos seres parecían creados para entenderse. Pasada una semana, Susetta no tenía ya secretos para él; le había contado ya toda su vida pasada, sus sueños para el futuro, etcétera, etcétera, y él, por su parte, no le ocultó la triste casa a donde había sido conducida y su dolor al ver a tantas niñas que se perdían por culpa de su abuela, a quien odiaba, porque ella y solo ella había sido la causante de la desdicha y muerte de su madre.

Susetta le consoló de la mejor manera posible y desde aquel momento no tuvo Enrique más crisis nerviosas, que a todos asustaban. Si algún ligero movimiento le hacía fruncir el ceño o alguna idea desagradable le molestaba, Susetta le ponía en la frente su manecita y el rostro del muchacho cambiaba de expresión,

dibujándose una sonrisa en sus labios. Y así se pasaba la crisis, sin espasmos ni violencias.

Los dos muchachos estudiaban juntos y leían bastante. Susetta aprendía con sorprendente facilidad y al par que se desenvolvía su inteligencia se desarrollaba su cuerpo y su hermosura. Y de tal modo sucedía así, que cuando salía en coche con la Bruja y su nieto, era blanco de todas las miradas y la admiración de todos.

Susetta no olvidaba a su madre y hermana; pero se decía interiormente que solo volvería a su lado cuando pudiera realmente satisfacer sus necesidades. La Bruja habíale leído una carta que le dirigió la montañesa, dándole las gracias por los cuidados dispensados a su hija y en la que añadía que la ausencia de Susetta era un alivio para ella, sin que hubiera de darle continuas nuevas desde el momento en que la muchacha estaba tan bien.

Aquella carta hizo llorar a Susetta, quien estaba muy lejos de suponer que fuese falsa.

Pasaron dos años. La joven se había desarrollado maravillosamente, y Enrique no cesaba de repetirle que no existía criatura más hermosa ni más buena; pero que era una verdadera lástima su cautividad al lado de la Bruja.

Susetta seguía siendo la enfermera de Enrique, aislada con él en dos habitaciones que no comunicaban con la agencia y el pensionado de la vieja.

Una tarde, los dos muchachos se encontraron juntos en un balcón florido, y Susetta leía a Enrique un cuento de hadas, cuando se presentó la Bruja.

Llevaba pintada la alegría en el semblante y dijo:

—Es lástima, muchachos, que vuestro idilio tenga que tener fin.

—¿Por qué? —preguntó Enrique, impetuosamente.

—Porque, amor mío, un tesoro como Susetta no puede permanecer oculto mucho tiempo; dentro de dos días la acompañaré a París, donde le tengo ya una colocación que, si sabe conservarla, será su fortuna.

Enrique cambiaba a cada instante de color y contemplaba a la vieja con desprecio.

—Yo no quiero que se vaya —exclamó.

—Por esta vez, amor mío, no puedo complacerte; pero ha llegado otra enfermerita que la sustituirá.

—Repito que quiero a Susetta.

—Susetta no será tan tonta de acceder a tus deseos despreciando una fortuna que ha de compartir con su madre y su hermana.

El pobre muchacho miró a su compañera con los ojos bañados en lágrimas y ella le estrechó una mano para que callara, preguntando a su vez a la vieja:

—¿De qué colocación se trata?

—Ya lo verás —respondió la vieja, que empezaba a irritarse—. No he estado manteniéndote a tus anchas durante dos años para que al llegar el momento oportuno te rebeles y vengas con pretensiones. Aunque tú no estés, no faltará quien cuide de Enrique; pasado mañana, a más tardar, nos marcharemos.

Enrique quería protestar, pero un nuevo apretón de manos de la chiquilla le hizo enmudecer.

Cuando la Bruja se hubo alejado de allí, los dos desgraciados se abrazaron llorando.

—Esa te perderá; estoy seguro de que te perderá —decía Enrique.

Y en términos tan tétricos le pintó su porvenir si seguía a la vieja, que Susetta, a pesar de su enérgico carácter, no pudo menos que

sentir cierto estremecimiento.

—¿Qué he de hacer, Dios mío? ¿Qué he de hacer? —balbució.

—Tienes que huir —le dijo resuelto Enrique—. Y no te lo aconsejaría si no supiera de antemano la suerte que te espera. Tu separación ha de serme muy dolorosa; moriré tal vez sin verte nunca más; pero lo prefiero todo antes que verte víctima de la Bruja. Tú tienes valor y voluntad para el trabajo y estoy seguro de que sabrás mantenerte honrada.

Susetta le oía con avidez; con una especie de religioso respeto.

—¿Pero cómo puedo huir de aquí?

—Oye lo que te aconsejo. Sacrifica tu linda cabellera, que yo adoro y conservaré como recuerdo sacro; te pondrás uno de mis trajes, y de este modo, disfrazada de chico, difícilmente te reconocerán. A eso de las tres de la mañana, hora en que la Bruja duerme a pierna suelta, nadie vigila en casa; bajas por la ventana al jardín, lo cual no te será difícil, porque yo te ayudaré haciendo unos nudos en las sábanas de nuestras camas y sosteniendo uno de los extremos. El perro te conoce y te quiere y, por lo tanto, no ladrará. Ya sabes dónde está la llave de la portezuela y, por consiguiente, podrás salir sin el menor ruido. Te alejas cuanto puedas y al llegar a la estación tomas el tren y te vas a París. La Bruja no dará parte de tu fuga, porque no quiere que la policía se mezcle en sus infames negocios, y si ordena a alguno de sus esbirros que te busque, tú en París podrás despistarle fácilmente.

Susetta oía pensativa.

—Es que no tengo dinero para el viaje —murmuró.

—Yo lo tengo. Abre el primer cajón de mi cómoda; verás una cajita verde; dámela.

Susetta obedeció temblando.

Enrique abrió la caja donde tenía guardados muchos objetos que debían de serle muy queridos, pues cayeron algunas de sus lágrimas encima de ellos, y cogió un portamonedas que contenía dos napoleones de oro y otras monedas de plata.

—Esto es para ti —dijo.

La muchacha cayó de rodillas hecha un mar de lágrimas, junto a la butaca de su tierno amigo.

—No puedo aceptarlo —balbució—, no, no puedo, porque no voy a estar nunca en condiciones de devolverte todo este dinero.

—¿Devolvérmelo? —prorrumpió Enrique—. Si es que te lo regalo, y si no lo aceptaras me causarías el mayor de los disgustos. Y esto no es bastante aún: toma alguna otra cosa que te servirá tanto como el dinero. Esto es mi partida de nacimiento y esto el óbito de mi madre; tómalo también, porque tú dejas aquí los restos de mi hermanita Susetta y te conviertes en Enrique. ¿Es que no te gusta?

—¡Oh! Sí, hermano mío; pero es demasiado, demasiado.

Y le echó los brazos al cuello, rompiendo a llorar amargamente.

II

Todo sucedió como Enrique había previsto. Susetta logró escapar vestida de muchacho, dejando sus espléndidas trenzas al compañero querido.

Los dos jóvenes lloraron mucho al separarse, porque comprendían que no habían de verse nunca más. Pero una vez en libertad Susetta, no pensó en otra cosa que en llevar a feliz término el plan preconcebido por Enrique, con tal sangre fría y precisión, que habrían admirado a cualquiera.

Hizo la niña diez kilómetros a pie sin darse apenas cuenta y sin mostrar temor alguno si se cruzaba con alguien, a fin de llegar a la segunda estación de la línea férrea de París. No se detuvo en la primera por si hubiese en ella algún servidor de la Bruja. El traje de Enrique le sentaba a maravilla; parecía un lindo mozalvete, uno de esos estudiantes que salen solos de su pueblo para ir a París a proseguir sus estudios.

Enrique quiso también que llevara consigo un poco de ropa blanca, y él mismo hizo un envoltorio con lo más preciso.

Susetta tomó un billete de tercera para no gastar más que seis francos, y de este modo le quedaron en el portamonedas más de cincuenta, con cuya suma le parecía que podía conquistar la capital.

El compartimiento en que subió estaba atestado de gente que se dirigía a la feria de Saint-Denis. Creyeron todos que el muchacho era también de los feriantes; y como Susetta lo dedujo de sus

conversaciones, dejó que lo creyeran así y charló con los viajeros que tenía más próximos: un hombre y una mujer, al parecer burgueses acomodados, que aprovechaban la oportunidad de la feria para visitar a una hija, casada con un fondista de aquellos alrededores.

—¿Y usted, simpático muchacho, no tiene a nadie? —preguntóle la mujer, de simpático y bonachón semblante—. ¿No hay nadie que le espere en Saint-Denis?

—No, señora —contestó francamente Susetta—. No tengo a nadie que se acuerde de mí. Mientras vivió mi madre, pude estudiar; pero ella murió y, aunque me dejó algún dinero, he tenido que dejar los estudios. Ahora he de buscarlas como pueda y voy a ver si me coloco de mozo en algún café o en alguna fonda; sea en París, sea en algún pueblo de sus alrededores.

—Tal vez Noto —dijo la mujer, dirigiéndose a su marido— pueda hacer algo por este chico. ¿Tienes tu documentación en regla?

—Llevo mi partida de bautismo y el óbito de mi madre, señora.

—Me parece, sin embargo, demasiado delicado para servir —observó el marido—. Tiene más aspecto de niña que de varón.

Y como vio que las mejillas de Susetta se acarminaban, añadió bondadosamente:

—Perdone usted; no quise ofenderle.

—No me ofende usted, caballero; pero no tiene usted que juzgar por las apariencias. No estuve enfermo nunca; llevo con facilidad objetos de peso y tengo buenas piernas para ir a donde convenga.

—Sí; se ve que es usted robusto —interrumpió la buena mujer—. Y comoquiera que me gusta usted, si a usted le parece, le llevaremos a casa de nuestra hija y verá usted cómo su marido le dará una buena colocación.

—Acepto, señora; acepto y le doy las gracias por anticipado.

Y de este modo fue Susetta a la feria de Saint-Denis. El fondista, a las primeras palabras de sus suegros acerca del muchacho que llevaban con ellos, lanzó una exclamación de alegría.

—No podía llegar con más oportunidad —exclamó—. Yo mismo necesito uno, porque aquel bribón de Antonio, para darme mayor disgusto, se marchó precisamente ayer.

Y de este modo encontró Susetta colocación inmediata. Y aunque aquel oficio no era de su agrado, de momento lo aceptó con gusto, porque estaba segura de que la Bruja no había de ir a buscarla allí.

Un año permaneció en la fonda, donde se quebrantó un tanto su salud a consecuencia de las fatigas que le imponía la dueña; que, lejos de ser una mujer amable como la madre, era una individua que se complacía en torturar de mil maneras al servicio, regateándole la comida y el descanso y teniéndolo en continuo movimiento de la mañana a la noche.

Susetta lo soportó todo con paciencia, temerosa de caer en peores manos; pero una mañana, no pudiendo más, hizo un envoltorio con sus pocos efectos y tomó asiento en uno de los ómnibus que iban a París, satisfecha de alejarse de su verdugo, no pensando en que iba a encontrarse sola en una ciudad donde no conocía a nadie y donde no sabría siquiera orientarse.

Susetta, sin embargo, contaba con su juventud y su valor para que le sirviesen de guía. Se apeó en la puerta Saint-Martin e, internándose en una calle desconocida, en medio de la multitud y de los coches que la aturdían, sintió que le daban un violento golpe en la espalda; cayó, experimentó una rápida sensación de dolor y luego nada. Estaba desvanecida.

Al abrir los ojos se encontró en la cama de un hospital y, a las primeras frases de la enfermera, comprendió que su sexo había sido descubierto.

¿Pero qué le había ocurrido? Que la lanza de un carro conducido por un borracho, a todo correr, le había dado un golpe en la espalda, que la derribó. El golpe fue tan violento, que le produjo una hemorragia interna y estuvo a punto de ocasionarle la muerte. Se salvó milagrosamente y le preguntaban ahora por qué iba vestida de varón.

Susetta contó con calor y conmovedora ingenuidad su historia, rogando preguntaran a Enrique si había mentido y rogando por Dios y todos los Santos que no la condujeran a manos de la Bruja. Ella no quería sino vivir honradamente con su trabajo.

Su narración interesó y emocionó a cuantos la oyeron.

Aquella criatura que sacrificaba su propia cabellera para disfrazarse y huir de manos de la infame que trataba de comerciar con su cuerpo, aquel muchacho enfermo condenado a vivir perpetuamente en una silla de ruedas o butaca y que había conseguido salvarla de la segura deshonra, formaban un argumento de novela capaz de excitar la mente de cuantos la oían y crearon en torno de Susetta una corriente de viva simpatía. Le prometieron que no se la molestaría; y otra muchacha italiana, Rita, que también estaba en el hospital, le prometió que la haría entrar en un taller de flores artificiales donde ella trabajaba y que podrían dividir su propia habitación. El director del hospital se encargó a su vez de conseguir del alcalde de su pueblo los documentos necesarios para identificar su personalidad y servirse de ellos cuando fuese conveniente.

Susetta agradeció las demostraciones de afecto que recibiera y aceptó la oferta de su compatriota, una joven más desdichada que ella, que, después de haber tenido una infancia terrible, había caído también en manos de una abastecedora de carne humana. Esta la llevó a Francia con otras y vivió holgadamente durante algunos años con el producto de las pobres esclavas que, con la excusa de cantar por las calles acompañándose con un acordeón o una guitarra, iban pordioseando y hasta robando para llenar los bolsillos de la dueña. Y era esta tan cruel y tan malvada, que correspondía con golpes y

amenazas a sus sacrificios y las tenía encerradas en una especie de cueva donde les daba escasísimo alimento.

Aquella canalla tuvo, sin embargo, un final desastroso. Murió asesinada por un joven licenciado de presidio que vivía a su costa y la creía más rica de lo que era en realidad. El crimen, que tuvo por móvil el robo, no le produjo al asesino más que cincuenta liras, que no tuvo ni siquiera el tiempo de gastarlas, porque fue detenido en seguida y confesó su crimen, por el cual fue condenado a diez años de trabajos forzados.

Rita se habría encontrado con el resto de sus compañeras en la calle o la habrían conducido de nuevo a su país a no ser por una lechera que, viéndola esbelta y lista, la tomó a su servicio. De la vendedora de leche pasó a una vendedora de frutas y flores; pero paraba poco en todas partes, porque era de delicada complexión y, unido su cansancio a la escasa nutrición que doquier le daban, al poco tiempo era ya inútil para todo trabajo.

Rita había llegado a los dieciséis años sin encontrar descanso, ni un momento de alegría. Solo desde que estaba empleada hacía unos meses en la fábrica de flores empezaba a disfrutar de cierta tranquilidad y un poco de bienestar.

Había alquilado una habitación que venía a ser una especie de buhardilla, pero siquiera allí estaba en completa libertad. Mas había sufrido tanto el frío aquel invierno, que contrajo una bronquitis que la llevó al hospital. Salió contenta de él porque llevaba consigo a Susetta, por la que sintió especial cariño desde el primer momento.

La hermana de Nilotta vestía nuevamente el traje que a su sexo correspondía, y como tenía aún el dinero que le diera Enrique y algún ahorrillo del tiempo que estuvo sirviendo, pudo comprarse un poco de ropa blanca. Sus hermosos cabellos iban creciendo y, como los tenía ensortijados, daban un aire caprichoso a su lindísima cabeza.

Rita no se cansaba de admirarla.

Cuando Susetta se encontró en la pequeña buhardilla de su compañera, le pareció que le faltaba el aire para respirar, y propuso a Rita que alquilaran a medias una habitación que, aunque fuese alta, tuviese siquiera aire, luz y espacio donde tender la vista.

—El alquiler de los primeros meses yo lo pagaré —dijo—, y compraré asimismo los pocos muebles que nos hagan falta; luego, con tiempo y trabajando, viviremos con relativa holgura.

Satisfecha Susetta al ver que iba a vivir acompañada, recobró su energía habitual y pretendió llevar la dirección «de la casa», aunque su amiga fuese mayor que ella.

Rita se admiraba de que a Susetta no le gustara el baile ni hiciera maldito el caso a las flores con que era requebrada.

—Si no existieran las diversiones o no tuviésemos un amante, ¿cómo podríamos vivir en este mundo perro? —decía Rita, con una sonrisa saturada de sencillez.

Susetta se encogía de hombros.

—Yo no quiero tener ningún amante —contestaba—, y mi mayor diversión consiste en poder leer un buen libro que me instruya. Enrique decía que las muchachas que pierden el tiempo en el baile o en el placer, acaban por morir en un hospital: ese hospital que te da tanto miedo y donde tú y yo hemos sido asistidas con tantísimo cariño y tan solícito cuidado.

Aunque Rita no participara de las ideas de su compañera, se sentía tan inferior a ella, que no se atrevía siquiera a contestar.

Ambas fueron admitidas en el taller de flores artificiales y todo anduvo durante algunos meses a pedir de boca, porque, aunque no fuera muy elevado el jornal que percibían, como lo juntaban era bastante para mantenerlas honradamente e ir tirando. La buhardilla que alquilaron estaba a poca distancia del taller, y por encima de las casas veían un amplio horizonte, lo cual colmaba los deseos de Susetta.

Rita, sin embargo, se sentía a menudo melancólica, sin que ella misma supiera explicar el porqué. Se había hecho asimismo algo holgazana y la dueña del taller la amenazó varias veces con despedirla.

Susetta tomaba siempre la defensa de su amiga y hasta trabajaba por ella; pero allí no estaba bien porque había despertado la envidia de varias de sus compañeras y se sentía ofendida con las galanterías del dueño, que la perseguía tenazmente de amores sin que la presencia de su esposa fuese un obstáculo para que le demostrara su admiración.

Un domingo tuvo el descaro de ir a encontrarla en la buhardilla. Por fortuna Rita se encontraba en casa y Susetta, más enérgica aún con la presencia de la amiga, puso al cobarde a la puerta. Al siguiente día fueron despedidas las dos.

—Me alegro —dijo Susetta—. Yo no como pan de ese.

Durante dos años, Susetta y Rita trabajaron en cuatro fábricas distintas: en una de dulces, otra de botones, otra de calzado y finalmente en una de cuellos y puños de caballero, a la cual iba unido un taller de planchado.

Rita, aconsejada por Susetta, se mantuvo honrada hasta entonces; pero su virtud empezaba a vacilar.

—¿No ves cómo nos cansamos —decía de cuando en cuando a Susetta—, sin que logremos salir de nuestra mísera situación, ni compramos un traje, un sombrero, nada?...

Susetta reía.

—Creo que nos admiran más con el solo adorno de nuestros cabellos que a otras muchachas que llevan barracas en la cabeza. Nuestro traje es sencillo, pero limpio y decente.

—Yo no comprendo cómo una muchacha hermosa como tú no tiene el menor deseo de brillar.

—Y yo cómo pueden desearse ciertos placeres cuando se tiene salud, dos brazos para trabajar y la conciencia tranquila.

—Siempre tienes razón —exclamaba entonces Rita, besándola con cariño—. ¡Si tú supieras cuánto envidio tu serenidad de espíritu!

—Puedes tenerla lo mismo que yo: basta con que quieras.

Pero por desgracia son pocas las esclavas blancas que saben resistir a la tentación. La miseria y la vanidad innata en la mujer son fatales consejeras para las mujeres abandonadas a sí mismas, privadas a menudo de pan y burladas en su propio recato. ¿Quién les arrojaría, pues, la primera piedra?

En la fábrica de cuellos y puños, las dos muchachas estaban a placer; pero Rita, por desgracia, se enamoró de un joven estudiante que otra mujer, cierta Jenny, ambicionaba también y con la cual tuvo pasajeras relaciones. Felipe, un muchacho de buena familia, pero frívolo, despreocupado y voluble, quedó prendado de la fascinadora hermosura de Susetta; mas no tardó en comprender que toda tentativa sería infructuosa, y entonces, y casi por despecho, dio en cortejar a Rita, quien, a pesar de los buenos consejos de su amiga, que le comprendió mejor que ella, no pudo resistir mucho tiempo a las lisonjas y pretensiones del estudiante. Y empezó Rita a aceptar algún almuerzo en el campo y alguna invitación para ir con él al teatro. Lo supo Jenny y de ahí empezó a nutrir un odio sordo contra las dos italianas, odio que en un principio se tradujo en injurias que hacían reír a las otras compañeras. Rita se afectó, pero Susetta supo poner a raya a la insolente.

Una tarde, poco antes de la hora de salir, Rita se encontraba en la sala de planchado con Jenny. Esta empezó a motejarla con vergonzosos epítetos. Rita soportó un momento aquellas injurias, pero cuando aquella aludió al estudiante, perdió Rita los estribos y soltó una injuria atroz contra su compañera, añadiendo que Felipe se la había dicho. Entonces vino una lucha cuerpo a cuerpo entre las dos muchachas; y fue entonces cuando Jenny, hecha una fiera, derribó a su rival y le dio furiosamente en el pecho con la plancha.

Hubo trabajo para separarlas, hasta que por fin Susetta condujo a casa a su amiga, que apenas se podía tener y se lamentaba de cuánto le dolía el pecho.

Durante la noche tuvo un violento vómito de sangre, y llamado un médico, este dio parte de lo ocurrido, y cuando volvió a la mañana, ordenó el traslado de Rita al hospital, asegurando a la vez que la agresora sería detenida y encarcelada.

Al marchar, y cuando estuvieron en la escalera, el médico dijo a Susetta, sin rodeos:

—Su amiga de usted no tiene cura. Sus pulmones estaban ya enfermizos y los golpes que ha recibido han de acabar pronto con ella.

Susetta hubo de engullir las lágrimas para que Rita no notara su emoción. Ya hemos visto en el primer capítulo cómo consiguió tranquilizarla, hasta el punto de que después que hubo tomado la primera cucharada de medicina logró conciliar el sueño.

Despertáronla los enfermeros que fueron a buscarla para conducirla al hospital. Rita los rechazó; pero Susetta la abrazó y, al decirle que ella la acompañaría, recobró la calma y no puso ya resistencia a su traslado.

Una hora más tarde, se dirigía Susetta al taller. Estaba palidísima y, bajo la acción aún de la impresión recibida, no paraba mientes en los elegantes holgazanes que encontraba al paso y se paraban para contemplarla, llenos de admiración, dirigiéndole frases que ni oía ni le importaban.

De pronto un joven la detuvo. Era Felipe, el estudiante que fue motivo de la riña de Rita y Jenny.
—¡Señorita! —le dijo, quitándose respetuosamente el sombrero.

Susetta frunció el ceño y le miró al rostro fríamente.

—¡Caballero! —dijo la joven con cierta acritud—, en este momento su sitio no debiera ser este, sino al lado de Rita, que se está muriendo por culpa de usted.

Felipe dio un paso atrás, palideciendo.

—¿Que Rita muere? —balbució débilmente—. Señorita, usted pretende asustarme. Y admitiendo que diga usted la verdad, ¿qué culpa tengo yo? Acabo de enterarme ahora por una joven que trabaja en el taller que Rita y Jenny vinieron a las manos; pero ignoro el motivo y me iba ahora a su casa para oírlo de los propios labios de la amiga de usted.

Felipe demostraba una sorpresa tan dolorosa mientras hablaba, que la fisonomía de Susetta se endulzó un tanto.

—Rita está en el hospital —dijo—, y no le he engañado, caballero. La pobre joven estaba ya delicada de los pulmones, y los golpes que Jenny le dio con la plancha precipitarán la catástrofe.

—Era yo ignorante de todo esto y espero que la malvada Jenny no quedará sin castigo. Voy yo mismo a denunciarla.

—Es mejor que acuda usted al lado de Rita —interrumpió Susetta—. Ocupa la cama número 70. Su presencia la animará y, sobre todo, no la haga sospechar que está en peligro; dele esperanzas para que no se desespere. La pobre teme tanto a la muerte, sin hacerse cargo de que para nosotras, pobres esclavas, es la mayor sumisión. Adiós, caballero.

Y la linda muchacha apretó el paso con dirección al taller. Felipe la siguió con la mirada.

—¡Maravillosa! —murmuró—. Fuera yo loco si dejara que me escapase.

Salió de su marasmo cuando sintió que le tocaban un brazo, y al volverse vio a una señora vestida de negro, cubierto el rostro con un velo, que le preguntó con acento conmovido:

—Perdone usted, caballero. ¿Esa joven con quien estaba usted hablando no es la señorita Susetta Rogat?

Felipe saludó.

—Precisamente, señora —contestó—; obrera del taller de cuellos y puños Bichet.

—Muchas gracias, caballero, y dispense.

Iba a seguir su camino, cuando el joven la detuvo.

—Usted perdone, señora, mi curiosidad. ¿Usted la conoce?

—Me la enseñó tiempo atrás una amiga mía que se interesó por ella, precisamente para hacerla entrar en una fábrica... no sé si en la que usted me acaba de indicar. Al ver ahora a la joven, se me ocurrió lo hablado con mi amiga; pero estaba en duda de si era la misma. Gracias de nuevo.

Y se alejó precipitadamente.

—Vaya una vieja original —pensó Felipe, mientras se dirigía al hospital.

Mientras tanto, Susetta había entrado en el taller, pero no la dejaron pasar al obrador. Una encargada le dio aviso de que pasara a la administración y allí la entregaron treinta francos de parte del propietario, anunciándole a la vez que quedaba despedida.

Susetta rechazó el dinero y con acento vibrante y altanero dijo:

—¿Por qué? Tengo el derecho de saberlo.

—Cuando se le paga la mensualidad entera, nada tiene usted que reclamar ni está obligado el propietario a darle explicación alguna.

—Yo le repito que no se despide a una muchacha honrada sin un motivo que lo justifique.

—Desde el momento en que el dueño no quiere saber más de usted, creo que basta. Conque tome usted su dinero y largúese, que no estamos aquí para perder el tiempo.

Susetta rechazó por segunda vez el dinero. Y blanca como el mármol, pero con los ojos secos y aire firme y despreciativo, se marchó.

Al salir oyó una carcajada mal reprimida. Se volvió y apenas si tuvo tiempo de ver a Jenny meterse en el obrador.

Susetta no salió de su asombro. ¿Cómo? ¿Aquélla infame no había sido encarcelada? Rita moría en el hospital; a ella la dejaban sin trabajo en mitad del arroyo, y Jenny triunfaba en el taller sin que nadie pensara en castigarla. ¿Era así la justicia? ¿Era posible que existiera en el mundo quien protegiera más al vicio que a la virtud?

Estuvo a punto de retroceder y dar un espectáculo; pero desde el momento en que no guardaban consideración alguna ni a ella ni a su amiga moribunda, resultaría inútil. Y moviendo la cabeza siguió decidida su camino.

Aquel día fue muy triste para ella; llegó la noche y en lugar de acostarse la pasó llorando. ¡Se veía tan sola, tan abandonada! Sufría por sí, por su pobre amiga y pensaba qué determinación había de tomar para encontrar trabajo.

Se desayunó con cinco céntimos de leche y no bien acababa de tomarla cuando oyó que llamaban a la puerta. Susetta abrió. Era un mozo de cuerda que le llevaba una carta a ella dirigida. Susetta no reconoció la letra del sobre y preguntó:

—¿Quién me la manda?

—No sé, señorita; me fue entregada por un compañero que no pudo encargarse de este servicio.

—¿Le ha dicho si tenía contestación?

—No, señorita.

Y como no se movía, Susetta le dio diez céntimos de propina, que el mozo tomó sonriendo, y echó a correr.

Antes de abrirla volvió a mirar la letra del sobre y la tuvo danzando en una y otra mano. Parecía que le infundía pavor. Rompió por fin el sobre con temblorosos dedos y miró la firma de la carta. Era de Enrique.

Un grito de alegría escapó de sus labios. ¿Le escribía Enrique? ¿Estaba Enrique en París? ¿Se acordaba de ella aún? ¿Sabía su dirección? Con el pecho anhelante y los ojos despidiendo chispas, leyó el contenido.

Era corto y decía así:

«Mi dulce guardiana: Estoy en París para que me hagan una operación que, al decir de los médicos, volverá la vida a mis piernas. He procurado en seguida saber de ti y por una feliz casualidad supe que estabas empleada en un taller donde me han facilitado tu dirección. ¿Te acuerdas todavía del pobre Enrique? Debes de estar muy hermosa. Ardo en deseos de verte y, como por ahora no me es posible moverme, te ruego vengas cuanto antes a encontrarme. ¿Lo harás? Así lo espero. No tengas miedo alguno de mi abuela, porque no está aquí. No preguntes más que por el señorito Enrique. Hasta ahora, mi querida hermana.»

Y seguía la dirección de la calle, piso, etcétera.

Nunca se sintió Susetta tan dichosa como en aquel momento. ¡Volver a ver a su Enrique! El único a quien amó de veras después de Nilotta. Él había sido para ella más que un hermano: su salvador. ¿Podía dudar de que acudiría en seguida a su llamamiento?

Por vez primera hizo la joven un arreglo detenido y se miró al espejo y se encontró hermosa. Enrique vería cuánto habían crecido sus lindos cabellos, cómo se habían hecho más ondulados y cómo toda ella se había desarrollado. ¿Y qué cambio se habría operado en él

durante aquellos años? ¡Qué impaciencia la suya por verle y abrazarle!

Susetta se olvidaba en aquel momento del taller, de la mortal enfermedad de Rita y empezaba a confiar en el futuro. Le parecía que Enrique había de salvarla de nuevo.

La calle que le había indicado estaba un poco lejos. Pero la muchacha no hizo el trayecto a pie, sino que subió a un ómnibus que la condujo a poca distancia; y andando, andando, no hizo otra cosa que pensar en las palabras de la carta de Enrique, sintiendo en su alma como un himno de fiesta.

Entregada a su casto sueño, llegó casi sin advertirlo delante de la casa cuyas señas le daba Enrique. En el umbral de la puerta estaba una mujer como esperando a alguien, y cuando vio a la joven hizo un movimiento de satisfacción. Susetta se acercó.

—Dispense usted, señora —dijo con delicioso acento—. ¿Vive usted en esta casa?

—Sí, señora.

—¿Conoce usted al señorito Enrique?

—Ya lo creo —prorrumpió la mujer, con viveza—. Es un pobre joven recién llegado para que le hagan una operación en las piernas. Se aloja en casa de mi dueña.

La muchacha no concibió la menor sospecha, la sonrisa irradiaba en su semblante.

—¡Gracias —dijo—. Siendo así, ¿puedo subir?

—Yo misma la acompañaré, señorita.

Y la mujer la precedió hasta llegar al primer piso, donde había dos corredores con multitud de puertas. Llamó a una de ellas y la voz de otra mujer contestó:

—Adelante.

La muchacha, con su acompañante, se encontró en una especie de antesala, donde había otra chica de baja estatura, pero robusta, que miró a Susetta con cierta admiración.

—¿Qué desea la señorita? —preguntó.

—Viene en busca del señorito Enrique.

—¡Ah! Pase usted, pase usted. Ya me había anunciado que iba usted a venir. La está aguardando.

Abrió una puerta a la derecha y entró en un corredor estrecho y oscuro que recorrió, y levantando una cortina hizo pasar a Susetta a un saloncito, diciendo:

—Siéntese un momento. Voy a anunciarla.

Y sin aguardar respuesta salió y cerró la puerta.

Era tal la alegría de Susetta, que no se turbó. Pero de pronto empalideció horrorosamente. En un espejo de la pared vio entrar en la estancia, sin hacer el menor ruido, a la horrible Bruja.

—¡Ah, ah, te pesqué! —dijo la vieja, con su voz ronca y estridente, yendo a colocarse delante de la joven—. A cada cual su turno, amiga mía. Un día te serviste de Enrique para escapar de mi casa; hoy me he servido yo de él para atraerte aquí.

Susetta, aunque cogida en el lazo, reconquistó en seguida su serenidad.

—Miente usted —exclamó—. Si Enrique estuviese ahora aquí, sabría defenderme contra su acusación.

—Si esperas su ayuda, niña, estás fresca. Mucho será que a la hora presente queden aún sus huesos. Y si se encuentra el tonto aquel en la sepultura, te lo debe a ti.

Susetta sintió como un fuerte y horrible dolor en el pecho.

—¡Muerto, muerto! —balbució nerviosamente, cayendo en una silla y escondiéndose el rostro entre las manos.

La Bruja la contemplaba con una mirada cruel.

—Sí, llora; desahógate; los ojos se te harán más bellos, pero no por eso harás resucitar a Enrique. También él, el estúpido, lloró por ti y aun después de muerto pudimos arrancarle tus trenzas que tenía en el pecho y estrechó en sus manos hasta el último momento. Aquellas trenzas le envenenaron; le consumieron.

Susetta se levantó de nuevo, impetuosamente.

—Basta, basta; no me torture usted más; déjeme salir...

—¡Dejarte salir! ¡Fuera yo loca! Hace dos años que te estoy buscando inútilmente; te denuncié como ladrona; sí, ladrona, porque me robaste el dinero que dejé a tu madre, dos años que te estuve manteniendo y te vestí; y cuando te marchaste, te llevaste, además de los trajes y ropa blanca de Enrique, un portamonedas con dos napoleones que yo le regalé con otras monedas de plata. Si hasta ahora lograste despistar a la justicia, ahora puedo hacerte detener.

Susetta escuchaba fría, blanca como estatua de mármol. Aquella mercadera indigna era capaz de poner su amenaza en ejecución. No bastaba con pensar que había caído en una trampa; no bastaba el dolor experimentado por la muerte de Enrique; tenía que pasar por la vergüenza de oír que la trataban de ladrona y la amenazaban con la cárcel.

La vieja proseguía:

—¿Crees acaso que siembro el dinero por las calles y empleo oro y personal para que me lleguen de lejanas tierras almas miserables como tú y a quienes voy a mantener los vicios o a tener por filantropía o espíritu de caridad? Desengáñate: tu madre me firmó un documento en virtud del cual me hace durante cinco años dueña absoluta de tu persona; me usurpaste tres y me robaste además efectos y dinero. Por lo tanto, me perteneces, y si no me obedeces

he de ser contigo inexorable. Yo puedo probar tu culpabilidad y tú, en cambio, no podrás probar tu inocencia; tengo testigos en tu contra y tú no encontrarás uno siquiera a tu favor. Decídete: o vuelves conmigo, sigues mis consejos y tomas tu sitio en el mundo o te aplasto y te ves condenada como ladrona.

Susetta se dejó llevar del furor y de la indignación.

—Antes que estar con usted prefiero mil veces ser condenada —exclamó—, si es que hay un juez tan vil que preste fe a sus infames calumnias.

—¿Llamas calumnias a los hechos que se pueden probar? —prorrumpió la vieja—. Pues bien: sea como quieras; pero ten en cuenta que tú serás la primera en pedirme indulgencia, piedad...

—¡Jamás!

La Bruja tuvo una sonrisa burlona, cruel.

—¿Jamás, eh? Pues bien; ¿quieres convencerte de la verdad de cuanto te digo? Ven conmigo.

—¿A dónde?

—A tu casa. Es de noche; nadie podrá reconocerte y menos si te envuelves en un abrigo que te voy a dar y cubres la cabeza y parte del semblante con un velo.

—No tengo por qué esconderme.

—Comprenderás la necesidad en seguida. Ven.

—Sea; en todo caso sabré gritar y pedir auxilio, defendiéndome contra usted.

—Si serás tú misma la que pedirás mi apoyo.

Susetta creía enloquecer, pero resistió aun al deseo de gritar, de rebelarse. Aceptó la oferta de la vieja; ocultó su cuerpo en un largo y negro manto y la cabeza y mitad del rostro en una holgada

mantilla negra. Y siguió a la Bruja, que se había puesto el sombrero y el velo, tomando la apariencia de una señora respetable, y se apoyaba en su brazo como si fuese su madre.

Susetta no pronunció una palabra en todo el camino y se devanaba inútilmente los sesos para comprender lo que la vieja pretendía demostrarle.

—No, jamás, jamás —se repetía con acento de horror.

Susetta se estremeció al ver una multitud delante de su casa.

—¿Qué ocurrirá? —pensaba en su aturdimiento.

La Bruja la arrastró hasta cerca de un grupo de mujeres y preguntó con voz meliflua el porqué de tanta gente allí reunida.

—Vinieron para detener a una ramera que vive en el último piso —dijo una de las mujeres—, una linda muchacha que vino a esconderse aquí con una compañera. Son las dos italianas y según parece son dos famosas ladronas: una está actualmente en el hospital y a la otra le echaron esta mañana del taller, por su mala conducta.

Susetta oyó nerviosa las primeras palabras, sin hacer ningún movimiento; pero ante la última e infame acusación no pudo contenerse y, separándose de la Bruja y quitándose el manto y la mantilla, se volvió con indignación ante aquel grupo de mujeres y dijo gritando:

—¡Ustedes mienten: están ustedes calumniando a dos inocentes!

Fue un golpe teatral que produjo un efecto indescriptible.

—¡Es esa la ladrona; esa es la ramera! —gritaban—. ¡Sí; sí, es ella! ¡Es ella!

—La buscan en lo alto y está aquí.

—Sujetadla; no la dejéis escapar.

La Bruja quiso defenderla; estaba furiosa al ver que la presa se le escapaba por su propia culpa. ¡Ah! Susetta era realmente muy testaruda.

—Déjenla ustedes, buenas mujeres —decía—. Se equivocan ustedes; se lo garantizo yo.

—No tengo menester de que usted me defienda —gritó Susetta, fuera de sí—. Sabré defenderme yo sola; que nadie me toque; soy inocente.

—¡Vaya un orgullo! ¡Y qué manera de hablar! ¡Detenedla! ¡Detenedla!

La habían rodeado para que no se evadiese. En vano la pobre muchacha protestaba con energía; nadie la atendía; las injurias llovían encima de ella entre gritos y empujones.

Acercáronse dos agentes, que la cogieron por los brazos. Susetta se defendió con todas sus fuerzas, pero cayó rendida al fin. Fue brutalmente encerrada en un coche de alquiler, que se alejó entre silbidos e imprecaciones.

Susetta no pudo más. Se desmayó.

Al recobrar los sentidos se encontró en una especie de calabozo en compañía de dos mujeres de la calle, una pordiosera y una borracha. Estas se le acercaron para consolarla; pero sus frases obscenas y monstruosas la sublevaron de tal modo, que rechazó, indignada, consuelo semejante. Entonces le soltaron toda suerte de vituperios e injurias; tanto, que Susetta creyó que iba a perder la razón. No tenía siquiera fuerzas para defenderse y se sentó en el suelo llorando.

A la mañana siguiente fue conducida delante del comisario de policía y allí supo que tenía que responder del delito de desacato a los agentes de la autoridad, lo propio que del de hurto, por haberse encontrado en su habitación el portamonedas del pobre Enrique y alguna indumentaria de este, por su mala conducta según se decía en el auto que motivaba la acusación, por haber sido despedida de

distintos talleres y haberse unido a otra buena pieza como ella que se encontraba en el hospital, desde donde, si curaba, pasaría a la cárcel.

A tan infames, atroces y terribles acusaciones, o mejor dicho, embustes, no contestó Susetta, porque quedó como atontada. ¿Era posible que la justicia estuviera tan torpe que acusara injustamente a una pobre e inocente criatura que no tenía otra cosa en el mundo que su honradez y había preferido la fuga y la miseria a la deshonra? Ciertamente ella no acertaba a comprender.

Pero cuando oyó que iba a ser condenada a seis meses de arresto, Susetta se sublevó y se entregó a tal acceso de furor desesperado, que le pusieron la camisa de fuerza y la encerraron en la estancia de los locos.

III

A veces basta una desgracia inmerecida para cambiar el carácter y hasta el porvenir de una persona.

Cuando Susetta, seis meses después, estuvo en libertad, no era ya la ingenua muchacha de un día, confiada en sí misma, en la bondad de los hombres, orgullosa de su propio honor e incapaz de hacer el mal.

Moral y físicamente había cambiado. Su bella figura no tenía la dulzura de expresión que cautivara el corazón de Enrique: todo su cuerpo era un continuo vibrar de pasiones y parecía creado para excitarlas y hacerlas violentas, mientras su honor permanecía insensible y su alma tenía la frialdad del mármol.

Susetta comprendía que se había hecho mala e implacable con todos; pero conservando un antifaz impenetrable, de modo que nadie pudiera llegar a comprenderla ni sospechar cuál fuese el fondo de su alma.

La quisieron hipócrita, embustera e infame, ¡y lo iba a ser!

Cuando estuvo en la calle, la primera persona que vio salir a su encuentro fue la Bruja. Se lo figuraba. Era aquella vieja odiosa e innoble que la denunció haciéndola arrestar por ladrona y deshonesta, aun constándole su inocencia.

La Bruja la miró sonriendo.

—¡Hola, amiguita! ¿No me esperabas, eh?

—Al contrario —contestó Susetta—. Estaba casi segura de que la volvería a encontrar y, la verdad sea dicha, contaba con usted, porque no sé a dónde ir.

Un rayo de satisfacción brilló en los ojos de la vieja. Cuando creía que iba a encontrar en la joven cierta resistencia, la halló dócil y dispuesta a seguirla. Pocos meses de cárcel bastaron para domarla.

—Ya sabes que mi casa está siempre abierta para ti —dijo la vieja—, tanto más cuanto que aún no me has satisfecho lo que me debes.

—Es muy justo y satisfaré mi deuda. Esté usted tranquila.

—Ven, pues; allí hay un coche que nos aguarda.

Susetta la siguió sin vacilar.

Cuando el coche empezó a andar, la vieja añadió:

—Veo con gusto, hermosa, que te has hecho más razonable, lo cual es un bien para ti, para mí y para tu madre. ¿De qué te sirve estar trabajando de la mañana a la noche y echarte a perder la vista y la salud, cuando nadie creerá jamás en tu honradez y en tus sacrificios? Cierto que yo te habré parecido cruel y perversa, pero ponte en mi lugar. Yo gasto anualmente de diez a doce mil liras para la adquisición de muchachas pobres que sin mi socorro morirían de hambre, para instruirlas y educarlas; y cuando llega el momento de obtener el fruto, que se me debe sacratísimamente, una se me escapa de un lado y otra por otro. ¿No es esto un robo que se me hace?

Susetta tenía baja la mirada y la Bruja no podía ver su expresión.

—Muy bien dicho —exclamó la joven—; yo no lo había considerado desde este punto de vista. Pero, por una que se le escapa, le quedan diez, y estas deben producir a usted bastante.

—¡Oh!, pero no todas esas valen lo que tú. En algunas pierdo; pero, en fin, paciencia.

La Bruja decía esto con un aire afectuoso, casi maternal.

Náuseas le daba a Susetta el contacto de la vieja y sentía violentos deseos de torcerle el cuello allí mismo.

La vieja prosiguió:

—Si tú hubieses querido, habrías hecho desde luego tu fortuna y la de los tuyos. Cuando quise conducirte a París tenía en la mano un negocio espléndido: un ruso a quien había enseñado tu retrato se había enamorado perdidamente de ti y quería llevarte consigo.

Susetta miró con tranquilidad a la vieja y se encogió de hombros, diciendo:

—Rusia está demasiado lejos, es demasiado fría y en aquel país dan de latigazos a las mujeres —contestó con una extraña sonrisa—. ¿No tiene usted algo que ofrecerme en París?

La vieja estaba loca de alegría.

—Sí, hermosa, sí; una persona de alta posición social.

Y ahuecando la voz añadió:

—Nada menos que el jefe de policía...; pero, ¡pst!...

Susetta la cogió por un brazo; sus ojos brillaban como diamantes.

—¿Ha dicho usted que el jefe de policía...?

—Sí, pero calla —repitió con aire atemorizado la vieja—. A decir verdad, no le he buscado yo, porque con gente de esa calaña no quiero tratos y porque no puedo conseguir de ella lo que pretendo. Fue él quien me mandó a buscar y me habló de ti.

Susetta escuchaba anhelante.

—¿De mí? ¿Me conoce acaso? Yo no recuerdo haberle visto en mi vida.

—¡Oh! Es gente esa que se mete en todas partes y conoce a todo el mundo. El hecho es que él mismo me dijo el día y la hora que saldrías de la cárcel y me hizo prometer que te conduciría a un cuarto muy elegante que él mismo tomó en arriendo y cuya dirección tengo en el bolsillo. Pero antes te llevo a mi casa para que puedas lavarte y cambiar de traje.

Susetta parecía entretenida en mirar la punta de sus dedos.

—Mejor prefiero a él que a otro —murmuró.

—¡Oh! Yo habría preferido el que te tuve elegido antes; pero entonces eras muy testaruda y estabas bajo la impresión del estúpido de mi nieto.

Susetta se mordió los labios para ahogar una injuria.

—No siempre se tiene juicio —contestó fríamente.

El coche se había detenido. La vieja condujo a Susetta a una lindísima habitación y le dijo que se desnudara, mientras le hacía preparar el baño, el traje y las ropas que había de vestir.

Una vez sola, Susetta estrechó los puños y brilló en sus ojos el rayo de la amenaza.

—¡Oh! ¡Cuánto la odio! —pensaba—; ¡cómo quisiera vengarme! Ese no me obtendrá si no es con el pacto de aplastar a esa miserable a quien debo mi suplicio, la muerte de Enrique y mi vergüenza.

Y repitió aún penosamente:

—¿El jefe de policía? ¡Es raro!

De vuelta la vieja, quedó extasiada ante la espléndida belleza de Susetta. El cuerpo de la joven parecía haber sido esculpido en

mármol. Un artista no habría podido encontrar mejor modelo para la estatua de la Castidad.

Cuando Susetta hubo tomado el baño y vestido las finísimas ropas y el elegante traje que la vieja le entregó, esta le dijo:

—Y ahora, estrella mía, almorzaremos juntas y podremos, entretanto, arreglar nuestras cuentas.

Susetta se echó a reír.

—Muy bien; pero le advierto que no tengo un céntimo.

—Solo de ti depende que tengas el oro a manos llenas; y si me haces caso serás en breve la mujer más admirada de todo París, disputada por los caballeros más ricos.

—Seguramente no me voy a vender a cualquier precio...

Cuando estuvieron a la mesa, Susetta comió con mucho apetito, mientras la vieja seguía hablando.

—El jefe de policía ha querido saber cuánto llevo gastado por ti —decía—, y le he dado una nota completa de todo: los luises que Momo entregó a tu madre, dos años que gratuitamente te mantuve, haciéndote instruir; lo que habría ganado si no hubieses huido... He puesto poco, ¿comprendes?, porque con cierta gente conviene ser discretos: un total de cinco mil liras, que recibiré al contado.

—¡Oh! ¡Oh! No creía yo valer tanto...

—Estoy segura de que aunque le hubiese pedido el doble no habría tenido nada que oponer. Espero, sin embargo, que tú me darás el resto y supongo que no serás ingrata...

—¡Vaya! ¡No faltaría más! ¡Puede usted contar con ello! —exclamó Susetta, riendo—. Pero por ahora tiene usted que contentarse con promesas, porque no tengo nada, nada, nada.

Hasta el atardecer no la acompañó la Bruja al cuarto del que le habló.

Era una casa de lindísima apariencia en una calle tranquila y algo solitaria.

Con arreglo a las instrucciones recibidas, la vieja dijo a la portera que había llegado del campo la sobrina de don Federico para tomar posesión del cuarto que hizo amueblar para ella.

La honrada cara de la portera se tiñó de carmín.

—Yo las acompañaré —dijo, cogiendo una palmatoria encendida—. Don Federico está esperando hace algunas horas y extrañaba la tardanza.

Susetta sintió que el corazón le latía con más fuerza, mientras fruncía el ceño y se pintó en sus ojos la amenaza.

La Bruja sonrió siniestramente.

—Mucho sentimos haberle hecho aguardar —respondió—, pero no es nuestra la culpa. La seguimos.

La portera las acompañó hasta el primer piso, llamando a la segunda puerta del rellano.

Apenas había tocado el cordón de la campanilla, cuando se abrió la puerta y se presentó una mujer de edad mediana, morena como una criolla, delgada y de finas líneas precozmente ajadas.

—¿Ha llegado la señorita? —preguntó vivamente a la portera, ocultando detrás de ella otras dos figuras femeninas.

—Sí, sí; ya está aquí; yo misma he querido tener el placer de acompañarla; ¡ah, qué hermosa es! Es... el verdadero retrato de usted.

Entre sorprendida y enojada, oía Susetta la breve y rápida conversación.

Avanzó algunos pasos y apareció su rostro en plena luz, iluminado por la vela que sostenía la portera.

La mujer morena lanzó en aquel momento un ligero grito y, con un acento que expresaba una emoción profunda, exclamó:

—Pase, pase señorita; ¡si usted supiera con qué impaciencia la aguardan!

Siguióla Susetta hasta un salón elegantísimo, procurando calmar sus nervios que estaban excitadísimos, hastiada contra todas aquellas mujeres que, a su entender, se habían puesto de común acuerdo para perderla.

Una lámpara de gas iluminaba aquel salón.

—Tome usted asiento, señorita —añadió la mujer morena—; su tío no tardará en llegar.

¿Su tío? Una sardónica sonrisa contrajo los labios de Susetta. ¡Ah! El individuo en cuestión se hacía pasar por tío para salvar las apariencias a los ojos del mundo y de aquellas miserables que debían de reír entre sí por aquel apelativo que ocultaba una infamia, casi un delito.

Susetta sintió que le subía al cerebro un hálito de cólera que la cegaba. Logró calmarse aún.

Las tres mujeres desaparecieron, y la joven, palidísima, no sabía qué actitud tomar; dirigía en torno suyo miradas de duda, de sospecha, de ansiedad, de curiosidad, cuando oyó el rumor de una puerta que se abría, se levantó un cortinaje y un hombre se presentó en el dintel de la sala.

Era el jefe de policía.

Susetta lo supuso, porque no le conocía, y se puso instintivamente en guardia, casi en actitud de defenderse.

Federico Plumet era un individuo que frisaba en los cincuenta años, alto, bien formado, de imponente aspecto; uno de esos hombres que parecen nacidos expresamente para mandar, para dominar y ejercer una influencia extraña en los débiles, y especialmente en los culpables. Pocos sabían sostener la fuerza de su mirada, de sus ojos negrísimos, cuya expresión especial era indefinida.

Y, no obstante, aquellos ojos sabían mirar asimismo con dulzura, humedecerse como en aquel instante que se fijaban en la joven, que parecía dispuesta a luchar con él.

—¡Pobre Susetta! —le dijo, con una voz dulcísima que llegaba al corazón—. ¡Cuánto debe usted de haber sufrido para mirarme con tanto rencor y tanta desconfianza!

La joven, sin saber por qué, se sintió presa de una emoción poderosa al oír aquella voz y aquellas palabras, pero fue cosa de un momento. Levantóse impetuosa y con un acento lleno de violencia exclamó:

—No me compadezca usted. Si he sufrido es un secreto que queda entre Dios y yo y no debe de importarle. Dígame, en cambio, qué pretende usted de mí, ya que me ha dispensado el honor de escogerme entre tantas otras desgraciadas que ambicionarán más que yo su protección.

Federico seguía mirándola con gran dulzura.

—Lo que quiero —dijo lentamente— es reparar el mal que otros le han causado a espaldas mías; quiero ayudarla a proseguir en el honrado camino que ha emprendido usted sin pensar en los peligros a que se exponía con su hermosura, sin ningún apoyo moral ni material; quiero ser un padre para usted, que me recuerda a una hija que perdí, y por su mediación ver si consigo quitar de manos de gente acanallada a tantas criaturas infelices, compatriotas de usted; sí, arrancarlas de manos de esa gente que trata de echar encima de nosotros el descrédito, hacernos casi cómplices de sus infames y

malvadas acciones, excitando el desprecio y esparciendo la desconfianza entre los italianos honrados.

Susetta le oía, no sabiendo si prestar fe a tales palabras. ¿Pero era verdad lo que decía aquel caballero? ¿O tal bondad, tales palabras ocultaban un lazo para hacerla más fácilmente caer en él?

Seguía, pues, desconfiando.

Federico Plumet lo comprendió y su mirada se hizo cada vez más dulce y compasiva.

—Usted no cree; lo veo —dijo—; pero voy a probarle enseguida que no la engaño. Tenga la bondad de sentarse.

Y le indicó un bajo diván y se le puso enfrente.

—¿Recuerda usted aún —le preguntó— a su pobre compañera Rita?

Esta vez Susetta se estremeció y sus ojos se bañaron en lágrimas.

—¡Que si la recuerdo! —exclamó—. ¡Pobre Rita! También ella fue una mártir de los capicios de gente infame y cobarde... y más débil que yo, no supo resistir y murió... Y su sangre, como la de tantas otras pobres esclavas blancas, víctimas de la maldad y de la perfidia que hasta hoy triunfan, clama venganza.

Un nuevo hálito de cólera subía al cerebro de Susetta, y sus mejillas se inflamaban por el desdén.

El jefe de policía dejó que se desahogara y luego continuó con la misma paternal bondad:

—Rita murió resignada, con su mano en la mía y sus ojos fijos en mí, para recordarme la promesa que le hice.

»Oígame, oígame con atención, hija mía; usted no alcanza tal vez a comprender la responsabilidad grandísima que pesa sobre nosotros, encargados de tutelar el orden público y la moralidad y hacer respetar la ley. Todos tienen fijos en mí los ojos; si nos mostramos

severos nos insultan, si indulgentes, nos dicen que no servimos para dirigir y dominar. De cualquier modo que obremos, se nos odia siempre.

»Por esto llegamos a ser egoístas, y encontrándonos siempre envueltos en el fango, en el delito, acabamos por no creer en la honradez ni en la inocencia de nadie y por no distinguir lo falso de lo verdadero.

»Yo no nací para desempeñar el cargo que ocupo; pero una desgracia de familia me obligó a meterme en un sendero que antes detestaba. Mi padre fue un magistrado honrado, bueno, estimado, y fue asesinado una noche al dirigirse a su casa después de haber pasado la velada en un círculo de amigos. La policía fue impotente para descubrir al asesino: yo me ofrecí a encontrarlo.

»Tenía entonces veinte años y mi corazón fue mortalmente herido con la pérdida de mi padre, a quien adoraba. Abandoné mis estudios de abogado y entré en el cuerpo de policía con el exclusivo fin de vengar a aquel pobre muerto. Me fueron necesarios cinco años de incesante trabajo, pero al fin conseguí lo que me propuse.

—¿Lo consiguió usted? —repitió Susetta, a quien iba interesando aquella relación y casi convencida de la sinceridad de aquel hombre en cuya frente se veía una sombra de verdadero, mudo y reconcentrado dolor.

—Sí —respondió con acento conmovedor—. Pero mi victoria fue más trágica de lo que puede usted imaginarse. ¿Sabe usted quién fue el asesino de mi padre? Su propio hermano, a quien yo tuve siempre por un santo y en quien tenía mi padre una fe ciega y un cariño inmenso.

»Hay en la vida monstruosidades imposibles de concebir, desgracias a las cuales no puede darse crédito. Tal era la que pesaba sobre mi familia. El asesino cometió el crimen para casarse con la viuda, por quien concibiera una monstruosa y culpable pasión.

»El infame obtuvo el castigo que merecía; pero ¿qué me importaba ya? El horrible descubrimiento destruyó mi fe en la bondad y en la honradez de los hombres y acabé por desconfiar de todos.

»Repudié a mi madre por creerla cómplice de aquel desventurado, y murió protestando de su inocencia y perdonándome.

»Tuve por esposa una criatura linda como un ángel, buena, que me quería con delirio y, sin embargo, llegué a sospechar de ella y la hice, por así decirlo, morir lentamente con mis brutalidades y mis celos infundados.

»Y sufría tanto...

»Me quedó una hija que era todo mi cariño, toda mi adoración, una muchacha noble como su madre. Me bastaba verla llorar, adivinar en sus ojos algo de tristeza, para convencerme de que me ocultaba algún secreto... Y quería obligarla a que me confesara el motivo de su dolor; y aunque me jurara que nada tenía, como no fuese la idea de que yo no la quería bastante, no le creía... y le decía que ella, lo propio que su madre, era un conjunto de mentiras, y que su afecto por mí no era más que una ficción saturada de perversidad...

»Y mientras me torturaba el alma de este modo, me mostraba despiadado con aquellos a quienes mis subalternos me presentaban como culpables, a los cuales debía de juzgar.

»Es cierto que iba progresando en mi carrera; empezaba a hablarse de mí, y el descubrimiento por mi iniciativa, de una vasta asociación de ladrones y asesinos internacionales, el haber conseguido descubrir un infame complot para matar a nuestro presidente, mi inflexibilidad y mi honradez me llevaron al puesto que hoy ocupo.

»Un ángel, fundiéndose en una explosión de ternura y de desesperación infinitas, me hizo abrir los ojos cuando, atacada por una enfermedad que minaba su existencia, estaba a punto de ir a reunirse con su madre. Todo mi valor, todas mis violencias cayeron en el lecho de muerte de mi pobre hija.

»—Soy yo... ¡yo que te mato! —gritaba.

»—No, padre mío adorado —respondía, sonriendo—. Tú has sido harto bueno para mí, que no llegué nunca a comprenderte lo bastante. Pero la proximidad de la muerte rasga el velo que tenía delante de mis ojos y veo lo que eres en realidad...

»Tú has sufrido mucho y tus sufrimientos te hicieron a menudo injusto y despiadado. No es tuya la culpa y Dios te perdonará como te perdono yo, que te quiero tanto y quisiera que todos vieran tu inmenso corazón. Sí, porque tú no eres malo, papá; la desgracia ha hecho árida tu alma. Pero he rogado tanto a Dios para que, en cambio de mi vida, te devolviera la fe, la esperanza y renovara tu corazón, que no ha desoído mis oraciones.

»Puesto que desde este instante, pensando en mí, serás bueno y justo con los demás. No; todos no son malos ni perversos; no juzgues nunca por las apariencias, no hagas caer a ciegas tu mano sobre tantos y tan desgraciados seres, sin estar convencido de su culpabilidad. Indaga por ti mismo y muéstrate justo y humano, especialmente con las pobres criaturas abandonadas, víctimas de la maldad ajena y a las cuales una palabra tuya puede bastar para salvarlas y conducirlas por el camino del bien. Sé, en cambio, inexorable con los que explotan la miseria y la credulidad del prójimo; selo con los perseguidores de tantos inocentes, con los que fundan su fortuna en la sangre de los mártires y los oprimidos.

Federico Plumet hubo de interrumpir su discurso, porque los sollozos le sofocaban.

Susetta fue presa de una conmoción indefinible. También ella lloraba y las lágrimas le eran de gran alivio. Eran las primeras realmente dulces desde el día en que injustamente fue condenada.

El jefe de policía se repuso luego y, después de pasarse una mano por la frente, continuó:

—Así murió mi hija, dejándome un legado de justicia y de venganza y un profundo remordimiento en el alma por haber aplastado yo mismo cuanto podía hacerme dichosa la existencia y hacerme amar la vida.

»¡Oh! Cuánto lloré; me laceré el alma aquellos días, postrado ante la tumba de mi hija, jurando ante sus cenizas que la obedecería siempre, para poder un día estar con ella y con su madre eternamente.

»Fue en aquel entonces cuando fue usted detenida; pero yo no vi siquiera el informe que dirigieron a la Comisaría, ni tenía la cabeza para discernir. Dejaba mis funciones en manos de mis subalternos.

»Cuando la intensidad de mi dolor se hubo calmado un tanto, volví a mi sitio. Y repasando una nota de un inspector, me enteré de que una muchacha que se hallaba moribunda en el hospital deseaba hablar a solas conmigo.

»Leyendo aquella nota acudió a mi imaginación el fantasma de mi hija y me pareció que esta me sonreía y agitaba una mano como para decirme:

»—Papá: empieza tu obra.

»Me dirigí bruscamente al inspector.

»—¿Por qué no me dieron ustedes inmediato conocimiento del deseo de esa joven? —pregunté.

»Excusóse diciendo que no le parecía oportuno que me molestara por una pobre obrera, una muchacha liosa, una italiana a quien habían despedido de varios talleres, que agredió a una compañera y a quien esta, usando el derecho de legítima defensa, dio un golpe en el pecho.

Susetta le interrumpió con un grito.

—¡Ah! ¡Qué infamia! —exclamó—. ¡Pobre Rita! ¡Si era tan humilde, tan buena y tan inocente como yo! ¡Ah! Hay seres realmente

perversos en este mundo.

Sus ojos brillaban de cólera y de odio.

—Cálmese —dijo con dulzura Federico—. La pobre Rita obtuvo la justicia que merecía. Mi hija ha de estar satisfecha de mí.

»A las palabras del inspector añadí:

»—¿Está usted convencido de que los informes de sus subordinados decían la verdad? Si es italiana tiene mayor derecho a que se la proteja, y si ha preguntado por mí tendrá para ello poderosas razones que ustedes debían ser los primeros en respetar. Ahora iré al hospital, y si por desgracia la joven ha fallecido, caerá la responsabilidad sobre los que no han sabido cumplir con su deber. Puede usted retirarse.

»El inspector palideció y obedeció sin replicar; comprendía que había cometido un gran error y temía las consecuencias que podían sobrevenirle.

»Por fortuna la pobre Rita no había muerto aún; pero cuando llegué junto a su cama, se encontraba muy postrada y calenturienta a consecuencia de la agitación de la noche anterior.

»Pero cuando la hermana le anunció mi visita, la muchacha pareció galvanizarse, volver a la vida, e incorporándose y fijando en mí sus ojos velados ya, me dijo:

»—¿Es usted realmente el jefe de policía?

»—Sí, hija mía, yo soy.

»—¡Ah! Doy gracias a Dios porque usted la salvará. ¿Verdad que usted la salvará? Solo tengo confianza en usted, aunque no le conozco. He soñado...; sí, y soñando se me apareció un ángel que me dijo: «Acude al jefe de policía: él lo puede todo... él la salvará».

»Tenía las lágrimas en los ojos; aquellas palabras me conmovieron, porque me pareció oír la voz de mi hija. ¡Y era ella tal vez el ángel

que se apareció en sueños a aquella desgraciada!

»Le tomé la mano ardiente y le dije con suma dulzura:

»—Sepamos, hija mía: ¿a quién quiere usted salvar?

»Rita miró a su alrededor, como temerosa de que otros pudieran oírla, y me contestó en voz baja:

»—A una pobre amiga mía, inocente, víctima de feroz persecución, a quien han detenido y condenado por ladrona... y como muchacha de mala conducta. ¿Susetta Rogat ladrona y de mala conducta? ¡Ah, señor! Juro a usted por el Dios que me oye, que Susetta Rogat es inocente y el testimonio de una muchacha que muere ha de ser digno de crédito.

—¡Pobre Rita! —interrumpió Susetta, llorando—. No pensaba más que en mí.

—Sí; la desventurada se desesperaba por usted —añadió el jefe de policía—. Yo traté de calmarla; le pedí todos los datos que creí necesarios y le prometí solemnemente que pensaría en usted.

»La pobrecita quiso besar mi mano y me dijo:

»—¡Ah! Bien tenía yo razón al hacer llamar a usted. Ahora muero contenta. Crea usted que me daba miedo morir; pero ahora muero resignada. En el hospital me tienen toda suerte de atenciones y Felipe viene a verme todos los días.

»Le pregunté quién era Felipe; me dijo que su prometido; me contó francamente su vida, lo que sucedió en el taller, y añadió que la tal Jenny que la había herido de muerte debía de ser también la que la había calumniado a usted.
—Esté usted tranquila. Jenny será castigada —le dije.

Le prometí asimismo que iría nuevamente a verla y quise que los médicos me dijeran si el golpe recibido era lo que le causaba la muerte. Me dijeron que sí. Es más: los médicos se mostraron

sorprendidos de que después de semejante atentado la homicida siguiera en libertad.

—Porque —añadieron— no se trata solo de un golpe inferido para defenderse o en un acceso de cólera, sino de un sinfín de golpes propinados con ferocidad a sangre fría, después de haber derribado a la víctima.

—Sí; así fue —excló Susetta.

Federico prosiguió:

—Hice formar en seguida un atestado por mi cuenta y supe que los agentes no habían dado parte de lo ocurrido, porque la misma propietaria del taller protegía a Jenny y echaba toda la culpa a Rita, a quien pintaron como una perturbadora y una rebelde. Y la denuncia de mala conducta contra usted procedía del mismo taller, al par que una tal Giriat, conocida por la Bruja, la había denunciado por ladrona. Hice detener a Jenny y yo mismo quise llevar la noticia a Rita; pero la pobre había muerto la misma noche, bendiciéndome, confiada en mi promesa y en mi justicia. Y habiendo demostrado la autopsia que los médicos tenían razón, Jenny fue procesada y condenada a dos años de cárcel.

Mientras, no me olvidaba de usted. Y al tiempo que usted sufría una pena inmerecida, yo estudiaba el atestado que a usted se refería y quise conocer por mí mismo la verdad de los hechos denunciados. Mi paciente información me condujo a horribles descubrimientos acerca de la miserable que la tuvo a usted en su casa y a quien debe el doloroso calvario que ha venido padeciendo; pero al mismo tiempo me demostró palpablemente su inocencia de usted, su valor y su honradez. Quise entonces conocerla personalmente y fui exprofeso a la cárcel de San Lázaro. No; no podrá usted nunca imaginarse la impresión que experimenté cuando la vi en medio de otras detenidas que paseaban por el patio. Era usted el retrato viviente de mi hija; había en sus ojos el reflejo de las almas injustamente heridas de muerte y en su persona algo de resuelto, de altanero y de rebelde a la vez. Comprendí que los inmerecidos

sufrimientos debían de haber envenenado su corazón y engendrado en usted ideas de odio y de venganza.

—Es cierto, es cierto —balbuceó Susetta con alterado acento.

Federico sonrió con tristeza.

—¡Oh! Pero por eso yo no la condenaba —prosiguió—. Al contrario; esto hizo nacer en mí una idea que quise poner en práctica. Me parecía que solo usted podía realizar el proyecto formado por mi pobre hija antes de morir. Solo usted puede ayudarme a cumplir el juramento que hice a aquel ángel y renové junto al lecho de muerte de su compañera. Antes, sin embargo, quise conocer si era usted verdaderamente digna de la noble misión que deseaba confiarle. Y practiqué una detallada información acerca de usted y de la Bruja y tuve la fortuna de tropezar con una joven que asistió durante sus últimos meses al paralítico Enrique, el cual, antes de morir, le entregó un manuscrito en el que el pobre muchacho redactó la historia de usted y la suya desde que la Bruja la condujo a su casa hasta los últimos días de su vida. Dicho manuscrito había de serle entregado a usted y servir de amenaza contra la Bruja, cuyo infame comercio delata. Como lo tuve en mi poder, de él deduje su inocencia en lo concerniente al hurto del cual le acusó la vieja y toda la trama urdida por esta para perderla a usted, pura e inocente como los ángeles.

Aquella joven, muy honrada también, es una pobre bastarda que pudo pagar su deuda a la Bruja y huir de ella también. Es la misma que tiene el tipo de criolla y abrió a usted la puerta a su llegada y la que quedará al servicio de usted. Mali, que así se llama, la cree una sobrina mía a quien vengo hace tiempo buscando. Le enseñé, lo propio que a la portera, que es una persona de toda mi confianza, el retrato de mi hija, diciendo que se le parece usted mucho.

—Será sin duda por esto —interrumpió Susetta, conmovida—, que a mi llegada a esta casa, tanto la portera como la joven que me abrió me acogieron con alegría y maravilla a un tiempo, pronunciando

frases de este tenor que no llegué a comprender: «ahí está por fin»; «es su propio retrato»; «qué contento estará su tío...»

Una dulcísima sonrisa que serenó su rostro despegó los labios del jefe de policía.

—Ya ve usted cómo no la engañaba —dijo—. Juzgue usted misma.

Se quitó un medallón que llevaba al cuello debajo de la camisa, lo abrió y puso ante los ojos de la joven una estupenda miniatura. Susetta lanzó un grito. Sí; era realmente su retrato que parecía mirarla y sonreírle; su semejanza con la difunta era sorprendente. Con arranque inesperado acercó la miniatura a sus labios y la cubrió de besos.

—Es mi santa protectora que invocaré de hoy en adelante —dijo dulcemente, devolviéndola al jefe de policía.

—Lo es mía también —murmuró Federico, que volvió el medallón a su sitio después de haberlo besado efusivamente. Luego continuó: —Ahora permítame que le exponga mi proyecto, que estoy cierto combinará perfectamente con las ideas que en estos momentos se agitan en su imaginación.

El jefe de policía siguió hablándole durante una hora aún y Susetta lo estuvo oyendo atentamente. Cuando hubo terminado, le tomó una mano y con un movimiento de graciosa humildad y profundo conocimiento la llevó a los labios.

—¡Acepto! ¡Acepto! —exclamó—. Y se lo juro: nadie mejor que yo sabría interpretar la voluntad de su pobre hija; nadie sabría mostrarse más humana, más benévola y más indulgente con los débiles, los miserables y las abandonadas, como nadie sería como yo menos compasiva para los verdugos, los infames y los traidores.

Federico sonrió agradecido. Desde la muerte de su hija, era aquella la vez primera que se sentía contento.

IV

Transcurrieron tres años. Susetta había llegado a ser una de las mujeres más en boga en París; y era tanto más admirada y discutida en cuanto nadie sabía quién era en realidad, ni se conocía el origen de sus riquezas, ni de dónde partía la misteriosa protección que la rodeaba. Alguien la suponía una espía extranjera; otros la creían la amante de un príncipe; pero nadie estaba convencido de lo que decía o andaba propalando, porque nadie tenía prueba alguna de sus asertos. Todos admiraban su peregrina hermosura; pero toda persecución amorosa resultaba completamente inútil, pues ella se mostraba indiferente a todo el mundo.

Entonces fue cuando Susetta pudo mandar con frecuencia socorros a su madre, y se informó del paradero de su hermana Nilotta, a quien escribió diciendo que fuese a verla; pero aquella carta no llegó a sus manos, y la madre escribió, en cambio, a Susetta, diciéndole que Nilotta estaba muy bien colocada y no tenía deseos de dejar Turín.

Si Susetta no podía decirse plenamente feliz, estaba, sin embargo, muy satisfecha de su situación presente. Mantenía los pactos establecidos e interpretaba a maravilla los deseos de la difunta. Misteriosa y secretamente protegida por el jefe de policía, iba con frecuencia a la cárcel de San Lázaro, a casas infames, a los sitios a donde solían ir los mercaderes de esclavas blancas, y tomaba informes de las necesidades de las muchachas vendidas por padres indiferentes, de los malos tratos recibidos, de las penas a que habían

sido condenadas; obraba aparentemente como una dama de alguna Junta de beneficencia, como protectora de las pobres jóvenes italianas que iban a Francia en busca de trabajo y de fortuna. Y pocos días después de su visita se salvaba una infeliz que estaba a punto de perderse y encontraba colocación en el seno de una familia honrada, en algún instituto o en un taller particular, sin que supiera de dónde le venía el auxilio, la protección, mientras la infame compradora de niñas veía que se le abrían las puertas de la cárcel.

Y he ahí cómo la Bruja, que creía seguro su tiempo y gozaba a su placer creyendo impune el ejercicio de su infame tráfico, convencida como estaba de que contaba con la protección del jefe de policía, fue detenida al fin. Y como quiera que todas las acusaciones contra ella formuladas resultaran verídicas y se hicieron públicas nuevas infamias cometidas que indignaron a todo el mundo, los jueces se mostraron severísimos con ella y la condenaron a muchos años de presidio. Momo consiguió escapar y, según de público se decía, después de haberse apoderado de todo el dinero de la Bruja, se marchó a América.

Habían pasado, como dije, tres años.

Una noche de diciembre, triste y nerviosa, Susetta, que acababa de comer, se sentó al piano y ensayaba una romanza que quería dar a conocer a Federico Plumet, que era muy amante de la música. El jefe de policía quiso que Susetta completase su instrucción y le procuró profesoras de literatura, dibujo, música y labores. La joven, que era muy inteligente, hizo rápidos progresos; de tal manera, que después de un par de años habría podido figurar al lado de cualquier señorita y en cualquier salón de la alta sociedad.

Mientras Susetta conservaba vivo el odio contra sus infames perseguidores y contra todos aquellos que con el engaño y con la traición trataban de perder a tantas desgraciadas faltas de cariño y protección, sentía por su bienhechor una gratitud sin límites, una especie de adoración capaz del mayor de los sacrificios. Era para todos un hombre terrible, temido, que con una mirada hacía temblar

a los culpables y a quien ninguno de sus subordinados habría osado contradecir en lo más mínimo. Para ella era un padre tierno, cariñoso, lleno de delicadeza y atenciones. No hay, pues, por qué decir el ardor con que Susetta cumplía la misión que le confiara, mostrando, por lo tanto, ora fría e implacable, ora tierna y compasiva.

Y cuando Federico le decía con sencillez:

—Hija mía, estoy contento de ti...

Susetta le besaba una mano, llorando de alegría.

El jefe de policía la dejó durante un año en el pequeño cuartito donde la condujo la Bruja y una noche, en compañía de Mali, que se había convertido en compañera y confidente de Susetta, la hizo subir a un coche tirado por dos caballos que las condujo a las dos a una casa nueva situada en la proximidad de los Campos Elíseos, una graciosa villa compuesta de bajos y primer piso, rodeada de un jardín cerrado con una verja de hierro cuyas paredes interiores impedían al transeúnte ver lo que pasaba allí.

—Aquí estarás mejor; serás la única dueña y vendré a verte más a menudo —le dijo Federico.

Había puesto a su servicio una excelente cocinera, un cochero y un jardinero. Después de haberla hecho recorrer las habitaciones una por una, lo propio que el jardín, la presentó a sus servidores y le preguntó si estaba contenta.

—Me parece un sueño —contestó Susetta—; pero uno de aquellos sueños de los cuales no se quisiera despertar.

Desde aquel instante se perdió la gente en vanas conjeturas para adivinar quién era la bellísima, la encantadora criatura que concurría a todos los paseos en un coche particular, que se veía en todos los estrenos y de quien no se sabía ni quién era su protector ni cuál el origen de su riqueza. La servidumbre, lo propio que las personas que eran admitidas en su casa, guardaban el silencio más absoluto.

Nadie se tropezó jamás con el jefe de policía, cuando indistintamente disfrazado iba cada atardecer a verla. Y al pasar de los años, aunque Susetta se iba haciendo cada vez más bella y no se mostraba en público sin dejar una estela de admiración, la curiosidad fue decayendo insensiblemente.

Aquella noche, apenas hubo terminado la romanza, Susetta oyó un ruidoso aplauso y al volver el rostro vio en el dintel de la puerta a Federico que la aplaudía sonriendo.

—¡Muy bien, muy bien! —dijo el jefe de policía con acento dulce y cariñoso.

Susetta se levantó en seguida y le salió al encuentro, ofreciéndole la frente, que rozó apenas con sus labios.

—¿Está usted contento de mí? —le preguntó.

—Haces grandes progresos de día en día —contestó Federico—, y mi sola, mi única felicidad es la de poder estar a tu lado y admirarte y aplaudirte.

La satisfacción hizo enrojecer a Susetta.

—¡Qué bueno es usted! —murmuró—. Pero créalo: nunca estoy yo, a mi vez, tan satisfecha como cuando puedo verle y hablarle.

Federico se había sentado en una butaca y Susetta lo hizo en un taburete, a sus pies, como una niña, para poder mirarle mejor. Y de pronto se estremeció. Nunca le vio tan pálido, con la frente surcada de tan profundas arrugas y con la mirada tan triste.

—¡Dios mío! ¿Qué tiene usted? —le preguntó asustada.

—¿Por qué me preguntas esto?

—Because me parece que no debe de sentirse bien.

—Lo has adivinado, ángel mío; pero no es mi físico el que sufre; es el alma; tengo algo que me perturba, algo que me trastorna.

—Dígamelo, dígamelo. ¿Qué puedo hacer por usted? Ya sabe que soy valiente y que daría gustosa la vida para demostrarle toda mi gratitud.

Federico le puso una mano en la cabeza.

—Sé que eres un ángel —dijo—. Y Dios no podía enviar mejor y más eficaz consuelo a mi agitada y desdichada existencia. Pero, por desgracia, ahora no podrías hacer nada por mí. Si se tratara tan solo de mandarte a la ventura para castigar a algún infame explotador de infelices criaturas o de salvar a alguna de estas del peligro, no vacilaría en servirme de ti; de tu buena voluntad, de tu abnegación; pero no puedo hacerte partícipe de una lucha sin esperanza, una lucha que te hundiría como ha de hundirme a mí.

Susetta le cogió una mano, que estrechó entre las suyas.

—Me asusta usted —balbuceó con sofocado acento—. ¿Qué es eso tan terrible que le ha sucedido?

—Nada; pero me siento rodeado de peligros tal vez imaginarios: tengo muchas personas que me odian a muerte, los que reniegan de la bondad y de la justicia. Hace algún tiempo que recibo anónimos, en los cuales se me amenaza con que he de morir pronto y de una manera terrible. Si me encontrara solo en el mundo como antes, todo eso me tendría sin cuidado. Pero ahora tengo que amarte y protegerte a ti; yo, que no he temblado nunca ante ningún peligro, solo por ti tengo miedo; tengo miedo de morir.

—Oh, no diga usted esto —balbució asustada Susetta—. Usted vivirá y conseguirá descubrir a los viles y miserables que turban su tranquilidad de ánimo y, protegidos por la sombra, se complacen en amenazarle.

—Y en la sombra se encuentra a menudo el asesino —dijo el jefe de policía—. Y no son solo los hombres a quienes he castigado con rigor los que al salir de la cárcel urden el complot contra mí, sino también las mujeres, con más ferocidad aún.

—Es verdad, es verdad —interrumpió Susetta, vivamente—. En estos años he podido convencer la idea que yo tenía formada acerca de la honradez innata en la mujer y del deseo de redimirse de muchas desgraciadas, es equivocada. Muchas de ellas llegan a reírse del que las tiende una mano para socorrerlas. Sumergidas en el fango, quisieran arrastrar a otras... Por esto no acuso nunca a jueces ni a magistrados, porque comprendo que, no sabiendo distinguir lo falso de lo verdadero, ni la virtud del vicio, se engañan ellos mismos y acaban por juzgar a ciegas, porque no creen en la inocencia de nadie. Durante este tiempo he adquirido una gran dosis de experiencia; y así como estoy siempre dispuesta a tender la mano a las infelices a quienes la desdicha o la maldad arrastran a la perdición, estoy pronta también a luchar contra los viles, los poderosos y los traidores. Deje usted que busque yo misma a los autores de los infames anónimos; ya sabe que no es valor, astucia ni energía lo que me falta. Y como he combatido en la obscuridad en estos años para realizar el último deseo de su hija, de igual manera sabré luchar para defenderle o para morir a su lado.

Su voz se había ido animando y sus tiernos tonos conmovían profundamente a Federico.

—Gracias, alma mía —murmuró con lágrimas en los ojos—, tus palabras me sirven de mucho alivio; pero tal vez me asusto equivocadamente y no va a ocurrirme nada; comprendo que a veces me dejo dominar demasiado por los nervios; pero, en fin, pasó ya la impresión de dolor; ya no me acuerdo de ello y lamento haberte disgustado. Ea, hija mía: toca algo que me alegre.

Susetta obedeció y poco a poco los surcos del semblante de Federico se fueron allanando y su fisonomía recobró la serenidad. Y, cuando antes de retirarse besó la frente de la joven, sonreía de puro gozo.

Susetta, en cambio, quedó algo pensativa. Quería a Federico con un cariño verdaderamente filial; sentía que formaba parte de su vida; tenía necesidad de verle a diario y la sola idea de que pudiera amenazarle algún peligro la ponía triste e inquieta.

Mientras le ayudaba a desnudarse, se apercibió Mali de aquella tristeza y le preguntó si se sentía mal.

—No; estoy perfectamente —contestó Susetta—. Pero mi tío me ha contado cosas que me han puesto de triste humor. Ya sabes tú cuán bueno es, a pesar de su aspecto severo y frío.

—Su tío de usted tiene un corazón de oro y nadie le conoce mejor que nosotras.

—No le odian más que los malos —añadió Susetta—. Pero Dios no permitirá que estos triunfen. Roguemos por él, Mali.

Susetta, a pesar de su inquietud, durmió tranquilamente toda la noche.

A la mañana siguiente, cuando estaba a punto de salir, Mali le entregó una carta de su madre.

—¡Oh! Por fin —excló Susetta—, se ha acordado de mí, cuando yo no la olvido nunca.

La montañesa, que la escribía de su puño y letra, con un mundo de errores de ortografía y en un idioma para otros incomprensible, daba cuenta a Susetta del suicidio de su hermana, cuya causa seguía en el misterio; le hablaba de aquella niña que dejó y cuyo padre fue a visitar, encargándose de su manutención y finalmente le contaba de una nueva cabra que había comprado y del deseo que tenía de comprar un trozo de terreno para ensanchar la casa.

La muerte de Nilotta causó en el ánimo de Susetta un efecto terrible. Ella no había olvidado nunca a su hermanita, tan linda y tan caprichosa con todos sus andrajos. Supo por su madre que había ido a Turín a servir; pero que luego había entrado en una fábrica para tener más libertad. Susetta le había escrito; pero se debió de perder la carta, puesto que no tuvo contestación. Luego supo, también por su madre, que Nilotta estaba, al parecer, camino de hacer fortuna, porque la mandaba dinero; con lo que tenía esperanza de pasar una vejez dichosa con el apoyo de sus hijas. He ahí, pues, que habían

transcurrido algunos años sin que tuviera noticias de Nilotta, cuando se enteró de repente de que Nilotta se había suicidado, dejando una niña cuyo padre, sin embargo, no era desconocido.

Pero, ¿por qué se suicidó su hermana? ¿Qué triste drama se desarrollaría en la vida de la joven un tiempo tan vivaracha y tan alegre? Susetta sintió como un remordimiento de conciencia por no haber cuidado de Nilotta un poco más, por no haber intentado averiguar la vida que llevaba y las personas con quienes se rozaba. Tal vez Nilotta hubo menester de su apoyo, de sus consejos; tal vez se había debatido largo tiempo entre la miseria y la deshonra, y en un instante de debilidad cayó vencida. Y quizás el hombre que no tuvo piedad de la pobre muchacha seducida, ahora que estaba muerta se acordaba de la hija que la infeliz dejara al cuidado de la madre.

—Quiero conocer este misterio —dijo con ímpetu, enjugándose los ojos y recobrando toda su energía—. Yo que he procurado vengar a tantas víctimas desconocidas, ¿he de permanecer inactiva cuando se trata de mi hermana?

Sin vacilar un momento, Susetta subió al coche y se hizo conducir al despacho del jefe de policía. Semejantes visitas solo tenían efecto en los momentos de excepcional gravedad, cuando Susetta no podía prescindir de consejo o una ayuda de Federico. Por lo tanto, cuando le anunciaron la presencia de la joven, salió a su encuentro asustado.

—¿Qué te ocurre, hija mía? —le preguntó, conmovido, viéndola muy pálida y con los ojos llorosos.

—¡Una cosa horrible! —contestó Susetta, siguiéndole a su despacho, cuya puerta cerró él cuidadosamente—. He recibido la nueva del suicidio de mi hermana Nilotta; de aquella hermana a quien adoraba, y como en su muerte me parece traslucir un misterio, deseo partir, ir a Turín para disipar las tinieblas que me rodean y saber si debo llorarla o vengarla.

Y lloró a lágrima viva en brazos de su bienhechor.

Federico Plumet no turbó aquella explosión de dolor que, aliviando a Susetta, la hizo recobrar al fin su serenidad. Y solo cuando la vio tranquila la hizo sentar a su lado y la sometió dulcemente a un interrogatorio. ¿Quién le dio la noticia del trágico suceso? ¿Qué hacía su hermana? ¿Quién pudo empujarla al suicidio y con qué objeto? ¿El padre de la niña era un seductor o una víctima?

Susetta no podía contestar a todas aquellas preguntas; pero explanó su proyecto y le pidió permiso para marcharse hasta poner en claro la espantosa verdad.

—Ya que mientras vivió no hice nada por ella —dijo—, déjeme que averigüe el secreto de su muerte y piense en el porvenir de aquella niña que, si es preciso, quitaré a su padre, si él ha sido la causa del doloroso fin de mi pobre hermana.

Federico la besó en la frente.

—No te prohíbo que te vayas —dijo—, pero espera unos días más y por medio de mis corresponsales podré facilitarte cuantos datos te convengan acerca de tu hermana. El suicidio de una joven no puede haber pasado desapercibido a la autoridad... Además, tu presencia me es necesaria aquí.

Al pronunciar esta última frase le temblaba la voz.

—¿Por qué? —preguntó Susetta, mirándole—. ¿Ocurre quizás algo nuevo?

—No, alma mía; pero esta noche he tenido un sueño que coincide con mis presentimientos. He soñado que mi hija me decía que estaría pronto a su lado y que era feliz por ti, sintiendo tan solo que hubiese de faltarte mi apoyo. Ese sueño me impresionó y cuando llegaste estaba precisamente pensando en ti y dispuesto a practicar las necesarias diligencias para darte mi nombre y dejarte heredera de todos mis bienes... No tiembles ni palidezcas, hija mía; no te propongo hacerte mi mujer, sino adorarte como una hija.

De pálida que era, Susetta se puso colorada y se desató en copioso llanto.
—¿Cree usted que me asustaría la idea de ser su esposa? —balbuceó—. ¡No sabe usted cuánto le quiero y de qué manera no quisiera confiar a otros el cuidado de consolarle y defenderle! Tiemblo al pensar que su tristeza no se ha disipado todavía; palidezco ante la idea de que le amenaza un peligro y siento que si le perdiera se acabarían todas mis alegrías.

—Querida niña: tú eres un ángel y no puedes formarte idea de cuánto me alivian tus protestas de cariño; tú llegas a olvidar tu propio dolor para no pensar más que en mí. No; ya no estoy triste, créelo, y no lo estoy porque pienso que al dejar la vida sería para ir a reunirme con mi hija y con su madre. No; a pesar de tu abnegación, no te ataría con un nudo que a mi edad no te corresponde; quiero seguir siendo un padre para ti. ¿Consientes en permanecer aquí algún tiempo aún, hasta que yo haya al menos legalizado tu situación y obtenido los datos que deseas acerca de la muerte de tu hermana?

—Sí, consiento con todo mi corazón —respondió Susetta.

Esta contestó a su madre, mandándole a la vez trescientas liras y diciéndole que en breve iría a visitarla. No se extendió en demostrarle el dolor que le causó la muerte de su hermana, porque su madre no la habría comprendido. Susetta sabía que el sentimiento más fuerte de la montañesa no era el amor maternal, sino el interés.

Pocos días después, entregaba Federico a Susetta los detalles que había recibido acerca del suicidio de la pobre Nilotta y las causas que la empujaron a ello.

He aquí cómo estaba extendida la comunicación que Susetta leyó con inmensa curiosidad y una emoción profundas:

«A tenor de sus deseos, le mando los datos referentes a la obrera Nilotta Rogat, que se suicidó el mes pasado.

Procedente del valle de Susa, vino Nilotta Rogat a Turín siendo una niña aún y estuvo durante algunos años al servicio de un catedrático, hombre casado, quien la tuvo en su casa como una hija y la dio una educación digna de una señorita.

Esto acabó por empeorar el carácter petulante y ambicioso de la joven, que no soñaba más que con libertad y riquezas; tanto, que consiguió hacer que la despidieran de aquella casa, porque no podían soportar por más tiempo su insolencia y su holgazanería.

Nilotta entró en la fábrica de géneros de punto de los señores Naldi. El jornal era bastante mezquino y con él no habría conseguido nunca gozar la vida. Pero Nilotta Rogat había puesto los ojos en don Osvaldo, el más joven de los dueños de la fábrica, quien ciertamente no habría reparado en ella a no ser por las insinuantes provocaciones de la joven, que realmente le excitaba con sus palabras, su talento y su hermosura. No tardó don Osvaldo en ser su amante y le alhajó una elegante habitación, cuidando de todos los gastos, sin que por eso abandonara ella la fábrica, donde obtuvo el puesto de encargada y dominaba a todas sus compañeras.

De los informes minuciosamente recogidos parece desprenderse que Nilotta se mostraba altamente orgullosa con todos los obreros y soñaba con llegar a ser la dueña de la fábrica, segura de que don Osvaldo la haría su esposa.

Algunas obreras que habían sido ya las favoritas del dueño se reían de sus pretensiones y se burlaban de ella; pero Nilotta las miraba despreciativamente y no daba la menor importancia a sus palabras y a sus burlas. Confiaba en su belleza, porque era realmente una muchacha bellísima, en su talento y en su instrucción, superior a la de sus compañeras.

El hermano mayor de don Osvaldo, que no veía con buenos ojos aquellas relaciones, dijo distintas veces a la joven que se hacía ilusiones que habían de serle fatales; pero tampoco daba fe a sus palabras y se reía de él como de los demás.

Cuando fue madre aumentaron sus esperanzas; pero si bien don Osvaldo se mostraba deferente para con ella y le ofrecía que cuidaría del porvenir de la niña, le dijo asimismo que no le daría nunca su nombre y que estaba prometido con una señorita de su mismo rango social, una señorita a quien amaba.

Parece que desde aquel momento Nilotta meditaba una venganza contra su dueño que no pudo realizar. Mientras, las compañeras de la fábrica se burlaban de ella; de modo que, con tal motivo, surgieron tales cuestiones, que don Jorge Naldi, hermano de Osvaldo, se vio obligado a despedir a la rebelde obrera.

Desde aquel instante y a pesar de las pesquisas realizadas por el Juzgado, no pudo averiguarse el paradero de la obrera Nilotta.

Habíase celebrado el matrimonio de don Osvaldo y se encontraba él en viaje de bodas. Pero a la mañana siguiente de su regreso se encontró el cadáver de la obrera en un canal, a poca distancia de la fábrica. Sus compañeras, que en vista de la catástrofe se habían inclinado a su favor, esparcieron la voz de que había sido asesinada; pero una carta que Nilotta Rogat había dejado explicaba su suicidio. Antes de echarse al agua se envenenó y el sumario abierto admitió el suicidio; pero no le niego a usted que en la fábrica subsiste la creencia de que se trata de un asesinato. Y se ha llegado a acusar al hermano mayor de Osvaldo, diciéndose que él mismo la envenenó y echó el cadáver al canal.

Nada menos cierto que esta versión; pero se la he querido referir a usted para que se forme una idea de los comentarios que se hicieron en torno de aquel suicidio. Le añado también que resultaron asimismo infructuosas las gestiones practicadas para encontrar a la niña de Nilotta Rogat; nadie ha sabido decir a quién la confió la madre. Hasta en esta desaparición hay un misterio. Pero ya nadie se ocupa de este asunto, que no merecía en verdad tanto ruido, tratándose de un hecho vulgar que se repite casi a diario y por los cuales el público ha dejado de interesarse».

Susetta interrumpió bruscamente la lectura.

—Claro está —dijo con amargo acento—, una pobre obrera que se deja seducir no tiene disculpa alguna. ¡Ella! ¡Siempre es ella la culpable! Pues bien; yo estoy persuadida de que mi hermana Nilotta era tan inocente como yo, y si se perdió fue por la perversidad de otros. Los hombres son los protegidos de la ley; todo les está a ellos permitido; pero para la pobre esclava seducida y hecha madre no hay excusa que valga. Yo también llego a creer que Nilotta ha sido víctima de una traición, de un asesinato; aquellos dos miserables hermanos Naldi han triunfado sobre su víctima; nadie cree en su culpabilidad, mientras se arroja el anatema sobre la tumba de mi hermana. ¿Y nadie se ocupa ya de aquel drama en que dejó la vida una pobre muchacha? Pero quedo yo, que vivo todavía; yo la sabré vengar. En ese informe todo es mentira para desviar las huellas de la verdad. En la carta de mi madre se dice que la hija de mi hermana la tiene ella y que su padre cuida de su manutención. ¿Y usted cree que yo voy a dejar a la pobre niña en manos de aquel padre, del asesino de su madre? ¡Qué esperanza! Crecería queriéndole, crecería amando al que ha arrojado a su madre a la tumba. ¡Pobre Nilotta! ¡Quién sabe cuánto habrá sufrido! ¡Tan infeliz y abandonada de todos!

Un sollozo sofocó estas últimas palabras.

El jefe de policía, profundamente conmovido, la estrechó entre sus brazos.

—No llores así, hija mía —murmuró—. Sí; nosotros la vengaremos, porque quiero ayudarte también. También yo veo en ese suicidio un misterio que no acierto a comprender. Pues bien; apenas arregle cuanto atañe a tu situación, y esto quedará terminado esta misma semana, pediré un mes de licencia y nos iremos juntos.

—¡Oh, gracias, gracias! —balbució Susetta—. ¿Qué haría yo si no le tuviera a usted a mi lado?

Transcurrió casi un mes.

Federico Plumet había realizado sus deseos. Había dejado asegurada la posición de Susetta y, olvidando sus negros presentimientos, volvía a sonreírle el porvenir, cuando una noche, al dirigirse a casa de la joven para ultimar los detalles del viaje y cuando iba a subir al coche, le dieron una puñalada.

Susetta no empezó a sospechar hasta que hubieron dado las diez, porque Federico, con motivo de su cargo, no podía disponer del tiempo cuando quería y la había acostumbrado a ir a verla a hora avanzada. A eso de las once empezó a intranquilizarse. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué no iba? Estaba a punto de mandar a un criado, cuando un violento campanillazo la hizo estremecer.

Y seguidamente se presentó Mali con el semblante descompuesto, gritando:

—Señorita, pronto; venga... venga usted. Han venido a buscarla, porque el señor Plumet se siente mal.

Aplastada por el desastroso efecto de la noticia, no lanzó un grito; pero en un momento estuvo dispuesta para salir. Y solo cuando estuvo en el coche quiso que el agente le diera cuenta de lo sucedido. El joven, que estaba bastante conmovedor porque quería mucho a su jefe, no le ocultó la verdad.

Entonces fue cuando Susetta lanzó casi un grito.

—¿Anduvo el asesino? —preguntó.

—No ha sido posible dar con él, e indudablemente tenía cómplices que le ayudaron a huir —concluyó con voz trémula el agente—. De la inscripción que hay en el rústico mango del puñal se comprende que pertenece a alguno de los afiliados a la terrible cuadrilla de ladrones y asesinos perseguida sin tregua por nuestro jefe, quien había conseguido ya detener a algunos de los más peligrosos. El mismo señor Plumet lo cree así y es indudable que ha habido un complot para perpetrar este crimen.

Susetta no escuchaba ya. Sacó la cabeza por la ventanilla para decir al cochero que se diera prisa y luego, entre sollozos que la ahogaban, preguntó:

—¿Pero la herida no será mortal, verdad? ¿A dónde le han conducido?

—A su misma casa, porque precisamente salía de ella para subir al coche. El cochero había visto a un individuo casi junto al portal, que blasfemaba para sí; pero le creyó un borracho y no le dio importancia. El asesino le dio la puñalada en la espalda, mientras abría el señor Plumet la portezuela. Fue cosa de un instante. La obscuridad de la noche ha favorecido la fuga. A los gritos del cochero acudió gente y el señor Plumet fue conducido a su habitación. De momento creyeron todos que el jefe había muerto, porque no daba señal alguna de vida; pero al llegar el médico y el juez acababa de abrir los ojos; preguntó por mí y me dio el encargo de que fuera en busca de usted.

Susetta sufría de tal modo, que temía por su razón. Las lágrimas no brotaban fácilmente de sus ojos; pero tenía tan hinchado el corazón, que temía que estallase.

Por fin el coche se detuvo y Susetta se apeó y subió como un rayo a la habitación del herido.

—¿Vive? ¿Vive? —preguntó, balbuciando, al primer criado que encontró.

—Sí, señorita, sí, y se espera que curará.

—¡Gracias, Dios mío! Acompáñeme usted.

—Haga usted el obsequio de aguardar un instante. En este momento está constituido el Juzgado en su habitación y es preciso que le avise que está usted aquí.

Susetta permaneció inmóvil, sin fuerzas, apoyada a un mueble. El criado se presentó rogándole que le siguiera. Se movió entonces

como galvanizada y cuando penetró en la habitación del herido, aunque llena de gente, Susetta no vio a nadie más que a él, un tanto incorporado y descansando sobre las almohadas, cadavérico el rostro y manchada de sangre la camisa. Y con un grito de desesperación se echó en sus brazos.

El médico corrió para separarla, temeroso de que la emoción pudiera ser perjudicial al herido. Pero Federico le alejó con una mano, mientras con la otra estrechaba a la joven contra su corazón.

—Déjenla... pobre Susetta... ¡pobre hija mía!

—¡Oh! ¡Padre!... ¡Padre mío! Un sueño, ¿no es verdad? No... no es posible...; lo que ha ocurrido no es posible... ¡Es horroroso... horroroso!...

La desgraciada parecía delirar. Federico se dirigió a los demás.

—Déjenme solo con ella... se lo ruego... —murmuró—. Lo que podía decirles se lo he dicho ya... En el cajón de mi mesa escritorio están los anónimos de que les hablé... los cuales podrán ponerles en la pista del asesino. Si vivo, yo mismo lo encontraré. Si muero, ustedes me vengarán.

Salieron todos en silencio, conmovidos. Solo el médico quedó en la estancia del herido.

—Señorita —dijo a Susetta—. Si quiere usted que su papá se salve, no le deje usted hablar. Yo estaré en la habitación contigua atento a cualquier cosa que pueda ocurrir. Al primer síntoma de empeoramiento, sírvase usted llamarme.

Y se retiró también. Susetta cerró los labios de Federico con un prolongado beso.

—¿Has oído? —murmuró—. Si quieres curar, calla; más tarde me lo contarás todo, porque no he de dejarte nunca.

Federico sonrió débilmente.

—Temía morir sin que estuvieras tú a mi lado —dijo—. Ahora que estás ya no me acuerdo de la vida.

—Has de acordarte por mí. Y ahora calla; te lo suplico, si es que quieres evitarme un gran dolor.

Y apoyó dulcemente su cabeza junto a la suya, tomando una de sus manos. Él permaneció unos instantes silencioso y luego murmuró:

—El médico se equivoca. Que hable o no hable, he de morir; no sobreviviré a la herida y no quisiera cerrar los ojos sin hacerte algunas recomendaciones. Me quedaría un remordimiento eterno y no podría estar tranquilo al lado de mi mujer y de mi hija.

Susetta intentó hacerle callar; pero en seguida comprendió que era inútil. No le habría obedecido. Y habló largamente al oído de la joven, mientras Susetta escuchaba religiosamente, aunque con gran fatiga, como si la muerte hubiese también de acabar con ella en aquel momento.

Cuando Federico concluyó, pareció como que quería dormir, pero la ronquera que le sobrevino asustó a Susetta. Separó dulcemente su mano de la de Federico, que no se dio cuenta de ello, y fue a llamar al doctor.

—Me parece que empeora —dijo anhelante—. Venga usted, caballero, venga usted.

Cuando el médico le vio, arrugó la frente y redactó una receta ordenando que fueran en seguida por la medicina. Luego, dirigiéndose a Susetta, le dijo:

—Sí; ha sobrevenido una complicación inesperada, debida en parte a los esfuerzos hechos para hablar y porque temo ahora que el puñal estaba envenenado.

—¡Dios mío! ¿De modo que no hay esperanza?

—Desgraciadamente creo que no.

Un escalofrío nervioso recorrió el cuerpo de la pobre Susetta, que se ocultó detrás de las cortinas de la cama para que el herido no oyera sus sollozos. Federico abrió los ojos y la llamó:

—Susetta.

La joven le oyó y estuvo en seguida junto a él.

—Estoy aquí, padre mío.

—Un cura...; que llamen a un cura.

Susetta se impuso a sí misma y refrenó su llanto.

—Mando a llamarlo en seguida.

Mientras, el médico comunicaba al juez los nuevos síntomas que se habían presentado en el estado del moribundo y le hacían sospechar que el puñal estaba envenenado. Y pidió consulta. El anciano párroco de una iglesia próxima acudió al punto y Federico Plumet quedó solo con él.

Susetta rogaba en una estancia contigua, sin sospechar que hablaban de ella y hacían sus comentarios sobre la adopción del jefe de policía. Alguien aseguraba que Susetta era hija natural de Federico Plumet.

—Debe de tener sobre poco más o menos la edad que tendría su hija legítima. Y la verdad es que se le parece mucho —decían—. Sí; también esta tiene las líneas fisonómicas de su padre, aunque más delicadas. Fortuna ha sido para ella que muriera su hermana.

Nadie recordaba en Susetta a la infeliz obrera injustamente condenada por hurto y mala conducta.

—Federico Plumet —decían— debió de faltar a la fidelidad conyugal y seguramente no se habría acordado de la bastarda sin la muerte de su mujer y de la hija legítima. Pero ¿por qué no la adoptaría antes, en vez de tenerla lejos de sí y rodeada del mayor misterio?

Pero luego pensaban que, dada su posición, no habría podido ocuparse de la hija y tenerla al lado suyo, y que por estas circunstancias la tenía separada, a fin de que pudiera completar su instrucción y educación. Pero todos estaban de acuerdo en asegurar que la muchacha debía de adorar a su padre y ser justamente correspondida.

Había terminado apenas su cometido el ministro del Señor, invocando para el moribundo la paz y el perdón, cuando llegaron los otros médicos. Federico Plumet, que merced a un horrible esfuerzo y con mucha pena había conseguido confesar, apenas hubo terminado se retorció en la cama, mientras de sus contraídos labios salían dolorosos lamentos. Después que los médicos le hubieron detenidamente examinado, convinieron todos en que el desgraciado moría víctima, no de la herida, sino del envenenamiento de la sangre, y que la ciencia era ineficaz para salvarle.

¡Ah! ¡Susetta no había de olvidar nunca aquella hora de agonía desgarradora! Rompía el alba cuando Federico Plumet acabó de sufrir, pronunciando por última vez el nombre de Susetta. La joven cayó desvanecida sobre el cadáver.

V

La muerte del jefe de policía, debida al puñal de un asesino, despertó vivísima emoción, tanto en París como en el resto de Francia. Los periódicos no se ocupaban de otro asunto, alabando unos y censurando otros su labor de veinte años, diciendo que su triste fin era cosa prevista por su despotismo, su crueldad y el excesivo rigor con que perseguía tanto a los malhechores como a los simples infractores de la ley. Nadie, excepto Susetta, podía conocer el fondo de aquella alma que la maldad ajena hiciera injusta algunas veces, pero que fue redimida y purificada por un puro y sagrado sentimiento.

La autopsia del cadáver de Federico probó que realmente la hoja del puñal estaba envenenada. Al asesino no se le pudo encontrar.

Con objeto de evitar un tumulto, tanto los funerales como el entierro se hicieron sigilosamente. Únicamente Susetta, el notario de la familia y contados amigos tuvieron conocimiento de la hora en que tendría lugar el sepelio, y solo ellos acompañaron el cadáver a la tumba donde descansaban los restos de su mujer y su hija. El cuerpo de Federico fue enterrado con estos por expresa voluntad del difunto.

Susetta podía apenas sostenerse en pie. No oía las palabras de consuelo que le dirigían, ni encontraba frases con que dar las gracias a cuantos cuidaron de librarla de indiscretas curiosidades y de toda investigación dolorosa. Alguien tuvo conocimiento de que todo el

patrimonio de Plumet, excepción hecha de algunos legados, iba a parar a una hija adoptiva, pero nadie cuidó de averiguar quién era.

Después del entierro, Susetta se retiró a su propia casa, donde solo recibió al notario y al ejecutor testamentario para ultimar lo referente a los intereses de la heredera. Susetta, mayor de edad y libre, declaró que pensaba ir a fijar su residencia en Turín, porque tenía allí un deber sagrado que cumplir, impuesto por su propio padre momentos antes de cerrar los ojos. Nadie le preguntó nada; todos respetaron su deseo, que no era otro que el del difunto, tanto más cuanto que el jefe de policía dispuso que se dejase a su hija adoptiva en completa libertad de acción para disponer y administrar su patrimonio, con facultad para vender los inmuebles cuando lo creyese oportuno, y que únicamente la ayudaran en cuanto concernía a su sucesión.

Dos meses después de la muerte de Federico Plumet, Susetta, de luto riguroso, abandonó París en compañía de Mali para dirigirse a su patria.

Quiso dar a su madre una sorpresa. La montañesa había recibido dos días antes la visita del conde Emiliano, quien seguía cuidando de la niña de Nilotta y hacía mil proyectos para su porvenir, cuando llegó Susetta acompañada de su doncella.

La montañesa no reconocía a su hija, tan alta y hermosa se había hecho. ¡Qué aspecto de gran señora el suyo! Pero ¿por qué vestía de luto?

—¿Llevas luto por tu hermana? —le preguntó.

—Sí —contestó Susetta con los ojos bañados en lágrimas.

La montañesa se encogió de hombros.

—Nilotta era una tonta que no supo coger la fortuna por los cabellos como tú —dijo—. Basta: Dios la tenga en su santa gloria y a mí me conserve la niña.

Susetta no pudo contemplar a la niña sin llorar. Era linda como un amor y poseía dos ojazos azules que sonreían. Y cuando Nellina, después de haberla mirado, pronunció la palabra mamá, agitando sus manecitas, Susetta la estrechó contra su corazón, cubriéndola de lágrimas y de apasionados besos.

—Sí; tú serás mi hija —murmuró—. Y te juro por la buena memoria de mi hermana que serás feliz.

Susetta trató de averiguar por conducto de su madre lo que a Nilotta respectara; pero la montañesa podía darle pocas explicaciones. Nilotta no le contó nunca nada y le entregó la niña porque sabía que la dejaba en buenas manos, sin decirle siquiera quién era su padre. Pero este se presentó después de la muerte de Nilotta, pagaba puntualmente la pensión que le asignó y parecía loco por ella. Susetta oía temblando.

—No es digno de tener a su hija —exclamó—. Cuando Nellina sea mayor, será una esclava como su madre, porque como tiene mujer no puede ocuparse de ella.

La montañesa oía asombrada.

—¿Cómo? ¿Ese señor está casado? —preguntó—. ¡Pero si me ha dicho que vive solo!

—Es que trata de engañarte, como engañó a mi hermana. Si Nilotta se mató fue por su culpa; porque la abandonó después que la hizo madre para casarse con otra.

La montañesa sonreía bonachonamente.

—¡Ah, el bribón! —exclamó—. Y tiene una cara de santo. Habla lo mismo que nuestro párroco.

—¿Te ha dicho cómo se llama? —preguntó Susetta.

—¡Ya lo creo! Como que lo escribió en un papel con su dirección para que se le escribiera si la niña llegase a enfermar.

—A ver...

Betta fue en busca del papel en cuestión, que tenía colgado de un clavo en su dormitorio, y se lo entregó a su hija. Susetta, más indignada que sorprendida, leyó: «El conde Emiliano de Turín, Abogado. Despacho: calle Lagrange».

—¡Te ha dado un nombre falso! —exclamó—. O tal vez se hace dirigir las cartas a esta dirección, que será la de un amigo complaciente. El padre de la niña, el que viene a verla, es don Osvaldo Naldi, riquísimo industrial en cuya fábrica trabajaba Nilotta.

—Tal vez tengas razón —dijo la montañesa—. Porque días atrás, hurgando en uno de los baúles que me mandó tu hermana antes de cometer la locura que cometió, encontré un paquete de papeles y cartas; y como se deshizo la cinta que las sujetaba, cayeron todas al suelo. Al recogerlas para volverlas a poner en orden y colocarlas en su sitio, porque son cosas que pertenecen a Nellina para cuando sea mayor, me saltó dos veces a la vista el nombre de Osvaldo.

—Tú me darás esos papeles y esas cartas, como me darás la niña, sin que se entere su padre.

Esto último sacó de quicio a la montañesa.

—¡Darte la niña! ¡Ah, no! Esto nunca —exclamó—. Yo quiero a la niña y no te la daré ni a ti ni a nadie.
—¿Pero no comprendes, mamá, que dentro de unos años su padre te la quitará para siempre? ¿Tú crees que querrá dejarla crecer en estas montañas? La encerrará en un colegio y no permitirá que venga a verte. O no se acordará más de ella y te faltarán los medios para mantenerla.

La montañesa negaba con la cabeza.

—Nellina no se mueve de mi lado.

—Si tú no quieres abandonarla, síguela; yo tendré mucho gusto de llevar a las dos conmigo.

—¿Dejar estos lugares a mi edad? —exclamó Betta, bruscamente—. No; no es posible, no intentes tentarme, porque yo en la ciudad moriría de aburrimiento y si me cerraras la puerta llegaría un día que me tiraría de la ventana para irme. Soy así, y por lo tanto aquí me quedo y quedará Nellina conmigo.

—Pero tú no raciocinas, mamá. Si pensaras mejor, no me privarías del placer de cuidar del bien y del porvenir de mi sobrinita. ¿Temes quizás perjudicarte en tus intereses? ¡Pero si estoy dispuesta a entregarte diez mil liras!

Los ojos de la montañesa echaron chispas de asombro.

—i¿Cómo? ¿Qué has dicho? Repítelo...

Susetta no pudo menos que sonreír.

—He dicho y te repito que si me cedes a Nellina te entregaré diez mil liras.

La montañesa estaba fuera de sí. No llegó nunca a soñar una suma tan grande. Y se rascó furiosamente la cabeza.

—¿Pero es verdad? ¿No me engañas?

—¿Conque ahora precisamente desconfías de tu hija? Ahí tienes diez billetes de mil del Banco de Francia, y si temes que sean falsos o que no los puedas hacer pasar, acompáñame a Turín y los cambiarás en oro.

—Realmente... ¿comprendes? Me estás tentando; pero tú quieres darme muy malos ratos. Porque, ¿qué le diré, por ejemplo, al padre de la niña cuando venga a verla?

—Pues escribes una carta que yo te dictaré para evitarle el viaje.

—Escríbele tú misma, porque él no comprendería mis garabatos. ¿Quieres hacerlo ahora?

—¿Cómo no? En seguida.

Y en un papel que le entregó su madre escribió rápidamente, y en correcto francés, lo que sigue:

«Caballero: Acabo de saber en este momento que usted no puede ser el padre de Nellina, que lleva otro nombre. Por lo tanto, como no veo muy claro en las atenciones que dispensa usted a mi nieta y temo por su porvenir, le prevengo que yo, su verdadera abuela, la he confiado al cuidado de una persona que yo conozco, la cual me ha jurado que la tendrá como a una propia hija. Es inútil, por consiguiente, que vuelva usted aquí con el deseo de verla, porque no la encontrará. Solo yo tenía el derecho de disponer de la niña, porque su madre, mi hija Nilotta, me la entregó a mí. Y como no es justo que haya pagado usted las mensualidades pasadas para la manutención de una niña que no es de usted, le devuelvo su dinero.

De usted afectísima y atenta segura servidora, que besa su mano, Betta Rogat.»

Susetta leyó la carta a su madre y la aplaudió con entusiasmo.

—¡Muy bien, muy bien! —exclamó—. No tendrá motivos de enfadarse; pero te confieso que me disgusta algo, porque era un señor muy agradable, sin átomo de orgullo, y como yo le enseñé tu retrato...

Susetta se estremeció.

—¿Mi retrato? —repitió con aire de descontento—. Hiciste muy mal.

—¿Por qué? No te comprendo. La verdad es que te encontró muy hermosa y siempre que venía me pedía noticias tuyas.

Susetta estaba excitada.

—Si hubiese de mediar aún alguna explicación referente a la niña, guárdate de pronunciar mi nombre, y si te preguntase por mí le contestas que he muerto: júralo por Dios que lo harás.

La montañesa, aunque encontraba raro el deseo de su hija, juró sin vacilar.

Susetta pareció más tranquila.

—Bien; ahora ya estamos de acuerdo. Tú me das a Nellina por diez mil liras y me prometes que nadie sabrá de tus labios en poder de quién se encuentra.

—No tengas miedo. Aunque me hubiesen de arrancar la lengua, te prometo que no hablaré.

—¿La niña no mama ya, verdad?

—No; la mantengo con sopas de leche y huevos.

—Mali, mi doncella, o mejor dicho, mi confidente, cuidará de ella. Fíjate; mira cómo están ya las dos de acuerdo también.

Efectivamente: Nellina se dejaba besar y abrazar por la morena muchacha, que se sentía conmovida y decía:

—¡Oh! ¡Cuánto la querré! Será algo mía también y velaré por ella constantemente.

La montañesa preguntó a su hija:

—A ese señor le mandarás tú los dineros, ¿verdad?

—Sí, sí; no se preocupe usted; yo cuidaré de todo —dijo Susetta, sonriendo.

Betta estaba totalmente desarmada.

—Siendo así, haré todo lo que quieras.

—Dame los papeles y las cartas que encontraste en el baúl de mi hermana.

La montañesa obedeció.

Durante la noche, mientras dormía la pequeña tranquilamente al lado de Mali y la montañesa en la cuadra, soñaba con llegar a ser la dueña de todas las casuchas contiguas a la suya y hacer construir una cómoda casita con la cuadra, el corral y otros adyacentes,

Susetta, sentada junto a la mesa, en la habitación de su madre, leía las cartas de Osvaldo y un manuscrito de Nilotta.

Las cartas dirigidas por el señor Naldi a la obrera, durante un viaje que sus negocios le obligaron a realizar en los primeros tiempos de sus amores con Nilotta, eran desbordantes de pasión y llenas, al parecer, de sinceridad.

Una de las frases decía:

«Si tú, Nilotta mía, tienes confianza en mí y solo a mí me prestas fe, no te arrepentirás.»

Y otra:

«Mi amor no es el capricho de un momento; quisiera vivir siempre junto a ti, no veo el instante de estar de nuevo a tu lado y te estoy agradecidísimo por el amor que me tienes.»

—Lisonjeándole de esta manera la hizo caer en el lazo para abandonarla cuando fue madre —pensó Susetta—. Pero ¿cómo no le quitó estas cartas comprometedoras y no se le ocurrió a mi hermana mandarlas a su prometida?

Ella había de encontrar la explicación en el manuscrito de su hermana.

En él refería Nilotta sucintamente su historia, tal como la refirió al conde Emiliano de Turín. Había en ella toda la amargura de un alma ofendida, implacable, que se abroga el derecho de juzgar a los demás sin juzgarse a sí misma. Ningún arranque de verdadero afecto ni siquiera hacia su propia hija, ninguna fe, ninguna esperanza en el porvenir, se encontraba en el manuscrito; pero sí un egoísmo espantoso, un deseo de devolver centuplicado el daño que le hicieran, una rebeldía completa contra la sociedad, contra los ricos, contra los dominadores.

Susetta, si bien estaba convencida de que el mundo no es siempre tan injusto y malo como pretende hacerlo parecer la gente sin alma,

sin justicia y sin piedad, no obstante no pudo leer aquellas frases redactadas por su hermana sin sentir odio contra los que la torturaron empujándola al suicidio.

Y creció en ella la sospecha de que Nilotta muriera asesinada, porque en aquellas páginas no había la más pequeña alusión al suicidio, ninguna idea de muerte. La ofendida blasfemaba contra los ofensores y a su desesperación añadía los insultos y un deseo feroz, insaciable, de venganza contra todos.

¡Qué espantosa lucha debió desencadenarse en aquel corazón de mujer y de madre para hacer callar toda pasión, ahogar todo cariño y no dejar otra cosa que rencor y odio!

—Si no lograste castigarles, les castigaré yo —dijo Susetta, casi en alta voz, cuando hubo concluido—. Y ten la seguridad de que si esos te mataron yo sabré aplastarles sin piedad.

Susetta hizo un paquete con aquellos papeles y aquellas cartas, y murmurando luego el nombre de su adorado padre adoptivo, se echó vestida en la mísera cama de su madre y ocultando su rostro en la almohada, rompió a llorar a lágrima viva.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

I

Jorge Naldi hubo de ausentarse de Turín obligado por los negocios, y Osvaldo se encontraba solo en el despacho de la fábrica, cuando oyó llamar a la puerta.

—Adelante —dijo casi secamente.

El joven industrial no tenía ya el aire jovial de un año antes, cuando en la misma época contraía matrimonio con la bellísima Yolanda Falconi y realizaba con ella el viaje más dichoso de su vida. Osvaldo estaba en aquel momento preocupado y triste; en sus profundos ojos azules había una expresión extraña que sorprendía, sin que se pudiera definir. Y, sin embargo, aseguraba que era felicísimo y todo el mundo lo creía. Del oscuro drama en que perdió la vida la infeliz obrera Nilotta, no se hablaba ya. Todo el mundo lo había olvidado.

Los cónyuges, por consejo de Jorge y Emiliano, que llegó a ser un amigo de la familia, emprendieron un nuevo viaje, y a su regreso y conforme los deseos de Yolanda, encontraron totalmente cambiada la distribución de su casa.

La gran alcoba nupcial quedó suprimida; los esposos tenían cada uno su gabinetito, aunque los cuartos dormitorios comunicaban por medio de un pequeño salón.

A nadie podía asombrar semejante cambio. Jorge lo explicaba diciendo que, como su hermano había de madrugar para ir a la fábrica, no era justo que molestara a su mujer, que se levantaba

más tarde. Y los mismos señores Falconi aprobaron aquella combinación, al ver que a su hija le parecía bien.

—Muy bien —dijo riendo el señor Falconi—. Veo que empezáis pronto a conocer la vida y el matrimonio. Libertad recíproca y os amaréis siempre.

Aparentemente, nada parecía turbar la serenidad de la familia, y Osvaldo y Yolanda parecían la pareja más feliz y unida de este mundo. ¿Por qué, pues, aquella nube oscura en la frente de Osvaldo y aquella expresión extraña en sus ojos? ¿Es que los intereses de la fábrica marchaban mal? ¡Al contrario! Precisamente nunca fue tan próspero el negocio como aquel año y hasta se hablaba de extenderlo más.

Como dejamos dicho, al oír llamar a la puerta, Osvaldo contestó casi con sequedad:

—Adelante.

Se abrió la puerta y entró una obrera como de unos dieciocho años, alta, morena, muy delgada, de ojos muy negros, con un brillo extraordinario; un verdadero tipo de gitana indómita y rebelde. Pero sus miradas dirigidas al joven dueño tenían una dulzura especial.

—¿Me ha mandado usted llamar? —preguntó.

—Es verdad —dijo ásperamente Osvaldo—, se me había olvidado. Era para decirte que vayas a la caja a cobrar tus haberes, porque quedas despedida de la fábrica.

—¿Me echa usted? —balbució la joven con espanto.

—No te echo; te despido —replicó Osvaldo—. Tengo aquí diez avisos contra ti. Tú me solivientas a tus compañeras con tus doctrinas anarquistas; dices que no has nacido para arrastrar las cadenas de una esclava; insultas a las maestras, a las encargadas y hasta a los dueños, diciendo que usurpamos indebidamente el fruto de vuestras fatigas. ¿Te atreverías a negarlo?

—No, no lo niego —dijo la joven, separando la vista de Osvaldo—. Pero si supiera usted el porqué...

Y de pronto, después de mirar en torno suyo y convencida de que estaba sola con él, se le arrojó encima y Osvaldo se sintió preso entre aquellos brazos delgados y nerviosos antes de darse cuenta de lo que le estaba sucediendo.

Y con voz ardiente exclamó Cinta:

—Perdóneme, perdóneme... es verdad; soy culpable para con usted; pero es que estoy celosa. Sí, porque le amo, le amo locamente desde el día que entré en la fábrica y supe que muchas mujeres enloquecieron y una llegó a morir por usted. Yo no tuve desde aquel instante más que una idea: conquistarle para mí, llegar a ser su esclava, su perro fiel, cualquier cosa con tal de conseguir mi intento. Pero usted no se fijó nunca en mí; no vio usted que mis miradas le seguían ansiosas, suplicantes y para hacerme ostensible, para tener siquiera un motivo con que acercarme a usted, a costa de ofenderle y sublevar a mis compañeras contra mí misma, fue cuando me entregué a la exposición de aquellas doctrinas y a cometer aquellos actos de rebelión, mientras deseaba arrastrarme a sus pies y pedirle piedad...

Osvaldo la oyó más que con piedad con cólera, y apartándola con violencia le dijo:

—¡Tú estás loca! Yo no quiero nada de ti; vete, si no quieres que te eche de veras.

Cinta se apartó de él avergonzada y confusa.

—¿De modo que no me amará usted nunca? —balbució con voz débil como un hálito.

—¡Nunca! —contestó duramente el joven—. Te repito que me dejes.

—¿Me despide de veras?

—Sí; no quiero verte más por aquí.

Cinta se acercó a la puerta.

—Pues bien; adiós, señor; iré a ahogarme como Nilotta.

Osvaldo se colocó de un salto junto a ella, la cogió por los hombros y, echándola hacia atrás, la echó casi en un diván. Y con acento de rabia exclamó:

—¿Quieres volverme loco también a mí? ¿Por qué te habías de ahogar? ¡Habla! ¿Estoy obligado a amarte, por ventura? ¿Qué te has creído tú de mí? ¿No sabes que hoy no soy libre? ¿Que tengo mujer?

Cinta se echó a llorar; parecía presa realmente de un dolor amargo.

—Sí, lo sé —contestó— y lo repito, me reconozco culpable; pero mi amor puede más que mi juicio y que todo: se lo doy sin condiciones. Si me aparta de su lado, ¡muero!

Lo que sufría Osvaldo es más fácil imaginarlo que describirlo. Él comprendía perfectamente que aquella muchacha mentía; que bajo aquella apariencia de pasión no había otra cosa que el cálculo y la astucia; sí, pretendía abusar de la tragedia de Nilotta para atemorizarle y dominarle. No era la primera que obraba de aquel modo para que le diera dinero y disponer en la fábrica. Pero ¿cómo quitársela de encima sin dar escándalo?

Osvaldo fue presa de un temblor nervioso y tomó de pronto una resolución, tal vez de loco; pero la situación se lo imponía.

—Sígueme —dijo rudamente a Cinta.

Osvaldo se dirigió al departamento donde la joven trabajaba y en el cual había unas cincuenta obreras. Al entrar él se hizo un profundo silencio y con un sencillo ademán pararon las máquinas que estaban en movimiento. Detrás de él iba Cinta mirándole sin comprender lo que se proponía.

El joven levantó la voz, que resonó limpia y clara en el amplio aposento.

—He despedido a vuestra compañera por su insubordinación —dijo —, pero estoy pronto a perdonarla si a presencia vuestra promete que se someterá al reglamento de la fábrica y obedecerá a sus dueños. Y obro así para demostraros que no acudo a subterfugio alguno y no deseo a ninguna el menor mal. Esta me ha amenazado con que si no accedo a sus deseos, que me callo para no humillarla delante de vosotras, irá a arrojarse al canal, y apelo a vuestro testimonio para que podáis justificar que no soy responsable de sus locuras.

—¡El amo tiene razón; viva el amo y abajo Cinta!

Esta seguía muda y pálida. Dos lágrimas brotaron de sus ojos, quemándole la piel, y nadie pudo leer en ellos lo que pasaba en su alma.

Pero cuando Osvaldo, dirigiéndose a ella, le preguntó:

—¿Quieres, pues, quedarte y obedecer, o quieres marcharte?

Ella levantó la cabeza y con voz casi firme contestó:

—¡Me quedo!

Las compañeras aplaudieron.

Osvaldo se retiró; pero no se sentía dispuesto a permanecer aquel día en la fábrica. Dejó a su secretario y a uno de los mayordomos el encargo de cuidar de todo y salió dirigiéndose a su casa. Al subir a sus habitaciones se encontró con Rosa.

—¿Dónde está la señorita? —le preguntó.

—Ha salido en coche hace un momento para ir a casa de su madre —contestó la doncella.

—Está bien; si tarda iré yo a buscarla.

Retiróse al salón que separaba las dos habitaciones-dormitorio y se abandonó rendido en una butaca. La escena de la fábrica le había

exasperado. Y, sin embargo, si un año antes una muchacha morena y ardiente como Cinta se le hubiese presentado como esta lo hizo, no habría despreciado la conquista. En aquel momento, en su lugar odiaba, despreciaba a todas las mujeres, incluso su esposa, que se le iba de las manos; su esposa que le temía cuando él no deseaba más que amarla, adorarla.

El día aquel, de infausta memoria, que la recondujo a su casa entre una multitud amenazadora que solo se calmó con la oportuna intervención de Emiliano, Yolanda, una vez en sus habitaciones, le dijo casi con dureza:

—Dispón lo necesario para que podamos marchar esta misma tarde, pues no quiero pasar una segunda noche bajo este techo maldito.

Osvaldo palideció horriblemente.

—Perdóname, Yolanda; perdóname y escúchame —exclamó en tono suplicante—. No podemos abandonar Turín en este momento, porque me creerían culpable. Tu familia llegaría a descubrir la verdad y no me quedaría otro remedio que morir.

Yolanda se estremeció profundamente. Aquella idea funesta no se le había ocurrido nunca, y recordando los consejos de Rosa y los sacrificios hechos por su madre, añadió en tono más humilde:

—Pues bien; permaneceremos aquí hasta después del entierro de la víctima. Entretanto tú buscarás a la niña a fin de que podamos ocuparnos en su porvenir. Tal vez no es toda tuya la culpa de lo ocurrido y yo me exalto demasiado; pero procuraré calmarme y olvidar y ten la seguridad de que sabré defenderte contra todos si es preciso y que mi familia no sabrá nunca cuánto he sufrido y sufro.

A Osvaldo le subieron las lágrimas a los ojos.

—Eres un ángel, una santa —murmuró.

—No —contestó Yolanda—, soy una pobre criatura terrena, que empieza a comprender la vida. No te asustes, sin embargo, si en

ciertos momentos me encuentras débil. Es que no estoy aún del todo fortalecida contra ciertos dolores. Después del entierro nos iremos; pero quiero que a mi regreso esté totalmente cambiada la disposición de estas habitaciones, advirtiéndote de antemano que en el cuarto nupcial no he de poner los pies jamás.

Osvaldo asintió a cuanto deseaba su esposa. Yolanda estuvo aquel día verdaderamente admirable: tanto, que ni Rosa ni Jorge, que eran sutilísimos observadores, comprendieron el esfuerzo que hacía la joven sobre sí misma para mostrarse tranquila, dar valor a su marido y tranquilizar a los demás. A la noche, quiso, sin embargo, dormir al lado de su doncella. Osvaldo lo hizo en compañía de su hermano.

Cuando el joven industrial dijo que no había sido posible encontrar las huellas de la huérfana, Yolanda, frunciendo el ceño, murmuró:

—¡La muerta no perdona!

Osvaldo, en cambio, se sintió más aliviado, porque de este modo se veía libre de la niña, que no conocía siquiera. Y era tanto mayor su satisfacción en cuanto quería alejar de su mente todo recuerdo de la suicida. Es más: cuando salió de Turín con su mujer, le pareció que iba nuevamente en busca de la felicidad y que la luna de miel volvía a alzarse en el camino de su vida. La misma Yolanda parecía más contenta, y habló durante el viaje de mil tonterías con su esposo sin recordar nunca el motivo por el cual abandonaron Turín.

Apeáronse en Spezia, que Yolanda no conocía. El tiempo era hermoso, y después de comer pasearon hasta la puesta del sol por la orilla del mar, retirándose luego al hotel. Osvaldo había tomado tres habitaciones: un cuarto dormitorio, un salón y un gabinete para tocador.

Cuando estuvieron en sus habitaciones, Osvaldo quiso abrazar a su esposa y besarla. Pero apenas sus labios hubieron rozado los de ella, la tierna esposa lanzó un grito de espanto y terror y cayó desvanecida en sus brazos. La misma sensación le ocurrió durante todo el viaje; de modo que la misma Yolanda se llegó a asustar

profundamente. Durante el día correspondía a las atenciones de su marido y parecían ambos dos enamorados; pero apenas llegaba la noche y cuando la intimidad del matrimonio parecía más intensa, bastaba que se aunaran uno a otro para que Yolanda, presa de un estremecimiento nervioso, cayera desvanecida.

—Es la muerta que nos divide y se venga —seguía repitiendo la joven, que quería y estaba celosa de su marido.

Y así recorrieron toda Italia y visitaron la isla de Cerdeña y se alojaron en amplios hoteles, sin que aquella sensación desapareciese nunca. En vista de esto y antes de volver a Turín, Yolanda manifestó a su marido su propósito de dormir separados; pero sin que nadie supiera lo que les ocurría, mostrándose felices en apariencia, amándose espiritualmente y consolándose uno a otro en cuanto pudieran. Y Osvaldo acató los deseos de su esposa; pero pasados unos meses, aquel suplicio de Tántalo llegó a hacérsele intolerable; y una noche que se encontraban solos en el salón intermedio, quiso acudir a la violencia para poseerla.

—Eres tú que no me quieres, no me amas —le dijo como presa de un delirio—. Aquella muerta no es más que una excusa a que apelas para rechazarme; pero yo quiero hacer valer mis derechos de marido sobre ti.

Yolanda no gritó ni protestó; dos lágrimas cayeron de sus ojos y quedó inanimada entre sus brazos.

Más de una hora tardó en recobrar los sentidos y el joven tuvo que acudir a la ayuda de Rosa. Esta no se mostró sorprendida por el desmayo de su dueña. Ignoraba el secreto de Yolanda, porque esta no se lo reveló, tanto por el rubor que le hubiera causado como por el cariño que sentía por su esposo; y creyó sencillamente que semejante desvanecimiento era un síntoma de un feliz y natural suceso.

La joven, tendida en la cama, parecía una muerta, y Osvaldo, que la contemplaba con ojos extrañados, de verdadero loco, no prestaba

atención siquiera a lo que la doncella le decía para tranquilizarle. Al fin Yolanda abrió los ojos, dirigió la mirada en torno suyo y al reconocer a su esposo le sonrió con dulzura y le tendió una mano, que él cubrió de lágrimas y besos. Y fue tal la emoción que recibiera, que se desmayó a su vez.

Desde aquel día no intentó más acercarse a su mujer; pero para calmar la febril ansiedad que le dominaba, se dedicó con ardor a los negocios y no estaba al lado de su esposa más que a las horas de comer y algún que otro intervalo durante el día, especialmente cuando sabía que estaba en su casa la madre de Yolanda. Esta le agradeció mucho su modo de comportarse y se lo demostró recobrando por entero su vivacidad y su alegría y hablando a todo el mundo de su felicidad; tanto, que nadie podía sospechar lo que ocurría en su alma.

Sin embargo, aquella lucha interna había cambiado el carácter de Osvaldo. No era ya el joven galante y gentil a quien las obreras de la fábrica seguían siempre con miradas de esperanza y deseos voluptuosos, ni el amo a quien los obreros trataban con cariño. Ahora se irritaba por cualquier cosa y se hacía exigente, sobre todo con ellas. Aquel día la audacia de Cinta llevó su enfado y excitación al colmo; pero después de haber evocado con el pensamiento los sucesos de aquel año, murmuró entre dientes:

—¿Por qué no me procuraré alguna querida desde el momento en que mi mujer me rechaza y parece sentir horror por mis besos? ¿Es que eso ha de durar toda la vida? ¿Es posible que en cuanto me acerco a ella resucite el recuerdo de Nilotta de tal modo en su imaginación? Yolanda no quiere demostrar que no me ama; pero ha encontrado la manera de alejarme de su lado. Pues bien, sí. Ya he sufrido bastante; sea. Si Yolanda no quiere saber más de mí y se desmaya otra vez en mis brazos, buscaré otra u otras que me distraigan, ¡qué diablos! Soy joven y no quiero renunciar a los goces de la vida por una loca que se mató y una estúpida que no sabe o no quiere dar al olvido...

Estaba decidido.

Para pasar el tiempo mientras estaba aguardando, Osvaldo entró en la habitación de su mujer y se puso a examinar todos los objetos que en ella había. Entre otros, encontró un álbum de recuerdos donde, cuando era soltera, hacía Yolanda que sus amigas íntimas la dedicaran un pensamiento o una poesía. Osvaldo y su mujer lo habían hojeado juntos algunas veces y conocía en bloque su contenido.
Sin embargo, lo hojeó de nuevo y llegó hasta la última página, que le era desconocida.

Y al leerla palideció.

Las dos frases siguientes le estremecieron:

«Cuando se ha roto un ídolo, se tiran los trozos con verdadero placer.»

«En el mundo todos se consuelan de una manera u otra; nada hay incurable; ni siquiera el amor.»

Yolanda había recopilado casualmente estas frases, recogidas en una novela que le gustó mucho. Osvaldo creyó, en cambio, que aquellas frases expresaban claramente el pensamiento de su mujer y rasgó la página, que hizo en mil pedazos.

La contracción de sus líneas fisonómicas, sus ojos encendidos y la amarga sonrisa de sus convulsos labios denotaban la fuerte emoción que le dominaba.

—El ídolo roto soy yo —se dijo casi en alta voz—, yo soy el que Yolanda quiere tirar con verdadero placer para buscar otro que la consuele luego. ¡Ah! ¡Tendrá que habérselas conmigo! ¿Cree acaso que su esposo es un imbécil? Por lo pronto, no saldrá más sin mí.

Tocó el timbre con violencia y acudió Rosa.

—¿Ha dicho usted que la señorita había ido a casa de su madre?

—Sí, señor; y creo que no tardará en volver.

—No tengo tiempo; no la puedo aguardar más.

Y dejando a Rosa sorprendida y asustada casi, y sin darse cuenta de lo que ocurría, se dirigió a su habitación, se puso el gabán y el sombrero y salió.

A poca distancia había dos coches de punto. Se subió a uno, dando al cochero la dirección de su suegra.

Durante el trayecto consiguió calmarse y casi se arrepintió de la violencia con que obrara; y al detenerse el coche a la puerta de la casa de los señores Falconi, estaba completamente tranquilo.

—Espera —le dijo al cochero.

Y sin subir preguntó al portero si había visto a su mujer.

—Sí, señor —contestó respetuosamente el portero—; ha salido en coche con su señora madre hace un momento.

—Está bien; he venido con retraso. Volveré solo a casa.

Subió de nuevo al coche para dirigirse a la fábrica y no bien hubo llegado a ella cuando vio delante de la puerta un landó cerrado, tirado por dos caballos, que no era el de su mujer. Se apeó precipitadamente, convencido de que había alguien en busca de él o de su hermano.

Mientras se acercaba oyó la voz de su secretario que, junto a la portezuela del referido coche, pronunciaba en francés estas palabras:

—Ahí viene uno de los propietarios: don Osvaldo Naldi.

Y dirigiéndose a este, añadió:

—La señora ha venido a la fábrica creyendo que se vendían géneros de punto al por menor. Y le he dicho que la han informado mal, puesto que solo los vendemos a los comerciantes al por mayor.

—Así es, señora, y lo siento mucho —dijo Osvaldo, que se quitó el sombrero cuando estuvo junto al coche.

Y sintió una emoción extraña al ver en el interior del coche la criatura más hermosa que pudiese imaginar. La belleza de Yolanda hacía un mal papel ante la de la desconocida, cuyos ojos le miraban con una especie de curiosidad, mientras su boca sonreía dulcemente, poniendo al descubierto unos dientes admirables por su blancura y regularidad.

Osvaldo vio asimismo en el coche a una niñita, linda como un angelito, vestida de blanco, que un aya morena como una criolla tenía en las rodillas. Como la bellísima señora, por las trazas, era casada, no corría él peligro alguno mostrándose galante con ella.

Y añadió:

—Pero podemos hacer una excepción por la señora que, al parecer, es francesa.

—Nací en Francia, caballero —contestó la joven dama, con melódico acento—, pero corre en mis venas sangre italiana, porque mi madre era piamontesa.

E interrumpiéndose de pronto, repuso:

—¿Ha dicho usted que estaba dispuesto a complacerme?...

—Sí, señora, y si tiene usted la bondad de apearse, visitará la fábrica y escogerá lo que mejor le plazca.

—Es usted muy amable y acepto su ofrecimiento.

Osvaldo se apresuró a abrir la portezuela y ofrecer la mano a la linda señora, que de un brinco saltó del carruaje. Entonces pudo el industrial admirar a su placer a la desconocida y la elegancia y el buen gusto del traje que vestía.

—Puede apearse mi Nené también, ¿verdad? —dijo la dama.

Y sin esperar respuesta, se dirigió al aya, diciendo:

—Ven, Malí.

La niña quiso andar y se agarró a las faldas de la dama.

—Mamá... —repitió dos veces.

—Malí, tómala de nuevo en brazos —dijo la joven—. Nené, obedece.

La niña dejó que la cogiera el aya, sin protestar.

El secretario se había adelantado para anunciar la visita, y Osvaldo, sombrero en mano, acompañaba a la desconocida.

—Tiene usted una hija lindísima, señora —le dijo, mientras subían la escalera que conducía a los talleres de los pisos altos.

La joven miró a Osvaldo con ojos ligeramente velados.

—Es mi única alegría —contestó— y el mayor consuelo que me queda después de la muerte de mi esposo.

Osvaldo se emocionó.

—¿La señora es viuda?

—Sí, hace más de un año; mi felicidad duró bien poco. Pero así lo quiso Dios y no hay más remedio que acatar su voluntad. Yo no podía continuar en Francia después de la muerte de mi esposo y vine a fijar mi residencia en la población donde nació mi madre. Ayer mandé a mi doncella en busca de camisetas de seda y refajos de lana; pero no encontró nada que fuera de mi gusto y me aconsejaron que me dirigiera a la fábrica. Este es el motivo de mi venida.

—Y un honor para mí el poder servir a usted, señora.

El joven industrial, secundando los deseos de la bellísima viuda, la hizo visitar minuciosamente la fábrica desde la galería de máquinas al más pequeño de los aposentos. Ella se iba enterando de todo y se

detuvo a hablar con varias obreras y encargadas, demostrando mucho interés por el trabajo y escuchando con gusto sus explicaciones.

—Tiene usted una fábrica modelo —le dijo a Osvaldo, con adorable gracia—. Le felicito cordialmente.

—Es usted muy amable, señora...

Las obreras veían al Osvaldo de antaño. El joven industrial había recobrado su pasada vivacidad; sus ojos brillaban con el fulgor de antes y la sonrisa se mecía en sus labios. Y admiraban ingenuamente a la hermosa dama que acababa de realizar aquel milagro y se extasiaba ante la niña que en brazos del aya sonreía a todas, tirándoles besos con las puntas de los dedos.

Solo Cinta miraba con feroces ojos a la linda extranjera a quien Osvaldo prodigaba toda suerte de atenciones.

«Debe ser una de sus queridas —pensaba—. He ahí por qué me desprecia. ¿Qué valgo yo, comparada con esta señora? ¡Ah! Pero el pequeño insecto es tal vez más poderoso y daña más que la fiera.»

Osvaldo hizo pasar a la bella dama a su despacho particular y ordenó que llevaran allí las mejores muestras. Ella aceptó la silla que le ofreció para sentarse a fin de ver las muestras con comodidad, y la niña jugaba corriendo con el aya por la habitación.

Osvaldo estaba de pie al lado de la hermosa extranjera, enseñándole las labores con la mayor solicitud.

—Sus obreras trabajan de maravilla —le dijo mirando un refajo de seda color azul pálido que cabía en un puño y formaba en el fondo como un encaje de guipur—. ¿Y qué salario ganan?

—Según, señora —contestó el joven—. Las más hábiles llegan a ganar hasta tres liras al día; pero son muy pocas. El jornal medio viene a ser una lira.

—¿Andan cómo pueden vivir con un jornal tan corto?

—Muchas de ellas viven en familia; las otras se arreglan como pueden. Por lo demás, ¿cómo podría darse el género tan barato si se pagara mucho la mano de obra? Fíjese usted: este refajo que usted encuentra maravilloso, podemos venderlo al por mayor a menos de diez liras.

—¡Oh! Es sorprendente —dijo la joven, con mucho interés. Y después de un momento de silencio, añadió—: Ahora comprendo por qué se pierden tantas obreras. Si caen no se las puede condenar. La vida es harto dura para ellas.

Miró a Osvaldo con ojos de fuego y con acento casi ingenuo añadió:

—Yo creo que son bien pocas las que se mantienen honradas y que se tendrán por muy dichosas si encuentran un protector. Perdone usted mi indiscreción: ¿es usted soltero?

Osvaldo enrojeció como un niño.

—No, señora; me casé hace un año.

—¿Y su esposa de usted es celosa?

—No, señora.

—La envidio, y le digo sinceramente que si mi marido hubiese sido dueño de una fábrica como esta, yo no habría vivido tranquila.

—¿Por qué, señora? No encontraría usted aquí una operaria que el propietario pudiera preferir a usted.

La frase era muy atrevida; pero la desconocida pareció no comprenderla ni se mostró aludida. Siguió tranquilamente examinando las muestras y cuando hubo elegido lo que quería se levantó.

—Perdone usted si he abusado de su bondad —le dijo—, pero su excesiva galantería me ha obligado a ello. Sabía que los italianos eran muy amables y usted acaba de demostrármelo. Le quedaré

muy agradecida si se sirve mandarme esas prendas a casa y me da usted en seguida la factura para pagarla en el acto.

—No tenga usted tanta prisa, señora —contestó Osvaldo, inclinándose—. La pagará usted cuando reciba la mercancía. Es más: si usted me lo permite, iré yo en persona a enterarme de si ha quedado satisfecha y a cobrar la factura. Esto me proporcionaría la ocasión de ofrecer a usted nuevamente mis servicios y recibir nuevas órdenes de usted.

—Como usted guste, caballero... Ahí tiene usted mi dirección.

Sacó una tarjeta de un tarjetero de plata y se la entregó. Osvaldo la tomó y se inclinó de nuevo. La extranjera se dirigió a la niña:

—Nené, ven; te has divertido ya bastante y has molestado mucho.

—¿Qué dice usted, señora? —exclamó Osvaldo—. Su niña es una monada.

Quiso tomarla en brazos para besarla; pero Nené echó a correr, refugiándose en las faldas de su madrecita. Esta frunció el ceño.

—Nené —le dijo con severo acento—, da un beso a este caballero.

—No, no.

No hubo manera de conseguirlo.

—Déjela, señora —dijo Osvaldo—. Se ve que no le soy simpático. Los niños son a veces implacables. ¡Y pensar que adoro a esta criatura!

—¿Tiene usted alguna?

—Por ahora, no; pero, por mi vida, que la deseo.

—No lo dudo.

Hizo una señal al aya; esta tomó a la niña en brazos y salieron de la fábrica. Osvaldo las acompañó hasta el coche, las ayudó a subir y se

quedó mirando el carruaje hasta que se hubo alejado.

Entonces miró la tarjeta y leyó: «La condesa Susetta de Plumet — Calle Moncalvo — Villa de las rosas.»

«¡Oh, qué espléndida criatura! —pensó Osvaldo—. Ella sería el verdadero remedio para todos mis dolores. ¿Por qué vacilo?...»

Se volvió en aquel momento y vio a su mujer y a su suegra que iban a su encuentro.

II

Cuando el conde Emiliano recibió la carta de Betta Rogat, que ya conocemos, acompañada del dinero que le había mandado, quedó dolorosamente sorprendido. ¿Por qué se le ocurrió la idea de hacerse pasar por padre de la niña y dar a un tiempo su propio nombre? La persona que se hizo cargo de la criatura le creería un embustero y cómplice del mismo padre. Y supuso el joven que la persona de referencia debía de ser Yolanda.

Emiliano se empeñó en descifrar el misterio. Pidió permiso para ausentarse unos días y se dirigió al valle de Susa.

Betta había llegado el día antes de Turín, a donde había ido con objeto de cambiar los billetes por luises, y estaba entonces guardándolos, encerrados en una caja de lata, en un hoyo que había hecho en la cuadra, cuando oyó llamar a la puerta. Betta no respondió, pero se apresuró a esconder el dinero. Cuando estuvo la caja en su lugar, cerró la abertura con un ladrillo que aseguró con cemento; y como seguían llamando, se decidió a preguntar quién era.

—Soy yo... —contestó la voz del conde, que Betta reconoció en seguida.

—¡Ah! ¿Es usted? —dijo abriendo la puerta y mostrando un semblante áspero—. Verdaderamente no creía volver a verle, tanto más cuanto que nada tiene que hacer aquí y nuestras cuentas están saldadas.

—Las de usted, sí; pero las mías no, porque yo necesito una explicación respecto de la carta que me mandó.

—La explicación se la daré en seguida. Pase usted...

Acompañó a Emiliano a su propia habitación, le ofreció una silla y se sentó enfrente, mirándole con insistencia.

—¿Es usted el padre de Nellina? —le preguntó a quemarropa.

Un ligero rubor tiñó las mejillas del conde, que contestó vagamente:

—¿Por qué quiere usted que se lo repita?

—Porque si usted es el padre, el nombre que usted me dio es falso. Y si no lo es, no tiene derecho alguno de ocuparse de una niña que no le importa.

—¿Y si el padre —declaró Emiliano, con gravedad— no hubiese querido cuidarse de la criatura, y yo, movido a compasión, dada la muerte de la pobre Nilotta y el abandono de la huérfana, hubiese asumido sus veces?

La montañesa movió la cabeza.

—¡Bah! Yo creo muy poco en tanta y tan desinteresada generosidad. Si usted no es el padre, habrá sido un protector o un amante de mi hija.

Los ojos del conde se encendieron.

—¡Ofende usted su memoria, considerándola capaz de haber tenido un amante que no era el padre de su hija! —exclamó—. Si Nilotta hubiese amado una segunda vez, no se habría suicidado. No; yo no fui su amante; pero quise tenderle una mano para salvarla. Ella no la quiso, pero me recomendó a su hija, y su última plegaria no se habría perdido en el vacío si usted no me hubiese quitado el medio de ayudarla, confiándola al cuidado de otras personas.

—Yo era ahora la única dueña de mi nieta y Nilotta me la había confiado; solo yo podía, pues, disponer de ella —dijo la montañesa —. Y habría sido una loca si hubiese dejado perder la ocasión de cederla a una persona que la querrá como si fuese suya y la hará rica y feliz.

A la vez que trataba de dominar su emoción, Emiliano añadió:

—¡Ya sé quién es esa persona!

La montañesa hizo un ademán de espanto.

—¿Lo sabe usted?

—Sí. ¿Quiere usted que le diga quién es?

Betta le contemplaba anhelante.

—Diga usted.

Emiliano sonrió tristemente.

—Una bella y distinguidísima señora —contestó.

—Diga usted su nombre.

—Le diré únicamente el de pila: Yolanda.

La montañesa se encogió de hombros.

—Es la vez primera que oigo un nombre tan singular, y por lo que veo usted no está al corriente de nada y trata de adivinar. Sí; es una linda señora que ha tomado a Nellina a su cuidado; pero yo le juré que no diría su nombre a nadie y que nadie sabría la ciudad en donde vive. Y antes que faltar a mi palabra, me dejaría arrancar la lengua. Ya ve usted, pues, que no tiene ya nada que hacer aquí.

—¿Me despide usted?

—¡Oh! Esto no; porque después de todo, es usted una bella persona y no tengo por qué lamentarme de su conducta. Es más: voy a ordeñarle un vaso de leche para que vea que estoy siempre

dispuesta a servirle y que tengo mucho gusto en que permanezca aquí. Pero no hablemos más de la niña, porque de hoy en adelante ha de procurar olvidarla.

Esto diciendo, se levantó para dirigirse a la cuadra y le dejó solo.

Emiliano apoyó un codo en la mesa y, sosteniéndose la cabeza con la mano, pensó que había acertado; creyó que la linda señora que tenía a Nellina a su cuidado era Yolanda. La joven dama había dado con las huellas de la pequeña y seguramente a espaldas de su marido se la hizo ceder por la montañesa. ¿Pero a quién, a su vez, se la había confiado la señora de Naldi? ¿Tal vez a su propia madre o a Rosa, su doncella?

Pero él había también jurado que velaría por la niña, y Yolanda debía de saber que él era quien había cuidado hasta entonces de la pequeñuela, atribuyéndose su paternidad.

Pero al llegar a este punto su razonamiento, un triste rubor enrojeció su rostro y su corazón latía locamente. ¿No podía suponer Yolanda, como suponía la madre de Nilotta, que él también había sido un amante de la infeliz suicida? Y he ahí, se diría, el motivo por el cual se hallaba él cerca del canal al descubrirse el cadáver de Nilotta; he ahí el porqué de la calmosa defensa de Osvaldo y Jorge y el deseo expresamente manifestado de que Yolanda y Osvaldo se ausentaran de nuevo de Turín.

Sí, sí; la hermosa dama debía de estar convencida de que él era tan culpable como su marido, más que su marido tal vez; solo había sabido ocultar su secreto más que otros y erigirse oportunamente en defensor de sus cómplices.

¡Qué turbación la suya ante aquellas ideas! Ahora comprendía por qué Yolanda, aun mostrándose amable con él, le recibía con cierta aprensión, con cierta timidez; y si sus miradas se cruzaban, ella volvía en seguida la cabeza o encontraba un pretexto para salir del salón.

Emiliano se sentía oprimido y estuvo un momento hasta sin fuerzas para discurrir.

La montañesa volvió con una taza llena de leche.

—Tenga usted, caballero —le dijo—; es caliente y espumosa.

Emiliano se movió.

—Gracias —contestó—, no tengo ganas de beber y debo marcharme.

Betta le miró entre asombrada y pensativa.

—¡Oh! ¿Pues qué le ha ocurrido? Hace un momento no pensaba de este modo. ¿Está enfadado conmigo a causa de la niña? ¡Pero señor! ¡Si no he podido dar una negativa a la persona de referencia!

—Hizo usted perfectamente —respondió Emiliano—. Pero conteste siquiera a una pregunta: ¿esa persona sabía que era yo el protector de la niña?

—Seguramente; se lo hube de decir porque al principio no quería cedérsela a ningún precio y hube de apelar a los derechos de usted como padre. Pero cuando le enseñé la tarjeta que usted me dejó con su nombre y dirección, me dijo: «Si el que viene a ver a la niña y la mantiene es realmente su padre, le dio a usted un nombre falso; el nombre de otro, porque yo conozco al padre y no es digno de que se deje a la niña en sus manos; y si este es el verdadero nombre del protector de Nellina, no tiene sobre ella derecho alguno. Por lo tanto, a usted toca decidir». Y decidí, porque conozco a esa persona como a mí misma: es un ángel y por nada del mundo le daría un disgusto. Por consiguiente, como le he dicho antes, no se acuerde usted más; la niña está bien, en buenas manos, y no ha de faltarle nada. Beba usted esta leche y recobre su buen humor, desde el momento en que su conciencia está tranquila.

Emiliano obedeció maquinalmente ante las palabras de la montañesa. Permaneció un momento más a su lado y antes de

despedirse le preguntó:

—¿Ha escrito usted a su hija Susetta que no tiene ya a la niña?

Esta pregunta, que la montañesa no se esperaba, la desconcertó. Su rostro pasó alternativamente del pálido al rojo, y tapándose los ojos con el pañuelo, balbució:

—¿A mi hija Susetta? ¡Ah! Si usted supiera...

—¿Qué? Hable.

—Pues que... Susetta... ¡ha muerto!

Emiliano ahogó un grito.

—¡Muerta! ¿Muerta también ella? ¿Y no me lo decía usted? ¿Cómo? ¿Cuándo ocurrió?

—Pocas semanas ha —contestó la montañesa, teniendo siempre oculto el rostro en el pañuelo para no delatarse con una sonrisa involuntaria—. Una amiga suya que la asistió hasta su último momento me comunicó la triste noticia; murió casi de repente, de un ataque al corazón. He ahí también un motivo por el cual he cedido a Nellina.

El joven quedó altamente pensativo.

—¡Pobre muchacha! —murmuró repetidamente—. ¡Pobre madre! ¡Cuánto la compadezco!

No tuvo valor para añadir a estas otras palabras de consuelo; le estrechó la mano y se marchó sin que la montañesa cuidara de detenerle. Temía que no podría resistir mucho tiempo la ficción de madre adolorida y que acabaría por exclamar:

—He mentido. Susetta vive más hermosa que nunca y ella es la dueña de Nellina.

Emiliano volvió a Turín más triste que cuando se marchó y al compás del tiempo iba sintiendo más vivo el deseo de conocer la suerte de la

hija de Nilotta.

¿Pero podía dirigirse a Yolanda y pedirle cuenta de ella?

No tenía valor para ello.
El joven iba ahora con frecuencia a casa de los Naldi, pues era cordialmente recibido por todos. Más que con los esposos discurría con Jorge, con cuyo carácter simpatizaba por completo y cuya sincera amistad era el mayor consuelo de su vida solitaria.

Los dos jóvenes salían a menudo juntos a las horas en que el trabajo les dejaba libres. Jorge tomó poco a poco la costumbre de ir anochecido en busca de su amigo a su habitación de soltero. Si la noche era plácida y tranquila, solían ir de paseo y, después de pasar una media hora en algún café, Emiliano acompañaba al amigo hasta su casa.

Si, por lo contrario, la noche era lluviosa y fría, los dos jóvenes permanecían en el templado saloncito de Emiliano. Allí, completamente solos, porque, como sabemos, el conde no tenía más que una viejecita para cuidar de la limpieza de su cuarto, hacerle el café y cepillarle los trajes, podían hablar libremente y comunicarse sus pensamientos sin importunos testigos.

Pero, hasta entonces, sus conversaciones versaron siempre sobre asuntos de arte, industria o ciencias, y, aunque sentían la necesidad de hablar de sí mismos, poner sus almas en mística comunicación y no tener el uno secretos para el otro, sea por timidez natural, sea por orgullo, no se atrevía ninguno de ellos a entablar conversación tan delicada.

Pero decidido Emiliano a conocer el secreto de Yolanda, pensó en interrogar diplomáticamente a Jorge acerca de él y de su hermano para conseguir lo que tanto deseaba.

Aquellos días había nevado en abundancia y los dos jóvenes pasaban el rato en el saloncito del conde pensando y hablando.

Una de aquellas noches, mientras Jorge, sentado en una butaca, encendía un cigarro de la Habana, Emiliano, que estaba enfrente de él, le dijo de pronto:

—¿Sabes una cosa, Jorge? Cuando me dijeron que Yolanda se casaba con el señor Naldi, industrial, creí que se trataba de ti por ser el primogénito y, permite que te lo diga, el más serio de los dos hermanos...

Jorge se esforzó en sonreír.

—Yolanda habría sido demasiado niña para mí y amaba a Osvaldo desde la infancia —contestó—. Yo, después del primer desengaño padecido, perdí la ilusión de casarme.

—¿Tuviste un desengaño de amor? —preguntó dulcemente Emiliano —. ¿Puedes referirme la historia?

Jorge se había puesto serio.

—Oye, Emiliano. Hasta hoy no confié mi secreto a nadie; ni a mi hermano siquiera, porque no me habría comprendido. Pero ya ves: contigo siento la necesidad de abrir mi corazón, porque tengo confianza en tu afecto y en tu amistad, porque nuestros caracteres se han hecho para ir perfectamente de acuerdo. Muchas veces que, como hoy, me he encontrado a solas contigo, he tenido la idea de explayarme, pero una invencible timidez sellaba mis labios y aguardaba de los tuyos una pregunta, una palabra que me infundiera valor. Ha llegado, pues, la hora de decírtelo todo y tengo la seguridad de que, por tu parte, no tendrás tampoco secreto alguno para mí.

—¡Oh! No; te lo juro —exclamó con expansión Emiliano—. Edificaciones y si hasta ahora no te di a conocer el fondo de mi alma fue por el mismo motivo. Pero de hoy más no tendremos motivo para estar callados. Empieza tú.

—Empiezo —dijo Jorge, dejando el cigarro y extendiéndose en la butaca—. ¿No has oído contar que a los veinticinco años y estando

prometido con una muchacha hermosísima, hija de un general, me fue robada la víspera de la boda de un modo trágico y espantoso? La encontraron muerta en el baño que solía tomar cada mañana y los médicos dijeron que se trataba de un síncope fulminante.

—No; nunca oí hablar de eso —contestó Emiliano, con conmovido acento—. Tal vez en aquel entonces estaba yo ausente de Turín. ¡Pobre amigo de mi alma! ¡Cuánto debiste de sufrir con aquella muerte!

Jorge ocultó su rostro entre las manos. Cuando lo descubrió tenía irritados los ojos, como si hubieran pasado por ellos ardientes lágrimas.

—No; no fue solo aquella muerte lo que me hizo sufrir, sino los motivos que impulsaron a Lucinda a buscarla —murmuró.

Emiliano sintió un fuerte estremecimiento.

—¿De modo que la muerte no fue natural?

—No. Pero antes de contarte lo ocurrido, deja que me remonte con los recuerdos a un año antes: cuando conocí a Lucinda. El general Volterra había sido compañero de colegio de mi padre y conservaron siempre una amistad tan viva, que ni el tiempo ni la ausencia llegaron a amortiguar. Mi padre, cuando le escribía, le hablaba de los negocios de la fábrica y de la familia, y él a su vez le daba cuenta de su vida brillante, de su carrera que adoraba y de su mujer que le hacía feliz. Y recuerdo que en una de sus cartas, que encontré en el escritorio de mi padre, había esta frase que me emocionó: «Recuerda, amigo mío, que si tengo una hija ha de ser para el mayor de tus hijos, y de este modo, cuando seamos viejos, formaremos una sola familia». Y efectivamente: el mismo año su esposa dio a luz una niña que costó la vida a su madre. Aunque era niño, recuerdo perfectamente que en cuanto mi padre tuvo noticia de la desgracia se puso en camino y estuvo más de un mes al lado del amigo. No regresó sin dejarle tranquilo y consolado. «Si fueras solo —le dijo mi padre—, te aconsejaría que te levantaras la tapa de

los sesos, como tú deseas, ya que no te sientes con fuerzas para sobrevivir a la mujer amada. Pero tienes una hija y has de vivir por ella y pensar en hacerla feliz. Y no olvido la promesa que nos hicimos: ella será la mujer de mi Jorge». Pocos años después le cupo a mi padre la desgracia de quedar viudo, y aunque se esforzaba en mantenerse fuerte por sus hijos, fue declinando con rapidez y murió una noche en mis brazos, cuando yo tenía apenas veinte años y mi hermano Osvaldo quince. Antes de morir me habló de la promesa hecha a su amigo y me rogó que la mantuviera. «Sí, papá; puedes estar tranquilo —contesté con grave acento—, no tendré otra mujer que Lucinda». El pobre hombre murió sonriendo porque sabía que mantendría la promesa a todo trance. Yo tuve hasta entonces un carácter bastante serio y reconcentrado; mientras estudiaba, cuidaba de los intereses de la fábrica, que hacía más de un año que estaba bajo mi dirección. No me preocupaban las diversiones, no tuve una amante nunca y las relaciones fáciles y ligeras me repugnaban. Osvaldo crecía, en cambio, alegre, jovial, amante de los fútiles placeres y de las mujeres más; pero de tal manera me atraía con su cariño y su alegría constante, y se mostraba tan dócil y sumiso con mis consejos y mis observaciones, que puse en él todo mi afecto y fui para mi hermano un segundo padre. El general no llegó con tiempo para ver a su pobre amigo; pero su dolor fue tan grande y tan sincero y tuvo para Osvaldo y para mí tales palabras, que lloramos en sus brazos como niños. No me habló en aquel momento de Lucinda, porque entonces era una niña de doce o trece años y yo no tuve valor para pronunciar su nombre. Marchóse el general, prometiendo que me escribiría con frecuencia, que me daría buenos consejos, como lo hubiera hecho mi padre, y me exhortó a que continuara el método de vida que vine llevando hasta aquel momento. Para olvidar el dolor que me causó la muerte de mi padre, me consagré enteramente a los negocios, consiguiendo que mi hermano hiciera lo propio bajo mi dirección. Y puedo decirte con orgullo que en el espacio de pocos años tomó la fábrica nuevo desarrollo, se engrandeció y nos puso a ambos en el camino de la fortuna. Yo pasaba entre mis obreros, entonces como ahora, por un hombre terrible, a causa de mi severidad; pero yo no

soy severo y malo más que con los holgazanes, los borrachos y los indignos; yo creo en todo lo grande y noble y quisiera que todos fuesen buenos y honrados, como yo trato de ser justo. Cuántas veces, mientras castigaba a un obrero inepto o a una obrera coqueta y desordenada, socorría secreta y espléndidamente a sus pobres familias. Y, no obstante, todos estaban convencidos de que aquellos socorros procedían de Osvaldo. Y yo dejaba que lo creyeran, porque así crecía la corriente de simpatía, la consideración que no merecía siempre su conducta. El general seguía escribiéndome y empezaba a hablarme de su Lucinda, diciendo que se hacía cada vez más bella y que tenía vivos deseos de conocerme. Yo, sin confesármelo a mí mismo siquiera, no tenía en el pensamiento más idea que la suya; de noche la soñaba atribuyéndole todas las idealidades, las perfecciones todas y solo esperaba el momento de cumplir la promesa hecha a mi padre. Cumplía Lucinda dieciséis años, cuando me escribió el general diciendo que había pedido el retiro y que pensaba establecerse con su hija en Turín. Y me encargó que le buscara una casita que no estuviera muy distante de la nuestra, porque, decía, «hemos de considerarnos como de la familia». El general era bastante rico hasta por parte de su mujer, que le dejó usufructuario de todo su patrimonio. Y como no le dolía el gastar, no me fue difícil contentarle. Hubo precisamente, cercana a la nuestra, una villa en venta, provista de todas las comodidades necesarias, que una cantante vienesa había hecho construir para ella. Esta había debido de marchar a Rusia y dejó a su abogado el encargo de venderla con los muebles y las cocheras. La ocasión no podía ser mejor. Se lo escribí al general, que salió en seguida de Roma para visitarla y en pocos días se firmó el contrato. Figúrate que todo junto no le costó más que treinta mil liras, que era lo equivalente a la tercera parte de su valor real, porque la villa había costado cien mil. El general estaba contentísimo, y un mes después tomaba posesión de la finca con su hija. La noche de su llegada fuimos invitados Osvaldo y yo a comer con ellos; pero mi hermano, con el pretexto de un asunto de muchísimo interés que no podía abandonar, excusó su asistencia. Osvaldo había perdido entonces la cabeza en pos de una bailarina. Como digo, pues, no me acompañó y mandó a Lucinda un

espléndido ramo de lilas blancas y una caja de dulces. El general me acogió con el cariño de un padre y me besó con efusión llamándome su hijo. Después, y calmado aquel cambio de afectos, me condujo al salón donde se encontraba Lucinda. ¡Cómo podría describirla, amigo mío! La hija del general parecía una figura arrancada de un cuadro: tal era la perfección y la gracia de su persona. No he visto en mi vida cabeza más expresiva y más arrogante que aquella. Negro el cabello, negros los ojos, rojos los labios y níveo el cutis, ¡qué hermoso conjunto! Tendióme francamente la mano y, con una voz que envolvía todo mi espíritu en singular armonía, me dijo:

»—Mucho me alegro de conocerle personalmente, aunque no es usted un extraño para mí. Desde que tengo uso de razón no recuerdo que haya pasado un solo día sin oírle pronunciar a mi padre el nombre de usted.

»El general miraba satisfecho a su hija, y antes que yo pudiese contestar, añadió:

»—Y estoy convencidísimo de que Jorge, desde el día que nació, no ha oído en el seno de su familia hablar más que de ti ni ha pensado en nadie más que en ti.

»—Tiene usted razón —interrumpí—. Y muchas veces estuve a punto de dejarme arrastrar por el deseo de conocerla, pero sabía que le había de disgustar.

»—Si es que yo te la quería enseñar en todo el esplendor de su hermosura e inteligencia y al fin lo conseguí.

»—Y supera a cuanto podía imaginar —exclamé con calor.

»Lucinda oía aquellos elogios sin sentirse cohibida, pero sonriendo con una gracia seductora. A la mesa tuvo el tacto de dejar hablar siempre a su padre, pero observé que de cuando en cuando fijaba en mí sus miradas con una expresión de ternura indefinible. Después de comer, el general y yo pasamos al salón de fumar y Lucinda pidió permiso para retirarse un momento a su gabinete.

»—Y bien: ¿qué me dices de mi hija? —me preguntó el general.

»—Digo que el hombre que tenga la fortuna de conquistar su corazón y su mano no tendrá que desear más en la vida.

»Él sonrió bondadosamente, dándome una palmadita en la rodilla.

»—¡Pero si ese hombre eres tú, amigo mío! —exclamó—. Era una combinación de antemano establecida con tu padre la de que mi hija no había de tener otro marido que tú. Ahora no resta otra cosa sino realizar aquel proyecto.

»Yo estaba conmovido.

»—Para mí es un sueño paradisíaco —contestó—. ¿Pero tiene usted la seguridad de que su hija estará igualmente satisfecha?

»—Si no la tuviera ni siquiera hablaríamos —contestó—. El alma pura e inmaculada de Lucinda no ha recogido más imagen de hombre que la tuya y se siente muy feliz al llegar a ser tu esposa.

»Yo tenía las lágrimas en los ojos.

»—Siendo así —balbuceé profundamente agitado—, dígale usted que emplearé toda mi vida en hacerla feliz.

»Y de este modo quedamos prometidos.

III

Jorge calló un instante, sin que el amigo osara interrumpirle. El industrial se pasó distintas veces la mano por la frente con un movimiento rápido y nervioso, y luego prosiguió:

—Los primeros meses de nuestro noviazgo fueron realmente encantadores para mí. Todas las horas que tenía libres las pasaba al lado del general y de su hija, siempre en éxtasis delante de ella, procurando adivinar cada una de sus sonrisas, cada una de sus miradas, embriagado en un sueño que deseaba no tuviese fin. Ella se mostraba bastante amable y expansiva conmigo y, desde el primero de nuestros coloquios, parecía como que quisiera comunicarme todas sus ideas, todos sus deseos, que se resumían en un grande afecto por su padre y en vivir una vida tranquila, retirada de la sociedad. Yo aprobaba cuanto ella decía, porque era de gran satisfacción para mí el vivir aislado con ella; con ella sola, que constituía todo mi mundo, en el que se compendiaba todo mi amor. Mi hermano Osvaldo estaba sorprendido de mi entusiasmo y, aun encontrando bellísima a mi novia, me confesaba ingenuamente que no le habría gustado. «No tiene la franqueza de su padre —me decía alguna que otra vez—. La he observado sin que ella se diera cuenta y he encontrado en sus miradas un algo misterioso y en su sonrisa un no sé qué de falso». Me enfadé con mi hermano por sus apreciaciones, y Osvaldo acabó por visitar a mi novia muy de tarde en tarde; pero esta no preguntaba nunca por él y parecía como que no se fijaba siquiera en su prolongada ausencia. El general, por su parte, no nutría por mi hermano simpatía alguna. Estábamos a mitad

de la primavera y Lucinda, hasta entonces hermosa y floreciente, pareció desmerecer repentinamente. Una noche la encontré bastante pálida, con los ojos abatidos y cual si no pudiera moverse de la butaca en que se hallaba. A su lado estaba el general, visiblemente inquieto. «¡Dios mío! ¿Qué tiene Lucinda?», pregunté asustado. Esta se esforzó en sonreír y me tendió la mano calenturienta. «No es nada —contestó—. En esta estación me acometen fácilmente ataques de languidez... y para que se me quiten no hay más que un remedio». «¿Cuál?», pregunté con acento de interés y sorpresa. Y el general me contestó: «El cambio de aire; pasar un mes al lado de su nodriza; está acostumbrada de todos los años y ahora empieza a sentir de nuevo la necesidad de la mudanza». «¿Dónde está tu nodriza?», pregunté. «En los alrededores de Frascati —contestó Lucinda—, un sitio encantador, completamente aislado». «¡Pero está tan lejos! —interrumpí—. ¿Y habré de estar dos meses sin verte?». «Harás compañía a mi padre». «¿Cómo, general? ¿No irá usted con ella?». «No tendrían alojamiento para mí —dijo—. Además, el campo me aburre soberanamente. Yo no haré más que acompañarla y luego la iré a buscar». Yo estaba bastante triste. «¿Y no podrías, Lucinda, escoger un sitio más cercano?», dije casi tímidamente. «Yo pongo a tu disposición nuestra villa de Graglia, donde podrías gozar de un aire oxigenado, un horizonte vastísimo y todas las comodidades que pudieras apetecer». Lucinda se encogió de hombros y con bastante frialdad me contestó: «Perdona si no acepto; pero sufriría demasiado si no pasara todos los años una temporada con mi nodriza. Esta fue para mí una verdadera madre, y yo, que no tuve la fortuna de conocer a la mía, he tomado tanto cariño a la buena mujer que me dio su leche, que si me privaran de ir a verla me escaparía». Lucinda hablaba en aquel momento con entusiasmo febril. El general movió la cabeza. «Ya ves su obstinación, querido Jorge —dijo—. Y la verdad es que nunca supe oponerme a sus deseos, porque conozco el intenso afecto que la une a aquella mujer, digna, ciertamente, de toda simpatía». «Y no puedo negar que la quiero de veras —interrumpió Lucinda—. Y espero, Jorge, que cuando sea tu esposa no me impedirás este viaje que concepto sagrado». Y al decir esto

me miraba con ojos tan tiernos, con la linda cabeza apoyada en la butaca, que yo, loco de amor e inflamado el cerebro, le contesté: «No, por cierto, alma mía. Y será una alegría para mí el conocer a esa mujer que, desde el momento en que es digna de tu cariño, merece el mío desde ahora». «¡Gracias, Jorge! ¡Qué bueno eres!...». Y me tendió de nuevo su manecita, que estreché entre las mías y besé, mientras el general exclamaba satisfecho: «Ya dije que serías tan débil como yo. Tienes que adorarnos, Lucinda». «¿No es vuestra acaso mi alma y no estará aquí con vosotros cuando esté yo lejos?». Nunca estuvo Lucinda tan encantadora como la noche aquella, y cuando nos despedimos ella fue la primera que me dio a besar sus labios. Dos días después se ausentó con su padre. Yo estuve en la estación a despedirles y, cuando el tren se puso en marcha, sentí una emoción tal, que me dejó destrozada el alma y llenos de lágrimas los ojos. Me parecía que no iba a volverla a ver. ¡Mejor hubiera sido! Habría sufrido ciertamente; pero en mi sufrimiento no hubiera habido ni amargura ni rencor. Lucinda regresó dos meses después y me causó en el acto la impresión de que en su ser se había operado un cambio radical. Seguía siendo hermosísima, pero tan distinto era su carácter como la expresión de su rostro. A veces tenía violentos accesos de alegría; otras estaba triste y taciturna; un día se enfadaba por cualquier cosa, palidecía de cólera y tomaba toda ella un aspecto amenazador; otro sonreía con dulzura y, fijando su mirada en mis ojos, adquirían los suyos una expresión conmovedora. A pesar de tales contrastes, yo la amaba cada vez más, y es que el hombre es un insensato que a veces se deja dominar por una mujer de una manera loca. Los nuevos defectos que iba descubriendo en mi novia, en vez de excitarme y asustarme, no hacían otra cosa que acrecentar mi pasión. Sin descuidar los intereses de la fábrica, pasaba yo la mitad del día al lado de Lucinda o salía con ella y su padre para comprar los regalos de boda, puesto que el matrimonio había de realizarse en breve. Estaban ya cumplidas todas las formalidades. Una tarde, cuatro días antes del señalado para la boda, fui a casa de Lucinda. La encontré sola en su saloncito de labor. Estaba lívida y con los ojos encendidos como si hubiese llorado. El general había salido. Me acerqué a Lucinda, que

me tendió ambas manos y sentí que estas ardían. «¡Tienes fiebre! ¿No te sientes bien?», dije acercando a la joven a mi pecho y besándola en la frente. Ella se apartó de mí, dejándose caer en un silloncito. «No; estoy divinamente —dijo—. Es que soy una estúpida...». Sonreí. «¿Una estúpida tú, Lucinda? Ea, no te injuries de esta manera». «Es la verdad». «Demuéstramelo». «Al punto, Jorge. Siéntate a mi lado; tengo necesidad de tenerte muy junto a mí, y óyeme». «Oigo». Ella me miraba intensamente y con mucha seriedad. «Hace una hora que me hallo sola aquí —dijo con aire grave—. Mi padre salió para ir a casa de la condesa Bruna, que ha de ser mi madrina de boda, y yo, mientras te esperaba y para que el tiempo me pareciera más corto, me puse a leer. Y como la tal lectura me conmovió, quiero que tú mismo me juzgues para saber si tú y yo pensamos y sentimos de igual modo». «Cuéntame lo que leiste», le dije, tranquilo ya por conocer la causa de su palidez y su llanto. «Al momento —contestó con rapidez—. El argumento de la novela es el siguiente: Una muchacha hermosa, rica, huérfana de madre, prometida casi desde antes de nacer con un muchacho honrado, llega a los dieciséis años y se deja seducir por otro: un libertino, que no tenía otra mira que su dote. Cuando la joven descubre la horrible verdad, es demasiado tarde: se siente madre. El padre y el novio lo ignoran todo y ella no tiene valor para confesar su culpa, porque antes moriría víctima de la vergüenza y el dolor y el novio huiría de su lado horrorizado. Y la desdichada ama al hombre escogido por su padre, mientras el otro no fue más que un capricho para ella; la locura de un momento. Ahora la situación es esta: la muchacha, en el momento de dirigirse al altar, comprende que ha de confesarlo todo o se ha de quitar la vida para expiar la culpa, y en este dilema elige lo último, porque teme que no sería perdonada...». Yo la había oído muy atento, bien lejos de suponer que semejante historia pudiera referirse a ella. Era tanta la estima, tal la confianza que tenía en mi novia, que si alguien hubiera hecho nacer alguna sospecha en torno de ella, le habría quitado la vida sin vacilar. Y, por lo tanto, con mi franqueza acostumbrada le dije: «La joven eligió el camino que debía, porque no merecía perdón. Porque no engañó a su padre y a su novio por una de esas pasiones que llegan a perturbar al hombre

más honrado, obligándole a que lo olvide todo, sino que, como tú misma has dicho, amaba al hombre elegido por su padre y se entregó al libertino, al cazador de dotes por mero capricho, por una locura del momento, sin pensar siquiera en las consecuencias; ni siquiera la maternidad la salvó de la mentira hasta el último momento. Hizo muy bien, obró muy cuerdamente al quitarse la vida. La muerte es el olvido de todo; es el perdón; la redención...». «Tú piensas igual que yo, Jorge; gracias». Su voz en aquel instante me llegó a asustar. Pero entró el general y Lucinda le saltó al cuello con infantil alegría, y un momento después olvidaba yo la historia aquella, pareciéndome que a Lucinda le sucedía otro tanto; tal estaba de alegre y animada. Y así siguió los demás días. La mañana del día precedente al de nuestra boda, estaba acostado aún, cuando mi antigua cocinera se precipitó como un rayo en mi habitación:

—¡Don Jorge, don Jorge!

—¿Qué ocurre? —pregunté azorado—. ¿Se ha prendido fuego en la fábrica?
—No, señor, no; ¡pero qué desgracia! La señorita Lucinda...

Lancé un grito; de un brinco salté de la cama y, cogiendo de un brazo a la cocinera:

—¿Qué? ¿Qué le ha pasado a Lucinda? —balbucie con espanto.

—Le ha dado un accidente estando en el baño, como si hubiese muerto...

No quise oír más: me vestí volando, tomé el coche y en un momento estuve en casa del general.

Todo era allí desorden y confusión; nadie sabía explicarme lo ocurrido; todos estaban como atontados ante la inesperada catástrofe.

Subí tambaleando al gabinete de mi novia.

Y entré.

En la estancia de Lucinda vi a unos hombres vestidos de negro que hablaban en voz baja; pero no conocí a ninguno.

Me acerqué a la cama en que estaba la joven tendida, pálida e inmóvil, desfigurado el rostro y contraídos los labios.

Junto a ella, llamándola por su nombre, estaba su padre, más blanco que el cadáver mismo, encorvado como un viejo octogenario.

Al verme, y mirándome con ojos extraviados, me preguntó con un acento que jamás olvidaré:

—¿No está muerta, verdad? No, no —añadió—, los médicos se equivocan; Lucinda vive; en breve abrirá los ojos y nos sonreirá.

Sentía que el corazón se me rompía. Yo mismo no podía convencerme de que la bella y robusta joven que la noche antes me besó al despedirnos, diciéndome: «Hasta mañana», estuviese allí... delante de mí... cadáver.

No me detendré en hablarte de las horas desgarradoras, terribles, que pasé junto a aquel cuerpo inanimado, obligado a mostrarme fuerte para no aumentar la desesperación de aquel mísero padre que quería seguir a la tumba a su hija.

No sé qué frases pude encontrar para consolarle; pero seguramente pude lograrlo en parte, puesto que acabó por caer en mis brazos, repitiendo con nerviosa voz:

—¡Solo me quedas tú, hijo mío!

No dejé la villa del general hasta cuatro días después en que, enterrada Lucinda, su padre pareció algo más tranquilo.

—Mañana volveré —le dije— para que lloremos juntos.

Yo seguía preguntándome si era víctima de una alucinación; no podía darme cuenta de tan repentina muerte en aquellas circunstancias ocurrida.

Aparentemente, parecía que yo había sufrido poco, porque no había hecho demostración dramática alguna; no me había desmayado ante el cadáver, pero demostraba una gran tristeza y una piedad profunda en presencia de aquella joven adorada que había de compartir la vida conmigo y que tan de improviso me había sido arrebatada.

¡Pero qué dolor en mi alma ante la muerte de todas mis esperanzas y la pérdida de todas mis ilusiones!

Y, no obstante, ¡me estaba reservado aún más doloroso golpe! Al volver a la fábrica, que en aquellos días había estado al solo cargo de mi hermano, me entregaron mi correspondencia particular.

Entre las cartas había una de Lucinda que nunca olvidaré.

Me decía lo siguiente:

«Cuando recibas estas líneas habré muerto ya. Tú me has condenado a morir. Recuerda que al hablarte de aquella joven que había escogido la muerte porque temió que no sería perdonada, aprobaste su conducta diciendo que no era digna de perdón. Yo soy aquella desdichada que, adorando a mi padre y prometida contigo, me abandoné a un muchacho disoluto que, entre las caricias más ardientes, me confesó que el deseo de poseerme era obligar a mi padre a concederle mi mano y mi patrimonio, porque, pobre y calavera, no me habría otorgado su consentimiento para casarme con él.

El horror que experimenté ante declaración semejante fue menor que el odio que sentí por aquel hombre a quien por pasajera embriaguez tuve la cobardía de entregarme. Yo misma le rechacé y le escupí al rostro diciéndole que prefería morir mil veces antes que ser su esposa. Él, sin embargo, creía dominarme y conseguir su propósito amenazándome con revelar mi deshonra; me reí en su cara y le dije que a su primer intento me haría justicia con mis propias manos. Tuvo miedo, calló, devoró en secreto su rabia y no se atrevió a acudir al escándalo por no perder el empleo que tiene y la consideración de que goza en la sociedad...

¡Ah! ¡Si él hubiese sabido que me sentía madre por culpa suya! Pero no quise que lo supiera. Y entonces fue cuando vine a Turín y te conocí y te amé. Ni tú ni mi padre os disteis cuenta de mi estado; y cuando temí que se pudiera traslucir, me dirigí a casa de mi ama. Allí di a luz un niño que mi ama me juró cuidar y no ceder a otra persona que a mi padre.

A mi regreso a Turín, quise confesártelo todo, pero me faltó valor para hacerlo con la franqueza debida, y después de dar mil vueltas a mi imaginación, me decidí a pedir tu parecer respecto de una joven que se encontraba en situación análoga a la mía.

Usted mismo pronunció mi sentencia; me dijo usted que solo la muerte lo olvida, lo perdona y lo redime todo...

Y muero a fin de conseguir todo eso, pero todos creerán que he sido víctima de un accidente, no de un suicidio. Solo usted sabrá la verdad y le ayudará a soportarla, rogándole que tenga piedad de mi hijo. Y si mi padre no lo aceptara, a usted lo recomiendo».

Calcula tú el efecto que aquella carta me produjo: desesperación, cólera, dolor, amargura profunda y celos.

Y ahí tienes tú cómo aquel cuerpo encantador que solo una vez estreché tímidamente entre mis brazos, fue profanado por las caricias de otro hombre; cómo aquellos labios de los cuales creí recoger el primero y más puro de los besos, habían recibido los más impuros de lasciva boca.

Y me sujetaba la cabeza con las manos, temeroso de que estallara a impulso de la tempestad desencadenada en mi espíritu.

A veces me acusaba como único autor de la muerte de Lucinda, pero comprendía al punto que había obrado muy bien al hacerse justicia, porque yo no la podía perdonar.

Pero aquel pobre padre que vivió hasta entonces en el engaño, ilusionado como yo acerca de su hija, ante cuya tumba se inclinaba, ¿había de recibir como yo golpe tan rudo? ¿Habría podido sobrevivir

a la noticia del deshonor y suicidio de su hija? ¡Si hubiera podido vengarse al menos del seductor! Pero Lucinda ocultó el nombre y su condición. ¿Cómo averiguar quién era?

Estaba casi resuelto a callar y obrar por mí mismo, dejando al general que ignorara la más terrible de las verdades.

Pero la figura de la muerta se me apareció y pareció que me decía:

—No hice el sacrificio de mi vida para que mi hijo fuese desheredado. Tú que no tuviste piedad de la madre, tenla por el huérfano; solo tú puedes conseguir del abuelo su perdón.

¿Piedad de su madre? ¿Por qué había de tenerla? Si apenas la conocí Lucinda me hubiese abierto su corazón, seguramente habría yo sufrido y llorado; pero en mi llanto no habría habido ni amargura ni rencor; no me hubiera casado con ella; pero le habría infundido valor y aconsejado que viviera por su hijo y para obtener el perdón de su padre, como hubiera obtenido el mío.

Pero Lucinda esperó a herirme en el corazón cuando este le había sido consagrado después de una comedia de sentimientos y delicadezas, después de haberme conquistado con el encanto de sus besos y sus palabras y su aparente ingenuidad.

Ella me creía tal vez uno de esos hombres que cuando están enamorados pasan por encima de cualquier bajeza humana.

¡Cuánto se equivocaba! El sentido moral ha ejercido siempre pleno dominio sobre mi carácter; no encuentro excusa alguna para la traición y entiendo que la mujer que conscientemente hace sufrir a un hombre que ha puesto en ella toda la confianza, le hiere en sus sentimientos, le destruye la fe y aniquila su existencia moral, es altamente culpable e indigna de perdón.

—Soy de tu mismo parecer —interrumpió Emiliano.

IV

Hubo un momento de pausa. Emiliano lo aprovechó para ofrecer a su amigo una copa de Marsala.

—¿Te canso? —preguntó Jorge.

—No, no; te oigo con vivísimo interés; lo que temo es que te canses tú.

Jorge bebió la copa de vino y, mientras la colocaba encima de la mesa, le contestó:

—En cambio, este desahogo me sienta bien; me parece renacer. ¡Ah! Es un gran alivio, créelo, en caracteres como los nuestros, encontrar quien nos comprenda. Lo que te cuento ahora a ti, no podría referirlo ni lo referiré nunca a mi propio hermano, porque él tiene una idea extraña de la moral y no podría comprender la mía. Prosigo.

Después de unos días de interna lucha, sintiéndome más tranquilo, decidí obedecer a todo trance a los supremos deseos de la muerta.

El general, siempre tan dueño de sí, siempre tan fuerte, había llorado largamente en mis brazos como un niño. Decía siempre que no sabía qué hacer con la vida y meditaba probablemente el suicidio.

Aquel dolor me tenía atribulado y no sabía cómo entablar cuestión tan dolorosa como delicada cual la maternidad de Lucinda, cuando con una frase inesperada me puso en el camino de la revelación.

—¡Me hubiese quedado al menos algo de ella! Pero nada... ¡nada!... —dijo.

—Se equivoca usted, general —exclamé tranquilamente—. Quedó de ella la parte más vital: su hijo.

No olvidaré jamás la expresión que en aquel momento se reflejó en su semblante y su mirada. Parecía decirme: «¿Quién es el loco de los dos? ¿Tú o yo?».

Y después de un instante, agarrándome de un brazo, repuso:

—¿He comprendido bien lo que acabas de decir o soy un idiota? Me parece que has dicho: su hijo...

Hice con la cabeza un ademán afirmativo.

El general se levantó con ímpetu.

—Tú deliras. ¿Madre, Lucinda? ¿Qué dices? Contesta, contesta.

Recobraba su energía y resurgía terrible. Lo era su rostro, sus ademanes, sus palabras... Más me placía verle de este modo que triste y abatido.

—¡General! —le dije, sin bajar los ojos ante su mirada—. Su hija de usted me impuso la obligación de revelarles la verdad.

—¿Luego eres tú el culpable?

—¡Yo! ¡Yo!

Y me levanté ante él con tal altanería, mirándole con mi lealtad habitual, que el viejo tambaleó y cayó postrado en una butaca, balbuceando:

—Pero entonces...

—Perdóneme usted, general —dije, sentándome a su lado y tomándole una mano que temblaba y llevé respetuosamente a mis

labios—. Yo le habría evitado este dolor reservándolo todo para mí, a no haberme Lucinda obligado a ello.

—Habla, pues, habla —contestó con lúgubre acento—. ¿No ves que tu silencio es peor que la muerte?

Le hice entonces la narración que me hiciera Lucinda aquella noche, tal como ella me la hizo. Añadí que me hubiese parecido una ofensa grande la más simple sospecha de que pudiese ser ella la protagonista de semejante historia y cómo, sin titubear, pronuncié yo mismo la sentencia de la culpable. Le dije asimismo que solo después de su muerte averigüé la verdad por medio de la carta que en aquel momento le entregué.

El general, con la cabeza inclinada sobre el pecho, me estuvo oyendo sin decir palabra y sin hacer el más pequeño movimiento.

Y así permanecía cuando hube terminado, sin tomar la carta que le tendía. Creí haberle herido de muerte con mi narración y, asaltado de repentino remordimiento, le sacudí por un brazo, llamándole:

—¡General, general!

Levantó la cabeza y me miró. Su semblante me dio miedo; me pareció el de otro.

Y poco después, con voz sepulcral, me dijo:

—No temas, hijo mío; lo que acabas de referirme me ha producido como una disgregación de la materia; he sentido que se me iba la vida y habría sido mejor morir. Pero esa impresión pasó y ahora quiero vivir; dame la carta...

La recorrió dos veces con la mirada y murmuró:

—¡Pobre hija y pobre Jorge! Quién sabe cuánto sufrió al oír que la condenabas; pero yo habría contestado lo que tú y no debes tener ningún remordimiento por ello. Su padre te absuelve plenamente.

Me abrazó; pareció reanimarse y prosiguió:

—Somos muy idiotas; una muchacha hace de nosotros lo que quiere. ¿Quién hubiera podido sospechar de Lucinda, viéndola tan noble, tan arrogante, tan afecta a su padre? Ella no se amilanó ante el peligro de ser descubierta y en vísperas de ser madre. A no ser su propia confesión, lo ignoraríamos aún. Ahora comprendo sus visitas a su nodriza. Y yo, necio, la dejaba sola dos meses allí. Este fue mi yerro. Lucinda ha pagado el suyo con la vida, y la perdono; la perdono de todo corazón. ¿Y tú?

—¡Oh! Sí, general; también yo la perdono.

—Gracias, pero ahora debo yo expiar la culpa cometida. ¡Oh! No palidezcas; no temas; no me quiero matar; he de vivir por el niño. Pero quiero encontrar al seductor, al miserable que deshonró mis canas y ha empujado al sepulcro a la pobre víctima. ¿No crees que tengo razón?

—Sí, general; también lo pensé yo; pero Lucinda no ha dicho su nombre.

—Yo le encontraré: el ama lo debe de saber. Y si ella fue su cómplice, sabré castigarla. ¡Oh! ¡Lucinda mía, Lucinda mía!

Tuvo un momento de debilidad; se ocultó el rostro entre las manos y entre sus dedos se deslizaban copiosas lágrimas.

Pero no tardó en reponerse y una terrible calma sucedió a la tormenta que descompuso su espíritu.

—Jorge —me dijo lentamente—, mañana salgo de Turín y no me verás hasta estar los dos vengados.

—¿Me escribirá usted alguna vez al menos?

—No; sería inútil; harto sufriremos recordando un dolor que a todo trance debemos sofocar. Pero ocurra lo que ocurra, no olvides que te he perdonado y bendecido, como te ruego perdones y bendigas a la pobre muerta.

Yo lloraba.

—Le juro —murmuré— que no abandonaré nunca su sepulcro.

Me estrechó fuertemente contra su pecho y susurró:

—¡Gracias!

Pocos días después se iba. Han pasado seis años y nada más he sabido de él; su villa sigue cerrada, pero en la tumba de Lucinda no faltan las flores.

Pero desde entonces mi corazón se ha cerrado al amor; estoy más triste y áspero que nunca y hoy más que ayer tiemblo cuando veo la ligereza con que algunas mujeres se entregan al primer seductor que les sale al paso. Me tratan de bruto y de tirano; cuando quiero arrancarlas del vicio, unas se me ríen a la cara, otras me insultan. Así ocurrió con Nilotta y así ocurrirá con otras tantas. Las mujeres son monstruos...

—No tanto —interrumpió Emiliano, sonriendo—. ¿No quieres exceptuar a alguna, a tu cuñada siquiera?

Jorge se sonrojó ligeramente.

—Tienes razón —añadió—; pero Yolanda no es una mujer, es un ángel lleno de buen sentido, firmeza y valor.

—Así me parece y ahora me toca el turno. Voy a confiarte mi secreto como tú me has confiado el tuyo.

Y Emiliano empezó:

V

El día de la visita de Susetta a la fábrica de Naldi, Yolanda había regresado a su casa con las mejores disposiciones de ánimo respecto de su esposo. Por la mañana, antes de ir a casa de su madre, estuvo con su confesor, un dignísimo sacerdote a quien, conforme de niña le había manifestado sus primeras esperanzas, sus primeras ilusiones, pidiéndole consejo, nada le calló después de casada de cuanto le ocurría: sus luchas, sus batallas internas, el temor de que su esposo, cansado de verse rechazado y no creyendo en su malestar, acabase por olvidarla y buscar ajena distracción.

El buen sacerdote, con tono paternal, le hizo observar que, perdonando a su marido, según era su deber de mujer cristiana, había de procurar vencer la repugnancia que sentía al acercarse a él y quitar de su imaginación la idea de que la suicida quisiera interponerse entre ellos.

—Si cree usted en Dios, no tiene que prestar fe a semejantes alucinaciones que provienen del espíritu exaltado —añadió—. Los muertos duermen tranquilos debajo de la tierra y sus almas, estén en un lugar de premio o de castigo, no dejan su sitio para ir a turbar el sueño de los vivos. Aparte, pues, de usted idea semejante, hija mía, porque perjudica su salud y puede alterar la paz de la familia.

Y aquella mañana le había repetido los mismos consejos con honda severidad; de modo que Yolanda prometióle que procuraría vencer la penosa impresión y que trataría de olvidar.

—¡Ah! Si yo tuviese un hijo —dijo con conmovido acento—, creo que se me iría toda clase de miedo.

Y rogó a Dios que le concediera tan suprema dicha y fue a ver a su madre más alegre que de costumbre. Y después de haber pasado con ella un par de horas, salieron juntas en coche para volver a casa.

Rosa no le ocultó que Osvaldo había subido a la habitación para esperarla y que, viendo que no volvía, se impacientó y se fue con un humor endiablado.

—Estará en la fábrica —dijo Yolanda—. Mamá, ¿quieres que vayamos juntas a buscarle?

—Sí, hija, vamos.

Dirigiéronse a pie y le vieron desde lejos en el portal en ocasión en que ayudaba a una señora a subir a un coche, cerrar la portezuela y luego permanecer en la acera contemplando el carruaje hasta que hubose alejado.

Yolanda sintió un algo de celos; pero estaba con su madre y tuvo la prudencia de disimular. Sin embargo, no pudo menos de decir:

—¿Quién será esa dama?

—¿A mí me lo preguntas? —contestó la buena señora—. No pude verle el semblante.

—Ni yo. ¿Pero has visto qué figura tan elegante tiene? Es estupenda.

—No me he fijado.

En aquel entonces Osvaldo acababa de volverse, las vio y se dirigió hacia ellas. Y después de haber estrechado la mano a su suegra, dijo a su esposa:

—He ido a buscarte a casa de mamá, pero ya habíais salido.

—No te esperaba. Como no me lo dijiste... —respondió Yolanda, con conmovido acento.

Y Osvaldo se encogió de hombros, sonriendo.

—Pero no importa. De esta manera pude venir en seguida a la fábrica, donde me esperaban.

Yolanda sintió que se le oprimía el corazón.

—¿La señora que ayudaste a subir al coche? —dijo.

—¿La viste?

—Sí, y me pareció muy linda.

—¡Bellísima! ¡Encantadora! —exclamó Osvaldo como complaciéndose en torturar a la joven y verla palidecer—. Es una extranjera.

Yolanda tenía casi las lágrimas en los ojos.

—¿Qué quería de ti?

—Algunos detalles acerca de la fábrica.

—Ea; deja ese tono burlón —dijo la señora Falconi—. ¿No ves que haces sufrir a tu mujer?

Osvaldo soltó una carcajada.

—¿A ella?... Pregúntele, mamá, si le importa algo su esposo.

—¡Qué malo eres! —dijo Yolanda con sofocado acento.

Pero viendo que su madre la miraba con inquietud, sonrió, añadiendo:

—Lo hace expresamente para atormentarme. Osvaldo, ¿vamos a casa?

—Dentro de un rato; tengo que dar todavía algunas órdenes. ¿Mamá almuerza con nosotros?

—No, no puedo, porque no he advertido a papá; me quedaré mañana. Ahora acompaño de nuevo a Yolanda a casa y me voy.

—Hasta la vista, mamá.

Y se volvió a la fábrica precipitadamente.

Yolanda sufría; estaba irritada, aun cuando se esforzaba en sonreír.

—¿Has tenido alguna contrariedad con tu marido? —preguntó la señora Falconi, tomando el brazo de su hija.

—No, mamá; te lo aseguro —contestó la joven.

—Pero realmente no me gusta que gaste estas bromas. ¿A qué supones tú que iría aquella señora a la fábrica?

—Supongo que habrá ido enviada por algún corresponsal, tal vez por tu cuñado, para entregarle alguna carta importante concerniente a los negocios. No estando Jorge, la ha recibido Osvaldo.

El lindo rostro de Yolanda se serenó.

—Sí, sí, mamá; eso debe ser.

—¿Tienes celos acaso? Piensa que si Osvaldo casó lo hizo precisamente para ser feliz y llevar una vida metódica; no conviene que le exaltes. Si hubiese querido obrar de otra manera, se habría quedado soltero.

—Tienes razón, mamá; tú comprendes las cosas mejor que yo.

—Porque soy más vieja y tengo más experiencia —añadió la señora, riendo.

Durante el almuerzo, ni Osvaldo ni Yolanda hablaron de la visita de la extranjera y discurrieron tan solo de cosas fútiles e indiferentes.

Cuando Rosa hubo quitado la mesa y se hubo marchado, Yolanda se acercó a su marido e, inclinando su graciosa cabecita hacia la de él, le dijo cariñosamente:

—¿Vienes un poco a mi gabinete?

Osvaldo no se movió; la miró con frialdad.

—¿A qué? —exclamó.

Las mejillas de Yolanda se encendieron.

—A estar juntos y hablar...

—Podemos perfectamente hablar aquí —añadió Osvaldo, encendiendo un cigarro—. ¿Qué tienes que decirme?

Yolanda se dejó caer abandonada en una silla. Un temblor nervioso agitaba todo su ser.

—¡Qué malo eres hoy conmigo! —balbucie.

Osvaldo lanzó al techo una bocanada de humo.

—«Cuando un ídolo está roto —contestó irónicamente—, se tiran los pedazos con verdadero placer».

Yolanda sintió como una puñalada.

—¿Qué quieres decir con eso? No te entiendo. Parece que te diviertes haciendo enigmas.

Osvaldo soltó una estridente carcajada.

—«En este mundo el que no se consuela es porque no quiere; nada hay incurable, ni el verdadero amor» —declamó. Y añadió luego—: Esto lo escribiste tú y lo pusiste en práctica tú misma. ¿Con qué derecho querrías impedírmelo?

Entonces Yolanda comprendiólo todo y, saltándole al cuello, le dijo entre lágrimas y besos:

—Perdóname, perdóname; ¡ahora comprendo! Leiste aquellas frases en mi álbum y, tomándolas a mala parte, te has ofendido creyéndolas aplicables a nuestra situación... Pero te juro que te

equivocas; copié aquellas frases bien lejos de suponer que pudieran ser objeto de discusión entre nosotros.

Yolanda lloraba y sus lágrimas bañaron el rostro de su marido, que se sintió emocionado. Atrájola entre sus brazos sin que ella se opusiera; luego ella gritó y se desvaneció. La idea de que Osvaldo no la amase y pudiese faltarle y abandonarla, apartó de ella toda aprensión anterior y desvaneció los dolorosos recuerdos pasados y los fantasmas de su espíritu.

Osvaldo, encantado, transportóla a su propio gabinete. Él, a su vez, lo olvidaba también todo: las torturas de los días anteriores, sus arranques de cólera y hasta a la extranjera, que le había fanatizado. Todo desaparecía ante las lágrimas, los besos y el cariño de Yolanda.

—¿Me perdonas?, ¿me querrás siempre?, ¿crees en mí? —preguntaba la joven esposa.

—Sí, amada, adorada criatura, te creo —contestaba Osvaldo—. Quise bromear un rato y doy las gracias a Dios por haberlo hecho, puesto que vuelves a mí para siempre.

—¡Oh! Sí, para siempre, Osvaldo.

—¿No temes ya a la muerta?

Yolanda sintió un calofrío repentino, pero contestó:

—No, no; ya no me acuerdo de ella.

—¿Ves? Era preciso llegar a este extremo para comprender que tu conducta era incalificable. Si el primer día que te tuve en mis brazos te hubiese dicho, como te digo ahora, que no comprendo cómo una mujer joven y hermosa desempeña el papel de imbécil, nos habríamos evitado serios disgustos y habrías sido más juiciosa. Basta; ahora la paz queda sellada y espero que durará. ¿Sales esta tarde?

—No; y si me lo permites iré a encontrarte a la fábrica.

Osvaldo sonrió con aire de hombre mortificado.

—¿Crees que vas a sorprenderme con la lindísima extranjera?

—No, no, pero no bromees así; me haces daño. Prefiero que me digas quién es.

—Pero si ya te lo dije. Es una señora que ha venido de lejanas tierras para hablarme de negocios y a quien tal vez no vuelva a ver en mi vida. Y ahora con tu permiso me voy.

Y salió presuroso canturreando.

Yolanda quedó inquieta y pensativa. ¿Por qué le ocultó su marido el nombre de la extranjera? ¿De qué negocios se había encargado aquella señora? Deseosa de averiguarlo, confió sus ansias a Rosa.

—Vaya, esté usted tranquila; ¿qué teme usted? —le dijo Rosa—. Don Osvaldo está demasiado enamorado de usted para faltarle. Procure no atormentarse inútilmente y siga un consejo que le voy a dar: no le hable más, de lo contrario, acabará por disgustarle y sufrirán los dos sin motivo justificado.

Yolanda prometió seguir el consejo. Y, efectivamente, aquella noche se mostró alegre y graciosa por demás, tranquilizando a su esposo que, a su vez, no se mostró nunca tan tierno y cariñoso y no habló siquiera de salir de casa para pasar a su lado la velada.

Esto acabó de consolarla y al siguiente día no se acordaba ya de la extranjera.

Jorge regresó de su breve viaje y le pareció que Osvaldo había recobrado la alegría de sus buenos tiempos, lo cual le sirvió de gran satisfacción, porque aquel inesperado cambio que observara en él le mortificaba más por Yolanda que por él.

Pero cuando Jorge tuvo conocimiento, al llegar a la fábrica, de la visita de aquella extranjera, se sintió disgustado.

—¿Quién es? ¿La conoces? —preguntó a Osvaldo.

Este se puso rojo como un tomate
—No —contestó un tanto picado—. ¿Pero qué importa? Comprendí al punto que estaba tratando con una dama y no era cuestión de ser descortés con ella.

Jorge se encogió de hombros.

— Sin mostrarte descortés, podías haberle hecho observar que la regla de la fábrica prohíbe vender al por menor y que no hay excepciones en favor de nadie. Le dabas luego la dirección de uno de nuestros representantes y sanseacabó.

— Yo creí oportuno obrar de distinta manera y es inútil volver sobre el asunto...

— Vuelvo sobre el asunto porque desconfío de las extranjeras y no creo un ápice de que la hayan mandado aquí para comprar camisetas. Estoy convencidísimo de que la llevaba algún otro asunto misterioso...

— ¡Oh! Es natural; como tú eres enemigo de las mujeres, siempre sueñas aventuras peligrosas. Pero yo no abrigo tus temores.

— Y, sin embargo, tú que tienes mujer debieras de abrigarlos más que yo.

Osvaldo empezaba a enfadarse seriamente.

— Es decir, que ahora, porque tengo mujer, me estará prohibido levantar los ojos o hablar con otra; no soy un oso como tú.

— ¡Mejor sería! —replicó Jorge secamente—. Te ahorrarías disgustos y remordimientos.

Y entró en su despacho sin añadir palabra.

Osvaldo quedó un momento indeciso; después, moviendo la cabeza, dijo:

— Es mejor que no le haga caso; está nervioso.

Y se fue a dar una vuelta a los talleres.

Jorge se arrepintió de su comportamiento con Osvaldo. Verdad es que este había cometido una niñada, seducido por la hermosura de una mujer; pero tal vez la cosa no tendría consecuencias como él le había dicho. Por lo tanto, no había motivo para enfadarse tanto.

Y antes de volver a su casa para almorzar, entró en el despacho de su hermano, se sentó a su lado y le dijo con dulzura:

— ¿No estás enfadado conmigo? Estuve algo violento, pero no es mía la culpa.

Osvaldo sonreía de nuevo y le tendió la mano.

— Ya lo sé; es culpa de tus nervios, pero no lo tomé a despecho y lo he olvidado ya.

— Gracias, y ahora que estoy más tranquilo hablemos un rato juntos. ¿Cómo se llama la señora en cuestión?

— Te confieso que no me acuerdo ya —contestó con una falsa sonrisa Osvaldo—. Me dio su tarjeta, pero se me perdió. Solo puedo decirte que es viuda con una niña, que viene de París y que el mozo encargado de llevarle el paquete ha dicho que vive en una elegante villa, en los barrios nuevos, hacia la Villa de la Reina; no recuerdo la calle, ni me he ocupado de ella, porque pagó puntualmente y no nos debe nada. ¿Quieres saber más?

— No, gracias; me basta.

— Con seguridad que la extranjera esa turbó tu imaginación y fabricaste ya una novela de la cual soy el protagonista —exclamó Osvaldo—. En su lugar, no me acordé más de ella.

— Lo creo; perdóname.

Los dos hermanos volvieron a casa juntos y de alegrísimo humor, y Osvaldo quiso que Jorge se quedara a almorzar con él.

Yolanda hizo los honores de la casa con su sencillez y su gracia habituales y Jorge no advirtió en su frente nube alguna que pudiese hacerle sospechar alguna calaverada o infidelidad de su hermano.

Y con esto, también él olvidó a la extranjera y sus tristes presentimientos.

Jorge debía de ir aquella noche a casa de Emiliano para decirle si había descubierto el secreto de Yolanda, pero el industrial no había encontrado aún el momento de hablar a solas con la cuñada para preguntarle.

Jorge sabía ya que el conde había amado a Yolanda, pero con un amor puro como el de los ángeles y del cual no tuvo nunca conocimiento, por cuyo motivo no había de hacer sombra ni debía de molestar a nadie. Emiliano le había confiado al mismo tiempo cuanto concernía a la niña de Nilotta, que él habría querido adoptar y le había sido arrebatada por una dama desconocida cuyo nombre no le quiso decir la montañesa. Él estaba, sin embargo, persuadido de que la dama en cuestión era Yolanda. Y no pudiendo hacerlo él, había rogado a Jorge que procurara investigar la verdad.

Al anochecer, antes de dirigirse a casa de su amigo, Jorge estuvo en las habitaciones de su hermano y su cuñada con objeto de saludarles.

Osvaldo había salido y le recibieron Yolanda y la señora Falconi. Ambas damas estaban bordando en un mismo telar, pero, al entrar Jorge, dejaron la labor.

— Sigan ustedes —dijo dulcemente Jorge—, no quisiera molestar.

— No, no, al contrario; nos da usted una satisfacción —dijo Yolanda con rapidez.

Ella misma le ofreció una silla y excusó la ausencia de Osvaldo, que había tomado ya la costumbre de ausentarse todas las noches para ir a jugar, según decía, una partida con sus amigos.

— Sigue el ejemplo de mi marido —dijo sonriendo la señora Falconi — y mi hija, débil como yo, no ha sabido retenerle.

Jorge frunció el ceño:

— Osvaldo no tiene perdón —dijo—, porque no hay amistad ni distracción que equivalga al placer de la compañía de la esposa, y usted, mi querida cuñada, permítame que le diga que ha hecho mal, pero muy mal, en permitir tales ausencias.

— Es que no puedo ver a Osvaldo de malhumor ni quiero alterar la paz de la familia.

Al hablar así Yolanda hubiérase dicho que estaba muy tranquila; pero Jorge advirtió que sus labios temblaban y que su voz delataba una interna agitación.

Y sintió que el corazón se le oprimía, pero añadió casi severamente:

— Osvaldo no tendría motivo de estar malhumorado y precisamente por la paz de la familia entiendo que ciertos abusos se han de cortar desde un principio. El carácter de mi hermano necesita un freno y una mujer que, como usted ha demostrado tener tanta energía, debe tener firmeza en todas ocasiones. Si usted acepta con resignación que al año de matrimonio su marido la descuide así, no podrá tampoco oponerse cuando la abandone del todo para empezar de nuevo la vida ligera y despreocupada de antes.

— Lo que usted le dice, Jorge —exclamó la señora Falconi—, también se lo he hecho observar yo, porque me ha pasado lo que a ella. Solo Dios sabe cuánto sufrí y cuánto lloré en silencio mientras mi esposo pasaba las noches fuera de casa sin acordarse de mí. Afortunadamente mi Yolanda me consolaba.

— Y a mí me consuelas tú, mamita mía —contestó Yolanda con voz más firme—. Y trataba de imitarte, pero ahora que tú misma y usted, Jorge, me aconsejáis que no me muestre débil, tened la seguridad de que no lo seré.

Levantó la cabeza con altivez y fijó su mirada franca y leal en su cuñado, que le sonrió como muestra de aprobación.

— Así, así me gusta ver a usted —dijo Jorge—. Y tenga la seguridad de que Osvaldo se inclinará admirado ante su resuelta actitud y que se le irá el deseo de estar lejos de su esposa. Por lo demás, su madre de usted y yo estamos aquí para ayudarla.

Una graciosa sonrisa movió los labios de Yolanda.

— ¡Oh!, gracias, gracias —exclamó—, con el auxilio de ustedes, estoy segura de triunfar.

— Tanto más —añadió Jorge—, cuanto que Osvaldo tiene que agradecer arrodillado su generosidad... Y en este momento puedo hablarle con libertad, ¿no es cierto? Sólo un ángel como usted, Yolanda, podrá ocuparse en el porvenir de aquella niña.

Se interrumpió; la joven había palidecido y se mostraba altamente sorprendida.

— ¿De qué niña? —repitió.

Jorge estaba un tanto desconcertado, pero a pesar de ello exclamó resuelto:

— La de Nilotta.

Yolanda lanzó un grito.

— ¿Cree usted que yo sé su paradero? —exclamó agitada—. No, no; desengáñese. Dios no quiso oír mis ruegos; cuantas pesquisas hicimos mi madre y yo para encontrar las huellas de aquella niña, resultaron infructuosas.

Yolanda hablaba con sinceridad y las indagadoras miradas de Jorge, que se fijaban en el hermoso semblante de su cuñada, le aseguraban que esta decía la verdad.

— Sí, la creo —le dijo Jorge, después de un corto silencio—, pero es raro; ¿a qué manos habrá ido a parar la pobre criatura?

— ¿Supo usted algo de ella? —preguntó Yolanda, con acento casi suplicante—. Díganoslo, se lo ruego.

Entonces Jorge creyó oportuno el manifestarles que el conde Emiliano, apiadado de la muerte de Nilotta, a quien en vano tratara de salvar y conduciría por el sendero del bien, se ocupó secretamente de su niña, pues solo a él le dijo la joven dónde la había dejado.

— ¿Por qué no nos lo dijo el conde? —interrumpió Yolanda, con afán.

— Porque no se creía con derecho a quebrantar el secreto de la pobre muerta. Y no lo habría quebrantado tampoco conmigo, que soy su amigo del alma, sin una circunstancia singular.

Y refirió lo de la carta que de la madre de Nilotta recibiera el conde, en la que le comunicaba que había entregado la niña a otra persona y le devolvía el dinero que Emiliano le había mandado para su manutención.

Añadió que Emiliano se marchó en seguida en busca de la montañesa para obtener de la misma una explicación; pero la madre de Nilotta no le dijo el nombre de la persona a quien había entregado la nieta. Sólo le manifestó que la tal persona era la verdadera dueña de la criatura. Sólo a las vivas instancias del conde contestole que se trataba de una señora joven, hermosa y rica que dio palabra de hacer rica y feliz a la pobre criatura.

— Y el conde pensó en usted, mi querida cuñada, fundándose en su bondad y en su corazón generoso —concluyó Jorge—, pero no atreviéndose a pedirle cuenta él mismo de la niña, me confió a mí el delicado encargo que le prometí cumplir con mi habitual franqueza para ponerle en antecedentes de cuanto yo supiera acerca de este asunto.

Yolanda le escuchó con la mayor atención.

— Yo creo haber encontrado el hilo de la trama —dijo la señora Falconi—. Se ha dado más de una vez el caso de que alguna señora ha tenido necesidad de un niño cualquiera para engañar a alguien con quien está ligada por vínculos de interés y no ha reparado en gastos ni sacrificios para obtenerlo. Figuraos, por ejemplo, que una madre que solo lo es de nombre tiene una niña, heredera única de una fortuna colosal y que por enfermedad u otra causa cualquiera no puede tener más hijos. Muere la niña y con ella desaparecería la herencia. Ahora bien: si aquella madre de nombre encontrara otra niña con quien reemplazarla, labraría su fortuna y la de la tierna incógnita. Puede darse el caso de que haya ocurrido una cosa análoga; que la dama joven y hermosa supiera por conducto de la montañesa la historia de aquella niña no reconocida y que conviniendo esta a sus intereses propusiera a la vieja su cesión mediante una fuerte suma. Y la montañesa aceptaría sabiendo que con ello labraba la fortuna de su nieta.

Jorge y Yolanda cambiaron una mirada. Ni uno ni otra eran del parecer de la buena señora, pero ambos supieron disimular.

— Sí, bien pudiera ser así —dijo Yolanda.

— De todos modos —añadió Jorge—, ahora que Emiliano y yo sabemos que la niña no está en sus manos, practicaremos nuevas diligencias para encontrarla y si no lo conseguimos obligaremos a la vieja a ser explícita.

— Si ha prometido que no hablaría, no hablará —observó Yolanda—. Tenga usted en cuenta que aquella madre no dio señales de vida ni cuando su hija se suicidó y es que habría jurado que no se presentaría para no revelar que la niña estaba bajo su custodia. En aquella raza hay temperamentos obstinados; nadie consigue arrancar los secretos de su alma.

— Creo que tiene usted razón —exclamó Jorge.

Y transcurría el tiempo sin que Osvaldo regresara ni el industrial se acordara de su amigo.

Llegó el coche de la señora Falconi, y Jorge se levantó para marcharse.

— Si usted me lo permite, la acompañaré hasta su casa —dijo a la buena señora.

— Será un placer para mí —contestó esta—. Yolanda, mañana volveré.

Yolanda sonrió y la besó.

— Verás, querida mamá, cómo encontrarás a Osvaldo al lado mío — dijo.

Y tendiendo la mano a Jorge:

— Usted fue siempre el ángel guardián de su hermano y sigue siéndolo aún. ¿No es cierto?

— Sí —contestó Jorge, teniendo en la suya la mano de su cuñada—. Pero a usted corresponde dominarle, para que no se aparte del buen camino. ¿Me lo promete usted?

Yolanda alzó los ojos, que se cruzaron con los suyos.

— Sí —contestó con firme acento—, si mi madre y usted están a mi lado para infundirme valor. Es extraño lo que me ocurre, Jorge. Hasta hoy le tuve a usted miedo.

— ¿A mí? ¿Por qué motivo?

— Porque Osvaldo me tenía dicho que era usted muy severo y muy áspero, sobre todo con las mujeres.

— Sí; con las mujeres que no comprenden su misión y su deber y se dejan vencer por la debilidad, y son, sobre todo, falsas y engañadoras. Pero usted no pertenece a esas, Yolanda, por consiguiente no tiene que temerme, sino que ha de considerarme

como un hermano que ha sufrido mucho y tiene necesidad de creer aún en la bondad y en la virtud de alguien. Buenas noches, Yolanda.

— Buenas noches, Jorge; buenas noches, mamá.

Salieron ambos acompañados por Rosa y Yolanda que, una vez estuvo sola, se dejó caer en una butaca.

Ahora que no la veían, la joven no ocultaba sus lágrimas y suspiros.

¿Dónde estaría Osvaldo a aquellas horas? ¿Qué haría? ¿No se acordaba de su mujer que le aguardaba ansiosa y lejos de él sufría? ¿No bastaba haberle perdonado su traición y mostrarse con él buena, amable y cariñosa? ¿Y había de soportar que la olvidara así?

Un relámpago pasó por sus ojos y levantando la cabeza con aire de reto, dijo:

— No; esto no puede continuar. Jorge tiene razón; si me mostrara débil, acabaría por abandonarme. ¡Ah! ¿Por qué Osvaldo no se parecerá a su hermano? ¡Y pensar que le tuve miedo a Jorge y le encontraba feo! ¡Qué estúpida era yo de niña!

Suspiró, y como viera entrar a Rosa, se restregó los ojos para que no conociera que había llorado.

VI

Susetta compró la villa de las Rosas; el constructor la tuvo en venta más de un año. No encontraba comprador por la enormidad del precio en relación con lo reducido de las habitaciones. Porque la villa de las Rosas, que constaba de planta baja y un solo piso con un balcón y una azotea que en primavera se cubrían de lindas rosas, no contenía más que diez habitaciones algo reducidas. Pero tenía un jardín lindísimo y amplio y un pabelloncito donde pasar las horas de la tarde, y era tan fresca y tan elegante, que la joven quedó encantada y pagó sin vacilar el precio que le pidieron.

Además de su fiel Malí, Susetta tenía consigo una cocinera francesa que la quería mucho; el antiguo criado y cochero de su pobre padre adoptivo que le tenía el mismo afecto y la veneración que nutriera por su amo, y le pidió que le llevara consigo, aunque este le dejó una rentita para que pudiera vivir sin trabajar, y un criado joven aún que había sido uno de los agentes más hábiles de Plumet y a quien había amado como a un hijo, porque el pobre era un hospiciano y no tenía familia. Este agente, llamado René, al intentar un día salvar a un niño que estaba a punto de ser atropellado por un ómnibus, fue derribado por este, que le trituró el brazo izquierdo y hubo necesidad de amputárselo.

Le fue sustituido por un brazo artificial tan perfectamente construido, que habría engañado al ojo más experto; pero no pudo ya prestar servicio. El jefe de policía le tomó consigo y después de

su muerte le ofreció Susetta tenerle con ella. René aceptó agradecido, pues habría dado la vida por la hija de su principal.

La joven se hallaba, por lo tanto, rodeada de corazones fieles y devotos, de personas a las cuales podía confiarse sin temor alguno, segura de que antes se dejarían matar que hacerle la más pequeña traición.

Susetta hizo amueblar la villa con verdadero gusto artístico, y solo cuando lo tuvo todo en orden encargó a René que se enterara de dónde se encontraba la fábrica de los Naldi y de las costumbres de Osvaldo.

Mientras, ideó su plan para presentarse al joven industrial y obtuvo aquel el mejor éxito.

Cuando Susetta regresó a su casa, se dijo que tenía a Osvaldo en su poder. Había comprendido el efecto que causó al joven, y su alegría no tenía límites.

— ¡Ah! —pensaba—. ¡Si supiera cuánto odio acumulé en mi alma por él, que engañó y traicionó a mi pobre hermana! ¿Es justo que sea feliz cuando Nilotta ha muerto y su hija no lleva el nombre de su padre? Se diría que Nené comprendió con quién se las había cuando no quiso darle un beso. Muy bien, Nené; muy bien.

Susetta se preparó para recibir al industrial, porque estaba convencida de que iría a visitarla. Pero le llevaron inmediatamente la mercancía, sin presentarle la factura, y pasó una semana sin que Osvaldo fuera a cobrarla.

Susetta no acertaba a explicárselo.

— ¿Me habré torpemente ilusionado? —pensó.

Todos los días salía con la niña en coche, pero el tiempo era pésimo y a causa del frío había de tener cerrados los cristales, por lo que nadie podía verla ni ella podía distinguir a nadie.

Susetta hallábase una tarde en un saloncito de la planta baja jugando con la pequeña y hablando con Malí, cuando entró René diciéndole con maliciosa sonrisa:

— Señora: he visto al dueño de la fábrica Naldi delante de la puerta de casa. Sin duda no se atreve a presentarse.

Susetta sintió que el corazón le latía con violencia.

— Espera; yo haré que se decida —exclamó.

Subió al primer piso y fue a abrir el balcón.

René había acertado. Osvaldo estaba parado entonces ante la villa, como si la estuviera examinando. Al ver a la dama, saludó profundamente y ella se fingió sorprendida.

— ¿Viene usted a mi casa? —le preguntó.

— Si usted me lo permite...

— ¡Cómo no! Hace muchos días que le aguardo; usted perdone.

Se retiró del balcón a fin de dar las oportunas órdenes para que fuesen a abrirle, pues la villa no tenía portero y la puerta estaba siempre cerrada.

Osvaldo fue introducido en un saloncito que era un modelo de elegancia y buen gusto. Todo en él respiraba un encanto voluptuoso y demostraba el capricho original y exquisito de la dueña.

Susetta no tardó en presentarse y parecióle a Osvaldo más hermosa con su sencilla bata que le modelaba las formas admirablemente, que con el traje de calle.

La joven había en verdad nacido para ser una de las reinas de los salones ante las cuales se inclinaban todos, y cuya gracia y soberbia serenidad saben, al par que infundir respeto, despertar las pasiones más violentas.

Tendió a Osvaldo su blanca mano, diciéndole con sonrisa encantadora:

— Hoy mismo iba a mandar a la fábrica a pagar mi cuenta, convencida de que se le había a usted olvidado.

— La deuda, sí —contestó con desenvoltura el industrial, mirando con sus ojos magnéticos el lindo rostro de Susetta—, pero no olvidé que me había usted autorizado para venir a preguntar si estaba satisfecha de sus compras y ponerme a su disposición para cuanto pudiera ocurrir en Turín.

— Gracias; acepto de corazón, porque hace tiempo me ausenté y casi no conozco a nadie Teneis parientes lejanos que viven en el campo Sin embargo, mi abogado y mi notario me dieron distinguidas cartas de recomendación para algunos de sus colegas de aquí y pienso utilizarlas uno de estos días Una de ellas es para el abogado señor Ranieri.

— Le conozco —interrumpió el industrial—, porque tiene en su despacho a uno de mis íntimos amigos: el conde Emiliano de Turín.

Susetta se estremeció ligeramente.

¿Sería el conde aquel el mismo a quien su madre creía padre de la pequeña Nellina o Nené o Noris, como Susetta la llamaba?

¿Y el amigo aquel había desempeñado su cometido de acuerdo con Osvaldo, o este había tomado en préstamo el nombre del amigo para acercarse a la niña?

De todas maneras estaba más que nunca decidida a conocer al conde Emiliano.

Osvaldo se dio cuenta del estremecimiento de Susetta y le preguntó vivamente:

— ¿Conoce usted al conde?

La sonrisa más graciosa se dibujó en los labios de la joven.

— Personalmente, no —respondió—, pero su nombre no me es desconocido. No obstante, me parece haber oído decir que los De Turín eran muy ricos.

— Hace muchos años; cuando ni usted, condesa, ni yo habíamos nacido, el conde De Turín, padre de Emiliano, era uno de los más ricos propietarios del Piamonte, pero gastó toda su fortuna por la unidad de la patria y no le quedó al hijo más que una mezquina renta y lo que más adelante le produzca su profesión. Esto, no obstante, Emiliano vive filosóficamente resignado y lleva de tan digna manera su nombre, que todo el mundo le quiere, tiene abiertas todas las puertas de la alta sociedad y si quisiera podría casarse con la más rica de nuestras jóvenes aristocráticas.

— ¿Y no quiere? —preguntó Susetta, con acento extraño, con mezcla de ironía y desdén.

Pero Osvaldo, a pesar de su fuerza intuitiva, no se apercibió.

— No —contestó—, porque tiene sus ideas peculiares sobre el amor y el matrimonio. Dice que no casará nunca con una mujer por dinero, porque aun amándola no habían de creer en su desinterés y no desea imponer sacrificio alguno a una joven de modesta posición, porque no tiene medios bastantes para mantenerla cual conviene a su nombre.

Susetta se echó a reír.

— ¿Y usted presta crédito a su originalidad? —dijo, casi alegremente —. Algunas veces se acude al recurso de ellos para que se les distinga más. En fin, ya hemos hablado lo bastante de él. Dígame usted algo del abogado señor Ranieri.

Osvaldo estaba algo asombrado de la hostilidad que la viuda demostraba por Emiliano, a quien decía no conocer; pero pensó que era debido a antiguas rencillas de familia; que sus padres debieron de haberse conocido y por un motivo que los hijos desconocían les hablarían mal de ellos. Se alegró, pues, de mudar de conversación y

a la pregunta de Susetta contestó vivamente.
—El abogado señor Ranieri es una persona conocidísima y muy estimada en la alta sociedad; su mujer está emparentada con distintas y nobles familias piamontesas, y si él la presenta y usted lo desea, podrá tener en breve numerosas relaciones.

—Ya veremos —dijo ella, con singular tristeza, dando languidez a su mirada—. Verdad es que con mi vida aislada no consigo otra cosa que aumentar mi tristeza y recordar mis dolores, que tendría menester de dar al olvido.

Había apoyado la cabeza en el respaldo de la butaca y de sus párpados cerrados brotaron algunas lágrimas que conmovieron a Osvaldo.

—Nada puedo hacer por usted, condesa —dijo—. Me conoce usted tan poco, que no puede tener confianza en mí. Pero si necesitara un corazón devoto y a todo dispuesto, con tal de verla alegre y consolada, disponga usted de mí. Me tendré por muy feliz con que me acepte como esclavo dispuesto a dedicarme a usted en absoluto.

Susetta había levantado los párpados y, mirándole con los ojos húmedos, sonrió.

—Mucho corre usted —exclamó—. Y me hace tales ofrecimientos, que de aceptarlos le pondría en grave aprieto. Ante todo, no es usted libre.

Osvaldo enrojeció pensando en Yolanda.

—Es verdad —contestó—, pero aun consagrándole una parte de mis días y mis noches no cometería ninguna infidelidad a mi mujer. Ella está ocupada con su madre y sus visitas.

—Pero si supiese que usted está atareado con una extranjera, seguramente no le gustaría.

—Cuando la extranjera ocupa la posición de usted y es estimada y respetada de todos, no puede darle ningún cuidado, sino el deseo de

conocerla.

—¿Me presentaría usted a ella?

—Cuando usted quiera —contestó con rapidez Osvaldo. Y su acento era sincero.

Susetta volvió a sonreír.

—Está bien; se lo recordaré en el momento oportuno —dijo—, y dispense usted que le haya entretenido tanto rato. Dígame usted cuánto le debo, pues me interesa pagar la cuenta cuanto antes.

—Se lo diré otro día y esto me proporcionará el placer de verla una vez más.

—Puede usted venir cuando guste, pero, por el momento, exijo absolutamente que me diga cuánto debo.

Ante el acento severo con que dijo estas palabras y la expresión de seriedad que adquirió su rostro, Osvaldo no tuvo más remedio que obedecer.

Antes de separarse, Susetta le pidió noticias teatrales y supo por Osvaldo que aquella noche se cantaba en el Regio la primera de Traviata.

—Ha hecho usted bien en decírmelo —exclamó Susetta—. Iré, porque adoro la música italiana y especialmente la de Verdi.

La mirada de la joven era de nuevo viva, radiante su sonrisa y dulcísima su voz.

Osvaldo la devoraba con los ojos y salió de aquella casa con la cabeza ardiendo.

Durante la comida se abstuvo mucho de hablar de la función del Regio, y Yolanda no supo nada. Osvaldo fue, pero Susetta no asistió. Y en lugar de la velada feliz que se había prometido, Osvaldo pasó unas cuantas horas de fiebre esperando a la dama.

A la mañana siguiente fue a pedir noticias de la condesa. Malí le dijo que había salido con la niña, y estuvo paseando por la calle durante una hora larga esperando verla volver, pero al fin hubo de marcharse, porque Susetta no comparecía. A la noche asistió al teatro Carignano, donde había también una primera representación, pero tampoco la vio.

Después de una semana, Osvaldo volvió a visitarla. La joven le acogió con la misma amabilidad, pero teniéndole a distancia y como temerosa en algunos momentos de estar a solas con él. Y como el industrial, que ya no era dueño de sí, se atrevió a hacerle una declaración, mirándola con ojos llenos de amor, Susetta palideció, se hizo de hielo y, llamando con el timbre a Malí, que se presentó en seguida, le dijo:

—Tráeme a Noris.

Y cuando tuvo a la niña en sus rodillas y la doncella se hubo retirado, entonces fue cuando dirigió la palabra a Osvaldo, que estaba desconcertado.

—El amor no existe ya para mí —dijo con tono glacial—, ni yo soy mujer a quien se consiga seducir como usted seguramente se propone. Toda mi felicidad la concentro actualmente en mi única hija, y si hubiera de entregarme a un hombre, habría de ser ciertamente uno que pudiera ser padre de mi criatura y vivir eternamente ligado con nosotras.

Osvaldo estaba convencidísimo de que aquella lindísima viuda soñaba aún con el matrimonio. ¡Ah! ¿Por qué no era libre? ¿Por qué se precipitó de tal manera? Ante las palabras de Susetta quedó mudo y humillado.

Susetta recobró su sonrisa.

—Ea; no esté usted enfadado conmigo —dijo—, y siga usted siendo amigo mío. Fue usted el primero que conocí en Turín y su amistad la tengo en mucho. Pero hablemos de otra cosa. ¿Sabe usted que he

conocido al abogado Ranieri y a su esposa? Como llevaba para él una expresiva carta de recomendación, me recibieron con una cordialidad y una franqueza indescriptibles. El abogado se puso inmediatamente a mi disposición y su señora me rogó que la tratara como a una amiga. No le oculté que le había conocido a usted y me habló de su esposa con entusiasmo.

—¿Y de mí?

Dueña absoluta ya de sí misma, Susetta se echó a reír y, con una gracia casi ingenua, le dijo:

—Esto me lo callo. Pero sepa usted que la semana próxima el señor Ranieri dará una velada en su casa en honor mío para presentarme a la sociedad turinesa, y seguramente le invitarán a usted y a su esposa.

—No faltaremos.

Y Osvaldo tendió una mano para acariciar a la niña, que le miraba seria y silenciosa con aquellos ojos azules que eran la admiración del conde Emiliano; pero apenas la tocó, Noris lanzó un grito, al parecer de miedo, y apeándose de las rodillas de Susetta echó a correr y salió del salón.

—Se ve que realmente no simpatizo con su hija —observó Osvaldo, con una falsa sonrisa—. Y sin embargo habría querido conquistarla, porque me gusta inmensamente. En la vida he visto criatura más hermosa.

—Gracias en su nombre. ¿Le gustan a usted mucho los niños?

—Los adoro.

—¡Qué lástima que no los tenga usted!

Osvaldo no contestó. Estaba pensativo.

Susetta mudó de conversación, pero no consiguió distraerle, y cuando salió de su casa Osvaldo sentía una gran depresión de

ánimo.

«¿Me voy a volver loco por esa francesa?», pensaba.

Era imposible que a Yolanda le pasara desapercibido el cambio operado en él. Esto le ocurría la noche siguiente a la del coloquio que tuvo su mujer con Jorge y su propia madre.

Osvaldo volvió a su casa sobre la medianoche y encontró a su esposa en el saloncito que dividía las dos habitaciones. Yolanda leía a la luz de una lámpara y, vestida de blanco, con una palidez mortal en el semblante, parecía una visión celestial.

Pero Osvaldo se sintió mortificado al encontrarla allí.

—¿Cómo no estás acostada? —preguntó, acercándosele y procurando sonreír.

Yolanda dejó tranquilamente el libro y, alzando la vista, que fijó en su esposo, le contestó con calma:

—Te aguardaba; quería saber a qué hora volvías.

La respuesta le contrarió.

—Dejando aparte que no tengo necesidad de dar cuenta a nadie —contestó—, no me parece una hora censurable. ¿Pretendes tal vez que de noche no salga de casa?

—No pretendo esto —contestó Yolanda, sin perder la serenidad—, aunque tu deber sería el de estar a mi lado. Sal cuando quieras; pero te advierto que de hoy en adelante saldré contigo.

—¡Con qué tono lo dices! ¿Te burlas, verdad?

—¿Lo crees así? Pues te equivocas; no tengo ganas de bromas y no hago más que usar de uno de mis derechos.

—¿Uno de tus derechos? ¿Quién te ha enseñado esas palabras? Has de saber y entender que la esposa no tiene derecho alguno de

molestar al esposo cuando este va a sus negocios o en busca de sus amigos.

—Según tú, pues, la mujer se ha de quedar en casa todas las noches porque a su esposo no le place llevarla consigo —exclamó Yolanda, animándose y con los ojos encendidos—. ¿Y es así como cumples el juramento que me hiciste ante el altar de dedicarte por entero a mí y hacerme feliz y dichosa? Pero que te conste que yo no soy como mi madre, que se resigna a su papel de esclava; yo me rebelo, ¿lo entiendes?, me rebelo contra ti. No quiero al año de matrimonio verme de esta manera abandonada. O me llevarás contigo o buscaré a otros para que me conduzcan a donde vayas tú.

Osvaldo oía a su mujer, pero la oía asombrado, irritado, ofendido en su orgullo, en su autoridad. Le parecía imposible que fuese su esposa quien así le hablaba, y acercándose a ella le dijo:

—Dime la verdad: ¿ha venido alguien que te ha puesto en la cabeza esas ideas de rebelión? Porque a ti no se te habría ocurrido nunca la intención de ofenderme.

—¿Llamas ofensa al hecho de pedirte que te ocupes un poco más de mí? —prorrumpió Yolanda, amargamente—. ¿Hay acaso necesidad de que me hagan observar que vivo sacrificada y abandonada de ti? ¿No lo ven todos y no debo verlo yo? Sí; tu extraño comportamiento data del día de la visita de la extranjera.

—Calla —interrumpió impetuosamente Osvaldo—. Insultas a una dama digna del mayor respeto y de quien nada tienes que temer.

—¿Por qué ocultas, pues, su nombre y no hablas de las relaciones habidas entre vosotros?

Osvaldo se mordió los labios.

—Entre nosotros —dijo— no hubo más que sencillas relaciones de conveniencia mercantil. Y en cuanto a su nombre, lo sabrás más pronto de lo que supones, porque te la presentaré en una velada que la señora de Ranieri prepara en honor suyo.

Yolanda se emocionó, mirando sorprendida a su esposo.

—¿La señora de Ranieri la conoce?

—Sí; son amigas íntimas y, como tú comprenderás, la esposa del abogado no otorgaría su amistad a una aventurera como la crees tú.

—Yo no creo nada y por este lado tal vez estoy equivocada, pero esto no explica el abandono en que me tienes. Si no es ella, será otra la que te tendrá constantemente ocupado. Tu pasado no es para mí segura garantía de tu porvenir.

El semblante de Osvaldo se descompuso y con acento de rabia, como fuera de sí, exclamó:

—Deja en paz mi pasado y no me atormentes más. Yo seguiré saliendo y si tú no quieres estarte en casa, haz lo que yo; sal, que poco me importa.

—¿Es esta tu última palabra, tu decisión? —dijo Yolanda, levantándose airada delante de él.

Osvaldo no reflexionaba ya ni escrutó la emoción de aquel divino rostro.

—Sí —contestó con rabia.

El modo de alentar de la joven demostraba cuánto sufría, pero sus ojos permanecieron secos y su rostro aparentemente tranquilo.

—Muy bien —dijo con acento firme y resuelto—. Ahora sabré lo que he de hacer.

Pasó por delante para ir a su habitación, entró en ella y echó la llave.

Osvaldo estuvo un momento indeciso y abrió los labios para llamarla; pero luego, alzando los hombros con impaciencia, murmuró:

—No he de aparentar debilidad; de lo contrario, perdería mi libertad y tendría que pasar la noche pegado a sus faldas. ¡Cuán fastidiosas son las mujeres! Susetta es realmente una excepción. ¡Ah! ¡Si pudiese llegar a conquistarla, qué triunfo el mío!

Y sin acordarse más de su esposa, sin preguntarse si con sus palabras y sus modales le había destrozado el corazón, se fue tranquilamente a la cama, soñando con la bella extranjera, que desde ahora era la única imagen que se imponía a su pensamiento.

VII

Cinta la morena, la gitana, tenía su nido habitual en un mísero figón que estaba a cargo de una viuda que frisaría en los cincuenta años; una individua que había ejercido toda clase de oficios y era de gran utilidad para la policía, pues a pesar de sus ideas socialistas o anarquistas, y aunque decía pestes de la monarquía y fingía odio contra los agentes de la autoridad para conquistarse la confianza de sus clientes, obreros casi todos, era un verdadero miembro de la secreta.

Las horas que a la obrera le quedaban libres, especialmente de noche, empleábalas Cinta en ayudar a la Soldadona, que así llamaban a la viuda por sus rudos y groseros modales y su facha varonil, en servir a la parroquia, limpiar la vajilla y entretener a los obreros, a cambio de alojamiento y manutención, que consistía en una sucia y pequeña habitación debajo de la escalera, donde no había otros muebles que un jergón y un baúl.

Pero la muchacha se encontraba allí sola, libre de preocupaciones, y contenta y satisfecha como si su lúgubre estancia fuese la más linda del mundo.

Más de uno de los obreros solteros de la fábrica habría tomado gustoso por amante a la doncella, pero Cinta, al par que bromeaba con todos, se ruborizaba cuando oía ciertas frases y si alguno se permitía alargar la mano, era capaz de soltarle una bofetada y su rostro adquiría la expresión de un gato salvaje; sus ojos brillaban de

un modo feroz y enseñaba los dientes agudos y blancos que destacaban entre sus labios purpurinos.

—Las patas a su sitio —decía—, o no respondo de mí. No soy carne para vosotros; para que lo sepáis.

—Te enorgulleces de odiar a los ricos y seguramente andas a la caza de alguno.

Cinta les miraba con aire de fría crueldad, de desprecio casi.

—¿Por qué no? —contestaba—. Cada uno se venga como puede. Entre vosotros los hay que arrancarían los intestinos a un hombre para robarle; yo me hago dueña de él y consigo que la víctima me dé las gracias por haberla robado sin hacer sangre.

Los obreros se reían y se burlaban de ella.

—¿Luego sueñas con riquezas, Cinta?

—Es el sueño de todas las muchachas como yo, que no conocen escrúpulos de ningún género y saben que han de gustar —añadía—. Por lo demás, no he de dar cuenta de mis actos a nadie.

Cinta decía la verdad; no había conocido a sus padres: tenía dos años cuando la recogieron entre un montón de inmundicia disputando a un perro los restos de una comida. Fue recogida y la habrían encerrado en un hospicio si una buena mujer que no tenía hijos no se hubiese prestado a cuidar de ella. Diole por nombre Cinta, en memoria de una nietecita que se le murió, y procuró criarla lo mejor que pudo, temerosa, sin embargo, del carácter rebelde de la muchacha.

Cinta debía de ser hija de vagabundos, porque gustaba de la vida libre de la calle y desde niña huía de casa y vagaba todo el día en unión de otros muchachos, insensible a las riñas y a las palizas que le propinaban al regresar a casa.

La mandaron a la escuela y era tal la afición que a leer y escribir tenía, que creyeron que su carácter se habría modificado.

Permaneció firme y dócil entre sus compañeras, pero en cuanto hubo terminado la enseñanza elemental, dijo que no quería aprender más y volvió a vagabundear por las calles.

Su madre adoptiva estaba harta de ella y por medio de recomendaciones la hizo encerrar en una casa de corrección. Estuvo allí tres años aprendiendo a trabajar, pero su naturaleza rebelde se hizo más áspera aun, y cansada de los castigos a que de continuo era sometida, rompió un día una copa y con uno de los pedazos se hirió en la sien izquierda, causándose una herida que estuvo a punto de ocasionarle la muerte. Tenía entonces catorce años. Fue llevada a la enfermería, donde se la cuidó, y comoquiera que una vez curada parecía más tranquila, se la dejó unos días allí para que se repusiera de la debilidad ocasionada por la pérdida de sangre y se disminuyó la vigilancia que en torno de ella se ejercía.

Esto bastó.

Cinta consiguió huir del asilo y no dejar huellas de su paso. Entró de criada en una hacienda y estuvo allí dos años, durante los cuales su figura sufrió una transformación. Porque cuando entró en ella era pequeña y algo encorvada; parecía una mona, incapaz de resistir un trabajo algo pesado, y de pronto la fea crisálida se convirtió en espléndida mariposa. Había crecido bastante, su cuerpo se hizo esbelto, las líneas fisonómicas adquirieron cierta finura y sus ojos brillo, y a pesar de la expresión salvaje y agitanada del conjunto, podía decirse, y era cierto, que era una linda muchacha. Y no dejaba de ser bastante instruida, porque con su afición desmedida a la lectura, cuando podía conseguir un libro, y si era una novela mejor, lo ocultaba como si fuese un tesoro y lo devoraba durante la noche, leyéndolo y releyéndolo tantas veces, que casi llegaba a sabérselo de memoria.

Una mañana se fue de la hacienda sin despedirse y se dirigió a Turín, donde una compañera suya le había prometido colocarla en una fábrica y vivir juntas.

En el espacio de dos años trabajó en tres fábricas distintas, hasta que entró en la de los hermanos Naldi, donde se enamoró secreta y locamente de su principal, Osvaldo. Lo que las compañeras le contaron de él, sus amores y la muerte de Nilotta, contribuyeron a exaltar su imaginación y ya no tenía otra preocupación que la de llegar a ser su amante y verle un día a sus pies. Y a todo trance quería conseguir su intento. ¡Pero qué desilusión y qué humillación las que hubo de sufrir! Por fortuna para ella, sus compañeras no llegaron a conocer del todo la verdad de lo ocurrido, por lo que después de la lección que recibió de Osvaldo delante de todas, se reunieron a su alrededor y le preguntaron:

—¿Qué le has dicho a don Osvaldo?

—¿Qué pretendías? ¿Por qué querías tirarte al canal?

—¡Qué tonta eres! ¿Crees que puedes luchar tú sola con el amo? ¿Conseguir absurdas pretensiones? No es hora aún.

Cinta no contestaba; había quedado como aturdida; sólo sus ojos brillaban tristemente y la expresión de su rostro tomó un aspecto siniestro, amenazador.

—En cambio, ya lo ves —decían otras—, has tenido que humillarte y pedir perdón para seguir aquí.

Un grito sofocado de rabia brotó de sus pálidos labios.

—¡Este perdón le ha de costar caro! —dijo entre dientes.

Las demás rieron y se encogieron de hombros.

—Anduviste buscando que te echaran a puntapiés —le dijeron.

—Naturalmente; somos burras de carga —replicó—, pero todo se andará.

Ya sabemos cómo arreció su furor cuando vio a Osvaldo animado y sonriendo con la extranjera que tal vez era su amante; le invadió un arrebato de celos y de odio, pero afortunadamente nadie se fijaba

en ella en aquel momento, que habría querido matar con sus miradas a la hermosa dama.

Al salir de la fábrica, Cinta no se entretuvo como de costumbre con sus compañeras, sino que se dirigió precipitadamente al figón de la Soldadona.

Un joven obrero la siguió un rato y, antes de que llegase al figón, pudo alcanzarla. Él nada sabía de lo acaecido y se limitó a preguntarle:

—¿Qué tiene usted, Cinta? Me parece que está de mal humor.

Ella se volvió como una víbora.

—¿Y a usted, Gondo, qué le importa? —exclamó—. Tengo lo que tengo y no he de dar cuenta a nadie.

—Es usted mala, Cinta. ¿La he ofendido acaso? —le preguntó el joven, enrojeciendo—. He hecho a usted esta pregunta porque si alguien le hubiese causado algún disgusto, estoy dispuesto a vengarla.

Cinta se detuvo, le miró y, con un acento que denotaba cuánto le ardía la sangre, le dijo:

—¿Aunque se tratara de matar a alguien?

El joven no pudo menos de emocionarse ante la inesperada pregunta.

—Sí —contestó—. Con tal de ser amado de usted, sería capaz de convertirme en asesino.

Cinta se estremeció.

—¿Luego yo puedo ser amada? —exclamó.

—¿Lo duda acaso? Es usted tan hermosa...

La ardiente admiración del obrero pareció aliviarla. Y añadió:

—Y no obstante no falta quien me encuentra fea y huye de mí como de la peste.

Los ojos de Gondo brillaron.

—Dígame usted quién es, y le tuerzo el pescuezo o le hago un ojal en el vientre.

—Si tal hicieras —prorrumpió Cinta, tuteándole—, sería tuya para siempre.

—Venga la mano —dijo el obrero—. Pacto es pacto; ahora dime su nombre.

Cinta miró a su alrededor; estaban solos en la calle; la niebla los envolvía y ella se acercó a él y le dijo al oído:

—Don Osvaldo.

Gondo dio un salto atrás y sus ojos, tan tiernos y apasionados, lanzaron un rayo de feroz desprecio:

—¿Don Osvaldo? —repitió—. ¿Te ofreciste a él?

—¿Y si así fuese? ¿Y si yo le amara? —prorrumpió Cinta, colérica.

—Ha hecho muy bien en rechazarte como una asquerosa meretriz, porque una muchacha honrada, como dices ser, no se ofrece al amo. Don Osvaldo ha obrado cuerdamente huyendo y despreciándote. Lo mismo hago yo ahora, porque me das asco... ¡Vete!

—¡Cobarde! —gritó Cinta, fuera de sí.

—La cobarde sin pudor y sin vergüenza eres tú. Para defenderte contra alguien que te hubiese ofendido, aunque se hubiese tratado de un compañero, para defender tu honor me habría convertido en asesino; pero por una muchacha como tú, que desdeña el cariño de un obrero honrado y se ofrece al amo sólo porque este la puede pagar mejor..., no pondré seguramente en peligro mi vida ni mi colocación. Merecerías que te escupiera al rostro.

Hizo el ademán y ella se fue gritando.

La Soldadona, que estaba en el dintel de la puerta de su figón con las manos en las caderas, vio comparecer a Cinta, anhelante, con el rostro contraído por la rabia y la espuma en los labios.

—¿Qué ocurre? —preguntó la viuda.

—Un canalla que quería escupirme al rostro porque le he despreciado.

—¿Y no has sido capaz de romperle las narices? ¡Que venga, que yo le arreglaré!

—No vendrá.

—¿Le conoces?

—No.

—Vamos, vamos, que hoy has tardado y la sopa se enfría.

—No tengo apetito y la cabeza me duele mucho. Voy a echarme; de lo contrario, esta noche no serviría para nada.

—Báñate la frente con agua y vinagre —dijo la viuda, que sentía predilección por Cinta y era tal vez la única persona que le tenía afecto.

—Sí, sí.

Tenía prisa por encontrarse sola en su lóbrega estancia, por desahogar su cólera, su dolor y su humillación.

Echóse boca abajo en el jergón, mordiendo la sucia manta para ahogar los sollozos y los gritos de rabia, y se agitaba como una epiléptica. Y de cuando en cuando brotaban de sus labios algunas frases truncadas.

—Todos me la pagarán —decía—, no saben de lo que soy capaz. ¡Ah! Me desprecia, y el cochino ese, en vez de ayudarme, me escupe

al rostro. Ya verán, ya verán...

Sufría de tal modo, que no conseguía coordinar las ideas, pero seguía repitiendo:

—Me la pagarán; ¡vaya si me la pagarán!

La misma violencia del ataque acabó por calmarla. Quedó inerte en la cama, sin moverse ni hablar; tanto, que la Soldadona, que abrió despacio la puerta de la habitación e introdujo la cabeza en ella, al ver a Cinta inmóvil en el jergón creyó que dormía y se retiró silenciosamente.

La muchacha, en cambio, iba madurando un plan para vengarse. No rugía ya; pero su furia interna se hacía cada vez más terrible. El carácter de Cinta no le permitía sufrir la ignominia de la derrota; poco le hubiese importado morir con tal de conseguir su intento.

A la mañana siguiente se le había pasado el dolor de cabeza, pero sus ojos de salvaje estaban inyectados de sangre y su boca hinchada tenía una agresiva expresión.
Fue recibida en la fábrica con irónicas risotadas, y Cinta comprendió en el acto que el obrero había hablado y que todas sabían el motivo por el cual don Osvaldo quería echarla y ahogarse ella como Nilotta.

—¿Conque te gustaba el amo, eh? —dijo una rubia pequeña y gordinflona, de burlón aspecto.

Pero al cruzar su mirada con la de Cinta, palideció y se apresuró a añadir:

—Lo he dicho en broma, ¿sabes? Por lo demás, al despreciarte ha demostrado tener muy mal gusto.

Cinta enmudeció como si no la hubiese oído siquiera, pero el brillo cruel de sus ojos y la rigidez de sus líneas se impusieron a sus compañeras, que comprendieron pronto el peligro que corrían de seguir burlándose de ella.

Pocos días después, nadie se cuidaba ya de Cinta; únicamente se fijaban en ella cuando el joven industrial giraba una visita a los talleres. Entonces todas la miraban, pero Cinta seguía tranquila e impasible, sin demostrar el odio y la pasión que guardaba reconcentrados en su alma. Y se acabó por creer que ya se había olvidado de todo.

La Soldadona se dio cuenta, sin embargo, de que alguna idea roía el espíritu de la joven, puesto que la veía siempre taciturna y no alternaba ya con los parroquianos. Habría preferido verla discutiendo y gritando en vez de muda y triste.

Una noche se habían ya marchado todos los clientes y solo quedaba en el figón un joven forastero que comprendía difícilmente el piamontés; hablaba en francés y había pedido que le dejaran dormir en el banco donde estaba sentado, puesto que al romper el alba tenía que dirigirse a Francia.

La Soldadona asintió a su ruego y el joven se tendió en el banco, poniendo su propia chaqueta debajo de la cabeza para que le sirviera de almohada. Debía de estar muy cansado, porque en seguida se quedó dormido.

Cinta, después que hubo limpiado las copas en la cocina, fue a serntarse junto a la estufa del figón, y la Soldadona, una vez puso en orden las sillas y fregar las mesas, hizo otro tanto.

Las dos mujeres permanecieron un momento silenciosas. Cinta, sentada en un taburete, tenía los codos apoyados en las rodillas y el rostro en las manos y la Soldadona la miraba entre enfadada y cariñosa.

—Pero, en fin, ¿qué es lo que tienes? Si se puede saber —dijo en voz baja y ronca—. Algo tienes que te atormenta; ¿por qué no te desahogas conmigo?

Cinta la miró con ojos que daban miedo.

—Porque no me comprenderías —contestó.

La respuesta pareció afectar a la Soldadona.

—¿Lo crees tú? —añadió—. Pues, amiga mía, te equivocas; yo leo en tu corazón más de lo que tú supones; tú quieres a alguien que no te hace caso y eso te roe el alma.

Cinta no dijo una palabra y la Soldadona continuó:

—Son cosas que a todas nos suceden. A tu edad era yo una cabeza loca como tú. Tenía un sinfín de moscardones que me rodeaban, pero me burlaba de todos y no sabía lo que más me interesaba, porque acabé por enamorarme de un canalla que no merecía ni un suspiro mío...

Cinta alzó los ojos y pareció escuchar atentamente.

La Soldadona continuó:

—Las muchachas son todas lo mismo. Basta con que vean a un muchacho guapo, con los bigotes rizados y ojos de salmonete, para perder el juicio. Y el joven a quien yo me refiero era guapo de veras. Más fino su cutis que el de una mujer; rubio y rizado el cabello y de porte altamente distinguido, era un verdadero señorito, con todas las trazas del perfecto caballero. Inspiraba, en suma, la mayor confianza y el deseo de dedicarle el alma y la vida.

»Yo estaba loca por él; buscaba todas las ocasiones para estar a su lado y apenas le veía parecíame que el corazón debía saltarme fuera para ir a parar a sus pies.

»Él no se había apercibido de mi pasión, pero hablaba gustoso conmigo y yo, tonta, me había hecho la ilusión de que ocupaba su pensamiento, hasta que un maldito día en que nos encontramos juntos a la entrada de un bosque donde había dejado a mis amigas cogiendo setas, una gran turbación se enseñoreó de mi cerebro, y yo, tan altanera con todos, caí en sus brazos como desvanecida.

»¿Lo creerás? Aquel canalla me dejó en la hierba y se alejó riendo. Desde aquel momento, cada vez que me veía se echaba a reír con

tal desprecio, que me volvía loca. ¡Ah! Pero yo no era muchacha que soportara sus burlas pacíficamente, y llegó un día en que me logré vengar.

Cinta se levantó como movida por un resorte.

—¿De veras? ¿Cómo hiciste? ¡Cuéntamelo, cuéntame! —exclamó.

La Soldadona sonrió.

—¡Ah! Al fin te mueves, ¿eh? Mejor; más vale así. Pues oye. Aquel bribón casó poco después con otra muchacha más fea que yo y jorobada, que tenía muchas tierras en La Habana.

»La noche del matrimonio se celebró una gran fiesta en la hacienda donde se encontraban los novios con sus parientes y amigos, pero a medianoche estalló un gran incendio que de los pajares se propagó a la casa, y como no pudieron prestarse prontos socorros, no pudo salvarse nada del edificio. Una vez extinguido el fuego, se encontró carbonizado el cadáver de aquel canalla.

»Todos creyeron que había sido víctima del incendio, pero el hecho es que mientras intentaba ponerse en salvo recibió una tremenda cuchillada.

—¿Y tú fuiste capaz de una venganza así? —preguntó Cinta, conmovida.

La Soldadona hizo un gran ademán de audacia y en su rostro varonil se dibujó el triunfo.

—¡Yo! —exclamó—. Nadie me ofeende porque sí.

—¡Calla! —dijo Cinta, con temeroso acento, viendo al forastero que se movía.

—¿Por qué?

—Porque no estamos solas —susurró en voz baja.

—¿Lo dices por ese? —dijo la Soldadona, con un movimiento de hombros—. Duerme como un lirón y aunque estuviese despierto no comprendería palabra de lo que hablamos. ¿No has visto cuánto hubimos de pelear esta noche para hacernos entender?

El forastero seguía nuevamente inmóvil y roncaba ligeramente.

—¡Ahora habla tú! —añadió la Soldadona—. Tal vez yo pueda serte útil dándote un buen consejo o ayudándote.

Cinta no se hizo de rogar; contó lo que le pasaba con los más minuciosos detalles, alzando la voz de cuando en cuando en el ímpetu del furor que le cerraba la garganta.

—Ahora hasta mis compañeras se burlan de mí —dijo, con una especie de violencia—. Los hombres escupen cuando paso por su lado, cuando antes se habrían hecho matar por una mirada mía.

»—¡Ah! ¡Creías ser buena para el amo! —me dijeron—, pero a él no le gusta la carne negra y nosotros no recogemos "sus migajas". ¡Cómo quisiera hundirles a todos! Pero no pretendo pegar una cuchillada a don Osvaldo, porque si le matara de un golpe no sufriría y lo que yo quiero es verle sufrir, por cuyo motivo ando buscando algo mejor.

—Si pegaras fuego a la fábrica te vengarías de todos de una vez —dijo la Soldadona—. Los obreros quedarían en la calle y el propietario sufriría un perjuicio enorme, sobre todo estando, como estamos, en invierno.

—Lo pensaré, pero no me parece un proyecto práctico —contestó Cinta—. La fábrica está asegurada y por otra parte se ejerce en ella una vigilancia severa y continua. No, no me resulta; pensaré otra cosa. Don Osvaldo debe de tener una amante, una linda señora que estuvo recientemente a visitar los talleres y debe ser una mujer casada, porque llevaba una niña consigo.

—¿Pero don Osvaldo no casó hace un año?

—Sí, y su mujer es hermosísima y rica y apuesto el alma a que no sospecha que su marido le sea infiel, pero yo le abriré los ojos y procuraré ponerla enfrente de la querida. En fin: buscaré algo; haré que ocurra una catástrofe que produzca la ruina de don Osvaldo.

La Soldadona se echó a reír.

—¡Bien se ve que eres aficionada a leer novelas! —exclamó—. Vas en busca de complicaciones que yo no soñaría siquiera; yo, cuando he tenido que vengarme, he buscado siempre la rapidez en todo. Y nadie sospechó nunca de mí, porque me disfracé de hombre.

Al llegar a este punto oyéronse dos golpes a la puerta del figón. Era una señal convenida con los agentes de policía que patrullaban por aquellos alrededores. Cinta lo sabía.

—¿Abro? —preguntó vivamente, levantándose.

—Será peor para este forastero, si no va bien documentado.

El individuo parecía no haber oído nada y seguía durmiendo.

Cinta abrió. Entraron efectivamente dos guardias del cuerpo de seguridad, que se acercaron a la estufa después de haber saludado a la joven y estrechado la mano a la Soldadona.

—¡Demonio, qué frío hace esta noche! —dijo uno de ellos—. Un poco de calorcito nos sentará bien... ¿No hay novedad?

Pero el compañero le dio en el codo para enseñarle el forastero tendido en el banco y guiñaron el ojo a la Soldadona.

—¿Quién es? —pareció que preguntaban.

—No le conozco —contestó la Soldadona, en voz baja—. Vino a beber un medio litro y me pidió permiso para tenderse ahí, diciendo que dentro de un par de horas se ha de marchar. Mientras Cinta y yo vamos en busca de la botella de costumbre, pueden ustedes interrogarle. Tengan en cuenta que no habla más que en francés.

Las dos mujeres dejaron solas a los dos agentes que se acercaron al banco con objeto de despertar bruscamente al forastero.

Pero antes que se hubieran acercado, el durmiente se había levantado y miraba sonriendo a los agentes.

—Buenas noches, compañeros —les dijo en francés.

Los dos agentes pusieron aún más hosco el semblante.

—Tú quieres dárnosla con queso —le dijo uno de ellos en toscano—. A todos nuestros compañeros les conocemos perfectamente. Vengan los documentos.

El individuo sacó un librito forrado de piel oscura y una especie de tarjeta que llevaba en uno de los bolsillos de la chaqueta.

Apenas los agentes hubieron echado una mirada sobre los objetos mencionados, cambiaron de expresión.

—Corriente; perdónanos —dijo el toscano, con dulce acento—, te habíamos tomado por un bandido. Hay tantos por ahí...

—Y hemos sido engañados tantas veces... —añadió el otro.

—Hacéis muy bien en ser prudentes —interrumpió el forastero—. Pero ahora estaréis convencidísimos de que habláis con un compañero.

—Convencidísimos.

—Vino a Turín con una misión secreta y tuve mis motivos para entrar aquí... Voy detrás de un individuo que me interesa y no he perdido la noche; dentro de poco me voy.

—Si podemos serte útiles en algo...

—Me basta solo con que mantengáis el secreto y no descubráis mi incógnito.

Los agentes tuvieron tiempo apenas para hacer un signo afirmativo, cuando reapareció la Soldadona con una botella polvorienta y una bandeja con dos copas.

Cinta no estaba. Se había ido a acostar diciendo que otro día seguirían la conversación.

La Soldadona vio al forastero de pie, tranquilo y sonriente, y uno de los agentes le dijo:

—Este señor tiene toda la documentación en regla y si quiere puede marcharse. Pero desearíamos que bebiese una copa con nosotros.

La Soldadona se apresuró a llenar las copas y acercando la primera al forastero, le dijo con la más amable de las sonrisas:

—Prenez, monsieur.

—Merci —contestó él.

Y después de chocar su copa con las de los agentes, bebió de un sorbo el contenido.

Dio nuevamente las gracias, estrechó a todos las manos y se fue.

Una vez en la calle, pareció respirar con satisfacción y, dados algunos pasos, murmuró:

—Valiente miserable es la Soldadona. Si todas las mujeres se le parecieran, habría que renegar de ellas. Hay que apartar a Cinta de su lado. Creo que el fondo de la muchacha no es malo y fuera para nosotros de gran utilidad. Hablaré con la señora.

El forastero aquel no era otro que René, el joven criado de Susetta, que había conservado sus documentos como agente secreto de la policía francesa, para usarlos cuando fuese oportuno. Y la oportunidad se le presentó cuando menos lo esperaba. Susetta había encargado a René que siguiera los pasos a los hermanos Naldi y averiguara lo que ocurría en la fábrica y en la villa.

René era capaz de las más hábiles transformaciones: con unos golpes de lápiz, unos ungüentos y unas aguas especiales, cambiaba de repente la figura de tal modo, que nadie era capaz de reconocerle. Unas veces era un obrero de semblante bonachón, moreno, arrugado; otras, un poeta lánguido, sentimental; otras, un estudiante picarón que respiraba alegría y salud por los cuatro costados. También gustaba de los disfraces femeninos, con los cuales conseguía también engañar al más listo.

Dando vueltas en torno de la fábrica, había oído hablar de Cinta y de su ridículo amor por don Osvaldo, que quería echarla del taller porque la muchacha le había amenazado con que se ahogaría como Nilotta. Tuvo asimismo conocimiento del castigo que le impuso delante de sus compañeras y del insulto de que fue víctima por parte de un obrero enamorado de la morena joven.

Y René formó en seguida su plan de campaña para conocer a Cinta de cerca. Pero no habría sospechado nunca que con el secreto de la obrera descubriese el de la Soldadona. ¡Qué feroces consejos los que recibía de parte de aquella arpía que debía de ser una espía del Cuerpo de Seguridad! Pero este ignoraba sin duda los delitos que pesaban en la conciencia de aquella mujer.

René volvió a casa de su dueña.

Al día siguiente hacía un tiempo delicioso, aunque un tanto frío, y Cinta, al salir de la fábrica, se separó, como de costumbre, de sus compañeras, para dirigirse sola a su casa. Caminaba la joven lentamente, con la cabeza baja, cuando una voz dulcísima le llegó al oído.

—Señorita: ¿me permite usted una palabra?...

¿Señorita a ella?... Se volvió impetuosa, convencida de que alguien pretendía burlarse de ella, instigado por sus compañeros, pero un ligero rubor tiñó su rostro al encontrarse frente a frente con un apuesto joven rubio y elegantísimo que le dirigía una mirada de sincera admiración.

—¿Qué desea usted, caballero? —preguntó ella con tembloroso acento.

—Quisiera que me concediese usted el favor de acompañarla un rato, porque tengo muchas cosas que decirle y preguntarle.

—Pero yo no le conozco, caballero.

—Me daré a conocer.

—¿No ve usted, señor, aquel grupo de obreros y obreras que se han detenido para mirarnos? Se ríen de mí.

—Reirá bien el último que ría y no me parece usted una muchacha que se fije en semejantes tonterías. Precisamente la he elegido a usted entre las demás, porque me ha parecido superior a todas.

Estas frases lisonjeras la decidieron.

—Vamos andando, pues, y usted dirá.

Mientras seguían su camino, llegaron a sus oídos algunas carcajadas y más de un silbido agudo y provocativo.

Cinta palideció.

—¿No oye usted, caballero, a esos canallas?

—Déjeles usted que rían y que silben. Todo esto son celos y estos debieran enorgullecerla.

—Temo por lo que a usted le pueda también ocurrir.

Él se echó a reír.

—¿A mí? Sepa usted que llevo oculta en el bolsillo una chuchería capaz de tener a bastante distancia al que se atreviera a acercarse o a ofenderla.

Cinta le miró, orgullosa de estar en su compañía. Decididamente era un buen mozo de francas y atrevidas maneras y rico al parecer. ¿Pero qué es lo que quería de ella? ¿Qué tenía que decirle?

Anduvieron silenciosos algunos pasos, hasta que René pareció al fin decidirse.

—Hace muchos días la sigo de lejos —dijo.

Cinta le miró con sus ardientes ojos y su semblante enrojeció de nuevo.

—¿Usted? —exclamó—. Pues no me he dado cuenta.

—Porque su pensamiento estaba muy lejos de mí. Hoy mismo, si no me hubiese decidido a pararla, no me habría usted visto; estaba usted preocupada como de costumbre. Y seguramente adivinaría lo que pasa en su interior.

—Diga usted —exclamó Cinta.

Él se inclinó un tanto hacia ella.

—Apuesto cualquier cosa a que se está usted preguntando por qué, a pesar de su belleza, no llega a encontrar un hombre que comparta con usted sus sentimientos de odio y de venganza contra quien la despreció cobardemente.

Cinta lanzó un grito y dio un salto atrás, mirando asombrada al joven.

—Usted sabe... —balbució.

—Sé todo cuanto a usted atañe, porque me interesa usted mucho.

Se le acercó al oído y en voz muy baja le dijo:

—Soy, sobre todo, el hombre que usted desea.

Los ojos de Cinta brillaron y despuntó en sus labios una sonrisa.

—¿De veras? ¿No me engaña usted? ¿Puedo creerle?

—Me creerá cuando le diga que soy el hermano de Nilotta.

—¡Ah!

René mentía del modo más audaz, pero Cinta no lo podía saber.

—Yo estaba lejos; muy lejos de aquí —añadió—, cuando ocurrió la catástrofe; adoraba a mi hermana, y como había conseguido una gran fortuna en el extranjero, volvía para hacerla feliz y colmar todos sus deseos.

»Y solo encontré su tumba y supe la causa de la muerte de mi hermana.

»Entonces surgieron en mi alma siniestros propósitos de vengarme, pero no quería derramar sangre ni mover ningún escándalo.

—Eso es lo que yo pienso y lo que yo querría —exclamó Cinta—. ¡Ah! ¡Cómo nos comprendemos!

Él tomó una mano de la joven y la tuvo en la suya.

—Gracias; a mí se me ocurrió lo propio cuando la vi, cuando la conocí, cuando supe que odiaba usted al mismo hombre. Es cierto que, por un momento experimenté una especie de sufrimiento al saber que su odio provenía de un amor rechazado, y no podía comprender cómo usted, tan bella y capaz de inspirar grandes pasiones, llegaba a humillarse mendigando el amor; pero pensé más tarde que usted, cansada tal vez de tanta miseria y de continuas luchas, buscaba únicamente el medio de mudar de posición y sustraerse al destino que tan despiadadamente se mostraba con usted, y entonces la compadecí.

—¡Ah! Cómo me ha adivinado usted —prorrumpió Cinta—. Sí, así es; yo no tuve hasta ahora en el mundo un instante de alegría; no sé quién me trajo al mundo, a quién debo el triste regalo de la vida; crecí privada de todo; fui siempre esclava de los demás, y mientras soñaba dichas desconocidas y miraba con envidia a las mujeres que pasaban delante de mí con hermosas joyas y trajes de seda, sonrientes y en compañía de hombres enamorados, yo debía de arrastrar mi cadena sin merecer una palabra cariñosa, sin que nadie se cuidara de mí. ¿De qué me servía el mantenerme honrada? ¿Qué

iba ganando con mi repugnancia para el mal? Estaba ahíta de sufrir y decidí jugar una partida audaz. Pero no quería venderme como algunas de mis compañeras por un precio vil, por un almuerzo, por una partida de campo; sabía que don Osvaldo era rico y generoso, y tenté el golpe y obtuve un desprecio y una humillación que nunca olvidaré. Ahora no queda en mi corazón más que un odio intenso contra él, y si usted me ayuda a obtener el resultado apetecido, le adoraré.

Él sonrió.

—Así lo espero —dijo—, pero usted me ha de prometer que no hablará una palabra de nuestro secreto coloquio, ni siquiera a la Soldadona.

Cinta se estremeció.

—¿La conoce usted?

—La conozco tanto, que quiero apartarla de su lado. Mañana a la noche, cuando salga usted de la fábrica, en vez de volver a casa vaya usted a la dirección que le daré; yo estaré aguardándola y espero que no se arrepentirá de haber ido.

Cinta le miró conmovida y contestó sin vacilar:

—También yo lo espero.

René sacó una tarjeta del bolsillo y la entregó a la joven, murmurando:

—Prométame usted que no faltará.

—Se lo juro.

Estaban a pocos pasos del figón; el joven se detuvo.

—Ahora la dejo —dijo—, pero no olvide que la aguardo mañana y que hasta aquel momento estaré pensando en usted.

Cinta no se sintió nunca tan feliz.

—Y yo en usted —contestó.

Sus manos se buscaron y se estrecharon tiernamente.

—Buenas noches, querida; hasta mañana.

—Hasta mañana.

Separóse de él y echó a correr porque vio que se abría la puerta del figón de la Soldadona. Era ella misma que aparecía en el dintel.

—¡Ah! ¿Estás aquí? —preguntó a la joven.

—Sí.

—Muy bien; vamos a cenar en seguida; ¿tienes apetito?

—Mucho.

Un rayo de alegría brilló en las pupilas de la Soldadona.

—Menos mal; veo que mis consejos empiezan a producir su efecto.

Cinta sonrió de un modo especial, pero no trató de desmentirla.

La joven estuvo contentísima toda la noche y solo cuando se encontró sola en su guarida leyó la tarjeta que el desconocido le entregó. Decía:

«René. — Calle Moncalvo. — Villa de las Rosas».

Cinta leía fascinada aquellas palabras; una secreta y confusa esperanza seguía haciéndola palpitar locamente el corazón.

—¡René! ¡Qué hermoso nombre! ¡Un nombre de héroe de novela! —murmuró—. Si vive en una villa debe de ser rico. Me ha dicho que es hermano de la pobre Nilotta; ¡qué coincidencia! Sin duda se encontraría lejos cuando ella era una pobre obrera como yo y no había hecho fortuna aún. Es un guapo joven; más guapo que Osvaldo. Si me amase, creo que podría olvidar.

Cinta no durmió aquella noche hasta que la rindió el cansancio. Pasóla toda con la tarjeta de René junto a su corazón.

VIII

La señora del abogado Ranieri era una de las más bellas y elegantes damas de Turín.

Robusta y sutil a un tiempo, era mujer de privilegiada inteligencia, instruida y encantadora. Adriana Ranieri, descendiente de la noble familia Sangalli y mujer muy rica, había inspirado numerosas pasiones y podía haber hecho una boda espléndida, un matrimonio aristocrático, como sus padres habrían deseado.

Pero tendría Adriana doce años apenas, cuando encontrándose en una playa tomando baños, estuvo a punto de perecer ahogada. E indudablemente habría perecido, sin el arrojo de un joven que contaría unos veinte y la salvó con grave riesgo de su propia vida.

El joven era Mauricio Ranieri, estudiante de leyes. La familia de Adriana, reconocida, le consideró desde aquel momento como amigo íntimo de la casa, y Adriana le entregó desde luego su corazoncito y solo en él concentró todos sus pensamientos y todo su cariño.

Al cumplir Adriana dieciséis años y se encontró en todo el esplendor de su belleza, Mauricio, que nada sabía de los propósitos de aquella enérgica muchacha, se enamoró de ella perdidamente, pero no se habría atrevido a confesarle su amor, si la misma Adriana no le hubiese impulsado a ello.

Un otoño se encontraron juntos en el campo y paseaban solos por un umbrío sendero del parque, cuando de pronto Adriana, fijando en

él su mirada, le dijo:
—¿Sabe usted, Mauricio, que han pedido mi mano?

Él sofocó un grito y palideció rápidamente; la joven pudo leer en su mirada el dolor y la desesperación de su espíritu, pero no fue capaz de pronunciar una palabra.

Adriana sonrió maliciosamente y añadió:

—¿No me pregunta usted siquiera el nombre del mortal afortunado que aspira a poseerme?

Mauricio hizo un esfuerzo y con voz alterada exclamó:

—Sí, por cierto, muy afortunado. Y quienquiera que sea habrá de bendecir al cielo por haber sido elegido por usted.

—¿Le he dicho acaso que le haya elegido yo? —prorrumpió la bella muchacha, riendo—. No, no; yo apenas le conozco; solo sé que tiene el título de conde y es un gran deportista; le gustan mucho los caballos, tiene algunos millones que gastar y, por lo tanto, debe cuidar poco de las mujeres.

Mauricio oía impresionado.

—Si ha pedido su mano —dijo—, será porque la quiere.

—¡Quién sabe! Tal vez quiere casarse para hacerse más visible.

—Ruego a usted, Adriana, que no bromee en un asunto tan grave como este —dijo conmovido—, y mucho menos si le ama usted.

—¿Cómo quiere usted que pueda amar a un hombre a quien apenas conozco?

—¡Dios mío! Pero casa usted con él, sin duda porque sus padres la habrán hecho comprender la conveniencia de la boda.

Adriana fue a sentarse en un banco y, después de haber invitado al joven a tomar asiento junto a ella, contestó:

—Mis padres no desean más que mi felicidad. Pues bien; mi felicidad, mi sueño dorado sería casarme con un joven que me amara ardientemente y a quien yo amaré con igual fervor, cuyos sentimientos, aspiraciones y costumbres conociese y a quien fuera deudora de la vida.

Al oír estas palabras, Mauricio, que comprendió las ideas de Adriana, se echó a sus pies con un grito de alegría.

—¡Adriana! ¡Adriana! Dígame que no enloquezco, que lo que oigo es la realidad y que si tuviese yo mismo el valor de pedir su mano, sería aceptado por usted.

Los ojos de Adriana brillaron.

—¿Y ha sido preciso tanto para dárselo a comprender? —dijo, con una gracia fascinadora.

—Adriana, Adriana... ¿no sueño?... ¿Es la realidad? ¿Me amaría usted? ¿Consentiría en ser la esposa de un hombre, sin más nobleza que la del trabajo, que no podría ofrecerle las riquezas de un Creso?

—Yo soy rica para los dos —añadió gravemente Adriana—, y su nobleza es la que yo aprecio y le hace más digno de mi estima y de mi afecto. Sí, Mauricio, yo le amo y no seré de nadie más que de usted, pero por ahora quedará el secreto entre los dos. Usted le ha dicho a mi padre que en breve abrirá el bufete y espera conquistarse un nombre en pocos años. Pues bien; procure usted conseguirlo, Mauricio, para que yo pueda vanagloriarme y nadie tenga nada que decir acerca de nuestra unión, que colmará mi orgullo y será la envidia de mis amigas.

—¡Oh! ¡Adriana! Con sus palabras me abre usted el paraíso y le juro que seré digno de usted.

Mauricio mantuvo la palabra; en pocos años se dio a conocer como uno de los más distinguidos letrados del foro de Turín, y algunas de sus publicaciones habían conseguido llamar la atención. ¡Y nadie le vio nunca tan sereno, triunfante y feliz!

Y es que sabía que era amado por Adriana, la cual había llegado a ser una de las jóvenes más admiradas de la alta sociedad, sin que nadie se explicara cómo no había escogido todavía al que había de ser su esposo y rechazaba, en cambio, los mejores partidos que se le ofrecían; porque mientras aceptaba con una sonrisa las apasionadas declaraciones de tantos admiradores, no daba alientos a ninguno y procuraba tenerles a todos a distancia.

Sus mismos padres estaban sorprendidos de su conducta. Pero el día en que Mauricio, por ella autorizado, hizo la demanda oficial de matrimonio, quedó descifrado el enigma.

—¡Ah, la pícara! —decían—, había tramado su complot en silencio. Y no se delataron una sola vez. Basta: bendígales Dios como les bendecimos nosotros.

La boda resultó espléndida y la belleza de Adriana despertó universal admiración. Y nunca anduvieron dos almas más de acuerdo; marido y mujer nutrían los mismos sentimientos, las mismas ideas, las mismas aspiraciones. Una cosa única les turbaba de cuando en cuando y echaba una sombra en su frente: llevaban ocho años de matrimonio y el cielo no les había concedido un hijo.

El bufete de Ranieri era uno de los más acreditados de Turín.

Adriana que, como su marido, gustaba de la sociedad, había adornado su casa principesca y era la reina de sus salones. En invierno daba reuniones, fiestas de baile, conciertos y concurría a todas las veladas de lo más notable de la aristocracia de la sangre, de la ciencia, de las letras y de las artes. Adriana encantaba a todos con la gracia que le era peculiar, con su talento, con sus maneras y con la sencillez encantadora con que sabía hacer los honores de la casa.

Cuando el abogado señor Ranieri recibió la visita de Susetta, después de un largo coloquio con la bella extranjera, le ofreció presentarla a su mujer. Y habló seguidamente con Adriana,

enseñándole la carta que le había dirigido un colega de París recomendándole a la joven.

El letrado francés decía en dicha carta que Susetta era digna de toda su estima y consideración, que era inmensamente rica y que le quedaría muy agradecido si por su mediación se le abrían las puertas de la buena sociedad turinesa.

En un posdata añadía:

«En la vida de la joven se oculta un secreto que tal vez le confiará; yo no tengo el derecho de revelárselo. Lo que sí puedo decirle es que ello no ataca a su honra en lo más mínimo y puede usted tener plena confianza en su lealtad.»

Adriana había leído aquella carta y oído aquellos detalles con mucho interés y curiosidad.

—¿Sabes, Mauricio, que sin conocerla me siento ya atraída hacia esa extranjera? —exclamó alegremente—. Ya ves; espero con impaciencia su visita.

Y cuando Susetta, entre tímida y confusa se presentó a ella, Adriana la acogió con entusiasmo y, estrechando sus manos, le dijo con inmensa dulzura:

—Ya ve usted; yo soy mujer que juzgo al primer momento. Me gusta usted; me parece que la conozco hace mucho tiempo y presiento que la amaré como a una hermana.

Susetta tenía las lágrimas en los ojos.

—¡Oh! Gracias, señora —balbució—. ¡Si usted supiera el consuelo que me producen sus palabras! Hágase cargo de que soy en Turín una extranjera, desconocida de todo el mundo.

—La persona que nos la recomienda —interrumpió vivamente Adriana—, sabe que merece usted todo nuestro afecto. Pero dejemos cumplidos aparte y tratémonos en seguida como amigas; a mí me gusta la franqueza y la sencillez en todo. Siéntese aquí, más

cerca de mí y permítame que la contemple. Es usted maravillosamente bella y debe de ser muy joven.

—Tengo veintitrés años, señora.

—No me llame usted señora, sino sencillamente Adriana, como yo llamaré a usted por su nombre de pila. Esto establecerá entre ambas una corriente de confianza. ¿Nació usted en Francia, verdad?

Susetta entraba poco a poco en el camino de la franqueza. Si la señora Ranieri sentía simpatía por ella, no era menor la que por Adriana iba sintiendo Susetta.

—No, soy italiana —respondió.

—¿De veras? ¡Qué hermosura! ¿Y habla usted nuestro idioma?

—Sí, aunque el francés me es más familiar.

—¿And piensa usted residir definitivamente en Turín?

—Este es mi deseo, y como le habrá dicho su esposo, he comprado una villa en la calle Moncalvo.

—Es una calle algo desierta.

—Es verdad; pero me gusta mucho la calma y la soledad.

—No es su edad la más indicada para aislarse. Y perdone usted mi indiscreción: ¿es usted viuda?

Un vivo carmín se dibujó en el rostro de Susetta; pero contestó francamente:

—No, señora.

—Llámeme Adriana.

—Pues bien; no, Adriana; soy soltera aún, pero tengo conmigo a una niña y he de hacer creer que soy viuda. Este es el secreto de mi vida: un secreto que tal vez un día le confiaré.

—¿Y por qué no ahora? Verdad es que no me conoce usted todavía lo bastante para creer en mi discreción, y sin embargo, si pudiera usted leer en mi alma, no vacilaría un momento en ponerme de manifiesto la suya. No es la curiosidad lo que me mueve a interrogar a usted, sino el deseo de serle útil, porque, lo repito, apenas la vi me sentí atraída hacia usted y tengo la firme convicción de que sea cualquiera el drama que haya atribulado su existencia, salió usted de él limpia de toda mancha.

Susetta alzó la cabeza con un movimiento de dignísimo orgullo y con una energía que demostraba su inocencia y, al compás de las lágrimas que se deslizaban por su semblante, exclamó:

—Sí, es verdad; usted me ha comprendido; gracias, y estoy dispuesta a decírselo todo. ¡Ah! El mundo que juzga solo por las apariencias me supone una mujer dichosa; tal vez hay alguien que me cree una viuda deseosa de contraer segundas nupcias o de conquistar a algún italiano por no haber encontrado en Francia un partido ventajoso. Y no faltará quizás quien me tenga por una aventurera que con su arte y su hermosura ha sabido conquistarse un nombre y una fortuna. ¡Ah! ¡Si los que eso piensan supieran la verdad! ¡Si conocieran el martirio que he debido sufrir antes de poder alzar la frente libre de toda culpa y desafiar al mundo entero!

»Yo no soy hija de familia noble y rica; nací en medio de la mayor miseria, en una lóbrega cuadra donde en invierno nos guarecíamos hasta veinte hambrientos, sin contar las bestias.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿Es posible? —dijo Adriana, presa de una prolongada estupefacción, aunque sintiendo crecer cada vez más su interés por la maravillosa criatura que le estaba hablando.

—Sí, Adriana, sí —contestó Susetta con infinita tristeza—. Usted, nacida en el lujo y en la abundancia, no puede formarse idea de ciertas miserias de algunos sitios de la montaña, donde la gente vegeta, no vive; se nutre a veces con pan que casi siempre hay que partir con el azadón y tenerlo en el agua días enteros para

reblandecerlo; gente que sufre y muere sin un lamento y sin haber conocido el mundo.

Adriana estaba seria y pensativa.

Tal vez hasta aquel instante, aun socorriendo a los pobres y formando parte de las juntas de beneficencia, no pensó que existieran miserias más ocultas y más profundas, que nadie cuida de mitigar y pasan ignoradas de los ricos.

—¿Y usted nació en un sitio de la montaña? —preguntó con acento de profundo interés.

—Sí —contestó Susetta—. Mi padre no era más que un pobre trabajador cuyo jornal no era bastante para mantenernos. Apenas si le conocí; era una niña aún, cuando un día, al volver del trabajo, cansado y hambriento, cayó en un precipicio y murió.

»Mi madre quedó con dos hijas que mantener; yo era la mayor y no había llegado aún a la edad del discernimiento cuando fui vendida a un adquiriente de esclavas blancas que anualmente solía pasar por nuestras montañas y hacía acopio de niñas para llevarlas a Francia a trabajar en las fábricas. Al menos así decía él, y las pobres madres, faltas de pan para matar el hambre a sus hijas y seducidas por mil promesas y algunas monedas de oro, caían en el lazo.

—Es terrible —interrumpió Adriana—. ¿Pero es que no existe una ley para proteger a las pobres criaturas y abrir los ojos a las madres contra tales engaños?

Susetta sonrió amargamente.

—La miseria no tiene ley —murmuró—. Mientras existan hambrientos, existirán explotadores; no es con el dinero del rico con lo que se conquista la riqueza y el poder, sino con el sudor y la sangre del pobre. Créalo usted, señora; si algunos ricos pudiesen ver con sus ojos el espantoso cuadro de ciertas miserias, no tendrían valor para desafiarlas con la exhibición de su inmensa fortuna, con hacer público su fausto y su placer.

»Pero volvamos a mi historia. A los doce años salí para Francia con la firme intención de ganarme el pan y mantenerme honrada.

»Yo estaba dotada de una energía a toda prueba y una voluntad más firme aún, y la naturaleza me prodigó sus dones como si hubiese nacido en la cuna de un millonario; mi piel era más blanca que la nieve de mis montañas; las rosas teñían mis mejillas, como si me hubiese alimentado siempre con delicados manjares; mis cabellos de dorados reflejos eran lisos y aterciopelados como si en ellos hubiera puesto siempre la mano una madre cuidadosa o una doncella. A menudo ocurren estas anomalías que forman las pequeñas satisfacciones de las muchachas pobres y la envidia de las ricas.

»Creí que en Francia encontraría el auxilio que esperaba. ¡Cuánto me equivoqué! ¡Cómo se engañaron mis pobres compatriotas!

Aquí contó Susetta su prolongado calvario: su permanencia al lado de la Bruja, la protección del pequeño enfermo, su fuga para salvarse de la deshonra, sus luchas para encontrar trabajo en París y mantenerse honrada, las privaciones padecidas, el lazo que le tendió la Bruja, las calumnias, la prisión, todo ello soportado sin que disminuyera su energía; la aparición, en fin, del jefe de policía, a cuya hija se parecía de modo extraordinario y en memoria de la cual acudía aquel en su auxilio, salvándola con la vida, el honor y dándole un nombre y una fortuna.

—Sí; a él debo el haber salido de la miseria —exclamó Susetta, con voz vibrante—; a él debo que mi alma no se haya corrompido con la injusticia del destino, de la sociedad y que haya salido incólume de la inmundicia.

»Él fue para mí un verdadero padre; no quiso humillarme con limosnas y, para que pudiese gozar de sus riquezas, me hizo su hija adoptiva y me dejó su nombre inmaculado. Él no tenía a nadie en el mundo... Pues bien: aquel hombre generoso, aquel héroe oscuro a quien temían los malvados y a quien los pobres adoraban; aquel hombre cuya divisa fueron la verdad y la honradez, murió vilmente

asesinado por un criminal vulgar, perteneciente a una de aquellas asociaciones de ladrones y asesinos que infestan la ciudad de París.»

Al llegar a este punto, Susetta, que hasta aquel momento se mantuvo relativamente tranquila, rompió a llorar desesperadamente.

Adriana, de puro conmovida, lloró con ella.

—¿Sabe usted que su vida es una verdadera novela? —dijo la señora Ranieri, que fue la primera en calmarse.

Susetta se pasó el pañuelo por los ojos.

—Y no ha terminado aún —dijo—. No le he hablado aún de la niña que tengo a mi lado, del horrible drama que ha turbado mi existencia, del motivo por el cual me hago pasar por viuda y he venido a fijar mi residencia en Turín. Ahora no quiero ocultarle nada.

Adriana le tomó una mano que estrechó tiernamente en la suya.

—Mil gracias —contestó—. Su confianza en mí no hace más que aumentar la simpatía que nutro por usted.

Susetta le dirigió una mirada de infinito agradecimiento.

Y continuó:

—Le he hablado de una hermana menor que dejé en mi país; ¡una niña que llevé en brazos, a la que amaba con pasión y cuyo recuerdo no me abandonaba en mi vida errante y dolorosa! Durante muchos años no me hablaron ni supe de ella, porque no tenía facilidad para escribir y recibir cartas de mi madre. Solo llegué a saber que apenas estuvo en edad de ganarse el pan, mi hermana vino a Turín a servir en casa de un profesor que tenía familia y le tomó cariño y la educó, pero luego la muchacha fue creciendo y desarrollándose y hubo de salir de aquella casa, porque corría peligro su honradez.

»La existencia de mi hermana empezaba como la mía y la de otras tantas pobres esclavas blancas, luchando contra el hambre y la

deshonra.

»Mi pobre hermana, sin embargo, fuerza es confesarlo, no tenía mi energía ni la fe, que es lo que a mí me ha sostenido aún en los momentos más difíciles de mi vida. Era más débil que yo; no quería sufrir y luchar, y como el trabajo la aburría, la cansaba. Encontró empleo en una fábrica, pero el salario era mezquino, tanto, que a duras penas podía comer y tenía que pensar en lo demás. En aquella edad en que se tienen tantas necesidades y se hace precisa una nutrición sana y abundante para que el cuerpo se desarrolle, y se sienten las primeras tentaciones del placer, los primeros hálitos de ambición, es preciso respirar un aire puro y se sufre mucho si hay que vivir aglomerado en una lúgubre estancia.

»No todas las muchachas pueden vivir sujetas a ese régimen de privaciones, porque se ponen nerviosas, anémicas, cloróticas, enfermizas, en fin; y es preciso confesar que mi hermana y yo tenemos una organización distinta de las otras para conservarnos frescas, sanas y robustas.

»¡Ah! La vida de ciertas muchachas del pueblo es realmente dura, y ¡ay de ellas si no tuviesen un rayo de amor, de esperanza que las sonriera! Y si alguna cae, ¿merece que se la condene?

»Mi hermana creyó que en aquella fábrica había encontrado su rayo de amor, su esperanza para el porvenir.

»Un joven guapo y atrevido, uno de los propietarios de la fábrica, la distinguió entre las demás por su hermosura, gracia e instrucción, y pareció estar perdidamente enamorado de ella. Lo que hizo con mi hermana fue un asalto en toda regla; pero mi hermana estaba decidida a no capitular sin previas y precisas condiciones. Le habían dicho que otras jóvenes de la fábrica, pobres esclavas blancas, sometidas al mandato del amo, habían cedido a sus deseos y sido abandonadas pocas semanas después. Aquellas aceptaron su caída y consiguiente abandono sin la menor protesta, porque el amo se mostró pródigo con ellas y se les dieron los mejores cargos del taller con aumento de paga. Es más: aún le quedaban agradecidas.

»Mi hermana se forjó la ilusión de casarse con él, porque él así se lo tenía prometido y porque al parecer estaba locamente enamorado, y aunque quiso que tuviera su piso para uso exclusivo de ella e iba a verla todas las noches, le guardaba un respeto como si fuese, en verdad, su novia.

»Ejecutó, pues, el galán una verdadera comedia de astucia y de sentimentalismo, hasta que la infeliz, sedienta de alegría, enamorada a su vez y confiando en su promesa, acabó por entregarse a él.

»Por espacio de dos meses creyó haber encontrado el paraíso en la tierra; las atenciones y el afecto que él le demostraba ocultaban la culpa cometida. Pero cuando se evidenciaron las consecuencias de esta culpa y la desventurada se sintió madre, tembló de miedo y de vergüenza.

»¡Y si el amo no mantiene su palabra! Quiso saber inmediatamente su sentencia, y la misma noche, al encontrarse con él, le preguntó cuándo la haría su esposa.

»Él se le rió en la cara, la insultó y la amenazó con despedirla de la fábrica si seguía con tales pretensiones. He leído un libro de notas de mi hermana donde consta la escena que se desarrolló aquella noche y le aseguro que la lectura de la misma me hizo estremecer de rabia y desesperación. Recuerdo que algunas frases de aquel miserable decían sobre poco más o menos lo siguiente:

»—Si eres juiciosa como las demás, te procuraré los medios necesarios para mantener a tu hija, dado caso que quieras tenerla, lo que no te aconsejo; pero si sigues con tus pretensiones, te haré salir de la fábrica, porque, tenlo presente, tú no eres más que una obrera mía, pagada por mí; te tomé sin informarme siquiera de tu procedencia ni de quién eras; te distinguí porque eres hermosa y más instruida que las otras; pero yo sigo siendo tu amo, a quien debes obediencia y respeto, y si crees rebelarte te equivocas.

—¡Oh! ¿Pero es posible que existan hombres tan malos, tan sin corazón? —interrumpió Adriana, presa de una emoción profunda—.

¡Yo que me hago la ilusión de que todos son buenos y honrados como mi Mauricio! ¿Sabe usted que su historia abre ante mis ojos un horizonte desconocido para mí? ¡Cuánto bien podríamos hacer nosotras las señoras si en lugar de ocuparnos únicamente en niñerías y modas, pensáramos en la suerte de tantas pobres muchachas abandonadas y buscáramos la manera de que al salir de la fábrica se encontrasen en un ambiente honrado y sano! En él podrían encontrarse bien y podría alguien enseñarles que la existencia puede ofrecerles goces y alegrías sin seguir una senda peligrosa ni dar oídos a sus seductores.

—Dice usted bien, señora —añadió Susetta—. No falta, sin embargo, alguien que de cuando en cuando se ocupa en ello, pero se ve obligado a abandonar sus buenos propósitos, sea porque no encuentra quien le estimule, sea porque muchas de esas jóvenes no se amoldarían a una vida regular. Y esto lo sé por experiencia, porque yo misma, apenas me encontré en situación de poderlo efectuar, quise hacer algo en beneficio de las pobres esclavas blancas que se encontraban lejos de sus padres, en las mismas condiciones en que me encontré yo y no sentían el estímulo del deber y del trabajo.

»Y sufrí verdaderas desilusiones. Algunas me decían que lo que les había de dar era dinero, no sermones; otras preferían arrostrar las penas de la vida con un amante o más con quienes divertirse al salir de la fábrica, que reunirse con otras compañeras y buscar placeres más honestos. Y esto es lo que descorazona a las personas más benéficas.

—Y a las que aceptarían de buen grado nuestra ayuda —dijo Adriana —, les toca luchar y sufrir por las demás.

—Realmente; pero prosigo. Después de aquella escena mi hermana fue tan débil, que descendió a un terreno indigno de ella que la hacía enrojecer constantemente; aceptó la mísera pensión que el amo le ofreció para que pudiese permanecer en casa hasta que

fuese madre, y cuando dio a luz no rechazó un billete de mil francos que le mandó para pagar a una nodriza que lactara a la niña.

»Y era que mi hermana seguía esperando; creía que un día u otro, sabiéndola honrada, acabaría por darle su nombre y hacerla feliz en unión de la niña.

»Y mantenía esa ilusión porque el joven iba a verla con frecuencia y estaba amable con ella. Hasta le parecía que había mudado el carácter, pues se había hecho más serio y más metódico y preguntaba por la salud de su hija.

»Pero, cuando una vez repuesta, mi hermana ocupó de nuevo su sitio en la fábrica, supo que el dueño estaba desde hacía unos meses prometido con una señorita riquísima y que el matrimonio había de celebrarse la semana siguiente. Y tan cierto era, que las compañeras la invitaron a tomar parte en la suscripción para hacer un regalo a la novia.

»La noticia dejó de momento aterrada a mi pobre hermana, pero serenóse luego y se arrojó como una fiera sobre las compañeras que se le habían burlado; abofeteó a unas, mordió a otras y la tuvieron que sacar a viva fuerza del taller. Al día siguiente fue despedida.

»Un mes después, el cadáver de mi hermana fue encontrado en el canal, a poca distancia de la fábrica...

Adriana había palidecido.
—¿Se suicidó? —exclamó.

—La muerte de mi hermana envuelve un misterio que aún no se ha podido descubrir; pero un día u otro se sabrá la verdad. Como se trataba de una pobre muchacha, no se practicaron mayores diligencias. Algunas palabras pronunciadas en un momento de exaltación hicieron suponer que estaba cansada de la vida, habiéndose encontrado incluso testigos que lo adveraron.

»Yo lo supe todo por conducto de mi madre, que me entregó los documentos que dejó mi pobre hermana junto con la niña, que

había retirado y tenido oculta para que el padre no la descubriera y se apoderara de ella.

—¿Usted sabe el nombre del padre? —preguntó vivamente Adriana.

Susetta tuvo un momento de excitación, pero fue tan rápido que la señora Ranieri no se apercibió.

—No —contestó—, es lo único que ocultó mi hermana hasta con mi madre; pero por algunos indicios y ciertas indicaciones relativas a la fábrica, creo que no me será difícil encontrarle. Con este objeto precisamente, se lo confieso, vine a Turín y me hago pasar por viuda con una niña.

—¿Y cuando le haya encontrado, qué va usted a hacer? —preguntó Adriana.

—No lo sé —repuso Susetta con cierta violencia—, no tengo todavía un plan determinado, pero es lo cierto que quisiera vengar a mi pobre hermana de todas las torturas padecidas y conseguir desgarrar el velo que oculta su terrible muerte.

Estuvo un instante abatida y silenciosa, y luego añadió casi con cólera contra sí misma:

—¿Por qué le he hablado de todo esto? Ahora se arrepentirá usted de haberme abierto su casa y llamado amiga.

Adriana tuvo una de aquellas bondadosas sonrisas que encantaban.

—Cuando he cometido una buena acción, no me arrepiento nunca —dijo con inmensa dulzura—. Y me parece una acción buena la de ayudarla a conseguir su objeto. Su dolorosa historia no ha hecho más que aumentar mi simpatía por usted y el deseo de serle útil.

E inclinándose con gracia hacia la joven, que tenía las lágrimas en los ojos, añadió:

—Susetta: ¿quieres que nos tuteemos? ¿Estás persuadida de que no traicionaré jamás, ni siquiera con mi marido, el secreto que me has

confiado?

El pálido rostro de Susetta se tiñó de carmín.

—¡Oh! Sí; sí lo estoy —exclamó con entusiasmo—. Gracias, gracias; que Dios te lo recompense como yo no puedo hacerlo.

Y cayó en los brazos de Adriana.

IX

Así fue cómo se le ocurrió a Adriana la idea de dar una recepción en honor de Susetta e introducirla en la buena sociedad turinesa, donde, presentada por ella, había de ser acogida con entusiasmo y vivamente festejada.

La misma señora Ranieri extendió las invitaciones, especialmente entre los industriales, muchos de los cuales eran amigos y conocidos de su esposo.

Susetta, según lo acordado con la amiga, llegó a casa de Ranieri una hora antes de la recepción. Vestía la joven de negro, con una túnica de velo de pajas relucientes. Y tan sencillo traje, sobre hacer destacar la flexibilidad de la esbelta y elegante figura, hacía resaltar su cutis aterciopelado de marmórea blancura. Su cabeza, coronada de sus abundantes cabellos con reflejos de oro, era realmente espléndida, y no podía admirarse la perfección de sus líneas, sus ojos y su sonrisa sin quedar encantados. No llevaba otras joyas que dos soberbios solitarios en las orejas.

Aunque Adriana, vestida también de negro, no era menos adorable, cuando vio a su amiga no pudo menos de abrazarla con entusiasmo, diciéndole sonriendo:

—Esta noche vas a volver locos a todos mis invitados. Ninguna dama podrá compararse contigo. Apelo al testimonio de mi esposo.

—Te olvidas de que también estás tú —contestó Mauricio, con galantería.

—¡Adulador! —exclamó Adriana, con una mirada de ternura.

—Tu marido tiene razón —dijo Susetta—. Nada tienes que envidiarme; y tu alma es más hermosa aún que tu semblante y te conquista por sí sola toda suerte de homenajes.

—Basta, basta, Susetta, o me harás enrojecer.

El cuarto del abogado señor Ranieri era un primer piso de una antigua casa de la propiedad de su mujer. Los salones estaban amueblados con un gusto exquisito e iluminados con lámparas eléctricas que daban al ambiente aquel un encanto misterioso.

A las diez empezaron a llegar los invitados. Adriana y su esposo hacían los honores de la casa al lado de Susetta, ante quien se inclinaban todos con admiración y respeto, cuando la señora Ranieri la presentaba con esta frase:

—Mi queridísima amiga la condesa de Plumet.

Osvaldo y su esposa llegaron cerca de las once. Él estaba nerviosísimo, agitado; su mujer palidísima, pero calmosa y altanera.

Adriana acogió a Yolanda con verdadero entusiasmo.

—Te aguardaba —dijo con viveza—, y estaba precisamente hablando de ti con mi buena amiga, que deseo presentarte.

Y la condujo donde estaba Susetta.

Los ojos de Yolanda relampaguearon cuando vio a la bellísima extranjera; pero Susetta permaneció tranquila y sonriente.

Solo cuando Adriana le dijo:

—La señora de Naldi...

Su sonrisa se acentuó y con acento alegre, casi infantil, le dijo amablemente:

—Yo conozco ya a su esposo de usted, señora. Y estoy, por lo tanto, doblemente satisfecha de conocer a usted.

Y dirigiéndose a Adriana, prosiguió:

—Fue la primera persona a quien conocí apenas llegué a Turín; figúrate que quería comprar camisetas de seda, y como no las encontraba a mi gusto en ningún comercio, me indicaron que me dirigiera a la fábrica Naldi, asegurándome que vendían también al detalle. Imagínate mi confusión cuando supe que no era cierto. Pero el señor Naldi hizo una excepción para mí porque era extranjera, conmovido sin duda de mi situación.

Adriana se echó a reír sin sospechar nada. Yolanda misma, ante la alegre expresión del semblante de Susetta y ante su franqueza y lealtad, creyó que realmente se había equivocado acerca de ella y que no era por su culpa que su esposo la descuidaba; por lo que, y casi para hacerse perdonar sus absurdas suposiciones, se sentó a su lado y, sonriendo con el encanto que solía hacerlo, le dijo:

—Mi marido me había hablado ya de esto; pero no puse en ello mayor atención porque no tenía el gusto de conocerla; casi ahora celebro la ocasión que me procura este placer.

Osvaldo se había separado mientras las señoras hablaban y parecía tratar con atención algo muy interesante con el abogado señor Ranieri. Sus ojos, sin embargo, devoraban a Susetta, a quien veía como la imagen de la gracia y de la belleza más perfecta y fascinadora, ante la cual la de Yolanda desaparecía.

Y cuando vio que su mujer y Susetta le miraban, se acercó saludando profundamente, cambiando pocas palabras y preguntando a la linda extranjera si le gustaba el baile.

—No —contestó Susetta, tranquilamente.

—Yo estoy loca por él —exclamó Adriana.

—Y yo pienso como tú —añadió Yolanda.

Un delicioso cuarteto, acompañado de un hábil pianista, empezó a dejar oír las melodiosas notas en el vasto salón. Se oyó la voz sonora del director del baile, un joven abogado muy conocido en los aristocráticos salones, que decía:

—Las parejas en su sitio.

Y el alegre enjambre de muchachas y jóvenes damas, acompañadas por sus respectivos caballeros, atravesó riendo el salón.

Muchos se dirigieron a la hermosa extranjera para invitarla, pero contestaba a todos con indecible encanto:

—Gracias; no sé bailar y me divierto más con los ojos que con los pies.

El abogado señor Ranieri había ofrecido el brazo a Yolanda, y Adriana esperaba que Osvaldo le ofreciera el suyo. Pero como en su lugar fue a sentarse al lado de Susetta, la señora Ranieri aceptó el brazo de un joven oficial de artillería que acudió a invitarla.

—¿No baila usted? —preguntó Susetta a Osvaldo.

—Con usted bailaría; con otras renuncio a ello.

Ella frunció ligeramente el ceño.

—Decididamente —exclamó—, está usted loco.

Osvaldo le susurró en voz baja:

—Sí, lo estoy desde que la amo...

—Cállese usted y avergüéncese; con una mujer encantadora como la que usted tiene, es un delito hablar así. No he de oírle siquiera. Ya lo sabe usted.

—Me hará usted cometer una locura.

—¿Y qué? ¿Y si la cometiera cree usted acaso que lo sentiría? ¿Cree usted que me dolería haberle despreciado?

—Sí; ya sé que nada le importa de mí...

—Olvida usted que su esposa me ha tendido la mano de amiga, y yo no soy mujer que traicione las amistades.

El sonido de la música, las alegres charlas y el movimiento del salón impedían oír lo que decían. Por lo demás, quien se hubiese fijado en ellos habría creído que trataban de cosas indiferentes, porque Susetta apenas dirigía la mirada a Osvaldo y parecía fijar toda su atención en las parejas que desfilaban por delante de ella y sonreía a Adriana y a Yolanda. Y Osvaldo se vio obligado a hacer lo propio y hablar quedo, mientras la pasión le encendía el pecho y le devoraba, y con su carácter exaltado y violento sufría doblemente, porque había de contenerse y mostrarse tranquilo.

Precisamente en aquel momento apareció Emiliano, quien, después de saludar con una inclinación de cabeza a los dueños de la casa, que bailaban, dirigió la mirada a Osvaldo y a la linda extranjera.

Era la primera vez que el conde la veía, porque cuando estuvo Susetta en el despacho, Emiliano se hallaba ausente. Sabía, sin embargo, que aquella noche la encontraría en casa del abogado y tenía deseo de conocerla, porque Mauricio le había hablado de ella con verdadero entusiasmo.

El conde no había podido concurrir antes porque quiso a todo trance dejar despachado un asunto que Ranieri le confiara; pero libre al fin y satisfecho, llegó allí con ánimo de divertirse.

Estaba a punto de dirigirirse a Osvaldo para ver de cerca a la extranjera, cuando esta fijó en él los ojos y sus miradas se cruzaron.

Emiliano palideció y vaciló. ¿Qué visión era aquella? Le parecía encontrarse inopinadamente delante del original del retrato que la montañesa le había enseñado; delante de la imagen encantadora que eclipsó en su espíritu la de Yolanda. ¿Era una ilusión la suya? ¿No le había dicho la montañesa que su hija había muerto? Y además, ¿no le había dicho el abogado que era aquella una señora

auténtica, viuda, con una niña, riquísima y con una instrucción refinada? No, no; él se equivocaba.

Esas ideas cruzaron rápidas como el rayo en el cerebro del joven conde; pero bastaron para acrecentar en él el deseo de acercarse a ella.

Susetta, por su parte, experimentó una impresión muy singular al cruzar su mirada con la de Emiliano. Esta recordaba la del jefe de policía. Tenía la misma dulzura cuando se fijaba en ella, y en cambio relampagueaba ante los malos. Hasta en los rasgos fisonómicos recordaba algo Emiliano a su padre adoptivo. Por todo ello sintió más interés por él y preguntó a Osvaldo que quién era.

—Es mi amigo, el conde Emiliano de Turín —respondió.

Esto bastó para que Susetta se pusiese seria y volviese la cara hacia otro lado.

La música había cesado y las parejas volvían a su sitio. Adriana, al ver al conde, fue la primera en tenderle la mano.

—¡Cuánto se hizo usted esperar! —exclamó alegremente.

—No es mía la culpa —respondió con dulzura el joven, correspondiendo al apretón de manos—. Su marido de usted me confió un importante trabajo que quise despachar cuanto antes y quise ultimarlo para traérselo esta noche.

—Es usted realmente el ave fénix de los jóvenes. Susetta, amiga mía, fíjate bien en él, porque es difícil encontrar otro parecido. El conde Emiliano de Turín, compañero de bufete de mi marido, soltero impenitente a quien los placeres y diversiones de nuestra pequeña París no logran apartar de sus caseras habitaciones y de su vida metódica y contemplativa.

Y dirigiendo una sonrisa fascinadora al joven, añadió:

—¿No digo la verdad? Y ahora permítame que le presente a la condesa de Plumet, mi queridísima amiga, que esta noche triunfaría

por encima de todas si se decidiese a bailar.

Susetta fue la primera en reír y la imitaron los demás. La joven hizo al conde una pequeña inclinación de cabeza y luego pareció no ocuparse más de él.

Osvaldo había cedido el sitio a Adriana. Emiliano se entretuvo hablando un momento con Yolanda y luego siguió a su amigo, que se dirigió al salón de los fumadores.

El conde tenía la cabeza hecha un ascua. El nombre de Susetta, pronunciado por Adriana, había despertado una nueva turbación en su espíritu. ¿Era posible que además de la semejanza de aquella maravillosa criatura con la hija de la montañesa, la condesa de Plumet llevase el mismo nombre de pila?

Emiliano no sabía qué pensar. La sala de los fumadores estaba casi llena y, naturalmente, no había más que hombres que reían y bromeaban, contando las más lujuriosas aventuras. No pocos se ocupaban de la bella extranjera.

—Viuda bellísima y riquísima, no faltarán aspirantes a su mano —decía uno.

—Hay que fijarse en que de por medio hay una niña y la riqueza podría ser del marido —decía juiciosamente otro.

—Yo me casaría con ella aunque no tuviese un céntimo —exclamó un joven estudiante que esgrimía las primeras armas.

Todos soltaron una carcajada, en ocasión precisamente en que entraban el conde Emiliano y Osvaldo. Les pidieron también su opinión.

Osvaldo contestó secamente:

—La condesa de Plumet no es una de esas mujeres acerca de las cuales se puede bromear. Mi parecer es callar.

—¡Señores! De qué púlpito parte el sermón —exclamó un colega de sus aventuras—. No hace dos años la habrías uncido al carro de tus triunfos.

—Nadie puede apuntarse tantos como él —interrumpió otro—, porque pocos tienen en su activo incluso un suicidio por amor.

Osvaldo estuvo a punto de enfadarse. Emiliano le calmó.

—Déjales que hablen —le dijo, vivamente—. Si te enfadas será peor para ti. ¿No ves que son niños?

Pero los niños no se daban por aludidos.

—Catón no nos ha dado todavía su parecer —exclamó uno de los más petulantes, aludiendo a Emiliano.

—Mi parecer —respondió este, con noble altanería—, es el de respetar la casa donde con tanta cordialidad se nos acoge y a las personas en ella recibidas.

La lección fue provechosa. Nadie volvió a chistar. Y como empezaba de nuevo la música, el salón de los fumadores no tardó en quedar vacío. No quedaron en él más que Osvaldo y Emiliano. Este encendió un cigarro.

—Dime —preguntó el conde, tratando de fingir la mayor indiferencia —, ¿qué grado de intimidad tienes con la extranjera?

—Ninguno, te lo aseguro —contestó Osvaldo.

—Entonces será preciso que me dirija a otros que me informen.

Osvaldo le miró.

—¿Por qué?

—Porque me parece que yo he conocido hace tiempo a esa hermosísima criatura; solo que no era ni rica ni noble.

—Y, no obstante, Ranieri asegura que no es ninguna aventurera. Por otra parte, si tuviera alguna mancha, Adriana no la llamaría su amiga.

—No dudo en lo más mínimo de su honradez —replicó vivamente Emiliano—. La joven a quien yo conocí era, o así lo decían, honradísima, y bien pudiera ser que, gracias a su belleza y a su virtud, hubiese encontrado un caballero riquísimo que le diera su nombre.

—Repito que no sé nada de esto —exclamó Osvaldo—. La condesa es una mujer indescifrable, pero yo no he conocido jamás criatura más seductora, más capaz de hacer perder el juicio a un hombre.

Emiliano le miraba severamente.

—Espero que no te hará perder el tuyo —dijo—. Cuando se posee una mujer como Yolanda, no está permitido, ni en broma siquiera, ocuparse de otra.

Osvaldo se encogió de hombros y se echó a reír.

—¿Tú tienes precisamente la pasta de marido? —exclamó—. Yo, en cambio, no tengo carácter para vivir pegado a las faldas de mi mujer ni encontrar otra belleza perfecta que la suya.

—¿Por qué casaste con ella?

—Porque la amaba, como la amo hoy mismo —repuso Osvaldo—. Pero eso no impide que pueda admirar a otras y echar de menos algunas veces mi libertad. Por lo demás, con Yolanda estamos perfectamente de acuerdo: ninguno de los dos quiere sujetar la propia voluntad a la del otro.

—No es así como yo entiendo el matrimonio y el amor.

—Tú no eres de este siglo, amigo mío. Pero volvamos al salón.

Tiró el cigarro y se levantó. Emiliano pareció despertar de un sueño; hizo lo propio y siguió a Osvaldo.

Empezaba otro baile; la extranjera estaba en amena conversación, al parecer, con una anciana señora que estaba sentada a su izquierda; Adriana se había alejado y Yolanda se encontraba sentada todavía a la derecha de Susetta, cuando dijo el conde al industrial:

—Con tu permiso voy a invitar a tu mujer.

—¿Cómo no? —contestó Osvaldo, riendo—. Ya debías de haberlo hecho.

Palpitábale el corazón a Yolanda cuando vio que se le acercaban el conde y su marido. Aunque se esforzaba en mantenerse alegre, de cuando en cuando una sombra vaga se extendía en su blanca frente. Aun confesándose a sí misma que sería una falta grande el acusar a la extranjera de ser la causa del cambio operado en su esposo, una voz secreta parecía decirle que aquella bellísima criatura había de mezclarse en su vida. Era tal vez un absurdo, porque Susetta no podía parar mientes en absoluto en su marido, se había mostrado muy amable y cariñosa con ella y poseía la rara fortuna de agradar a todos y ser a todos simpática. Pero con todo, Yolanda no podía apartar de sí aquel presentimiento y se sentía atormentada por secretos celos.

Después de la escena de aquella noche, había nuevamente sellado las paces con su esposo, que le había prometido no salir todas las noches y estar con ella más cariñoso. Osvaldo había hecho semejante promesa por dos razones: primera, por temor de promover un escándalo que no era conveniente y luego por el de que su esposa no aceptase la invitación de Adriana. Yolanda lo comprendió; pero tuvo la prudencia de disimular, tanto más cuanto ella misma tenía deseos de conocer a Susetta. Ella sabía, por otra parte, que había dos nobles corazones que latían por ella, deseosos de verla feliz: el de su cuñado y el del conde Emiliano de Turín, y confiaba en ambos para conseguir que su marido no la engañara como la había engañado una vez.

Aceptó, pues, con complacencia la invistación de Emiliano y dio una vuelta con él, pero luego le dijo que deseaba pasar a otro salón,

porque en aquel le faltaba aire para respirar.

Emiliano obedeció amabilísimamente. Sentíase al par emocionado, sintiendo apoyarse en su brazo la mujer a quien amara con tanto ardor y cuya vida habría querido ver sembrada tan solo de flores.

—Hace ya muchos días que no nos vemos —dijo Yolanda, con tímido acento—. Mi cuñado me ha dado, sin embargo, noticias de usted.

—Jorge y yo pasamos juntos las veladas —contestó Emiliano.

—Lo sé y quisiera que mi marido se uniese a ustedes dos.

Emiliano la miró con suma dulzura.

—Osvaldo tiene mejor compañía que la nuestra —dijo Emiliano—. Si Jorge y yo tuviésemos mujer, no nos veríamos quizás con tanta frecuencia.

Yolanda miró a su alrededor; estaban solos en un saloncito contiguo al bufé. Desprendióse del brazo de Emiliano y, sentándose en un bajo diván, dijo, fingiendo jugar con el elegante abanico de plumas:

—¿Usted cree que Osvaldo pasa las veladas al lado mío?

—¿Dónde, pues?

Yolanda le miró con ojos que ardían; con Emiliano hablaba con más franqueza que con Jorge.

—Es lo que yo quisiera saber —contestó—. Temo siempre que emprenda de nuevo la vida ligera de otros tiempos.

—No lo creo; sería una falta imperdonable —replicó Emiliano, que se había sentado a poca distancia de ella—. Osvaldo la ama y no ama a nadie más que a usted, y porque salga alguna que otra vez, esto no justifica en modo alguno sus suposiciones. Un hombre que tiene la fortuna de ser su esposo no puede pensar en otras mujeres.

Yolanda sonrió de una manera indefinible.

—En otras, no; pero tal vez en otra.

—¡Señora, por Dios! Aparte usted de su imaginación idea semejante. Osvaldo casó para ser feliz.

Yolanda sonrió amargamente.

—Es lo que me repite mi cuñado —contestó—. Pero si fuera tan feliz conmigo no me dejaría sola con tanta frecuencia.

—Osvaldo tiene muchos negocios que le traen ocupado.

—Pero ninguna ocupación debiera obligarle a descuidar a su mujer.

Emiliano se hizo más serio.

—Veo que la cosa es más seria de lo que yo podía imaginar —murmuró—. Para hablar así debe usted de tener alguna sospecha.

Yolanda enrojeció y sus ojos se fijaron en el conde con cierta aprensión.

—No —contestó—. Pero Osvaldo es tan guapo y hay en el mundo tantos intrigantes, tantas aventureras...

Emiliano se esforzó en sonreír.

—¿Teme usted que se lo roben?

—Sí.

—Osvaldo es demasiado listo para dejarse pescar.

Yolanda temblaba impaciente.

—El caso es que usted no sabe decirme dónde pasa las veladas.

—Si quiere usted que me informe, lo haré.

Yolanda lanzó un grito de alegría; su bello semblante tomó la expresión conmovida de una niña.

—¿De veras? ¿Lo hará usted?

—Lo haré para tranquilizar a usted, seguro como estoy de la fidelidad de Osvaldo y del amor que nutre por usted.

Yolanda suspiró.

—¡Ah! Si dijera usted la verdad, cuán agradecida le quedaría, cuánto le querría a usted...

En sus palabras había toda la ingenuidad de su alma cándida y bondadosa.

Hubo un brevísimo silencio y luego la joven, tratando de dar a su voz un aire indiferente, preguntó:

—¿Es bellísima la condesa de Plumet, verdad?

Emiliano sonrió, contestando:

—Me lo ha dicho usted ya y le repito que no tiene usted nada que envidiarle.

—Es usted harto indulgente conmigo, pero debo hacérmele insoportable con mis preguntas.

—Nada de eso. Yo quisiera, con mis respuestas, devolverle aquella tranquilidad de espíritu que algunas veces le falta. Y, sin embargo, tenga usted la seguridad de que no hay mujer tan querida y adorada como usted; ninguna ha tenido más florida existencia; ha sido usted y es acariciada por sus padres que la idolatran; no tiene usted preocupaciones para el porvenir, etc., etc. De modo que perdóneme si le digo que se queja usted sin razón.

El rostro de Yolanda había cambiado de expresión.

—Sí, todos dicen lo mismo —murmuró—, y mi cuñado piensa como usted. Porque no conocen ustedes las torturas padecidas desde que regresé de un viaje de bodas hasta hoy, pues no puedo apartar del pensamiento la imagen de la desventurada que se mató por él.

—¡Cómo! ¿Aún se acuerda usted?

—¿Cree usted que ciertos dramas se pueden olvidar? Trataban de ocultarme la verdad, pero yo la conocía mejor que los demás, porque la infeliz me escribió antes de morir.

Emiliano estaba asustado ante aquella confidencia. Era un detalle que ignoraba.

—¿Y no lo dijo usted nunca?

—¿En quién podía confiar? Mi marido solo me infundía miedo y si mis padres se hubiesen enterado de lo que pasaba en mi alma, habrían muerto de dolor. No debía confiar más que en mí misma, guardar silencio y mostrarme fuerte. Y he procurado hacerlo, pero, ¡ay!, ¡a costa de cuánto secreto sufrimiento! Porque el fantasma de aquella mujer no me abandonaba nunca y resurge aun de vez en cuando. ¿Y usted que habla de mi felicidad, no cree que tengo el derecho de pretender que mi marido no vuelva a engañarme?

Emiliano estaba profundamente conmovido, agitado, y tomando una mano de Yolanda la llevó a los labios.

—Sí, lo tiene usted, señora —murmuró—. Y le juro por la amistad que me une con los suyos y con usted, que, aun guardando el secreto, yo procuraré que Osvaldo haga a usted la justicia que merece y no tenga usted que lamentarse de él.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias!

Se oyó un ligero frou frou, y Yolanda se levantó precipitadamente.

—Vuelvo al salón —dijo con rapidez—. Hasta la vista, conde.

—Permita usted que la acompañe.

Pero Yolanda había desaparecido y se encontró cara a cara con la extranjera. Susetta tenía en los labios una sonrisa irónica, mientras sus ojos brillaban de un modo extraordinario y su belleza resaltaba de modo maravilloso, fascinador.

—¿Es mi presencia lo que ha hecho escapar a la señora Naldi? —preguntó.

Emiliano sostuvo el fuego de aquellas miradas y, mientras el corazón le martilleaba el pecho, contestó fríamente:

—La señora de Naldi no tiene por qué escapar ante la presencia de nada. Quiso descansar un momento aquí.

—E hizo perfectamente —interrumpió Susetta, sentándose en el sitio donde poco antes estuvo Yolanda—, sobre todo siendo una garantía para ella la presencia del amigo íntimo de su esposo.

Emiliano palideció, pero adquiriendo enseguida un tono amenazador y mirándola al rostro con audaz firmeza, le preguntó:

—¿Qué pretende usted significar con esto, señora condesa?
El semblante de Susetta tomó de nuevo su expresión de candidez e ingenuidad; se apagó la luz de sus ojos y contestó tranquilamente:

—¿Yo? Nada. ¿Acaso no es cierto que usted es amigo de don Osvaldo? Me lo ha dicho él mismo, haciéndome muchos elogios de usted; y si la señora le ha escogido para que la acompañara fuera de aquel salón, donde reina un calor sofocante, no creo que ello pueda dar pie para malévola suposición alguna. Supongo que al oír ahora los primeros acordes del vals, le habrá dejado a usted para irlo a bailar.

A pesar de la sencillez de dichas frases y el aire ingenuo con que Susetta las pronunciara, Emiliano sentía vibrar en aquellas palabras como una sorda ironía, una especie de rencor. Y dejó a su vez de ser dueño de sí mismo para replicar con idéntica franqueza.

—¿Y por qué usted no se hizo acompañar aquí por don Osvaldo? Me parece en bastante intimidad con usted para que nadie sospechara al verle salir del salón en su compañía.

Susetta enrojeció ligeramente, pero hizo como que no sentía el alfilerazo, y dirigiendo la mirada al conde, que, con el codo apoyado

en el respaldo del diván se inclinaba hacia ella, contestó seria y dignamente:

—Don Osvaldo no tiene motivo alguno para ocuparse de mí, por mucho que agradezca las atenciones que me dispensó apenas llegada a esta ciudad, extranjera como soy para todos...

—Menos para mí —exclamó Emiliano, interrumpiéndola e inclinándose más hacia ella—. Le reconocí al instante.

Susetta recibió la bala en pleno corazón, pero ni siquiera agitó los párpados.

—¿Ha estado usted en París? —preguntó con acento de curiosidad—. ¿Conoció usted tal vez a mi pobre marido?

—No. A quien he conocido en Italia es a su madre y a su hermana, y en su misma casa vi su retrato.

Susetta permaneció impasible.

—Creo que se equivoca usted, caballero —respondió con calma—. No he tenido ninguna hermana; mi madre murió hace muchos años y en Italia no me han retratado nunca.

—¿De veras? Pues creo que no me equivoco. No es posible encontrar semejanza igual. La linda joven cuya imagen no he olvidado nunca tiene sus mismos rasgos fisonómicos, la expresión de la mirada y de la sonrisa y, sobre todo, lleva su mismo nombre...

Ella le miró con profundo estupor.

—¿Mi nombre?

—Precisamente; se llama Susetta Rogat.

Se alzó Susetta y, cuadrándose fríamente ante el joven, le dijo con marcada altanería:

—Yo soy la condesa Susetta, viuda de Plumet. Y me parece imposible que un caballero como usted tenga el atrevimiento de

confundirme con cualquier mujer vulgar.

Él pareció no menos altanero que ella, y le contestó:

—Susetta Rogat es una joven honrada, con quien una condesa como usted no desdeñaría parecerse; tanto moral como físicamente, es usted su vivo retrato. Si esta se escondiese bajo un falso nombre, estoy convencido de que no lo haría por una vulgar venganza, sino con un objeto más noble y santo.

Y acercándose más a ella y bajando de nuevo la voz:

—Es cierto que la madre de Susetta quiso hacerme creer que había muerto, pero algo me decía a mí que la pobre mujer había mentido.

Ella le miraba de un modo singular.

—¿Tanto le impresionó a usted la tal Susetta?

—Más de lo que usted pueda imaginarse. Aprendí a amarla y estimarla desde que su hermana me habló de ella y desde que vi las cartas que escribía a su madre desde París, y que recuerdo palabra por palabra.

Susetta se echó a reír, pero con una risa forzada.

—Mi amiga Adriana ha dicho bien. Es usted un hombre distinto de los demás; y realmente, para estimar y querer a una mujer con solo ver su retrato y leer algunas cartas, es preciso ser un ente original o un poeta. Pero como yo no tengo los mismos motivos para ocuparme de aquella Susetta, permítame que le repita que se ha equivocado usted creyendo que yo tenía algo común con ella. Solo en las novelas es donde ocurren tales transformaciones y semejanzas tales.

Y viendo que Osvaldo entraba en aquel salón para ir en busca de ella, fue a su encuentro, tomándole el brazo y diciéndole alegremente:

—Su amigo de usted me ha contado una agradable aventura que le ocurrió con una joven que lleva mi nombre. Haga usted por que se la cuente algún día y se reirá usted como me he reído yo. Ahora, sírvase acompañarme al bufé.

Emiliano quedó mudo; no dio un paso para seguirles, pero cuando Susetta hubo desaparecido, murmuró para sí:

—Es ella; no me cabe duda, y si trata de volver loco a Osvaldo, sus miras se llevará. Pero, por la paz de Yolanda y por mi tranquilidad, que he de descubrirlo. ¡Qué hermosa y fuerte y atrevida es! Tal como su madre me la describió.

Y viendo en la alfombra una rosita blanca que se le cayó a Susetta, la recogió con rubor y la ocultó en su propia cartera.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

Una cadena odiosa

I

Jorge Naldi se encontraba solo en su despacho cuando oyó llamar dulcemente a la puerta.

—¡Adelante! —exclamó Jorge, bruscamente.

Era su antiguo criado.

—Perdone usted si vengo a molestarle —dijo—, pero está ahí Rosa, que desea hablarle.

—Que pase, que pase.

La doncella de Yolanda entró. Su rostro bonachón tenía un aspecto de insólita gravedad.

—¿Puede el señorito escucharme un momento? —preguntó sin preámbulos.

—Sí, Rosa —contestó Jorge—, si no tiene usted ningún quehacer.

—¡Oh! Ahora estoy libre casi siempre; mi señorita parece que tiene fiebre perpetua; no tiene ya confianza en mí; pasa los días fuera de casa y cuando vuelve viene siempre nerviosa y agitada. El señorito no la ve apenas. ¡Ah! Verdaderamente no creía yo que nos halláramos en semejante situación después de catorce meses de matrimonio.

—Bien, bien; cálmese, Rosa; cálmese y siéntese. Justo, cierra la puerta y ten presente que no estoy visible para nadie. No; yo no

creo que las cosas revistan la gravedad que usted supone y tal vez entre usted y yo podremos poner remedio.

—Creo que será tarde ya —añadió Rosa, moviendo la cabeza—. Ha habido demasiadas cuestiones entre marido y mujer. A pesar de todo, suponía que la señorita Yolanda seguiría mis consejos y el ejemplo de su madre, pero ¡quiá! Tiene en sus venas la sangre ardiente de su papá, aunque a Dios gracias posee distintos sentimientos. La culpa, sin embargo, es toda de don Osvaldo; me parece que después de haberle su esposa perdonado en aquella terrible noche, había de besar donde ella pisa. Pero los hombres son todos un atajo de canallas.

Jorge no pudo menos de sonreír.

—¿Todos sin excepción?

—¡Ah! Todos, excepto usted y el señorito Emiliano, que es un caballero como usted —respondió Rosa, con su ruda franqueza—. Pero Dios nos libre de tipos como don Osvaldo. No es que la señorita y yo no nos hayamos mostrado generosas con él, porque si en aquella noche famosa le hubiésemos mostrado la carta que Nilotta dirigió a mi señorita...

Jorge estaba pálido.

—¿Nilotta escribió a mi cuñada? —preguntó aturdido.

—Sí, señor. ¿Y sabe usted dónde colocó la carta para que fuera a parar a manos de mi dueña? En el cajón del reclinatorio. La señorita la encontró antes de descubrirse el cadáver y, sin leerla siquiera, me la entregó para que yo la guardase, temerosa de disgustar a su marido. Una santa no habría obrado con más cautela y solo cuando estuvo conmigo en el tocador me la pidió, y después de leer algunas líneas no tuvo valor para continuar la lectura y se le cayó de las manos. Yo la recogí y la guardo todavía.

—Me la dará usted.

—Pertenece a mi señorita; solo ella puede entregársela, puesto que yo no soy más que la depositaria.

—¿Pero qué decía aquella carta? —preguntó Jorge, impaciente—. Si la leyó usted, puede decirme su contenido.

—Nilotta escribió que odiaba a mi señorita porque le había quitado el hombre a quien amaba: el padre de su hija. ¡Y pensar que la señorita Yolanda no sabía siquiera que tal mujer existiese! Ella, que creía que don Osvaldo era el hombre más perfecto y más honrado de la tierra y estaba persuadida de que su marido no amó nunca a otra mujer que a ella, no podía soñar nunca tantos engaños y tanta perfidia por su parte.

—Mi cuñada se dejó seducir por el semblante y los modales de mi hermano, como tantas otras que se fían solo de las apariencias —dijo Jorge con amargura—. ¿Qué más decía Nilotta?

—¡Oh! Es una carta muy larga. Después de hablar mucho del odio por mi señorita, añade que encontraba la manera de vengarse poniendo su cadáver entre ella y su esposo, como así lo hizo, para que esto fuese la condena de los dos y la maldición de su vida.

Jorge estaba nervioso.

—¡Oh, la desgraciada! Ni aun después de su muerte supo perdonar.

Rosa continuó:

—Si siquiera se hubiese vengado solo de él, menos mal, pero hirió también a la inocente, revelándole sus amores con el señorito Osvaldo. Bien que esta parte de la carta mi señorita no la leyó.

—Pero por lo visto la carta de que usted me habla es un documento precioso —interrumpió Jorge con viveza—. Es un documento que podría servir a Yolanda para defenderse contra cualquiera aserción calumniosa que la creyera cómplice de la traición de su marido.

—Por eso la guardo precisamente —añadió Rosa con tranquilidad—. Pero no es de esto de lo que he venido a hablar a usted. Aquello

pasó entonces bastante bien. Yolanda, siguiendo mis instrucciones, hizo las paces con su marido y parecía resignada. Don Osvaldo la rodeaba de toda suerte de atenciones y todo parecía presagiar un hermoso porvenir, cuando ¡cataplum!, todo se trasmuda. La señorita no quiere oír más mis consejos y sigue el mal humor, y las escenas violentas se suceden y él va por un lado y ella por otro. Todos los días hay agrias cuestiones y enojosas pendencias, y la casa que debía de haber sido un nido de paz y de felicidad está convertida en un infierno. ¿Andas tú a saber quién tiene la culpa de todo? La maldita francesa por quien el amo anda completamente loco.

Jorge frunció agriamente el entrecejo.

—¿Quién le ha dicho a usted esto, Rosa?

—¿Quién? ¡Pues si todo el mundo lo sabe! Todo el mundo sabe que el señorito Osvaldo pierde el juicio detrás de aquella mujer que se ríe de él y de sus suspiros. Pero yo creo que todo ello es un lazo para conquistarle mejor. La tal mujer no debe de ser más que una aventurera.

—Rosa —observó Jorge, severamente—, tenga usted en cuenta que su opinión puede ser equivocada y que la dama en cuestión puede ser una señora honradísima.

Rosa se encogió de hombros.

—El caso es que por culpa de ella mi señorita llora y se desespera.

En el semblante de Jorge se notó una expresión de angustia.

—¿Qué dices?

—Lo que es por más que la señorita finge la mayor indiferencia incluso conmigo, yo le he sorprendido con los ojos irritados y abatida, y mirando por el ojo de la cerradura la he visto llorar en su habitación y la he oído proferir palabras de amenaza y desesperación. No; esto no puede seguir así y temo que Yolanda cometa alguna locura.

—Esto no será —interrumpió Jorge, con aquella firmeza y resolución que tan bien respondían a la energía de su carácter—. Usted, Rosa, procure vigilar a su dueña, siguiéndole los pasos, sin perderla nunca de vista; haga usted por reconquistar su confianza y yo cuidaré de lo demás. Tenga usted confianza en mí.

Rosa se levantó.

—Sí, confío en usted, pero ya verá como esto no concluirá bien. Hasta la vista, don Jorge.

Cuando Rosa hubo salido, el industrial permaneció pensativo un momento. Luego dijo de pronto y casi en alta voz:

—Cumpliré con mi deber a todo trance y Osvaldo me habrá de obedecer. De no, ¡ay de él!

A poco de haber regresado Osvaldo a su despacho, se le presentó Jorge. La fisonomía de este no presagiaba nada bueno, y Osvaldo se estremeció presintiendo que algo grave e insólito iba a ocurrir entre ellos. A pesar de lo cual le preguntó con acento bastante tranquilo:

—¿Me necesitas?

—Sí; he de hablarte y podemos hacerlo aquí sin testigos importunos.

—Siéntate. ¿Me has de dar tal vez alguna queja de algún empleado de la fábrica?

—Solo he de quejarme del propietario.

Osvaldo hizo ver que no tomaba la cosa en serio.

—Lo somos los dos; por consiguiente, tú dirás a quién te refieres, si a ti o a mí.

—Yo nada tengo en la conciencia que me acuse. ¿Puedes decir tú lo mismo?

Osvaldo dirigió una mirada a su hermano.

—Mi conciencia —contestó con gravedad—, es tan pura como la tuya, pues a pesar de mis frecuentes ausencias no descuido los intereses de la fábrica.

—Pero sí los de la familia.

El rostro de Osvaldo se ofuscó y preguntó a Jorge con acento brusco:

—¿Qué significa esto? ¿Es que Yolanda ha venido a quejarse de mí?

Los ojos de Jorge despidieron un rayo amenazador, anuncio de próxima tormenta.

—Aunque lo hubiese hecho, no habría por qué reñirla; pero no. Yolanda tiene un carácter altanero merced al cual sabe ocultar sus lágrimas y sus dolores.

Osvaldo hizo un movimiento de indiferencia.

—¿Qué motivos tendría para lamentarse?

—¿Y me los preguntas? —exclamó Jorge, con indignación—. ¿Dónde pasas las noches, las horas de libertad, cuando tienes una esposa digna que tiene derecho a tu presencia y a tus cuidados?

—Siempre el mismo sermón —interrumpió Osvaldo, nerviosamente —. Según tú y otros que piensan como tú, yo tendría que estar perennemente pegado a las faldas de mi mujer y no permitirme la más pequeña distracción.

—Si querías seguir la misma vida de antes, no tenías que casarte.

—No pensaba que el matrimonio hubiese de ser una cadena.

—La tuya es de flores, que no pocos te envidian, porque no a todos es dable tener una mujer tan encantadora, tan dulce y tan enamorada de su esposo. —Y añadió bajando la voz—: Y piensa además, desdichado, si hubieses encontrado otra como ella, dispuesta a perdonar después de aquella infausta noche.

Osvaldo soltó una amarga carcajada.

—¡Oh! ¡Sí, por cierto! ¡Vaya un perdón! Y ya que ha llegado el momento oportuno, hablemos de eso. Así dejarás de gritarme y no te mostrarás tan tierno con mi mujer, a quien estás siempre dispuesto a defender a capa y espada.

Jorge quedó un instante cohibido. No suponía que la conversación tomara un giro semejante. Las palabras de su hermano le perturbaban, le asombraban y le producían una especie de sorda irritación. Por lo cual preguntó iracundo:

—¿Qué ocurre, pues? Explícate.

Y Osvaldo, con acento de mofa, contestó:

—Pues que la buena, la dulce, la enérgica Yolanda, que delante de todos se mostró tan heroica, no solo perdonándome sino aumentando sus atenciones para conmigo, apenas estábamos solos cambiaba por completo. Se hacía glacial y marmórea, y si intentaba abrazarla, según estaba en mi derecho, encontraba un pretexto para rechazarme, para alejarme de ella, diciéndome que la muerta estaba entre nosotros, que la muerta nos separaba y se vengaba de esta manera. Imagínate mi suplicio. ¡Con el ardor de mi carácter, estar al lado de una mujer hermosa, adorable y adorada, y no tener el derecho de darle un beso ni estrecharla entre mis brazos!

Jorge estaba violentamente conmovedor.

—Pero ella sufriría cuanto tú —balbució.

—¿Tú lo crees? —prorrumpió Osvaldo con vehemencia—. Pues yo estoy persuadido de lo contrario, y cuenta que mi suplicio duró un año. Dos veces intenté franquear la barrera que existía entre nosotros, y mi mujer quedó como muerta en mis brazos; y tal fue mi espanto, que renuncié a toda otra tentativa. Y mientras yo me volvía nervioso, triste, intranquilo, como tú mismo observaste, temiendo estar enfermo y cambiando hasta de carácter, con asombro de nuestros obreros, la dulce Yolanda se hacía más fresca y más

hermosa y escribía en su álbum sus impresiones, que se traducían en frases como estas: «Cuando un ídolo está roto, se tiran los pedazos con verdadero placer.» «En este mundo el que no se consuela es porque no quiere: todo tiene cura, incluso el amor.»

Jorge estaba fuera de sí; creía soñar. ¿Era posible lo que su hermano le contaba? Lo ponía en duda. Osvaldo lo comprendió y le dijo sonriendo irónicamente:

—Tú no me crees, lo adivino; pero pregúntale a Yolanda, te autorizo para que le preguntes. Deduce de todo eso mi estado de ánimo. Acabé por creer que no me quería y que obraba así por pura coquetería o para castigarme por lo ocurrido, que ante los demás había fingido perdonarme. Entonces yo mismo cambié de modo de ser; me arrepentí de haber pasado un año suspirando y sufriendo, y todo el amor que sentía por Yolanda se evaporó, igual que si las frases por ella escritas en su álbum hubiesen penetrado en mi espíritu y destruido su imagen. Entonces la hipócrita se echó en mis brazos la primera; ya no estaba allí la muerta para separarnos ni se acordaba de las historias que antes inventara. ¿Andas tú a saber por qué? Porque había comprendido que yo le huía y quería sujetarme. Te confieso que la fiebre de los sentidos se apoderó de mí por un instante; pero se calmó enseguida, pensando que durante un año le había servido de juguete. Y odié desde aquel día su presencia y volví a frecuentar mis antiguos lares, dejando a Yolanda en completa libertad de acción.

—¿Pero no piensas —prorrumpió Jorge con violencia— que Yolanda aun no ha cumplido veinte años? ¿Y si ella, excitada por tu abandono, olvidara sus deberes conyugales?

—No lo hará; pero si lo hace, peor para ella.

—Peor para ti, desgraciado. ¿No piensas en el honor de tu nombre?

—Yolanda no llegará a tal punto, podría jurarlo, pero si llegase yo sabría cuál era mi deber.

—Precisa evitar el peligro.

—Si quieres hacerlo tú, dueño eres. Por lo que a mí respecta, te suplico que me dejes en paz, porque no me apartaré de mi resolución.

Jorge no podía más.

—¿Andas tú a saber si yo te impusiera que volvieses con tu mujer?

Osvaldo no se incomodó y, desafiando a su hermano con la mirada, le dijo:

—¡No te obedecería!

—¿Este es el pago que me das por haberte hecho las veces de padre, haber velado por ti y haber evitado que te llevaran a la cárcel por asesino?

Cuanto más se irritaba Jorge, más indiferente se mostraba Osvaldo.

—He de hacerte observar, ante todo —le dijo—, que yo no he asesinado a nadie, por lo que no había de serme difícil probar mi innocence; en segundo lugar, no creo haberte faltado nunca al respeto, precisamente porque te consideraba más como un padre que como un hermano y te obedecí siempre, incluso cuando no estábamos de acuerdo; en tercer lugar, nunca descuidé la fábrica ni los negocios y por lo mismo tengo derecho a que, en cuanto atañe a mi vida privada, ni tú ni nadie se entrometa. Si tanto interés sientes por mi esposa, consuélala tú, aunque no te creo apto para ello.

Vivísimo carmín tiñó las mejillas de Jorge, quien dio tan fuerte puñetazo sobre la mesa que en poco estuvo que no volara cuanto en la misma había. La ira le devoraba.

—¡A mí solo me interesa el buen nombre de nuestra casa! —gritó—. Y si tú lo olvidaras, yo haría de manera que lo recordases.

—Recuérdaselo a mi mujer, que lo necesita más que yo.

Pareció por un momento que iba a ocurrir algo trágico. Jorge había levantado el puño como para dejarlo caer encima de su hermano, pero de pronto palideció y vaciló. Dejó caer el brazo a lo largo del cuerpo y se fue diciendo sencillamente con acento destrozado por indecible angustia:

—¡Ingrato! ¡Traidor! Sigue obrando como un canalla. Día vendrá en que te arrepentirás.

Osvaldo enmudeció y, cuando su hermano hubo salido, su fisonomía se alteró, sus ojos se llenaron de lágrimas y, apoyando la cabeza en la mesa de ministro, lloró como un niño.

II

Al día siguiente de su encuentro con René, Cinta buscó un pretexto para no ir a la fábrica. Se pasó el día arreglando su mejor traje y pasó largos ratos delante del espejo, cambiando distintas veces el peinado y sonriendo ante su propia imagen.

La Soldadona la oyó cantar y reír distintas veces.

—Muy alegre estás hoy —le dijo—. ¿Se te pasó el dolor de cabeza? ¿Desapareció la melancolía?

—Sí —contestó Cinta—. Y desde ahora estoy resuelta a no preocuparme por nada y a gozar la vida.

—¡Por fin! Así es como te quiero...

Cinta se guardó mucho de dejar transparentar la verdadera causa de su alegría; no dijo una palabra de su encuentro con René, comió con mucho apetito y, al atardecer, envuelta en un abriguito de lana, dijo a la Soldadona:

—Me voy hacia la fábrica, porque he de hablar con una compañera mía; hasta la vista.

—Vuelve pronto.

—No tardaré.

Dirigióse hacia la barrera y, una vez allí, preguntó a un guardia si sabía indicarle la calle Montalvo.

—¡Oh! —contestó el guardia—, mucho tiene usted que andar si va usted a ir a pie, porque está en la parte opuesta de la ciudad. Yo aconsejaría a usted que tomara el tranvía que pasa por aquí y la conducirá a la plaza del Castillo; una vez allí, tome usted el del Martinetto, que sale por la calle Garibaldi, y la llevará a la plaza de la Gran Madre de Dios. De allí a la calle Montalvo hay poca distancia y cualquiera se la podrá indicar.

—Gracias.

Siguió el consejo del guardia e hizo bien, porque necesitó tres cuartos de hora para llegar a la villa de las Rosas. Pero apenas puso el dedo en el botón del timbre, vaciló. ¿No se habría burlado de ella aquel joven? ¿Era posible que fuese el hermano de Nilotta, de la pobre Nilotta a quien la miseria y el abandono de Osvaldo condujeron a tan trágico fin?

Mientras estas ideas torturaban su imaginación, entre indecisa y perturbada, el mismo René le abrió la puerta.

Cinta lanzó un grito de alegría.

—¡Ah! ¿Es usted? —dijo, tendiéndole la mano, que él tomó para atraer a la joven al interior del chalé.

—Sí, yo soy —le contestó—. ¿Dudabas aún? ¿Andas tú a saber por qué me hablas de usted?

—Porque me parece un sueño que un caballero que habita este palacio pueda pensar en mí.
René sonrió y, después de cerrar la puerta, llevó a Cinta a través del vestíbulo, que estaba eléctricamente iluminado y adornado con flores y estatuas. Haciéndola pasar por una galería de cristales, la introdujo en un saloncito cuajado de espejos y dorados, y espléndidamente iluminado.

—Y a mí —le dijo— me parece imposible que no te convenzas de que eres una muchacha hermosa, digna de ser amada... Mírate...

Le había quitado el abriguito de lana y la había colocado delante de un espejo.

Cinta enrojeció.

—Con este traje soy un horror —balbució.

—Si sabes conquistarlos, los tendrás de seda y terciopelo.

—¿Qué he de hacer?

—Siéntate y óyeme.

Cinta se sentía intimidada en aquel ambiente y ante el acento del joven. Obedeció palpitando.

—Te he dicho que te conozco y sé cuánto te afecta —añadió René—. Tú has soñado riquezas, ambición, y has amado o amas todavía a tu dueño Osvaldo.

—No; no le amo; le odio —interrumpió la joven con vehemencia.

—Corriente. Tú querrías vengarte de él y de tus compañeras, y pegarías fuego a la fábrica si esta no estuviese asegurada y la vigilancia no fuese severa.

Cinta palideció de una manera atroz. ¿Cómo podía saber aquel joven que ella había pensado en esto?

René se echó a reír.

—¿No digo la verdad?

—Sí, pero sus verdades de usted me dan miedo, porque lee usted en mi pensamiento, como si yo misma se lo hubiese confesado. ¿Y si lo refiere usted a otros?

—¿No tienes confianza en mí?

—Sí.

—¿Crees que yo puedo hacerte daño?

—No.

—Perfectamente; de este modo marcharemos de acuerdo. Yo procuraré realizar todos tus deseos y tú, por tu parte, no tendrás que hacer otra cosa que obedecer.

Cinta sonrió, mientras sus ojos brillaban.

—¿A tu voluntad? —preguntó con un movimiento de graciosa coquetería.

René se levantó.

—Nada de eso —contestó en tono grave—. A la de la señora.

En aquel instante acababa de abrirse una puerta del salón y apareció Susetta vestida completamente de negro.

Cinta la reconoció al instante e hizo un paso atrás, mirando a aquella mujer, cuya belleza humillaba a la suya y a quien sentía odiar con toda el alma.

—La extranjera —balbució—. ¿Usted? ¿Usted?

—Sí, yo, Cinta —respondió Susetta, con la mayor calma—. ¿Te infundo miedo acaso?

—No, señora —contestó la joven morena—. Pero yo a usted no la podré obedecer jamás, porque comprendo que quiere tenderme un lazo, como me lo tendió el joven haciéndose pasar por hermano de Nilotta. Y yo, tonta de mí, he caído en él.

Se volvió para apostrofar a René, pero este había desaparecido ya.

Susetta siguió tranquila y sonriente.

—Te equivocas, Cinta —dijo acercándose a ella y con una voz melodiosa que seducía a todo el mundo—. Aquí nadie pretende burlarse de ti.

La joven había recobrado su serenidad; una mirada de odio relampagueó en sus pupilas, mientras respondía con violencia:

—A mí no me engaña, señora... ¿Cree usted que ignoro, lo que no es ya un misterio para nadie, que usted es la amante de don Osvaldo?

Susetta no se sonrojó ante la injuriosa frase.

—Si yo fuese su amante —contestó—, no tendría por qué acudir a ti para castigarle. Si te he elegido entre tus compañeras, es porque te he creído la más capaz de comprenderme y secundarme.

Cinta se estremeció.

—Pues, ¿quién es usted, señora?

—Soy la dueña del que te condujo aquí, a quien he prometido ayudar en su venganza. Él creyó haber encontrado en ti un auxiliar poderoso, una muchacha llena de corazón y de talento, una muchacha hermosa que le habría comprendido; pero veo que René se ha equivocado.

El efecto de estas palabras fue inmenso. El rostro de Cinta cambió en seguida de expresión y, juntando las manos, dijo:

—¡Oh! Perdone usted, señora, perdone usted; yo no sabía, yo no podía suponer... Cuando la vi, sentí que la sangre se me subía a la cabeza, porque la reconozco en seguida y creí que era usted la causa de que don Osvaldo me hubiese rechazado.

—¿Le amó usted mucho para llegar a odiarle de tal manera?

Los ojos de Cinta echaban chispas.

—Yo no sé si le amé —contestó con franqueza—. Lo que sí es cierto es que estaba cansada de tanta miseria, como lo estoy ahora.

—Las riquezas adquiridas a precio del propio honor y de la tranquilidad de espíritu no suelen disfrutarse mucho y pueden

resultar fatales —añadió Susetta, dulcemente—. Yo le daré los medios de que sea usted rica, sin que su conciencia deba de sentirse torturada.

—¿Qué he de hacer, señora? —preguntó Cinta, recobrando enteramente su sangre fría.

—Es lo que ahora te explicaré.

Aquella noche no durmió Cinta en casa de la Soldadona.

Al día siguiente, vistiendo un traje nuevo que hacía resaltar su singular belleza de gitana y daba un nuevo encanto a su expresiva figura, se presentó en la fábrica cuando habían llegado ya las demás y pidió permiso para hablar con don Osvaldo.

Este se encontraba de pésimo humor. La noche antes había tenido un disgusto con su mujer, provocado por él mismo. Después de comer con ella sin decir una palabra, cuando Rosa hubo quitado la mesa, murmuró entre dientes, mientras encendía un cigarrillo:

—¡Uf! Tu doncella es insoportable; cuando me mira parece que se me quiere tragar. Pero si se figura que se me va a imponer, se equivoca por completo.

Yolanda le miró fría y despreciativamente.

—¿De veras? —dijo—. ¿Y qué ibas a hacer?

—Despacharla.

—Tú podrás despachar como te plazca a las obreras de tu fábrica —exclamó Yolanda—. Cuanto a mi doncella, te convenga o no, seguirá aquí.

—¡Oh! ¡Oh! ¡En qué tono lo dices! —exclamó él, levantándose—. ¿Quién te ha enseñado a rebelarte contra la voluntad de tu marido?

—Tú mismo, con tu conducta —contestó la joven, con una frialdad aplastante.

Osvaldo estaba rojo de ira y, moviendo una silla a la cual se había aferrado, exclamó:

—¡Oh! Ya empiezas a cansarme, ¿comprendes? Estoy harto de tus censuras. Y no admito, sobre todo, la intervención de mi hermano, ante quien te haces pasar por víctima, siendo así que te dejo en libertad de obrar como te venga en gana y no te impongo la odiosa cadena que tú querrías imponerme.

Yolanda también se había levantado y con toda su energía le dijo:

—Yo no te impongo que me respetes. Si mi cadena te es odiosa, si quieres romper todo vínculo, todo deber que te une a mí, no seré yo quien te lo impida; pero mientras no haya una ley que nos separe, pretendo y quiero que tú no pisotees mis derechos de esposa y dueña de casa para no tener que sonrojarme y avergonzarme de ti delante de los demás.

Y volviéndole orgullosamente la espalda, le dejó solo.

Osvaldo se mordió los labios, porque se sintió humillado; pero no quiso dar a Yolanda la razón. Salió de casa y se fue a dar vueltas enfrente de la villa de Susetta. ¿No era acaso por ella, por ella que se le había infiltrado en la sangre, por quien estaba a mal con su esposa y se le hacía odiosa la cadena del matrimonio? Susetta le debía una compensación por las luchas intestinas que venía sosteniendo; pero la seductora viuda, que unas veces parecía darle oídos y otras le rechazaba con una especie de rebelión, le decía:

—No, no; yo no soy mujer que me entregue a un hombre casado y mucho menos al que tiene, como usted, una esposa con cuya amistad me honro.

Osvaldo estaba a punto de llamar a la puerta de la villa, cuando una nueva idea hizo que se alejara de allí para dirigirse al Círculo, donde estuvo jugando toda la noche. Generalmente era afortunado en el juego; pero aquella noche su cabeza no regía bien y jugó mal. Y

cuando se levantó para marcharse a las tres de la madrugada, llevaba perdidas veinte mil liras.

Se fue aturdido a su casa y no durmió más que una hora. A las siete estaba en su despacho de la fábrica.

Cuando le dijeron que Cinta deseaba hablarle, exclamó con violencia:

—¿Qué quiere aún de mí esa gitanota?

—Creo que quiere dejar la fábrica —contestó el que había ido a avisarle.

—¡Y bien! Que vaya enhoramala.

—Usted perdone. Permita al menos que le salude —dijo la muchacha, que había oído desde fuera y, abriendo la puerta, se había adelantado.

Osvaldo se sonrójo ligeramente. Después de todo, la joven, con su franca y atrevida declaración, no hizo otra cosa que dar satisfacción a su amor propio. Él, en cambio, se mostró poco generoso para con ella, avergonzándola enfrente de sus compañeras.

Y, ¡cosa rara! La que entonces le pareció tan fea, la encontraba ahora totalmente cambiada. Veía en ella una figura esbelta, flexible, y sus negros y rizados cabellos peinados con coquetería, sus ojos de mora, su cutis aceitunado, sus labios rojos y carnosos y sus dientes blancos formaban un conjunto seductor.

Con lo que cambió también de expresión el semblante de Osvaldo, y despidiendo al criado, que se marchó precipitadamente cerrando tras de sí la puerta, le dijo con más calma:

—¿Qué ideas son las tuyas? Cuando yo mismo te despedí, no quisiste marcharte. Y ahora que estoy bastante contento de ti, eres tú la que te quieres marchar. ¿A qué obedece esta determinación?

Cinta le miró sin alterarse.

—A haber encontrado colocación mejor en sitio donde las compañeras no se me burlarán.

—¿Por qué se han de burlar de ti tus compañeras?

—Porque supieron que yo me había enamorado de usted.

Osvaldo no pudo menos de sonreír y admirarla. Sí; aquella muchacha era realmente hermosa y él fue un estúpido en no aprovechar la ocasión.

—¿Y ahora no lo estás ya? —le preguntó.

—Ahora he puesto juicio —contestó con graciosa malicia—. Además, si en el sitio a donde voy supieran que tengo simpatía por usted, ya no me aceptarían. He venido precisamente para rogarle que, en el caso de ir a donde voy yo, no hable usted mal de mí y oculte sobre todo mi acceso de locura, del que estoy arrepentida.

—¿De veras? ¿Estás arrepentida?

Bajó los ojos y, retorciendo una punta del delantal, contestó en voz baja:

—Sí, señor.

Osvaldo, que se había levantado de su asiento, se acercó a ella.

Cinta dio un paso hacia atrás.

—¿Te doy miedo ahora? —le preguntó—. ¿No te acuerdas ya del día en que tú misma me echaste los brazos al cuello?

Cinta seguía con los ojos bajos.

—Aquel día fui una estúpida; obré sin reflexionar, pero después de las palabras que usted me dijo, lo comprendí y me prometí a mí misma que jamás volvería a cometer locura semejante.

—¿Aunque tu principal hubiese variado de modo de pensar y te ofreciese en la fábrica un empleo mejor?

—Tampoco. Mi decisión es irrevocable.

Osvaldo hizo un ademán de impaciencia y mal humor.

—Pero, en fin, ¿me dices a dónde vas? —exclamó bruscamente.

—Es verdad; no se lo había dicho aún —contestó Cinta, con aparente ingenuidad—. He encontrado una colocación de camarera en casa de una señora que usted conoce.

Osvaldo se estremeció.

—¡Qué señora! —interrumpió vivamente—. Conozco tantas, que si no me dices su nombre...

—La señora condesa de Plumet.

Osvaldo retrocedió bruscamente.

—¿En su casa? ¿Quién te ha colocado allí? ¿Te ha buscado ella?

—No, señor —contestó Cinta, con aparente acento de sinceridad—. Fue una casualidad. Yo le explicaré lo que ocurrió. Después de aquella locura mía, aunque le pedí a usted perdón y continué en la fábrica, sufría lo indecible. Mis compañeras se burlaban de mí y los hombres me escupían al pasar. «¡Ah! —decían—. Conque querías al amo, ¿eh? ¿Un obrero honrado no era bastante para ti? A don Osvaldo le das asco como a nosotros». Esto era demasiado; yo no podía soportar aquellas continuas injurias. Y como quiera que un día me encontré con una amiga mía que está de camarera en casa de una señora muy rica y le conté lo que me estaba sucediendo, me dijo: «Eres una gran tonta. ¡Cómo! ¡Estás en una fábrica donde, sobre no ganar lo suficiente para vivir, te insultan! Con tus maneras y tu instrucción podrías encontrar una buena colocación de camarera y ser envidiada de todas tus compañeras». Y me demostró que en su clase las muchachas son menos esclavas que en una fábrica. Me contó que ganaba sus treinta liras al mes, bien comida, bien alojada, con los regalos de la señorita, su libertad absoluta los días de fiesta y hasta cuando la dueña la mandaba a algún recado. Yo tengo

bastante juicio y pude comprender que mi amiga no me engañaba y, estimulada por la perspectiva de mejorar mi suerte, le encargué a ella misma que me buscara colocación. Y me la encontró en casa de la condesa de Plumet. Me presenté a la bella dama en la mañana de ayer y no le oculté que trabajaba en su fábrica.

Osvaldo se estremeció.

—¿Habrás sido tan tonta que le habrás contado tu locura y el motivo porque te marchas?

—No, señor —contestó con irónico acento la joven—. Esté usted tranquilo; no quise exponerme a perder una colocación apenas encontrada. Dije que, huérfana, sola en el mundo, con lo que ganaba en la fábrica no tenía lo suficiente para atender a las exigencias de la vida, y como me interesaba mantenerme honrada, había decidido buscar una buena plaza de camarera, con la convicción de llenar bien mi cometido, puesto que sé coser bien y planchar y vestir a una señora. La condesa sonrió; me admitió con las mismas condiciones de mi amiga, y me dijo que pediría a usted informes acerca de mi conducta en la fábrica.

Le miraba sonriendo maliciosamente. Él volvió a acercarse.

—¿Y si se los diera malos? —preguntó.

Cinta movió la cabeza.

—Esto no lo hará usted, porque... en fin, si usted se muestra generoso conmigo, yo lo seré con usted. Por lo que he comprendido, mi señorita se interesa mucho por usted.

El semblante de Osvaldo delató una verdadera emoción.

—¿Lo dices de veras? ¿No me engañas con la esperanza de que yo sea indulgente contigo?

—No, señor; se lo juro. La condesa me hizo muchas preguntas acerca de usted, incluso me preguntó si mantenía relaciones con muchachas de la fábrica.

—¿Y tú qué es lo que le contestaste?

—Que se mostraba usted muy severo con todas. Y entonces la condesa me dijo que usted debía de estar muy enamorado de su esposa. Pero yo le contesté...

—¿Qué le contestaste? ¿Qué sabes tú de todo eso? —interrumpió Osvaldo, con ímpetu.

—Yo no sé nada —contestó Cinta, sonriendo—, pero creyendo hacer a usted un favor, le dije por decir que no lo creía y que se decía que su matrimonio había sido puramente de interés. Y ahora usted perdone si le he entretenido con mis charlas; me voy.

—Un momento —añadió el industrial, con más dulzura—. Ahora he de hablarte yo y espero que nos entenderemos.

—¿En qué? —preguntó Cinta, dirigiendo sus ojos de mora al industrial, con una expresión de vivo estupor.

—En todo; siéntate.

—Obedezco.

Osvaldo colocó una silla a su lado, se sentó en ella y diciendo a Cinta en voz baja:

—Yo fui un tonto un día en no apreciarte en cuanto vales —dijo—. Pero tenía otros quebraderos de cabeza y no podía fijarme en ti.

—También hoy debía usted de tener esos quebraderos —contestó atrevidamente Cinta—, porque cuando le hice pedir permiso para hablarle, me trató usted de gitanota y dijo que me mandasen enhoramala.

Él le tomó una mano.

—Hice mal. ¿Te basta con que te diga esto? —dijo mirándola con sus seductores ojos—. Se ve que nunca me fijé bien en ti; pues de haberte mirado bien no te habría dejado escapar.

—¿Pretende, acaso, hacerme ahora una declaración? Le he dicho ya que quiero ser juiciosa. Además, si estuviera aún enamorada de usted, no me habría ido a servir a casa de una dama que profesa a usted mucha simpatía.

—Tú eres una criatura muy lista; enamorada de mí no lo estuviste nunca; pero querías conquistarte una posición en el mundo; dime la verdad.

—Pues bien, sí; es verdad; estaba cansada de respirar durante todo el día el aire viciado de la fábrica y oír el ruido continuo de las máquinas para ir a la noche a lavar platos y copas al figón de la Soldadona; hacer de criada de cantina para tener un poco de sopa y alojamiento gratis y poder ahorrar algún dinero, siquiera para vestirme. Porque a mí me gustó siempre tener mi ropa blanca limpia y fina, buen calzado y lindas peinetas. Yo sabía que usted era tan guapo como generoso y, si hubiera conseguido que se hubiese usted fijado en mí, no habría padecido ni miseria ni humillaciones. Había tenido un sueño de oro y me encontré con un puñado de moscas.

—Tu sueño podrá realizarse aún si me ayudas a conquistar a tu nueva dueña.

—¡Ah! Bien lo comprendí que estaba usted enamorado de la bellísima extranjera —dijo Cinta con acento malicioso—. Y no habría tenido celos de compartir con ella los favores.

—¿Lo dices de veras?

—Claro que sí, porque entre la condesa y yo no puede haber comparación; por consiguiente, si usted se hubiese explicado desde el primer momento, yo habría procurado servirle desde entonces. No le oculto, sin embargo, que es una conquista difícil. De cuanto he podido comprender, mi señorita es riquísima; por consiguiente, ni el oro ni el interés han de hacerla ceder; adora a su hija y esta puede ser un obstáculo para el logro de sus deseos, y finalmente creo que hay otro que anda loco por la viuda y quiere casarse con ella.

Osvaldo palideció y cogió a la joven por un brazo.

—¿Sabes quién es ese? ¡Habla! —dijo con vibrante acento.

Cinta no pudo disimular una sonrisa llena de malignidad; pero no se descompuso.

—¡Qué enamorado está usted! —exclamó—. No, en concreto nada sé. Me lo ha dicho mi amiga y esta lo supo por conducto de un criado; pero siendo la doncella de la señorita, no me escapará ningún dato que la concierna.

—Has de decírmelo todo, ¿comprendes? Todo, porque en mi amor por la condesa no está interesado tan solo el corazón: media también el amor propio... Y si me ayudas a conseguir mi intento, habrás conseguido tu fortuna.

—No me basta —dijo Cinta, con audacia—. Quiero también su amor de usted.

—Tendrás la una y lo otro —prorrumpió Osvaldo, cuyo cerebro era un volcán.

—Además tiene usted que devolverme la honra delante de mis compañeras, las obreras, que por su culpa me insultaron y se burlaron de mí.

Osvaldo frunció levemente el entrecejo.

—¿Qué quieres que haga?

Los ojos de la joven languidecían en ademán suplicante.

—No es esta una pretensión mía —contestó—; es un simple ruego. Lléveme donde el cajero, pasando por mi taller, finja ante mis compañeras que me habla confidencialmente y acompáñeme hasta la puerta de salida...

—No; esto es imposible —interrumpió Osvaldo, enrojeciendo.

—¿Dice usted que es imposible? ¿Y no es acaso difícil el papel que usted me ha encargado y que yo acepto? Acabemos: o asiente usted a lo que le pido, que al fin y al cabo no es más que una reparación muy justa por la humillación a que un día me sometió, o ayudaré a otro a conseguir el corazón de la bella extranjera.

—Esto no lo harás —dijo Osvaldo, en tono de amenaza.

Cinta rió burlonamente.

—¿Que no lo haré? —prorrumpió con audacia—. ¿Cree usted acaso que tiene el derecho de imponerme su voluntad? ¿Olvida que ya no soy una esclava?

—¿Y no piensas tú que bastaría una palabra mía para que la condesa no te admitiese en su casa?

—¿Usted lo cree? Pues se equivoca. Porque yo iré a ver a su mujer y haré que ella me recomiende, explicándole los motivos por los cuales usted se niega a complacerme.

Osvaldo trinaba.

—¡Eres un demonio!

—Se equivoca usted; no soy más que una pobre criatura que estima en mucho su propia dignidad y no quiere ser víctima de una injusticia. Como no tuve nunca en el mundo quien me defendiera, me defendí siempre yo misma. Para mí no hay en el mundo otro amo que Dios y no admito que hombre alguno me imponga su voluntad desde el momento en que no secunda la mía.

—¡Oh! Basta ya de charla; lo repito, eres un demonio y doblo la cerviz ante tus deseos.

Cinta sonrió como alma triunfante.

—¡Al fin! —exclamó—. Y crea usted que no tendrá que arrepentirse de semejante sumisión.

—Así lo espero —dijo Osvaldo, levantándose, porque tenía prisa por acabar con las pretensiones de Cinta—. Vamos.

—No ponga usted esta cara ni esos ojos, o no hemos dicho nada. Mientras esté conmigo en la fábrica, acuérdese usted de la condesa... y sonría.

Osvaldo no pudo mantener la seriedad y salió del despacho riendo con ella. Atravesaron los talleres, inclinado él hacia Cinta, como si le susurrara frases de amor, y sonriente y coqueta ella, haciendo gestos impregnados de coquetería.

Las obreras quedaron como atontadas. Cinta se detuvo a saludar a algunas, diciendo en voz alta:

—Estoy cansada de trabajar en la fábrica y gastar la salud por poco dinero: he encontrado algo mejor.

—Ya se ve —le contestaron—. Buena fortuna, mientras dure...

—¡Oh! ¡Espero que esta vez será perdurable!

Osvaldo sufría horrores; a cada momento creía ver comparecer a su hermano y sentía calofríos de vergüenza por el papel que estaba desempeñando. Con todo, no fue capaz de pronunciar una palabra brusca que pudiese herir la susceptibilidad de Cinta, dispuesta a contestarle descaradamente en presencia de todos.

Por fin aquel suplicio terminó. Entraron en la Caja; el cajero arregló las cuentas a la joven, a las cuales añadió Osvaldo una gratificación de cien liras.

El cajero abrió los ojos desmesuradamente y dejó escapar una sonrisa.

Cinta dio las gracias a Osvaldo con una mirada provocadora y, acompañada por él hasta la puerta de salida, dijo, haciendo como que no veía al guardián, que estaba también asombrado:

—Hasta pronto, mi querido amo, porque para mí será usted siempre el amo.

Y le tendió la mano, que estrechó maquinalmente.

Luego Cinta se fue dirigiéndose a casa de la Soldadona.

¡Oh! ¡Qué feliz se sentía en aquel momento! ¡Cómo brillaban sus ojos y se acentuaba en sus labios la sonrisa!

—He logrado la revancha —murmuró caminando apresuradamente —. ¡Quién sabe cuántas de mis compañeras me están envidiando o maldiciendo en este instante! ¡Y cómo ha caído el tonto en el lazo! ¡Lo ha creído todo! ¡Infeliz! ¡No sabe lo que le espera! ¡Ah! ¡Qué raro es el mundo!

Cinta interrumpió su monólogo porque se encontraba enfrente de la puerta de cristales de la cantina. La abrió y vio a la Soldadona detrás del mostrador, sirviendo a un parroquiano.

—¡Buenos días! —gritó Cinta, alegremente.

Al oír aquella voz y al ver a la muchacha, a la vieja estuvo a punto de caérsele la botella de la mano.
—¡Ah! ¿Eres tú, buena pieza? —exclamó—. Pensaba que te habrías perdido o que te habrían matado. Estuve a punto de avisar a la policía. ¿Dónde pasaste la noche?

—A una muchacha hermosa no se le hacen tales preguntas — observó el parroquiano, que había bebido de un sorbo la copa y echado diez céntimos en el mostrador—. Fuera ser imbécil para no comprenderlo.

Cinta se sulfuró.

—El imbécil es usted con sus suposiciones —contestó—. Pero la Soldadona sabe que soy una muchacha honrada y no como las que usted supone.

—Usted no sabe lo que quise decir.

—Sí, hombre, sí; lo he comprendido perfectamente.

—En fin: con las mujeres no se discute. Adiós.

La Soldadona y Cinta le vieron salir con gusto. Quedaban solas y podían hablar a sus anchas.

—Ahora contéstame —dijo la vieja—. ¿Dónde estuviste? ¿Quién te dio el traje nuevo que vistes?

Cinta tenía ya preparada la historia que había de referir. Se asentó junto a un velador; se le acercó e hizo otro tanto la Soldadona, y comenzó de esta manera:

—¡Oh! Es una aventura. Ya sabes que ayer salí para ir a dar un paseo por la barrera. Delante de mí iba una señora que llevaba una niña de la mano, y mientras, llegaba a escape un coche tirado por dos caballos. La niña gritó diciendo: «Ahí viene, mamá...». Y separándose de ella, echó a correr hacia el coche, gritando: «¡Esteban! ¡Esteban!». La señora dio un grito; la niña estaba a punto de ser arrollada por el coche, que el cochero no tuvo tiempo de detener; yo vi el peligro y antes que la madre conseguí coger a la niña, que entregué sana y salva a la señora; pero a consecuencia de un falso movimiento que hice, caí al suelo y quedé como desvanecisda.

—¡Demionio! —interrumpió la Soldadona—. Pusiste en riesgo tu vida. ¿Te lo recompensó la señora, siquiera?

—Tú misma juzgarás. Cuando recobré los sentidos, estaba en el coche con ella y la niña; la señora me dijo que había ido a dar un paseo extramuros, ordenando al cochero que fuera luego a buscarlas con el carruaje; que la niña, apenas la vio, le llamó por su nombre, sin comprender el peligro que corría al ir suelta al encuentro del coche, y sin mí a aquellas horas la pobre criaturita habría muerto aplastada por las ruedas del vehículo. Quiso saber quién era y no le oculté la verdad. Y esto bastó para que se interesara por mí; quiso conducirme a pasar la noche en el hotel donde se hospeda y me

propuso que quedara a su servicio como doncella de la niña y marcharnos juntas de Turín.

Al oír esto, el rostro de la Soldadona se encendió y, pasándose los dedos por los untuosos cabellos, le dijo con voz ronca:

—Supongo que no habrás aceptado.

—Habría sido una tonta no aceptando —respondió Cinta, con audaz sonrisa.

—¿Y yo te recogí y te tuve conmigo para que me lo pagues de esta manera?

—Creo que no merezco estas palabras. Si me has dado de comer y dormir, no he dejado de servirte peor que una esclava. Por lo demás, estoy dispuesta a pagarte cuanto has gastado por mí, pues aquella señora me ha dado dinero para ello.

La Soldadona se puso las manos en las caderas.

—Ya te los puedes guardar tus dineros —gritó—. No me esperaba que después de mostrarte ingrata llegaras a insultarme así. No —añadió, en un ímpetu de furor—, tú no me dejarás; tú no te irás; yo no quiero que te vayas.

Cinta se levantó.

—¿Crees imponerte hablándome en este tono? —exclamó—. Tú me conoces y sabes que a la fuerza no me tendrás.

La Soldadona tenía los ojos inyectados de sangre y cerraba los puños.

—Yo te denunciaré como ladrona, ¿comprendes? Y ya sabes que no me faltan medios para probar mi acusación.

Cinta no se alteró.

—Sí; ya sé que eres una espía —dijo fríamente y con desprecio—. Pero yo contaré también tus hazañas y tus delitos y presentaré

testigos que lo adverarán.

La Soldadona estaba roja de ira.

—¡Ah, ingrata, canalla, sin corazón!

—Vaya, cálmate, o acabarás por sufrir del hígado. ¿No me decías tú misma que yo era digna de mejor suerte? ¿Y ahora que la he encontrado querrías privarme de ella?

La Soldadona se iba calmando.

—Si te hubieses quedado en Turín, poco me habría importado; pero no, te vas lejos, lejos, y me dejas sola como un perro...

No pudo proseguir; soltó un ronco sollozo y se ocultó el rostro con las manos.

Cinta se le acercó, inclinándose hacia ella.

—¡Qué estúpida eres! —dijo—. En vez de alegrarte de mi fortuna, de darme valor, de incitarme a marcharme y volver un día cargada de oro para partirlo contigo, me amenazas y lloras y te desesperas. Vaya: veo que así no iremos de acuerdo y me voy.

La Soldadona la cogió por las faldas.

—No, no; espérate, oyeme.

Cinta se sentó de nuevo.

—Di; pero acaba pronto.

La vieja se restregó los ojos.

—Bien, ya no lloro —exclamó—. ¡Ah! Tú no sabes el golpe que he recibido; yo te quería más que a una hija; no tenía en el mundo a nadie más que a ti. Seguramente he hecho mal en gritar y en reñirte; lo hice porque creía que no te volvería a ver. Pero ahora me haces concebir una nueva esperanza; me dejas creer que no te

olvidarás de mí, y comprendo, pues, que haría muy mal en negarte mi consentimiento y en enfadarme contigo.

—Gracias a Dios; al fin entras en razón. Así irá todo mucho mejor.

La Soldadona dejó escapar un gran suspiro.

—¿Cuándo te irás?

—Mañana.

—¿De modo que pasarás la noche aquí?

—¡Oh, no! —contestó riendo la muchacha—. Me interesa demasiado no perder la colocación. He prometido que venía a saludarte y basta; he de volver a casa de la señora.

—Si le pidieras que te dejara pasar otra noche conmigo, no te lo negaría.

—Claro está; pero no se lo pediré.

La Soldadona estaba frenética.

—¡Qué mal corazón tienes! —dijo entre dientes—. ¿Y a dónde vas?

—A América.

—A casa del diablo, entonces; más allá del mar. ¿Y hablas de volver?

—¿Crees acaso que quiero morir allí?

—¿Y quién es tu señora? ¿Qué hace?

—Vive de sus rentas.

—¿Pero cómo se llama? Dime cómo se llama.

Cinta levantó los hombros.

—No sé.

—¿Cómo no lo sabes? ¿Quieres burlarte de mí?

—Te digo que no lo sé; no he pensado en preguntárselo.

—¿Pero es viuda, casada...?

—¡Oh! ¡Cuántas preguntas inútiles! Si no te puedo contestar a ninguna. Está en la fonda y sola con una niña. No sé más.

—¿En qué fonda está?

—En la de Turín. ¿No te basta aún? Por lo demás, cuando esté lejos te escribiré y podré darte detalles. Entretanto, toma.

Sacó un portamonedas del bolsillo, del que tomó un billete de cincuenta liras, que puso encima de la mesa.

—Esto no es más que un regalo; más adelante te mandaré otro; no para recompensarte por tus cuidados, sino para probarte que no soy una ingrata. Y ahora... adiós...

—No... no... espera.

—Ni puedo ni quiero; adiós, repito.

Abrió la puerta y salió corriendo.

La Soldadona soltó una blasfemia y se dirigió al dintel para llamarla aún.

—¡Cinta! ¡Cinta!

Pero Cinta se alejaba ligera como un gamo, sin volver siquiera la cabeza, y la Soldadona vio evaporarse su última esperanza. Tenía casi la seguridad de que no había de volver a verla, y una ira violenta se apoderó de ella; su boca profirió palabras de amenaza. Después se dejó caer en la silla junto a la mesa y se restregó furiosamente los ojos, que se empeñaban en llenarse de lágrimas.

Emiliano salió de la fiesta de casa de Ranieri en un estado de ánimo bastante lastimoso. Era él de un temperamento tan susceptible, que

ciertas impresiones le causaban depresiones de espíritu por demás dolorosas. La narración de Yolanda le había perturbado, causándole profundo sufrimiento, y la duda de que Osvaldo descuidara a su esposa por la seductora extranjera llenaba su alma de celos y de dolor.

Por vez primera no se atrevió el conde a confiar a Jorge sus sospechas acerca de la joven viuda, ni habló del secreto que Yolanda le confiara, ni de la promesa que le hizo de seguir a Osvaldo y averiguar dónde pasaba las horas de la noche. Es más: una noche que Jorge fue a su encuentro para decirle:

—Creo que mi hermano pierde el juicio detrás de aquella francesa...

Emiliano le contestó:

—Me parece imposible. La condesa de Plumet pasa por una mujer honradísima y doña Adriana Ranieri no habría dado en protegerla si no lo fuese.

Jorge se dejó caer en una butaca como cansado.

—Y, sin embargo —añadió con triste acento—, persisto en mi idea.

Emiliano se sentó a su lado, tratando de calmarle.

—Vaya, hombre, vaya; entra en razón —le dijo con dulzura—. ¿Con qué objeto tomaría la condesa interés por tu hermano? Si fuese libre, no digo; pero la cadena que ata a tu hermano con su mujer no es de las que se rompen. Y cuanto a dinero, no le falta a esa señora, porque te juro que es rica.

—Pero si no es que yo crea que ella quiera arruinar a mi hermano ni que mi hermano le importe un comino. Pero tú sabes que hay coquetas terribles que, si no aligeran la bolsa del enamorado ni acceden a sus deseos, tienen gusto en volverles locos, torturando al propio tiempo el corazón de la mujer fiel y celosa.

—No creo yo que la condesa tenga tales intenciones.

Jorge le miró fijamente y le dijo en tono casi áspero:

—Me parece que tomas con calor la defensa de la extranjera. ¿Estás acaso enamorado tú también?

Un fugaz carmín pasó por el rostro de Emiliano, pero con voz firme le contestó:

—Te equivocas; nada me importa esa señora; trataba únicamente de tranquilizarte por lo que a ella afecta.

Jorge movió la cabeza y añadió:

—Nadie me quita de la mente que mi hermano, por culpa de ella, llega a maltratar a su esposa y se subleva en contra de mí, que le hice de padre, si trato de exhortarle a que mantenga sus deberes conyugales. He tenido con él una escena de la que salí quebrantado; hubo un momento que creí convertirme en Caín.

—Me asustas —exclamó Emiliano, impresionado—. ¿A tal extremo han llegado las cosas?

—Sí —contestó Jorge, con amargo y cansado acento—. Hay que salir de esta situación; vigilaré y haré vigilar a mi hermano; y cuando tenga fundamento mi sospecha, iré yo mismo a visitar a la francesa.

Emiliano se inmutó.

—Nuestra amistad me da derecho a dirigirte una súplica —dijo, poniendo su mano en la de Jorge, con afectuoso ademán.

El industrial sintió hinchársele el corazón.

—Habla —dijo con voz rota por la emoción—; aconséjame tú. Yo no puedo ver sufrir a Yolanda ni pensar que mi hermano se convierta en mi enemigo. ¿Qué he de hacer?

—Déjame obrar a mí —contestó Emiliano, vivamente—. Si Osvaldo sospechara que le vigilas, se excitaría más y más y sería capaz de cualquier locura. No le digas nada más; vela sobre Yolanda y procura

tranquilizarla en cuanto puedas. Yo me encargo de averiguar dónde pasa tu hermano las noches, qué sitios frecuenta, y si tus sospechas son fundadas iré yo mismo a visitarla a ella para dejar tu dignidad a salvo. ¿Te fías de mí? ¿Aceptas?

—Pues bien, sí, amigo mío; si consigues que Osvaldo vuelva con su mujer, y me devuelves a mi hermano de antes, te deberé más que la vida.

Y le estrechó la mano con fuerza y emoción.

Emiliano salió del coloquio aquel con el alma destrozada, porque no había tenido valor para revelar sus propias impresiones acerca de la extranjera, y la extraña influencia que ejercían en su espíritu los celos que Osvaldo despertaba en él. ¿Pero podía hablar mientras no estuviese seguro de que no se equivocaba con respecto a Susetta acerca de si era o no la hermana de Nilotta?

El joven se resolvió en seguida. Pidió permiso a Ranieri para ausentarse un par de días, vistió su traje de alpinista, cubriendo su cabeza con un ancho sombrero que le bajaba hasta los ojos y fue a la estación donde tomó un billete para Onix.

Cuando iba a acercarse a la taquilla, vio delante de sí una figura femenina, elegante, distinguida, envuelta en un largo y sencillo abrigo de paño negro, con un sombrero negro también, del cual caía un espeso velo de luto que le ocultaba el rostro por completo.

A Emiliano le parecio reconocer en ella a Susetta, y mientras le latía con violencia el corazón, se hizo atrás para verla bien y salir de dudas. La dama de negro vestida se acercó a la taquilla antes que él y Emiliano oyó la voz encantadora cuyo metal no había olvidado, pedir un billete de primera clase para Onix.

No le cabía duda: era ella. ¡Ah! Sabía perfectamente que no se había equivocado; pero ahora Susetta estaba ya en sus manos. Él iba a descubrir el secreto; ella misma se lo había de revelar, porque la seguiría a toda costa.

El conde dejó pasar delante de sí a otros dos viajeros antes de tomar su billete. Así dio lugar a que Susetta se alejara sin apercibirse de él, porque de lo contrario no se habría marchado. El conde tomó un billete de segunda; pero Emiliano vio perfectamente cómo Susetta subía a su propio compartimiento en el que entraron otros dos viajeros. Emiliano entró en un vagón que estaba a poca distancia y durante el viaje no pensó en otra cosa que en la casualidad de haber emprendido los dos el viaje el mismo día.

Él estaba convencido de que Susetta iba a ver a su madre para enterarla de que se había encontrado con él y lo que ambos habían hablado, a fin de que no se dejara engañar y siguiera diciendo que estaba muerta.

El conde, como se veía dueño de la situación, no pensó más que en la manera de conseguir su propósito. Por lo pronto, en vez de apearse en la estación de Onix se apeó en la anterior.

El tiempo estaba tristón y frío y la naturaleza muerta. El hielo del invierno había causado sus perjuicios; las ramas de los árboles estaban desnudas, secas, negras; los prados tomaban tintas grisáceas donde se disolvió la nieve; por doquier había fango...

Emiliano alquiló un cochecito y se hizo conducir al nacimiento del camino que conducía al grupo de casuchas, en una de las cuales habitaba la montañesa. A un lado y otro había acopios de nieve y lodo.

El conde supo que poco antes había pasado por allí otro coche conduciendo una viajera que se había detenido casi en el mismo sitio, que la viajera se había apeado y que el coche había regresado vacío al pueblo.

Nunca había sentido Emiliano una emoción tan viva. Recorrió de nuevo aquel sendero que tantas veces había paseado para ir a ver a la hija de Nilotta. Y cuanto más se iba acercando a la casita de la montañesa, más se acentuaba su emoción, que le producía cierta sensación dolorosa, casi cruel.

Llegado al sitio donde estaba la casucha, se detuvo asombrado. Se habían derribado algunas chozas y se alzaba una blanca casa de un solo piso, pero que tenía el aspecto de un chalé. El edificio era de muy reciente construcción, porque la plazoleta que había delante estaba llena aún de ladrillos, carritos de mano, etcétera, y se veía como el comienzo de un muro de cinta.

«La riqueza de la hija ayuda a la buena vejez de la madre», pensó el conde. Pero ¿cómo había conseguido Susetta riqueza tanta? Invadiéronle unos celos horrorosos, pero se sentía avergonzado del sentimiento aquel que no tenía el derecho de experimentar, porque nada le ligaba a la joven dama.

El sitio estaba desierto; dio una vuelta a la casa y vio con satisfacción que en la parte posterior había una puerta a medio abrir. Un deseo loco se apoderó de él y sin pensar en lo descortés del acto, él, el cumplido caballero tan recto en todas sus cosas, que en otras ocasiones habría retrocedido avergonzado, presa de una verdadera fiebre, entró por la puerta aquella.

Se encontró el conde en una estancia llena de objetos de todas clases: haces de hierba seca, montones de patatas, castañas y uno de leña. Con mucha circunspección dio Emiliano la vuelta por la estancia para ver si tenía alguna comunicación con las demás y pasó detrás del montón de leña, cuando oyó la voz de la montañesa que decía:

—Vaya; caliéntate un poco; tienes la cara y las manos heladas. Luego me dirás el motivo de tu inesperada visita que me ha asustado. ¿Nellina está bien de veras?

—Está perfectamente —contestó la voz clara y fresca y seductora de la condesa—. Pero habría sido una locura el traerla aquí en una estación tan cruda, tanto más cuanto he de hablarte de cosas serias.
—Ya tendrás tiempo —añadió la montañesa—, porque supongo que te quedarás algún día.

—Me iré esta noche en el último tren a Turín. Ya he avisado al cochero para que esté a las seis junto a la puerta de salida.

—¡Qué prisa, Dios mío! Basta; iré a ordeñarte una taza de leche y luego hablaremos cuanto quieras.

Emiliano sentía palpitarle el corazón. En las paredes había descubierto no una puerta, puesto que no había otra más que aquella por donde se había introducido, sino una estrecha y larga abertura que, además de oír, le permitía ver lo que pasaba en la habitación contigua. Con mucha circunspección, evitando el menor ruido y reteniendo incluso el aliento, miró. Susetta, que se había quitado el abrigo y el sombrero, estaba sentada junto a la chimenea que ardía, y su rostro encantador, bastante pálido pero que tenía toda la gracia de una visión paradisíaca, estaba vuelto de su lado, de modo que el conde podía observar el menor detalle de su fisonomía.

Estaba sola. La montañesa había salido en busca de la leche. Susetta estaba bastante seria, pensativa, abatida, y ni siquiera volvió la cabeza al entrar su madre. Esta, presentándole un pucherito de leche, le dijo en tono festivo:

—Ea, bebe; te hará bien. En la ciudad no la bebes como esta aunque la pagues el triple de su valor. La vaca parió hace unos quince días. El ternerillo lo vendo.

—¿No te decides a ir a pasar unos meses conmigo a Turín? —preguntó Susetta, sonriendo dulcemente, mientras tomaba la leche.

La montañesa movió la cabeza.

—No, no; yo no he nacido para vivir en la ciudad —contestó—. Y ahora que tengo mi casita con todas las comodidades, no la dejaría aunque me ofrecieras un palacio.

—¿Pero no te da miedo vivir sola aquí?

—¿Miedo de qué? No estamos en Turín. Aquí podrías dormir con la puerta abierta y los ladrones no vendrían a visitarte. Vagabundos no

los hay, y en esta estación menos.

—Podrías sentirte enferma.

—Ni de niña tuve tanta salud como ahora —contestó la montañesa, riendo—. Por lo demás, de noche nunca estoy sola, porque viene Lisa a dormir conmigo.

Susetta había terminado la leche. La montañesa dejó el pucherito y luego se sentó delante de su hija, diciendo:

—Para que vengas a verme en esta estación, algo grave tienes que comunicarme. Conque, habla, dime, que aunque no he estudiado ni tengo instrucción alguna, podré darte seguramente algunos consejos.

Mientras así hablaba la montañesa, el conde consiguió transportar una escalerilla sin hacer el menor ruido y pudo sentarse y fijar la mirada al nivel de la abertura. Emiliano no habría cambiado aquel sitio por un trono. Le parecía estar soñando. Con los ojos devoraba a Susetta.

—Quiero, ante todo, hacerte una pregunta —dijo la joven gravemente—. ¿Hace mucho que no has visto al conde Emiliano de Turín?

—No ha estado aquí, como ya te dije, desde que vino a pedirme una explicación con motivo de la carta que le mandamos y de la desaparición de la niña. ¡Pobre señor! Siento mucho haberle tratado mal y haberle dicho que si no era el padre de Nellina debía de haber sido un protector y un amante de Nilotta, desde el momento en que se tomaba tanto interés por la pequeña. Si hubieras oído la indignación con que me contestó, diciendo que yo insultaba la memoria de tu hermana al considerarla capaz de haber tenido otro amante que el padre de la niña y que si yo la hubiese querido ella no se habría matado... Él no había hecho otra cosa, dijo, que tenderle una mano para salvarla y Nilotta la rechazó, rogándole únicamente, poco antes de morir, que no abandonara a su hija. Pero te he de

confesar que el conde me ha escrito ya dos veces pidiéndome noticias de Nellina.

—¿Qué le has contestado? —exclamó Susetta, vivamente.

—Que estaba muy bien y podía estar tranquilo.

Susetta quedó un momento silenciosa y Emiliano la vio enrojecer, mientras preguntaba a su madre:

—¿Y no te hablaba de mí?

—No —contestó con franqueza la montañesa—. En sus cartas no habló de ti, pero no puedo olvidar el efecto que le causó cuando le dije que habías muerto. ¡Si tú le hubieras visto! Los ojos se le llenaron de lágrimas y se puso pálido, pálido como la cera, mientras exclamaba con angustiosa voz: «¡Pobre muchacha! ¡Pobre madre! ¡Cuánto la compadezco!». Te juro que si no se hubiese marchado, no me habría podido contener y habría concluido por decirle: ¡He mentido! Susetta vive... ¡Ella es la que tiene a Nellina en su poder!

—No; no conviene que lo sepa —exclamó Susetta, que en vano trataba de dominar la emoción que la embargaba—. Ahora menos que nunca, ¿comprendes? He venido expresamente para advertírtelo y recoger un retrato que él conoce con mis cartas que leyó. Cometiste una imprprudencia enseñándole todo eso. Ya verás cómo vendrá para pedírtelo y para sorprenderte te dirá que no es cierto que yo muriera, puesto que me había encontrado.

—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Le encontraste y le hablaste? —preguntó vivamente la montañesa.

Por los ojos de Susetta cruzó un rayo de angustia.

—Sí —contestó en voz baja.

—¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Andando te reconoció sin haber visto más que tu retrato ni saber de ti más que lo que yo le dije?

—El conde Emiliano no ha olvidado nada —exclamó Susetta, que parecía recobrar su energía—. Pero yo negué que fuese hija tuya y, te lo repito, quiero que guardes el secreto y que no me descubras, sea cual fuere la promesa que te haga.

—Te obedeceré; pero te confieso que no me explico tu antipatía por un señor tan bueno, que se interesó por tu hermana, se mostró tan generoso para con una niña que al fin y al cabo no le pertenecía y que lloró al tener conocimiento de tu muerte...

—Yo no creo en su corazón, en su generosidad y en su interés por mi pobre hermana —prorrumpió Susetta, con un acento que oprimió el corazón de Emiliano—. El conde es el amigo íntimo del que engañó a la pobre Nilotta, rechazando a su propia hija y condenando a la desdichada madre a la miseria y a la muerte. El conde fue el que el día del encuentro del cadáver salvó a los hermanos Naldi del furor de los obreros de la fábrica, o, mejor dicho, el que puso en salvo a la joven esposa de don Osvaldo, que tuvo la mala idea de ir a ver a la muerta. ¿Sabes lo que sospecho? Que el conde es el amante de la señora Naldi y que obra solo por complacerla a ella y sorprender mi secreto para desviar mi propósito de venganza. Pero él ignora que mis sospechas no hacen otra cosa que aumentar el odio contra la que ocupó el lugar de mi hermana, contra la que, oliendo en mí a una enemiga y no por celos del marido, sino por celos del conde, incita a este en contra de mí.

La montañesa oyó asombrada tantas invectivas, mientras el conde sentía una angustia vivísima por las injustas y crueles sospechas que sobre él hacía recaer Susetta. Emiliano estuvo a punto de gritar: No; ¡no es cierto! Yolanda no ve en mí más que a un amigo devoto y fiel, pronto a protegerla contra las calumnias y deseoso de devolverle al marido; no niego que un tiempo la amé, que me hice con ella un mundo de ilusiones; pero desde que casó con Osvaldo Naldi, fue para mí sagrada como una hermana, así como desde el momento en que la vi a usted no soñé más que en usted.

Pero Emiliano resistió a la tentación. No; no había de delatarse, no quería dejarse ver, porque oculto allí podía conocer los secretos propósitos de Susetta, que en su presencia no habría nunca revelado.

—Hija mía —dijo la montañesa, con su ruda franqueza—, yo no comprendo nada de este lío. Si la señora Naldi tiene celos del conde, será porque él te quiere; y en este caso tu odio desencadenado en contra de él casi demostraría que tu corazón habla en su favor.

Susetta se emocionó ante estas palabras: sus líneas fisonómicas tomaron de pronto una expresión de energía, de soberbia, como si la joven quisiera rechazar semejante suposición; pero de repente palideció y, cubriéndose el rostro con las manos, rompió a llorar a lágrima viva.

Lo que sentía el conde ante aquel llanto no es para descrito, pues aquel llanto no era otra cosa que una confesión. Sentía el vértigo: su espíritu loco era incapaz de recoger las ideas; su corazón latía con tal fuerza en el pecho, que parecía iba a estallar.

—No, no —se decía—, no puede ser; yo sueño.

La montañesa, ante aquellas lágrimas, quedó tan petrificada, que no supo despegar los labios. Susetta no tardó en serenarse, y enjugando las lágrimas que seguían deslizándose en su rostro, dijo:

—Si alguien, que no fueras tú, madre, me viera y oyera, moriría de vergüenza y humillación. Yo, que permanecí hasta ahora insensible a todo; yo, que vine a Turín con la única idea de vengar a mi hermana, ¿habré de caer débil y vencida ante el amor de un hombre? Madre: tú no conoces todavía todas las luchas que he debido sostener para mantenerme pura en medio del fango; para librar a mi corazón de cualquier mancha, para resistir contra una tentación cualquiera. Un día te contaré toda mi historia a partir del momento en que te dejé hasta aquel en que el hombre generoso, que en memoria de su única hija adorada me adoptó como hija, me dio su nombre, me dejó su patrimonio, volviéndome, por así decir, a

una segunda vida. Él me salvó de todo peligro y te juro que puedes estar orgullosa de tu hija, cuyo sentido moral dominó siempre sus nervios y supo con la fuerza de su voluntad mantenerse pura de alma y de cuerpo. Y ahora, yo, tan valiente como resuelta, debo sufrir una depresión moral tan grande, por obra y gracia del que empezó engañándote a ti, haciéndose pasar por padre de Nellina y protector de mi pobre hermana, y que ahora, habiéndome reconocido por el retrato, a pesar de mis negativas, intenta tal vez perjudicarme, tenderme algún lazo a fin de evitar mi venganza contra Osvaldo y su mujer. Pues bien; sí, madre. Yo quiero al conde Emiliano; le quiero. Pero preferiría mil veces morir que confesar mi amor y renunciar a mi venganza.

Esta última frase la pronunció en alta voz, mientras sus mejillas se teñían de carmín y su mirada se iba animando.

El conde se hendía las uñas en las palmas de las manos para no delatarse. ¡Ah, qué mezcla de angustias y alegrías! Susetta le amaba, ¡le amaba! Él, él había causado aquellas lágrimas, aquella explosión de ternura y de rencor a un tiempo.

La montañesa, que no conoció nunca la pasión, que no podía medir el alcance de ciertos y delicados sentimientos, movía la cabeza, preguntándose por qué su hija se atormentaba de tal modo, cuando tan fácil le era ser dichosa. ¿No hubiese sido mejor que Susetta renunciara a todo propósito de venganza y se pusiera de acuerdo con aquel buen señor para el porvenir de Nellina? Pero no era a ella a quien correspondía hablar en aquella ocasión; era mucho mejor que callase, que no la contradijese, que la escuchase.

—Quiero confesártelo todo —prosiguió Susetta, después de un breve silencio—. La vez primera que vi al conde Emiliano, me impresionó en seguida por su semejanza con mi padre adoptivo. Al igual que él, no es hermoso; pero tiene la misma mirada triste y dulce que sabe inflamarse en los momentos de cólera y dolor; la misma nobleza en los rasgos fisonómicos; la sobria preocupación en el vestir y en sus maneras. Y cuando sus miradas se encontraron con las mías, sentí

como una conmoción que nunca había experimentado; pero apenas conocí su nombre, me exalté contra la misma conmoción. A pesar de esto, yo seguía todos sus movimientos, y cuando le vi con doña Yolanda, que se apoyaba familiarmente en su brazo, hablándole confidencialmente, sonriéndole, y observé que en vez de bailar se alejaban del salón, fui tan cobarde, que les seguí. No; no puedes figurarte cuánto sufrí al verles sentados uno junto a otro en un saloncito aparte y me di cuenta de que estaban los dos muy conmovidos; me ardía la frente, no sabía lo que me pasaba y me adelanté. Ella huyó y yo fui agresiva y casi brutal con el conde; le pregunté si era mi presencia lo que había hecho escapar a la señora, añadiendo a todo esto palabras que eran casi insultos. Su dignidad y su frialdad, en lugar de calmarme, aumentaron mi cólera y mis celos; sí, mis celos, ridículos si quieres, por un hombre a quien veía por vez primera. Pero su nombre y su recuerdo estaban impresos en mi alma; y cuando mi corazón latía precipitadamente y conmovido, me reí del conde en su misma cara, encontrando ridículo aquel amor, y pronuncié algunas palabras estúpidas y hasta malvadas contra mí misma. Todo mi empeño consistía en pasar por otra y le volví la espalda desdeñosamente. Pero al llegar a mi casa y al encontrarme sola en mi habitación, no pude menos de llorar.

Emiliano la oía casi en éxtasis y habría pagado con su propia vida aquellos instantes de felicidad. ¡Ah! ¡Qué buena idea fue la de escoger aquel escondrijo! ¡Cómo bendecía al cielo por haber permitido que encontrara abierta la puertecita trasera y averiguar lo que pasaba en el fondo de aquella alma misteriosa! Aquella semidespensa de campesinos le parecía un rincón de paraíso. Emiliano no veía ya lo que tenía en torno suyo. Sus miradas no veían más que a ella, a ella sola que se le mostraba en todo el esplendor de su belleza y en su innata sencillez.

La ruda voz de la montañesa le hizo estremecer de nuevo.

—Yo creo que estás algo loca, hija mía —dijo con su ordinaria franqueza—. En vez de dar gracias al cielo por haberte hecho descubrir el amor del conde por ti y en lugar de tenderle la mano y

confiar en él; mientras confiesas que le quieres, le insultas, le rechazas y le niegas que seas hija mía. No sé cuál sea tu propósito ni lo que quieres hacer para vengar la muerte de tu hermana, pero si empiezas a torturar tu corazón de esta manera y tu cerebro con la locura de los celos, acabarás por seguir la suerte de Nilotta.

Susetta estaba palidísima.

—No, madre, no; tengo la niña que ha menester de mí.

—Pues precisamente por Nellina debieras ponerte de acuerdo con el conde, que, a mi entender, es un gran señor, un perfecto caballero, y si fuese joven no te lo cedería. ¿Te ríes, eh? Más vale así. Yo no creo de ninguna manera que traicione al amigo, como tú supones.

Susetta, que había sonreído un instante, se puso nuevamente seria.

—No es una suposición: ¡es la verdad! —exclamó—. Sí; mientras el conde quiere hacer creer que está enamorado de mí, ama a otra; me lo confesó la señora del abogado Ranieri, en cuyo bufete trabaja también el conde. Doña Adriana me contó que Emiliano amaba ardientemente a la señorita Falconi, antes de ser la señora Naldi; pero nunca tuvo valor para declararle su cariño, de pedir su mano, porque se veía pobre en comparación con ella y no quería que creyesen que hacía una boda por interés.

—¡Ah, hija mía! Esto, a mi entender, habría de probarte precisamente que ese señor es la flor de la caballerosidad —dijo la montañesa.

—Pero no implica que habiendo estado enamorado cuando niña, se aproveche ahora de la ocasión y, viendo que el marido la descuida, le declare su amor.

La montañesa se encogió de hombros.

—Yo te repito que no estoy convencida, como no comprendo aún por qué quieres que también el conde sea culpable de la muerte de

tu hermana... Quisiera saber, además, cuáles son tus proyectos de venganza.

Ante estas palabras, el rostro de Susetta se encendió de nuevo; una llama subió a sus mejillas y con voz altanera dijo:

—Quiero que el señor Naldi, su mujer y el conde mismo sufran cuanto la pobre Nilotta, cuanto me hacen sufrir a mí —exclamó—. ¡Oh!, no temas; no quiero verter sangre; pero hay castigos morales que matan más que un puñal. Quiero que el desprecio y el ridículo caigan sobre Osvaldo Naldi. A Yolanda y al conde sabré desenmascararles y demostrar su complicidad, y todos juntos habrán de rendirme cuenta de las últimas horas de mi pobre hermana. Tengo preparado ya todo mi plan; pero es inútil que te lo explique, porque ni lo comprenderías ni lo habías de aprobar. De ti no deseo otra cosa sino que, en el caso de que el conde te escribiese o viniese aquí, sostengas que he muerto y que se equivoca si cree haberme reconocido en la condesa de Plumet.

—¿Eres tú la condesa?

—Yo.

—¡Diablos! ¿Heredaste también un título? ¿No se llamaba tu padre adoptivo sencillamente Federico Plumet?

—Sí, pero yo he añadido un «De» al apellido y una corona condal con un escudo en mis tarjetas. Además, es fuerza que me crean viuda.

—¡Oh! Esto es cosa tuya. Yo en esto no me meto. Lo que no me gusta ni se me alcanza es que estés enamorada del conde y seas su enemiga.

—Él me quiere así y mi destino es el de no ser dichosa.

El conde había escuchado bastante; miró una vez más, intensamente, a Susetta, para llevar consigo la adorada imagen, y

seguidamente y con todo género de precauciones, dejó su sitio y salió de la casita de la montañesa, conforme había entrado.

Nadie le vio.

Emiliano pensaba tomar el primer tren para Turín, sin esperar el directo de la noche, en el que pensaba partir Susetta. Cuando llegó a la estación, supo que solo tenía que aguardar una media hora. Se quedó en la sala junto a la estufa y concentró todos sus pensamientos en Susetta.

«Me quiere, me quiere», pensaba loco de contento. «¡Ah! Bien sabré yo, más tarde o más temprano, lograr que haga justicia a Yolanda y a mí, y destruir sus proyectos de venganza. Ahora ya no temo nada; nada. Sabré afrontar su cólera y su sarcasmo con la mayor serenidad, porque pensaré que en aquel mismo momento su corazón repetirá que me ama y sufre por mí. ¡Oh! Ella ignora que no es tan solo para mí la muchacha de alma pura, sencilla y elevada que anduve yo buscando, sino el sueño que acaricié repetidamente y que no creí alcanzar jamás».

Y en el momento en que llegaba el tren y subía él a su compartimiento, pronunció en un arranque de alegría infinita y casi en alta voz:

—¡Qué hermosa es la vida!

IV

En su saloncito de labor y tendida en una butaca, Yolanda soñaba despierta. ¿A dónde fueron todos sus sueños de juventud, la ilusión que tan dulcemente la había mecido desde que vestía traje corto, y Osvaldo, el lindo, el rubio muchacho, en compañía de su hermano iba a su casa y hablaba con ella, cambiando sus pensamientos, unidos en uno solo, en un solo deseo?

Con frecuencia le había dicho a Osvaldo con expansión e ingenuidad:

—Me gusta estar contigo porque eres guapo, me contentas en todo, estás siempre alegre; y, en cambio, tu hermano me mira siempre enfurruñado, nunca sonríe, es feo y fastidioso.

—Y, sin embargo —contestaba Osvaldo, riendo—, Jorge tiene un corazón de oro, me quiere tiernamente como un padre, habla de ti con entusiasmo y se siente feliz con solo pensar que tarde o temprano tú y yo seremos marido y mujer.

—¿Lo seremos?, ¿de verdad?

—A no ser que tú elijas a otro.

—¡Oh! No... no; yo te quiero solo a ti, porque eres el hombre más bueno y más lindo que conozco.

—Y yo te adoro con locura porque eres un ángel y ninguna criatura podrá igualarte nunca.

—¿De modo que seremos muy felices juntos?

—¡Oh!, sí; muy felices... ¡toda la vida!

Y ella le creyó hasta el día que la condujo al altar. Rosa no dejaba de manifestarle que el señorito Osvaldo no tenía pasta de marido, porque era inconstante y ligero en demasía; su misma madre habría preferido que hubiese elegido a Jorge; pero ella no daba oídos ni a una ni a otra. Osvaldo era su primer y único amor, envidiado de todas sus amigas, a quien todas admiraban extasiadas; en su amor se había mezclado también el orgullo de ser la esposa de uno de los más hermosos jóvenes que frecuentaban la buena sociedad. Y su triunfo aumentó en su viaje de bodas, cuando a las doncellas de los hoteles, a las mismas señoras que encontraban por las calles y en los teatros, las oía decir:

—¡Qué hermosísima pareja!

—¡Pocos hombres se ven tan guapos como ese!

—¡Él es más guapo que ella!

Yolanda no tenía celos de los elogios que tributaban a su ídolo; al contrario, gozaba de ellos en secreto, pensando que aquel marido ideal era totalmente suyo.

¡Pero qué cambio al regresar! ¡Cuán pronto lo encontró todo distinto de lo que creía! Osvaldo era una belleza sin alma, con un gran fondo de egoísmo, sin otro deseo que el de agradar y conquistar. Hasta el fin desastroso de Nilotta le dejó indiferente; clamó contra las molestias que le originaba la muerta y no tuvo el menor arranque de cariño por la pequeña abandonada en el mundo, sin darse el menor cuidado en buscarla.

El porvenir se presentaba a Yolanda bajo los más negros colores. Y no le causaba tanta tristeza el abandono del marido como la idea de que otra se lo pudiese quitar. Más que su corazón, era su orgullo lo que la dominaba y contribuía a amargarle la existencia. No teniendo estima a su marido, no podía amarle ya; pero quería que se respetaran sus derechos de esposa y no cedía su puesto a una rival. No. ¡Eso nunca!

Y cuanto más pequeña se presentaba a sus ojos la imagen de su marido, más se engrandecía la de Jorge, su cuñado. ¡Cuán estúpida fue al encontrarle feo, siendo así que en sus líneas fisonómicas se manifestaba todo con claridad: la belleza del alma altanera, su fuerza de voluntad, su no común energía! ¡Y cuánta parte tomaba en su dolor! ¡Con qué delicadeza procuraba excusar a su hermano y le prometía volverle a ella, diciéndole que empezaría una nueva y feliz existencia para los dos!

Yolanda le estaba muy reconocida por los consuelos que le prodigaba; pero presentía que no sería nunca feliz.

Dos golpes que dieron a la puerta apartaron a Yolanda de sus fantásticas lucubraciones. Se alzó, diciendo lánguidamente:

—¡Adelante!

Era Rosa.

—Don Jorge pregunta si puede usted recibirle —dijo la doncella.

Yolanda se ruborizó porque su cuñado se presentaba precisamente en momentos en que pensaba en él.

—¡Que pase! —contestó vivamente.

Se alzó la cortina y Jorge se presentó bastante pálido, pero tranquilo.

—Usted perdone, querida Yolanda, si la molesto; pero me urgía absolutamente hablarle.

Yolanda le tendió la mano con un gracioso ademán.

—Usted es siempre bienvenido —dijo, mientras Rosa ofrecía una silla al industrial, saliendo luego silenciosamente.

—Osvaldo no está en casa, ¿verdad? —dijo Jorge.

Una amarga sonrisa se dibujó en los labios de Yolanda.

—No, no —contestó—. Hace ya unos días que no le veo ni siquiera a la hora de almorzar. De noche come y se va sin cambiar cuatro palabras conmigo. Pero se comprende; los negocios absorben su atención.

Y soltó una estridente carcajada.

—Vaya, mi querida cuñada; no ría usted así; me hace usted daño. Yo vengo para tranquilizarla acerca de su esposo; ahora ya sé dónde pasa las noches.

—¿De veras? ¿O es que por tratarse de su hermano, trata usted también de engañarme?

Jorge le dirigió una mirada de dulce censura.

—¿No tiene usted confianza en mí? —preguntó dulcemente.

—Perdone usted; pero me parece que todos se dan la mano para disculparle y alejar toda prevención mía en contra de él. También el conde Emiliano se encargó de averiguar dónde pasaba mi marido las noches, pero, hasta ahora, o no ha sabido o no quiere decirme nada.

—Pero aquí estoy yo para decírselo.

—Diga usted, pues.

—Osvaldo pasa las noches jugando; en una semana ha perdido sesenta mil liras.

Yolanda no pudo contener un movimiento de espanto.

—¿De veras?

—¡Se lo juro!

—Pero si Osvaldo aborrecía el juego...

—Y ahora se entrega a él con pasión. De seguir así, arruinará la casa, la fábrica.

—¿Puede usted darme su palabra de honor de que solo el juego aleja a Osvaldo de mí?

Jorge era incapaz de mentir e inclinó la cabeza sin contestar.

—¿Ah, no puede usted, verdad? ¿Y viene usted a decirme que me tranquilice?

—Creía que había de bastarle saber que no la abandona por otra mujer.

—Si no hubiese debajo de esa pasión por el juego el amor por una mujer, ¿cree usted que perdería el juicio en una mesa de juego? Lo hace para aturdirse y engañarnos a los dos. Y al par que estaría dispuesta a sacrificar cuanto poseo para evitar una ruina, si solo se tratase de dinero, no vacilaría ante el escándalo para defender mis derechos de esposa ofendida y abandonada. Mi madre se empeña a toda costa que, por el honor de la casa, evite la separación, y si cedo es únicamente para que otra mujer no pueda triunfar por encima de mí. Yo no quiero ya a Osvaldo; pero le juro, Jorge, que antes que consentir que otra mujer se me lo lleve, le prefiero muerto.

Diciendo esto, el dulce semblante de Yolanda se encendió, brillando en sus ojos una energía triste. Jorge estaba conmovido y asustado y habría querido responder a tan violentas invectivas, cuando sin transición el hermoso rostro de la joven perdió el color y, abandonándose como destrozada en la butaca, Yolanda balbució:
—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué desgraciada soy!

Jorge estaba fuera de sí. Se arrodilló delante de ella, a riesgo de que se le encontrara en una posición que pudiera dar lugar a cualquier sospecha, y con acento desgarrador murmuró:

—¡No llore usted así, Yolanda! ¡Si supiera cuánto sufro al verla así! Dispuesto estaría a dar mi sangre gota a gota para evitar a usted todo disgusto.

La joven se iba calmando; le miró con los ojos llenos de lágrimas, lánguidos por el dolor, y contestó débilmente:

—Sí, usted es bueno. ¿Por qué no supe apreciarle antes como usted se merece? ¿Por qué escogí a Osvaldo? Usted no me habría hecho infeliz, no.

—¡Yolanda!

Ambos estaban pálidos y procuraron no mirarse. Jorge se alzó precipitadamente.

—Mi hermano no es indigno de su amor; créalo —dijo—. Tal vez un capricho insensato le ofusca la mente por un instante; pero crea usted que no ha de tardar en comprender su locura, porque no quiere más que a usted y ha vivido siempre con la imagen de usted en el alma.

—Lo que no le ha impedido ni le impide traicionarme, faltar a todos sus deberes, a sus juramentos —replicó Yolanda, casi irritada de haberse dejado dominar por la emoción—. Usted trata en vano de disculparle ante mis ojos; pero se lo agradezco con todo mi corazón y le ruego que de hoy en adelante me deje obrar a solas.

—¿Qué quiere usted hacer, Yolanda? —preguntó Jorge, temblando.

—Nada —contestó levantando altanera la cabeza—, nada que pueda mancillar el honor de nuestra casa y procurar a usted un disgusto. Piense tan solo que las locuras de su hermano no han de perjudicar los intereses de la fábrica y que si tuviera usted que sentirse mortificado para los pagos, pongo desde ahora a su disposición cuanto poseo.

—Es usted un ángel, Yolanda; pero, gracias a Dios, no hemos llegado a este extremo, ni Osvaldo llegará a él; se lo prometo. Adiós, Yolanda.

Salió precipitado del salón, porque no podía frenar por más tiempo su turbación.

—¡Pobre Jorge! —murmuró Yolanda, ocultando su rostro entre las manos—. Se ha hecho traición sin querer; pero es un hombre que antes moriría que confesar un amor que nunca podrá ser correspondido. Es tan desdichado como yo; pero siquiera es libre, mientras yo estoy atada a una cadena odiosa.

Entraba Rosa en aquel momento.

—Está su amiga doña Adriana —dijo.

Pero apenas si tuvo tiempo de completar la frase, cuando la morena y viva señora puso su cabecita dentro del salón, exclamando alegremente:

—¿No molesto, verdad?

—Nada de eso; entra, entra.

Las dos amigas se abrazaron con efusión; y luego Adriana, contemplando a Yolanda, le preguntó:

—¿Qué tienes? Te encuentras muy pálida y se diría que has llorado.

Yolanda se sonrojó, pero se esforzó en sonreír.

—No, no; te equivocas —contestó—. Estoy un poco nerviosa, porque esperaba a la modista, que debe de traerme un traje, y no la he visto todavía.

—Entonces te compadezco, querida. Yo en tu lugar ya habría roto algo.

—Siéntate.

—No puedo detenerme mucho tiempo; venía solo a preguntarte si querías ir esta noche al Regio conmigo. He ofrecido también un lugar en mi palco a la condesa de Plumet, y ha aceptado.

—Si tu condesa ha aceptado, yo no voy —contestó resuelta Yolanda.

—¡Y cómo lo dices! ¿Qué te ha hecho, pues, la condesa?

—Nada; que no me gusta. Ya lo sabes.

Adriana, que se había sentado junto a su amiga, le rodeó la cintura y con una sonrisa maliciosa le dijo:

—¿Estás celosa o qué?

—¿Y si lo estuviera?

—Pero si la condesa es una mujer honradísima.

—No sé lo que será —interrumpió Yolanda—. Lo que puedo decirte es que desde que esa mujer está en Turín y fue con una excusa a la fábrica de mi esposo, Osvaldo no es el mismo de antes; me tiene totalmente abandonada.

Adriana se puso grave.

—¿Pero tienes la seguridad de que es por culpa de la condesa? —le dijo.

Yolanda, a pesar de sus dudas, sus sufrimientos y sus celos, tenía el alma demasiado noble para acusar sin pruebas.

—No —contestó en voz baja—, no tengo más que sospechas.

Adriana conservaba su aspecto serio y grave.

—Entonces procura desecharlas —añadió—. Yo puedo asegurarte que la condesa no tiene la menor intención de quitarte el marido y que es una de las mejores criaturas que conocí. No te oculto que su venida a Turín tiene un objeto determinado, que me ha revelado, y que he jurado guardar secretamente, pero como quiero tranquilizarte por completo, voy a confiarte ese secreto a ti con tal que me jures que lo sepultarás en tu corazón sin revelarlo a nadie.

Yolanda, impresionada y curiosa, respondió:

—Te lo juro.

Adriana bajó la voz.

—La condesa de Plumet —susurró—, ha venido de París en busca del seductor de una desdichada hermana suya cuya muerte parece envuelta en el misterio. La pobre joven traicionada, abandonada por un hombre sin corazón que le prometió casarse con ella, fue encontrada muerta en un canal cercano a una fábrica de la propiedad del miserable.

Yolanda se estremeció, abrió los ojos y miró perpleja y asustada a su amiga.

Adriana no se dio cuenta de aquella rápida emoción y aunque se hubiera fijado en ella, no habría sabido a qué atribuirla. La esposa del abogado ignoraba el drama que se desarrolló con motivo de las bodas de Yolanda. Cuando se descubrió el cadáver de Nilotta, Adriana se hallaba muy lejos de Turín, al lado de una pariente enferma. Por otra parte, los periódicos que se ocuparon poco de aquel suicidio, no dieron detalle alguno ni mentaron el nombre de la fábrica donde Nilotta había trabajado.

Además, Adriana sabía no solo por Yolanda, sino por otras personas que el matrimonio de la señorita Falconi con don Osvaldo había sido un matrimonio de amor; la realización de un dulce y largo sueño y, por lo tanto, su alma era ajena a toda sospecha.

Y prosiguió:

—Algunas palabras pronunciadas por la infeliz en un momento de exaltación y confirmadas por varios testigos, hicieron creer que la pobre muchacha se había suicidado; pero por documentos y cartas que dejó a su hermana, esta sospecha que aquella muerte sea debida a un delito y que se echó al canal un cuerpo que era ya cadáver.

Yolanda procuraba mantener su sangre fría.

—¡Oh! ¡Sería horrible! —murmuró—. ¿Pero qué hacía en Turín la hermana de la condesa?

—Era una pobre obrera —contestó Adriana—, que trabajaba en una fábrica, donde en lugar de encontrar amparo y protección, encontró la deshonra y la muerte. La misma condesa de Plumet no era antaño más que una pobre obrera; y si tú la oyeras contar de sus propios labios su historia, tengo el convencimiento de que la amarías aunque solo fuera por el valor con que supo arrostrar durante muchos años sus desventuras, subir su calvario, dejando trozos de carne en el camino sembrado de espinas y abrojos, sin desfallecer jamás, sin manchar su propia virginidad, movida por una fuerza superior que la conducía al martirio, al sacrificio y pronta a darse la muerte antes que contaminarse.

»Y Dios premió su energía y su virtud. Si mal no recuerdo, Susetta entró en calidad de enfermera en casa de un caballero viudo y riquísimo, cuya hija única a quien adoraba moría de consunción. Las dos jóvenes se parecían de un modo sorprendente y la pobre enferma empezó a tomar cariño a Susetta, como si fuera su hermana; no quiso que se apartase de su lado y antes de morir hizo jurar a su padre que Susetta ocuparía su lugar al lado suyo. Y así sucedió. El viejo señor, muerta su hija, adoptó a la pobre joven que tanto le recordaba a esta en lo físico y lo moral; le dio su nombre, la hizo educar y, al morir, el año pasado, la dejó heredera de todo su patrimonio. Susetta tiene derecho al nombre que ostenta; pero no es viuda, sino soltera y la niña que tiene consigo ¡es la hija de la hermana cuyo cadáver fue encontrado en el canal!... ¿Pero qué tienes?

Yolanda había adquirido una palidez mortal y su cuerpo era presa de un temblor extraño; pero a la pregunta de la amiga intentó sonreír:

—Es que la historia de la condesa me ha conmovido profundamente —balbució—. Y ahora deploro haber formado mal juicio de ella. Pero dime: ¿Susetta no te ha confiado el nombre del seductor de su hermana?

—No, y a mis preguntas contestó que su hermana se lo había callado; pero que por algunas indicaciones que tenía, no había de

serle difícil encontrarle. Yo creo, sin embargo, que Susetta sabe quién es; pero oculta el nombre por prudencia, pues antes de acusar quiere conocer la verdad acerca de la muerte de su hermana. Verdad es que yo no insistí tampoco en que me lo dijera. Lo que sí puedo asegurarte es que los que nos recomendaron la condesa a mi marido y a mí, son personas que pertenecen a la mejor sociedad de París; personas respetabilísimas que nos han hecho de Susetta los mejores elogios, confirmándonos que era digna de toda nuestra amistad y consideración. Y si tú la conocieses íntimamente como ahora la conozco yo, serías de mi mismo parecer.

—Lo que ella intenta, por lo visto, es vengar la muerte de su pobre hermana.

—Y le doy la razón, porque yo en su lugar haría lo propio. Pero no creas que Susetta sea una mujer sanguinaria que quiera castigar al traidor con una puñalada. No, no; yo creo que le bastará demostrarle su desprecio y desenmascararle a los ojos de la sociedad, que tal vez le cree un caballero. ¡Pero qué aturdida soy! Poco a poco te he revelado todo el secreto de Susetta. Afortunadamente te conozco y sé que sabrás guardarlo.

—Puedes tener la seguridad de que no hablaré una palabra —dijó Yolanda con acento franco y sincero.

—¿Y no tendrás ya celos de ella?

—Me avergüenza haberlos tenido.

—¿E irás esta noche al Regio?

Adriana la estrechó riendo entre sus brazos.

—¡Gracias a Dios! Me alegro de haberme entretenido un rato, porque al fin te pude tranquilizar. Pero ahora escapo; adiós. Hasta la noche.

La besó en ambas mejillas y se fue. Yolanda no la detuvo. Le interesaba quedarse sola.

Su ira y sus celos habían desaparecido para dar lugar a un dolor inmenso, a una inmensa piedad. Aquella criatura tan hermosa, tan seductora y atrevida, era, por lo visto, la hermana de la pobre Nilotta; aquella niña rubia, la hija de su marido, la que ella habría querido tener consigo, a la que quería servir de madre, y amar como si fuese hija propia.

¡Qué horror si la señora de Ranieri hubiese sabido o acaso sospechado que Osvaldo era el seductor! Pero no; ignorábalo todo. Yolanda estaba convencida de ello.

¿Y podía condenar a la joven, cuando esta trataba de vengar a su pobre hermana y castigar al culpable? Yolanda tenía una idea vaga de lo que Susetta se proponía. Ella trataría de volver loco de amor a Osvaldo y cuando le viera caído a sus pies, le revelaría quién era, aplastándole con el desprecio y mostrándole su hija, sin permitir siquiera que la besara. Su marido merecía aquel castigo. No le bastaba haber engañado a Nilotta llevándola a la muerte y abandonando a su hija, sino que seguía por el sendero de la mentira y la traición.

Había bastado que Susetta apareciese, para que olvidara sus deberes de marido y perdiese el juicio detrás de ella. Susetta no tenía por qué recurrir a coquetería alguna ni a ningún aparato teatral para hacerse dueña de él: manteniendo su dignidad de mujer honrada le habría entusiasmado más. Esto demostraba a Yolanda la depravación moral de Osvaldo y cómo en él hablaban más los sentidos que la razón y el alma; cuál era su debilidad delante de un lindo rostro de mujer y tembló por sí misma; desesperó de su porvenir.

Luego pensó que Susetta creía a Nilotta víctima de un delito. ¿Por qué? ¿Qué había dejado escrito la desventurada? ¿Había quizás hecho nacer alguna sospecha en el alma de su hermana?

Ante esta idea, Yolanda recobró toda su energía. Se dijo que correspondía a ella defender a su marido. Débil, inconstante y traidor, sí; ¡asesino, no!

Yolanda trazó desde aquel momento su línea de conducta, pero se guardó mucho de dejar que nadie la sospechara. El mismo día hizo llegar a manos de Jorge la siguiente carta:

«Perdone usted mi desahogo; he sido una estúpida, una niña. Osvaldo no pensó nunca en traicionarme con la condesa de Plumet; una dama honradísima a quien estimo en mucho. Le ruego que no hable a su hermano de mis insensatos celos ni le riña demasiado por sus pérdidas en el juego. Yo respondo de todo. Su agradecida cuñada, Yolanda.»

Cuando Osvaldo fue aquella noche a su casa a comer, encontró a su mujer alegre, sonriendo y elegantemente vestida. Nunca estuvo Yolanda tan linda y tan animada. El industrial no pudo menos de fijarse en ella.

—¿Qué tenemos de nuevo? —preguntó—. ¿Hay alguna fiesta esta noche?

—Sí; es una fiesta para mí —contestó Yolanda—, porque Adriana vendrá a buscarme para llevarme al Regio. —Y añadió con sencillez —: Estará también Susetta con nosotras.

—¿Ah, sí? —dijo fingiendo indiferencia—. ¿Y no me pides siquiera que te acompañe?

—¿Acompañarme, tú? Estás de broma, ¿verdad? ¿No me dices que no cuente nunca contigo porque tienes todas las noches ocupadas?

—Esto sí que te lo he dicho en broma —contestó, tratando de abrazarla—. Será precisamente un placer para mí el ir contigo al teatro, tanto más cuanto que nunca te he visto tan linda como esta noche.

Yolanda se apartó de él riendo.

—¿De veras? ¿Quieres realmente tentarme? ¿Y por mí irás al Regio?

—¿Pues por quién, sino por ti?

—¡Hombre de Dios! Confiesa que los lindos ojos de Susetta te han trastornado; pero ten en cuenta que somos amigas y que la condesa no es mujer que se deja fácilmente seducir.

—No se me ha ocurrido nunca.

—De todas maneras, te lo aviso, porque un capricho loco podría costarte caro y serte fatal.

Osvaldo alzó con impaciencia los hombros.

—Basta de sermones y dime si es cierto que Adriana viene a buscarte.

—Sí.

—Entonces voy a ponerme de frac, porque así vestido no podría acompañarte. Di a Rosa que espere cinco minutos antes de servir la comida.

Y se fue a su habitación. Yolanda estaba seria.

—¡Va en pos de su ruina! —murmuró—. ¡Si lo supiese! Pero no; hablar es inútil ya; conviene obrar.

Y sonó el timbre, llamando a la doncella.

V

La mañana en que Susetta partió para ir a casa de su madre, Cinta escribió a Osvaldo:

«Queridísimo amo: Aproveche usted la ocasión que se ofrece para venir a encontrarme y entendernos con entera libertad. La condesa está ausente de Turín y no volverá hasta mañana; la niña y el aya pasarán el día en casa de la señora Ranieri, la cocinera y los dos criados han pedido permiso para ir a una comida de bodas de un su compatriota y yo me encuentro sola y dueña de la Villa de las Rosas. No llame a la puerta principal; dé la vuelta alrededor del muro de cerca y junto al pabellón encontrará una puertecita al lado de la cual le aguardaré a la una de la tarde. A dicha hora nadie le verá, porque no transita nadie por allí, puesto que no hay más que terrenos para vender. Recuerde que le espero ansiosamente, porque tengo muchas cosas que contarle. Su esclava amorosa, Cinta.»

Un muchacho fue el encargado de llevar dicha carta al industrial. Este la recibió en ocasión en que estaba Osvaldo riñendo a un obrero que hacía algún tiempo se mostraba muy holgazán, insolente, borrachín y soliviantaba a los compañeros contra los amos.

Aquel obrero era Gondo, el que había escupido a la cara de Cinta cuando esta le confesó que amaba al amo y se le había atrevidamente ofrecido. Gondo era oriundo de Cerdeña y hacía solo dos años que se encontraba en Turín en calidad de maquinista de la fábrica de los hermanos Naldi. Era un obrero muy hábil y muy diligente, pero desde que tuvo la desgracia de enamorarse de Cinta, cambió de carácter y se hizo intratable con todos.

Él comprendía que aquella muchacha, sedienta de lujo y placeres, no le habría distinguido nunca, siendo, como era, un pobre obrero

con las manos manchadas de negro, que solo podía ofrecerle un corazón ardiente y una modesta posición. Pero temblaba pensando que aquel cuerpo encantador que él había pretendido inútilmente durante algunos meses, llegaría a ser presa de cualquier otro con tal que tuviese los bolsillos repletos de oro.

Cinta no ocultaba sus deseos y sus esperanzas. La noche que la vió en compañía de René, Gondo sufrió una tortura que sus colegas no pudieron sospechar, porque le vieron reír con ellos y escupir detrás de la muchacha. Pero aquella noche no volvió a su casa; vagó como un loco por la ciudad, sintiendo punzadas en el corazón y en el cerebro como si se los pincharan con alfileres, y juró que él se vengaría. ¿Aquel era el tipo que había conseguido conquistarla?

Pero supo pocos días después que Cinta había dejado la fábrica, después de haber recorrido todos los talleres acompañada de Osvaldo, que le sonreía y hablaba en voz baja como diciéndole galanterías. De modo que, el amo, después de haberla despreciado, se dignaba aceptarla y dividía tal vez sus favores con otro.

Ante esta idea, le pareció que su cerebro iba a estallar. ¿De modo que todos podían poseer a aquella muchacha que tantos sinsabores le causaba, y él había de estar viendo que Cinta se reía de él? Los ojos de Gondo veíanlo todo de color rojo; tenía necesidad de sangre para saciar sus furiosos celos. Pero dotado, como todos los isleños, de una voluntad poderosísima para dominar sus instintos y sus pasiones, nadie sospechó los motivos del cambio operado en él; nadie supo los tristes proyectos que se forjaban en aquella mente.

A las censuras de Osvaldo, contestó aquel día con mayor insolencia que de costumbre.

—Si no le gusta así —le dijo con las manos en el bolsillo y el sombrero ladeado—, deme la quincena y me marcho.

—No se deja la máquina como un telar —prorrumpió Osvaldo, con violencia—. Tú seguirás en tu sitio hasta que haya encontrado quien te sustituya: esto es lo pactado.

—Pues dese usted prisa, porque yo tengo que marcharme.

En aquel momento fue cuando el guardián de la fábrica acompañaba al muchacho que iba a entregar a Osvaldo la carta de Cinta.

—No ha querido entregármela a mí —dijo el guardián.

—La señorita Cinta me ha dicho que la entregara a las propias manos de don Osvaldo —contestó el muchacho.

Al oír el nombre de Cinta, Gondo sintió que una ola de sangre le subía al cerebro. La desvergonzada escribía a su amante para darle alguna cita. Él habría querido interrogar al muchacho, pero en aquel momento no era posible.

Osvaldo se dirigió a él diciéndole:

—Vete.

Y con la rabia en el cuerpo hubo de retirarse. Sus compañeros no le vieron nunca tan preocupado. Trataron de interrogarle, pero Gondo no les dio respuesta alguna.

Al mediodía salió con los demás y vio al amo que en vez de dirigirse a su casa tomaba el camino opuesto. Le siguió a poca distancia. Gondo estaba lívido y sus ojos se veían profundamente hundidos, despidiendo siniestros relámpagos. Osvaldo estaba bien lejos de suponer que le seguía aquel obrero, como no habría salido de su asombro si le hubiesen dicho que Gondo estaba enamorado de Cinta y celoso de él.

Pensaba en la carta recibida y se preguntaba a dónde había ido Susetta y qué cosas importantes eran las que Cinta tenía que contarle. Tenía ansia por saberlas; de modo que no pensó siquiera en el almuerzo y tomó un coche de punto diciendo al cochero:

—A la calle Moncalvo.

Gondo no pudo oír la dirección que dio Osvaldo al auriga; de modo que, cuando vio el coche que se alejaba, tuvo un acceso de furor.

Pero después de detenerse unos minutos, pareció tomar una resolución.

Dirigióse al figón de la Soldadona. Allí, al mediodía, se reunían a almorzar algunos obreros de la fábrica, solteros. La Soldadona les daba por poco dinero una sopa de judías o la polenta, anchoas, salchichón y un quinto de vino que a algunos, sin embargo, no les bastaba y lo doblaban. De noche, en el figón no se expendían más que bebidas; solo se vendía vino.

Cuando Gondo entró, todas las mesas estaban ocupadas por obreros; no había vacío un solo lugar. Aquel figón no había tenido nunca tantos parroquianos, y la Soldadona se ocupaba en servirles con el auxilio de una muchacha sucia, despeinada y arremangada, que no sabía moverse en medio de tanta gente.

—Ven aquí, Gondo —gritó uno de los obreros—. Te haremos un pequeño sitio.

Pero él rehusó la galantería del compañero con un gesto.

—No, gracias, no tengo apetito; solo puedo beber y puedo hacerlo de pie.

—¿Te amarga todavía la boca por la riña del amor? —le preguntó otro.

—No temáis; llegará su hora —dijo Gondo.

—Bravo; muy bien —dijeron otros dos—. Don Osvaldo no es el mismo de antes. Por un quítame allá esas pajas, multas, reconvenciones...

—¡Perros, más que perros! Lo quisieran todo para sí, dejándonos a nosotros los huesos —murmuró un obrero delgaducho—. Nos tachan de holgazanes. ¿Y ellos qué son?

—Quieren echarnos a la basura; pero ya vendrá el día de la venganza.

Gondo no parecía oírles y se acercó al mostrador, pidiendo un litro. Mientras, dijo en voz alta:

—Cinta le ha jugado a usted una mala pasada. Se ha marchado, ¿verdad?

—No quería morir de hambre en la fábrica y se cansaba demasiado —contestó la Soldadona.
—¡Oh! La fábrica solo sirve para matar de hambre a los hombres de bien y a las muchachas honradas —replicó el obrero—. Las chicas guapas suelen encontrar en ella el principio de la fortuna. Entran rotas, sucias y asustadas y salen de ella orgullosas y petulantes; la mujer es más fuerte que nosotros: no desmaya con facilidad. Si un día el amo la echa a puntapiés y por añadidura al despedirla la escupe, otro día entra en el taller como si fuera la reina y tiene al amo a sus pies.

Así ha sucedido con la holganza de Cinta. ¿No recordáis vosotros cuando se ofreció a don Osvaldo y él la humilló a presencia de las compañeras de la fábrica, y la quería echar a patadas y la obligó a pedirle perdón públicamente?

—Es verdad; es verdad —dijeron varios.

—Si uno de vosotros hubiese recibido semejante afrenta, habría ahogado al primero que se le hubiese puesto delante o le hubiese mirado de través si no abría el vientre al amo, ¿no es eso? Pues Cinta se tragó todos los insultos, se sometió a todas las bajezas, y hoy ella es la reina de la fábrica, aunque no se la vea más por allí, porque no solo no se ha contentado con un puesto mejor, sino que quiere satisfacer todos sus caprichos en un placentero vicio, a espaldas del amo y aun a espaldas nuestras.

—¡Mientes! —gritó la Soldadona—. Cinta ya no está en Burín.

—¿De veras? —repetía el obrero, riendo socarronamente—. ¿Y sabe usted dónde está?

—Lo sé; está de camarera de una dama que se la llevó al extranjero.

Gondo soltó una carcajada.

—Bien se ha reído de usted la chiquilla, bien. Yo puedo asegurarle, en cambio, que en este momento don Osvaldo se encuentra con Cinta, quien le mandó una carta por medio de un muchacho. Yo estaba presente cuando se la entregó y le dijo de quién era.

El rostro de la Soldadona se inflamó.

—No es verdad, ¡no lo creo! —exclamó—. Solo lo creeré cuando me dé usted la dirección de la muchacha.

—Se la daré yo —dijo el obrero delgaducho, acercándose al mostrador—. Pero antes deme usted un vaso de vino.

—Toma —le dijo vivamente Gondo, presentándole el suyo, lleno aún.

Y las manos le temblaban de la emoción; era presa de una ansiedad febril que trataba de ocultar.

El obrero apuró de un sorbo el vaso, se secó los labios con el dorso de la mano, y dijo:

—Gracias, compañero. Pero ahora he de demostrar tus asertos. Cinta no es la querida del amo.

En el figón reinó de golpe el mayor silencio; todo el mundo escuchaba, mirando a los dos hombres.

—¿Cómo puedes afirmarlo? —gritó Gondo, a quien una insensata esperanza hacía palpitar.

—Lo afirmo —repitió tranquilamente el otro—. La chica está al servicio de la querida de Osvaldo. Esto es lo cierto.

Oyéronse distintas exclamaciones. Gondo desvió los ojos y tuvo un acceso de tos que parecía que se iba a ahogar.

—¿Luego está en Turín? —preguntó la Soldadona.

—Sí —contestó el obrero—. En esto no andaba Gondo equivocado. Cinta está al servicio de aquella bellísima señora francesa que estuvo a visitar la fábrica, o, más bien, a encontrar a don Osvaldo con la excusa de comprar camisetas de seda.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Y cómo sabes que aquella señora es la querida del amo? —le dijo Gondo, extrañado.

—Lo sé y basta —contestó el otro—. Cinta no sirve más que de alcahueta; esta es la verdad. Y si quieres más noticias pídeselas a ella, que no se oculta, y vive en la villa de las Rosas, calle Mencalvo. Y ahora dame otro vaso de vino, porque tengo seca la garganta, y creo habérmelo merecido.

Todos rieron. Gondo le ofreció su vaso, pero la Soldadona se adelantó y le dijo:

—Esta vez me toca a mí. ¡Oh! Haced bien a una tía ramera y ya veréis cómo os lo paga. La recogí en el arroyo, la acepté en mi casa contra mi voluntad, solo porque me daba lástima, y después de haberla limpiado y engordado y tratado como una hija, me abandona tranquilamente diciendo que ha encontrado mejor colocación en el extranjero, y en cambio se va a casa de otros, en Turín, encuentra otros protectores en la ciudad y me lo oculta todo porque sabe que no tiene limpia la conciencia y que tendría derecho de hacer que me diera cuenta de sus actos. ¡Ah! ¡La fea gitanaza, que quiere vivir holgando, cuando en casa de una mujer honrada como yo, se sabe que se ha de trabajar!...

Nadie le contestó, y mientras la Soldadona seguía lamentándose, los obreros se fueron marchando por grupos para volver al trabajo. ¿Qué les importaba a ellos aquella historia? Cinta, al fin y al cabo, era muy dueña de hacer lo que le viniera en gana y había sido bastante lista para conseguir aquella colocación que le producía más que el trabajo de la fábrica y del figón.

Un obrero que pasó junto a Gondo le dio en un hombro con una mano.

—¿Tan enamorado estabas de la niña, que tenías celos del amo? —dijo—. Ahora comprendo la causa de tu furor.

—Tú no comprendes nada —contestó Gondo, mirando siniestramente y con tal ira al compañero, que este enmudeció y tomó las de villadiego.

Gondo fue el último en salir, después de haber tragado, uno tras otro, dos vasos de vino.

—Grato es un espía del amo; quiere protegerle y disculpar a Cinta —le dijo a la Soldadona—. Pero yo pienso lo que digo y veremos quién tiene razón.

—Y yo iré a arreglar mis cuentas con ella —contestó la vieja.

Gondo salió con dirección a la fábrica, con las manos en el bolsillo. Dijera Grato lo que quisiera, él estaba persuadido de que lo que él creía era lo cierto. ¿Pues no le había confesado la misma Cinta, sin la menor vacilación, que quería a don Osvaldo y despreciaba a todos los demás? ¿Y si la extranjera fuese su rival, habría ido acaso a servir a su casa? ¿Lo habría permitido don Osvaldo? No, no. Ahora ya estaba convencido de que Cinta se entendía con el principal y sería ella la que un día escupiría a los obreros de la fábrica.

—Yo sabré la verdad —dijo entre dientes.

Durante toda la tarde, don Osvaldo no se hizo visible en la fábrica. No volvió a ella hasta el caer de la tarde, cuando los obreros iban a salir. Gondo observó que tenía los ojos brillantes de placer y devolvía el saludo sonriendo; de modo que su ira ciega aumentó aún más que si el amo le hubiese abofeteado.

—Ya le llegará su vez —contestó con destrozado acento.

Fue a casa de la Soldadona para cenar y desahogarse y la encontró a punto de salir con un mantón oscuro que caía en punta sobre su falda negra, luciendo una toquilla de seda, negra también y muy elegante, que le envolvía la cabeza.

—Iba a cerrar para dirigirme allí —le dijo, apenas vio al obrero.

—Y yo la acompaño —exclamó vivamente Gondo—. Pero la esperaré fuera, porque no conviene que de noche vaya usted sola por aquellas desiertas calles.

La Soldadona se echó a reír.

—En mi vida tuve miedo de nadie —contestó—, y si alguien se interpusiera en mi camino, sabría darle su merecido. De todos modos, agradezco y acepto la oferta.

—Pero antes quisiera que me diera usted algo de comer —dijo Gondo—. No he probado bocado desde ayer.

—Espere usted un instante; cierro por dentro, para que se sepa que por esta noche no abro ya. Luego le daré dos rajas de salchichón y pan.

—Sí, sí; cualquier cosa con tal que sea pronto.

Devoró lo que le dio en cinco minutos; bebió dos vasos de vino y echó un puñado de céntimos en el mostrador, a pesar de las palabras de la Soldadona, que le decía:

—No importa; ya lo cobraremos otro día.

—No quiero deudas —contestó Gondo—. No se sabe nunca lo que puede ocurrir. Vámonos.

Salieron juntos. Aunque no eran aún las ocho de la noche, aquel barrio, que incluso de día estaba desierto, se veía silencioso y tétrico.

La fábrica, que se levantaba a poca distancia, parecía un espectro amenazador y blanco en aquella oscuridad.

Gondo ofreció galantemente el brazo a la Soldadona, quien le dijo en tono festivo:

—Seguramente le gustaría más llevar del brazo a Cinta. He podido convencerme de que está usted enamorado y celoso de ella.

—No. Yo desprecio a esas muchachas que rechazan a un obrero honrado porque tiene apedazada la chaqueta y negras las manos, y se entregan, en cambio, al primero que llega si viste levita negra y tiene las manos blancas.

—Entonces, ¿por qué se toma usted tanto interés por Cinta y se enfada pensando que puede ser la querida del amo? —añadió la Soldadona.

—Porque yo tenía de Cinta muy distinta idea; la suponía muy honrada; me gustaba su franqueza, su modo de expresarse, aprobaba sus teorías, soñaba con hacerme de ella una mujer que procurase tenerme en orden una modesta habitación y supliese en ella a la madre que perdí. No podía ofrecerle seguramente una existencia lujosa, pero yo gano un jornal medio de cuatro pesetas y tengo hechos algunos ahorros.

—Hijo mío, las muchachas de hoy en día gustan de gozar la vida, aunque hayan de morir en un hospital.

Gondo se mordió los labios y no respondió.

—Esta, a decir verdad, no es hora de visitas —dijo la Soldadona—, pero yo no tengo otra a mi disposición y, le plazca o no, esa niñita me va a recibir.

Se había separado de Gondo y miraba a su alrededor. En aquella calle no había más que dos villas que parecían habitadas. Había otras en construcción.

—¿En cuál vivirá? —refunfuñaba la Soldadona—. Llamaré a la puerta de la más pequeña.

Así hizo, mientras Gondo aguardaba a distancia. Pero a pesar de algunos furiosos campanillazos, nadie respondió ni compareció alma viva.

Y, sin embargo, a través de las persianas cerradas del primer piso, se veía luz.

—¡Canallas! ¡Se hacen los sordos! —dijo la Soldadona, rabiosa—. Llamemos a la otra.

Era precisamente la villa de las Rosas.

Bastó una llamada para que se abriese la puerta y en la sombra se perfilase la figura de un hombre.

Era René.

No reconoció a la Soldadona y preguntó:

—¿Qué quiere usted?

—Quiero hablar con la señorita Jacinta —contestó la vieja.

René se inmutó; reconoció en el acento a la dueña del figón y contestó vivamente:

—La señorita Jacinta no vive aquí, sino en el pabellón del fondo. Dé usted la vuelta a la casa, encontrará una puertecita, llame y le abrirán.

—Gracias, señor, gracias.

Y la puerta se cerró. La Soldadona se dirigió a Gondo, que se había acercado a ella, y le preguntó:

—¿Ha oído?

—Grato no nos ha engañado. Ahora sabré lo demás. ¿Quiere usted aguardarme?

—¡Vaya!

Dieron juntos la vuelta al muro de cerramiento y no encontraron alma viva.

—Aquí se podría asesinar impunemente a un hombre —observó la Soldadona—. ¿Dónde demonios ha venido a ocultarse la muchacha?

Encontraron la puertecita y vieron encima de ella las dos ventanas del pabellón iluminadas.

—Retírese —dijo la Soldadona—. Si alguien se asomara, podría verle.

—No importa; con esta oscuridad no me reconocerían.

Se hizo atrás, mientras la Soldadona llamaba con el puño a la puertecita. Se abrió una ventana del pabellón, asomó una cabecita y la voz fresca y sonora de Cinta preguntó:

—¿Quién hay?

—Soy yo, la señora Murra.

Oyóse una exclamación y luego las palabras:

—Voy en seguida.

Y Cinta cerró de nuevo la ventana; pero antes de que se abriese la portezuela transcurrieron más de cinco minutos.

La Soldadona empezaba a perder la paciencia. Gondo, con la espalda apoyada en la pared, pensaba si él había de entrar también con la vieja.

Pero cuando rechinó la puerta y se abrió, se oyó la ruda voz de un hombre que dijo:

—¡Adelante!

Gondo no se movió y pensó:

—¡Oh! Está bien guardada.

La Soldadona entró y el obrero permaneció solo con sus ideas, que iban aumentando de una manera atroz.

Para apartarlas, se entretuvo en examinar el muro y el pabellón. Y pensó que no le habría sido difícil entrar allí si hubiese querido.

Pero antes de arriesgarse a semejante empresa, deseaba saber si sus sospechas eran o no fundadas. Y esperó febrilmente a que saliese la Soldadona.

VI

La Soldadona fue conducida por una escalera llena de flores a un salón estilo turco, donde en un bajo diván estaba echada Cinta, que vestía un traje de casa color rojo vivo. Esto hacía resaltar más su carne de gitana y su negrísima y crespa cabellera.

—Ahí tiene usted a la señorita —le dijo el hombre a la vieja.

Cinta no se movió.

—¡Ah! ¿Eres tú? —exclamó con aire indiferente—. Buenas noches; siéntate.

Y dirigiéndose al hombre:

—René —añadió—, acuérdate de lo que te he dicho.

René iba vestido de tal modo, que habría sido imposible reconocerle. Aparecía delgado, calvo, con grandes patillas negras.

—No lo olvido, señorita —contestó.

Y se retiró saludando.

La Soldadona estaba encendida hasta la punta de los cabellos.

—¿No te dignas siquiera levantarte para recibirme? —dijo—. ¿Olvidas ya que te quité el hambre, te di alojamiento y te vestí, mientras me llevaste engañada hasta el extremo de que creí todas las historias que inventaste para desligarte de todo compromiso conmigo?

Cinta se echó a reír.

—¿Compromisos contigo? —contestó tranquilamente—. ¿Y cuáles? Si me quitaste el hambre, te serví como una esclava y estamos en paz.

Es decir, no; tú debes de estarme obligada, puesto que te regalé cincuenta liras.

Una contracción nerviosa se dibujó en la boca de la Soldadona.

—¿De modo que aún quieres tener razón? ¿Y por qué inventaste tanta historia para decirme que te ibas?

—¿Estaba acaso obligada a decirte la verdad? A mí me dio la gana de mentir para que no me vinieras delante nunca más.

La Soldadona se enfureció.

—¡Ah! ¡Ten, gitanota! ¿Qué te figuras tú, por qué estás aquí? ¿No te acuerdas ya de cuando llorabas porque al amo le dabas asco? Y ahora, claro está, has conseguido atraerle porque le habrás dado a beber algún filtro; pero no te vayas a figurar que esto te haya de durar siempre.

Los ojos de Cinta brillaron.

—¿Quién lo dice?

—Lo dicen todos los de la fábrica.

Una llama de orgullo subió a la frente de Cinta.

—¡Ah! ¿Conque allí se ocupan de mí? —dijo riendo—. ¿Y quién se ha servido darte mi dirección?

La Soldadona, que se iba calmando, tuvo a bien contestar:

—Ha sido un obrero, quien, por cierto, sostenía que tú no eres más que la criada de la querida del amo.

—¿Y te parece a ti que tengo aires de criada? ¿De esclava? —prorrumpió con indignación—. ¿Tiene una criada criados a sus órdenes? ¿Tiene enaguas y medias de seda y zapatillas bordadas en oro?...

Y con un movimiento coquetón se levantaba el traje para que viera los objetos indicados.

La Soldadona abrió los ojos admirada y prosiguió:

—Otro obrero, en cambio, enamorado y celoso de ti, aseguraba que la sola querida del amo eres tú.

Un relámpago feroz brilló en los ojos de Cinta, y dijo:

—Apostaría a que es Gondo.

—¡El mismo!

—El cobarde aquel que me insultó después de haberme hecho una declaración de amor. ¿Su amante yo? Bien a las claras le dije que tanto me importaba él como sus compañeros. Después de todo, ¿es acaso un delito que a mí me guste el dinero, el lujo y la gente educada?

—Tienes toda la razón, excepto la de engañar a quien te hizo bien.

—¡Tra-la-ra-la! Ya me la has cantado mil veces esta canción. Y si me has buscado con este objeto...

La Soldadona fingió un aire lastimero.

—Lo creas o no, desde el día que me dejaste no he tenido una hora de tranquilidad. Y si quisiera ir a malas contigo...

—¿A malas conmigo? ¿Con qué objeto? Si yo quiero destruir hasta el recuerdo de los días que pasé a tu lado; y puesto que se presenta la ocasión, quiero que sepas que todo ha terminado entre nosotras; tú sigue tu camino, que yo apenas he comenzado el mío.

La Soldadona hizo un gesto feroz.

—¡Ah! ¿Conque sí? ¿Te atreves a desafiarme cuando sabes de qué soy capaz?

—No soy yo sola la que lo sabe. Hay alguien más que recogió tus declaraciones y está dispuesto a hacerte marchar muy derechito.

Dio dos golpes con las palmas de las manos y se presentó René.

—Mira bien a esta y dime si la reconoces —dijo Cinta.

René frunció el entrecejo y mirando a la Soldadona exclamó:

—¿Que si la reconozco? Es Catalina Murra, de sobrenombre la Soldadona, una espía de la policía, que tiene en su conciencia un homicidio y otros delitos cuyas pruebas tengo en mi poder, si quiere usted mandarla a presidio.

La Soldadona lanzó un grito; tenía los ojos fuera de las órbitas.

—Pruébelo usted en seguida —gritó—. Yo no le conozco a este. ¡Miente! Adelante, pues, adelante.

René se adelantó hacia ella con aire amenazador.

—¿Negaría usted haber asesinado a Vicente Rambom la noche de bodas, después de haber pegado fuego a la hacienda donde se encontraba con su esposa? La víctima murió carbonizada y no puede denunciarle; pero estaba presente un individuo cuando le dio usted la puñalada en la espalda, un hombre que, si hasta ahora no dijo una palabra, fue para no echar el escándalo en una familia bastante perseguida por la desgracia.

—Y como yo quiera, el hombre en cuestión le denunciará —interrumpió Cinta—. Ya ves, pues, que tus amenazas no me infunden miedo. Te aconsejo, por lo tanto, por tu bien, que te largues y no te acuerdes más de mí. René, acompáñala hasta la calle.

—¡Es infame! —pronunció apenas la Soldadona—. Me voy y estate tranquila, que no volveré.

Y ciñéndose el manto siguió al hombre que la esperaba con el semblante hosco y contraído.

Apenas estuvo fuera, Cinta abrió una ventana y dirigió la mirada en la oscuridad de la calle, viendo una sombra apoyada en el muro junto a la puerta. ¿Quién sería?

Esperó un instante y vio salir a la Soldadona, al tiempo que la sombra se le acercaba.

Y llegó aún a sus oídos las palabras:

—¡Es infame!

Después las dos personas se alejaron.

—Apuesto a que es Gondo —dijo Cinta, cerrando de nuevo la ventana—. ¿Y qué? No le tengo miedo.

René volvía a entrar. Se había quitado el disfraz y se presentaba de nuevo el simpático joven que ya conocemos.

—Desempeñaste muy bien tu papel —le dijo a Cinta, sonriendo—. Pero estuviste demasiado agresiva con ella. La Soldadona no tragará tan fácilmente los insultos recibidos.

Cinta se encogió de hombros.

—Nada puede en contra de mí, mientras que nosotros lo podemos todo en contra de ella —dijo—. ¡Oh! No puedes imaginarte qué efecto me produjo su presencia. Me hizo salir los colores al rostro, recordando aquellos días que quisiera olvidar a todo trance. ¡Oh, René! ¡Si tú supieras cuánto maldigo mi pasado, mis aspiraciones de un día!

»Si me he mantenido pura en medio de tanta suciedad, no es por honradez, no; es preciso que te lo confiese, fue por orgullo, para poder venderme a mayor precio. Y solo desde que te conocí, desde que hablé con nuestra bienhechora, me sonrojo ante mi pasado.

El joven la hizo sentar a su lado, le tomó ambas manos y examinándola atentamente le preguntó:

—¿Me juras que no amas a don Osvaldo?

Cinta no apartó los ojos de los suyos.

—No tengo necesidad de jurártelo —contestó—. Es la verdad. Hasta un sueño me parece haberle querido y haber llorado por él. Por lo demás, él no ama a nadie: ni a su mujer, ni a nuestra dueña, ni a mí, ni a nadie. No es el corazón lo que en él habla; son los sentidos que se entusiasman. Ya ves tú: de mí dependía hacerle esclavo mío el día que vino aquí creyendo que estaba sola. Nuestro plan, pues, se realizará a las mil maravillas el día que la señorita crea oportuno hacerme sorprender con don Osvaldo.

—Ese día no tardará —dijo René—, porque nuestra buena señora está ya cansada de la comedia que representa y sufre. ¿No te has dado cuenta de que sufre?

—¡Oh! Sí. Ayer mismo la sorprendí llorando.

Y bajando la voz, la joven añadió:

—Sería curioso que el peligroso juego a que se ha entregado fuera en su daño, porque se enamorara realmente de don Osvaldo.

—¡Ah! No; esto no; tengo la absoluta seguridad.

—De todos modos, es necesario que termine esta situación cuanto antes; tanto para ella como para nosotros.

—Especialmente para ella —añadió René—. Nunca la vi tan triste como en estos últimos días; ni las caricias y besos de la niña logran hacerla sonreír.

Cinta se puso grave.

—¡Dios mío! ¡Con tal que no se enamore seriamente de don Osvaldo! —exclamó—. Se dice que la venganza recae a veces sobre la cabeza de los que la proyectaron. ¿Ves? Ahora que sé cuánto afecta a la buena señora, daría mi vida porque esto no sucediese.

René movió la cabeza.

—No; yo no creo que piense ni por asomo en don Osvaldo —murmuró—. La señorita tiene un alma demasiado noble y elevada para abandonarse a un sentimiento indigno de ella; hacia un hombre casado que ha sido tal vez el asesino de su pobre hermana.

—Pero aquel infame conoce tan bien el arte de seducir...

—Que tú también caerías —interrumpió vivamente René.

—¡Oh! Ahora no hay peligro —exclamó sonriendo Cinta—. Podría hacerse el interesante cuanto quisiera; yo te aseguro que no me quitaría el apetito ni despertaría malos pensamientos en mí. Y tú ya sabes cuál es el talismán poderoso que contra él poseo.

Y le miró con tanto cariño, que René, conmovido, la estrechó contra su pecho.

—¿Me quieres de veras, Cinta? —dijo dulcemente—. ¿No echas de menos tus sueños de oro? ¿Te contentarás con tener por marido a un modesto criado falto de un brazo?

Cinta se rió de un modo encantador.

—El brazo que perdiste —dijo— me prueba tu valor y tu gran corazón; tu posición es hasta demasiado elevada para mí, que no te llevo en dote otra cosa que mi juventud y una cabeza dura que no quiso doblarse nunca a la voluntad de los demás; tal vez porque no supo nadie comprenderme como la señorita y tú; mi deseo es no dejarte nunca más. Y apenas salgamos de esta equívoca situación, nos casaremos.

—¡Oh! Concluirá pronto, porque estoy más que convencido de que la señorita desea salir de ella.

El sonido de un timbre les interrumpió.
— ¡Es la señorita que nos llama! —exclamó Cinta, poniéndose enseguida en pie—. Procura no hablar de la Soldadona, porque

tendría temor y disgusto si supiera que se ha atrevido a venir hasta aquí en mi busca.

— Estate tranquila; nada diré. Voy yo.

Cinta hizo un signo de aprobación con la cabeza y entró en una habitación donde, en un abrir y cerrar de ojos, se quitó el traje que llevaba para vestir otro sencillísimo de lana gris y el delantal de camarera.

Luego salió precipitadamente del pabellón para dirigirse a la habitación de Susetta.

Esta acababa de acostar a la niña y dejarla al lado de Malí. Luego se retiró a su gabinete, que era una verdadera joya de buen gusto y elegancia, y esperaba que fuese Cinta a desnudarla, porque estaba cansada y deseaba acostarse.

La noche antes había estado en el Regio con Adriana y Yolanda, y concurrieron al mismo palco Osvaldo, el abogado Ranieri y el conde Emiliano.

Osvaldo, a pesar de la presencia de su esposa, se sentó detrás de Susetta y se inclinaba a cada instante para decirle algo referente al espectáculo, rozando con su ardiente aliento su espléndida espalda desnuda.

Y mientras a ella le ardía la sangre de desprecio ante aquel contacto que la profanaba y del que habría querido huir, al ver a Yolanda y Emiliano que sonreían y hablaban entre sí, se puso casi como desafiándola a hablar, reír y bromear con el industrial.

Adriana se sentía dichosa entre sus dos amigas, persuadida como estaba de que ya no quedaba entre ellas ni sombra de rencor. Y el señor Ranieri, en pie, detrás de su mujer, gozaba tranquilamente del espectáculo, bien lejos de sospechar la tempestad que se desencadenaba en el alma de los otros dos hombres.

Porque Emiliano sufría ante la actitud de Osvaldo y, sobre todo, la de Susetta; y de cuando en cuando le dirigía una mirada llena de ansiedad y de curiosidad, de la que ella parecía no apercibirse.

Osvaldo tenía la cabeza hecha un ascua. En cada sonrisa, en cada palabra de Susetta le parecía ver como un principio de cariño; como el deseo de corresponder al fin a su pasión.

Para él no había en aquel palco más que la condesa De Plumet.

Yolanda hablaba, sonreía con desesperado esfuerzo. Ella leía en el pensamiento de su marido y sentía calofríos pensando cuán torpemente se ilusionaba y con qué arte le iba Susetta atrayendo para llevarle a la perdición y vengarse de él.

¡Ah! Precisaba obrar pronto si no quería ir envuelta ella misma en aquella ruina. El conde Emiliano podía ayudarla más que Jorge; ella, que había obtenido las últimas confidencias de Nilotta.

Susetta vio de pronto a la señora Naldi que decía, enrojeciendo, algunas palabras a Emiliano y que este sonrió y le contestó afirmativamente. Y experimentó una sacudida que casi la aniquiló. Afortunadamente había terminado el acto y la joven pudo levantarse con la excusa del calor sofocante que reinaba en la sala. De este modo se movieron también los otros, cambiaron todos de posición y se pusieron a hablar juntos de la música y de los cantantes hasta que, alzado el telón, Susetta tuvo ella misma a Emiliano detrás de sí.

Pero el conde no le dirigió nunca la palabra y estuvo a alguna distancia de ella. Esta, en cambio, no podía levantar los ojos sin tropezar con la mirada enfocada de Osvaldo, que se había colocado detrás de Adriana, dejando al abogado su mujer.

Aquella noche fue para Susetta un continuo suplicio; y al llegar a casa y encontrarse sola en su gabinete, lloró largamente como una niña, oprimiéndose el corazón con las manos.

— Se aman, se aman —decía—. Pero ¿por qué he de tomármelo así? ¿No es esta la mejor venganza respecto de Osvaldo? La traición de

su mujer no puede dejarle indiferente. Pero es que yo al conde le quiero; le quiero y sufro.

Aquella noche no durmió; pero al día siguiente estaba más tranquila y pasó las horas madurando un plan que tenía en la imaginación.

Osvaldo, a pesar de su pasión por ella, no había permanecido insensible a los encantos de Cinta; esta había ejecutado a maravilla el papel que le encargó, fingiendo que le ayudaría para conseguir a la condesa, no ceding por su parte hasta que la condesa hubiese cedido.

Cinta le prometió que una noche le introduciría ocultamente en el pabellón de la villa. Luego, con una excusa cualquiera, haría ir hasta allí a la condesa y solo de él dependía el obtenerla.

Osvaldo acogió la idea con entusiasmo y solo aguardaba una señal de Cinta.

Susetta quiso antes preparar las cosas de manera que todos estuviesen presentes en el acto de la humillación que quería imponer al industrial.

Susetta pensaba en esto todavía, cuando tocó el timbre para llamar a Cinta.

Pero antes que la joven se presentó René.

— ¿Desea algo la señorita? —dijo.

Susetta tuvo una inesperada sacudida; una idea atravesó su mente.

— Sí —contestó vivamente—, aguarda un instante. Quisiera de ti un señaladísimo favor.

— Hable, señora. Ya sabe que por usted estoy pronto a dar la vida.

— Lo sé, René, y puedes tener el convencimiento de que sabré recompensar tu fidelidad.

— Usted me ha recompensado lo suficiente con el interés que ha tomado por Cinta —interrumpió René, ruborizado.

— Me interesé por ella porque comprendí que el fondo de la muchacha no es malo —exclamó Susetta—, y porque además comprendí que la querías.

— Es verdad, señora —contestó con sencillez René—. La quiero y cuando la veamos a usted más feliz y más tranquila le pediremos permiso para casarnos.

— ¡Pobres muchachos! —replicó Susetta, con acento triste y conmovido—. Si tenéis que esperar a verme dichosa a mí, vuestro matrimonio no llegará a realizarse.

— ¡Oh, señora! No diga usted esto. ¡Si usted supiera cuánto sufrimos Cinta y yo al ver a usted hace algún tiempo más melancólica que de costumbre! ¿Ha tenido algún nuevo disgusto? ¡Señorita! Nosotros no deseamos conocer sus secretos, pero tenga la seguridad de que por verla sonreír nos arrojaríamos al fuego.

— Lo sé; lo sé que me queréis. Sé que estoy rodeada de personas devotas; mi Malí, a quien amo como a una hermana y adora a mi sobrina; mi viejo Pierret y todos hacéis lo posible por consolarme y sé que puedo tener en todos absoluta confianza, y, sin embargo, hay momentos en que me siento tan abatida, tan desdichada, que quisiera morir...

— ¡Oh, señora! —gritó Cinta, que acababa de entrar y había oído la última frase de Susetta—. ¿Qué dice usted? ¿Habla usted de morir?

Y la morena y viva criatura se acurrucó a sus pies y la miró con la ternura de un perro, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

También René tenía húmedos los ojos.

— ¡Pero señora! ¿Ocurre algo extraordinario que la agita de tal manera haciéndola pronunciar semejantes palabras?

Susetta se esforzó en sonreír.

— No, nada —contestó—. Tal vez no es más que una tensión de nervios, cansada del papel que estoy representando. Y tengo prisa porque termine esta comedia.

— ¡Señorita! Nosotros estamos prontos a lo que usted disponga — exclamo Cinta.

— Antes quisiera que tú, René, supieras decirme cuanto atañe a la señora de don Osvaldo. Has de seguir sus pasos, enterarte de las personas que frecuente, quién entra y sale de su casa, en fin, todo.

— Le prometo que dentro de un par de días estará usted al corriente de todo.

— Desearía asimismo tener los más exactos informes acerca del conde Emiliano de Turín y la vida que lleva.

— Los tendrá usted.

— ¿Y yo cuándo le he de decir a don Osvaldo que venga? — preguntó Cinta.

— Espera, espera; no tengas tanta prisa —dijo dulcemente Susetta.

— Es solo por usted, señora, por quien tengo deseos de desenmascararle.

Susetta no contestó; sintió calofríos.

— Vete, René —dijo—. Deseo acostarme. Buenas noches, hijo mío.

— Buenas noches, señorita.

Cinta quedó sola a su lado.

— ¡Pobre René! —murmuró Susetta—. Es digno de ser amado.

— Yo le quiero mucho, señora —dijo Cinta, mientras ayudaba a la joven a desnudarse—. Yo no sé cómo me ha elegido a mí, que soy fea y mala.

— No te calumnies de este modo. ¿No ves que don Osvaldo está loco por ti?

— Y cuando pienso que estuve en un tris de caer en sus brazos, me parece morir de vergüenza.

— Esto demuestra que no tienes mal fondo y René llegó a tiempo para salvarte.

— Fue usted quien le inspiró, usted, tan digna de ser adorada. Y perdone usted si me atrevo a hacerle una pregunta: ¿cómo es que usted, hermosa, rica y virtuosa no se ha buscado todavía un esposo?

Un fugaz rubor pasó por las mejillas de Susetta.

— Cuando una mujer tiene otra misión que cumplir en la vida y debe pensar en el porvenir de una niña, no sueña en el matrimonio.

— ¿Y si mañana llegara usted a enamorarse?

— El amor no se hizo para mí; me sería fatal. Piensa, pues, en ti, hija mía, y que Dios te haga feliz.

— Pero René y yo no lo podremos ser si no la vemos a usted contenta.

— Yo ya lo soy, porque a mí me basta el amor de mi sobrina.

Cinta no se atrevió a añadir una palabra más.

Susetta se acostó y dijo a la doncella que podía retirarse, porque ya no la necesitaba.

La joven bajó la pantalla de la lámpara, dio las buenas noches y se retiró.

Entonces Susetta ocultó su rostro en la almohada y rompió a llorar.

¡Cómo envidiaba en aquel instante a la pobre Cinta! Al menos esta amaba y era amada. El porvenir la sonreía.

En cambio, ella veía que otra le robaba el hombre a quien habría consagrado por entero su vida.

— Su marido llevó a mi hermana a la tumba —decía—. Yolanda me ha de llevar a mí. Pero no; yo puedo vengarme; no quiero que sea feliz; daría todas mis riquezas por verla muerta.

派 Pero apenas hubo formulado tan atroz idea, su mirada cayó en un retrato de su pobre padre adoptivo. Susetta sintió calofríos.

En su mente alucinada, con la fiebre en que ardía su cerebro, le pareció ver a Federico fruncir el ceño y hacerse severo, y oír su voz que le decía:

— Hija mía, no estoy contento de ti; recuerdo cuanto te dije en mi lecho de muerte; los sufrimientos hacen con frecuencia injustos y despiadados a los hombres; yo lo he comprendido harto tarde y he sido castigado; procura no serlo también tú.

Un sollozo brotó del pecho de Susetta y toda su cólera se fundió en una explosión de ternura y de dolor.

Y juntando nerviosamente las manos balbució llorando:

— ¡Perdón, padre mío, perdón!

VII

El conde Emiliano llamó a la puerta de la villa de Susetta.

Las sienes le latían fuertemente; pero supo mantenerse tranquilo y sonriente.

Malí abrió. No conocía al conde y quedó perpleja delante de él.

— ¿Por quién pregunta usted?

— Por la señora condesa De Plumet.

— No sé si hoy recibe; tenga la bondad de pasar y de decirme su nombre. Tome usted asiento.

— Mi nombre no serviría de nada. Diga usted a la señora condesa que vengo de parte del abogado señor Ranieri.

— Está muy bien; siéntese usted, caballero; vengo enseguida.

Malí introdujo a Emiliano en un saloncito de la planta baja que daba al jardín.

En tierra había una carretita con una muñeca; objetos que la niña había olvidado allí.

Emiliano no se sentó. Estaba demasiado conmovido.

Se acercó a los cristales del balcón y dirigió una mirada vaga al jardín, cuyas plantas no tenían aún ni hojas ni flores.

Mientras Emiliano lo miraba todo sin ver nada, tanto y de tal modo tenía ocupado su pensamiento, una gatita blanca se colocó entre sus pies, mientras llegaba a sus oídos el sonido argentino de la risa de una niña.

El conde se volvió con ímpetu. Acababa de entrar en el saloncito la hija de Nilotta, que debía de andar persiguiendo a la gata. La niña, con sus mejillas de nieve y rosa, los blondos rizos que coronaban su rostro y los ojos azules de su padre, era una belleza. Vestía de blanco.

— ¡Nellina! —exclamó Emiliano, con toda la efusión de su alma, tendiéndole los brazos.

La niña le miró y, lanzando un grito de alegría, ocurrió hacia él, gritando:

— ¡Papá! ¡Papá!

Emiliano la cogió en brazos y la cubrió de besos.

— ¡Nellina! ¡Nellina! ¿Me reconoces?

La niña se había ya agarrado al cuello de Emiliano, apoyando su mejilla en la de él, repitiendo:

— Papá, papá...

— ¿Me quieres?

— Sí... mucho, mucho...

Después rió alegremente, porque vio que la gata se cogía a las piernas del conde.

Malí sorprendió aquel vivo y delicioso cuadro y quedó algo confusa.

— Perdone usted, caballero —balbució, tratando de reprender a la niña—. Noris, baja.

— No, no; quiero a papá...

Malí estaba altamente atribulada. No comprendía lo que aquello significaba.

— Vamos, baja —repitió—. No molestes a este caballero, que mamá te aguarda...

La niña se agarró con más fuerza al cuello de Emiliano.

— No, no.

El conde estaba profundamente conmovido.

— Déjela —dijo—, la llevaré yo mismo a su mamá; me gustan tanto los niños...

— Pero, caballero; la condesa me va a reñir.

— Yo la disculparé. No se apure.

Malí intentó inútilmente convencer a la niña; quedó en brazos de Emiliano y la misma gata siguió al conde hasta el salón donde le aguardaba Susetta, seria y conmovida.

Cuando le vio entrar con la niña en brazos, frunció el ceño y pareció ponerse en guardia.

Pero el conde le dijo sonriendo y con la mayor dulzura:

— Perdone usted, condesa, si me presento así. Pero su hija de usted no ha querido dejarme. Entró en el salón para jugar con la gata, mientras yo esperaba sus órdenes para venir a ponerme a sus pies, y en cuanto me ha visto, y como si me conociera, ha corrido hacia mí.

Susetta temblaba. Estaba encendida como la grana.

— Noris, ¿por qué has molestado de este modo a este caballero? —dijo—. Ven, ven conmigo.

La niña miró a Susetta, que parecía enfadada, y luego miró al conde.

— Voy, papá; mamá lo manda —dijo con su gracioso balbucir.

El apelativo aumentó la confusión de la joven, que miró al conde con aire altanero, diciendo:

— Noris cree reconocer en cualquier desconocido a su difunto padre. Malí, llévatela.

— ¡Vete! —exclamó Susetta con seriedad—. Y tú llévatela, repito.

Cuando la camarera salió con la niña, que lloraba a lágrima viva, Susetta, roja aún de la emoción, se dirigió bruscamente al conde.

— No es esta la primera vez que sucede una escena igual —dijo—. Yo la corregiré.

El conde permaneció tranquilo.

— Siento mucho, condesa, haber sido la causa involuntaria de su enfado de usted y de la obstinación de la niña; porque yo no creo tener ninguna semejanza con su difunto esposo. Por otra parte, no deja de ser curioso que la niña recuerde todavía a su pobre padre.

— Realmente —replicó fríamente Susetta—. Ahora dígame usted a qué debo el honor de su visita.

— Vengo, condesa, de parte de mi principal, quien me ha encargado entregara a usted personalmente estos documentos que esperaba de París. No ha podido venir él porque tenía una junta y ha querido que viniese yo en lugar de un dependiente.

— Muchas gracias, conde —dijo Susetta, tomando el sobre que le entregaba Emiliano—. Efectivamente: son documentos para mí muy importantes y hubiese sentido que hubieran sufrido extravío.

El argumento había terminado y el conde debía de haberse despedido para marcharse; pero no se movió, y con la mayor desenvoltura preguntó a la dama:

— ¿Qué tal encuentra usted Turín?

— Me gusta muchísimo —contestó Susetta—, aunque no sea esta la estación más propicia para que resulte agradable.

— ¿Por qué? Para aquel a quien le gusta la sociedad, la estación no puede ser más propicia.

— ¿Usted la frecuenta muchísimo, verdad?

— ¿Yo? Se equivoca usted, condesa. No existe un oso peor que yo; exceptuando la casa de mi principal y algún rato que paso en la de Naldi, mis horas transcurren en la soledad de mi pequeño cuarto donde estudio y trabajo. Para frecuentar la sociedad es necesario disponer de medios de que yo carezco.

Susetta sonrió irónicamente.

— Con su nombre de usted habría podido efectuar un matrimonio bastante rico.

Emiliano fijó la mirada en los ojos de Susetta y contestó:

— Yo no me vendo, condesa.

Susetta se sonrojó ligeramente.

— No he querido ofenderle, conde; usted no me ha comprendido. No hablaba de un matrimonio de puro interés; pero si se hubiese usted enamorado de una muchacha muy rica...

— Habría procurado ahogar el amor mío para que no se creyera que iba a la caza de la dote —interrumpió Emiliano.

— Tal vez le habría parecido mejor hacer la corte a la misma muchacha cuando hubiese sido la esposa de otro.

El tiro salió, pero la bala no pareció herir al conde.

— No la comprendo, condesa —dijo con sencillez y gravedad—, porque no me encontré nunca en este caso.

Hubo un instante de silencio. El conde miraba admirado a Susetta que, con su bata blanca y su cabello rizado y sencillamente trenzado, estaba seductora.

Ella tenía fija la mirada en la alfombra, pero su corazón latía intensamente.

— ¿Está usted convencido de que se equivocaba en lo de la semejanza mía con otra persona? —preguntó de pronto.

— ¡Perfectamente! —respondió con voz firme y casi dura el conde—. Y debe usted dispensarme, condesa, si la ofendí involuntariamente, parangonando a una pobre muchacha de la montaña, que no tenía otro prestigio que el de su hermana y su virtud, con una joven señora de su rango de usted que se avergonzaría seguramente de haber tenido por madre... a una montañesa.

Esta frase fue acompañada de una sonrisa irónica que Susetta observó en sus labios al alzar los ojos, en los cuales se pintaba una angustia atroz.

— ¿Me cree usted tan sin corazón? —balbució con inseguro acento.

— No sé, condesa; pero seguramente no habría sido usted mi Susetta; y digo mía aunque, lo repito, no tuve la fortuna de conocerla personalmente; pero la adoraba por su semblante, por sus sencillos escritos, en los cuales estaba transfusa toda la candidez de su alma, y por cuanto me decía de ella su madre, que la sobrevivió. Mi Susetta, pues, porque se llamaba precisamente como usted, condesa, no se habría burlado del culto que rindo a una muerta, como no se habría complacido en despertar culpables y violentos deseos en el cerebro de un hombre que no se pertenece.

— ¡Oh! ¿Va a ser precisamente usted —interrumpió con ímpetu la joven— quien me acusará por ello? ¿Usted, que a los ojos mismos del marido hace la corte a su mujer?

— Se equivoca usted, condesa —dijo gravemente Emiliano—. Yo creo ser bastante caballero para no cometer una mala acción en perjuicio de un amigo, tanto más cuanto que este tiene una mujer excepcionalmente honrada, superior a toda sospecha.

Susetta estaba de tal modo emocionada, que no medía los conceptos que vertía.

— Como si no se supiera —exclamó— que, a pesar de todo su puritanismo y su adoración por una muerta, alimentaba la esperanza

de ser amado por la bella señorita Yolanda antes de ser la esposa de Osvaldo.

Él sostuvo erguida la cabeza con altanería.

— Es muy cierto; ¿lo niego yo acaso? ¿Y no le dije ya que la señorita Yolanda fue el primer sueño de mi juventud? Si con mi nombre le hubiese podido ofrecer una fortuna análoga a la suya, yo le juro que ningún hombre me la habría arrebatado. Pero era, y sigo siendo, bastante pobre, y callé, y me habría parecido obrar con sin igual bajeza e innoblemente si hubiese esperado que fuese la mujer de otro para declararle mi amor. Por lo que veo, me tiene usted en bien poca estima. No sabía yo, cuando conocí a la señorita Yolanda, que existía otra muchacha a la cual había de dedicar más tarde toda mi adoración, mis más puros sentimientos y que al pedir su mano no había de sonrojarme, porque era tan pobre como yo. Pero el destino me fue siempre contrario, porque mis dos únicos amores los sepultó la fatalidad.

Susetta le miraba agitada y palidísima.

Emiliano parecía sincero. Pero no, no; él mentía. ¿No había acaso sorprendido las miradas y las sonrisas cambiadas entre Yolanda y el conde? ¿No les vio apartarse durante la fiesta celebrada en casa de Ranieri? Y recordaba aún cuán poco les plugo su presencia al sorprenderles, ocasión en la cual la joven señora desapareció apenas la vio a ella. ¿Pues y en el palco, cuando Emiliano ayudó a la señora Naldi a ponerse el abrigo, no se inclinó a susurrarle algo al oído y obtuvo de ella una respuesta afirmativa?

La sangre le subió a la cabeza.

— Podrá usted decirme cuanto quiera —exclamó—. Yo no creo en su sentimentalismo y tengo mi opinión, como tengo mi amante.

Emiliano se estremeció y palideció.

— Osvaldo no es su amante de usted —dijo con voz sofocada y labios temblorosos.

— Y si lo fuese, ¿a usted qué le importaría? —respondió la joven, con las mejillas inflamadas y la muerte en el alma—. Yo le dejo a usted la mujer; déjeme a mí el marido.

Emiliano se levantó y con la mayor frialdad le dijo:

— Tenía de usted mucho mejor concepto, condesa. Me equivoqué: la verdadera Susetta no habría descendido tanto, olvidando su propia dignidad.

Ella lanzó un grito de terror y de desdén a un tiempo.

— ¿Vino usted a mi casa para insultarme? —exclamó fuera de sí.

— No, condesa; vine a prestar a usted un servicio. Usted, en cambio, trata de provocarme, y ya que no puedo pedir satisfacción a una bella señora, tengo al menos el derecho de decirle a la cara lo que pienso de ella. Y ahora, como ya nada tengo que hacer aquí, permítame que me retire.

— Váyase, váyase y que no le vea... nunca más... nunca más aquí.

Con dificultad había podido pronunciar estas últimas palabras, y apenas el conde hubo salido, cayó como desvanecida en el diván.

Sentíase morir de vergüenza y de dolor. ¿Cómo había tenido el valor de decir que Osvaldo era su amante? ¡Qué mirada de frío desprecio le había dirigido el conde! ¡Y cómo temblaba su voz cuando le decía que la verdadera Susetta no habría olvidado su propia dignidad!

Por sus injustificados y torpes celos se había envilecido delante de él y le había perdido para siempre.

Susetta quedó sin fuerzas, sin lágrimas, aturdida como si con un mazo le hubieran dado en la cabeza.

Se abrió la puerta y entró Nellina en el salón, seguida de Malí.

— Mamá, mamá...; papá... se ha ido —dijo.

Susetta se levantó encendida, confusa.

— Aquel señor no es tu padre —murmuró, sentándola en sus rodillas.

— ¡Qué rara simpatía la de Noris por aquel caballero! —observó Malí —. Se me fue al recibidor mientras él se iba y le cogió de las piernas llamándole papá. El buen señor la tomó en brazos, la besó un sinfín de veces, luego sacó el pañuelo, se enjugó los ojos, me devolvió a la niña y se marchó. Yo le llamé repetidas veces para entregarle esta carta que, al sacar el pañuelo del bolsillo, se le cayó sin apercibirse, pero no me oyó.
Esto diciendo, Mali entregó a Susetta un sobre ancho, cuadrado, cortado en su parte superior, que llevaba la dirección del conde.

La caligrafía derecha y larga delataba una mano femenina. Susetta tenía casi la convicción de que aquella carta procedía de Yolanda y de que en ella había la explicación de su destino.

El corazón le latía con fuerza y sus ojos no podían apartar la mirada de las letras del sobre.

Noris hizo ademán de quitársela de la mano.

—Deja —dijo Susetta, procurando mantenerse tranquila—. Es de aquel señor y hay que devolvérsela. Vete; vete con Mali.

Y miró al aya de la niña con aire casi de súplica.

Mali la comprendió.

—Ven, Noris —dijo—, vamos en busca de la gatita; mamá no puede cuidar ahora de ti.

Noris besó a Susetta y salió del salón con Mali.

Susetta acercó el sobre a su rostro y percibió un suave perfume de violeta.

No cabía duda de que la carta era de una mujer.

Y sacó resuelta el cartón que el sobre contenía.

Una ola de sangre le encendió el rostro. El nombre de Yolanda apareció en seguida ante sus ojos.

Y el cartoncito no contenía más que estas palabras: «El jueves, a las tres de la tarde, en su casa de usted.» Susetta estrechó los dientes para no gritar, pero un relámpago de furor y de amenaza brilló en sus ojos. En aquel momento le pareció caer en un profundo abismo, del que nunca más había de salir. Fue presa de un vértigo que la duró unos segundos.

No tardó en recuperar su lucidez de mente; volvió a leer el billete y tocó con violencia el timbre.

Acudieron René, Cinta y la misma Mali, con la pequeña.

Susetta estaba en pie en medio del salón; sus ojos brillaban y su cabeza se alzaba altanera.

—René —le dijo en voz alta—, ya no hay necesidad de que ejerzas ninguna vigilancia en torno del conde de Turin o de la señora Naldi; ya estoy enterada de todo. Prepárate más bien, o mejor tú, Cinta, porque ha llegado el momento de vengar a la pobre Nilotta.

—Estamos prontos —dieron juntos los dos jóvenes.

—Mañana a la noche, don Osvaldo Naldi ha de ir al pabellón.

—Irá —contestó Cinta.

—Mañana les daré todas mis instrucciones. Por hoy quiero permanecer sola, sin que nadie venga a molestarme. Noris, ven a darme un beso y decidme vosotros todos que me queréis. ¿He de tener piedad de un hombre que despreció a su hija y fue causa de la muerte de la madre?

—No; no; merece un castigo.

—Y lo tendrá.

Una vez sola, Susetta leyó de nuevo el billete de Yolanda.

—No; no se han de ver más, ¡no lo quiero! —repitió.

Ella procuraba imponer silencio a su conciencia, que la censuraba por su modo de proceder.

—¡Cómo! Mi hermana sufrió y murió por culpa de Osvaldo y su mujer, yo sufro por esta y por el que un momento ha tratado de engañarme ¿y habré de soportarlo en paz y doblegarme vencida? No; no fuera justo. ¿Y si Noris me echaba en cara algún día el no haber vengado a su madre?

¡Ah! No pensaba tanto en Nilotta en aquel instante como en sí misma, pues no podía hacer callar a los celos y al amor que Emiliano le había inspirado.

—¡Es por él, por él! —murmuró.

Y quedó pensativa, humillada por la vergüenza, con el pecho hinchado de sollozos reprimidos, sin encontrar ya la energía que la hizo surgir violenta y amenazadora poco antes.

VIII

Después de aquella noche del teatro, Osvaldo se mecía en locos deseos, en fantásticas ilusiones.

Estaba más que persuadido de que, al fin, Susetta capitulaba seducida por aquel remolino de pasión que había revuelto todo su espíritu. Sí; él se consideraría feliz con hacerse su esclavo y doblarse a cualquiera de sus caprichos. No se le ocurría siquiera pensar que la condesa, por atención siquiera a la amistad de Adriana y de Yolanda, hubiese seguido rechazándole. ¿No sucedía acaso de continuo en la sociedad, en apariencia noble, que las señoras guapas robaban el marido o el amante a las amigas más queridas? Y la mujer traicionada, la amante engañada fingían no apercibirse para conservar su propia dignidad enfrente de las demás y sobre todo por miedo al ridículo que podía caer encima de ellas. Y seguían, en su lugar, mostrándose amigas de la rival triunfante, que no tenía siempre el pudor de ocultar el propio triunfo.

Osvaldo se había reconciliado con Jorge, porque estaba persuadido este de que su hermano había vuelto con su esposa después de la carta que le escribió Yolanda y bajo formal promesa de que este no pondría mano nunca más en la baraja. Jorge, después de la brusca confesión que se le escapó en el doloroso coloquio habido con su cuñada, se sentía casi culpable de traición hacia su hermano y mientras multiplicaba sus atenciones para con Osvaldo, huía de su cuñada y hasta de su amigo Emiliano, y de noche permanecía solo, retirado en su propia habitación.

También Yolanda huía de él, temerosa de haber dejado a su vez traslucir el secreto de su alma y prefirió confiarse a Emiliano en cuanto afectaba a la condesa De Plumet.

Osvaldo había recobrado en la fábrica toda su alegría, bromeaba con las jóvenes obreras, hablaba con los obreros y al volver a casa estaba amabilísimo con Yolanda, tanto, que los mismos padres de esta estaban convencidos de que su yerno había puesto juicio y vuelto a ser el Osvaldo de antes.

Yolanda era la única que no se ilusionaba; ella leía en el cerebro y el corazón de su marido y estaba asustada ante la idea de lo que sucedería el día que descubriese la verdad respecto de Susetta. ¡Ah! Requería mucha diplomacia por su parte para buscar la manera de salvarle del peligro que corría de ser acusado de asesino.

Osvaldo pensaba ya en ir a visitar a Susetta sin esperar el aviso de Cinta. Creía que para obtener a la dueña no tenía necesidad de acudir a medios extremos con la complicidad de la graciosa doncella.

Sí; Cinta era realmente graciosa y él había sido muy simple en rechazarla cuando ella se le ofreció. En aquel momento debía de tener un velo ante los ojos para no darse cuenta desde luego de que valía mucho más que todas sus compañeras, hasta más que Nilotta, a quien amó y deseó locamente durante algunos meses. Basta: Osvaldo creía no perderla del todo, pues además de hacer de ella una preciosa aliada respecto de la condesa, trataría de obtener más tarde sus favores.

Hallábase sumergido en estos deliciosos pensamientos, mientras se encontraba en su despacho, cuando el subjefe fue a darle aviso de que el obrero Gondo se iba y que había colocado a otro en la máquina para sustituirle.

—Siento mucho que Gondo se vaya —dijo el subjefe—, porque ha sido siempre un excelente obrero.

—Pero desde hace algún tiempo —dijo Osvaldo— se mostraba insolente e intratable por demás.

—Es cierto; pero debe haber en el fondo algún motivo que no he conseguido descubrir. Tal vez se lo confiese a usted.

—Dígale usted que venga.

Un momento después, con el sombrero bajo el brazo y el semblante hosco y amenazador, entraba Gondo en el despacho de Osvaldo.

Le miró este con los azules ojos que en otro tiempo fascinaron al maquinista, pero que hoy odiaba porque el encanto de los mismos había sido la causa de que perdiera a la única persona a quien amara en el mundo.

—¿De modo que quieres dejarme? —dijo el industrial—. Y, sin embargo, aquí se te trató siempre con cariño; si últimamente me he visto obligado a censurarte, débese a que te hiciste algo holgazán, a que se han observado varios desperfectos en la máquina y a que alguien te oyó decir que tendrías placer en ver volar la fábrica, con cuanto contiene dentro.

Con la mirada torva, fija en el suelo, Gondo contestó:

—Es verdad; cuando nosotros, los isleños, odiamos, no existen términos medios.

—Pero para que pretendas exterminarnos a todos, has de odiarnos asimismo a todos.

—No; odio a uno solo y este basta para odiar a los demás.

—Dime quién es y si te ha ofendido en algo le castigaré.

Gondo le miró de través y murmuró con irónica sonrisa:

—¡Usted!

Y añadió luego:

—No soy un espía ni denuncio a nadie, y quien me ofende o me ataca ha de habérselas conmigo solamente. Deje usted que me vaya; es mejor; ya me han pagado y nada tengo que hacer aquí.

Osvaldo se levantó y su rostro tomó un severo aspecto.

—Bien está; no te detengo; vete —le dijo—. Hoy no sirve de nada ser buen amo; para hacerse respetar u obtener algo, es preciso usar el látigo.

—Conmigo no tendrá usted necesidad de usarlo —respondió Gondo, casi con altanería—. Adiós.

Se dirigió hacia la puerta, mientras esta se abría para dar paso a Cinta.

El obrero dio un salto atrás, pálido y feroz.

Cinta fingió no reconocerle.

Osvaldo no vio más que la graciosilla y sonriente figura de Cinta y exclamó, tendiéndole la mano:

—Ven, ven...

Luego, dirigiéndose al obrero que estaba como aturdido, le dijo secamente:

—Sal de aquí.

Gondo salió nervioso, haciendo con los hombros un movimiento de desdén.

Pero, apenas estuvo fuera del despacho, se sintió presa de un temblor nervioso y sus ojos centellearon. Había oído a Osvaldo decir a Cinta:

—¡Alma mía! ¡Con qué afán te aguardaba!

¡Ah! ¡Si hubiese podido matar a ambos en aquel momento! Llevó la mano a un cuchillo que llevaba al cinto, pero se contuvo.

En el pasillo no había nadie; aplicó el oído a la puerta que no cerró del todo y oyó al amo que decía:

—¿Esta noche a las diez? No faltaré; te lo juro.

No tuvo ocasión de oír más, porque llegó hasta él el rumor de pasos de alguien que se acercaba.

Gondo se alejó y se encontró con el subjefe.

—¿Te vas de veras? —le preguntó este.

—Sí —contestó con sofocado acento—. Y tanto para mí como para otros, habría sido mejor que me hubiese marchado antes.

Mientras, Cinta decía al industrial:

—No puedo detenerme más; salí de casa sin que la señorita se apercibiera, porque, como no creí prudente fiarme de nadie, preferí venir a avisarle personalmente.

Y añadió con un acento de aparente indiferencia:

—¿Qué hacía aquí el maquinista Gondo?

Osvaldo hizo un movimiento de hombros.

—Ha venido a despedirse de mí —dijo—; no quiere seguir en la fábrica. Vaya con Dios. Es de la raza de hombres a quienes habría que dar de latigazos en vez de tratarles con dulzura.

—¿Pero usted no sabe que Gondo me hizo la corte?

—¿De veras? ¡Qué tonto! ¿Y te gustaba?

Cinta hizo un gesto de disgusto.

—Un maquinista, con la cara siempre sucia y las manos negras... ¡Uf! Por todo el oro del mundo no habría permitido que me hiciera una caricia.

Ambos se echaron a reír y siguieron hablando alegremente.

A la noche Osvaldo se mostró muy expansivo con su mujer; parecía que su corazón rebosaba de júbilo y no se dio cuenta de que Yolanda le observaba con cierta inquietud.

Aquella alegría no era natural, pues mientras se hablaba de cosas frívolas, tenía el pensamiento en otro lado.

Mientras se iba acercando la hora de la cita, más distraído aparecía, hasta que de pronto se levantó y dijo resuelto:

—Te dejo; he de salir.

Yolanda se estremeció y se levantó también.

—Salgo contigo —contestó sonriendo—. Me acompañarás a casa de mamá e irás luego a buscarme.

Osvaldo miró el reloj y repuso:

—Lo siento; pero no me es posible; se me ha hecho muy tarde ya. Habría tenido mucho gusto en acompañarte a casa de mamá, pero los negocios ante todo.

Yolanda estaba en pie delante de él y le miraba fijamente.

—¿Qué negocios? —le preguntó con la mayor dulzura—. Estuviste esta noche tan cariñoso conmigo, que tenía la ilusión de que no nos separaríamos. Aplaza los negocios hasta mañana.

—Me es de todo punto imposible, amor mío; es asunto que afecta a nuestros intereses; dame un beso y adiós.

Yolanda estuvo a punto de gritar:

—Mientes; vas a ver a Susetta, que te tiende un lazo para castigarte. Resiste a sus encantos, o te pierdes.

Pero se calló; le devolvió el beso apenas y le contestó fríamente:

—Adiós.

Osvaldo salió presuroso, temiendo que le detuviera.

Había previamente alquilado un simón que le aguardaba en los alrededores de la fábrica. Se acercó a él y dijo al auriga:

—A la plaza de la Gran Madre de Dios.

Y una vez hubo encendido un cigarro, se acomodó en el interior del coche y se entregó a los más fantásticos sueños de color de rosa.

El coche hizo alto. Osvaldo se apeó con ligereza y dijo al cochero:

—Espérame aquí.

Y se dirigió a pie a la villa de las Rosas. La noche era lóbrega y húmeda y apenas circulaba por aquellos sitios viandante alguno.

Con las manos en los bolsillos del gabán que llevaba abrochado hasta la barba, y el cuello de terciopelo levantado, Osvaldo recorrió la calle Moncalvo a lo largo del muro de cerca de la villa. A poca distancia había un hombre tendido que parecía un borracho, porque balbuciaba palabras incomprensibles, mientras trataba de levantarse.

Pero el industrial le dirigió apenas una rápida mirada y dio dos golpes a la portezuela, que se abrió en seguida y se volvió a cerrar en cuanto Osvaldo hubo entrado en el pabellón.

El fingido borracho se puso de un salto en pie y se acercó a su vez a la portezuela con tiempo sobrado para oír la voz de Cinta que decía:

—¡Si supiera usted con qué afán le estuve aguardando!

Y nada más. La voz se apagó y reinó el más absoluto silencio.

El hombre en cuestión, que no era otro que Gondo, ciego de ira murmuró:

—Sí, divertíos, que poco os ha de durar...

Mientras, Osvaldo, precedido de Cinta, entró en el salón donde René condujo a la Soldadona.

Cinta llevaba el traje corto de paño rojo que parecía apropiado a su figura agitanada.

—Siéntese aquí —dijo, con un ademán de graciosa coquetería—. Antes que pueda venir la condesa, tendrá usted que molestarse una media hora, porque ella es la que acuesta todas las noches a la niña.

Osvaldo, que aquella noche y para cobrar ánimo había bebido más de lo de costumbre, sonrió.

—Tú te quedarás haciéndome compañía —exclamó.

—No, déjeme usted marchar —murmuró Cinta, con conmovido acento—. He hecho todo lo posible para hacer a usted feliz; pero no va usted a pretender que yo sea testigo de su felicidad.

—Vaya, Cinta; deja al menos que te dé las gracias por tus atenciones y el afecto que me tienes; no te vayas, oye; ya sabes lo que te tengo prometido.

Cinta se ocultó el rostro entre las manos.

—No, no hablemos de esto; yo no aceptaré nunca que se me quiera por lástima, por compasión, ni podría tampoco hacer traición a mi dueña.

Y fingía contener las lágrimas.

Osvaldo no era hombre que resistiera a las lágrimas y a los encantos de Cinta, y acabó por cogerla por la cintura.

—Tú no haces traición a nadie —exclamó—. Dame un beso, no te pido más.

En aquel momento se abrió una puerta y Susetta apareció.

Fue un efecto teatral.

Cinta cayó de rodillas a sus pies, balbuciendo:

—¡Perdón, perdón... yo le amo!

Osvaldo quedó petrificado.

La condesa pareció no darse cuenta y, dirigiéndose a la doncella, exclamó:

—Yo te lo dije; te advertí. Pero tú, desgraciada, no quisiste darme crédito.

Y mirando con desprecio al industrial, le dijo:

—No; no habría creído que llevara usted su ruindad al extremo de venir a insultarme en mi propia casa.

Osvaldo quiso protestar.

—¡Señora! —balbució—. Yo le juro que si vine aquí fue porque creí que usted me había llamado.

Cinta, lanzando un grito de rabia, se levantó.

—Miserable impostor —prorrumpió con despreciativo acento—. No lo crea, señora, no es la primera vez que viene a este pabellón y tengo testigos que lo probarán; solo que ahora trata de excusarse.

Susetta la interrumpió con dureza.

—Para comprender lo que vale este señor, no tengo necesidad de tus explicaciones. Hace tiempo que le conozco. Usted ha olvidado sin duda su pasado; ¡yo no!

Osvaldo, que se había repuesto un tanto, la miraba con sus ojos azules y profundos sin comprender a qué se refería.

—Mi pasado —respondió con cierta dignidad— solo a mí me pertenece y no creo que le interese a usted. Cuanto a mi presente, juro a usted que esta trata de engañarla, después de haberme tendido un lazo a mí, que no sabría qué hacerme de ella.

Cinta alzó furiosa la cabeza, cerrando los puños y mostrándose insolente como cuando estaba en la fábrica.

—No quiero bajarme a defenderme de esta víbora —añadió Osvaldo —. Pero espero, condesa, que no prestará fe a sus palabras y me

juzgará usted como merezco.

—Como se merece usted, efectivamente —exclamó—. Como se merece un perdido a quien, no bastándole las esclavas que se le ofrecían, arrojándose a sus pies, sedujo a una pobre y honradísima muchacha, bajo palabra de casamiento; la hizo madre, y cuando se hubo cansado de ella rechazó a su propia hija y condenó a la infeliz burlada a la muerte para unirse a otra a quien no amaba, pero... ¡era rica!

Esta vez Osvaldo quedó frío y altanero; su pasión se iba calmando ante las acusaciones que le hacía Susetta delante de Cinta, y comprendía en aquel momento que la ladina muchacha había tramado aquella vil comedia para humillarle ante la condesa, vengándose así de su desprecio de un día.

—Otra acusación de esta desvergonzada —dijo—. Pero repito que no he de descender a defenderme.

—¿Ni aun siendo yo quien le acusara descendería usted a defenderse? —interrumpió Susetta, con voz vibrante y la mirada fija en el industrial—. Sí; yo soy la que le acuso a usted; no Cinta. Yo, ¡hermana de Nilotta! Defiéndase ahora si puede hacerlo.

Osvaldo dio un paso atrás, presa de una palidez mortal, mirando a Susetta con ojos extraviados.

—¿Hermana de Nilotta? —balbució con tembloroso acento.

La condesa había hecho una señal. Cinta había desaparecido y ella se encontraba sola enfrente de Osvaldo, quien, con las manos nerviosamente contraídas en el respaldo de la butaca en que estaba apoyado, parecía luchar con la profunda emoción que le invadía.

—¿Se asombra usted, es verdad? —dijo lentamente Susetta—. Tal vez dude usted de mis palabras por no encontrar semejanza alguna entre el físico de mi hermana y el mío, y porque le parecerá imposible que la pobre obrera de su fábrica pudiese tener una hermana riquísima. Pero antes de llevar el nombre que hoy ostento,

fui una mísera esclava como ella, se agrietaron mis dedos trabajando, pisé espinas y abrojos, doquier dejé restos de mi carne, pero conservé siempre mi honra inmaculada. Encontré por fin, gracias al cielo, al hombre que me dio la libertad, me otorgó su nombre, salvó mi dignidad y me dejó su patrimonio para contribuir con él a la salvación de tantas jóvenes desgraciadas que se encuentran en la situación en que yo misma me encontrara. Y pensé en mi pobre hermana, a quien adoraba y no había visto desde la infancia, deseosa de que ella dividiera conmigo mi fortuna. Pero yo no había de hallar aquí más que un cadáver y una inocente criatura rechazada por su padre. Debía saber de ella tan solo que había sido víctima de una traición, ¡de un asesinato!

Una horrorosa contracción descompuso el semblante de Osvaldo.

—¡Ah! Esto no; ¡no es verdad! —exclamó.

—Tengo documentos de mi hermana que le acusan; tengo sus cartas de usted que prueban su traición. Pruébeme usted ahora que no la mató usted y que fue ella misma a arrojarse al canal de donde la sacaron muerta.

Osvaldo se ocultó el rostro entre las manos.

—¡Ah! El castigo llegaba; la muerta se vengaba.

—¡Soy inocente! ¡Soy inocente! —dijo con voz entrecortada.

—Pruébelo usted —repitió Susetta, inexorable.

Osvaldo dejó caer los brazos.

—¡Se lo juro! ¡Se lo juro! Pregunte usted a mi hermano.

—A su cómplice...

—No, no; créame usted —prorrumpió el industrial, con una especie de delirio ocasionado por la desesperación que le enloquecía en aquel momento—. Yo fui culpable con Nilotta, sí; la desprecié

después de hacerla madre; pero matarla, no; no es verdad, y si no me cree usted a mí, ni cree a mi hermano, pregunte a mi mujer.

Una carcajada punzante e irónica se escapó de los labios de Susetta.

—¡Ah! Seguramente su mujer... tendrá interés en defenderle —exclamó—. ¿A ella qué le importa la muerte de Nilotta? Lo que le interesaba era que la hiciera usted su esposa. Pero el cielo es justo; ha oído los ruegos de la pobre burlada, despreciada, humillada, los ruegos de mi pobre hermana que por culpa de usted no se atrevía a levantar la frente ni decir a los demás quién era por temor de que cayese sobre ella y sobre la criatura el estigma de la vergüenza. Su esposa, la rica, la honrada, vengó sin darse cuenta a la pobre difunta.

Osvaldo la miró aturdido, murmurando:

—¿Qué quiere usted significar con eso?

—Quiero significar que mientras usted, despreocupado y calavera pretendía seducirme y hacer a la vez de Cinta una víctima de sus lúbricos deseos, su mujer se reía y se ríe de usted con otro.

—Miente usted —gritó Osvaldo, fuera de sí, con el semblante contraído por el disgusto y la exasperación.

Susetta se sintió enrojecer ante aquel insulto, y sacando del bolsillo el cartoncito redactado por Yolanda, le dijo:

—Yo no acuso sin pruebas. Puede usted convencerse por sí mismo.

Osvaldo se tambaleó como si le hubiesen dado con un mazo en el cerebro.

Desgarró el sobre con las uñas, después de reconocer en la dirección la caligrafía de su esposa; leyó las breves palabras de Yolanda y con un terrible esfuerzo recobró la calma.

—No sé —dijo— cómo pudo llegar este billete a manos de usted. De todos modos, le doy las gracias y le juro, señora, que mañana, al par

que tendrá las pruebas de mi inocencia sobre la muerte de Nilotta, quedará usted satisfecha de su obra de venganza que ignoré hasta hora harto tardía.

Y rechazándola bruscamente, escapó como un loco.

Susetta pareció comprender en aquel momento toda la crueldad de su proceder; su hermoso semblante cambió de pronto de expresión, y pasándose una mano por la frente como para convencerse de que no soñaba, se acercó de un salto a la ventana, la abrió, sacó la cabeza al exterior y gritó con angustioso acento:

—¡Osvaldo! ¡Osvaldo!...

Susetta vio una sombra que, a su voz, se detuvo y levantó la cabeza, pero otra sombra se apartó de la pared y se dirigió a la primera.
Y un grito siniestro, un grito de suprema agonía rompió el silencio de la noche.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Le asesinan! —exclamó Susetta fuera de sí, agarrándose al alféizar de la ventana.

—¿A quién asesinan? ¿A quién? —pronunció una voz grave y severa detrás de ella.

Susetta se volvió. El conde Emiliano estaba allí, frío e implacable como un juez.

Ella abrió los labios sin hablar; los ojos se le dilataron.

—¿Es el señor Naldi, verdad? —añadió el conde—. Su amante de usted, por usted misma atraído a una trampa y condenado a muerte... ¡Oh! ¿No le bastaba una víctima?

Susetta habría querido defenderse contra semejante insulto; pero su lengua parecía paralizada y tendió los brazos casi para implorar perdón; pero estos volvieron a caer a lo largo del cuerpo y la desdichada cayó al suelo exánime, sin lanzar un gemido, sin proferir una palabra.

FIN DE LA TERCERA PARTE

Todos llevan su cruz

I

El juez instructor, seguido del actuario, entró en la habitación adonde fue llevado Naldi gravemente herido. Una cuchillada le había interesado el hígado y otra el pulmón izquierdo. Estaba en peligro de muerte y el médico así lo había declarado a su mujer y a su hermano, encargando que le evitaran la más pequeña emoción.

Pero el herido, al recobrar los sentidos, quiso declarar porque no quería, dijo, ni que se acusara a inocentes ni que se hicieran malévolas suposiciones.

Luego, mientras esperaba, quiso permanecer solo con su esposa, que lloraba junto al lecho del herido.

Este, con un esfuerzo, se incorporó un tanto.

—¿Han registrado mis ropas? —preguntó débilmente.

—No —contestó Yolanda, con voz truncada—, porque, exceptuando al conde Emiliano y a mí, cuando te hicimos conducir a casa, nadie más se acercó a ti.

Una contracción penosa alteró por un momento la fisonomía del herido; sus labios temblaban, y dijo a su esposa:

—Dame el gabán.

Yolanda invocó la recomendación del médico de que estuviese tranquilo.

Pero él repitió con violencia:

—Dámelo, te digo.

Yolanda obedeció con las lágrimas en los ojos.

El herido hurgó febrilmente en uno de los bolsillos y sacó un sobre que entregó a su mujer.

—¿Lo reconoces? —preguntó.

Ella miró más aturdida que asustada.

—Sí —contestó vivamente—. Es el sobre que debe de contener un billete que escribí al conde Emiliano.

—¡A tu amante! —interrumpió Osvaldo.

Ante tan terrible acusación, Yolanda sintió escalofríos; pero lanzando seguidamente un grito de indignación y de protesta, exclamó:

—¡No es verdad, no es verdad, te lo juro! Yo escribí al conde para comunicarle que Susetta De Plumet era hermana de Nilotta y buscar juntos la manera de salvarte de la acusación de asesinato que intentaba contra ti. No comprendo cómo el tal billete haya ido a parar a tus manos; pero te juro que cuanto te digo es la verdad. Y la prueba la tienes en que el conde y yo, sospechando que anoche te hubiese tendido una trampa, fuimos a casa de la condesa creyendo llegar con tiempo para avisarte y conjurar todo peligro.

Osvaldo la dejó hablar sin interrumpirla y, cuando hubo terminado, le dijo casi con calma:

—No te creo. Si tú sabías que la condesa De Plumet era la hermana de Nilotta, ¿por qué no me lo dijiste o no lo confiaste a mi hermano en vez de ir a comunicárselo a un hombre que te quería antes de casarte conmigo? Si te encontraste con él por aquellos sitios, tenías otras miras que no me interesa saber, como no quiero recriminarte ni censurarte porque a mi vez soy culpable para contigo. Lo que me interesa es que destruyas ese billete, que nadie conozca tu traición y que no se promueva ningún escándalo en torno de un lecho de muerte.

Yolanda se retorcía las manos, desesperada.

—Pero yo soy inocente, soy inocente —balbuceaba—, ¡lo mismo que el conde!

Él movió la cabeza.

—Deja de excusarle y acaba con tus protestas y tu exasperación. Destruye el billete y no se hable más del asunto. Que mi muerte te haga feliz, ya que yo en vida no te supe hacer dichosa.

—Pero es que yo no puedo ni debo soportar tan infame acusación.

—¿Quieres matarme antes que yo hable y denuncie a mis asesinos? —dijo Osvaldo.

Y cayó sobre la almohada, tan lívido, que parecía un cadáver.

Yolanda creía volverse loca.

—¡Osvaldo! ¡Osvaldo! —llamó desesperada.

Él cerró los ojos sin contestar.

—¡Dios mío! ¡Dios santo! Sería horrible que muriera convencido de que soy culpable.

La pobre señora corrió a pedir auxilio.

Osvaldo volvió en sí y la primera mirada y la primera frase fueron para Yolanda.

—¡Calla! ¡Lo quiero yo! —dijo.

La desventurada no se atrevió a despegar los labios; pero quedó junto a la cama de su esposo, aplastada por la vergüenza, con el corazón oprimido y sin encontrar siquiera fuerzas para llorar.

Había llegado el juez instructor, como dijimos, acompañado del actuario, y en la habitación del herido se encontraban, además de Yolanda, los padres de esta, el conde Emiliano, Jorge Naldi, Rosa y el médico, porque Osvaldo quiso que todos fueran testigos de su declaración.

¿Qué diría?

—Le he hecho llamar —empezó diciendo, con voz firme, dirigiéndose al juez instructor—, porque no quiero morir sin decirle la causa de mis heridas y el nombre de mi asesino.

—¿Le conoció usted, pues? —preguntó el magistrado.

—Sí.

Si alguien hubiese fijado la vista en aquel momento en Yolanda, se habría asustado ante su cadavérica palidez, el temblor nervioso de sus labios y la angustia atroz que destruía la pureza de sus líneas.

Pero todos tenían fija la atención en el herido.

Osvaldo prosiguió:

—Permaneceré en silencio respecto a otros detalles, pero antes de denunciar al asesino diré a usted el hecho que dio margen a su deseo de vengarse de mí. Hace cosa de un año entró en mi fábrica una joven de dieciséis años, una de esas muchachas venidas al mundo porque sí, que nunca conocieron a sus padres y no se sabe de dónde vienen ni adónde van. La tomé por compasión, mas como quiera que con el jornal que yo le daba no tenía bastante para todos sus gastos, cuando salía de la fábrica prestaba sus servicios como camarera en un figón, en cambio de los cuales la dueña le daba comida y alojamiento.

Ante aquel exordio, Yolanda pareció respirar; oyó con menos palidez y menos temblorosa.

El médico creyó oportuno intervenir.

—No se canse usted demasiado —dijo—. No detalle usted tanto lo sucedido o le faltarán las fuerzas para continuar.

—Usted me las dará, doctor.

—Es que si se excita usted demasiado, le aumentará la fiebre que ya se ha presentado.

—Si se me impusiera silencio estaría peor.

—Al menos tome usted esto.

Le dio una cucharada de cordial, que el herido sorbió ávidamente.

—Gracias; ahora prosigo. La muchacha se llamaba Cinta, o Jacinta, y no sabía que tuviera apellido alguno. Era seguramente hija de alguna gitana vagabunda; pero no sé dónde adquirió cierta instrucción, porque al preguntarle sobre su pasado, permanecía completamente muda. Tuve que reñirla varias veces porque me sublevaba a las obreras con sus teorías anarquistas, envaneciéndose de que no había nacido para ser esclava, insultando a las maestras y encargadas y diciendo de los amos que usurpábamos indebidamente el fruto de sus fatigas. Pero a mis riñas, en vez de sublevarse como con los demás, con el furor de un gato salvaje, se me caía a los pies, me abrazaba las rodillas y me dirigía las más apasionadas declaraciones que yo rechazaba con desprecio. Estaba decidido a despedirla, cuando fue a visitar mi fábrica una señora francesa, la condesa De Plumet, que se interesaba mucho por nuestras obreras y habló con Cinta detenidamente. Desde aquel día pareció como si la joven modificara su carácter; se hizo dócil, respetuosa, atenta al trabajo, hasta que una mañana entró compungida en mi despacho para manifestarme que dejaba la fábrica porque había encontrado una plaza de camarera en casa de la condesa De Plumet, rogándome con lágrimas en los ojos que no diera malos informes acerca de ella. Se lo prometí; la condesa la tomó a su servicio, y mi mujer, amiga de la dama francesa, me dijo repetidas veces que esta estaba bastante satisfecha de su camarera...

Diciendo esto, el herido dirigió la mirada a Yolanda, que no solo no protestó, sino que contestó débilmente, inclinando la cabeza:

—Es cierto.

Ni el juez instructor ni los otros interrumpieron al herido.

Osvaldo continuó:

—Yo no sabía que un obrero de mi fábrica, natural de Cerdeña y maquinista de profesión, llamado Gondo Urus, se hubiese enamorado locamente de Cinta, e ignoraba también que esta, no contenta con haberle despreciado, le hubiese dado a entender que era una amante mía. Lo que me admiraba era que Gondo, antes tan diligente para el servicio, tan respetuoso, uno de mis mejores obreros, hubiese cambiado repentinamente, haciéndose negligente, holgazán y prepotente. Le reñí con dulzura y me contestó con insolencia que dejaría la fábrica. Y como ayer mañana se presentó otro maquinista, Gondo vino a mi despacho para despedirse. Mientras le hablaba de su mal comportamiento para con sus amos que le querían y él me respondía con malas palabras y mirada feroz, entró Cinta. Esta pareció no fijarse en él y me dijo, riendo, que tenía necesidad de hablarme. Y despedí con un gesto al obrero para quedar solo con ella. Cinta vino a rogarme, con aire de misterio, que a las diez de la noche fuera a casa de la condesa De Plumet, pero que en vez de pasar por la puerta principal de la villa, lo hiciera por la que había en la parte zaguera, donde ella me aguardaría. Añadió que quien deseaba hablarme era su dueña, quien tenía que confiarme un secreto importantísimo de que no quería se enterara el resto de la servidumbre.

El herido se detuvo un instante; parecía muy cansado y su palidez se había ido acentuando.

—Abrevie usted. ¿Acudió usted a la cita?

—Sí —contestó Osvaldo, que después de tomar el cordial se sintió más animado—. Pero debo hacer presente que al acompañar a Cinta fuera de mi despacho, y mientras esta me repetía: «Entendidos; esta noche a las diez...», discurría por el pasillo el obrero Gondo. No di importancia al hecho, ni me acordé de la cita, hasta que por la noche mi mujer me pidió que la acompañara.

—¿Anduvo usted con rodeos o le dijo a ella adónde tenía que ir? —preguntó el juez.

—No; y este fue mi pecado, que me costará la vida. Porque mi mujer había acordado precisamente ir anoche a casa de la condesa De Plumet que la aguardaba y, si hubiésemos hablado, habríamos comprendido que Cinta me había tendido un lazo. Yo dije, en cambio, que tenía que salir por negocios de la fábrica.

—Y yo —interrumpió de pronto Yolanda, con voz clara y firme—, me habría quedado en casa de no haber venido mi madre, que se ofreció a acompañarme a casa de la condesa.

—Es verdad —confesó la señora Falconi.

—Híceme llevar en coche hasta la plaza de la Gran Madre de Dios —añadió el herido—, y de allí fui a pie hasta la puerta que se me indicó. Pero recuerdo ahora que a poca distancia había un hombre tendido hablando no sé qué; le tomé por un borracho, sin detenerme a observarle. Cinta me aguardaba, porque apenas hube llamado a la puerta, me abrió y me condujo a un salón del pabellón que está bastante distante de la villa. Yo creía encontrar en aquel salón a la condesa De Plumet; pero en su lugar no estaba más que Cinta, la cual me dijo, riendo, que me había tendido un lazo para que acudiera a su lado y que, si no correspondía a su amor, cada vez más grande, haría saber a la condesa, a mi mujer que estaba con ella y a otras personas, que yo era su amante y que cada noche me recibía en aquel pabellón. Le aseguro que en aquel momento la habría estrangulado; pero con dulzura traté de hacerla comprender que yo no podía corresponder a su pasión ni darle esperanza alguna. Pero ella no quería atender razones; tocó un botón del timbre como tratando de llamar a alguien; y yo, fuera de quicio, y temeroso de ver comparecer a mi mujer y a la condesa y de verme ante ellas humillado por aquella desvergonzada, huí por donde había entrado.

—¿Anduvo rápido o fue entonces cuando le agredieron? —exclamó vivamente el juez instructor.

—Sí, y el hombre que me dio la cuchillada fue Gondo. No solo le reconocí, sino que él mismo, al atacarme, se delató. Después recuerdo haber visto diversos hombres inclinados encima de mí, y apenas pude pedir que me llevaran a mi casa, porque perdí el conocimiento.

—Aquellos hombres eran de la servidumbre de la condesa De Plumet y yo —dijo entonces el conde Emiliano—. Me encontraba en el salón de la condesa, donde estaba también doña Yolanda Naldi, y estábamos en amena conversación, cuando entró la doncella asustada, diciendo que en la parte trasera de la villa asesinaban a un hombre. A pesar de la oposición de las señoras que temían pudiera ocurrirnos algo, yo y los dos criados salimos en seguida a la calle, esperando llegar con tiempo para evitar un delito. Imagínese usted nuestro dolor cuando nos dimos cuenta de que el herido era don Osvaldo Naldi. Del asesino no quedó huella. Nosotros habríamos querido conducir al señor Naldi a la villa de la condesa; pero en vista de sus súplicas y avisada que hubimos a doña Yolanda, colocamos al herido en el coche y le condujimos a casa.

La diligencia judicial se dio por terminada.

El juez instructor comprendió que no era ocasión de hacer otras preguntas, porque Osvaldo estaba muy postrado y de cuando en cuando se notaban en su rostro espasmódicas contracciones que lo alteraban. Por otra parte, el mismo médico impidió todo nuevo interrogatorio. Y hizo bien, porque Osvaldo, presa poco después de una calentura intensísima, deliraba.

Yolanda hubiese querido permanecer sola junto al herido; pero Jorge declaró que no se movería de la cabecera de la cama.

Emiliano se despidió diciendo que volvería, pero que de momento le convenía hacer una diligencia por cuenta propia acerca de aquella tentativa de asesinato.

La noche antes iba él a salir de casa, cuando una llamada prolongada le hizo correr precipitadamente a abrir la puerta.

Yolanda, palidísima, agitada, estaba delante de él.

—Dios mío, señora, ¿qué le sucede? —preguntó el conde con interés, introduciéndola en su pequeño salón.

Yolanda no podía articular palabra; tal era su agitación. Se dejó caer en una butaca y se puso a llorar. Aquellas lágrimas cayeron como gotas de fuego en el corazón de Emiliano.

—¡Dios mío! —repitió—. No llore usted así... ¡Si supiera usted el daño que me hace! Dígame al menos qué tiene...

Yolanda se restregó los ojos.

—Se lo diré porque no tenemos tiempo que perder. Le rogué por medio de aquel billete que tuviera usted la bondad de aguardarme mañana para hacerle ciertas confidencias; pero sería demasiado tarde.

Y entre nerviosos sollozos le contó el descubrimiento que hiciera de que Susetta era la hermana de Nilotta; la idea de la condesa de vengarse por creer que Osvaldo era un asesino, sus aprensiones y los temores de aquella noche, sospechando que su marido tenía una cita con Susetta.

—No he podido resistir más —terminó—. He venido en busca de usted llevando conmigo la carta de Nilotta para rogarle que me acompañe a casa de la condesa, probarle la inocencia de mi marido y salvarle. ¡Oh! No me diga usted que no. Vamos a verla en seguida.

—Estoy a sus órdenes, señora —contestó el conde—. ¿Tiene usted el coche abajo? Dentro de un cuarto de hora estaremos allí.

Durante el trayecto, Emiliano le confesó que ya sabía que Susetta era la hermana de Nilotta, aun cuando la condesa, interrogada por él, había opuesto siempre una tenaz negativa a sus preguntas. Y añadió que no habría dejado de ponerla en guardia al día siguiente para, de común acuerdo, ver de salvar a Osvaldo de una posible

venganza. Emiliano, sin embargo, se guardó mucho de revelar a Yolanda su amor y sus celos por Susetta.

Así llegaron a la villa de las Rosas. Al sonar el timbre acudió René a abrir la puerta.

—Tenemos precisión de hablar en seguida con la condesa —dijo Emiliano.

—La condesa no está —dijo René.

—No es verdad —añadió el conde—. Sabemos precisamente que está en casa y que también don Osvaldo se halla aquí.

René estaba a punto de negar, cuando se presentó Cinta, que había dejado el pabellón a una señal de Susetta. La joven reconoció a Yolanda y al conde Emiliano y, convencida de que Susetta tendría una satisfacción de que ambos pudieran presenciar la humillación del industrial, exclamó:

—Pasen, pasen. René no sabía si la condesa quería recibirles. Dice bien al afirmar que no está en casa, porque se encuentra en el pabellón al fondo del jardín. Vengan ustedes conmigo.

Hízoles atravesar el vestíbulo y abrió la puerta vidriera que daba al jardín; pero no habían hecho más que andar unos pasos, cuando llegó a sus oídos el rumor de una portezuela que se cerraba y la voz angustiosa de Susetta que gritaba:

—¡Osvaldo! ¡Osvaldo!

El conde Emiliano fue de un salto al pabellón y subió a la habitación, a cuya ventana se hallaba Susetta, mientras Yolanda, agarrándose a Cinta, le preguntaba:

—¿Qué ocurre?

Y, por toda respuesta, oyó el grito siniestro, terrible, que lanzó Osvaldo, y las palabras:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Le asesinan!

Yolanda se separó violentamente de Cinta, corriendo ambas hacia el pabellón. Pero, en el dintel, Emiliano, que salía, las detuvo diciendo:

—No está aquí; está fuera. Vamos a ver.

—Es ella, es ella que le ha hecho asesinar.

—No; no lo creo; sería por demás horrendo.

Abrió él mismo la portezuela que daba a la calle. Y mientras, llegaron los dos criados de Susetta. Estos trataron, en unión del conde, de levantar al herido, que no daba señales de vida, y querían llevarlo a la villa. Pero Yolanda se opuso.

—No —dijo resuelta—, a mi casa en seguida; aquí, si no ha muerto, acabarían de matarle.

Emiliano era del mismo parecer y acompañó al herido en unión de la dama.

—Llegamos demasiado tarde —dijo Yolanda—. Yo tenía el presentimiento de una desgracia. ¡Ah! ¿Por qué no tuve el valor de revelárselo todo a Osvaldo?

—También yo hice mal —añadió Emiliano—. ¿Pero podía acaso prever un delito?

La declaración del industrial le sorprendió. Si dijo la verdad, Susetta era inocente. Pero aquella desesperada llamada a Osvaldo, ¿no era una prueba del amor de ella y de su encuentro en el pabellón?

Esto pensaba Emiliano cuando salía de la habitación del herido, quedando sorprendido al ver que Yolanda le seguía y le decía:

—Pase usted un momento aquí, conde; he de hablar a usted.

Siguióla a un saloncito, mirándola emocionado. Yolanda tenía en el semblante una palidez mortal; sus espléndidos cabellos negros le

caían en desorden sobre los hombros y sus ojos estaban abatidos por las lágrimas vertidas.

—¿Sabe usted —le dijo— que Osvaldo me cree su querida?

Un escalofrío recorrió el cuerpo del conde. Este palideció.

—¡Oh! ¡No es posible! —exclamó.

—Y sin embargo, así es —añadió Yolanda—. Alguien le ha entregado el billete que le escribí.

—Y que perdí no sé dónde —balbució el conde, confuso—. Pero en aquel billete no había nada que la comprometiera.

—Le daba una cita en su casa. Juré a mi marido que, desde que supe que Susetta era la hermana de Nilotta, quise con el auxilio de usted buscar un medio de salvarle, máxime habiendo usted tratado a la infeliz muchacha en sus últimos días. No me creyó porque no se lo confié a él, y ahora, delirando, me acusa y morirá tal vez creyéndome culpable.

Él se oprimía fuertemente la frente con las manos.

—No, no; fuera demasiado. ¿Qué se podría hacer para apartar de su mente tan horrible duda?

—No sé; nada espero; lo cierto es que aquí está la mano de Susetta, a quien maldigo con el alma.

—No; no diga usted eso. También la creíamos culpable del asesinato de Osvaldo y ya ve usted que es inocente.

—¿Usted la llama inocente? —replicó Yolanda con estridente risa que asustó a Emiliano y una creciente excitación—. Sí; ella no ha sido la ejecutora material del delito, pero ella es la que ha empujado a Cinta a coger a mi marido en una trampa; ella es la que se encontraba en el pabellón, y por su culpa Osvaldo muere y mi honra se mancha.

—Yo la obligaré a venir aquí a defenderse y a pedir a usted perdón.

—No; no quiero verla de ningún modo. He querido avisar a usted para que sepa cómo ha de comportarse, puesto que su presencia puede ser fatal a mi marido y aumentar sus sospechas en contra de mí.

Emiliano movió tristemente la cabeza.

—¿Siendo así, no permitirá usted que vuelva?

—Al contrario, lo deseo; pero procure usted no pasar el umbral de aquella habitación mientras él no le llame.

—Se lo prometo.

Él le había tomado una mano, que estrechaba en la suya; se alzó una cortina y Jorge se presentó. El industrial estaba lívido y serio.

—Yolanda, Osvaldo la llama —dijo, sin mirar al amigo, que se sintió herido en el alma.

¿También Jorge sospechaba de él?

—Voy —contestó la joven.

Y dejando precipitadamente al conde, siguió al cuñado a la habitación del herido.

II

Apenas hubo Gondo desahogado sus celos sobre Osvaldo y le vio caer, huyó sin detenerse. Pero al llegar a la calle Casale y seguro de que nadie le seguía, frenó la marcha y se sintió más tranquilo. Estaba convencido de que había matado a su principal y de que su frase al caer encima de él: «Soy yo... Gondo, ¿no te la esperabas, eh?», no la había Osvaldo recogido ni le podía perder. Con todo, no estaba aún satisfecho: su sed de sangre no se había saciado; el espíritu del mal le empujaba aún y su ceguera moral continuaba todavía. La pasión vibraba en su alma con tal fuerza, que le arrastraba a cualquier exceso; tal vez si hubiese podido vengarse de Cinta habría quedado satisfecho.

Sin que supiera el porqué y solo por el instintivo deseo de desahogarse, Gondo se dirigió al figón de la Soldadona. Ciertamente que a tal hora el figón debía de estar cerrado; pero él haría que se le abriese la puerta y, sobre todo, diciendo que había de hablar de Cinta.

Eran cerca de las once de la noche cuando Gondo se encontró delante del figón y, aunque estaba cerrada la tienda y no se oía el más pequeño rumor, el maquinista llamó dos veces con la seguridad de que le habían de abrir. Efectivamente; no tardó en dejarse oír la ronca voz de la Soldadona.

—¿Quién hay? —preguntó con aspereza.

—Yo, Gondo; tengo algo importante que comunicarle con respecto a Cinta —contestó el obrero con voz temblorosa.

Cedió la cadena, rechinó la cerradura y la Soldadona abrió.

—Entre, entre —dijo—. Iba a acostarme; pero esperaré; esta noche estoy sola; he echado a puntapiés a la holgazana aquella que me servía.

Introdujo a Gondo en la trastienda, donde ardía una luz de petróleo, le invitó a tomar asiento y le dijo:

—¿Quiere usted un vaso de vino?

—No; prefiero una cerveza en aguardiente.

—Aunque sean dos.

Se dejó caer como cansado en una silla y no contestó; tenía torvo el ceño y tintos en sangre los ojos; su mano, metida en el bolsillo, apretaba convulsivamente el arma homicida, sucia de sangre. La Soldadona puso dos copitas encima de la mesa y las llenó.

—Ea, brindemos —dijo casi alegremente—, y luego me contará usted sus amorosos furores con aquella gitanaza.

—¡Oh! Cinta a estas horas estará llorando —contestó Gondo lúgubremente—. Me he vengado y he vengado a usted.

Y apuró de un sorbo la copita de alcohol. La Soldadona, con todo y sus bríos, se estremeció.

—¿Qué ha hecho usted? —preguntó con alterado acento.

—He matado a su amante... don Osvaldo Naldi.

La Soldadona pegó un brinco.
— ¿Será chanza lo que usted me cuenta?

— Es verdad; yo soy de Cerdeña, ¿sabe usted? Y no tolero ofensas ni humillaciones.

Y le contó sus sufrimientos de los días anteriores, su odio contra el amo, sus celos y el modo como se había vengado.

— Vea usted; vea usted el cuchillo de que me valí; todavía está manchado de sangre.

Lo sacó, aferrándolo febrilmente, sediento de usarlo aún y presa como de un vértigo.

La Soldadona se azoró.

— Escóndalo; se lo suplico.

— ¡Toma! ¿Pues no ha visto usted otros instrumentos de este género en el decurso de su vida, sin que le causaran impresión alguna? Lo que siento es no haberlo empleado con Cinta, aunque, en verdad, sin sus malvados consejos de usted, la pobre chica no habría sido lo que es.

La Soldadona escuchaba temblando y balbució:

— ¿Mis malvados consejos? Usted se equivoca, Gondo; precisamente la incliné siempre por el camino del bien.

Él soltó una siniestra carcajada, sirviéndose otra copita de aguardiente, que apuró como la primera.

— ¿Cree usted que ignoro sus tretas acaso? Usted, mientras se finge amiga de nuestros pobres obreros, nos traiciona hipócritamente, adulando a los señores y denunciándonos a la policía. Si Cinta me ha despreciado, a usted lo debo; sí, a usted, que la incitaba a seducir al amo porque esperaba una buena recompensa. Y la recompensa que tendrá usted es esta: el amo muerto y Cinta deshonrada. No escapará usted al castigo.

Y alzó el brazo esgrimiendo el cuchillo.

La Soldadona vio el relampaguear de la hoja, y retrocedió gritando:

— Gondo, Gondo, serénese usted.

Sucedió una lucha breve pero terrible. En vano la vieja pedía piedad.

Gondo, ebrio de sangre y de aguardiente, no oía ni comprendía.

Tiritando los dientes y sin proferir palabra, le dio de cuchilladas hasta que la vio caer. Y aun entonces la acribilló de nuevo, sin darse cuenta de que agredía ya un cadáver.

Cuando se hartó de sangre, dejó caer el cuchillo y miró el cadáver de la Soldadona con ojos extraviados.

Su sed de sangre se había extinguido, había cedido su exaltación y solo entonces comprendió la enormidad de su delito.

— Hasta esto por ella —dijo pensando en Cinta.

Se dejó caer sentado cerca de la mesa, apoyó en ella los codos y ocultó su rostro entre las manos.

Y allí estaba a solas, a solas con aquel cadáver que no podía darle ningún fastidio ni salir a denunciarle.

En la casa no se oía rumor alguno; los inquilinos del piso superior debían de dormir profundamente; el delito no había tenido testigos y podía esperar algunas horas antes de alejarse.

Gondo se sentía fatigado. Si en aquel momento los guardias se hubiesen apoderado de él, se habría entregado sin la menor resistencia.

Gondo se preguntaba si en realidad había tenido él la fuerza y sangre fría suficientes para matar la misma noche a dos personas que, al fin y al cabo, no le habían causado el daño que aquella desgraciada; la única que merecía la muerte.

Don Osvaldo, el amo, se había mostrado siempre generoso con él; había pasado muchos ratos en el cuarto de máquinas sonriéndole con dulzura. No era el amo el que había buscado a Cinta; no se cuidaba de ella, que, en cambio, se le había echado en sus brazos. ¿Podía, acaso, culpar a don Osvaldo de que no la hubiese despreciado y aceptara las citas que le daba?

¿Y la Soldadona no se había mostrado amable, alegre y expansiva con él? Algunas veces le ofrecía una copa sin aceptar remuneración

alguna y las raciones que le daba eran siempre más abundantes que las de los demás. Y él le había dado la muerte, mientras aquella miserable que le encendió la sangre e hizo perder el juicio empujándole al crimen, seguía viviendo.

Gondo pronunció una horrible blasfemia y luego rompió a llorar.

Lloraba como un niño.

Y mientras, recordaba su pasado y se veía en su país natal, en su Cerdeña. ¿Por qué se movió de allí?

Porque no tenía a quien amar. Su padre, maquinista como él, perdió la vida al estallar una caldera; su madre se volvió loca de dolor y, después de arrastrar durante algunos meses una mísera existencia, llamando al perdido, gimiendo, lacerándose la carne con las uñas y arrancándose los cabellos, encontró la paz en el sepulcro. De sus dos hermanas, una había muerto muy joven y la otra se hizo monja y se fue con las misiones africanas, dejando por todo recuerdo al hermano a quien no había de volver a ver, una medalla bendecida.

Había, sí, en Cerdeña una joven casta y pura que desde niña le había querido mucho; le había amado desde que, con los pies descalzos, corrían por las calles o daban vueltas juntos a la rueda de una fábrica en que estaba empleado su padre.

Pero Mariángela no era hermosa; tenía los cabellos rojizos, el rostro aplastado y lívido; solo eran soberbios sus negros ojos, y cuando sonreía parecía iluminarse su semblante, que cambiaba en seguida de expresión.

Pero esto no había sido bastante para conquistarle, y cuando antes de abandonar la isla se dio cuenta del intenso cariño de la joven y del motivo por el cual rehusó un buen partido, en vez de estar orgulloso de ello y de sentir por ella compasión, sonrió con indiferencia.

— ¿Tú mi esposa, Mariángela? Estás loca. Puedo quererte como a una hermana, pero la muchacha a quien amaré ha de ser muy

hermosa, muy instruida y no ha de ir a buscarme.

Mariángela le miró con los ojos bañados en lágrimas.

— Yo soy fea; ya lo sé —contestó dulcemente—. Pero ninguna ha de quererte como yo. Ojalá encuentres a la mujer que ansías y no te arrepientas nunca de haber despreciado a la pobre Mariángela.

Llegó a encontrar a la mujer soñada, solo que en vez de llevarle a salvo le condujo al delito y a la perdición.

— ¿Si volviera yo en busca de Mariángela? ¿Si tratara de volver a mi Cerdeña? —dijo de pronto en alta voz.

Sintió calofríos, se movió; parecióle oír un leve lamento; el lamento de la Soldadona.

Se puso en pie con el sudor en la frente, mirando horrorizado el cadáver bañado en sangre. Él mismo estaba totalmente manchado.

¿A qué estaba allí pensando en tonterías, en vez de tratar de ponerse en salvo? Porque no iba a dejar que le arrestaran, no, no lo quería; antes la muerte. Esperaba encontrar su salvación internándose en los bosques, mientras llegaba el momento de vengarse de Cinta.

Gondo se sirvió medio vaso de aguardiente y, recobrando su terrible sangre fría, cogió una luz para dirigirse al cuarto de la Soldadona.

Gondo no era un ladrón, pero la situación en que se encontraba le quitaba todo escrúpulo.

La habitación de la Soldadona contenía, además de la cama, una cómoda y un tocador.

Gondo empezó por lavarse bien la cara y las manos, enjugándose con el cobertor. Luego abrió el armario y habría lanzado un grito de alegría al ver que entre los trajes de mujer los había también de hombre. Había asimismo dos sombreros negros y zapatos con doble

suela. Eran quizás objetos dados en prenda a la Soldadona, que había ejercido un poco todos los oficios.

En la cómoda encontró también ropa blanca de hombre, con lo cual sonrió, casi libre de remordimientos y ansiedades.

Gondo se mudó de pies a cabeza y, después de haberse casi del todo transformado, procuró ver si había dinero. Estuvo cerca de una hora buscándolo, pero no encontró más que un centenar de liras y algún objeto de oro.

La Soldadona debía de tener su hucha oculta en algún otro sitio; pero él no tenía tiempo que perder.

Un cuarto de hora más tarde salía del figón, sin que nadie le molestara, y tomaba el sendero del campo. La obscuridad de la noche favorecía su fuga.

Al amanecer, tres obreros que se dirigían a la fábrica de Naldi, al pasar por delante del figón vieron semiabierta la puerta y entraron en él. Pero estaba totalmente a oscuras.

— ¡Señora! —gritó uno de ellos—. ¿Nos da usted la copita? La niebla penetra en los huesos y tenemos necesidad de calentarnos.

Nadie contestó. Golpearon inútilmente el mostrador.

En vista de esto, el que habló introdujo la cabeza en la trastienda y lanzó un grito terrible.

— ¡Han asesinado a la Soldadona! —exclamó.

Había distinguido el cadáver y la sangre que bañaba el pavimento.

La noticia se esparció rápidamente entre los demás obreros que se dirigían a la fábrica.

Busco no fue la sola emoción que aquella mañana habían de sentir. Encontraron la fábrica cerrada y supieron que don Osvaldo, su principal, había sido mortalmente herido aquella misma noche.

Y el nombre de Gondo corría de boca en boca.

Pero no creían que pudiese haber analogía entre los dos asesinatos. En cambio fue grande el estupor cuando se supo que en la habitación de la Soldadona se habían encontrado el traje y la ropa interior de Gondo; y todo hacía suponer que este, después de haber agredido al amo, fue a refugiarse al figón, donde dio muerte a su dueña para procurarse los medios de escapar a la acción de la justicia.

La opinión pública estaba vivamente excitada y los comentarios que se hacían eran infinitos. Alrededor de la fábrica se formaron diversos grupos de obreros, y mientras unos sentían compasión por el amo y la Soldadona e imprecaban al asesino, otros defendían a este, reputándole inocente.

Al día siguiente se abrió de nuevo la fábrica y se reanudó el trabajo; pero la tristeza se reflejaba en el semblante de todos. El herido no había mejorado y don Jorge no apareció por allí.

En casa Naldi había un continuo ir y venir de personas que deseaban informarse del estado del herido.

Al atardecer se supo en la fábrica que Cinta había sido detenida. ¿Era, pues, la cómplice del asesino? ¿Había tomado parte en la agresión de don Osvaldo o en el delito de que fue víctima la Soldadona?

Los periódicos eran aquel día arrancados de manos de los vendedores, porque todo el mundo esperaba que harían luz en el misterio que envolvía los dos crímenes. La declaración de don Osvaldo designaba claramente al asesino. ¿Pero podía decirse que Cinta fuese cómplice de Gondo?

¡No! Ella había querido vengarse del desprecio del amo, poniéndole en ridículo ante la condesa; pero estaba muy lejos de suponer que fuera del pabellón estuviese Gondo al acecho de su víctima. La detención obedecía a haber contribuido a la tentativa de asesinato

del industrial, excitando los celos del asesino al recibir de noche a don Osvaldo.

— Luego no es verdad —decían en la fábrica— que Cinta fuese la amante del amo. Lo que hizo la muy ladina fue urdir toda una comedia para vengarse, pero ahora tendrá su merecido.

Pero muchos suponían que el industrial estaba enamorado de la condesa y esperaba que esta le recibiría aquella noche, y ponían en el atentado algo complicado y misterioso.

La muerte de la Soldadona había conmovido a pocos, y si solo se hubiese tratado de ella, la generalidad se habría alegrado de que el criminal no hubiese sido atrapado. Por lo demás, las diligencias que para su captura se habían hasta entonces practicado resultaron infructuosas.

Cuando fueron a detenerla, se hallaba Cinta al lado de Susetta, cuyo estado era realmente lastimoso después de la terrible escena de la noche anterior y de las palabras de Emiliano, que resonaban en sus oídos como una maldición.

Cuando los agentes de policía, acompañados de un delegado, se presentaron en la villa, René les recibió. Estaba algo pálido, pero impasible y tranquilo. Se dio a conocer como miembro de la policía francesa, y les preguntó qué se les ofrecía.

El delegado no se lo ocultó.

— Iré yo mismo a llamar a Cinta —dijo René—, porque la joven se encuentra al lado de la dueña, que está enferma de la emoción que le produjo el atentado. Cinta no niega que atrajera a Osvaldo al pabellón, pero jura que ignoraba en absoluto que el obrero Gondo estuviese celoso de ella y que esperara en la calle al amo para matarle. De todos modos ella se pone a disposición de la justicia; tengan la bondad de aguardar un momento. Vendrá en seguida.

El delegado y los agentes no se atrevieron a mostrar su desconfianza, tanto más cuanto que hablaban con un colega.

René corrió en busca de la joven que lloraba al lado de Susetta, la cual parecía no reconocerla.

— Ha llegado el momento —le dijo rápidamente—. Han venido a arrestarte. Él debe de haberte denunciado como cómplice del asesino. ¡Valor!

Cinta se enjugó los ojos y sonrió a través de las lágrimas.

— No temas; lo tendré, con tal que a ella no se la moleste —dijo.

— No se la molestará; recuerda nuestro pacto.

— Ten la seguridad de que no lo olvidaré.

Cinta quiso besar una mano de Susetta, que no hizo movimiento alguno; abrazó a Mali y a Nuris y siguió a René, que trataba de ocultar su emoción para mejor tranquilizar a la joven.

— René me ha dicho que he de ir con ustedes —dijo Cinta, con gracia, al delegado y a los agentes—. Estoy lista.

Se echó un abrigo encima y salió con ellos.

El juez instructor que había interrogado a Osvaldo, tomó declaración a Cinta.

El magistrado creía que iba a tropezar con una muchacha rebelde e irascible, de esas que no soportan que se las contradiga y no saben defenderse sin caer en trivialidades.

Cinta, en cambio, compareció tímida y confusa, saludando respetuosamente.

Vestía un trajecito oscuro con filetes encarnados que dibujaba los contornos de su flexible cuerpo y hacía resaltar más y más su tipo agitanado, sus negros cabellos, su dorado cutis, sus lánguidos ojos, sus rojizos labios y sus blancos dientes.

Después de contestar a las generales, le dijo el juez:

— Se le acusa de haber tendido un lazo a don Osvaldo Naldi y de complicidad en la tentativa consumada de asesinato contra él.

Cinta dirigió al juez una mirada de estupor y con voz lenta y cariñosa le contestó:

— Perdone el señor juez, pero no comprendo. Yo soy culpable, es cierto, pero mi culpa no tiene nada que ver con el asesinato del señor Naldi. Que la justicia descargue sobre mí su brazo, bien está; no me defenderé; pero siquiera que no se engañe. Mis palabras no convencerán, sin duda, al juzgado, pero juro ante Dios que me oye, que estas no son más que la expresión de la verdad.

— ¿Niega usted haber citado a don Osvaldo al pabellón de la villa de la condesa de Plumet?

— No lo niego —contestó la joven, con voz fuerte y vibrante—. Sí; soy yo quien lo condujo al pabellón con un pretexto; pero si usted conociera la fuerza de una pasión, disculparía usted mi locura. Yo no soy hipócrita como otras tantas muchachas; no sé ocultar el amor, como no sé frenar el odio ni los celos. Yo amaba a don Osvaldo. Si pregunta a mis compañeras de la fábrica, todas se lo dirán; habría dado por él mi sangre gota a gota. Yo no pensaba en que él no fuese libre ni en que yo no podía despertar en su ánimo pasión alguna; le consideraba como el héroe de mis sueños para quien todo sacrificio me habría parecido dulce. Como otra muchacha se mató por él, me habría matado también yo. Nosotras, pobres hijas de la miseria, no filosofamos; cuando amamos de veras, somos capaces de cualquier abnegación, de cualquier bajeza. Y yo la cometí al declarar mi amor a don Osvaldo y al tenderle la primera los brazos. Y comprendí mi bajeza cuando él me despreció, tratándome cual si fuese una meretriz y amenazándome con echarme de la fábrica. La pasión desapareció bruscamente al peso de la vergüenza. Mis ardientes sueños se desvanecieron y me quedó tan solo la humillación, la afrenta recibida ante mis compañeras; porque me censuró ásperamente delante de ellas, matando todas mis creencias, todos mis deseos.

— ¿Y desde aquel momento meditó usted la venganza? —preguntó el juez, que admiraba aquella bellísima figura en cuyo rostro vibraba la inteligencia y la pasión.

Cinta movió dulcemente la cabeza.

— No, señor; se lo juro —contestó—. La idea se me ocurrió más tarde, cuando era ya doncella de la condesa de Plumet, mi amada y buena señora, que por culpa mía está hoy cruelmente enferma.

— ¿Luego confiesa que es por culpa de usted? —dijo el juez.

— Pero no del modo que usted supone —añadió Cinta—. E insisto en sostenerlo. La condesa de Plumet fue a visitar la fábrica y se interesó mucho por las obreras, lamentándose de la suerte de algunas que, obligadas a vivir con lo poco que les producía el cotidiano trabajo del taller, luchaban con la miseria más atroz. La condesa interrogó a varias y entre ellas a mí; supo que estaba sola en el mundo, obligada a una doble y pesada labor para ganarme el pan y mantenerme honrada; fui de su agrado, estaba segura de que no mentía y me tomó a su servicio como camarera. Acepté de buen grado la colocación. En la fábrica se decía que don Osvaldo estaba enamorado de la bellísima condesa y que era correspondido; y confieso que al entrar en su casa quise adquirir la certeza de lo que hubiera de verdad en aquellas charlas. ¡Qué calumnia! La condesa de Plumet es un ángel. Amiga de doña Yolanda, no pensó nunca en quitarle el marido. Pero comprendí que don Osvaldo no era insensible a la belleza de mi dueña y entonces se me ocurrió la idea de vengarme de él dándole cita la noche aquella en el pabellón, so pretexto de que la condesa le aguardaba.

— ¿Andaba al corriente de que fuera estaba Gondo, un cómplice y amante de usted, al acecho de don Osvaldo para completar la venganza?

— ¡Ah! ¡Esto no! —dijo la joven con gran energía.

— ¿Y niega usted conocer al maquinista Gondo?

— No lo niego, como no niego que también me hizo la corte y siempre le desprecié.

— ¿Pero usted le dijo a Gondo que era la amante del amo?

— No; le dije con mi ruda franqueza que yo amaba a don Osvaldo y él me escupió a la cara. De ahí puede usted deducir si yo podía estar con él en buenas relaciones y hacerle mi cómplice. Gondo habrá seguido los pasos al principal y, al verle entrar por aquella portezuela, adquiriría el convencimiento de que yo le había dado una cita. ¡Ah! ¡Si yo hubiera sospechado que aquel asesino estaba allí al acecho, me habría expuesto yo misma a su vandálica acción! De este modo se hubiera evitado lo sucedido; nadie se habría cuidado de una pobre paria como yo; se me habría creído víctima de un amante de mi clase, desdeñado, y yo sola habría sufrido la pena. Pero tengo la seguridad de que quien indujo a Gondo contra Osvaldo y contra mí fue la Soldadona, que nunca supo perdonarme que hubiese salido de su casa.

El juez no apartaba la vista de Cinta.

— ¿De modo que Gondo era amigo de la Soldadona?

— Sí, señor; frecuentaba su figón y era uno de los preferidos clientes de la vieja.

— ¿Sabe usted que la Soldadona fue asesinada por Gondo la misma noche?

— Eso me han dicho; ¿pero a mí qué me importa la Soldadona? Yo quisiera ver curado a don Osvaldo... y castigado a su asesino.

— ¿De modo que insiste usted en que no fue usted quien indujo a Gondo a asesinar al señor Naldi?

— ¡Lo juro! —repitió la joven—. Como no niego que sin mi locura el delito no se habría probablemente cometido.

Después de que Cinta hubo firmado el interrogatorio, fue conducida a la cárcel. No opuso a ello la menor resistencia; dio las gracias al

juez por su amabilidad y siguió a los agentes, erguida la cabeza y con la sonrisa en los labios, pero con el corazón dolorido, porque pensaba en Susetta, tan cruelmente afectada, y en don Osvaldo, que quizás en aquel momento estaba agonizando.

III

Luego que Emiliano y Yolanda se hubieron llevado a Osvaldo, a la condesa de Plumet la encontraron desvanecida en la sala del pabellón.

La joven e infeliz señora fue conducida con todo cuidado a su propia habitación y cariñosamente atendida. No tardó Susetta en recobrar los sentidos, y las primeras palabras que brotaron de sus labios fueron estas:

— No; no es verdad; yo no le hice asesinar...

— Nadie lo pone en duda, condesa —dijeron René y los otros.

Susetta se incorporó, pasándose una mano por la frente.

— ¿Le habéis traído aquí? —preguntó—. ¿Ha muerto?

Cinta y René cambiaron una rápida mirada.

— No, señora condesa —contestó el joven—. Don Osvaldo está herido levemente y el conde Emiliano y la señorita Yolanda le han conducido en coche a su casa.

Susetta les miró como alucinada.

— ¿La señorita Yolanda vino con el conde a verme?

— Sí —contestó Cinta.

Y contó la rápida escena ocurrida y cómo ella creyó obrar bien conduciéndoles al pabellón, cuando al llegar al jardín oyeron el grito que lanzó el señor Naldi y su voz pidiendo socorro.

Susetta sintió calofríos.

— Me acusarán como instigadora del delito —exclamó, nerviosa—. El conde Emiliano ha dicho que fui yo la que hice caer al señor Naldi en un lazo para hacerle asesinar y, claro está, el herido lo va a creer también.

Cinta la miró con gran afecto.

— Esté usted tranquila, señora condesa —dijo—. Yo tomo sobre mí toda responsabilidad; fui yo la que llevé a don Osvaldo al pabellón; lo sostendré ante quien quiera que sea, como sostendré mi inocencia en cuanto se refiere a la agresión de que fue víctima el señor Naldi.

— Querida mía: yo no aceptaré tu sacrificio. Si me acusan, sabré probar yo misma mi inocencia.

Y después de un instante de silencio y reflexión que los demás respetaron, encendidos los ojos y el semblante, exclamó:

— ¿Y si los culpables fuesen los mismos que me acusan? Sí, sí; para librarse de don Osvaldo, sabedores tal vez de que esta noche había de encontrarse aquí, pusieron al acecho al asesino con orden de matarle apenas saliese del pabellón. ¿Quién podría sospechar de ellos cuando todo me acusa a mí? ¿Y por qué vendrían a mi casa a tal hora el conde Emiliano y la señora Naldi, sino para convencerse de que el acecho resultaba y que al fin serían libres, dejando caer sobre mí toda la responsabilidad del delito?

— Sí; puede ser —dijo René—, pero Cinta y yo les desmentiremos.

— No les van a creer. ¡Ah! ¿Pero creen tal vez que tendré reparo en denunciarles?

Y palidecía de cólera; sus ojos lanzaban feroces relámpagos y sus labios se encrespaban en una violenta contracción.

Luego pasó aquella emoción. Susetta comprendió que era preciso dominarse y, después de algunas palabras, suplicó que la dejaran sola.

¡Ah! ¡Qué horas más horribles pasó antes de que despuntara el día! Y, no obstante, en otros tiempos había afrontado situaciones más tremendas que habrían hecho desmayar a una joven. Pero entonces Susetta no amaba; no era celosa; no tenía una hermana a quien vengar y lo que le había ocurrido aquella noche abatía su férrea voluntad y alteraba sus puros, tiernos y honrados sentimientos. Al amanecer pudo descansar algo y, al despertar, encontró a Noris a su lado, mirándola con sus ojazos azules: los ojos de Osvaldo.

— ¡Mamita mía! —dijo Noris, deseosa de abrazarla.

Aquella frase y las suaves caricias de la niña produjeron una reacción en Susetta y lloró.

Noris se asustó.

— ¿Qué tienes, mamita? ¡Si he sido buena!

Y también la niña rompió a llorar.

— Sí, sí, tesoro mío, sí, amor mío —exclamó Susetta, cubriéndola de besos—; yo no lloro, ¿sabes? Río.

— ¡Ah! ¡Así, así!

Y batió palmas y rio ella también. Mali las sorprendió de esta manera, riñó a Noris por haber despertado a su mamá y por haberse metido en la cama con ella.

— No la riñas —dijo Susetta—, lo quise yo y cuando entró estaba ya despierta.

La condesa más tarde se levantó y, mientras Cinta la peinaba, silenciosa, porque su ama no decía una palabra y estaba lívida, René, que desde el despuntar del alba estaba fuera de casa, pidió permiso para entrar.

— Ven, ven —dijo vivamente Susetta—. ¿Has sabido algo de los sucesos de la noche pasada?

— ¡Oh! Señora condesa —contestó René—, don Osvaldo prestó declaración y denunció al asesino.

Cinta lanzó un grito y Susetta miró con ansiedad al joven.

— ¿Luego le reconoció?

— Sí; es un obrero despedido de su fábrica, un tal Gondo.

— ¡Ah, el miserable! —prorrumpió Cinta.

— ¿Le conoces? —preguntó Susetta.

— Sí, señora condesa; es un maquinista que se enamoró de mí, a quien yo desprecié y se ha vengado en el amo.

— Es verdad —añadió René—, porque lo creía tu amante. Así ha declarado don Osvaldo. Pero también te ha denunciado a ti, Cinta, no como cómplice del asesino, sino por haberle hecho ir al pabellón, diciendo que la condesa le aguardaba para revelarle importantes secretos y que, en cambio, una vez allí, te reíste de él y le dijiste que te vengabas de quien te había un día despreciado. Y mientras, Gondo, que le había seguido los pasos, convencido de que había acudido a una cita de amor que le dieras tú, intentó matarle.

Cinta hizo un movimiento de indiferencia.

— Poco me importa la declaración de don Osvaldo —dijo—, mientras no molesten a la señora condesa.

— No la molestarán —contestó René—, porque don Osvaldo declaró que ella era ignorante de todo y que mientras él estaba en el

pabellón, la condesa se hallaba en casa con su mujer, su amiga íntima, el conde Emiliano y otras señoras. Ha añadido que había hecho mal en salir anoche sin dejar dicho a dónde se dirigía, porque ignoraba que su esposa hubiese de ir a casa de la condesa; de haberlo sabido, no habría caído en la trampa que Cinta le abriera, con lo que habría evitado lo demás.

Susetta seguía conmovida y meditabunda.
—Tranquilícese usted, señora —le dijo Cinta con dulzura—. Ya ve usted que todo va como una seda y que don Osvaldo se muestra bastante generoso al no revelar el verdadero motivo de su venida.

—Lo que precisamente me pesa es su generosidad —dijo Susetta—. Acusada, podía defenderme y acusar a mi vez; ahora no me resta más que callar. Y pienso que tú, inocente, serás tal vez castigada por una falta cometida por mí.

—Usted no ha cometido falta alguna y, por lo que a mí toca, no se preocupe; yo le aseguro que me sabré defender y, aunque se me impusiese una pequeña condena, no por eso René había de despreciarme. ¿Verdad, René?

—Te amaré más aún —exclamó el joven—, mientras no habría sabido qué hacer de ti si aludieras en lo más mínimo a la condesa.

—Gracias, queridos míos —murmuró Susetta con las lágrimas en los ojos—. Sois muy buenos conmigo.

—Es porque la queremos mucho —dijo Cinta—. Por usted nos tiraríamos de cabeza a una hoguera.

—Es muy cierto —añadió René.

—Os creo —murmuró Susetta—. Y yo no tengo otros amigos en quienes confiar mis penas y mis secretos como en vosotros. Y ahora dime, René: ¿las heridas inferidas a don Osvaldo son realmente leves?

—No quiero engañarla, señora condesa. El señor Naldi está muy grave.

—¡Dios mío! ¡Dios santo! ¡Qué remordimiento el mío si llegase a morir!

—¿Pero podía usted suponer, señora, que hubiera en la calle un asesino que le estuviera acechando? —exclamó Cinta—. Y a propósito, ¿han detenido a Gondo?

—No —contestó René—. Es más: ha cometido esta noche otro asesinato.

—¿Cómo? Habla, habla —dijo agitada la condesa.

Entonces René contó el delito de que fue víctima la Soldadona y cómo, de las ropas que se encontraron encima de la cama de la interfecta, se vino en conocimiento de que el asesino había sido el mismo Gondo.

Y lloró como una niña.

Al día siguiente, le llevaron un pliego cuidadosamente lacrado. En el ancho sobre blanco se leía lo siguiente:

«De parte de doña Yolanda Naldi».

Susetta quedó un momento perpleja, con la mirada fija en el sobre, preguntándose con mortal angustia lo que este podía contener.

Un prolongado escalofrío zigzagueaba por su cuerpo y apretaba la joven los dientes para que no se le escapara el grito de dolor que la vista de aquel pliego le producía.

Finalmente, con un rápido movimiento, rasgó el sobre y sacó unas cuantas hojas.

En una de estas reconoció la caligrafía de su difunta hermana; las otras iban firmadas por Yolanda.

Susetta leyó antes estas.

La señora de Naldi le escribía lo siguiente:

«Condesa:

Junto al lecho de muerte de mi marido, vilmente asesinado por un miserable, escribo a usted. Yo no la acuso como cómplice del asesino, pero si usted no hubiese tendido un lazo a mi pobre Osvaldo para vengar la muerte de su hermana, el drama horrible de esta noche se habría podido evitar. Porque el conde Emiliano y yo fuimos a su casa para llevarle las pruebas de la inocencia de mi esposo en lo que respecta a la muerte de la pobre Nilotta, en cuanto hubimos descubierto su identidad y sus proyectos para atraer y castigar a mi marido.

Condesa: usted sufrió por la muerte de su hermana; pero nunca tanto cuanto sufrí yo misma por culpa de ella... ¡y de usted!

Juzgue usted misma.

Casi niña aún, ignorante de todo, confiada en el amor de un hombre que me dio su nombre, amor que fue el casto sueño y el ideal de toda mi vida, calcule usted cuál sería mi padecimiento cuando, al regresar de mi viaje de bodas, encontré entre mi marido y yo el cadáver de su hermana; sí, de su hermana, a quien yo no conocía, que para vengarse de mí y por odio contra su seductor trataba de separarnos de aquel modo.

¿Por qué antes de casarme no se me presentó para revelarme lealmente la verdad? Yo juro a usted que, por más que estuviese enamorada de Osvaldo, habría renunciado a mi matrimonio, pues la infeliz burlada, hecha madre por él, habría sido sagrada para mí y me habría mostrado inexorable con el traidor.

Pero su hermana, en cambio, prefirió herirme de muerte a mí, después de mi boda; a mí, que era inocente. Aquel cadáver había de aparecer siempre entre mi marido y yo y envenenar mi vida de este modo. Y, sin embargo, no maldije a su hermana; al contrario:

busqué e hice buscar a la niña con intento de hacerla mía y devolverle el padre y la posición a que tenía derecho.

Pero mis gestiones fueron infructuosas y lo sentí en el alma.

¿Pero podía imaginar que las consecuencias de la culpa de mi marido habían de seguir siendo funestas para mí?

Porque, ¿cree usted que mis padecimientos morales no aumentaron al ver que Osvaldo olvidaba de nuevo sus deberes para entregarse por completo a la pasión que despertó usted en él, a fin de hacerle caer mejor en el lazo que le tendía?

Usted, lo propio que su hermana, en vez de obrar con lealtad, quiso castigar secretamente lo mismo al culpable que al inocente. Y mientras en la calle estaba el asesino al acecho, cuchillo en mano, usted hirió a mi marido más profundamente, en el alma, insinuándole una atroz sospecha acerca de mí y de un perfecto caballero a quien él amaba como a un hermano.

¿Sabe usted el porqué de mis entrevistas con el conde Emiliano? Porque iba yo en busca del medio de salvar a mi marido de la acusación de usted, porque quería descubrir quién era y cuál el objeto que la trajo a usted a Turín y a seducir a Osvaldo. Y habíamos acordado ir juntos a ver a usted para enseñarle los documentos que le acompaño y atañen a su hermana. Y llegamos únicamente para recoger a un pobre herido que en breve será cadáver...

¡Se ha vengado usted de él y de mí!

Porque él muere convencido de que soy culpable y convencido de la deslealtad de su amigo, y yo no puedo ni tengo fuerzas para defenderme, aunque soy inocente, como el conde no es creído a pesar de sus juramentos y su reconocida caballerosidad.

Y, sin embargo, no la maldigo. Que no se encuentre usted nunca en situación como la mía: tener la conciencia pura, saber que puede llevar erguida la frente y enrojecer de vergüenza delante de los culpables.

Pero si después de haber leído los documentos de su hermana le queda un resto de piedad para el que condenó usted a muerte, mándele a su hija, a quien llama desesperadamente en sus momentos de delirio; un beso de aquella niña puede ser su salvación y su perdón.

En mí no piense usted. Yo no pido nada, ni nada quiero de usted, y ruego a Dios le conceda la clemencia que no usó usted con los demás.

Yolanda».

Fuera imposible describir lo que sufrió Susetta durante aquella lectura. ¡Cuán vil y mezquina se veía al compararse con la señora Naldi! ¡Cómo recordaba las palabras pronunciadas por su padre adoptivo y recogidas en el lecho de muerte de su propia hija!:

«No juzgues nunca por las appearances ni por lo que te digan otros; no des palos de ciego cuando no estés segura de una cosa ni tengas pruebas de las faltas cometidas; indaga por ti misma y muéstrate justa y humana».

En cambio, por unos celos mal entendidos y sin indagar nada, se había mostrado despiadada y cruel.

Yolanda y Emiliano debían, seguramente, despreciarla.

Un torrente de lágrimas brotó de sus ojos; pero no tardó en enjugarlas.

Y aun antes de leer los documentos referentes a su hermana, tocó el timbre y acudió Malí.

—Oyeme —dijo Susetta, con los ojos irritados aún—. Me escribe Yolanda que don Osvaldo, moribundo, desea ver a su hija.

—¡Oh! ¡Pobrecito! —murmuró conmovida Malí.

—Sí; tan pobre y desgraciado él como infame yo —prorrumpió Susetta con vehemencia—. Tienen razón los que dicen que la

venganza recae siempre sobre las que la idearon, tanto más cuanto que la venganza es injusta.

Malí la miró ansiosa, temiendo que delirase.

—Injusta no —repitió—. Al fin y al cabo, don Osvaldo indujo a su hermana a la muerte.

—Yo tenía que averiguar antes las verdaderas circunstancias que impulsaron a Nilotta al suicidio, luego perdonar al seductor, por su hija al menos, y sobre todo no perjudicar a los inocentes. He sido infame, lo reconozco, pero este no es el momento de desesperarse, sino de obrar. Llevarás a Noris a casa de Naldi y estarás allí hasta que lo crean necesario.

—Sí, señora; hace usted una obra buena oyendo la plegaria de un moribundo, y Noris recibirá la bendición de su padre.

—Enseñarás a Noris a pronunciar esta frase: «Mamita te manda a decir que la perdones, y que doña Yolanda es inocente».

—Comprendo; Noris la aprenderá luego; esté usted tranquila.

—Ve, ve a vestirla y luego tráemela antes de salir.

—Sí, señora.

Una vez estuvo sola, Susetta tomó una de las cartas de su hermana. Era la que escribió Nilotta a Yolanda y que esta encontró en el cajón del reclinatorio.

La otra era la que dejó Nilotta a Emiliano. El odio, la ironía y el cinismo que se traslucían en aquellas cartas hirieron el corazón de Susetta, y las mismas eran palmaria prueba de la inocencia de Osvaldo acerca de la muerte de Nilotta.

En la de Emiliano, el conde añadía lo siguiente:

«Si usted no me hubiese negado que era la hermana de aquella infeliz, yo le habría demostrado lo injusto de su deseo de venganza,

porque si don Osvaldo ha sido culpable, su hermana no era inocente. Me lo confesó ella misma la noche en que la recogí en mi casa; yo habría querido tenderle una mano para salvarla. Ella no amaba a don Osvaldo, pero la pobreza y el trabajo la asustaban, y se entregó a él para ser una señora, como se me habría entregado a mí mismo si yo la hubiese querido. No insulto su memoria; Nilotta misma lo confirma en su carta; y su idea de suicidio y de venganza no surgió en ella hasta que yo le dije con franqueza que el amor era para mí como una religión; que la mujer que yo amara había de tener tan pura el alma como el cuerpo y que no podía dispensarle más que un afecto de hermano y procurarle trabajo para ganarse el sustento honradamente.

Y lo que no pude hacer por su hermana, lo habría hecho por su hija, que hubiera llegado a ser la mía y la habría hecho muy honrada, buena y digna de aquella tía que yo había visto en mis sueños, respetuosamente adorado, y que para mí ha muerto ahora y está sepultada para siempre.

A la persona que ha sufrido se lo perdono todo, excepto la mentira y la bajeza. Usted ha sido peor que su hermana, porque atacó a personas que la adoraban y ahora recibe usted el castigo. Pero que no recaiga este en la pequeña inocente a la que no supo usted hacer de madre».

Aquella carta, implacable como la de un juez al culpable, fue para Susetta el peor de los castigos.

Pero lo merecía.

¿No había contestado con desprecio e ironía al joven conde cuando este le dijo que la reconocía? ¿No se había burlado de él por su confesión de amor por aquella Susetta de quien no conocía más que el retrato y las cartas escritas a su madre? ¿No le bastaba la generosidad que demostrara Emiliano por su hermana y, más aún, por la pobre niña abandonada, para infundirle toda confianza?

¡No! Ella creyó siempre que obrara con segundo fin y que este segundo fin era el amor por Yolanda.

En vez de dejar hablar al corazón, había dado oídos a los celos.

Sí; de todo lo que ocurría había de llevar la pena. Ahora estaba muerta y enterrada para él.

Susetta estaba a punto de romper en llanto cuando entró Noris, vestida de blanco, bella como un ángel, que corrió hacia ella gritando:

—¡Mamita, salgo con Malí!

Susetta la tomó en brazos.

—¿A dónde vas, alma mía? —balbució con sofocado acento.

—Voy a ver a un señor que me quiere.

—¿Y qué le dirás a ese señor?

—Que mamá le manda a decir que doña Yolanda es inocente.

—¿Lo recordarás, bien mío?

—Sí, mamita.

Malí entró para recoger a Noris.

—Un momento —dijo Susetta con resolución—. Te daré una carta que entregarás a doña Yolanda, en contestación a la suya; espera.

Y tomando una hoja de papel, escribió febrilmente:

«Señora: perdóneme y haga usted que su esposo me perdone. He sido una infame al acusarla y sabré imponerme el castigo que merezco. ¡Oh! No crea usted que trate de matarme como mi hermana Nilotta; hay otras maneras de expiar una falta cometida y se necesita más valor para vivir que para morir.

Le mando a la niña, que espero pueda ser la salvación y el perdón de su padre, y la confío a usted, más digna que yo de ser su madre.

Susetta».

Cuando Malí se hubo marchado con Noris, Susetta quedó como atontada, como perdida en una visión dolorosa.

Enseguida se levantó de repente y tocó el timbre para ordenar que fueran en busca de un coche de plaza.

—Salgo —dijo brevemente.

Se vistió de prisa y tomó un coche, dando al auriga la dirección del abogado señor Ranieri.

IV

Adriana se enteró por los periódicos de lo ocurrido en casa de Naldi y, sin perder un momento, se dirigió a ella.

Apenas anunciada, fue recibida.

En aquel momento estaba Osvaldo amodorrado. Jorge se encontraba junto a él.

Adriana, después de besar llorando a su amiga, le dijo:

—Explícame lo sucedido, porque por los periódicos no me he enterado bien.

Yolanda pareció reponerse.

—¿Recuerdas —dijo— la historia que me contaste de la condesa De Plumet, diciendo que se encontraba en Turín para vengar la muerte de una hermana a quien sedujo un industrial?

—Sí; ¿y qué?

—Pues bien; aquel industrial era mi marido; pero no lo creas culpable como la condesa ha pretendido; yo te diré la verdad.

Adriana había oído azorada la relación de la amiga, cuyo marido estaba moribundo.

Ella no podía acusar a Susetta; pero la compadecía.

¿Por qué no tuvo más confianza en ella? ¿Por qué no le dijo el nombre del seductor de su hermana? ¡Cuántas desgracias se habrían evitado!

La buena señora volvió a su casa bastante turbada; pero presa de una acre curiosidad por las misteriosas revelaciones que solo Susetta podía completar tal vez. ¿Qué había ocurrido aquella noche en el pabellón? ¿Quién había realmente tendido el lazo a Osvaldo? ¿Qué había de común entre el vulgar asesino que hiriera a Osvaldo y la condesa De Plumet?

Mientras Adriana hacía mil hipótesis preguntándose si debía ir a casa de Susetta para obtener una explicación, la doncella anunció a la condesa De Plumet.

—Que pase, que pase —exclamó Adriana con ansia.

E incapaz de contenerse, le salió al encuentro. Susetta, vestida con sencillez, estaba pálida como un fantasma.

—He venido porque necesito de ti y de tu esposo.

—Habla, habla; estamos a tus órdenes —exclamó la señora Ranieri, besándola repetidamente.

Susetta estaba conmovida.

—¿Sabes lo que ha ocurrido?

—Sé lo que dicen los periódicos y me ha confirmado Yolanda... ¡Oh! Pero la culpa es mía; hice traición a lo que tú me confiaste.

—¿Qué quieres decir con esto?

—Yolanda te acusaba de querer seducir a su marido; estaba celosa de ti; sospechaba de tu honradez. ¿Podía yo permitirlo? Te defendí con todas mis fuerzas y, para convencer a la señora Naldi, revelé el secreto que te juré guardar. Entonces vi a Yolanda altamente conmovida, pero se guardó mucho de decirme que el seductor de su hermana era su marido. Supo, en cambio, engañarme, diciéndome

que desde aquel momento ya no dudaría de ti y aceptó mi invitación para ir al teatro. Hasta hoy no comprendí que el hombre de quien querías vengarte era Osvaldo... y si él acusó a Cinta de haberle citado en el pabellón, supuse que quien lo recibiría serías tú para revelarte quién eres.

—¿Pero crees también que yo era sabedora de que había en la calle en acecho un asesino?

—¡Ah, no! ¡Esto no, te lo juro!

Y le estrechó ambas manos, sintiéndose sofocada por la emoción.

Susetta seguía tranquila; había llorado tanto, que no tenía lágrimas.

—Yo te diré la verdad acerca de cuanto ha sucedido —murmuró—. Ahora no me importa que se sepa; pues si no desmiento a Osvaldo y he permitido que arrestaran a Cinta, ha sido con objeto de evitar un escándalo mayor en torno de aquel lecho de muerte. Para el mundo ha de bastar la declaración del señor Naldi; Cinta no dirá otra cosa. Pero óyeme.

Y, en voz baja, como si hablara para sí, rehizo toda su historia desde el día en que llegó a Turín hasta la noche trágica que sirvió para demostrarle lo vil de su comportamiento.

Adriana oía anhelante, aturdida. ¿Susetta, enamorada del conde Emiliano, celosa de Yolanda? ¿Pero por qué no descansaba en ella, que habría disipado sus celos y acercádola al conde, si este le había, a su vez, confesado su amor?

La condesa De Plumet movió la cabeza.

—Ahora es tarde ya —dijo—. La Susetta de sus sueños ha muerto y no queda más que la mujer por él despreciada, indigna de hacer de madre a la hija de mi pobre hermana. Y el conde tiene razón; he obrado como una loca, como una malvada y sufriré el castigo que merezco. He ahí, en tanto, lo que me propongo hacer con tu ayuda y la de tu marido. Dejo a vosotros la administración de mi hacienda,

de la cual pasaréis una renta anual a cada una de las personas que os indicaré. Dejo también a tu marido el cuidado de vender la villa, donde no habría debido poner nunca los pies.

Adriana oía aterrada, sin llegar a comprender los sentimientos que se agitaban en el corazón de su amiga.

—¿Pero qué pretendes hacer? —prorrumpió de pronto.

—Saldré de Turín para no poner nunca más los pies en esta ciudad; pero no temas, no me mataré. Perdóname, sin embargo, si no te digo el lugar a donde pienso ir a retirarme; es el único secreto que guardo para mí.

Ni digas por ahora nada tampoco a los demás, pues las mismas personas que me rodean han de ignorar que me voy. Si me delataras, me causarías un gran dolor. De mi patrimonio no guardaré más que una pequeña parte que pueda asegurarme el sustento e impedir que vuelva a ser la esclava de otros tiempos.

Adriana lloraba y encontró mil palabras afectuosas para hacer desistir a su amiga de su propósito.

...Pero Susetta seguía impasible.

Un surco profundo se dibujaba en su álbea frente; sus fauces dilatadas se movían nerviosamente.

—Te suplico —añadió— que no me quites el poco valor que me queda todavía y deja que hable a tu marido.

Adriana hizo ademán de levantarse; pero Susetta la detuvo, estrechándole nerviosamente una mano.

Su palidez había aumentado y en sus ojos se dibujaba mortal angustia.

—Júrame —dijo— que no hablarás al conde de mi propósito y de mi marcha...

—¿Y si él te amara?

—¿Amarme él ahora? ¡Cuán equivocada estás! Pero aun siendo así, te juro que le despreciaría aunque le viese moribundo a mis pies. Si él no perdona la mentira ni la bajeza, yo no perdono el desprecio y el orgullo. Júrame, pues, que callarás.

—Te lo juro.

—Gracias.

E imprimió en la mano de la amiga un prolongado beso. Después la siguió al despacho de su marido.

Cuando Susetta volvió a su casa, supo por René que el herido había mejorado algo. Malí le mandó, a su vez, a decir que seguiría en casa de Naldi con la niña.

—Mejor —murmuró Susetta—. Así habré cortado el dolor de la separación.

Al día siguiente, llevando consigo una pequeña maleta, salió de Turín para dirigirse a casa de su madre.

Mientras se acercaba a casa de su madre, su corazón latía con violencia. ¡Ah! Si el conde no hubiese conocido a su madre, mejor que en ninguna parte se habría refugiado al lado de la montañesa. Pero un día u otro Emiliano podía ir allí y ella moriría de vergüenza delante de él, porque sospecharía quizás que todo ello era una comedia para atraerle mejor.

La montañesa quedó sorprendida de la visita de Susetta.

—¿Te ha ocurrido algo nuevo? —preguntó.

Susetta se guardó mucho de contarle lo sucedido.

—No —contestó—, he venido tan solo para decirte que tengo necesidad de volver a Francia y que estaré ausente mucho tiempo.

Diciendo esto, ocultó la cabeza en el hombro de su madre y vertió copioso llanto.

La montañesa sintió oprimírsele el corazón.

—Sepamos qué te ocurre —dijo con su rudo acento—. ¿Es tu amor por el conde Emiliano lo que te trastorna de este modo?

Susetta lanzó un grito y, levantándose con rapidez, se enjugó los ojos.

—Mi amor por el conde —exclamó con expresión casi violenta— no era más que un sueño de mi fantasía, desvanecido ya. Ya no me acuerdo de él.

—¡Qué lástima! —contestó la montañesa—. Yo creía que habríais hecho las paces y que un día u otro tendría noticia de vuestro matrimonio.

—Puedes renunciar a esta esperanza, mi querida madre.

—Pero puesto que te vas, ¿por qué no me has traído a Nellina?

—Su verdadero padre me la ha pedido con el consentimiento de su esposa y yo no tenía el derecho de negársela.

La montañesa movió la cabeza repetidamente.

—¡Pero si tú jurabas que no se la darías nunca! —dijo—. Basta; creo, hija mía, que tienes la misma sangre gastada de tu hermana y algo exaltado el cerebro como ella. Dios no quiera que acabes como ella. ¿No es de locos el irse por esos mundos a la ventura cuando nada nos falta? No quiero juzgarte, porque fuiste siempre buena conmigo; pero no te pareces en nada a tu madre. Ni cuando me desollaba la piel para procuraros un pedazo de pan me di nunca el menor tormento, y ahora que, gracias a ti, nada me falta, he de verte llorar y sufrir.

Susetta bajó la cabeza.

—No; ya no sufro, madre; ya no lloro; todo pasó. ¿Tú sigues bien aquí, verdad? ¿No necesitas nada?

—No, hija mía; pero quisiera saber que estás contenta.

—Lo estaré; dame una buena taza de leche.

—Aunque quieras dos.

Susetta pasó la noche bajo el techo de la montañesa, sin poder cerrar los párpados. Apenas rompió el alba se levantó; pero su madre estaba ya en pie.

—Madrugadora como siempre —dijo la joven, tratando de sonreír.

—Para mí, el madrugar es salud —respondió la montañesa—. Pero me parece que tú...

—¡Oh! Yo soy una dormilona —dijo Susetta—. Si hoy he madrugado, ha sido para no perder el tren.

—¿Estás decidida a marcharte?

—Es necesario, madre; mientras, toma.

Y le puso un sobre en la mano.

—¿And this qué es? —preguntó la montañesa.

—Diez billetes de mil liras que te regalo.

—Hubiese preferido oro —dijo la madre, sonriendo.

—En Turín los podrás cambiar.

—Creerán que los he robado. ¿Te acuerdas? La otra vez, si no es por ti, me toman por una ladrona...

—Pues bien; vas a Turín y, en vez de dirigirte a una casa de cambio, te diriges a la del señor Ranieri, mi abogado, quien tiene ya instrucciones mías para cuanto necesites.

—Prefiero ir a casa del conde.

El semblante de Susetta se inflamó.

—Pues no irás, porque no lo quiero —exclamó—. Y en el caso de que él viniese aquí o te encontrare, te prohíbo que le hables de mí.

—Corriente; te obedeceré. ¿Pero y si yo quisiera ver a mi nieta?

—Irás en mi nombre a casa de mi abogado y su esposa te acompañará.

—Gracias. ¿Y cuándo te volveré a ver?

—No te lo puedo decir; dependerá de las circunstancias.
La montañesa no le dirigió nuevas preguntas. Madre e hija se desayunaron juntas y luego Susetta se despidió.

—Adiós, madre; ruega por mí.

La montañesa se estremeció.

—Se ruega por los muertos, no por los vivos —contestó—. Por Dios te lo pido, y por mí si me quieres, no cometas ninguna locura.

—Ten la seguridad de que nunca se me ocurrió tomar ejemplo de mi hermana.

—¡Menos mal!

La montañesa la acompañó un rato y, al separarse, se quedó pensativa, mirándola.

¡Tan linda y tan infeliz! ¿Pero por qué ha de torturarse de este modo, cuando había conseguido cuanto podía apetecer para llevar una existencia dichosa? ¿Qué tenían sus hijas en el cerebro para crearse tantos dolores y quimeras tantas?

Y la montañesa, pensativa y con la mirada al suelo, regresó a su casa.

En sus momentos de delirio, Osvaldo no acusaba tanto a Susetta cuanto a su mujer, hablando de su infidelidad con el conde Emiliano.

Lo que sufrió Jorge ante la inesperada revelación es más fácil imaginarlo que describirlo. Su cuñada, a quien reputaba tan altamente honesta, no era más que una mujer ligera y engañadora. El conde Emiliano, a quien quería y estimaba más que a su hermano, que le había jurado que su casto amor de un día por Yolanda se había extinguido para siempre, traicionaba al amigo bajo su propio techo, junto al lecho de muerte del marido. Jorge perdía ahora la fe en la amistad como la perdió en el amor.

Cuando sorprendió a Emiliano y Yolanda hablando confidencialmente en la habitación contigua a la del herido, sintió un acceso de cólera tan violento que se habría arrojado encima de los dos para triturarlos. Pero el pensamiento de su hermano lo contuvo y se limitó a imponer a su cuñada que fuera junto a la cama de su marido.

Yolanda comprendió las sospechas de su cuñado y se sintió avergonzada y dolorida. Lo miró con mirada de reconvención apenas se encontraron solos en la habitación de Osvaldo, que estaba en un momento de calma; pero Jorge volvió a otro lado la mirada y mantuvo la fisonomía amarga y triste.

Yolanda se acercó y, con plañidero acento, le preguntó:

—¿También usted me cree culpable?

—Sí —contestó Jorge secamente, sin mirarla y con una exaltación de la cual no se daba cuenta él mismo.

Yolanda se estremeció y, en vez de dejarse transportar del cariño que irrumpía de su alma, su fisonomía se hizo fría y altanera y no se ocupó más que del herido.

Este no la reconocía y, preso nuevamente del delirio, la cubría de injurias y reconvenciones.

—¿Por qué no me casé con Nilotta? —decía—. Me amaba y me era fiel. ¿Y mi hija? ¿Dónde está mi hija? Dádmela, la quiero.

La llamaba con los más tiernos apelativos y le parecía tenerla cercana y herirla de besos, y añadía:

—¿Es cierto que estarás siempre conmigo? Has sufrido bastante por culpa mía... Ahora te haré feliz...

Yolanda hizo callar su dolor para no pensar más que en el deseo del marido. ¿Cómo dejarlo morir sin estrechar en sus brazos a la propia criatura y sin bendecirla? Esta idea era harto penosa para la buena señora.

Y entonces fue cuando escribió a Susetta mandándole las cartas que habían de probar la inocencia de Osvaldo en la muerte de Nilotta y la propia. Yolanda ocultó a su misma madre sus propios sufrimientos y no le comunicó nada de lo que ocurría. Había vuelto a ser la joven enérgica de otros días, cuando trató de defender a Osvaldo delante de todos de las acusaciones hechas contra él y hacer que la creyeran completamente feliz.

A pesar de la frialdad e impenetrabilidad aparentes de su semblante, la presencia de Jorge le imponía.

El conde Emiliano acudía a diario en busca de noticias del herido; pero no había pasado más a la habitación de Osvaldo ni vuelto a hablar con Jorge. Por lo demás, este empezaba a no ver claro en su interior y, en su excitada imaginación, le pareció casi una culpa su permanencia al lado del herido, pensando solo en la traición de la cuñada y no ocupándose más que en ella; por cuyo motivo declaró francamente al médico que no podía descuidar por más tiempo los negocios de la fábrica y cedía su sitio a la señora Falconi, que acababa de llegar y se había ofrecido para sustituirlo.

Al verse al lado de su madre y lejos de Jorge, Yolanda pareció respirar con más libertad. Contó a su madre lo que había hecho para consolar a Osvaldo, y la señora Falconi lo aprobó.

Cuando Malí llegó con la niña, Yolanda sintió hinchársele el corazón al abrazar a Nellina. ¡Qué parecido más grande con su esposo! Tenía sus mismos ojazos azules, la misma encantadora sonrisa.

—La condesa me ha encargado que le entregara esta carta —dijo Malí.

Yolanda la leyó con lágrimas en los ojos. ¿De modo que Susetta estaba arrepentida del mal que le causara? ¿Susetta le pedía perdón enviando a la niña? ¿Y la confiaba a sus cuidados? ¿Qué se proponía, pues? Prometía no suicidarse como su hermana, pero Yolanda suponía que meditaba algo triste... Pero no era aquel el momento propicio para pensar en ello. Su única preocupación consistía en salvar a su marido, aunque al recobrar la salud la despreciara.

Con Noris en brazos, se acercó Yolanda al herido, que tenía cerrados los ojos como si durmiese.

—Me parece que cometes una imprudencia, hija mía —dijo la señora Falconi.

—Déjame hacer, mamá. Yo no pienso como tú.

Y abrazando a Noris, que miraba a Osvaldo, le preguntó:

—¿Serás tan buena que le des un beso y le llames papá?

La niña miró alternativamente a las dos damas y se echó a reír.

—No es papá —dijo.

—Llámale, ángel mío, y te daré muchos dulces.

—¿De veras? —preguntó la niña, con el egoísmo de la edad.

—Sí; te lo aseguro.

Entonces Noris no se hizo de rogar; echó los bracitos al cuello de Osvaldo, llamando en voz alta:

—¡Papá! ¡Papá!

Él abrió los ojos, miró y lanzó un grito, pero no pudo hacer un gesto ni pronunciar palabra alguna. La emoción había sido demasiado fuerte; se desmayó.

—¡Dios mío! ¡Lo he matado! —balbució espantada Yolanda.

—No, no —dijo la señora Falconi, tratando de no perder su serenidad —. Se ha desmayado. Llévate a la niña y mándame a Rosa.

Osvaldo no tardó en volver en sí; parecía haber recobrado su perfecta lucidez.

—¡Mi hija! —dijo.

—Ahora te la traerán —contestó la señora Falconi—. Estate tranquilo.

—No tema, mamá; me siento mejor; vaya usted a buscarla, quiero verla.

Noris volvió junto a su padre, que la miró llorando.

—¿Es la condesa De Plumet quien me la manda? —murmuró.

—Sí —contestó Rosa, a ruegos de la señorita Yolanda.

Osvaldo calló. Al oír aquel nombre, Noris batió palmas y, besando al herido, balbució:

—Mamita Susetta te manda decir que la perdones, que Yolanda es inocente.

Osvaldo no contestó; pero cubrió a la pequeña de delirantes besos. Y al ver entrar a Yolanda, le dirigió una mirada de reconocimiento, murmurando:

—Gracias.

El médico, que vino más tarde, encontró al herido algo mejorado. Yolanda rogó luego a Malí que continuara en la compañía de ellos en unión de Noris.

En un momento en que la joven esposa se encontró sola con el marido, este le dijo conmovido:

—Gracias de nuevo por haberme otorgado este último consuelo. Ahora perdono a mi asesino, como perdono a Susetta y te perdono a ti.

—Pero yo no soy culpable... —balbució Yolanda.

—No te excuses; no quiero saber nada —dijo Osvaldo—. Mi conducta te daba el derecho de la represalia y pido tan solo a Dios que puedas encontrar en otro amor la felicidad que no supe procurarte.

—Osvaldo, eres cruel; te juro...

—No jures, porque sería inútil; la proximidad de la muerte parece haber desgarrado el velo que cubre todo lo pasado. Emiliano te amaba cuando eras una niña aún; pero tenía demasiado orgullo para pedir tu mano. Él, empero, no te olvidaba; procuró acercarse a ti y apareció a tus ojos como un héroe el día mismo que yo quedé humillado. La intimidad que surgió entre vosotros, la misma semejanza de caracteres, las confidencias que mutuamente os hacíais y, sobre todo, mi ligereza y negligencia, cimentaron vuestro puro amor.

—¡No, no es cierto! ¡No es cierto! No lo amo, ¡ni lo he amado nunca! —prorrumpió Yolanda.

Su voz era sorda, alterada, irreconocible casi. Pero el herido movió lentamente la cabeza.

—¡Si no te reconvengo! —añadió—. De todos modos me lo merecí y estoy casi satisfecho de dejarte en breve en libertad para que puedas ver realizadas tus ilusiones.

Yolanda no tuvo fuerzas ya para pronunciar palabra. Comprendía que era inútil, que no lo convencería nunca. Ni las palabras de la

niña inocente, ni la carta de Susetta podían quitarle la idea de su traición.

La llegada de la señora Falconi con el médico truncó aquella escena dolorosa.

Al anochecer llegó a casa de Naldi el abogado señor Ranieri, con la misión de hablar a Yolanda. Cuando la joven dama tuvo conocimiento de ello, reflejó su semblante cierto estupor, pero ninguna emoción. Le iba siendo todo indiferente. Ella, que nunca había mentido, sufría la afrenta de no ser creída y estaba decidida a no defenderse ya, aunque el dolor hubiese de matarla.

La extraña palidez de su semblante sorprendió al letrado.

—¿Osvaldo está peor? —preguntó.

—No; al contrario; está ligeramente mejorado —contestó Yolanda.

—Me alegro —añadió el letrado—. ¿Sabe usted por qué he venido?

—Para hablar con mi esposo —interrumpió Yolanda.

—Sí; tal era mi deseo, pero quisiera hablar antes con usted.

—¿Qué tiene usted que comunicarme?

—La condesa De Plumet se ha marchado.

—¿Ha vuelto a Francia?

—Nadie lo sabe; pero antes de marchar estuvo a verme para confiarme la administración de su patrimonio y dejar un legado a cada una de las personas que están a su servicio, que ignoran dónde está y que no piensa volver más.

—¿Que no va a volver? —replicó Yolanda—. ¿Y la niña?

—La niña se la confía completamente a usted y solo en el caso en que usted se negara a tenerla, estoy autorizado a retirarla para consignarla a otra persona de su confianza.

—Noris es hija de mi marido y lo será también mía —contestó lentamente Yolanda—. Si Osvaldo, lo que Dios no quiera, hubiese de morir, no por esto la abandonaré.

El abogado la miraba con sincera admiración.

—Es usted una santa —dijo.

—Que no la oigan a usted, porque se echarían a reír. Ahora estoy pensando cómo advertiré a Malí.

—Malí está ya advertida y ha tomado la cosa con bastante resignación. A ella le basta con que no la separen de Noris.

—No lo herré nunca, porque Malí es una mujer honrada y me gusta mucho.

—Más vale así; por lo demás, no encontraría usted otra que quisiera más a la niña.

—Pero la desaparición de la condesa no dejará de sorprender, después de lo ocurrido a mi esposo, como no faltarán los comentarios —dijo Yolanda.

—Es verdad; la condesa ha previsto todo esto, por cuyo motivo acude a su generosidad para que usted misma haga callar a las malas lenguas.

Yolanda fijó en el abogado su mirada dolorosa y profunda.

—¿Ando cómo? —preguntó.

—¿La condesa De Plumet no le ha confiado a usted la niña? Esto podría bastar para cortar de plano toda suposición maliciosa. Y usted puede afirmar que la condesa ha tenido que partir para urgentes asuntos de interés, dejando esta declaración conforme con lo que usted misma y su esposo han declarado.

Un leve surco se dibujó en la frente de Yolanda.

—Susetta ha tomado realmente todas las precauciones —dijo fríamente—. Está bien; haré cuanto le ha encargado.

—Gracias en su nombre; Susetta espera que no le guarde usted rencor.

—Ninguno —contestó Yolanda, con la misma voz de hielo—, aunque Susetta me partió el corazón y me amargó la vida.

Permaneció un momento con la cabeza inclinada y contraída y, levantándola luego, dijo, sin mirar a la cara al abogado:

—¿No tiene usted otra cosa que decirme?

—No, señora.

—Entonces venga usted conmigo a la habitación de mi esposo.

Y siempre dueña de sí, seguida del abogado, volvió al cuarto de Osvaldo.

Había cerrado la noche y llovía cuando un viajero, calado hasta los huesos y maleta en mano, entraba en el patio de uno de los más modestos hoteles de Cuneo.

Una muchacha soñolienta le salió al encuentro.

—¿Qué desea el señor? —le preguntó, con la inflexión de voz propia de las muchachas acostumbradas a servir en fondas y posadas.

—Una habitación con buena lumbre y cena.

—Pase ahí un momento.

Y lo introdujo en una salita vacía, alumbrada por un farol de petróleo y donde algunas mesas modestamente preparadas esperaban a los parroquianos.

El hombre se dejó caer rendido en una silla, después de dejar la maleta en un velador, y se quitó el ancho sombrero que le caía hasta

los ojos para enjugarse el sudor que bañaba su frente.

El viajero era Gondo.

Al principio, al huir, pensó en ir a refugiarse en Cerdeña, su país natal, porque sentía la nostalgia de la patria. Pero luego, reflexionando, comprendió que sus propósitos se frustrarían. Renunció, pues, a la idea de internarse en los bosques para despistar a la justicia. La estación no era propicia, y menos para él que, acostumbrado a dormir en un lecho discreto y a una nutrición positiva, no se hubiera adaptado fácilmente a esperar los acontecimientos durmiendo en la húmeda tierra y comiendo hierbas y raíces. Decidió, pues, dirigirse a Francia y, en este concepto, todo su anhelo se cifraba en ganar la frontera. No tenía pasaporte, pero ya encontraría manera de franquearla. En Francia, con su oficio, no había de faltarle ocupación.

Gondo no había seguido el camino real; pero por entre senderos, mejores o peores, pasando la noche siempre en alguna que otra posada y dando falsos nombres en todas partes, había conseguido llegar hasta Cuneo. Gondo no despertaba sospechas porque era de buen aspecto, vestía decentemente y pagaba bien, sin regatear. Había llegado ya casi a la meta y se sentía muy cansado.

Y no bien se había puesto el sombrero, cuando el posadero compareció. Tenía este un rostro abierto y alegre. Saludó con desenvoltura a Gondo y le dijo:

—Usted perdone si le hice aguardar; Cinotta me ha dicho que desea usted cama, lumbre y cena. Estaba con mi mujer en la cantina sacando vino, por cuyo motivo no pude venir antes.

—¡Oh! No me importaría si no estuviese calado. Le ruego, pues, que ante todo me ponga un buen brasero en la habitación, porque no tengo otros trajes para mudarme por haber expedido directamente los baúles a Francia, no llevando conmigo más que la pequeña maleta del dinero.

—Mientras se secan sus ropas, puedo procurarle un traje mío —dijo cortésmente el posadero.

—Gracias; acepto gustoso; de este modo podré cenar antes, porque tengo mucho apetito.

—Mientras, podría usted beber un buen vaso de vino para calentar el estómago; tengo uno viejo capaz de resucitar a un muerto.

—Démelo.

—En seguida; tú, mientras, Cinotta, prepara la habitación amarilla y enciende lumbre; pronto.

El posadero y Gondo brindaron juntos y luego el primero rogó al forastero que escribiera su nombre en el manchado registro que le presentó.

Gondo firmó sin vacilar: Gian Marco Faber. Y añadió: Procedente de Bra. Y luego siguió al posadero, que lo condujo a la habitación para que se mudara.

La habitación amarilla era muy modesta; pero el viajero no era muy escrupuloso y, cuando hubo vestido el traje seco, exhaló un suspiro de satisfacción.

—Hasta aquí todo ha ido viento en popa —dijo para sí—. Esperemos que la fortuna siga acompañándome.

Lo llamaron poco después para cenar y sintió no haberse hecho servir en la habitación. Porque en el salón de abajo casi todas las mesas estaban ocupadas y no podía retroceder sin infundir sospechas.

—Para usted, señor Faber, he puesto la mesa allí —dijo en aquel instante el posadero—. Estará más cómodo. No hay más que una viajera, la señora Giriat, que se dirige también a Francia; en el comedor hay solo los clientes del pueblo.

Y condujo a Gondo a un pequeño gabinete en una de cuyas mesas se sentaba una vieja feísima y deforme, cuyo sombrero, que remataba con unas plumas, le daba un aspecto de mona. Susetta habría reconocido en seguida en ella a la vieja Bruja, la infame cazadora de tantas infelices criaturas, a quien su padre adoptivo hizo condenar a unos cuantos años de prisión. Otra desgraciada habría dejado en ella la piel o habría salido arrepentida. La Bruja, en cambio, después de cinco años de cárcel, estaba más fuerte y robusta que antes, más perversa y más refinada. En la cárcel había formado diversos planes que quería llevar a la práctica y, con los ahorros que tenía, se decidió a trabajar en grande, ensanchando el círculo de su profesión.

Había ido a Cuneo para ponerse de acuerdo con cierto individuo que conoció años atrás y había de ser un socio de ella. Porque era un hombre despreocupado y con apariencias de bien educado, fuerte como un toro y en buenas relaciones con la policía, que se servía de él para informes de los italianos que entraban en Francia. Pero la Bruja había sufrido una desilusión. Su hombre no estaba ya en Cuneo ni se sabía a dónde había ido a parar. Esto la ponía de malísimo malhumor, tanto que miró con mirada hosca y rostro oscuro al viajero que entraba en el salón con el posadero, y no contestó a su gallardo saludo.

Al sentarse en aquella mesa, se preguntaba Gondo si aquella viajera pertenecía al bello sexo y si su presencia le cortaría la digestión. Para no tener ocasión de mirarla y dirigirle la palabra, pidió los periódicos.

Le llevaron dos: el *Centinela de los Alpes* y la *Gaceta de Turín*. Gondo, después de haber comido la sopa y mientras esperaba una chuleta con ensalada, leyó los dos periódicos al principio con indiferencia, luego preso de vivísima agitación. Tanto en uno como en otro encontró detalles relativos a los dos crímenes cometidos por él. Ambos periódicos decían que Osvaldo seguía mejor; añadían tan solo que la herida del pulmón hacía temer graves consecuencias para el porvenir. Decían, además, que el señor Naldi confirmaba su

primera declaración, o sea, que Cinta la había llamado con un pretexto al pabellón de la villa de las Rosas para vengarse de los vejámenes de un día; que Gondo había sido su asesino por celos, por creerle el amante de su exobrera, la cual ignoraba, sin embargo, que el miserable estuviese en la calle al acecho.

Cinta, detenida, había admitido lo declarado por el industrial; explicó que, profundamente herida en su orgullo por la humillación que le infligió un día su principal en presencia de sus compañeras, había jurado que a la primera ocasión se vengaría. Y la ocasión se había presentado. Ella creyó que don Osvaldo estaba enamorado de la condesa, su dueña, y convencida de que la noble y virtuosa dama no le había de corresponder dada su invulnerable honradez, se sirvió de ella, que nada sospechaba, para atraer al industrial al pabellón a donde de noche no iba nunca la condesa. Y cuando él fue, se le rió a la cara, confesándole el engaño que le había tejido, bien lejos de suponer que lo que ella tenía por una broma había de tener por consecuencia un delito. Por otra parte, Cinta no negó que Gondo le hubiese hecho la corte y perseguido con sus declaraciones; pero juró que lo había siempre despreciado y demostrado el desdén que por él sentía. Su mayor culpa fue el haberle echado al rostro su amor por el principal, como una especie de desafío, y era tal vez lo que lo indujo al asesinato.

A este punto, el obrero sintió hinchársele el corazón y, dejando caer los periódicos, murmuró entre dientes:

—Es verdad; es verdad; la infame tiene razón.

Y habría casi rechazado la chuleta que Cinotta le había llevado de no haber advertido que la horrible vieja lo miraba. Gondo se puso a devorar, pálido y cejijunto, y luego reanudó la lectura porque no había concluido.

Los periódicos daban algunos detalles acerca del delito de que fue víctima la Soldadona y decían que no cabía duda de que el asesino era el mismo Gondo. Pero algunas frases le hicieron guiñar el ojo, deformándole el semblante.

«Todas las pesquisas para encontrarle han resultado inútiles».

«Alguien cree que se ha suicidado, pero no falta quien supone que el asesino ha franqueado la frontera. Esta es la más probable de las versiones».

—Perdone usted, caballero; ¿me haría usted el obsequio de uno de esos periódicos? —le preguntó en aquel momento la Bruja, en mal italiano.

—Tenga usted los dos, señora —contestó Gondo, tratando de recobrar su sangre fría.

Pero interiormente estaba preocupado. Las miradas de aquella vieja le molestaban. ¿Quién sería? A veces, en sus horrendos lineamientos, en el pliegue de sus labios, encontraba algún rasgo de la Soldadona.

La Bruja había acabado de comer y se puso a leer tranquilamente. Aquella vieja que vivió siempre en el fango, entre bribones, poseía una admirable percepción; comprendió en seguida que aquel viajero no había pedido los periódicos únicamente para pasar el tiempo, sino porque contendrían algo que le concernía. Y no le fue difícil adivinar. Lo miró entonces más atentamente. Sí; aquel hombre fuerte y enérgico que por celos había agredido a su principal y matado a una mujer podía convenirle; podía ser el individuo que necesitaba. La Bruja estaba segura de que a aquel hombre le faltaban los documentos para entrar en Francia y se preguntaba de qué manera podría pasar la frontera. Pues bien; ella podía ayudarlo. En la gran maleta que tenía en el suelo, junto a sí, llevaba un pasaporte que iba destinado al individuo a quien buscara inútilmente y podía servir al huésped. Si se lo hubiese podido ofrecer... Pero ¿cómo decirle: «Lo he adivinado; usted es el asesino a quien andan buscando y su salvación está en mis manos»? Y si se equivocaba...

De pronto, la vieja fue presa de una emoción vivísima. Por un espejo que había en la pared vio entrar en la estancia contigua a dos gendarmes. ¿Qué iban a buscar a aquella hora en la posada?

Como movida por un resorte, la Bruja abrió la maleta, sacó un pliego enrollado y, acercándose a Gondo, que la miraba sin comprender lo que estaba haciendo, le dijo rápidamente y en voz baja:

—Caballero; ahí hay dos gendarmes.

Al movimiento de estupor sucedió en Gondo un miedo verdadero que lo hizo palidecer y convenció a la Bruja de que no se había equivocado.

—Procure usted conservar su tranquilidad —prosiguió la vieja—, y si le falta el pasaporte, ahí tiene usted uno de un tal Fabbri, edad treinta años, exportador.

Se lo entregó y volvió a su sitio, reanudando tranquilamente la lectura.

Gondo creía soñar. Y, efectivamente, lo que le ocurría no podía menos de sorprenderlo. Él había dado al posadero el nombre de Faber y se encontraba en posesión de un pasaporte con uno análogo y con las señas que aproximadamente correspondían a las suyas. Esto era algo sobrenatural, y la Bruja le parecía una de esas hadas viejas, siempre prontas a prestar auxilio al viajero que se encontraba con ellas.

Tuvo tiempo de reponerse y, cuando entraron los gendarmes, estaba bebiendo lentamente un vaso de vino rancio.

Los gendarmes saludaron y pidieron perdón por la molestia; pero tenían orden de probar la identidad de los viajeros que aquellos días transitaban por ahí.

—Muy bien —dijo la Bruja—; cumplen ustedes con su deber, porque hoy merodean por ahí tantos bandidos que uno no sabe nunca de quién fijarse.

—La señora tiene razón —dijo Gondo.

La vieja enseñó su pasaporte y Gondo el suyo. Los gendarmes los leyeron apenas y los devolvieron a sus poseedores, porque la

franqueza de ambos alejó de ellos toda sospecha.

—¿Puedo ofrecer a ustedes una copa? —dijo Gondo, que se sentía aliviado y no tenía temor alguno.

Los gendarmes dieron las gracias a Gondo sin aceptar; saludaron de nuevo cortésmente y salieron de la posada.

Gondo hizo ademán de levantarse de su sitio para acercarse a la vieja, que lo detuvo con un gesto.

—Aún no; aquí no —dijo vivamente.

Gondo comprendió y no se movió de su sitio. Cinotta entró para cambiar los platos y preguntó si se les ofrecía algo.

—Un café —dijo la vieja.

—Y a mí —añadió Gondo.

Y preguntó en voz alta:

—¿La señora va a Francia?

—Sí; partiré dentro de una hora; tengo preparado ya un coche en Niza.

—Yo tengo el propósito de hacer lo propio.

—Podría usted aprovechar mi coche y hacerme compañía —dijo la Bruja—. A mi edad, tiene una siempre el temor de un mal encuentro.

—Acepto gustoso, señora. Voy a cambiarme este traje que no es mío y bajo. Si tiene usted la bondad de aguardarme...

—¿Cómo no?

Una hora más tarde, la Bruja y Gondo viajaban juntos en el mismo coche y cambiaban en voz baja sus impresiones. El maquinista no encontraba a la vieja tan horrible como al principio le hubiera parecido, y la Bruja se alegraba de haberle prestado su ayuda.

—Apenas lo vi lo adiviné —dijo la Bruja—, y cuando pidió usted los periódicos no me cupo ya la menor duda. A usted debía de buscarlo la policía y supuse que no tenía un pasaporte para entrar en Francia. Y entonces se me ocurrió la idea de prestarle auxilio.

—Usted ha sido para mí un hada bienhechora y no sé cómo pagarle el favor.

—¡Oh! Es muy fácil; yo necesito un hombre como usted; un despreocupado, fuerte, audaz, que sepa coadyuvar a mis empresas, y si se decide usted a ser mi compañero, no se arrepentirá.

—¿Pero qué empresas son las suyas? —preguntó vivamente Gondo.

Había llegado para la Bruja el momento de las revelaciones decisivas y no era hembra que retrocediera o se detuviera en sus confidencias, sino mujer acostumbrada a ir hasta el fondo. Le contó rápidamente sus infames especulaciones que podían enriquecer a ambos y formar su fortuna.
Un año antes y ante aquellas revelaciones, Gondo se habría sentido dispuesto a retorcer el cuello a la vieja y enrojecido de vergüenza. Pero desde que sus manos se bañaron en sangre, sus ideas se modificaron y no sintió escrúpulos para nada.

El buen trabajador cedía su lugar al bribón dispuesto a vivir con las ganancias de las pobres esclavas que, inducidas por la vieja, habían de ejercer el fácil y lucrativo oficio del amor. Él dominaría como la Bruja y se haría como ella hipócrita e insinuante o brutal y amenazador. Y encontraría alguna linda muchacha, más linda que Cinta, con la que reiría y comería los productos del amor, apartando de sí toda idea de celos, sin pensar en otra cosa que en gozar la vida.

—Venga esa mano, soy de usted —le dijo Gondo, después de haber escuchado la relación de la Bruja sin interrumpirla y sintiendo cierta admiración por las opiniones vertidas por la vieja.

De modo que cuando llegaron a Niza, donde la vieja tenía que despachar ciertos negocios y donde permanecerían unos quince días, Gondo la tuteaba y la llamaba confidencialmente tía.

La Bruja quiso que dejara el traje robado por otro elegante que acabara de transformarle por completo; le regaló una hermosa cadena de oro con un reloj de níquel; un gran anillo de oro con un brillante falso para el dedo meñique de la mano izquierda y otro anillo igual para la corbata.

Gondo se miró al espejo y no se reconoció. Y la Bruja, para mejor seducirle y presa de una extraña simpatía por él, le entregó una cartera con quinientas liras, diciéndole:

—Cuando se te acaben me pides y te daré otras tantas.

Gondo sonrió abrazando a la vieja. ¡Había concluido! Desde ahora bajaría todos los peldaños de la abyección. Hubiese sido mejor para él que le hubiesen detenido.

VII

Emiliano tuvo conocimiento de la inesperada y precipitada marcha de Susetta por conducto del abogado señor Ranieri, quien le habló asimismo de los encargos que le hiciera y del deseo manifestado por ella de que la pequeña Noris quedase al cuidado de su padre y de la señora Yolanda, más digna de ser su madre.

El conde se emocionó porque recordaba las palabras que dirigió a Susetta en el ímpetu de su dolor, de la cólera y de los celos. Y se sintió presa de remordimiento y de vergüenza. ¿Qué derecho tenía para censurarla tan ásperamente?

En verdad Susetta le hizo mucho daño al acusarle de ser el amante de Yolanda; ¿pero no la había acusado él a su vez de serlo de Osvaldo?

Mauricio no supo decirle a dónde había ido a refugiarse, pero le aseguró que no tenía intención alguna de suicidarse. A Emiliano se le ocurrió la sospecha de que Susetta hubiese ido a casa de su madre y quiso convencerse.

Pero antes tenía otro deber que cumplir; quería quitar toda sospecha del ánimo de Osvaldo y Jorge acerca de sus relaciones con la señora Naldi. No; no podía consentir que por culpa suya se acusara a la noble y pura señora.

Y se fue en busca de Jorge.

Éste estaba triste, irritadísimo, en su propia habitación; estaba furioso contra su hermano. Al salir de la fábrica fue a visitarle y le encontró incorporado y divirtiéndose haciendo reír a Morís, que estaba sentada en la cama y sostenida por Mali.

—He ahí mi remedio —le dijo Osvaldo, sonriendo.

Dada la disposición de ánimo en que se encontraba Jorge, en vez de abrazar a la niña, dijo con acento casi áspero:

—Ya sabes que el médico te ha prohibido moverte y agitarte. Y puesto que estás mejor, debieras al menos tener juicio.

Y dirigiéndose a Mali, añadió:

—Quite usted la niña de aquí; que mi hermano necesita reposo.

La joven obedeció al punto. Osvaldo no dijo palabra, pero a solas con su hermano le dijo:

—Decididamente no tienes simpatía por mi hija.

—Debías cuidar de ella cuando era ocasión —contestó Jorge, malhumorado—. Y tú que decías que no querías dejarte enredar por Nilotta ni reconocer a su hija, ahora proclamarías *urbi et orbe* que eres el padre de la niña.

—¿Es que no lo soy?

—Pero estás casado.

—Pero la misma Yolanda es quien me la ha traído.

—Sí; se comprende —excló Jorge, amargamente—. Para hacer que la perdonen sus propias debilidades, conviene que demuestre indulgencia por las tuyas.

Osvaldo perdió la paciencia.

—Basta; no me marees; yo no he tenido más que lo que merecí, y si muero, Yolanda tiene el derecho de ser algo feliz; es mejor, pues,

que antes que otro, haya escogido al conde.

Y se tendió en la cama y cerró los ojos, como si no quisiera oír más, ni ser molestado.

Jorge estaba rabioso.

—¡Qué bien supieron desempeñar su papel tanto Yolanda como Emiliano! ¡Quién no habría caído en el lazo! Y eso que él debía de saber lo que valen las mujeres... a juzgar por Lucinda.

Toda su cólera se avivó en él y huyó para entregarse en su propia casa a una crisis de furor y desesperación.

¿Pero por qué había de tomárselo de aquel modo? ¿No era acaso monstruosa su cólera movida por los celos que la cuñada le inspirara? ¡Qué bien hacía en ocultarlos! ¿Pero debía Osvaldo de compadecer a su esposa?

No había cesado aún su crisis nerviosa, cuando le anunciaron que estaba el conde.

¡Llegaba oportunamente! Iba a desahogarse con el falso amigo que le había robado su amor.

—¡Adelante! —dijo entre dientes.

Emiliano estaba, al parecer, muy conmovido; tendió la mano a Jorge, pero éste hizo como que no la veía y se limitó a inclinar la cabeza.

—¿Tiene usted que hablarme? —le dijo, ofreciendo una silla al conde.

Pero Emiliano siguió en pie, mirando al amigo con doloroso estupor.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Me habla de usted? ¿Me trata como a un extraño?

—No puedo obrar diversamente con quien hizo traición a mi amistad.

—¿Luego me crees tan vil y tan infame que me consideres capaz de tener relaciones con tu cuñada y en tan poca estima la tienes que la crees capaz de una traición?

El severo acento y el ademán altivo del conde impresionaron al industrial.

—¿No es verdad acaso que Yolanda estuvo en su casa y tuvo con usted secretos coloquios?

Emiliano tenía erguida la cabeza.

—Ni tu cuñada ni yo lo negamos; pero nuestras entrevistas tenían un objeto bien distinto del que suponéis. Sí; te lo juro por la memoria de mis padres; nuestro único deseo, una vez descubierta la identidad de la condesa De Plumet, era impedir que se vengase de tu hermano.

Jorge movió la cabeza.

—¿Por qué tanto usted como Yolanda no me dijeron nada?

—Porque no queríamos impresionarte y porque la señora Naldi sabía que yo solo era poseedor de la carta que podía probar la inocencia de su marido en la muerte de Nilotta. Tú acusas injustamente a tu cuñada creyéndola cómplice de un vil complot; ella es tan inocente como yo, y Susetta misma ha retirado su infame acusación. ¿Y tú no nos crees?

—¡No!

—¡Cuánto te compadezco por tu desconfianza respecto de nosotros! —le dijo Emiliano, dulce y gravemente—. Ni yo me había de humillar más para defenderme si me afectara solo a mí; pero tus golpes se dirigen todos contra una pobre víctima de la calumnia más vil, y esto no puedo ni lo debo soportar. Baja al fondo de tu conciencia, interrógala y ella te dirá quién de los dos es el culpable: si yo, que habiendo amado un día a Yolanda, supe imponer silencio a mi corazón, vencer mi carne, alejar su imagen de mi imaginación y no

ser para ella más que su custodio desinteresado, su protector sin humanas debilidades para quien el honor del marido era el de ella y su felicidad, o tú, que en vez de serte sagrada su persona, en vez de defenderla contra la calumnia, la insultas por unos celos insensatos y piensas más en ti que en tu hermano moribundo.

Jorge, pálido, con los ojos encendidos, retrocedió. No respiraba; parecía que las pulsaciones de sus arterias se habían detenido; el sudor bañaba su frente.

Quería protestar, decirle que mentía, pero no tuvo fuerzas y balbució palabras incoherentes.

Emiliano aparentó no apercibirse de la poderosa emoción y prosiguió:

—En vez de atacar a aquella infeliz inocente, tu deber sería ir a levantar el espíritu de Osvaldo, rechazar todas las acusaciones hechas contra mí y alejar toda duda del espíritu de tu hermano. Solo obrando así te mostrarías justo y expiarías tu culpable debilidad. Adiós.

El conde hizo como que se alejaba. Jorge le llamó con acento desesperado.

—¡Emiliano!

Su rostro descompuesto daba lástima de ver.

—¡Perdón!... ¡perdón!...

Y cayó de rodillas. ¡Él!... El hombre fuerte que tanto temor infundía a sus obreros, tendía convulsivamente las manos.

El conde tenía las lágrimas en los ojos y acudió a levantar al amigo y estrecharle entre sus brazos.

—Nada tengo que perdonarte —le dijo—, porque comprendo que solo la pasión pudo extraviar tu corazón por un momento; pero

ahora que has recobrado la serenidad de espíritu, no dudo de que te convenceré.

—Te creo... te creo... ¡Ah! Sí; yo había de estar loco para dudar de ti... pero tú me volviste a la razón... y verás... que sabré expiar mi falta...

Y decía esto, hecho un mar de llanto.

—Tú no debes hacer otra cosa que convencer a tu hermano de la honradez de su mujer y callar a Yolanda tu culpable amor —le dijo Emiliano.

—Lo haré; te juro que lo haré.

—No me verás aquí durante algún tiempo y espero que Osvaldo vaya mejorando diariamente y sea él el que me llame.

—Sí; lo hará, y cuando mi hermano esté bien volverá a reinar la paz en la familia, dejaré a Osvaldo la dirección de la fábrica y yo me retiraré a la vida privada, lejos de Turín.

—Harías muy mal —le dijo Emiliano—. Este sería el verdadero medio para descubrir a tu hermano y a tu cuñada el secreto que solo yo conozco. Un hombre como tú ha de saber luchar contra los flaqueamientos morales y no amargar la vida de las personas amadas. Yo sufro también por un amor desdichado, no por la señora Naldi, que es para mí sagrada como una hermana, y sin embargo, no deserto de mi lugar, no me lamento y sabré soportar con la frente erguida y sin sonrojos mi pesada cruz; haz otro tanto tú.

—Tú eres mil veces mejor que yo; me enseñas el camino de mi deber. Pues bien: te juro que sabré luchar y vencer igual que tú.

Los dos amigos se abrazaron largamente y luego Emiliano se marchó.

Una gran dulzura penetró en su corazón por haber reconquistado a Jorge y porque éste convencería a su hermano de la inocencia de Yolanda y de la suya propia.

Y más tranquilo, pues, y sin avisar a nadie, Emiliano salió de Turín para ir a visitar a la montañesa.

¿Estaría Susetta con su madre? Ante esta idea su corazón empezó a palpitar con violencia, aun cuando su semblante permaneciese en apariencia tranquilo.

El camino no era tan fangoso como la otra vez que estuvo y, una vez subida la pesada cuesta, quedó por un momento en la explanada, ante la casita cuya puerta estaba semiabierta.

Dos muchachos que jugaban por allí le miraron curiosamente. Emiliano les sonrió y luego se acercó a la puerta, que empujó con dulzura, diciendo:

—¿Se puede pasar?

Contestóle un furioso ladrido y un perro de pajar le salió al encuentro con ademán de morderle. Pero la voz de la montañesa se dejó oír.

—Silencio, Fría, a dormir.

Y al comparecer y ver al visitante, lanzó un grito de alegría.

—¡Cómo! ¿Usted? Pase, pase. Fría, a dormir; ¿cuántas veces te lo tengo que decir?

Y pegó al perro un puntapié, con lo cual cesó de ladrar y se acurrucó en un ángulo de la estancia. La montañesa tendió luego las manos al conde, que las estrechó con verdadera emoción.

—No creería usted que volvería por aquí —murmuró con dulzura inmensa.

—Pues si he de decirle la verdad, esperaba un día u otro su visita —exclamó la montañesa—. Pero entre usted, que usted no ha visto todavía mi nueva casa. Ha habido cambios, ¿sabe usted?, y ahora si quiere quedarse puedo ofrecerle alojamiento.

—¡Quién sabe! Tal vez venga en primavera a pasar un mes —contestó el conde, en tono jovial.

La montañesa le hizo entrar en la habitación donde anteriormente viera a Susetta. Emiliano se fijó en seguida en la pared que la separaba de la estancia contigua, desde donde asistió oculto al diálogo entre madre e hija. En la hendidura que le permitió ver, había colocada una repisa que servía de mesita y sostenía un servicio de café.

La montañesa le ofreció la misma silla en que estuvo sentada Susetta; en la chimenea ardía un gran tronco y pendía de la cadena un gran farol.

—Supongo que esta vez se quedará a comer conmigo —le dijo Betta.

—Acepto —contestó el conde, riendo—, si me da usted una buena polenta (1), que comeré con leche.

> (1) La polenta es un compuesto de harina de maíz que se cuece y se toma con salsa o con queso y manteca. Para digerirla mejor suelen los italianos beber después un vaso de leche.

—Mataré un pollo también —añadió la montañesa—. Y para hablar un rato con usted, dejaré el cuidado de la cocina a Juanita; una muchacha que estuvo de cocinera en Francia y ha venido a pasar una temporada en su país. Dispense un momento. Voy a dar disposiciones, y vengo.

Apenas la montañesa hubo salido, el rostro de Emiliano se hizo serio. Se había equivocado. Susetta no estaba al lado de su madre.

Acudió a su mente el hermoso recuerdo de la joven como el día aquel en que en aquella misma estancia Susetta confesara a su madre su amor por él, haciéndola jurar que guardaría silencio. ¡Ah! ¿Por qué no se presentó en aquel momento? ¿Por qué no se presentó y se echó a sus pies diciéndole que la amaba, que ella era el ideal, el sueño de su vida, que tendría a dicha el consagrarla...?

¡Cuántas desgracias habrían podido evitarse! Y hasta más tarde, cuando se presentó en la villa de Susetta con la excusa de llevarle unos papeles por encargo de su principal, ¿por qué no le enseñó en seguida la carta de su hermana?

¿Pero era verdad que Susetta, después de haber confesado a su madre su amor por él, se había entregado a Osvaldo?

No; no podía creerlo, aunque Susetta le hubiese herido de muerte con aquella frase:

«Y si fuese mi amante, ¿qué le importaría a usted? Yo le dejo la mujer, déjeme usted el marido.»

¿Se había degradado, pues, por venganza, por unos celos infundados?

Y el grito lanzado por ella la noche en que fue agredido el industrial: «¡Osvaldo, Osvaldo! ¡Socorro! ¡Socorro! Le asesinan...» ¿no era una prueba de su abandono, de su remordimiento?

¿Y él podía amarla aún e ir en busca de ella?

Emiliano se pasó una mano por la frente, que le ardía; pero se repuso casi al momento, viendo entrar a la montañesa que llevaba una taza de leche.

—Acabo de ordeñarla —dijo alegremente—. Después del viaje le sentará muy bien.

Emiliano apuró la taza casi de un sorbo y Betta le miraba sonriendo.

Luego se sentó delante de él.

—Me parece que ha adelantado usted —dijo—. ¿Ha estado usted enfermo?

—No, gracias, ¿y usted? Desde que la vi encuentro que ha engordado... como su patrimonio.

—Es verdad; he heredado.

—¿A su hija Susetta?

Betta sonrojóse y enmudeció.

—¿Le he hecho daño con mi pregunta? Perdone; no era esta mi intención. ¿Pero no me dijo usted la otra vez que... había muerto?

—Sí, efectivamente; pero...

—¿Pero qué?

Betta no era capaz de sostener mucho tiempo una mentira. Las miradas de Emiliano la turbaban y le disgustaba engañar a un caballero como Emiliano, tan bueno y tan cumplido y a quien su hija quería tanto, al par que huía de él. Dijera Susetta lo que quisiera, ella se lo había de contar todo.

—No era verdad —exclamó, decidida—. Es que ella quería hacerse pasar por muerta.

—¿Y por qué no me dijo usted que la hija de Nilotta estaba con ella?

—Porque Susetta me lo prohibió. ¡Oh!, es una mujer original mi hija. Figúrese usted que un día que por cierto hacía un frío horroroso me la vi comparecer. Me asusté porque temía que Nellina estuviese enferma; pero no. Susetta no vino para hablarme de la niña.

—Ya lo sé —dijo el conde, con sencillez—. Estaba en la estancia vecina, detrás de la repisa, y lo estuve oyendo todo.

La montañesa quedó con la boca abierta.

—¿Pero es de veras?

—¡Y tan de veras!

Y contó cómo había ocurrido. La montañesa le oía llena de curiosidad.

—¡Ah! ¿Por qué se marchó usted sin dejarse ver? —le dijo, con aire de reconvención.

—Sí; hice mal y me arrepiento —contestó Emiliano—, pero esperaba conquistarla aún y llegar a conseguir que me confesara cuánto confesó a usted, porque también yo la amaba con toda el alma y sólo pensaba en ella. Fíjese usted; llevo aún en mi cartera una rosa blanca que se le cayó y guardo como preciada reliquia.

La montañesa se echó a reír.

—¿Sabe usted que son ustedes dos locos? Se aman y no quieren que se sepa y huyen uno de otro como si se odiaran.

—¡Oh! No; ahora las cosas han variado; yo no la quiero ya.

—¿De veras? Y, sin embargo, apuesto a que usted está aquí en busca de Susetta del mismo modo que vino mi hija con la excusa de que se iba a Francia y venía a despedirse porque no nos veríamos en mucho tiempo. Pero aunque esta fue la excusa, yo creo que vino para hablarme de usted, para saber si me escribía y si había estado aquí. Me encargó que no le dijera a usted palabra, y mientras jura que no le quiere, se atormenta por usted. Pero Dios santo, ¿qué es lo que ha ocurrido?

—Pues lo que ha ocurrido —dijo Emiliano, con una especie de sorda irritación—, es que su hija Susetta, para vengar la muerte de su hermana, ha escogido un medio muy raro: se puso a coquetear con el padre de Nellina, le sedujo, logró enamorarle locamente y, mientras, me trataba a mí con el mayor desprecio y se negaba a darse a conocer. Y después de haber injuriado a una noble y casta dama, creyéndola mi amante, tendió un lazo al esposo, le torturó hundiendo en su corazón la sospecha de la infidelidad de su mujer y fue causa de la desgracia de los dos. De este modo, por su orgullo y por no haber querido dar oídas a un caballero, como por tal me tengo, Susetta se encuentra ahora aislada, errante por el mundo, y el padre de Nellina en la cama herido por el puñal de un miserable.

—¿Un cómplice de Susetta? —preguntó la montañesa, temblando de espanto.

—No; esto no. Pero si el asesino no hubiese visto a don Osvaldo salir de casa de su hija, no le habría atacado.

—¿Era, acaso, un rival?

—Sí; pero no de Susetta. Aquel hombre creía que el industrial iba a aquella casa por una criada a quien quería.

—¡Oh! ¡Virgen Santa! ¡Cuánta historia! ¿Y el padre de Nellina morirá?

—Tal vez. Y lo peor es que cree a su mujer culpable de haberle faltado conmigo, y aun cuando su hija de usted, arrepentida del mal causado, le mandó a Nellina para decirle por boca de la niña que su mujer era inocente, resulta que el industrial no lo cree. Ha perdonado a Susetta y perdona a su mujer merced a la alegría inmensa que le han causado permitiéndole que tenga a su hijita a su lado; pero sigue creyendo en la culpabilidad de su esposa. Y yo, en verdad, calumniado, desilusionado e infeliz, vine aquí creyendo encontrar a Susetta para decirle: «He ahí lo que ha conseguido usted con su insensato orgullo y su triste deseo de venganza; vea usted lo que ha causado en mí y en los demás.»

La montañesa tenía las lágrimas en los ojos.

—¿Cree usted que Susetta no sufre? —dijo tristemente—. Una joven a quien nada faltaba, pura como los ángeles, porque conozco bien a mi hija y sigo creyéndola inmaculada...

—¡Pero si ella misma me dijo que era la amante de don Osvaldo!

—Mintió, mintió; se lo podría jurar por el Evangelio —añadió la montañesa—. Susetta habrá tratado de enamorar al industrial para hacerle sufrir y torturarle; pero creo que habría preferido morir antes que entregarse al seductor de su hermana. No, no y mil veces no. Por este lado se equivoca usted. Ciertamente hizo Susetta muy mal en acusar a la inocente dama, pero los celos no raciocinan y mi hija estaba celosa de usted. Pero ahora seré yo la que iré a ver al padre de Nellina.

—¿Usted?

—¿Andivia por qué no? ¿No tengo acaso el derecho de saber dónde está mi nieta? Y si el industrial muriera me haría cargo de la niña. ¡Si usted supiera cuánto deseo verla y abrazarla!

El conde se emocionó.

—Su deseo de usted me parece muy justo —dijo—. Y yo mismo la acompañaré a Turín para que pueda satisfacerlo.

El rostro de la montañesa se hizo radiante.

—Gracias... gracias —exclamó—; acepto con toda el alma.

Los disgustos de Emiliano y de su hija habían operado una reacción violenta en el ánimo de la montañesa.

Ahora comprendía que una gran parte de culpa la tuvo ella en el destino de sus hijas. Pero... ¡Dios santo! Si las hubiese tenido a su lado, habrían muerto de hambre, o se habrían casado con uno de aquellos rudos montañeses, dando la vida a otros chiquillos tan desgraciados como ellas.

La injusticia se debía a la suerte que las hizo nacer tan pobres; ¡unos tanto, otros tan poco! Si ella hubiese sido una madre afortunada, habría sabido educar a sus hijas haciéndolas buenas y cariñosas, sin tonterías en la cabeza y sin que tormenta alguna alterase la serenidad de su espíritu.

Pero una pobre mujer obligada casi a pordiosear para vivir, ¿podía acaso adivinar dónde estaba el mal, cediendo a otras sus propias hijas con la esperanza de mejor fortuna?

De este modo se expresó la montañesa durante la comida que Juanita supo preparar de una manera digna.

Y Juanita era un ejemplo exacto de lo que ella decía. Nacida en una cuadra, crecida entre ayunos y privaciones, al llegar a la pubertad, cansada de aquel calvario, dejó con otras muchachas el país natal

para ir a Francia a servir. Dotada de un espíritu honrado a toda prueba, tuvo la suerte de encontrar una buena casa donde empezó a servir de niñera; quitóse poco a poco la ruda corteza, aprendió un algo de educación y, deseosa de saber y de ganar dinero, aplicóse haciéndose enseñar debidamente, y cuando la cocinera de la casa se marchó para contraer matrimonio, ella ocupó su puesto con gran contento por parte de sus amos. Y todos los meses mandaba casi todo su salario a sus ancianos padres; encontró una plaza de camarero para un hermano suyo y mandó a otro a una escuela. Y todo ello merced a sus brazos y a su deseo de trabajar. De cuando en cuando iba a pasar unos días al lado de su familia y aún en ellos seguía trabajando. ¿Qué habría sido, en cambio, de ella si se hubiese quedado vegetando en la montaña?

—Pero no todas tienen la misma fortuna —exclamó Emiliano.
— Sí; también hay hijos estúpidos e ingratos —contestó la montañesa—. Pero yo no podía quejarme de las niñas, porque eran bellas, inteligentes y laboriosas. Pero se entrometió el amor y las hizo cometer toda suerte de locuras. Una, desesperada, se ahoga; la otra, renuncia a las riquezas y se ausenta. Pero tengo para mí que Susetta volverá. ¡Ah! Si ella me hubiese escuchado, ahora podría llamarlo a usted hijo mío. Con un hombre como usted, que habría sabido protegerla, habría sido más feliz que una reina.

Suspiró moviendo la cabeza. En las palabras de la montañesa no había adulación ni artificio. Emiliano comprendió que ella decía lo que pensaba, y se lo hubiese agradecido con un beso.

El conde pasó la noche en la casita, durmiendo en la misma cama donde estuvo la joven que no había sabido comprenderlo. Al contrario de la montañesa, él suponía que Susetta no volverá y que la linda muchacha había sido un sueño desvanecido para siempre. El único consuelo que le quedaba era el de dedicarse al trabajo con ahínco para distraerse del todo y tranquilizar su espíritu de esta manera.

Al día siguiente regresó a Turín en compañía de la montañesa y él mismo la acompañó a casa de Naldi. Pero no entró.

Había dado sus instrucciones a Betta, la cual le dijo al criado que le abrió que deseaba hablar a Rosa.

El criado la hizo pasar al recibidor, diciéndole que la iba a llamar y que esperara un momento.

La montañesa miró a su alrededor con curiosidad.

— ¡Caramba! —pensaba para sí—. Si todo lo demás es tan lindo, comprendo que tentase a Nilotta.

Y miraba con admiración el suelo, más brillante que un espejo, las macetas doradas llenas de flores, los muebles ricamente tallados, las estatuas que había en los ángulos y los cortinajes de damasco. Betta vestía el traje característico de su país, con el corsé de terciopelo, la cofia atada debajo de la barba y la falda corta.

Rosa se presentó a la montañesa con el semblante algo áspero y mirándola sorprendida.

— ¿Es por mí por quien usted pregunta? —dijo.

— ¿Es usted la señora Rosa? —preguntó a su vez la montañesa, en su dialecto mitad piamontés y mitad francés.

— Soy simplemente Rosa, la doncella de la señora Naldi.

— Lo mismo da —contestó la montañesa—. El conde Emiliano me ha dicho que preguntara por usted.

El semblante de Rosa se serenó con una sonrisa.

— ¡Ah! ¿Es el conde Emiliano quien la envía? Entonces es otra cosa; en Turín, ¿sabe usted?, cuando no se conoce a las personas que vienen a vernos, se desconfía de todas; venga usted, venga usted, buena mujer; estaremos más cómodas y nos entenderemos más fácilmente.

E introdujo a la montañesa en un saloncito; la hizo sentar y añadió con amabilidad:

— ¿Qué desea el conde Emiliano?

Betta recobró su desenvoltura.

— Verá usted; me ha dicho que por su mediación podría hablar con la señora Yolanda y tener noticias del señor Osvaldo.

Rosa hizo un movimiento de sorpresa y contestó:

— Don Osvaldo sigue mejor, gracias a Dios; pero la señorita no sé si recibe, porque está muy triste.

— ¡Oh! Cuando le diga usted quién soy, seguramente que me recibirá.

— ¿Quién es usted?

— La madre de la pobre Nilotta y de Susetta; la abuela de Nellina.

Rosa quedó aturdida, como si hubiese recibido un garrotazo en la cabeza, y miró a la montañesa con ojos de espanto.

— ¿Usted? ¿Usted?

— Sí, yo, y el conde me conoce. Sabe que soy una mujer honrada; la pequeña estaba antes conmigo, porque su madre, mi pobre hija, me la confió antes de cometer aquella locura. Yo no había de dársela a Susetta para que al fin me la quitaran. Mis hijas han cometido muchas locuras, pero a una le costaron la vida y la otra anda ahora por el mundo desesperada por el daño causado a la señora Yolanda y al señor Osvaldo.

La fisonomía de Rosa se hizo severa.

— Sí, su hija ha sido cruel —exclamó—, especialmente con mi señorita, que es un verdadero ángel y que tanto sufrió por causa de Nilotta.

— ¿Y usted cree que mis hijas no sufrieron viendo que a una se le llevaban al padre de su hija y la otra pensando en la triste muerte de su hermana? ¿Y cómo podía creer Susetta en la inocencia de su ama, sabiendo que se mostró indiferente ante la muerte de Nilotta y que defendía ardientemente a su marido?

— No hacía más que cumplir con su deber.

— No digo lo contrario; pero quien sufre no reflexiona. Por esto Susetta no podía creer en el desinterés del conde Emiliano por haberse mezclado en el asunto. Yo traté en vano de sacarla de su error, porque había conocido al conde, a quien creí durante mucho tiempo padre de Nellina. Él fue el primero en ir en busca de la niña y satisfizo todos sus gastos y lo tuve siempre por un cumplido caballero; pero cuando Susetta supo todo eso, no fue de mi opinión y se me llevó a la pequeña. Y todo lo que ocurrió después no habría ocurrido si mi hija no se hubiese enamorado del conde y no hubiese tenido celos hasta de su propia sombra.

— ¿Cómo? ¿Qué dice usted? —exclamó Rosa.

— Digo la verdad —contestó con franqueza—. Ya lo sabe el conde; pero ahora es tarde ya. Susetta se ha ido, Dios sabe dónde, y antes de marchar estuvo a verme para decirme a quién dejaba el cuidado de Nellina, rogándome de rodillas que reiterara al señor Osvaldo que su esposa es inocente y que pidiera a esta que no la maldiga. Este es el motivo de encontrarme aquí.

Rosa era presa de una emoción indescriptible. A veces su desdeñosa mirada parecía expresar el desprecio; otras, la compasión. Sus ardientes ojos se fijaban en la montañesa y pensaba que, al fin y al cabo, aquella mujer era la madre de la joven que había visto muerta, tendida en la alfombra de la cámara nupcial. Y era, además, la abuela de Nellina. Dios sabe los esfuerzos que hacía para mostrarse tranquila en aquel momento y para haber ido hasta Turín.

Por lo que, presa de una temible superstición, le dijo:

— Pues bien; ahora la haré hablar con mi señorita y verás usted a su nieta. Pero no haga ruido; que nadie más sospeche quién es usted. Espere un momento.

— ¡Oh! No me moveré.

Rosa fue en busca de Yolanda, que estaba con Noris y Malí junto a su esposo.

La señora Naldi se mostró infatigable, sin dejar a otros el cuidado del herido y desplegando una solicitud que conmovía a Osvaldo.

Ni Yolanda ni su esposo habían hablado más de Emiliano. La primera tenía demasiado orgullo para humillarse a defenderse a sí misma y al nombre que era tan inocente como ella. El otro, firme en el convencimiento de la culpa de su mujer, era todo indulgencia, todo perdón.

La noche antes, sin embargo, la dama tuvo una inesperada alegría. Al salir un momento del cuarto del herido, encontró a Jorge en la habitación contigua, quien apenas la vio se arrodilló a sus pies, besándole la mano.

Yolanda lanzó un ligero grito.

— ¡Dios mío, Jorge! ¿Qué hace usted? Levántese, se lo suplico.

— Me levantaré cuando me haya usted perdonado.

— ¿De qué?

— De haber podido sospechar un instante de usted y de mi nobilísimo amigo el conde Emiliano.

Yolanda tuvo un arranque de alegría.

— ¡Ah! ¿Al fin cree usted en mi inocencia?

— Sí, creo en ella; creo en ella.

— Gracias, gracias; levántese, le perdono.

Y fijando en él una mirada infinitamente triste y dulce y tendiéndole ambas manos, que él llevó respetuosamente a sus labios, le dijo:

— Usted no sabe cuánto he sufrido viéndome despreciada por usted y sabiendo que sospechaba de mí. De los demás poco me importaba. Su recelo no podía mancharme, porque me sentía superior a todos; pero la sospecha de usted no podía soportarla.

Y con un arranque casi infantil se le echó en brazos llorando.

Jorge lloró con ella. La crisis de la sangre y de los nervios había pasado y no tenía otro deseo que el de sacrificarse por aquella pura y suave criatura y por su hermano, y se juraba a sí mismo que haría felices a los dos. Cuando Osvaldo lo vio, le pareció transfigurado.

— ¿Qué te ha pasado? —le preguntó con una sonrisa.

Jorge lo abrazó y con una alegría llena de emoción le contestó:

— Ante todo estoy contento, porque el médico me ha asegurado que dentro de pocos días podrás dejar la cama. Luego he podido convencerme de que tanto tú como yo perdimos la razón al sospechar del ángel de tu mujer y de un amigo noble y leal como Emiliano.

Osvaldo hizo un movimiento de fastidio.

— Si esto me lo han dicho hasta la saciedad. Parece una lección que todos habéis aprendido de memoria para enaltecer la virtud de mi esposa y la del conde. ¿Y por qué tanta insistencia? ¿Es que yo tuve la menor palabra de reconvención para Emiliano o para Yolanda? No; es más; admiro la abnegación de mi mujer, a quien debo mi mejoría, y la delicadeza del conde, que manda todos los días a pedir noticias de mi salud sin molestarme con su presencia. Estoy agradecido a ambos.

— Es que quisiera que estuvieses persuadido de su inocencia.

Y le habló de la adoración de Yolanda por él, de la sublime conducta del conde respecto de ella, le hizo un cuadro del porvenir feliz que

podría gozar aún con su esposa, unidos con un vínculo eterno y afectuoso.

Osvaldo escuchaba distraído y, cuando Jorge hubo terminado, le pareció despertar de un sueño y preguntó:

— ¿Dónde está Noris?

Jorge se afectó, comprendiendo que todas sus palabras habían sido inútiles.

Y lo sintió por Yolanda. Pero la joven apareció poco después con la niña en brazos y, contra la costumbre, la encontró tan tranquila y tan risueña, que a una mirada dulce que ella le dirigió, respiró con más libertad. Era que había reconquistado su estimación y afecto, y esto le bastaba para olvidar todo lo demás. Su alegría era obra suya y no había de turbarla diciéndole que su marido seguía convencido de que ella era culpable.

Y calló, contentándose con mostrar su afecto contenido para con la cuñada, que se abandonaba a la dulzura de sentirse de nuevo protegida y estimada por él.

Mientras se hallaba Yolanda en esta tranquila disposición de ánimo, entró Rosa a darle el aviso de que había una mujer que deseaba hablarle.

— Voy en seguida —dijo la señora Naldi.

Y siguió a la fiel doncella, la cual, una vez fuera de la habitación, le dijo:

— ¿Sabe usted quién es?

Yolanda la miró sorprendida.

— ¿Quién?

— La madre de Susetta y de Nilotta.

El corazón de Yolanda latió con violencia.

— ¿Qué quiere de mí? —preguntó profundamente conmovida.

— Desea conocerla y abrazar a su nieta.

Yolanda hizo un ademán de espanto.

— ¿Quiere llevársela?

— No, no lo creo, sosiéguese; me parece una excelente mujer y no tiene culpa alguna en las locuras de sus hijas.

— ¡Es verdad, pobre madre!

Y siguió anhelante a Rosa.

La montañesa no se había movido de su sitio; esperaba tranquila y la sostenía la idea de que el conde Emiliano estaría satisfecho de ella. Si la hubiesen injuriado, habría aceptado incluso las injurias sin protestar.

Al ver entrar a Yolanda, tan linda y joven, quedó encantada mirándola, no sabiendo proferir palabra.

— ¿Preguntaba usted por mí? —le dijo con dulzura Yolanda, acercándose a ella—. Aquí estoy; ¿qué desea?

La montañesa recobró su presencia de ánimo.

— Deseo, señora —contestó—, pedirle perdón de parte de mi hija Susetta y rogarle que me deje abrazar a mi nieta, que mi pobre hija Nilotta confió a mi solo cuidado.

— La niña está ahora con su padre.

— Ya lo sé, señora, y no pretendo quitar este consuelo al pobre señor, aunque tan cruel se mostró con la madre de la niña; pero espero que no se me prive de verla y que, si mañana su esposo llegase a morir, me será permitido recogerla de nuevo.

— ¿No me la dejaría usted?

La montañesa la miró con húmedos ojos.

— ¿Qué haría usted de una niña que no puede recordarle más que penas y cuya madre dejó en su existencia un recuerdo tan doloroso? Para su pobre abuela, en cambio, la pequeña es sagrada y podrá aún embellecer los últimos años de su existencia.

— Dice usted la verdad; ¿quiere usted devolverla a su hija Susetta?

— ¡Susetta!... ¿Sé acaso dónde ha ido a parar? ¡Ah, señora! Crea usted que en el mundo no se puede encontrar una madre más desgraciada que yo. Y, no obstante, no lloro, ni maldigo, y si llegué hasta aquí fue para remediar el mal causado por Susetta y convencer a su marido de que mi desventurada hija la acusó a usted, siendo inocente, de una falta por ella cometida, porque es Susetta quien amaba al conde Emiliano, y para huir de él va ahora errante por el mundo.

Yolanda sonrió con tristeza.

— El mal que me causó Susetta, lo propio que Nilotta, no se borrará jamás —dijo—. Esta me quitó toda ilusión respecto de Osvaldo, velando de luto toda mi felicidad; la otra manchó mi frente de vergüenza. Pero yo tampoco maldigo: perdono.

— Usted es muy generosa, señora; es usted una santa, como dice el conde Emiliano, a quien a mi vez he prometido que haría saber a su esposo la inocencia de usted, tal como la conocí de labios de mi hija.

Yolanda se ruborizó como si la hubiesen abofeteado.

— Es inútil —dijo con acento seco y vibrante—. No quiero que se me defienda ya; lo tomaría a ofensa. A mí se me ha de creer por mí misma, puesto que tengo la conciencia limpia de toda mancha y el derecho de ir a dondequiera con la frente alta; tanto peor para los que no me crean, rechazo desde este momento toda justificación. Le agradezco, no obstante, el interés que se toma por mí; puede usted asegurar al conde que estoy perfectamente tranquila y, si hubiese de ver otro día a su hija, dígale asimismo que no le guardo ningún rencor y que mi marido la perdona.

La montañesa quedó algo desconcertada; pero con su justo criterio comprendió que la joven señora, herida en lo más vivo de sus sentimientos más delicados y en su honor, sentía el deseo de protestar; sentía en los labios una inmensidad de palabras amargas. Pero su alma era tan grande y generosa, que aun en medio de aquella amargura sabía mostrarse indulgente y perdonar a quien la había ofendido.

La joven dama prosiguió:

— Si quiere usted ver a su nietecita, se la haré traer en seguida.

Sonó el timbre y ordenó a Rosa que fuera por ella.

Y añadió a la montañesa:

— Es hermosa, cariñosa, buena y si su desventurada madre, en vez de tratar de vengarse de mí, que ignoraba la falta de mi novio, hubiese venido a verme con la pequeña, Nilotta viviría aún, sería tal vez la mujer de Osvaldo y yo no sería una infeliz.

Los ojos de la montañesa se cubrieron de lágrimas.

— Tiene usted razón, señora —balbució—. Lo que usted dice también yo lo pensé y se lo repetí a mi hija; pero Nilotta era testaruda y sumamente extraña, y su carácter me hizo sufrir no poco.

Se interrumpió, porque entró Noris, llevada de la mano de Malí.

A la montañesa le pareció ver un ángel bajado del cielo. Vestía de blanco y sus blondos cabellos caían graciosamente en sus hombros; pero en sus ojos azules se notaba como una sensación de sorpresa. Sin duda le llamaba la atención la extraña cofia de Malí.

Se veía que la pobre mujer estaba muy conmovida y se enternecía, pues gruesas lágrimas cayeron de sus ojos y con voz truncada y suplicante balbució:

— ¡Nellina!... ¡Nellina!... ¿No conoces ya a tu abuela? Ven a darme un beso.

La niña se acercó a ella tímidamente, pero sin dejar la mano de Malí, y después de dirigir una mirada a Yolanda, esta añadió:

— Ve; ve a abrazar a la abuela...

Noris se dejó coger en brazos por la montañesa, que cubrió de besos su gracioso semblante.

— ¿Eres tú mi abuela? —preguntó la niña.

— Sí; ¿de veras no te acuerdas ya? Y, sin embargo, te cuidé yo sola durante dieciocho meses. ¿No recuerdas la cabrita que compré para ti, que te daba de mamar, y con cuya leche te hacía unas papillas? Y entonces me sonreías y me llamabas... le llamabas papá al conde Emiliano.

El conde la reconoció en seguida —dijeron Yolanda y Malí.

Noris callaba, pero sus pequeñas manos acariciaban las arrugadas mejillas de la montañesa, que le dijo:

— ¿Quieres ir conmigo?

Yolanda se estremeció y contestó por la niña:

— No; ¿usted no se la llevará ahora, verdad? Mi marido la quiere consigo y, dado su estado, si se la quitáramos podría empeorar.

— Yo quiero estar con Malí, con la señora y el otro papá —añadió la niña.

La montañesa frunció el entrecejo.

— ¿Tú no quieres a la abuelita? —dijo.

— Sí; te quiero; pero quiero a mamita también —contestó Noris, con el egoísmo peculiar en los niños—; me quedo... aquí... yo.

— Crecerá testaruda como su madre y despreciará la pobreza como hacía Nilotta —dijo con amargura la montañesa—. Y tal vez cuando sea mayor se avergonzará de su abuela.

— No lo crea usted —interrumpió vivamente Yolanda—. La niña tiene sus caprichos, pero mucho corazón, y educada por Malí no podrá menos de crecer razonable y virtuosa.

— Si la señorita me lo permite —dijo Malí—, cuando el señorito esté mejor, iré con la niña a pasar unos días al lado de su abuela... y al ver de nuevo su casa y la cabrita la reconocerá a usted, y entonces modificará su opinión acerca de su nieta.

— Si quiere usted, mientras tanto, quedarse aquí... —dijo Yolanda con sencillez y gentileza.

La montañesa movió la cabeza.

— Se lo agradezco, señora; pero no acepto. Yo aquí no estaría en mi centro y estorbaría a los demás. Ahora que he cumplido mi misión, me vuelvo al lugar donde nací; donde ninguna mano amorosa irá tal vez a cerrar mis ojos. Nellina: dame otro beso; tu pobre abuela, de lejos o de cerca, te bendecirá siempre y velará siempre por ti.

Insistieron en vano para detenerla. La montañesa, después de haber besado de nuevo a la pequeña, se puso en pie y, dando las gracias a Yolanda por su bondad, se apresuró a marchar. No quería evidenciar por más tiempo su emoción, y una vez en la calle, exhaló un hondo suspiro.

— Basta de hijas y de nietas —pensó—. Dios me las dio, Dios me las quitó: hágase su santa voluntad.

Y con el estoicismo de su naturaleza, con la fuerza de ánimo que distingue a las mujeres del pueblo, sostenidas en las desdichas por la fe y con el sentimiento de un deber cumplido, la montañesa rehizo lentamente el camino que debía conducirla a casa del conde Emiliano.

FIN DE LA CUARTA PARTE

Matrimonio de amor

I

Un criado con librea oscura y botones dorados levantó el pesado cortinaje, anunciando:

— Don Jorge Naldi.

Un hermoso anciano, de tipo enérgico y aire marcial, de cabello y bigote canos, se levantó de la mesa y corrió al encuentro del industrial, exclamando:

— ¡Hijo, hijo mío!

— ¡General! ¿Pero es usted? ¿No sueño? —dijo a su vez Jorge, estrechando al viejo contra su pecho y levantando hacia él sus ojos radiantes de alegría.

— No, Jorge; no sueñas, soy yo, yo mismo que he vuelto a Turín para no alejarme más... Pero ven, ven; deja que te mire.

Lo había llevado a sentarse en el diván, teniendo enlazadas sus manos. Su noble y varonil semblante expresaba la felicidad.

Era de noche; una noche de noviembre, fría y húmeda. En aquel templado salón se estaba deliciosamente y la lámpara eléctrica que pendía del techo despedía a su alrededor una luz triste como la de la luna.

Aquel salón era una pequeña maravilla, con el techo y las paredes tapizadas de raso de China, los muebles artísticos, una piel de oso

extendida en la alfombra, gran cantidad de copas, estatuas, servicios de fumar en oro y plata, grupos y trofeos de distintas armas.

Jorge conocía ya aquel salón donde ocho años antes pasara horas tan deliciosas en compañía del general y de su hija Lucinda, su primer amor, que terminó de modo tan trágico.

Conocemos ya la triste historia aquella que confió Jorge al conde Emiliano y sabemos también que el general Volterra, después de haber sabido por boca del joven el secreto de la falta de su hija, declaró que si perdonaba a la desventurada Lucinda, que pagó con su vida un momento de abandono, de locura, no había de perdonar al vil y desconocido miserable que abusó de su juventud e inexperiencia e indujo a aquella pobre víctima a la muerte.

Y aunque Lucinda no declaró el nombre del seductor, el general tenía casi la seguridad de que lo encontraría, y para conseguir su intento abandonó Turín, a donde no había de volver hasta haber tomado venganza de aquel, y llevando consigo al hijo de su hija, convertido en su propio hijo.

Pero habían pasado ocho años y Jorge no esperaba ciertamente volver a ver al padre de Lucinda, y en medio de sus preocupaciones y de los nuevos dramas que habían turbado su existencia, había acabado por olvidar, cuando un corto billete le hizo saber el regreso del general a Turín y el deseo de que lo viera aquella noche.

Puede, pues, comprenderse el desconcierto y la emoción de Jorge.

— Te encuentro algo flaco —le dijo—. Pero leo en tus ojos la bondad y el cariño de otros tiempos. Y a mí, ¿cómo me encuentras?

El general alzaba altivo la cabeza; sus grandes ojos negros brillaban.

— Lo encuentro rejuvenecido, como si tuviera usted veinte años menos —contestó Jorge.

El viejo sonrió con aire de triunfo.

— Es que me he vengado —exclamó—. ¡Pero cuántos años de lucha! ¡Cuántos días de sufrimiento! La llaga abierta en mi alma no llegaba a cicatrizar; por fortuna tenía a mi lado al niño y él me daba valor... pero también él ha sufrido y recientemente creí que se me moría... Después de cenar te lo contaré todo... ¿Y tú qué? ¿Te has casado?

La voz del general se había hecho más débil y revelaba una emoción intensa.

— No —contestó—, sigo libre y seguiré siéndolo.

El general lo estrechó entre sus brazos.

— Ya lo suponía. Tú no eres de esos hombres que pueden amar dos veces, aunque el primero fuese desgraciado. ¡Qué bueno eres! ¡Cuánto te lo agradezco!

Jorge no replicó.

En aquel momento llamaron a la puerta.

— Adelante —dijo el general.

Entró una dama de unos cincuenta años, que tenía la apariencia de una ama de llaves, de plácido rostro, que a la luz de la lámpara eléctrica aparecía como enfermiza.

— Perdone usted si molesto, general —dijo—. Sor María pregunta si puede retirarse, pues tiene otros enfermos graves que atender, mientras, gracias a Dios, Luciano no tiene ya menester de que lo velen de noche.

— Di a Sor María que tenga la bondad de esperar un momento, porque deseo saludarla y darle las gracias.

— Está bien, general.

La woman se retiró. El viejo se dirigió entonces a Jorge.

— ¿Tú sabes quién es Luciano? —exclamó—. El hijo de Lucinda, o por mejor decir, mi hijo, porque lo he adoptado dándole mi nombre

honrado. No quiero que lleve el de un miserable, ni que sepa jamás quién era su padre. ¡Ah! Lucinda puede dormir tranquila en el sepulcro: su nombre no será infamado y su hijo poseerá mi patrimonio y mi cariño.

»¡Pobre niño! Cuando llegamos aquí, procedentes de Roma, vino ya enfermo de las fiebres malignas que lo tuvieron por espacio de dos semanas en peligro de muerte; Marta, su ama y hoy día su aya, oyó hablar de una hermana francesa que cuida a los enfermos ricos y pobres, yendo ella misma a sus casas, y posee, según dicen, maravillosas recetas para las fiebres. Cuando se es viejo y se tiene un niño a quien amar y proteger, se llega a ser crédulo y supersticioso, por cuyo motivo hice venir a Sor María.

»Hoy puede decirse que Luciano está fuera de peligro; y sea por efecto de los cuidados de Sor María, sea por su complexión robusta, el caso es que yo no puedo menos que estar agradecido a la angélica criatura que sacrifica su juventud y su hermosura al lado de los pobres enfermos. Ven conmigo, verás a mi hijo y podrás juzgar por ti mismo si la hermana merece o no toda mi gratitud.

El general abrió una puerta que daba a una galería llena de flores, al fondo de la cual estaba la habitación en otro tiempo ocupada por Lucinda. Y en la estancia de la madre, en el mismo lecho de un candor de nieve, estaba acostado el hijo Luciano.

Jorge no pudo franquear el dintel de aquella habitación sin que el corazón se le oprimiera y sus ojos se velaran de lágrimas.

En la penumbra de la cama distinguió a la hermana, inclinada sobre el niño, que lo miraba y sonreía ante las dulces palabras que le dirigía.

El cuadro era delicioso. Luciano se parecía a su madre y también al general. Tenía los delicados lineamientos de Lucinda, su mismo expresivo rostro y sus ojos negros, dulces y altivos a un tiempo, como los del abuelito. La enfermedad había descolorido un tanto sus

mejillas, blanqueado los labios y coronado sus ojos con una línea oscura.

La hermana era de un perfil maravilloso, de una belleza acabada. Jorge no pudo reconocer en ella a Susetta, porque no se encontró nunca con la joven ni conocía de ella más que la parte que tomara en el drama de su familia, ni sabía, como los demás, a dónde había ido a parar, pues hacía dos años que nadie la había visto ni nadie conocía su paradero.

— ¡Luciano! —dijo el general al entrar—. Te traigo un amigo que es como un hijo para mí, del cual me has oído hablar distintas veces y cuyo retrato te enseñé.

El niño se incorporó, abriendo sus ojos con avidez.

— ¡Es Jorge Naldi! —exclamó.

Al oír aquel nombre, Sor María palideció y se hizo atrás.

Pero nadie se dio cuenta de la emoción, porque Jorge se impresionó al oír su nombre de labios de Luciano y el general exclamaba alegremente:

— ¡Sí, es él; es él; dale un beso!

— Con toda el alma, papá. Don Jorge: yo lo querré a usted mucho, como a Sor María.

— Gracias, querido Luciano —contestó el industrial, besándolo después de haberse inclinado ante la hermana, que permaneció muda e inmóvil.

Pero el general se le acercó.
—Ya ve usted —dijo bromeando— cómo su pequeño amigo aprovecha la ocasión para hacerle una declaración. La verdad es que ni Luciano ni yo podremos pagar a usted sus exquisitos cuidados. ¿Le parece a usted que mi hijo está mejor?

—Sí, general; por cuyo motivo pido a usted permiso para retirarme —dijo confusa y ruborizada la joven hermana, sin atreverse casi a levantar los ojos—. Luciano no tiene ya menester de mí; le he dado su medicina; esta noche dormirá tranquilamente y mañana le permitiremos que se levante un poco.

—¡Oh! ¡Qué gusto! —exclamó el niño—. Pero vendrá usted a verme, ¿verdad, Sor María?

—Sí; vendré aún algunos días —contestó Susana con dulzura—, pero no podré detenerme mucho rato, porque tengo muchos enfermos graves que reclaman mis cuidados.

—Perdone usted, hermana, si me atrevo a rogarle... —dijo Jorge, con acento conmovido.

Pero el general le interrumpió, preguntándole vivamente:

—¿Tienes acaso algún enfermo a quien cuidar?

—Sí; mi hermano Osvaldo, que hace dos años arrastra la vida y sobre cuya curación hay poco que esperar.

Las palabras, el semblante, el continente de Jorge revelaban un dolor tan profundo, que emocionaron al general.

Y ni él ni el otro advirtieron que los ojos de la hermana se velaron, que temblaban sus labios y que un sudor copioso bañaba su frente.

—¡Y no me dijiste nada! —exclamó el general—. ¡Pobre Osvaldo! ¿Qué enfermedad le aqueja?

—Consecuencias de una herida en el pulmón.

—¿Un duelo tal vez?

—No, no; se trata de un drama doloroso cuyos detalles le contaré después —contestó Jorge, tristemente—. Al principio pareció que la herida se cicatrizaba y que todo peligro había desaparecido, cuando una noche Osvaldo tuvo un vómito de sangre. Desde entonces fue

siempre de mal en peor; le han sometido a mil curas distintas y le han visitado los mejores médicos. Le han hecho viajar; le han llevado a pasar el invierno a Niza, y el verano al mar. Su mujer, que es una santa, una mártir, le ha cuidado y le cuida con devoción conmovedora, pero todo resulta inútil. Se va apagando, apagando y, lo que es peor, ahora no quiere más médicos ni medicinas, no quiere ver a nadie; tiene un nervosismo extraordinario y hay que estar constantemente encima de él para evitar que cometa una locura. He ahí el motivo por el cual quisiera que la hermana fuese a verle. A veces una cara nueva, una nueva enfermera puede calmarle y conseguir que no se desespere.

—¡Oh! ¿Usted irá a verle, verdad, María? —exclamó el general—. Será una obra de misericordia que añadir a las otras practicadas por usted.

El semblante de la hermana se había contraído y una angustia mortal le oprimía la garganta.

—¡Tengo ya tantos enfermos! —murmuró.

—Le ruego que vaya usted a visitarle siquiera una vez —dijo Jorge, con suplicante acento.

Sor María estaba lívida y una triste y resignada sonrisa se dibujó en sus labios.

—Pues bien, iré —contestó en voz baja—, pero no en seguida; dentro de un par de días.

—Gracias; ahí tiene usted mi dirección, pues yo vivo en la misma casa de mi hermano.

Y le entregó una tarjeta que sacó de la cartera.

Sor María la tomó con temblorosa mano; besó luego a Luciano en la frente y se despidió del general.

—Aguarde usted, que la haré acompañar —dijo este.

—No, no; muchas gracias; estoy acostumbrada a ir sola, tanto de día como de noche y no tengo miedo. ¿Quién quiere usted que tenga la avilantez de agredir a una pobre hermana?

—Hay tanto canalla que no respeta nada ni a nadie... —observó el general—. Por lo tanto, permítame usted que insista.

—No, general; se fijarían más aún y repito que prefiero ir sola. Gracias.

—Hágase su voluntad, Sor María.

Luciano se había dormido. El general le besó con dulzura, con intenso cariño, y después de confiarle a los cuidados del ama, salió con Jorge de la habitación.

El viejo general deseaba saber qué drama se desarrollara en la vida de Osvaldo; pero Jorge le dijo:

—Háble me antes de usted, general; ardo en deseos de saber lo que le ha pasado en esos años que no nos vimos y de qué modo se ha vengado usted.

El general no se hizo de rogar.

—Te lo diré todo —exclamó—. Y espero que aprobarás mi conducta y que mi Lucinda estará satisfecha de mí.

Y comenzó su narración.

II

Cuando el general Volterra salió de Turín, se encontraba en espantosa situación de ánimo. La cólera y la desesperación daban a sus miradas un fulgor siniestro y su mortal palidez causaba espanto.

Solo, en un cupé de primera clase del directo de Roma, iba pensando en quién podía ser el infame que deshonró a su hija.

Lucinda no había dejado escrito ni objeto alguno que pudiese ponerle sobre la pista del seductor.

El general iba repasando en su memoria las personas que más frecuentaron su casa de Roma; pero eran todas personas dignas; no había ninguna de la cual pudiese sospechar.

Lucinda, en su carta a Jorge, le decía que se trataba de un perdido que en medio de sus ardientes caricias no le ocultó que el objeto de poseerla era para obligar a su padre a darle el consentimiento a que se habría opuesto de otro modo por tratarse de un hombre pobre y calavera.

¡Miserable! ¡Y su hija tan honrada y tan orgullosa pudo dejarle hablar así sin matarle! Se limitó a despreciarle... y acabó por sacrificar su propia vida por culpa suya.

¡Qué tormento el de aquel pobre padre! Hubo momentos en que hasta le parecía odiar a aquel niño que llevaba en sus venas sangre

de aquel infame y se preguntaba si le había de ahogar con sus propias manos.

Después rechazaba con horror tales ideas. El niño aquel era lo único que le quedaba de su pobre hija, a quien había adorado y perdonado.

No; no era en aquel inocente en quien quería desahogar su cólera y su deseo de venganza.

De Roma el general se dirigió a Frascati, dirigiéndose en coche a casa del ama. El día era hermoso y templado y aumentaba más el tormento del viejo.

Recordaba las veces que hiciera con su hija aquel camino, contento y feliz al verla tan hermosa y tan fresca. Y pensaba que aquella encantadora criatura yacía bajo la tierra, pasto de los gusanos, por obra de un canalla que se envanecía quizás de su conquista.

Una nube oscura pasó por los ojos del general, el carmín de la vergüenza tiñó sus mejillas, y aquel hombre valiente y enérgico tembló por un instante como un niño.

Pero no tardó en recobrar su sangre fría, y cuando se apeó ante la casita, estaba pálido como un fantasma, pero tranquilo.

Al ruido del coche, que se detuvo ante la puerta, una mujer compareció en el dintel y palideció al ver al general solo y vestido de luto.

—¿Ande está la señorita Lucinda?

—Ha muerto —contestó fríamente el general.

—¡Ha muerto! ¡Dios mío! ¿Pero cómo? —dijo la mujer, en cuyos ojos despuntaron gruesas lágrimas.

—Se lo diré cuando estemos dentro.

—¡Usted perdone!... —balbució la mujer, que comprendió su distracción y apresuróse a introducir al general en una modesta habitación de planta baja que servía para recibir y para comer en las grandes festividades.

El primer objeto que vio el general al entrar, fue un retrato de su hija en un marco bordado por la propia Lucinda.

La vista de aquel retrato y aquel marco le conmovieron de tal modo, que en vez de dejarse llevar de la violencia, se dejó caer en un bajo diván de paja y rompió a llorar.

Entonces la mujer dio también salida a las lágrimas.

—¡Oh! ¡Mi pobre señorita! ¡No la veré nunca más! —dijo entre sollozos.

Al oír estas palabras, el general se estremeció y alzó el rostro descompuesto.

—No, ama; no la volverá usted a ver —contestó—, y será también por su culpa.

—¿Por mi culpa? —repitió la mujer, con angustioso acento y juntando temblorosa las manos—. ¡Yo que habría dado cien veces mi vida por la suya!...

—Si la hubiese usted amado, la habría defendido contra el vil seductor que la deshonró.

El ama lanzó un grito.

—Pero yo le juro, general, por la sagrada memoria de su hija, que nada supe hasta el día en que la pobre señorita vino aquí llorando y me declaró su situación, suplicándome que tuviera piedad de ella y de la criatura que iba a dar a luz.

—Pro te diría el nombre del padre... Y tal vez se veían en esta misma casa.

Con un gesto de desdén, de horror y de asco, contestó el ama:

—¿Pero usted, general, me creería tan infame, usted que conoce mis principios de honradez y sabe que fui una madre para su Lucinda? Si yo hubiese conocido a aquel miserable, juro a usted que le habría ahogado con mis propias manos; pero no sé quién es. Es el único secreto que Lucinda no me confió. Y si miento, que Dios me mate en este instante y se lleve a la inocente criatura.

—La creo, la creo: perdóneme y déjeme ver al niño. Después me lo contará usted todo.

—Venga, general, venga —dijo la mujer, más tranquila—. Tenga usted la bondad de seguirme; está arriba, en la misma habitación que ocupaba su hija cuando venía aquí a pasar el otoño.

Era una habitacioncita sencilla, pero de una limpieza extraordinaria.

La cama en que durmiera Lucinda y donde había pasado los dolores de la maternidad, tenía el blanco cobertor tendido sobre la almohada y encima de él un ramo de olivo bendito, colocado allí por la propia mano de Lucinda.

Había junto a la cama una linda cuna en la cual descansaba el pequeño Luciano, el pobre hijo del pecado, sin un nombre y falto siempre de las caricias de la madre.

Colgado en la pared y encima de la cuna había otro retrato de Lucinda, que desde allí parecía vigilar a su hijo. En la misma estancia había el ama colocado un colchón donde ella dormía, para no tocar la cama de la señorita.

El general fue directamente a la cuna y en cuanto vio al niño que dormía, respiró. Luciano le recordaba a su hija.

—Es el retrato de la señorita —dijo el ama—, y se parece también a usted, general; es un niño muy hermoso, fuerte y robusto y no llora nunca. En los primeros meses, una sobrina mía le daba de mamar dos veces al día y de noche le nutría con biberón; ahora el ama soy

yo; le hago sopas con leche, que lo nutren más, y de día duerme muchas horas y pasa las noches en un sueño.

El general permanecía silencioso, como absorto en estática contemplación; las distintas impresiones de su ánimo podían verse reflejadas en las contracciones de su semblante. De pronto se pasó una mano por la frente, dirigió una profunda mirada al retrato de su hija y luego se dirigió al ama, diciéndole:

—Ahora, cuéntemelo todo.

Él mismo tomó una silla, se colocó junto a la cuna e indicó a la mujer que se colocase al otro lado.

El ama obedeció.

—No le ocultará nada —dijo—, porque su hija Lucinda que, sin duda, presentía su fin, hízome jurar antes de marcharse, que en el caso de que llegase a faltar, cuidaría a su hijo como si fuese mío, sin cederlo a nadie más que a usted en el caso de que lo reclamara. Se lo juré. Ya sabe usted que mi único hijo, el que desteté para lactar a la señorita, se me murió a los doce años y no tuve otros. Hace seis meses me falta el esposo, que está enfermo en el hospital de Roma y temo que se me muera. De modo que este niño es mi consuelo y aunque no hubiese cobrado nada para su cuidado y manutención, me habría guardado mucho de alejarlo de mí. Gracias a Dios tengo bastante para vivir con esta casita y el campo que tengo alquilado, además de mis manos que no están nunca ociosas.

—Lo sé; vamos a lo más importante —interrumpió el general—. Cuando traje aquí a mi hija, tú observaste que se había adelgazado, pero no advertiste el estado en que se hallaba, como no lo noté yo.

—No, señor; crea usted que no. ¿Cómo se me podía ocurrir que una señorita como Lucinda, tan seria, tan instruida, tan juiciosa, prometida desde niña con un joven a quien no tenía el honor de conocer, pero del cual me había hablado ella, pintándolo como un perfecto caballero que la amaba tanto y la había de hacer feliz,

pudiese en un momento de locura olvidar su situación por un miserable, indigno de ella? Y, no obstante, así sucedió. La señorita me lo confesó unos días después que usted se hubo marchado; y crea que a no haber sido por respeto a usted y a su nombre, ella misma habría dado muerte a su seductor. ¡Infame! ¡Cobarde! Él quería casarse con ella; pero la señorita supo demostrarle el desprecio más profundo y se rio de sus amenazas; y con aquella voluntad que la distinguía, supo ocultarle su maternidad, que habría sido para él un arma para conseguir sus propósitos. ¡Ah! Crea usted que habría dado toda mi sangre con tal de salvar la vida y el honor de aquella criatura a quien consideraba como hija mía. Y si usted, general, hubiese podido asistir a uno de nuestros coloquios, si usted hubiese sido testigo de los padecimientos y remordimientos de su Lucinda, le habría abierto los brazos y perdonado. Pero la pobre señorita se había juzgado y condenado; ella quería ocultar su falta a todos; no por temor, sino para no exponerse a ver despreciada su criatura, privada de todo apoyo. La noche en que dio a luz, solo mi hermana comadrona y yo estuvimos a su lado. Todo fue a maravilla; la pobre señorita no sufrió mucho y mi hermana se encargó de hacer inscribir al niño como hijo de padres desconocidos, procedente de Roma y confiado a mí. Yo le hice bautizar por nuestro párroco con el nombre de Luciano. Nadie tuvo la menor sospecha acerca de la señorita, que tres días después abandonaba el lecho y canturreaba ya por la casa. ¡Oh, señor! ¡Qué fuerza de ánimo hubo de hacerse y cuán poco le duró la alegría de encontrarse madre! La señorita había de partir para Turín y hablaba del marido elegido por usted con una frialdad que me sorprendía. "A él toca decidir —decía—. ¿Seré digna aún de su cariño y querrá ser padre del hijo de otro?". "¿Por qué no? —le contesté—. Si la ama y usted le dice la verdad como me la ha dicho a mí...". "Antes que mentir, preferiría callar —me dijo". "¿Pero callará, como a mí, el nombre del seductor? —le pregunté". "Sí —me contestó—. Dejo a Dios el cuidado de castigarle; no quiero que la vergüenza y el pecado se acumulen en la cabeza de mi inocente hijo". Hízome después sus recomendaciones acerca del niño y la promesa solemne, al marcharse, de que volvería; me encargó que no le escribiese y que si pasados unos meses no la veía, que rogara

por ella, porque sería señal de que habría muerto. Pero le juro, general, que nunca creí que esto pudiese ser verdad. ¡Era Lucinda tan joven, tan fuerte y tan valiente!... ¡Y es cierto que ha muerto! ¿Le mató el dolor?

—No —contestó con voz triste el general—. Como dijo usted misma, ella se juzgó y se condenó. No le quedaba más que una esperanza: la de obtener el perdón y el apoyo de su prometido. Pero en lugar de tener una explicación con él, quiso probar si era capaz de olvido y de perdón. La prueba fue contraria, y Lucinda sacrificó su propia existencia con tal de ver asegurada la de su hijo y conseguir mi perdón.

El ama estaba como asombrada.

—¿Luego no murió de enfermedad? —balbució.

—Se creyó y sigue creyéndose que murió de un síncope mientras tomaba un baño; pero una carta que dejó escrita revela a su prometido y a mí que se quitó la vida voluntariamente.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —balbució la pobre mujer, rompiendo de nuevo en llanto.

El general sintió asimismo que se le humedecían los ojos. Pero su emoción no fue muy prolongada, y alzando de nuevo y con energía la cabeza, dijo:

—Con lágrimas no hemos de resucitarla; busquemos, en su lugar, la manera de vengarla y asegurar el porvenir de su hijo. Óigame bien: le confío a usted mis propósitos porque sé que no me va a traicionar y que me puedo fiar de usted.

Con el delantal se enjugó ella los ojos y le miró.

—¡Oh! Sí, general —dijo con sencillez—. Puede usted contar completamente con mi discreción.

El general contestó a sus palabras con una mirada de gratitud y prosiguió:

—El niño seguirá por ahora cerca de usted. Yo, mientras, iré a Roma para dar los pasos necesarios a fin de adoptar regularmente al pobre huérfano hijo de padres desconocidos, que llevará con derecho mi nombre y crecerá llamándome papá, que, efectivamente, seré yo.

—¡Oh, general! ¡Qué buena idea!

—Una vez que le haya adoptado, si no quiere usted separarse de él, irá conmigo a Roma y no nos dejará usted más. Será usted una madre para Luciano, y cuando el niño sea hombre le diremos que su madre murió al darle a luz.

—Sí, general, lo apruebo y acepto, porque ahora me sería muy difícil separarme de Luciano, y estando en Roma tendré ocasión de ver con más frecuencia a mi pobre marido.

—Muy bien; respecto a este punto estamos de acuerdo. Si me detengo en Roma es porque espero que de un momento a otro he de tropezar con el canalla que tan cruelmente me hirió en el corazón y en el honor, y Dios me ayude al hacer justicia.

Los ojos de la buena mujer brillaron.

—También yo le ayudaré, general, porque el infame no merece piedad —exclamó.

Lucianito abrió los ojos y sonrió.

Al general le pareció ver la sonrisa y la mirada de Lucinda y cayó de rodillas junto a la cuna.

—Tú sonríes ante nuestra promesa, hijo mío —dijo con un acento indescriptible—. Sí, tú serás verdaderamente mi hijo, llevarás mi nombre y te querré mucho, mucho. Que Dios te bendiga, Luciano, como te bendigo yo y te bendecirá desde el cielo tu pobre madre.

Y le besó en la frente, bañándola de lágrimas.

III

Pocos meses después, el general Volterra se hallaba establecido en Roma, en un lujoso piso de la plaza Barberini. Tenía consigo a Luciano, su hijo adoptivo, con Marta, que había enviudado y no se separaría más de él, a quien quería como si fuese propio y como quiso a su madre. El general tenía también consigo a Pedro, su fiel ayuda de cámara, y la cocinera, que estaba a su servicio desde que él se casó, y sentía por su amo una verdadera idolatría.

El general estaba casi seguro de que Lucinda había conocido a su infame seductor en Roma, y solo en Roma le había de encontrar. Vitó a todas sus antiguas relaciones y todas quedaron sorprendidas al observar una especie de indiferencia en el modo como el general hablaba de la muerte de su hija. Y sabían, sin embargo, que la había adorado.

A una señora que se lo hizo notar, le contestó:

—¿Qué quiere usted? Vertí de una vez todas mis lágrimas y no encuentro más.

—¿Pero cómo ocurrió semejante catástrofe?

—Sigue siendo un sueño para mí. La noche antes se me arrojó al cuello, feliz y contenta, diciéndome que, por fin, a la mañana siguiente, iba a realizar sus deseos, que eran los míos, casándose con el joven con quien desde niña estaba prometida, y a la mañana siguiente la encuentro cadáver.

—Le daría algún mal estando en el baño, ¿verdad?

—Precisamente, y según después me contó la camarera, esta le hizo observar que el baño frío al saltar de la cama no era sano para ella, pues había notado que todos los días salía de él, lívida y temblorosa, sin que el masaje consiguiese reaccionarla; pero Lucinda, acostumbrada desde pequeña a aquellos baños, se obstinaba en quererlos continuar.

—Realmente cometió una imprudencia, pero en aquella edad no se reflexiona, ni se piensa en las desgracias. El novio se desesperaría.

—No se consolará nunca jamás; pero, como a mí, no le gusta hacer público su dolor.

Esta conclusión cerró todas las bocas.

Cuando se supo que el general había adoptado a un niño, hijo de padres desconocidos, se avivó la curiosidad y se hicieron distintos comentarios.

—Será algún pecado del general que, a pesar de su edad, no es indiferente al bello sexo —dijo una pícara condesa en un grupo de amigas—. Se dice que el niño se le parece.

—¿Por qué en lugar de adoptarlo no se ha casado con la madre? —observó otra.

—Porque se tratará de alguna pobre muchacha que no habrá podido presentarse en sociedad —repuso la primera—. El general es muy orgulloso y tiene principios severísimos.

—Los males no le impiden cometer pecados —exclamaron otras, riendo.

—Pero sabe repararlos.

El general llegó en aquel momento y no dejaron de dirigirle algunas indirectas.

Pero él no protestó; sonrió y dijo:

—Un hombre no puede vivir solo en el mundo sin un afecto u otro, y he pensado procurarme uno, adoptando a un niño cuya paternidad no podía desconocer, pero que habría hecho educar lejos de mí, si hubiese vivido mi hija y me hubiese dado otros herederos. Pero, solo en el mundo, ¿había de seguir teniendo lejos de mí a quien era una parte de mí mismo y había tenido la desgracia, al nacer, de causar la muerte de su madre? Habría sido un tonto y un malo. Por eso adopté a aquel niño, que será mi heredero, para hacer honor a la buena sangre de su padre, tendrá la bondad de su madre y llevará con orgullo el nombre que le he dado. ¿Hago bien o no?

—Muy bien, muy bien, general —exclamaron en coro casi todas las señoras—. Y enviamos un saludo y un feliz augurio a su futuro heredero.

—Gracias, gracias.

Algunas lágrimas brotaron de los ojos de aquellas sensibles damas, pero desde aquel momento ninguna se ocupó ya del niño, como se olvidaron de Lucinda, y pudo el general frecuentar todos los sitios sin que nadie se cuidara de su vida privada, que no encerraba ya ningún misterio que despertara el interés ni la curiosidad.

Que era lo que deseaba el general, quien seguía ocupándose más de los hombres que de las mujeres. Pasaba revista a cuantos había conocido y presentado a su hija e indagaba la vida de todos, sin resultado alguno positivo.

Una noche, no obstante, creyó estar sobre la pista. Invitado a ir a un círculo donde se jugaba, un joven, al oír su nombre, se sonrojó y se hizo a un lado.

El general preguntó quién era, tanto más cuanto que le parecía haberle visto otra vez en un sitio que frecuentara con su hija.

Los informes obtenidos parecían concordar con cuanto dejó dicho Lucinda respecto del miserable que la había deshonrado.

Alberto de Valmora llevaba un apellido bastante conocido y estimado; pero no le quedaba de su fortuna más que una renta de algunos miles de liras. De niño, y aun de joven, parecía prometer mucho, pero luego se engolfó en el torbellino de la sociedad y gastaba más de lo que sus medios le permitían.

No se le conocían amantes, pero se le tenía por un disipado y licencioso.

El general buscó el medio de acercarse a él y no tardó en conseguirlo.

Alberto, aunque sorprendido de la deferencia que el general le demostraba, no tardó en envanecerse de ello y acoger aquellas demostraciones con una mezcla de orgullo y alegría.

El general le invitó un día a comer con él y Alberto aceptó emocionado y agradecido.

El señor Volterra había hecho preparar dos cubiertos en un salón tapizado de oscuro, en el cual lo que primero llamaba la atención era un retrato de Lucinda, de tamaño natural.

El pintor la había reproducido en la tela con tanta fidelidad, que parecía viva.

Alberto de Valmora, al entrar en aquel salón, precedido del general, lanzó un ligero grito y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Es ella!... ¡Es ella!... —exclamó—. ¡Dios mío, Dios mío!

El general estaba pálido, pero sus ojos seguían secos.
—¿Conocía usted a mi pobre hija?

—Sí, general —contestó Alberto—. Perdone mi emoción, mi desahogo. Me encontré varias veces con Lucinda en casa de la condesa Sibilia y en el Círculo de los Oficiales. No lo oculto delante de ella, porque esta es una confesión que le hago: que me enamoré de ella con locura, porque su hija era muy bella y, sobre todo, muy virtuosa y altiva, y yo, que en mi vida me había fijado en mujer

alguna, que conservaba todo el entusiasmo de mi juventud y había hecho de Lucinda un ideal, hube de confesarle mi amor y mi admiración.

Al llegar a este punto, hubo de interrumpirse, porque se le hizo un nudo en la garganta y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Y qué? —preguntó con cierto ímpetu el general.

—Que su hija —contestó Alberto, sonriendo tristemente—, no solo no aceptó mi declaración, sino que lo hizo con demasiada severidad tratándose de mí, que en mi declaración supe conservar todo el respeto que ella merecía, y me dijo que abandonase toda esperanza, porque su alma pertenecía por entero a otro.

—¿Y no le dijo a usted quién fuese ese otro? ¿No sospecha usted quién pudo ser?

—No, general, y, a decir verdad, no tuve interés en saberlo. ¿Qué me importaba a mí averiguar quién era el que había conquistado su corazón, cuando este se había cerrado inexorablemente para mí? Pero le juro que no le guardé rencor y que nadie lloró su muerte como yo; y al verla ahora de nuevo en ese retrato, siento más la amargura de mi dolor.

Alberto pronunció estas últimas frases muy emocionado. El general adquirió el convencimiento de que no era el joven que buscaba. Y tuvo que volver a empezar, empleando cerca de seis años en infructuosas pesquisas.

Mientras, Luciano iba creciendo y haciéndose el más hermoso e inteligente de los niños. El general le llevaba siempre a paseo consigo y había empezado a enseñarle a conducir, como le enseñaba asimismo la equitación, y pensaba darle más tarde lecciones de esgrima. Había que ver la gracia con que el niño montaba a caballo al lado del general, causando admiración. Las señoras eran entusiastas del niño, que fue acogido con júbilo en la sociedad elegante. «El hijo del general» era citado como modelo a los demás

niños por su desenvoltura, su amabilidad, su altivez, su bravura en todo tipo de deportes y, sobre todo, por su afán de estudiar y el profundo afecto que sentía por su padre. ¡Ah, si todos se le hubiesen parecido! El general tenía motivos para estar orgulloso de Luciano.

Una mañana, padre e hijo paseaban a caballo por el Pincio. Era un día verdaderamente primaveral y, por vez primera después de tantos años de tristeza, el general parecía entregarse a la alegría de vivir. Su frente era más lisa, sus pulmones parecían aspirar el aire fresco de la mañana, sus miradas se fijaban con placer y orgullo en el niño, que montaba a su lado y era la imagen viviente de sí mismo y de su pobre Lucinda.

Al volver de un sendero, el caballo de Luciano hizo un falso movimiento. Se asustó a la vista de un caballete junto al cual estaba sentado un pintor ocupado en copiar una parte del panorama de Roma. El general detuvo oportunamente el caballo del hijo y, dirigiéndose al pintor, le dijo con acento algo áspero:

—Podía usted colocarse un poco más allá.

El pintor, que al oír aquella voz se puso en pie y palideció, saludó militarmente, exclamando:

—Tiene usted razón.

—¡Ah! Es usted, Serignac —exclamó el general, estupefacto, deteniendo los caballos—. Realmente cabe decir que es usted caro de ver. ¿Quién le habría reconocido con ese traje de artista?

—He dejado el ejército, general.

—Ya lo sé, y fue una locura por su parte presentar la dimisión, puesto que habría hecho una brillante carrera... pero, en fin, usted lo quiso así, sea. Lo que me admira es verle convertido en un pintor.

—Pinto por distracción y para ocuparme en algo. Pero usted perdone, general, ¿quién es este lindo muchacho?

—Es mi hijo —respondió con orgullo el general.

—Sabía que tenía usted una hija, una de las más bellas y distinguidas señoritas de Roma, pero a estas horas debe estar ya casada.

Su voz se había hecho ligeramente trémula, y si el general le hubiese observado atentamente, le habría visto mudar de color distintas veces y notado que le oía con interés y con espanto.

—Mi hija murió —dijo brevemente el general.

Faltóle poco al pintor para tirar el caballete.

—¿Muerta? —repitió—. ¡Pobre señorita! ¿Y usted volvió a casarse?

—No.

Y como los caballos no querían estar quietos, el general añadió:

—No es este el momento y lugar oportunos para cambiar impresiones. Serignac, si está usted libre esta noche, le espero a cenar conmigo en mi casa, plaza Barberini; adiós.

Y se alejó con su hijo.

—Papá, ¿quién es aquel caballero? —preguntó Luciano.

—Fue mi ayudante durante unos meses —contestó el general—. Un bravo muchacho, de familia noble, aunque algo venida a menos; debía de continuar la carrera, pero la dejó por un puntillo.

—No me gusta.

—¿No? Y, sin embargo, es un hombre muy guapo, aunque algo extraño. Cuando estaba en el ejército congeniaba con muy pocos. La misma Lucinda sentía por él una invencible antipatía sin motivo que la justificara. Nunca la vi tan contenta como el día que le anuncié que Serignac había dimitido; pero yo no tuve nunca queja de él. En el fondo era un buen muchacho, atento a la disciplina y a su deber de soldado, algo áspero con los inferiores; pero no le he de culpar por eso.

El general siguió elogiándole, y al volver a casa aguardó con impaciencia la hora de cenar. Serignac había despertado en él una multitud de deliciosos recuerdos y esperaba gustoso el instante de volverle a ver.

Serignac fue puntual y el general le hizo pasar al mismo salón donde había recibido a Alberto y donde estaba el retrato de Lucinda. Cuando el joven se encontró frente a frente de aquel retrato, fue presa de un temblor, y con un movimiento instintivo retrocedió. Pero el general no comprendió la causa de su emoción, porque estaba muy lejos de sospechar de Serignac.

—¡Qué diantre! —le dijo afablemente, dándole un golpecito en el hombro—. Diríase que la imagen de mi hija le da a usted miedo.

El joven se esforzó en sonreír.

—Es que estoy conmovido, recordando aquella hermosa figura que un día conocí llena de vida. En verdad, la muerte no respeta ni la belleza ni la juventud.

De repente entristeció y los ojos se le llenaron de lágrimas. El general estaba vivamente conmovido.

—¿Ha perdido usted también alguna persona querida, Serignac? —le preguntó con dulzura.

—Sí, general, sí; pero no he venido aquí para aumentar su tristeza. ¿Dónde está su hijo?

—Cena con su ama, que no le deja nunca y le quiere como una madre —exclamó el general—. Pero si quiere usted verle un momento, le llamaré.

Hizo sonar el timbre y ordenó al criado que dijese a Luciano que el amigo de su padre deseaba saludarle. El niño no tardó en comparecer y Serignac sintió aumentar su emoción, porque le pareció que Luciano era el vivo retrato de Lucinda. Pero hasta el

general tenía los mismos rasgos, por lo que no era de extrañar que se hubiesen reproducido en el hijo como en la hija.

¿Pero por qué su corazón palpitaba con tanta violencia al lado de aquel niño?

—¿Quieres darme un beso, hermoso? —dijo Serignac.

—Si papá lo quiere —contestó—, obedezco.

Serignac se sonrojó.

—¡Los besos deben ser espontáneos! —exclamó el general—. Y me extraña, Luciano, que hayas podido contestar así a mi amigo.

—Perdone, papá, y perdone usted también, caballero.

Y le presentó los labios; pero apenas Serignac los hubo tocado, Luciano echó a correr. Serignac sonrió amargamente.

—Se ve que no congenio con su hijo de usted.

—Los niños tienen sus simpatías y antipatías —contestó el general —; no hay forma de apartarles de su idea; antes se dejarían pegar. Lucinda era lo mismo; pero no tiene usted que preocuparse; hablemos más bien de nosotros.

La velada transcurrió veloz para el general, evocando los recuerdos del regimiento; luego deseó conocer la historia de Serignac; pero este, que al principio parecía dispuesto a abrirle el corazón, acabó por decir:

—Se la contaré a usted otro día, general, porque espero que me permitirá volver a saludarle.

—No solo lo permito, lo quiero —contestó el general—. Porque al encontrarle paréceme haber conquistado otro hijo.

¡Ah! ¡Si hubiese sabido!

IV

Serignac había sido el infame seductor de su hija y era el único de quien el general nunca había sospechado. Lucinda se había equivocado creyendo que su padre conocía los vicios y la disipación de su ayudante. Le creía pobre, pero sobre todo honrado, y como en apariencia era correcto, atento siempre al servicio y deferente en todo cuanto le ordenaba, el general le había tomado afecto y abierto las puertas de su casa.

Serignac aprovechó aquella ceguera, aquella condescendencia, para conseguir el objeto deseado, que era el de casar con la hija del general. Y comenzó en torno de la muchacha un asalto en toda regla; nada le contuvo, ni el saber que Lucinda estaba prometida con otro ni el que podía ofrecerle más que un corazón corrompido y un nombre ya manchado.

Llegó a tener confianza con ella; llenaba sus álbumes de dibujos, le llevaba la música más en boga, le copiaba los versos de los mejores poetas y la acompañaba a la mañana cuando montaba a caballo en compañía de su padre, y a la noche jugaba una partida con ella y el general. Lucinda se abandonaba confiada al encanto de encontrarse cerca de aquel bellísimo joven a quien su padre distinguía, a quien prefería ella sobre todos los demás y cuya presencia hacía palpitar su corazón.

La caída ocurrió por sorpresa y sin que ella pudiese defenderse durante una breve ausencia del general a Roma. Una fuerza extraña

a su conciencia obraba dentro de Serignac, que le impulsaba a la mayor de las infamias.

Los dos jóvenes habían quedado solos en el saloncito de estudio de Lucinda; nadie se fijaba en ellos, porque Serignac era considerado como de la familia. Aquel día regalaron a Lucinda un ramo de gardenias que ella colocó en un jarro encima del piano. Sentados en el diván, uno al lado de otro, Serignac le leía algunos versos que había compuesto, con acento apasionado. Fuese la emoción de que se hallaba poseída, fuese el calor del salón o el agudo perfume de las gardenias, el caso es que Lucinda, terminada aquella lectura, se dejó caer como presa de un vértigo en los brazos de Serignac, en una especie de éxtasis que era casi un martirio, una alegría que tenía un fondo de infinito dolor, una excitación que parecía casi un delirio. Cuando volvió en sí, después de aquella pasajera embriaguez, comprendió que estaba perdida.

—¡Dios mío, qué hemos hecho! —balbució—. Estoy deshonrada.

—No, no diga usted eso —murmuró Serignac, obligándola a estar a su lado y cubriendo sus manos de besos—. Yo la amo como un loco y usted me ama también; hace tiempo que lo he leído en sus ojos y comprendido en el temblor de sus manos cuando estrechaban las mías; pero usted no habría confesado nunca su amor, porque está prometida con otro, y si yo hubiese pedido su mano, me habría sido negada. Ahora ya no será así: usted es mía y el general no tendrá más remedio que inclinarse a nuestra voluntad. Yo soy pobre, se lo advierto con toda franqueza, estoy cargado de deudas, pero llevo un nombre ilustre, y usted es rica por los dos.

Es imposible transcribir las sensaciones que experimentaba Lucinda; su excitación había pasado y aunque ella enmudecía, sus ojos, fijos en el joven, brillaban con luz casi siniestra y su pecho palpitaba violentamente. La joven vio quizás en su rostro algo que le causó horror, porque con acento de profundo desprecio le dijo:

—Siendo así, usted ha aprovechado la ocasión para cometer una infamia, una cobardía a fin de obligar a mi padre a concederle mi

mano y sobre todo mi patrimonio, que es sin duda a lo que ha aspirado usted para pagar sus deudas.

El carmín de la vergüenza no subió a su rostro ante el ultraje, sino que siguió sonriendo.

—Ea, Lucinda, no tome usted las cosas trágicamente —contestó—, ni me acuse usted por mi franqueza. Confieso realmente que si usted hubiese sido pobre, no habría pensado tal vez en usted para no hacer dos desgraciados.

—Basta —interrumpio Lucinda levantándose con ímpetu—. Si cree usted que con su villanía ha de obligarme a casar con usted, se equivoca. Preferiría mil veces la muerte que ser su esposa. Por consiguiente, váyase y que no le vea nunca más.

—¿Pero usted no piensa —dijo Serignac— que usted misma me autorizó a faltarle al respeto y que ahora no puede usted ser la mujer de otro?

Lucinda permaneció enérgica y con la cabeza erguida.

—Esto concierne tan solo a mi conciencia —contestó—; he hecho mal, pero no merezco el castigo que quiere usted imponerme de unirme a usted para siempre.

—¿Y si hiciera saber a su padre y a otros el deshonor de usted?

Lucinda rió trágicamente.

—¿Cree usted asustarme con sus amenazas? —exclamó—. Al primer intento le levantaría la tapa de los sesos para demostrar a todos que mintió usted de la manera más vil.

Estaba tan hermosa en aquel momento con su furor y su exasperación, que Serignac estuvo a punto de caer a sus pies y pedirle perdón. Pero Lucinda había ya tocado el timbre y, al presentarse la camarera, le dijo:

—Acompaña a este caballero y vuelve luego para quitar y tirar estas flores que causan el vértigo y producen malísimos sueños.

—Efectivamente —contestó la doncella—. Hay aquí un perfume tan agudo, que no sé cómo lo pudieron resistir; yo estaría asfixiada.

Serignac no añadió una palabra, pero tuvo tiempo de reponerse, y haciendo una profunda reverencia, salió con la doncella.

Al encontrarse en la plaza soltó una blasfemia. Había sido un tonto, un imprudente. Conseguido el medio, ¿por qué no había ocultado el fin que se proponía? Debía de haber representado una comedia de lágrimas, de arrepentimiento, hacer de manera que la misma Lucinda le hubiese dicho: "Yo no seré de nadie más que de usted. Mi padre no conseguirá hacerme casar con otro". En cambio ahora no tenía nada que esperar. Lucinda no podía creerle y le odiaría con la misma energía que ponía en sus pasiones. La conocía muy bien. Y no se equivocó.

Desde aquel día no le fue posible acercarse a ella y cuando por necesidad se encontraba con ella y con el general, la joven le dirigía miradas de desprecio tan aplastantes, que no se atrevía ni a levantar los ojos. Por otra parte, aquella afrenta continua había, por decirlo así, transformado su corazón; ahora, para obtenerla habría hecho cualquier sacrificio y la amaba como nunca. Pero Lucinda era inexorable.

Un día, oculto detrás de una cortina, oyó a la joven decir a su padre:

—¿He de tener siempre delante de mí al antipático de Serignac? No le puedo sufrir; se me indigesta.

—En cambio, antes le encontrabas tan simpático y le permitías tocar el piano y pintar contigo —observó el general.

—Lo hacía por darte gusto, papá. He hecho todo lo posible para vencer la repugnancia que sentía por él; pero ahora comprendo que esta es más fuerte que mi voluntad.

—Ten paciencia un par de meses; luego nos retiraremos a Turín y no le volverás a ver.

—¡Oh, qué gusto!

¡Ah! ¡Qué desasosiego en el corazón de Serignac! Estuvo a punto de delatarse, revelarlo todo; pero comprendía que su audacia no habría producido efecto ante una muchacha tan altiva que habría sido la primera en decir a su padre: "Mata a este hombre, porque miente". Y el general habría dado más crédito a ella que a él.

Después de una noche de lágrimas y sufrimiento, Serignac tomó una resolución. Se presentó al general diciéndole que por un puntillo cuya causa no podía explicar, presentaba la dimisión, y mientras le era concedida, pedía una licencia extraordinaria de un par de meses. El general quedó de momento sorprendido y trató de hacerle desistir de su propósito, pero pensando tal vez en su hija, no insistió y firmó la orden concediéndole la licencia.

Serignac supo aquella noche que Lucinda no había estado nunca tan alegre como aquel día y a todo trance quiso tener una entrevista con ella. Esperó que el general hubiese salido y se presentó luego en su casa y pidió permiso para saludar a la señorita antes de marcharse. Lucinda le recibió en la sala, sola y en pie, llevando en el rostro la expresión de implacable desprecio que desde aquella tarde fatal pareció no haberla abandonado. El recuerdo de aquel día teñía de rubor sus mejillas y hacía que sus ojos centellearan de furor.

—¿Sabe usted, señorita —balbució— que presenté mi dimisión y saldré en breve de Roma?

—Debía usted de haberlo hecho antes —contestó la joven con acento glacial.

—Es usted implacable; ¿no me perdonará usted nunca?

—Nunca.

—No, no puede haber concluido todo entre nosotros —le dijo, con apasionado acento—. Si fui un miserable, sabré expiar mi culpa; lo juro... sí, lo juro que hablé sin saber lo que decía, pero la amaba tanto y hoy la amo más aún.

Lucinda alzó la mano para hacerle callar.

—Y yo le odio cuanto se pueda odiar en este mundo —exclamó—. Porque usted rasgó las más castas ilusiones de mi alma y me hizo a mí misma un objeto de horror. Si le he permitido entrar aquí no ha sido para escucharle, sino para repetirle que se vaya para siempre y no vuelva nunca más.

Serignac pareció encontrar el arranque de su energía.

—Pues bien... volveré —dijo con voz firme—, y de tal modo digno de usted, que en lugar de despreciarme será usted la primera en tenderme la mano.

Lucinda soltó una siniestra carcajada.

—No lo espere —contestó—: preferiría cortarla... adiós.

Sonó el timbre y antes que entrara la doncella la joven se había retirado. Serignac se fue como un loco. Nada, nada podía doblar aquella altanería, y pensando que Lucinda había sido suya, teniéndola en sus brazos y estrechándola en su corazón, aumentaba más su tortura la idea de haberla dejado escapar por su propia ligereza.

Serignac se retiró al lado de su madre, una señora muy orgullosa, envanecida de su propia nobleza y de la de su difunto esposo, de familia francesa trasplantada en Italia después de la revolución, que vivía en un antiguo y ruinoso castillo de Roma en compañía de dos viejos criados que, a pesar de los apuros financieros de su propia dueña, no tuvieron nunca el valor de abandonarla. Serignac y su madre no iban muy de acuerdo en sus ideas y sentimientos y cuando el hijo confesó a la anciana señora que había presentado la

dimisión por el amor de una linda muchacha que no había de conseguir nunca, recibió de ella una descarga de injurias.

¿De qué iba él a vivir desde aquella hora en adelante, cuando sabía que su madre tenía apenas lo necesario para mantenerse ella y sus criados? De modo que había educado a su hijo y dádole una posición digna, para que con su esbeltez y su nobleza hiciera espléndido papel y consiguiese un patrimonio casando con una riquísima heredera y, en su lugar, volvía a casa, pobre y solo.

Serignac, demasiado absorto en el recuerdo de Lucinda y las afrentas recibidas, dejó que su madre se desahogara; pero apenas hubo obtenido lo que deseaba, se encontró libre y dueño de sí, se despidió de la anciana señora, que le llamó ingrato y le maldijo, y partió para nuevo rumbo.

En ocasiones se preguntaba si cuanto le había ocurrido era verdad, y vertía lágrimas de dolor y de remordimiento; en otras, maldecía a Lucinda y a la existencia y sentía deseos de suicidarse. Su belleza, su melancolía, su aislamiento de los compañeros de viaje, llamaron la atención de una señora que iba en compañía de algunos criados y a quien el personal del vapor mostraba cierta deferencia por la prodigalidad con que tiraba el dinero y daba propinas a todos. Era una mujer de unos treinta años, de rostro algo ajado, pero con una gracia especial en la fisonomía y una admirable proporción en toda la figura, cuya apariencia era noble y aristocrática. Ella encontró ocasión para acercarse a Serignac, que al principio se mostró indiferente a las deferencias de la hermosa señora, pero que acabó por sentirse atraído hacia ella, de tal manera, que antes de terminar el viaje se había olvidado de Lucinda y juraba a su compañera que jamás la abandonaría. La señora se decía viuda de un millonario que le había legado toda su fortuna. Decía que era de origen italiano, pero que había vivido siempre en América, donde poseía vastas propiedades y fabulosas riquezas.

Serignac estaba convencido de haber encontrado su fortuna y soñaba con regresar a Italia casado con la bellísima viuda y desafiar

con su hijo a la insolente Lucinda, persiguiéndola de tal modo, que hubiese de acabar por pedirle perdón y piedad. Con tal ilusión en su alma, mostróse tan tierno y apasionado con su nueva conquista, que llegado que hubo con ella a Buenos Aires e instalado en una casa de la propiedad de la viuda, un mes después de su llegada le daba su nombre y era su marido.

Los primeros días de la luna de miel hicieron olvidar a Serignac hasta su tierra natal y cuanto no afectaba a su bella Celeste. Y no queriendo descubrir el fondo de sus deseos, como hizo con Lucinda, guardábase mucho de hablar de intereses con la viuda. Él veía que el oro no faltaba. Celeste le abrió su caja de caudales, que estaba llena de joyas y valores y le dio amplias facultades para gastar a su antojo. Celeste parecía amarle intensamente, pero Serignac no dejaba de observar que, a pesar de la educación refinada de su mujer, esta tenía a veces un lenguaje y unos modales que revelaban un origen vulgar, y además observaba algo misterioso que en vano trataba de descubrir.

Una mañana había salido Serignac para dar su acostumbrado paseo a caballo, dejando en la cama a su mujer. El tiempo, que era hermosísimo, se nubló de pronto y él volvió a casa casi en seguida. Serignac tenía su habitación separada de la de su mujer, porque Celeste lo había querido así. Para entrar en la de su mujer tenía que atravesar una larga galería y dos salones. Después de haberse cambiado de traje Serignac quiso dar una sorpresa a Celeste, que no le esperaba tan pronto, y pasó a su habitación sin encontrar ningún criado ni camarera alguna.

Había entrado en el segundo salón, cuando una voz de hombre que procedía de la estancia de Celeste le dejó clavado. Aquella voz decía:

—Nada me importa nada y cada día me pareces más estúpida. Verdad es que cuando las mujeres se enamoran no cometen más que estupideces y la mayor fue casarte con ese hombre solo por llevar el nombre de madame Serignac. —Y se echó a reír.

—Calla —gritó furiosa la voz de Celeste—. ¿Qué te importa que sea mi marido y que yo le quiera?

—Claro que me importa, porque un día u otro acabarás por hacer traición a nuestros amores. Y dime: ¿no sospecha nada?

—No; te lo aseguro.

—Menos mal; pero te has colocado en una situación horrible. Calcula tú lo que ocurriría el día que llegase a descubrir que su mujer, después de haber sido una célebre cortesana, llegó a ser la protectora, la reina de todos los ladrones internacionales.

El sudor bañó la frente de Serignac; creía despertar de un horrible sueño. ¡Cómo! Él, tan orgulloso de su propio nombre, él, que no esperaba más que el momento de volver a Italia para que vieran todos a su hermosa mujer y hacer alarde de sus riquezas, no era más que la víctima de una audaz aventurera, ni gastaba más que dinero robado. Y tal vez un día u otro su nombre aparecería en todos los periódicos del mundo como el de un malhechor, porque nadie creería que no fuese cómplice de aquella mujer y que hubiese casado con ella creyéndola honrada y viuda de un millonario. Y quién sabe si al saberlo Lucinda no exclamaría: "¡Aquel infame había de acabar así! Tiene la mujer que le corresponde".

Un temblor de espanto se apoderó de él, pero fue un relámpago. Si hubiese dado oídas a su cólera, habría entrado en la habitación de su mujer y la habría matado; pero aún en los momentos más atroces Serignac sabía conservar su sangre fría; de modo que, pasada la primera emoción, recobró la calma y se ocultó detrás de la cortina para oír lo demás. Después de otra cuestión entre los dos, deseosa Celeste de hacer callar al compañero, evitando que se burlara de su amor, el hombre prorrumpió:
— Basta; lo hecho, hecho está; disfruta de tu marido, no seré yo quien te lo impida; es más, si por casualidad mañana tuvieras que sufrir por culpa suya, yo estaré siempre dispuesto a librarte de él; sabes que te amo lo bastante para cometer por ti cualquier delito.

Por lo tanto, por este lado no temas y hablemos de nuestros negocios, porque el tiempo apremia.

Y Serignac oyó una enumeración de robos cometidos la semana anterior y hablar de joyas que tenían que deshacerse y de cómplices que habían sido detenidos y que antes de delatar a sus compañeros se dejarían cortar la cabeza.

Después, de pronto, el hombre preguntó:

— ¿Te casaste con tu verdadero nombre?

—No —contestó Celeste—; di un nombre supuesto.

—En este caso tu matrimonio no es válido.

—¿Y quién lo ha de saber? Por lo demás, no es la primera vez.

—¡Oh! Ya sé que tuviste varios maridos; en América es fácil; con cambiar de residencia y mudar de nombre, puede uno casarse de nuevo; pero siquiera los otros eran de los nuestros.

Serignac no quiso oír más; se retiró a su habitación y allí, solo, respiró.

Su matrimonio era nulo, y esta idea bastaba para tranquilizar su ánimo; pero ahora las nuevas relaciones que había hecho, especialmente entre italianos, sabían ya que Celeste era su mujer. Es verdad que con respecto a ella todos vivían engañados, porque nadie sabía quién se ocultaba bajo el nombre de la señora Serignac. ¿Pero y si un día llegaba a descubrirse? Él había cometido la torpeza de envanecerse de haber conocido en Italia a la familia de ella y de decir que pertenecía a la nobleza más linajuda. ¿Y había de permanecer aún bajo aquel techo y disfrutar de aquel dinero después de cuanto sabía?

A pesar de su firme resolución de no dar a conocer ninguno de los sentimientos que se agitaban en su alma, Serignac no supo ocultar a Celeste su turbación cuando estuvieron reunidos en el comedor.

Ella se apercibió, al mirarle, de un cambio en toda su persona.

—Algo te ocurre, amor mío —le dijo—. ¿Por qué estás triste?

—Porque he recibido una mala noticia de Italia... y quisiera estar ya de regreso —contestó.

—Espera ocho días si quieres que te acompañe.

—No; será mejor que te quedes al frente de tus intereses.

Celeste palideció.

—Mis intereses están donde estás tú, porque nada me interesa tanto en el mundo como tú. Ojalá me amaras tanto como yo te amo.

Las lágrimas brotaron de sus ojos, sin producir en Serignac impresión alguna. Al contrario, se echó a reír.

—Tontica, ¿por qué lloras? ¿Te he dicho algo que pueda ofenderte? Si quieres irte conmigo me alegraré.

Celeste, que parecía presa de febril excitación, enjugó sus lágrimas y le saltó al cuello.

—Perdóname —balbució entre besos—, perdóname; dudaba de ti.

Él no contestó; su resolución estaba hecha.

Por lo general, Serignac y su mujer cenaban solos en un pequeño salón contiguo a la habitación de Celeste y no comían más que fiambres, porque no querían que nadie les sirviera.

Celeste fumaba mucho y gustaba de los licores y generalmente los dos cónyuges estaban hasta medianoche fumando y bebiendo.

Aquella noche hicieron lo propio; pero a eso de las once, cuando Celeste estaba ya ebria de vino y licores, Serignac, rodeando su cintura con un brazo, le preguntó con sardónico acento:

—Dime, mi vida: ¿cuánto te produce cada año tu soberanía con los ladrones y asesinos internacionales? ¿Cuántos maridos has tenido

desde que tienes uso de razón?

Una angustia mortal se dibujó en la fisonomía de Celeste; pareció que hasta sus ojos perdían el color y desapareció su borrachera.

—No te comprendo —balbució, tratando de separarse de él.

—¿De veras? Pues me explicaré mejor. Tú creíste que era yo un imbécil sediento de tu dinero y no te preocupaste de otra cosa; pero te has equivocado: yo habré sido un miserable concediéndote mi nombre, pero tengo todavía honor bastante para no permitir que este nombre sea arrastrado por el fango por una aventurera como tú.

Ante este último insulto, Celeste se estremeció como si le hubiesen dado latigazos, y en vez de la mujer amable, graciosa y enamorada, Serignac se encontró ante una hembra terrible y amenazadora como jamás se la pudo imaginar.

No era la misma mujer, y con voz ronca prorrumpió:

—¿Qué significa esta comedia? ¿Me pediste, acaso, de dónde provenía el dinero que tirabas a tu gusto? ¿Crees que tu nobleza vale más que la mía? ¿Sé acaso quién eres tú y el verdadero motivo por el cual escapaste de Italia? Puedes ser un ladrón como yo y hasta peor que yo. ¿Qué te propones probar con lo que me has dicho? Sí, seré una cortesana, seré la reina de los ladrones, pero por encima de todo soy una mujer que te quiere, una mujer que te ha protegido, que te dio una posición al llegar aquí, y aunque solo fuera por eso, deberías estarme agradecido.

Serignac tenía los nervios harto excitados para guardar calma y acusaba a aquella mujer de haber querido hacer presa en él para violar sus íntimos sentimientos y echarle en el fango.

El vino que había sorbido aumentaba tal vez su excitación.

Por lo que, agarrándola de nuevo con violencia, exclamó:

—Yo no te buscaba. Fuiste tú quien te acercaste a mí para obtener una nueva presa; pero no lo conseguirás y vengaré a los otros que por culpa tuya se arruinaron.

Celeste estaba aterrada ante aquella situación.

—Tú estás loco; déjame o pediré socorro.

Serignac reía extrañamente.

—Nadie acudirá en tu auxilio —contestó—, aunque te oigan gritar, porque tú misma has prohibido que nos molesten cuando estamos aquí. Pero tienes razón: estoy loco, perdóname; ¿qué me importa la procedencia de tu dinero? Si quieres, como eres la reina de los ladrones, yo voy a ser el rey.

Y le dio un abrazo.

Celeste se dejó abrazar; pero un ignoto espanto se apoderó de su espíritu y la azoraba la palidez siniestra y el fuego de los ojos de Serignac.

—Bebamos —añadió el joven, cambiando el metal de la voz, que parecía casi conmovida—. Solo el vino generoso como el que me sirves hace olvidar.

Y apuró un vaso lleno, incitando a Celeste a hacer lo propio.

Ella, al principio, no quería beber; pero ante el temor de que él se exaltase nuevamente y se ofendiese, siguió su ejemplo.

Y, ebria ya, olvidó las palabras y las amenazas de él y echándosele al cuello le dijo:

—Te amo... te amo. Yo no quiero de ti más que tu amor; ¿qué te ha de importar quién yo sea con tal que te haga rico y feliz? Si quieres lo abandono todo e iremos a ocultarnos a un solitario rincón de Italia.

Serignac se deshizo de ella; conservaba toda su sangre fría. El nombre de Italia levantó una ola de sangre en sus mejillas... Y no pensaba ya en aquel momento en Lucinda, sino en su madre, tan orgullosa de su nombre, de tan severos principios, que le había maldecido al decirle que había hecho dimisión por el amor de una mujer que nunca podría conseguir. ¿Y si hubiese sabido que se había casado con una aventurera, protectora de ladrones?

Se pasó una mano por la frente para borrar una visión odiosa.

Y sacó del bolsillo un librito de notas, arrancó una hoja y tomando luego una de aquellas plumas americanas que contienen tinta, lo puso todo delante de Celeste y le dijo:

—Escribe.

Ella le dirigió una mirada algo velada; sentía que la cabeza le pesaba.

—¿Qué es lo que he de escribir? —balbució.

—Lo que te voy a dictar.

Dijo esta frase con la mayor sencillez y mirando a su esposa como si quisiera hipnotizarla.

Celeste sintió la fascinación de aquellos ojos.

«—Yo la infrascrita declaro haber seducido a un caballero y hecho que casara conmigo con arreglo a las leyes americanas, usando un nombre falso...»

Celeste dejó caer la pluma.

—Esto no lo escribiré nunca —balbució.

—Escribe —repitió, inexorable, Serignac—. Si te niegas, te levanto la tapa de los sesos.

Y sacando un revólver del bolsillo le apuntó a la sien.

Celeste retrocedió, lanzando un grito.

—Lanza otro y disparo —dijo fríamente Serignac—. ¡Escribe!

Ella se creía alucinada y era presa de un temblor nervioso.

—¿Me dejarás salva la vida?

—Sí; escribe —pronunció con voz ronca Serignac.

Y la desgraciada continuó escribiendo:

«Declaro, asimismo, que al descubrir mi esposo mi infamia, ha huido de mí maldiciéndome, y yo, no pudiendo sobrevivir a su abandono ni soportar su maldición, me mato.»

—¡Piedad! ¡Piedad! ¡No me mates; no quiero morir!

—Firma.

—¿Me dejarás vivir?

Celeste firmó.

Serignac guardó el revólver, leyó el billete, hizo escribir la fecha de aquella noche y lo guardó en la cartera.

Después vertió coñac en una copa y lo ofreció a su mujer.

Celeste fue presa entonces de una risa nerviosa; pero sorbió el coñac, tintineando los dientes con el cristal.

Y siguió riendo y volvió a beber, dejando caer la copa; basta; vamos a dormir —dijo Serignac.

Celeste no comprendía nada; sintió que la llevaban a su habitación y la metían en la cama, sin oponer la más pequeña resistencia.

En la casa reinaba el silencio más absoluto.

Serignac estaba más pálido que un fantasma y pasó ante sus ojos un relámpago de sangre.

Celeste tenía una sonrisa perdida y cerraba los párpados, rendida por el sueño.

Él sacó de la cartera la carta firmada por su mujer y la puso encima de la mesa de noche, sujetando uno de sus ángulos con la palmatoria.

Luego sacó el revólver, apoyando el cañón en el corazón de Celeste, y disparó.

El tiro se oyó apenas.

Celeste abrió y cerró los ojos, mientras se agitaba en una suprema convulsión. Luego quedó rígida e inmóvil y dormida en el sueño eterno.

Serignac sintió escalofríos, pero se repuso en seguida; aquella muerta no le daba miedo.

Pero no iba a permanecer mucho tiempo en aquella casa.

No pensó en apoderarse de joyas y valores; tomó solo lo necesario para un largo viaje y no morir de hambre, y se marchó en seguida. Aquella misma noche se dirigió a casa del señor Morano, un italiano a quien conocía y que le había demostrado una amistad sincera y pertenecía a la mejor sociedad.

El señor Morano iba a acostarse cuando le anunciaron la visita del señor Serignac.

Le hizo pasar al salón y se inmutó al verle la fisonomía descompuesta y con los ojos enrojecidos como si hubiese llorado.

—Dios mío, ¿qué le pasa a usted? —le preguntó.

—Una cosa inaudita —exclamó con voz destrozada Serignac, dejándose caer rendido en una petaca—. He descubierto que la mujer a quien di mi nombre es una vulgar aventurera, que sus riquezas tienen una infame procedencia y que se casó conmigo con un nombre falso.

El señor Morano le oía conmovido.

—Si es así —dijo—, es usted libre y su matrimonio queda nulo.

—Ya lo sé, pero calcule usted cuánto habré debido sufrir al ver brutalmente perdidas tantas ilusiones y de qué modo semejante desengaño mata en mí las más puras creencias. Figúrese usted, yo que pertenezco a una de las más nobles y estimadas familias, haber llegado a vivir durante unos meses en unión de una miserable. He tenido con ella una escena violenta, le he maldecido y he escapado, no llevando conmigo más que lo poco que me pertenecía, y vengo a pedir a usted hospitalidad hasta el momento de poderme embarcar.

—Mi casa está a su disposición. Es ineludible que ella me hará buscar en los hoteles y me interesa hacerle perder la pista.

—¡Oh! Tenga usted la seguridad de que aquí no ha de venir a buscarle; le daré una habitación contigua a mi despacho, habitación donde no entra nadie más que yo y donde en verano suelo dormir la siesta. Venga usted y le daré posesión de ella en seguida.

Serignac temía que aquella noche no podría pegar los ojos; pero en cambio durmió tranquilamente hasta muy entrada la mañana.

Almorzó con el señor Morano, que era soltero y solo tenía a su servicio dos negros que no entendían palabra de italiano.

Serignac refirió de nuevo la relación de la noche anterior y suplicó a su amigo que fuera a tomar pasaje en un buque que se dirigiera a España.

—Si quiere usted seguir un consejo mío, espere alguna semana más —le dijo el señor Morano—, porque su mujer no dejará de buscarle.

Serignac pareció aceptar aquel consejo y pasó el resto del día escribiendo y pintando.

Al anochecer, el amigo volvió a su casa bastante agitado.

—Si supiera usted lo que ha ocurrido —dijo a Serignac.

Este le miró entre turbado y sorprendido.

—¿Qué ha ocurrido?

—Aquella desventurada debía quererle mucho.

—¿Por qué?

—Porque no ha podido resistir a su abandono.

Serignac le cogió una mano, que estrechó anhelante.

—¿Pues...?

—¡Se ha suicidado!

Serignac cayó en una butaca y ocultó el rostro entre las manos.

El amigo no llegó a distinguir el rayo de alegría que fulguró en sus ojos.

Medió un silencio de pocos segundos.

—¡Valor! —dijo el señor Morano, dándole con la mano en el hombro.

Serignac puso al descubierto su palidísimo rostro.

—Lo tendré —contestó—. Cuénteme cómo ha sucedido.

—Según rumores que circulan y de los informes que he podido adquirir, se deduce lo siguiente: «La doncella de su mujer extrañaba esta mañana que su dueña no la llamase, y no se atrevía a entrar en su gabinete porque le estaba terminantemente prohibido que tal hiciera mientras no la llamase ella con el timbre. Otros criados extrañaban asimismo que usted se hubiese marchado sin decir a nadie nada, pues su habitación estaba vacía. A mediodía la doncella se decidió a quebrantar las órdenes de la dueña y entró en la habitación donde estaba aún encendida la lamparilla de la noche; se acercó a la cama y vio a Celeste al parecer dormida y con la cabeza inclinada hacia el lado izquierdo. Pero al propio tiempo le pareció ver sangre en las almohadas y el cobertor y algo que brillaba en la

diestra de la señora. Asustada, dio voces de alarma; acudieron los otros criados y se convencieron todos de que la desdichada se había suicidado disparándose un tiro de revólver al corazón. En la mesa de noche encontraron una carta de puño y letra de ella, declarando que le había engañado a usted y que, como había usted huido maldiciéndola, se mataba, porque no podía resistir su abandono.»

—¡Pobre mujer! —murmuró Serignac—. Pero yo no podía vivir al lado de ella poniendo en peligro mi honor hasta ahora inmaculado. No, no; yo llevo un nombre ilustre que no debe estar cubierto de fango y me impide toda bajeza. Matándose, Celeste expió su pecado y le perdono.

Serignac se había repuesto de la emoción, y añadió:

—Ahora nada me privará de marcharme.

El señor Morano movió la cabeza.

—No le apruebo que se vaya —dijo—. Yo en su lugar haría tributar los últimos honores a aquella desdichada. Además, quién sabe si ella le ha nombrado a usted heredero de sus riquezas.

Serignac se puso de un brinco en pie.

—¿Sus riquezas? —repitió—. No, no; me causan horror; no las quiero.

Decidió no mostrarse parte en causa. La misma noche, al salir de casa de su amigo, un individuo le dio un golpe a un costado y desapareció sin que pudiera reconocerle. Serignac anduvo aún unos veinte pasos; pero luego sintió que un líquido caliente se deslizaba por su pierna derecha, que sus ojos se nublaban y apenas si tuvo tiempo de lanzar un grito. Cayó al suelo privado de sentido.

Cuando lo recobró estaba en la cama de un hospital. Supo que le habían herido gravemente en el vientre, pero que no desesperaban de salvarle.

Le preguntaron sus nombres y origen y no ocultó quién era.

—¿No sospecha usted quién sea su agresor? —le preguntaron.

—No —contestó—. Ni me di cuenta de que me hubiesen herido. Un desconocido me dio un golpe y no sé más.

Serignac permaneció cerca de un mes en el hospital. Cuando empezó a mejorar recibió la visita de un funcionario del cuerpo de policía.

—Su asesino ha sido detenido —le dijo.

—¿Cómo? ¿Quién es? —exclamó Serignac, casi fuera de sí.

—Es un malhechor peligroso, perteneciente a una banda de ladrones internacionales, cuyos individuos no habían sido hasta ahora descubiertos —contestó—. Pero el suicidio de la mujer que llevó su nombre hizo aparecer la luz sobre diversos hurtos y homicidios impunemente cometidos aquí y en otras partes durante muchos años. Ha sido usted una víctima de esos truhanes. Pero ahora buena parte de ellos han sido detenidos, figurando entre los tales su asesino, que ha confesado cínicamente su delito, diciendo que quería vengarse a sí mismo y a sus compañeros por el suicidio de su reina, ocurrido por culpa de usted.

Serignac tenía inflamado el rostro por la vergüenza que le dominaba.

—¿Los periódicos han callado al menos ciertos detalles? —preguntó —. ¿Han publicado mi nombre?

—Naturalmente, caballero, porque es preciso dar a estos hechos la mayor publicidad posible. De este modo no sería tan fácil a otras aventureras encontrar a un hombre como usted que preste fe a sus historietas y les ofrezca su nombre con tanta sencillez.

Serignac sentía una emoción enorme con mezcla de cólera. Y pasándose una mano por la frente, bañada en sudor frío, preguntó, procurando dominarse:

—¿Podría leer siquiera esos periódicos?

—¡Ya lo creo! —contestó el policiaco—. Haré que se los traigan ahora mismo.

Y mantuvo, efectivamente, la palabra.

No es posible describir la rabia que produjo en Serignac la lectura de aquellos periódicos que debían ser fiel expresión de la verdad.

¡Qué triste y mezquino papel el suyo en aquellas dramáticas relaciones! En ellas figuraban estos epígrafes: «Una conquista en alta mar». —«Matrimonio de amor». —«El descubrimiento de un engaño». —«La fuga». —«El suicidio». —«Tentativa de asesinato». —«Descubrimiento de una banda de ladrones internacionales». En los distintos artículos dedicados al suceso se leía una historia de Serignac que el articulista trazó a su antojo.

«Serignac era un noble arruinado, cierto conde Serignac que huyó a América a causa de sus deudas y perseguido por sus acreedores, con la esperanza de encontrar fortuna en el nuevo mundo. Y la fortuna pareció de pronto sonreírle en una hermosa señora que viajaba como él en el mismo buque. Y aquí seguía una detallada descripción de sus amores con la supuesta viuda de un millonario y la seducción elegida por esta, su matrimonio de amor realizado con Celeste bajo un falso nombre, etcétera. Luego el cronista, con su inventiva, contaba la brillante vida de los dos esposos, la felicidad de su luna de miel, los gastos extraordinarios de Serignac para ir a parar a la traición de Celeste, la fuga del marido, el suicidio de la culpable, etc., para terminar con la triste tentativa de asesinato de Serignac y el horrible y asqueroso descubrimiento de la liga entre ladrones y asesinos internacionales de quienes Celeste había sido la reina.»

Serignac temía que todos esos artículos hubiesen sido copiados por periódicos italianos y tal vez leídos por su madre, por el general, por Lucinda.

Y vio la sonrisa extraña, burlona, pérfida, de la joven y le pareció oírle repetir:

—Era la única mujer que le correspondía, la única digna de él.

Y le pareció que estallaba su cabeza y sentía en todo su ser una agitación extraña.

Se lo tenía merecido. ¿Cómo iba a tener ahora el valor de volver a Italia, tras tan vergonzosa derrota, cuando él creía tomar revancha de Lucinda?

Tuvo casi la idea de matarse; pero no tardó en abandonarla, porque la muerte le daba miedo.

Se dirigió a España; pero allí, falto de dinero, hubo de valerse de su habilidad como dibujante para poder vivir. Algunos de sus paisajes, en verdad bellísimos, le crearon un nombre y cierta reputación entre los artistas. Pero el episodio más doloroso de su vida no dejaba de perseguirle.

De cuando en cuando alguien le preguntaba:

—¿Es usted aquel Serignac engañado por una audaz aventurera que luego se mató por haberle usted abandonado?

Y él temblaba, contestando secamente, para evitar otras preguntas.

Serignac dejó España y Portugal; luego deseó visitar Inglaterra y Alemania, ejercitándose cada vez más en la pintura, que le daba lo suficiente para vivir, pero no para hacerse rico.

Pero llegó un día en que sintió la necesidad de volver a la patria y ver a Lucinda y a su propia madre, y lograr, si era posible, que esta revocara su maldición.

Y volvieron a su memoria las dulces visiones de lo pasado, las de la infancia, de la niñez, cuando su madre iba con él tan orgullosa y decía a todos que hacía honor a su nombre y restaurado el patrimonio de la familia, perdido por una causa noble y santa.

¡Cuánto se había ilusionado la pobre mujer!

Él había gastado los últimos restos de aquel patrimonio y manchado su glorioso nombre, y había sido además un vil a los ojos de la mujer amada.

Del asesinato de Celeste no sentía remordimiento alguno; le parecía un acto de justicia hecho con una miserable que se aprovechó de su pobreza para engañarle.

¿Pero había sido él mejor que ella? ¿Por qué erigirse en juez de aquella mujer, cuando su conciencia le echaba en cara las mismas villanías?

Celeste había sido una pobre esclava de la voluntad ajena, mientras él obró por propio impulso. ¿Sabía por qué camino de espinas pasó la desventurada antes de llegar a aquel punto?

Sofocando el dolor de sus heridas vanidades, de sus sueños de riqueza, de perdidas ambiciones, Serignac, rendido al fin y deseoso de descanso, partió para Italia, dirigiéndose a Romaña, al viejo y ruinoso castillo donde su madre debió estar llorándole y maldiciéndole.

Él no había sabido más de ella: le había escrito dos veces, pero sus cartas no tuvieron contestación.

En el pueblo, donde nadie le reconoció y mientras tomaba un coche para que le condujera al castillo, oyó doblar a muertos. Serignac, sin saber el porqué, sintió una violenta emoción.

—¿Quién ha muerto? —preguntó al cochero.

—¡Oh! Es la vieja condesa de Serignac —contestó el otro, con indiferencia—. Ha acabado de sufrir; esta tarde la entierran.

Serignac quedó como aplastado; no encontró una palabra, ni un grito; miraba a aquel hombre como atontado; le parecía no haber oído.

—¡Presto! —gritó subiendo al coche—, ¡al castillo!

El cochero quedó con la boca abierta.

—Usted perdone. ¿Es usted pariente de la difunta?

—Soy su hijo.

Lo oyeron muchas personas y le miraron con curiosidad, frialdad y desprecio, murmurando entre ellos.

Mientras el coche se ponía en movimiento, llegó a sus oídos la frase de una mujer que decía:

—¡Valiente tipo! Él ha sido la causa de la muerte de su madre.

Él habría querido protestar; pero no tuvo fuerza para ello y se ocultó el rostro entre las manos y lloró.

Llegado al castillo, cuyas puertas estaban abiertas, Serignac subió como un loco a la habitación de su madre.

Nadie le detuvo. La noble señora estaba realmente allí, tendida en el lecho mortuorio, esperando el momento de ser encerrada en el ataúd.

Su semblante, aún en la muerte, conservaba una expresión de amenaza; sus pupilas vidriosas parecían mirar a través de los párpados medio cerrados.

Una anciana y un anciano rezaban arrodillados junto al lecho y no se movieron al entrar Serignac; eran los fieles servidores de la difunta que no la habían nunca abandonado.

Solo cuando se arrojó gritando y sollozando sobre el cadáver de la condesa, llamando desesperadamente:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Se levantaron los dos viejos y el hombre dijo:

—La pobre señora no le contestará; ha llegado usted demasiado tarde.

Serignac no le oía siquiera.

—¡Mamá, mamá! ¡Perdón! He sido culpable, pero muy infeliz.

—Porque quiso usted serlo —dijo la mujer—. La señora murió por su culpa y no ha querido perdonarle.

—¡Ah! ¡Qué hizo usted! —añadió el viejo—. Usted, hijo de la noble dama, tan orgullosa de su nombre y de su honor, que puso en usted todas sus esperanzas, ¡casarse con una aventurera! Lo que la mató fue la noticia de su matrimonio; un espía la mató...

Ante estas palabras, Serignac se irguió.

—¿El anuncio de mi matrimonio? —dijo—. No comprendo.

—¿No se casó usted en América? —preguntaron los dos criados.

Serignac se estremeció.

—En América fui víctima de un engaño por parte de una mujer a quien yo creía honrada —contestó—, pero cuando me di cuenta del engaño, me tomé por mi mano la justicia.

El anciano movió la cabeza.

—Yo no sé, pero su madre recibió un periódico en el que se hablaba de su matrimonio. Mire usted, está en este cajón junto con una carta de la señora; está escrita desde hace algunos años, pero desde entonces no se repuso ya; se fue apagando lentamente, sin hablar nunca de usted. No quería oír siquiera pronunciar su nombre y el cura que le confesó no pudo conseguir que le perdonara.

Aquellas palabras caían como gotas de fuego en el corazón de Serignac y mirando aquel cadáver rígido y altivo aún, sintió circular en sus venas un hálito de muerte.

Tomó del cajón el periódico indicado; era un periódico italiano que publicaba una correspondencia de América, que una mano desconocida había marcado con lápiz azul.

Y con el sudor en la frente, leyó:

«Sabemos que el brillante oficial del ejército, señor Serignac, que era muy conocido en la sociedad elegante de Italia, ha dado un puntapié a las tradiciones de su casa y al honor que heredara de sus padres, casando con una mujer que, aunque se hace pasar por la viuda de un millonario, se sabe que salió del fango, y después de haber recorrido las principales ciudades de Italia se entregó al oficio de espía. No felicitamos a nuestro compatriota, a no ser que le hayan cegado los millones.»

La correspondencia iba sin firma.

—¡Mentira! ¡Infamia! —gritó Serignac que, ante aquella vil y anónima calumnia, sentía despertarse su furor—. ¿Y tú, mamá, pudiste dar crédito a eso?

Los dos viejos oían asombrados.

—¿De modo que no es verdad? ¿Nos lo jura usted? —preguntaron anhelantes.

—¡Sí, sí; se lo juro ante este cadáver!

Los dos viejos se echaron a llorar.

—¡Ah! ¿Por qué llegó usted tan tarde? ¿Pero quién pudo enviar el periódico a la señora?

Lo mismo pensaba Serignac, pero al periódico le faltaba la faja y no era posible acusar a nadie.

Sin embargo, en la mente de Serignac brotó una sospecha.

—¡Será Lucinda que se habrá vengado! —pensaba.

Quiso leer la carta de su madre; era dolorosa, desgarradora. Y en aquellas frases llenas de angustia, violentas, leyó toda la desesperación de aquella alma noble, adivinó que la fe se había

apagado en aquel llagado corazón, oyó repetir su maldición y su condena.

No quiso leer más.

Pero su fibra era resistente y Serignac tuvo fuerza suficiente para asistir al entierro de su madre, sin darse cuenta, al parecer, de los comentarios que se hacían acerca de él y de que le señalaban con un sentimiento de terror.

Serignac estaba junto al ataúd como un fantasma siniestro.

Cuando todo hubo concluido, cuando supo que del patrimonio de su madre no le quedaba nada, que el castillo había pasado ya a manos de sus acreedores, dijo a los dos criados:

—Yo no puedo dejaros nada para vuestro sustento, pero lo poco que he ahorrado con mi trabajo lo dividiré con vosotros; yo me marcho y tal vez no nos veremos nunca más. Que Dios os pague todo el bien que hicisteis a mi madre y a mí; adiós.

Los dos viejos lloraron, rogándole que se detuviera aún; pero Serignac no se dejó conmover y partió, preguntándose qué podía importarle ya la existencia.

No tenía amigos ni nadie que le amase y pudiese consolarle.

No buscó a Lucinda; ¿con qué objeto? Sabía que la joven tenía el carácter resuelto y tenaz de su madre y no había de perdonarle jamás.

Serignac volvió a Roma y con un seudónimo extraño se dedicó a pintar paisajes que alcanzaron en breve un éxito más que regular. Pero nadie conocía al pintor, nadie habría supuesto quién se ocultaba bajo aquel seudónimo.

Serignac vivía una vida muy retirada y solo salía para ir a copiar algún punto de vista que le llamara la atención.

Y así fue como se encontró con el general Volterra, y esta es la historia del seductor de Lucinda.

V

Serignac suplicó al general que no hablara de él en la sociedad que frecuentaba.

—He tenido muchos disgustos desde el día en que le dejé —le dijo —, y deseo vivir absolutamente aislado de todo el mundo, excepto de usted, si usted me permite que nos veamos.

El general había, a su vez, sufrido demasiado para no comprenderlo.

—Le repito a usted —le dijo— que será para mí como un hijo y tenga la seguridad de que procuraré guardar silencio por lo que a usted afecta.

Pareció como que aquella promesa servía de consuelo a Serignac, quien desde aquel día empezó a frecuentar la casa del general en momentos en que sabía que no iba a encontrar a nadie. Y si el general estaba ocupado, le aguardaba en el salón donde estaba el retrato de Lucinda.

En vano trataba Serignac de familiarizarse con Luciano; el muchacho huía de él por instinto y si tenía que estar a su lado, no hablaba nunca o contestaba apenas a sus preguntas. Si el general no estaba en casa, no se hacía visible y seguía oculto en su habitación.

Una noche Luciano estaba acostado y dormía ya, cuando Marta entró en el salón donde estaba fumando, y a solas, presa de tristes reflexiones:

—¡General! —llamó en voz baja.

El general se volvió con ímpetu.

—¿Qué hay? ¿Es que Luciano no se siente bien? Hace unos días que le encuentro algo pálido.

—Luciano duerme tranquilo en su cama, señor; pero no vengo a hablarle de él.

—¿Pues de quién?

Marta se acercó más.

—General, creo haber descubierto al seductor de la señorita.

Una ola de sangre subió al rostro del caballero que casi lanzó un grito.

—¿Tú? ¿Tú?

La voz salía temblando de sus labios; cogió al ama por un brazo y la hizo sentar ante él en una baja butaca.

—Ahora habla; ¿quién es?

Marta vaciló un momento y luego contestó lentamente:

—El hombre a quien usted acoge en su casa como si fuera un hijo: el señor Serignac.

Fue para el viejo un terrible golpe.

—¡Mientes! ¡Mientes! —gritó.

El ama tenía las lágrimas en los ojos.

—¿Me creería usted capaz de denunciar a un inocente? —preguntó con sencillez.

El general se pasó una mano por la frente que le ardía.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo lo has descubierto? No me ocultes nada, ¿no ves que tengo la fiebre en la sangre y que mi cabeza parece que va a estallar? ¡Serignac! ¿Serignac es el infame a quien vengo buscando desde hace tanto tiempo? Ea: habla, date prisa.

—Va usted a saber la verdad. Usted sabe que Luciano no puede sufrir a ese caballero y con frecuencia se desahogaba conmigo

diciéndome que le parecía imposible tuviera usted tanta predilección por él, hasta el punto de que desde el momento en que entró en esta casa era usted para Luciano menos cariñoso y no le besaba con la asiduidad de antes. Yo me esforzaba inútilmente para demostrarle que estaba equivocado; pero mientras, sentía yo a mi vez la influencia de aquella antipatía y veía con malos ojos las visitas de Serignac.

—Adelante, adelante, acaba —dijo impaciente el general.

Marta prosiguió:

—Hoy, a la hora de haber salido usted con Luciano, se presentó dicho caballero; yo le manifesté que no había nadie en casa y que usted no volvería hasta anochecido. El señor Serignac me contestó: «Se equivoca usted, vendrá dentro de poco y el mismo general me ha dicho que le aguardara.»

—Efectivamente, es verdad —murmuró.

—Contra mi voluntad le hice pasar al salón acostumbrado y me retiré; pero después de media hora me picó la curiosidad de saber lo que hacía, y con el mayor sigilo fui a mirar por el ojo de la cerradura que da frente al retrato de la señorita.

—¿Y qué viste? —exclamó anhelante el general.

—Vi al señor Serignac arrodillado ante el retrato, con la cabeza entre las manos y le oí gemir y sollozar y llegaron a mis oídos estas precisas palabras:

«—Perdóname, perdóname, Lucinda, ¡sufro tanto!... Si fui culpable contigo, harto expié mi culpa con una vida de torturas de las cuales no me he librado aún; haz que ese niño, que he adivinado ser el nuestro, no me rechace ni me maldiga. No podría sufrir semejante condena.»

—Basta, basta, no cabe duda: sí, es él, él es el miserable y el único de quien no sospechaba y a quien quería que Luciano amase de

veras.

Y su indignación fue tal, que el anciano caballero rompió a llorar.

Ante dolor tan atroz, no pudo Marta contener las lágrimas.

Cuando hubo pasado la crisis, el general exclamó:

—Mi deber sería levantarle la tapa de los sesos, pero al lado de mi deber está el amor por mi hijo, en torno del cual no quiero el menor escándalo; no, no verteré sangre, que mancharía aquella frente inocente, no será mi mano la que hará justicia, pero la venganza que he de tomar no será menos terrible que una sentencia de muerte.

—¿Qué va usted a hacer, general?

—Pronto lo sabrás. Que nada haga suponer a Serignac lo que has descubierto; cuando vuelva, aunque yo no esté en casa, le dices que he salido y le conduces al salón; lo demás corre de mi cuenta. Lo que sí te encargo es que mientras esté aquí no dejes salir a Luciano de su habitación.

Dos días después, a la hora de costumbre, Serignac se presentaba en casa del general.

Estaba más pálido que de costumbre; su rostro delataba sus internos padecimientos y se comprendía que aquel hombre no estaba tranquilo. Había cambiado de tal modo, que sus mismos camaradas de otro tiempo no le habrían reconocido.

—¿Está el general?... —preguntó a Marta.

Esta contestó con acento tranquilo:

—Ha salido, pero no tardará en volver. Me ha dicho que si venía usted, le dijera que le aguardase.

—Gracias.

El ama abrió la puerta del salón donde estaba el retrato de Lucinda, le dejó solo y fue a avisar a su amo.

El general palideció, pero tomó en seguida su resolución.

—Está bien —dijo—, allá voy; procura que Luciano no vaya a molestarnos en tanto yo no le llame.

En previsión de lo que debía de suceder, el general tenía abierta aquellos días una puerta lateral del salón donde estaba el retrato de Lucinda; una puerta que una pesada cortina ocultaba completamente.

El general se dirigió sin hacer ruido al quicio de la puerta referida, y no bien se había acercado a ella, cuando llegó a su oído el rumor de un sollozo y las palabras:

—¡Cuánto sufro!... Lucinda, ¡perdón... perdón!...

El general alzó la cortina y encontró a Serignac arrodillado ante el retrato de su hija.

—¡Miserable! —gritó—. ¿Conque fuiste tú quien la deshonró, quien la mató?

Serignac palideció horriblemente e inclinó la cabeza hacia el suelo.

—¡Máteme usted también y habré terminado de sufrir! —dijo.

El general hizo un ademán de desprecio.

—Infame, ¿qué son tus sufrimientos al lado de los míos desde el día en que supe que mi única hija, mi orgullo, mi cariño, mi tesoro, había caído en brazos de un canalla que la había perdido, no por amor, sino porque pobre y cargado de deudas esperaba obtener su mano y seguir con su dote su vida de disipación? Pero si Lucinda tuvo la vergüenza de caer, supo levantarse rechazando las ofertas de aquel miserable a quien odió con la misma energía con que le había amado. ¡Ah! Si me lo hubiese confesado en seguida, una bala en la frente de aquel miserable le habría hecho justicia y viviría aún.

»Pero ella ocultó entonces al padre su caída, ocultó su maternidad y quiso salvar a su inocente criatura y solo antes de matarse me lo reveló todo para que le salvara el hijo e impidiera a este que conociera un día al que le engendró.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gimió Serignac.

—Un solo hombre, noble y bueno, que amaba a Lucinda y era correspondido, supo el drama íntimo que en mi familia se había desarrollado; el mundo lo ignoró y seguirá ignorándolo; todos creen que mi pobre Lucinda murió en el baño, víctima de un accidente; todos están convencidos de que el niño a quien di mi nombre y a quien adoro por ser el vivo retrato de su madre y haber heredado de ella el carácter altivo, resuelto e intangible, sea el fruto de un pecado mío.

»Y si tú lo contaras diversamente, nadie te daría crédito, nadie.

—Yo no hablaré, ¡piedad!

—¿Piedad de ti que estrechabas la mano del padre y dejabas que te llamara hijo ante la que murió por culpa tuya? ¡Jamás!

El acento del general era casi salvaje; tenía los ojos brillantes y el accionar de un joven.

Serignac no se defendía; suplicaba.

—Una palabra, una sola que no sea una maldición —balbuciaba como fuera de sí—. Si usted supiera cómo he expiado mi pasajera culpa y el calvario que he subido desde el día que me alejé de Turín.

Y con la esperanza de conmover al general, le refirió la historia de sus martirios, las humillaciones sufridas y las torturas pasadas y le explicó que no llegó con tiempo para cerrar los ojos a su madre y lograr que revocara su maldición.
—Es el castigo, el castigo —repetía inexorable el general.

—¡Máteme usted, máteme usted, pero no me haga sufrir así! Ya no me quedan lágrimas que derramar. Otros cometieron faltas más

graves que las mías y fueron perdonados... No sea usted cruel; tengo tanta necesidad de ser compadecido, ¡he tanto menester de una palabra que levante mi ánimo abatido y aparte de mis ojos los fantasmas que me atormentan! No me abrume usted así y permítame que una vez siquiera pueda ver a Luciano.

No se atrevió a decir «mi hijo».

Serignac parecía delirar; pero el general no se conmovió.

—¡He aquí mi venganza! —exclamó—. Mi hijo, solo mío, ¿comprendes?, te odia, te desprecia como su madre y como yo; su instinto no le ha engañado; conocía que estaba ante un miserable que le privó de los besos y caricias de su madre y llevó el luto a mi casa, mientras yo, más ingenuo que el niño, nada sospechaba y te tendía la mano con lealtad. No, tú no verás más a Luciano.

—¡Piedad!... ¡Piedad!...

—¿Pero no comprendes que el mismo Luciano es, en su inconsciencia, tu juez más inexorable? ¿Quieres convencerte de ello? Escóndete detrás de aquella cortina y podrás irte sin que mi hijo te vea; de sus labios mismos oirás tu sentencia y no seré yo quien le sugiera una sola frase.

Serignac, como fuera de sí, obedeció.

El general tocó el timbre. Marta compareció.

—Di a Luciano que estoy aquí y le aguardo —dijo el general.

—En seguida —contestó el ama.

Un momento después, Luciano entraba en el salón y se arrojaba en brazos del general.

—¿Estás solo, papá? —preguntó con voz fresca, argentina, mirando a su alrededor.

—Sí, tesoro mío —contestó el general.

—¡Oh! Cuánto me alegro. Estoy tan bien a solas contigo, que quisiera que no recibieses nunca a nadie.

—¿Ni siquiera a mi amigo Serignac?

—¡Oh, papá! Ya sabes que no me gusta, no le puedo sufrir.

—¿Por qué?

—No sé, pero, créelo, papá, es una repugnancia invencible la que siento por él; cuando me mira, tiemblo, y no sé por qué; cuando quiere besarme quisiera estar debajo de la tierra para no recibir sus besos.

Estas palabras debían de caer una a una como candentes gotas en el corazón de Serignac.

—¿No sabes —dijo de pronto— que Serignac está gravemente enfermo?

—Siendo así, ¿no podrá venir a verte? —preguntó el muchacho con avidez.

—No —contestó el general—. ¿Estás contento?

—Sí, papá, sí.

—¿Y si muriera?

—Papá, no me riñas, pero no me importaría; es más, estaría muy satisfecho, porque no le vería nunca más.

Medió un silencio prolongado.

Luego el general besó a Luciano y con acento grave le dijo:

—Vete con Marta. Te he llamado tan solo para darte un beso; yo tengo que salir.

—¡Papá! ¿No estás enfadado conmigo por lo que acabo de decirte, verdad?

—No, Luciano, ¡vete!

Nada más salir el niño, el general alzó la cortina tras el cual se había ocultado Serignac.

Pero este había desaparecido.

—Fui quizás demasiado cruel —murmuró el general.

No estaba muy satisfecho de sí; tal vez si le hubiese incrustado una bala en la cabeza lo habría estado más.

Pero mirando el retrato de su hija desapareció de sí toda sombra de remordimiento.

—¿No ha sufrido acaso más ella que él? —dijo recobrando su sangre fría.

A la mañana siguiente, un mozo de cuerda llevó a casa del general y a este dirigido, un pliego cuidadosamente lacrado.

En el sobre reconoció la caligrafía de Serignac.

Lo abrió. Contenía un manuscrito y una carta.

Esta decía así:

«Tiene usted razón: "su hijo" ha sido para mí el juez más inexorable y despiadado; sus palabras fueron mi condena de muerte. Sí; cuando reciba usted la presente, me habré reunido con Lucinda en la otra vida, donde no existen odios, rencores ni maldiciones. Si rechazó usted mi ruego en vida, no lo rechace después de mi muerte. Conduzca usted a su hijo junto a mí y haga que sus puros labios me absuelvan antes que mi cuerpo sea depositado en el ataúd, y para que el mundo siga siempre "ignorante", rinda usted los últimos honores al amigo a quien hasta ayer trató usted como a un hijo. Yo no tengo riquezas que dejar; pero he dispuesto por medio de un testamento ológrafo que todas mis obras de arte sean para usted. De este modo quedará siempre una memoria mía en la casa de su hijo, el cual, a medida que crezca, mitigará su juicio y su odio

contra el desdichado que si fue muy culpable, no merece ni el desprecio del niño ni la maldición de usted.

»Junto con mi carta encontrará usted algunas páginas que he escrito para usted para que me conozca íntimamente y para que se convenza de que no soy el gran culpable que usted supone; que pagué mi culpa con indescriptibles sufrimientos, sin dejar en mi agonía moral de llamar a su hija. Piense usted que su imagen no se separó de mí desde el día en que me despreció y que ve en este instante mi remordimiento, mi arrepentimiento y mi infinito amor.

»¿No le parece a usted que se ha vengado lo bastante y que yo he sido bastante castigado?»

El general leyó aquella carta sin que sus ojos se humedecieran; pero en su corazón había una emoción nueva, infinita.

Miró el retrato de su hija, murmuró algunas palabras y se dirigió resuelto al cuarto de Luciano.

El niño acababa de levantarse.

—Marta —dijo el general a la mujer que le había seguido—. Manda a buscar un simón; he de salir con Luciano.

—¿A dónde me llevas, papá? —preguntó el niño, besándole.

—A cumplir con un deber; a reparar una injusticia tuya.

—¿Una injusticia mía?

—Sí; ¿no deseaste que Serignac muriera?

—Es verdad; perdona; hice mal.

—Este mal no puedes repararlo, porque Serignac ha satisfecho tus deseos: ha muerto.

—¡Muerto! ¿Y yo soy la causa de ello? —balbució Luciano con lágrimas en los ojos.

—No, tesoro mío; pero tú le diste el empujón. Porque Serignac hace tiempo estaba cansado de la vida, diciendo que ya nadie le quería en este mundo.

—¿Pero no le amabas tú?

—Mi amor no le bastaba; él habría querido el tuyo, porque perdió un niño de tu edad, con el cual tenías mucha semejanza.

El niño se estremeció.

—¡Oh, papá! ¿Por qué no me lo dijiste antes y yo no habría despreciado a tu amigo?

—Sí, hice mal; pero no suponía que Serignac fuera infeliz hasta el punto de matarse.

Luciano lanzó un grito.

—¿Tu amigo se ha matado?

—Sí, y antes de morir me ha escrito diciendo que antes de que le sepultaran deseaba un beso tuyo. ¿Se lo negarás aun si te conduzco a ver el cadáver?

—¡Oh! No, papá; vamos, vamos en seguida. Ahora comprendo cuán malo fui para con él; pero no se lo podré decir, y si le pido perdón no me oirá.

Y rompió a llorar.

—Enjuga tus lágrimas, Luciano. Los muertos no necesitan llanto, porque son más felices que nosotros. Es preciso amarles y respetarles; desde el cielo nos oyen y nos ven.

Marta volvía para avisar que el coche estaba a la puerta.

Serignac tenía su estudio y su habitación en una bella y nueva villa del Maccao.

Cuando el general se apeó del coche con el hijo, encontró abierta la puerta y un grupo de gente en el vestíbulo.

Un joven vestido de negro, un comisario de policía, reconoció al general y se le acercó, saludándole respetuosamente.

—¿Viene usted a ver al señor Serignac? —preguntó en voz baja.

—Sí —contestó el viejo—. ¿Es verdad que se ha suicidado?

—Sí, señor —contestó el comisario—, pero no ha muerto aún, si bien se desespera de salvarle. La bala del revólver le ha atravesado el cerebro sin matarle; hace seis horas que agoniza, sin poder decir palabra ni hacer un ademán. Sus ojos, sin embargo, parecen distinguir a las personas.

—¿Dónde está?

—En su estudio, encima de un diván, donde le encontró tendido esta mañana el hombre que venía todas las mañanas a hacer la limpieza. Tenía aún el revólver en las manos. El hombre corrió a darme aviso y se llamó a un médico que se opuso a que se le trasladara al hospital.

—Ha hecho muy bien. Yo no lo habría permitido. Serignac es para mí más que un amigo; es casi un hijo.

—Ya lo sabemos, general, y nadie comprende cómo pudo el pobre joven suicidarse.

—Serignac tuvo muchos dolores; fue con frecuencia calumniado y estaba cansado de su existencia; pero no habría creído nunca que hubiese llegado a tal extremo. Vamos, Luciano.

—¿Quiere usted llevar a su hijo a que le vea?

—Claro está. Luciano amaba a mi amigo como yo; es hijo de un soldado y la muerte no le asusta.

La mano del niño tembló en la del viejo, pero supo Luciano contener las lágrimas.

El general pasó altivo por entre la gente que había en el vestíbulo, se alzó una cortina y él y el niño se encontraron en el estudio.

Junto al suicida había un médico y una hermana de la Caridad, que de cuando en cuando le bañaba los labios con una esponjita.

Luciano no había de olvidar nunca tan lúgubre cuadro.

Un cobertor de seda recamada y la almohada del mismo tejido hacían resaltar la palidez cadavérica del semblante de Serignac; este tenía los ojos fijos y extrañamente abiertos; el pecho le latía a saltos y brotaba de su garganta mortal ronquera.

El general, después de cambiar algunas frases con el médico y la hermana, se inclinó sobre el moribundo.

—Serignac, ¿me reconoces? —preguntó.

Pareció que los ojos del herido se reanimaban, porque movió los párpados; pero el cuerpo permaneció inmóvil.

—Le oye y le reconoce —dijo el médico—, pero morirá sin pronunciar palabra.

—¿De modo que no hay esperanza de salvación alguna? —preguntó el general.

—Ninguna.

—¿Dejó alguna carta?

—Un pliego abierto donde decía que se mataba porque estaba cansado de la vida, que se había confesado y que su criado entregará a usted las llaves de todo —contestó el médico—. Hemos mandado precisamente al doméstico a su casa de usted.

—No le he visto, yo había ya salido; pero ahora me quedo aquí con mi hijo, porque nosotros somos los que le hemos de asistir.

—Pero al niño le impresionará —dijo la hermana.

—No, no; quiero quedarme —repuso vivamente Luciano.

El médico no tardó en retirarse y la hermana se hizo a un ángulo del estudio para rezar.

Entonces el general se inclinó de nuevo sobre Serignac.

—Te he traído a mi hijo —dijo—, que desea darte un beso.

Y levantó al niño, de modo que Serignac pudiese verle bien.

Luciano juntó las manos.

—Perdóname —le dijo—. He sido malo contigo, pero ahora te quiero, y si te curas estaré siempre contigo y con papá.

¡Ah! ¡Qué atroz suplicio debió sufrir en aquel momento el suicida, no pudiendo tender los brazos al niño, contestarle, decirle que querría vivir por él, por él solo!

Y, al propio tiempo, cuánta gratitud debía de sentir hacia el general, que le concedía tan supremo consuelo, que equivalía a un perdón, a una bendición.

Mientras, una lluvia de besos cubría su frente y aquellos besos de Luciano abreviaron la agonía del desdichado padre.

Su cuerpo sufrió una violenta sacudida, una convulsión suprema; su boca se abrió como para hablar, pero no dejó escapar más que un sonido; sus ojos quedaron abiertos, fijos en el niño, mientras el alma volaba a los espacios infinitos.

El general adivinó que Serignac había muerto, y dijo a Luciano con acento conmovido:

—Arrodíllate... y reza.

El general permaneció con los brazos cruzados mirando fijo el cadáver y pensando en su propia hija... diciéndose que ella, en su lugar, también le habría perdonado, aun obteniendo la venganza deseada. Luciano no reconocería nunca a su verdadero padre y que

este sería castigado sin dar escándalo y sin que el mundo sospechase la verdad. Y el niño sería, de hoy en adelante, su propio hijo, sin despojar a nadie de sus privilegios, de sus derechos.

El general cumplió con su deber hasta el último momento. Se ocupó del entierro de Serignac, acompañó con Luciano el cadáver hasta el cementerio, dejó que el niño cubriese de flores la tumba y aceptó para sí la herencia del difunto, consistente en obras de arte, entre las cuales figuraban los retratos del mismo Serignac, del general, de Lucinda, de Luciano y de la severa madre del muerto.

Y señalando el retrato de la anciana dama al muchacho, le dijo:

—¿Ves? Aquella era la madre de Serignac, una santa; recuérdala en tus oraciones.

El general, después de haberlo leído, destruyó el manuscrito de Serignac, temeroso de que un día fuese a parar a las manos de Luciano.

El muchacho, a quien aquella muerte produjo un vivo estremecimiento, pasó mucho tiempo presa de una tristeza horrorosa y empezó lentamente a adelgazar.

El general se asustó, pidió consulta y los médicos dijeron que el niño, de naturaleza débil, había pillado la malaria, siendo preciso sacarle en seguida de Roma y procurar distraerle.

En vista de lo cual, como ya no tenía necesidad de seguir en Roma, volvió a Turín, donde Luciano recobró súbitamente la alegría, y con los cuidados de Sor María había de curar en breve.

Esta narración hizo el general a Jorge Naldi, terminándola como había empezado.

—Espero que aprobarás mi conducta y que mi pobre Lucinda estará contenta de mí.

—Sí, general —contestó Jorge—. Usted se ha vengado, no solo como hombre de honor sino como hombre de corazón, como un caballero.

—Gracias, hijo mío; ahora soy completamente feliz —añadió el general—. ¿Has oído a la hermana? Mañana Luciano empezará a levantarse, porque ya no necesita medicinas. Quisiera que tu hermano Osvaldo pudiese curar como él. Y ahora cuéntame tú qué drama ha sucedido en su vida para destruirla de tal modo.

VI

Sor María o, por mejor decir, Susetta, al salir de casa del general tenía la imaginación tan atribulada, que no se daba cuenta siquiera de las calles por donde discurría. ¿Era cierto? ¡Ella! Ella se había encontrado frente a frente con el hermano de Osvaldo y recibido del mismo el encargo de endulzar con su presencia al desventurado que se inclinaba hacia la tumba.

¿Cómo podía hacerlo cuando Osvaldo moría por su culpa, por su desatentado deseo de venganza?

Susetta creía que con su nueva vida de expiación, de arrepentimiento, podría olvidar lo pasado, y este resucitaba implacable ante ella a cada momento.

Ella había sabido que el conde Emiliano, enriquecido de nuevo por haber heredado de un lejano pariente de su madre, que en vida no se había acordado de él, había dejado el bufete del abogado Ranieri y comprado la villa de la calle Moncalvo, conservando a su servicio a René, a Cinta que había sido puesta en libertad por no existir prueba alguna de su culpabilidad, y a los demás individuos de su servidumbre, a todos los cuales había beneficiado y hubieran podido vivir sin estar sometidos a la voluntad de otros.

Había recibido además la noticia de que su madre había contraído segundas nupcias con un propietario, convecino suyo, y que en el egoísmo de una nueva existencia y una nueva familia había olvidado a la hija que andaba errante por el mundo y a su nietecita.

Susetta tenía noticias de Noris y sabía que la señora Taldi la quería mucho, que la niña no sabía separarse de Yolanda, a quien llamaba «mamita» y de su papá Osvaldo, pero ignoró hasta entonces la gravedad de la enfermedad.

Habían bastado, pues, dos años para que nadie se acordara de ella; pero hasta entonces no se dolió de ello.

¿No habría merecido algo peor con su insensato deseo de venganza que causó la ruina de una familia, herido para siempre al hombre que adoraba y que nada podía hacerle olvidar?

Agregada hacía dos años a una comunidad de hermanas francesas, cuya rica institución tenía por objeto el cuidado gratuito a domicilio de enfermos pobres y ricos, Susetta, destinada a una sección de Turín, se dedicó con toda el alma al cumplimiento de su misión. Y como quiera que entre los papeles de su padre adoptivo encontró algunas recetas que habían sido embarcadas a una curandera a quien se procesó y murió durante el curso del proceso, Susetta probó algunas y vio que, efectivamente, producían excelente resultado. Y, naturalmente, siguió aplicándolas y salvó a más de un moribundo, devolviéndole la vida y la salud. Esto era un gran consuelo para ella que agradecía a Dios y se sentía feliz.

¿Pero sabía ella si aquellos remedios servirían para Osvaldo y si este los aceptaría?

A este punto llegaba de sus ideas, cuando sintió el contacto de una mano en uno de sus hombros y oyó la ronca voz de un hombre que le llamaba:

—¡Sor María!

La joven se volvió y se encontró frente a frente con un individuo de aspecto sospechoso, con el sombrero hundido hasta los ojos.

Hasta entonces no se dio cuenta de que se había extraviado y se encontraba en un lugar apartado, en una de aquellas calles que son

el hogar de las más graves enfermedades y que la piqueta demoledora va destruyendo poco a poco.

La hermana pensó que había hecho muy mal en no seguir el consejo del general, pero procuró mantener la serenidad.

—¿Qué quiere usted de mí? —preguntó.

—¿No es usted una enfermera, tanto de los pobres como de los ricos? —dijo el desconocido.

—Voy a donde tienen necesidad de mis cuidados —contestó dulcemente la hermana.

—Pues bien, hay una pobre vieja que tiene necesidad de usted —añadió el hombre— y me he permitido detenerla para acompañarla.

Susetta se repuso; no abrigaba temor alguno.

—Vamos allá —dijo.

Y siguió al individuo, que se detuvo en breve ante una arruinada casucha.

—Aquí es —dijo él, encendiendo un pedazo de vela—. Vaya usted con cuidado.

En el interior de la casucha se percibía un hedor insoportable. Atravesaron un pequeño patio; el individuo empujó una puerta y se dirigió a la habitación.

Susetta se encontró en una estancia desierta y sin muebles; pero al rumor de ambos, en una estancia contigua, se oyó la ronca voz de una anciana.

—¿La encontraste? —le dijo en francés.

Susetta palideció.

Aquella voz, aquel acento no le eran desconocidos; eran los de la Bruja, su enemiga mortal.

¿Vivía aún la mujer aquella? ¿Había salido de la cárcel? ¿La encontraba de nuevo en su camino por su desgracia?

El individuo, en tanto, contestó:

—Sí; ya te la traigo.

—Adelante.

La hermana se encontró en el dintel de una sucia habitación que estaba iluminada por un quinqué de petróleo.

Una vieja desgreñada estaba calentándose junto a una chimenea encendida; pero al entrar la hermana se levantó y corrió a su encuentro, agarrándose a sus vestidos y exclamando:

—¡Ah! ¡Te encontré! Pero ahora no te me escaparás con tanta facilidad. ¿Me reconoces, verdad?

Era la Bruja.

—Sí —contestó la hermana, sin mostrar la más pequeña emoción—. Es usted la malvada que hizo morir a Enrique y me hubiera lanzado a la deshonra si el hombre que usted creía iba a ser mi amante, no hubiese sido al fin un padre para mí.

La vieja guiñó un ojo a Gondo.

—Oye, Gondo, qué palabrotas profiere esta; pero atranca la puerta y luego hablaremos con palabras menos rimbombantes.

Al nombre de Gondo, la hermana se estremeció con violencia. Dirigió la vista al individuo, quien después de cerrar la puerta y echar la cadena, estaba con las manos en los bolsillos, como aturdido, y con voz dulce le preguntó:

—¿Usted es el que hirió de muerte al industrial Osvaldo Naldi y asesinó a la Soldadona?

Ante la mirada y la pregunta de Susetta, el individuo cambió de color e inclinó avergonzado la frente, mientras la Bruja exclamaba:

—Oye, oye qué bien enterada está de tus hazañas.

—¡Frena tu maldita lengua! —prorrumpió Gondo. Y, erguida la cabeza, trató de recobrar su audacia y contestó a la hermana:

—Sí, ¡yo soy! ¿Pero cómo me ha reconocido usted?

—Por el nombre por esta pronunciado. Yo no le había visto nunca, pero le había compadecido.

Oyéndola sentía una turbación extraña; le parecía no comprender.

—¿Me compadeció usted?

—Sí —contestó Susetta—, porque yo fui la mayor culpable de todo lo que ocurrió...

A Gondo le pareció soñar; miraba la suave figura de Susetta que, a través de los humildes hábitos de religiosa, se le aparecía como una visión celeste.

—¿Usted?

—Sí —dijo Susetta—, y si me ha buscado usted y tendido un lazo por orden de esta, debe usted de saber que Sor María, la enfermera, era en el mundo la condesa de Plumet, la dueña de Cinta.

—No, este no lo sabía —dijo la vieja, que empezaba a impacientarse, máxime comprendiendo que Gondo estaba casi conmovido—. Yo fui la que te reconoció bajo esos hábitos, cuando días atrás salías de la casa misma de donde saliste esta noche; me informé de ti e hice que Gondo siguiera tus pasos y te acompañara hasta aquí. Pero siéntate, porque hemos de tener una larga conferencia.

La hermana siguió en pie.

—Yo no tengo que hablar nada con usted —contestó con firme acento—. Y si me ha llamado no ha sido con buen fin.

—Según, según; ya veremos.

—No la comprendo.

Gondo no decía palabra. Pegado con la espalda a la pared y con los brazos cruzados, miraba a la joven y a la vieja sin respirar.

—¿Conque no me comprendes? —dijo la Bruja—. Dos veces te burlaste de mí y me arruinaste: la primera cuando después de mantenerte durante dos años, con la complicidad de Enrique conseguiste escapar llevándote el dinero que le había regalado.

—Sepa usted —dijo la hermana, sin turbarse— que el mismo Enrique me lo dio.

—La segunda —prosiguió la vieja—, cuando después de haberte procurado el apoyo del jefe de policía, me hiciste en cambio detener y condenar.

—Don Federico Plumet, mi pobre padre adoptivo era un hombre justo; no la hizo castigar a usted por las torturas, humillaciones y vergüenzas inmerecidas que me hizo usted sufrir, prefiriendo yo la miseria y la cárcel antes que doblegarme a su voluntad y deshonrarme; al castigar a usted rindió justicia a tantas otras infelices esclavas blancas, víctimas de la brutalidad de usted.

El bellísimo rostro de la hermana había asumido una gravedad especial y sus ojos fijos en la vieja tenían una expresión de acre reconvención.

Pero la Bruja se encogió de hombros.

—Pero esa justicia le costó la vida —dijo, riendo cínicamente.

—¿Conoce usted su asesino? —preguntó con voz trémula.

—Sí, le conocí, porque a estas horas está haciendo compañía a Belcebú; era un compañero de Momo y nos vengó a todos.

—¡Desdichados! ¿Y no teméis el castigo de Dios?

—Antes que llegue la hora del juicio, quiero gozar aún de la vida —añadió la vieja—. Por lo demás, la muerte del jefe de policía fue tu fortuna, porque supe, al salir de la cárcel, que te había dejado todo su patrimonio.

—Con tal que viviera él, habría preferido la miseria.

—Pero no repudiaste la herencia.

—Para seguir practicando el bien como él.

—¿Y no es justo que me corresponda a mí una parte, desde el momento en que la fortuna ha dejado de sonreírme? Al salir de la cárcel tuve aún un año de bienestar, que Gondo compartió conmigo; pero una nueva desgracia se atravesó en mi camino y, lo que es peor, hubimos de salir de Francia y venir aquí donde se vive mal y con el temor de caer siempre en manos de la policía. Pero tú ahora me devolverás todo cuanto gasté por ti.

—Yo no tengo nada ya —dijo con voz dulce, pero firme, la hermana —. Al vestir estos hábitos renuncié a todos los bienes de la tierra.

—No me engañarás; no. Y si no dices dónde guardas oculto tu dinero, no saldrás viva de aquí. ¿Comprendes?

Y con los puños cerrados amenazó a Susetta.

Pero la vieja se sintió en seguida sujeta por la espalda y echada en un jergón como un saco de trapos viejos.

Y, al propio tiempo, Gondo, con un temblor nervioso en los labios, dijo a la hermana:

—No le haga usted caso; no tiene usted nada que temer y saldrá de aquí tan libre como entró; yo se lo garantizo. Solo deseo que antes de salir me diga por qué se acusa de los delitos que yo mismo cometí.

La vieja se levantó hecha una fiera.

—Susetta tiene que saldar cuentas conmigo —exclamó.

Gondo había asumido un aspecto tan amenazador, que la Bruja se acurrucó, gimiendo, en un ángulo de la chimenea, mirando ferozmente a Susetta, como si hubiese querido devorarla.

La hermana miró a Gondo con cierta compasión. Y sin dar muestra alguna de apocamiento, contestó con su natural dulzura:

—Me acuso porque todo cuanto ocurrió tengo yo la culpa. Cinta era inocente.

—¿Inocente? —repitió Gondo, con un temblor en todo su cuerpo—. ¿Me lo jura usted por el Cristo que pende de su cintura?

Susetta levantó el crucifijo, lo llevó a sus labios y después de besarlo devotamente contestó:

—¡Se lo juro! Cinta obró obedeciendo a órdenes mías; yo la induje a fingirse amante de Osvaldo; yo hice que ella le diera una cita en el pabellón del jardín para que su mujer le sorprendiera allí y tomara venganza de él. Pero no era el amor lo que me obligaba a obrar así; yo no podía perdonar a su principal el suicidio de mi hermana Nilotta.

Gondo la miró sorprendido.

—¿Nilotta era hermana de usted? —balbució.

—Sí —contestó Susetta—, y usted debe de haberla conocido, porque era obrera de la misma fábrica donde estaba usted de maquinista.

—¡La recuerdo! —exclamó Gondo, con energía—. Era la más hermosa de las obreras, pero también la más orgullosa: tenía el carácter de Cinta; no quería por esposo a un hombre de nuestra condición, y esto la granjeaba la antipatía de todos.

»Ya ve usted que la hablo con franqueza; también yo era entonces un hombre honrado y odiaba a aquellas muchachas que se dejaban seducir por el amo, porque tenía dinero de sobra y podía satisfacer

sus ambiciones de lujo, mientras eran la desesperación de los infelices que las amaban de veras, pero que no tenían otro patrimonio que el corazón; una miseria que en nuestros tiempos se desprecia.

»Y, sin embargo, cuando circuló por la fábrica la noticia de que Nilotta había dado a luz, y que don Osvaldo, en vez de pensar en su hija y tender la mano a la que se había entregado a él y le amaba sinceramente, la había echado de la fábrica y casado con otra, todos compadecimos a la pobre compañera. Cuando se supo que su cadáver había sido encontrado en el canal, hubo una imponente manifestación en favor de la suicida; y don Osvaldo, lo propio que su hermano, habría pasado un mal rato a no haber intervenido oportunamente otras personas.

—Ya lo sé —dijo Susetta—. Yo estaba entonces en Francia y supe, harto tarde por desgracia, lo que mi hermana me calló. Y creí un deber en mí el venir a Turín para vengarla.

—Siendo así, estará usted satisfecha de que otro lo haya hecho por usted —observó Gondo.

—No —contestó lentamente—, porque he comprendido que la venganza suele recaer en las personas que la han ideado. Si usted no se hubiese dejado llevar por su imaginación extraviada, tratando de asesinar a un hombre que no le había ocasionado ningún perjuicio, y a una mujer que, aunque culpable, tenía el derecho a la vida y podía arrepentirse, usted no andaría a estas horas errante por el mundo, con el miedo de ser detenido a cada instante, con el deseo de causar nuevos delitos, y en compañía de una vieja que, aun en el dintel de la tumba, no tiene ni sombra de remordimiento ni se muestra arrepentida, y estaría usted convencido de que Cinta no era culpable, como supuso.

—¿Qué importa —añadió Gondo, con sordo acento—, desde el momento en que Cinta no me amaba como me repitió reiteradamente? Por esto, solo por esto, perdí todo sentimiento

moral y me hice un asesino. ¡Ah, hermana! ¡Si usted supiera lo que es el amor!

—Lo sé —contestó con firme acento y muy tranquila—. Yo amé, como usted, sin esperanza y fui despreciada por circunstancias dolorosas, creadas por mí misma; pero yo no quise causar, no, la desgracia de quien me había herido en lo más hondo de mi alma. Es más: rogué a Dios por él, para que le hiciese feliz y me arrepentí del deseo de venganza contra el seductor de mi hermana y lloré cuando supe que había sido herido de gravedad.

—Pero sé que no ha muerto —prorrumpió Gondo, agitadísimo.

—Hace dos años que agoniza sin esperanza de salvación —murmuró la hermana—. Lo supe esta noche y deploro ser yo sola la responsable de semejante agonía, de tan atroces sufrimientos. Cuando usted me encontró, salía de una casa donde me solicitaron que vaya a visitar a don Osvaldo. Comprenda usted lo que ha pasado por mi alma. Y quisiera hacer penetrar en usted el mismo dolor, el mismo remordimiento, mientras quisiera que Dios me castigara a mí sola de aquel delito.

La emoción de la hermana era tan viva, tan conmovedoras sus palabras, que el corazón de Gondo, cerrado ya a todo arrepentimiento, se turbó y sus ojos se humedecieron.

—Es usted una santa —balbució—, pero yo no podría imitarla y tengo la seguridad de que el mismo Dios rechazaría mis plegarias.

—No diga usted esto: Dios acoge con más gusto las oraciones de un pecador que las de un justo que no tuvo nunca ocasión de pecar. Dios es la esperanza de los infelices, de los desesperados.

—No creía yo tener que asistir a un sermón —interrumpió exasperada la Bruja—. Cuando hayáis terminado, Susetta tendrá que saldar cuentas conmigo.

—No la haga usted caso —dijo Gondo—. Yo bendigo la casualidad que me ha hecho hablar con usted; también yo tengo una hermana

que lo es de los pobres, y a estas horas ruega tal vez por su desdichado hermano.

»Durante algún tiempo, después de mi doble crimen, atraído por esta que mi mala estrella me hizo conocer, creía poder olvidar; pero ahora comprendo que no es posible y veo alzarse delante de mí una vida de dolores, sin consuelo alguno. Oiga, hermana: si ve usted a don Osvaldo, ruéguele usted que me perdone, como quisiera que Cinta me perdonase.

—Qué imbécil —dijo la Bruja—. Es Susetta, la hechicera, la que te mete tales ideas en la mente y te conmueve para poder huir. Pero si la dejas ir le faltará tiempo para denunciarte y no sacaremos nada de ella.

—Basta; acaba ya —gritó Gondo—, si no quieres que te cierre la boca para siempre.

—¡No, por Dios! ¡Basta de crímenes! —dijo la hermana, tendiéndole la blanca mano—. Son muchos ya los cometidos; deje usted a Dios el cuidado de castigarlos.

La Bruja profirió una blasfemia horrible y cogiendo los hábitos de Susetta se agarró a ellos gritando furiosamente:

—Antes he de castigarte yo.

—Déjeme usted —dijo la hermana, levantando en alto el Crucifijo—. ¿No teme usted que Dios la mate al profanar con sus manos estos hábitos sagrados? Arrepiéntase o la espera el infierno.

—Y ahí están los demonios que vienen a prenderte.

Se sintió al exterior un rumor de pasos y de voces.

Y a los oídos de la hermana y de los demás llegaron claramente estas palabras:

—Sí; deben de estar en esta casa.

La vieja Bruja estaba atemorizada. Gondo sonrió resignado.

—Nos buscan —dijo a Susetta—, pero no huiré; cometí un doble crimen y merezco que se me castigue. Hermana, no me niegue su protección; ruegue a Dios por mí y diga a don Osvaldo y a Cinta que me perdonen.

—¡Cobarde! ¡Cobarde! En vez de ayudarme a huir, me pierdes también a mí —exclamó la vieja.

Y habría seguido exclamando y gritando si no se hubiese abierto la puerta con violencia y no hubiesen entrado algunos guardias y un delegado de policía.

Estos parecieron sorprendidos al encontrarse ante la hermana, a quien saludaron con el mayor respeto.

—¿Usted aquí a estas horas de la noche? —dijo el delegado—. Estos la habrán tendido un lazo, ¿verdad?

—No —contestó dulcemente la hermana—. Vine llamada por mi mismo ministerio a socorrer a esta vieja que sabía enferma, esperando salvarle el alma a la vez que el cuerpo.

—Embustera; ¡no la crean ustedes! —interrumpió la Bruja—. La hice llamar para que me devolviera el dinero que me robó.

—¡Calla! ¡Tú mientes! —dijo Gondo a su vez—. Esta bruja ha reconocido bajo los hábitos de la hermana a una joven a quien persiguió durante muchos años. Me obligó a seguirla y a inducirla a venir aquí fingiéndose enferma y haciéndome prometer que la había de matar. Yo se lo prometí, pero bastaron algunas palabras de la hermana para que yo comprendiera que soy un miserable, y si hubiese de afrontar el patíbulo, lo haría sin vacilar. Ustedes me andan buscando a mí, ¿verdad?

—A usted y a esta —contestó el delegado—. ¡Oh! Pueden ustedes enorgullecerse de habernos vuelto locos. Usted es Gondo, el asesino de don Osvaldo Naldi y de Catalina Murra, alias la Soldadona, y su

compañera es cierta mujer llamada Giriat, conocida por la Bruja, condenada distintas veces por corrupción de menores.

—¡No es verdad, no es verdad! —gritó la vieja.

—Es mejor que confieses, como lo hago yo —dijo Gondo, mirando serenamente al delegado—. Yo soy el hombre a quien andan ustedes buscando y si no me hubiesen encontrado me habría presentado yo mismo; tan harto estoy de esta vida errante y miserable. Hermana: sus palabras de usted me han llegado al corazón y abierto los ojos a la verdad; yo sufriré mi castigo sin lamentarme, con su imagen purísima ante los ojos, pensando en mis culpas, esperando en la misericordia de Dios.

—Y Dios le sostendrá y consolará —dijo la hermana.

Gondo tendió las manos para que le esposaran, pero la vieja opuso la más encarnizada resistencia.

—Están ustedes de acuerdo para perderme —gritaba—; pero no he muerto todavía... ¡Me vengaré!

La hermana no volvió a su casa hasta una hora después, acompañada de un guardia vestido de paisano, que el delegado puso a su disposición para que no se encontrara nuevamente con algún descamisado.

Las emociones de aquella noche habían dejado rendida a Susetta. Sentía continuos escalofríos, mientras de cuando en cuando subían a su cabeza ondas de calor que le producían desvanecimientos.

Aquella noche no durmió, sino que la pasó en continua oración, sufriendo horriblemente. Y, no obstante, en medio de aquellos sufrimientos, tenía el consuelo de pensar que había salvado un alma, llevándola arrepentida al mismo Dios.

Al día siguiente, acababa de entrar en casa del general Volterra y ayudado a Marta a levantar a Luciano, que, aunque débil, batía

palmas de alegría, cuando el general entró en la habitación y le dijo sonriendo:

—¡Ah! ¡Sor María! No le basta a usted curar a los enfermos, sino que convierte a los delincuentes.

Susetta se ruborizó.

—¿Yo, general? —dijo.

—Usted misma. Ahí tiene usted el periódico dando cuenta de lo sucedido anoche.

Sor María hizo un ademán de espanto.

—¡Dios mío! ¿Es posible? —balbució.

—¿Qué tiene de particular? Ciertamente cometió usted una imprudencia, y si yo insistí para que la acompañaran, fue porque tenía el presentimiento de que le había de ocurrir algo. Luciano: lee el artículo tú mismo.

—Sí, papá, en seguida —exclamó el muchacho, alegremente—. Sor María, siéntese usted a mi lado.

Susetta obedeció inconscientemente, temblando como una hoja.

El general no advirtió su intensa emoción y añadió:

—Usted podrá decirnos si hay algo que no sea verdad en lo que dice el periódico.

Luciano, con su voz clara y argentina, leyó:

«No hay nadie en Turín que no conozca a Sor María, la veladora de enfermos que desde hace dos años consume su belleza y su juventud a la cabecera de tantos enfermos ricos y pobres. Pero pocos serán los que sepan que bajo sus humildes hábitos se oculta una señorita francesa, Susetta Plumet, riquísima, millonaria, cuya historia es una verdadera novela.»

Susetta lanzó un grito; su pálido rostro se tiñó de púrpura.

—¿Qué derecho tiene nadie de hacer pública mi vida privada? —exclamó—. No puedo consentir que Luciano siga leyendo.

—¿Por qué? —preguntó con dulzura el general.

—Ciertamente, la prensa ha sido indiscreta; pero sin su aventura de la noche última no se hubiera permitido hablar de usted. Por lo demás, nada hay en el artículo que pueda ofenderla y turbar el alma de un niño. Al contrario; mi hijo sabrá de este modo que también hay ángeles en la tierra.

Susetta no pudo protestar, pero sufría lo indecible; sentía un frío sudor en todo el cuerpo, mientras ardía su cerebro.

—¿Puedo continuar? —preguntó tímidamente Luciano a la hermana.

Esta hizo con la cabeza una señal afirmativa.

«Hija adoptiva de Federico Plumet, el célebre jefe de policía asesinado años atrás en París por uno de aquellos criminales pertenecientes a la terrible asociación de ladrones y asesinos que con tanta tenacidad venía persiguiendo, Susetta Plumet, casi loca del dolor por el trágico fin de su adorado padre, se retiró del mundo, sacrificando su noble existencia junto al lecho de los enfermos, gastando sus riquezas para auxilio de los pobres.

»Destinada a Turín como otras hermanas, se dedica aquí hace dos años a su piadoso ministerio, respetada de todos y, aunque ha pasado muchas noches en abyectos tugurios, junto al lecho de enfermos que no quisieron o no pudieron ser admitidos en el hospital, aunque regresó a su casa a altas horas de la noche, nunca osó nadie molestarla; tal es el respeto en que la tiene todo el mundo.

»Pero los malvados que la habían privado del padre, no olvidaban a la hija. Una horrible Celestina, cierta Giriat, conocida por la Bruja, condenada distintas veces en Francia por estafas y corrupción de

menores, se encontraba en Turín en compañía de otro individuo a quien la policía andaba buscando infructuosamente, y la tal mujer reconoció en Sor María a la señorita Susetta Plumet.

»Reconocerla y concebir una horrible idea, fue obra de un momento. Quiso tenderle una trampa valiéndose de su compañero, que es un asesino, y después de ultrajarla quería que este le diera muerte. El asesino le seguía los pasos hacía muchos días, y anoche, en ocasión en que la hermana salía de casa de un enfermo, se le acercó diciéndole que una anciana que estaba gravísimamente enferma deseaba sus cuidados. Sor María le siguió sin vacilar hasta una casucha donde la Giriat y su compañero se habían refugiado.

»Pero una vez en ella, la infame vieja se dio a conocer, y acusando al padre de la señorita por las condenas que hubo de sufrir, le hizo saber que iba a vengarse de ella. Sor María, a pesar de la triste situación en que se hallaba, aunque no sabía cómo salir de aquel horrible atolladero, no por eso perdió su entereza de ánimo; habló como las almas santas y si no consiguió conmover a la horrible vieja, encontró un auxilio inesperado en el compañero de la Giriat.

»Este, ante la firmeza de la joven hermana, herido profundamente por sus palabras y tal vez de su celestial hermosura, que se le apareció en aquel momento como el ángel de la redención y del perdón, tocado casi de la gracia divina, cayó a sus pies pidiéndole perdón, acusándose, como culpable que era, pero profundamente arrepentido y pronto a entregarse a la justicia para expiar sus culpas. Y la defendió contra la vieja que, viendo de tal modo destruidos sus planes, se desataba furiosa contra la joven hermana.

»Y acudieron en su auxilio oportunamente algunos guardias de seguridad y un delegado del mismo cuerpo que ya tenían noticia de que en aquella casucha se albergaba el perseguido Gondo; el que dos años antes trató de asesinar a don Osvaldo Naldi, industrial, en cuya fábrica estaba empleado como maquinista, y dio muerte la misma noche a cierta Catalina Murra, alias la Soldadona, robándole efectos y dinero.

»Y el mismo asesino que salió en defensa de la hermana, al presentarse los guardias, no solo no negó su propia personalidad sino que se entregó voluntariamente, sin protesta alguna. La Giriat, en cambio, hubo de ser reducida a la impotencia por medio de la fuerza, porque al ver que se le escapaba la presa se puso hecha una fiera.

»Gondo ha confesado ahora sus delitos y dice que espera serenamente la justa condena. La Giriat, después de otro ataque de rabia, cayó como atónita y parece realmente atontada.

»Felicitamos a Sor María por haber salido bien del peligro y las personas buenas celebrarán asimismo el tacto que ha demostrado tocando el corazón de un asesino e induciéndole a confesar serenamente sus culpas.»

Luciano dejó caer el periódico y con las manos enlazadas y los ojos extasiados, contemplaba a la hermana.

—¿Y no tuvo usted miedo? —preguntó.

Sor María sonrió a pesar suyo. La lectura aquella le conmovió y tranquilizó. El que escribió el artículo se mostró bastante discreto y probablemente no conocía la fase de su existencia cuando llegó a Turín bajo el nombre de condesa De Plumet.

—No, mi querido niño —contestó dulcemente.

Y mostrándole el crucifijo, añadió:

—Cuando se lleva este emblema, no hay nada que temer.
—¿Pero todo eso que cuenta el periódico es verdad? —preguntó el general.

Susetta se ruborizó, pero no inclinó los ojos ante las miradas del general.

—Sí —contestó con franqueza.

—Perdone usted mi indiscreción —añadió el caballero—, pero en su vida debe de haber un motivo muy grave, aparte la trágica muerte de su padre adoptivo, para que a su edad haya renunciado a las alegrías que el mundo podía ofrecerle y a las riquezas de que era poseedora para entregarse a una vida de abnegación, de miseria, de sacrificio.

—Mi vocación es un secreto entre Dios y yo —respondió Susetta, con sencillez—, y usted es demasiado caballero para insistir en averiguarlo.

—Pero sus votos no serán eternos y podrá usted renovarlos anualmente.

—Verdad es; pero soy demasiado feliz para renunciar a ellos.

—Sí, mejor es así —dijo Luciano con entusiasmo—, porque si usted se fuera y regresara a Francia, yo no la volvería a ver y esto sería un gran disgusto para mí. Sí, porque en usted veo a mi mamita.

El general sonrió con lágrimas en los ojos.

La hermana, ruborizada, se inclinó para besar las pálidas mejillas del niño.

—Sí, seré para ti una mamita, como lo soy de todos los niños enfermos y buenos —dijo con dulzura—. Pero ahora no quiero que me hables más de cosas tristes, porque deseo verte curado, bien curado. Mejor es que me enseñes los dibujos que cuando estabas en cama prometiste enseñarme; ¿verdad, general? Porque quiero también yo dar mi parecer a este pintor en ciernes.

Susetta sonreía reanimada. El general fue en persona en busca de los dibujos, murmurando:

—¡Qué encantadora criatura! Me recuerda mi Lucinda. ¡Ah! Mejor hubiera sido que mi pobre hija, en vez de desesperarse y matarse se hubiese hecho hermana. Tal vez las desventuras de los demás la

habrían hecho olvidar las suyas y Luciano se encontraría al lado de su verdadera madre.

VII

En un bajo diván de un amplio dormitorio de color de rosa, con dos ventanas que dan al jardín y cuyo ambiente es perfumado y tibio, Osvaldo Naldi, lívido e inerte está tendido y, al parecer, durmiendo. Dos años de sufrimientos continuos han operado un cambio en el físico del joven industrial. Su semblante de tan perfectas líneas se ve hundido y descarnado; dos manchas rosas en los pómulos denotan la fiebre lenta que le consume; dos círculos negros se distinguen bajo sus párpados; sus brazos parecen perderse dentro de las mangas de la bata y sus manos huesudas y abiertas descansan sobre los muslos.

Sus rubios cabellos perdieron su brillantez y una barba fina y rizada que le rodea el afilado rostro le da casi el aspecto de un Nazareno.

Hacía dos años que venía lentamente perdiendo y aunque los que le rodeaban le infundían la esperanza de una curación más o menos próxima, Osvaldo presentía que se acercaba su fin. Su carácter parecía haberse hecho más áspero en aquella lucha entre la vida y la muerte y recibía con desconfianza los cuidados afectuosos de que le rodeaba su mujer, aquella mujer admirable que se había convertido en una hermana de la Caridad, junto al lecho de su esposo; le parecía que a su alrededor solo tenía enemigos.

A veces sacudía su cuerpo una especie de pasmo; se dibujaba en sus labios una sonrisa de loco y dirigiéndose a Yolanda le decía:

—¿Tú esperas quedar viuda, verdad? Pues tranquilízate; no tendrás que esperar mucho.

—¿Por qué hablas de este modo? —le decía dulcemente Yolanda—. Sabes que cuando me dices eso me haces mucho daño; a mí que

daría gota a gota toda mi sangre con tal de verte completamente curado. Y si me obedeces curarás.

—Vuestras medicinas en lugar de curarme me empeoran. Mejor sería que no me molestarais tanto —añadía Osvaldo.

A Rosa no la quería ver. Osvaldo afirmaba que la pobre mujer se complacía en verle agonizar. —¡Ay de ella si hubiese osado entrar en su habitación!

También le fastidiaban los señores Falconi, sus suegros; la madre de Yolanda porque le hablaba de resignación, y el señor Falconi porque, a pesar de su vida agitada y poco correcta, parecía respirar salud por sus cuatro costados.

Se lamentaba asimismo de que a su hermano Jorge le viera muy de tarde en tarde, aunque este le decía que trabajaba en la fábrica por él para que cuando volviese a ella lo encontrara todo en orden.

Al principio quiso Osvaldo que alejasen al conde Emiliano. Luego, cuando ya no le vio, supuso que mientras él dormía, el conde se ocultaba con su mujer y entonces quiso que volviera para tenerle constantemente a su presencia y vigilarle él mismo.

Solo Noris conseguía arrancar a Osvaldo alguna sonrisa y hacerle pasar tranquilo algunas horas. Y quiso asimismo que Rosa fuese sustituida por Mali, porque esta le hablaba de Susetta, contándole cómo la conoció en París y cómo entró en su casa.

Sin embargo, había momentos en que Osvaldo se deshacía en improperios contra Susetta y Nilotta y especialmente contra Cinta.

—¡Tener que morir por la holgazana aquella! —gritaba—. Porque fue ella la que instigó a Susetta a llevarme al pabellón... ¿Y la absolvieron? ¡Valiente justicia! ¿Y no han conseguido detener al asesino?

Y lívido, furioso, descontento de sí mismo y de todos, seguía gritando, presa de una crisis nerviosa, hasta que caía fatigado,

rendido.

A la mañana siguiente del encuentro de Jorge con Sor María, Osvaldo, después de haber tomado una taza de leche con un huevo batido, se durmió plácidamente. Esto le ocurría casi todas las mañanas y quedaba, más que dormido, amodorrado hasta mediodía.

Durante aquellas horas nadie entraba en su habitación, excepción hecha de Yolanda y aun esta permanecía en ella poco rato, porque el pobre enfermo no quería ser molestado, tanto más cuanto que una vez que le despertaron inesperadamente a consecuencia de un ligero rumor, tuvo una crisis nerviosa tal, un estallido de cólera tan grande, que desde entonces nadie se atrevía casi a mover un pie en la casa cuando dormitaba él.

Noris salía con Mali y no volvía a parecer hasta la hora del almuerzo, reinando en la casa un silencio de muerte.

Esto ocurría aquella mañana. Osvaldo, caído en aquella postración, que a menudo duraba la mitad del día, quedó solo y tranquilo. Pero eran cerca de las diez cuando despertó. Durante un corto momento su mirada se dirigió extraviada en torno suyo, luego adquirió el sentimiento de la realidad e hizo ademán de tender la mano al timbre eléctrico.

Pero se detuvo y pensó: ¿por qué no está aquí Yolanda?

¿Era tal vez en aquellos momentos cuando recibía a Emiliano, segura de no ser molestada ni sorprendida?

En su fuero interno tenía casi la seguridad de ello, y sintió una rabia vivísima con mezcla de dolor; sus azules pupilas, que la enfermedad parecía haber dilatado, echaban chispas siniestras; pero de pronto pareció ser víctima de una espantosa calma.

Descendió del diván y, trémulo y encorvado, envuelto en una bata que daba a su figura un aspecto espectral, se dirigió a la puerta que daba a la estancia contigua y estaba cubierta con una doble cortina.

Apenas había llegado a ella cuando oyó la voz de Yolanda hablando en voz baja.

—La señora Naldi decía:

—¿Tiene usted la seguridad, Jorge, de que la hermana de que usted me habla, posee remedios portentosos para la enfermedad de Osvaldo?

—Así me lo aseguró el general —contestó Jorge—. Si Osvaldo fuese tuberculoso de nacimiento, no habría esperanza alguna, pero su enfermedad no es más que una consecuencia de la lesión al pulmón y ¿por qué no ha de encontrarse un remedio que consiga cicatrizar la herida y detenga los progresos del mal? No sería el suyo el primer caso de un hombre que hubiese vivido hasta edad muy avanzada con un pulmón solo.

—¡Oh, Jorge! Me da usted una esperanza que conforta a mi espíritu. ¡Si usted supiese cuánto he llorado y rogado a Dios para que obrara un milagro!

Osvaldo había caído de rodillas detrás de la cortina y se oprimía el corazón con ambas manos.

¡Cuán mal había juzgado a aquella santa criatura a quien nunca dirigió una palabra de consuelo y en cambio la hirió en sus afectos todos, vilipendiándola, calumniándola.

Y ella, generosa, se vengaba rogando a Dios que le salvara y le devolviera la salud, sin preocuparse de sí misma ni de su libertad.

Gruesas lágrimas caían de sus ojos; pero Osvaldo no cuidó de enjugarlas y siguió escuchando.

—Es usted uno de los pocos ángeles de la tierra —dijo—, pero un ángel desconocido a quien debiera adorar de rodillas. En mi hermano existe siempre la duda de que usted ama a Emiliano y sea correspondida.

—Sí —contestó Yolanda, tristemente—. ¡Pobre Emiliano! Muy mal recompensadas son su bondad y su abnegación. Él, que salvó a Osvaldo cuando los obreros estaban dispuestos a agredirle con motivo de la muerte de Nilotta; el que, locamente enamorado de Susetta se puso en lucha con ella para apartar a Osvaldo de la venganza que entonces meditaba, ha perdido ahora y para siempre a la joven amada, cuya suerte ignora a pesar de las gestiones practicadas; y mi marido, mientras le quiere unas veces a su lado, otras le hiere con miradas de odio que muchas veces me hacen temblar. No; ¡no es justo!

Yolanda rompió a llorar.

—Cálmese; se lo suplico —dijo Jorge—. Sus lágrimas bajan una a una en mi corazón y lo hacen casi cruel contra mi hermano... ¡Ah, estúpido! ¡que nunca comprendió el tesoro que en usted poseía!... Créame usted que hubo momentos en que deseé la muerte de Osvaldo; luego esta pésima idea me asustó, tuve miedo de que usted me despreciara... y no oí otra voz que la del deber que me decía: salva a tu hermano, aunque sea a costa de tu vida...

Y a costa de mi vida cumpliré con mi deber.

—Jorge: así le quiero a usted y así le amo y aprecio —respondió Yolanda, con dulce energía—. Aunque Osvaldo siga desconociendo nuestros sacrificios, no por esto hemos de descorazonarnos; encontraremos la recompensa en el cumplimiento de nuestro deber, en la estima de nosotros mismos, en la paz de la conciencia, y nuestro afecto purísimo no nos sonrojará jamás ni tendremos en el alma remordimiento alguno.

Osvaldo no quiso oír más; se arrastró de rodillas hasta el diván, sin hacer ruido, y cayó en él como presa de un desvanecimiento.

Pero como su mente no descansaba, descubrió un secreto. No era Emiliano a quien amaba Yolanda, sino Jorge, su hermano, que debía adorarla profundamente, como se adora a los ángeles.

¡Qué nobles y generosos corazones los de ellos dos! No pensaban ambos en sí mismos, sino en él, el feroz egoísta, que no se cuidó nunca de los propios deberes de marido, como no había cumplido los deberes de hermano. ¿No habría sido mejor cien veces que él hubiese muerto? Una vez desaparecido, Yolanda se habría con el tiempo resignado y empezado una nueva existencia al lado de Jorge, mil veces más digno que él de ser amado.

Osvaldo estaba absorto en este pensamiento, cuando la cortina del salón se alzó silenciosamente, y Noris entró despacito en la habitación. La hija de Nilotta había crecido y se había hecho monísima.

Ante aquella angélica visión, Osvaldo se sintió emocionado y renació en él el deseo de vivir por aquella niña. Sí; iba a agarrarse a la vida con ardor desesperado, jurando dedicar el resto de su existencia a su mujer y a Noris.

Cuando la niña vio a su padre con los ojos abiertos, batió palmas de puro contenta.

—¿Estás despierto, papá? —exclamó, abrazando a su padre y besándole repetidamente—. Mamita no quería que viniera, diciéndome que dormías; pero le he prometido que si era así, no te diría nada y me estaría tranquila contemplándote.

—¡Monada mía!

Yolanda les encontró abrazados y quiso reñir a la niña, temerosa de que le hubiese despertado.

—No; estaba despierto ya —dijo Osvaldo—. Déjala aquí, que me hace bien y quédate también tú. No sabéis cuánto me hace feliz vuestra compañía y sobre todo hoy que he tenido un ensueño delicioso.

Yolanda estaba asombrada ante aquellas frases.

—¿De veras? —exclamó.

—De veras. No puedes figurarte cuán contento estoy. Oye, Yolanda: acércate más y te explicaré lo que he soñado.

La joven seguía mirándole y preguntándose qué había podido ocurrir que de tal modo hubiese cambiado la fisonomía y el humor de su marido. Generalmente, cuando Osvaldo despertaba durante el día, estaba triste y preocupado y maltrataba a cuantos se hallaban en torno suyo. En cambio entonces sonreía dulcemente y su sonrisa demostraba un corazón alegre.

—He soñado —dijo Osvaldo— que estaba restablecido, que comenzaba una existencia nueva al lado tuyo y de mi hija; existencia dedicada por entero a las dos. Mi pasado me parecía desvanecido y yo mismo lo maldecía por los sinsabores que te había procurado; a ti que eres la más santa de las mujeres. Di: ¿deseas tú que se realice este sueño? ¿Te gustaría que curara del todo?

—Y me lo preguntas, Osvaldo —exclamó con los ojos radiantes de placer ante el inesperado cambio observado en su marido—. Esta es la plegaria que elevo al cielo todos los días, a todas horas, y espero que Dios me conceda esta gracia.

—¿Pero podráis tú olvidar y perdonar mis insultos y todas las ofensas que te he inferido? Estaba loco y he recobrado la razón; era un ciego y Dios me ha abierto los ojos y yo mismo me asombro de haberte desconocido y haberte creído capaz de faltarme.

Yolanda sintió de pronto afluir toda la sangre a su corazón y, echándose en brazos de su esposo, con lágrimas en los ojos, le dijo:

—No hablemos de ello más: soy demasiado feliz.

Noris estaba contentísima al ver abrazados a su padre y su mamita.

—Bravo, bravo; así me gusta —gritó alegremente—. Y ahora dadme los dos muchos besos, muchos besos.

Yolanda estaba muy lejos de sospechar que Osvaldo hubiese sorprendido su coloquio con Jorge, como él, a su vez, no pudo

adivinar todo el drama de pasión sublime y dolorosa de los dos nobles corazones que por él se sacrificaban, aceptando una vida de sufrimientos y de abnegación infinita, sin lamentarse, sin echarse nada en cara.

A la tarde llegó el conde Emiliano a informarse del estado del enfermo, y Osvaldo le recibió con tal expansión, que el dignísimo joven se sintió altamente conmovido.

Durante aquellos dos años Emiliano había cambiado bastante: sus cabellos se habían hecho ligeramente grises y su noble frente estaba surcada por algunas arrugas, mientras en el conjunto de su fisonomía se observaba un triste abatimiento.

Y es que desde el día de la desaparición de Susetta comprendió Emiliano lo mucho que la quería y cuánto aquella sublime criatura le era necesaria. El abogado señor Ranieri y su esposa no supieron o no quisieron decirle a dónde había ido la joven a refugiarse.

Y aquel día recibió inesperadamente la noticia de haber heredado a su anciana pariente, cuya existencia apenas conocía.

Antes de salir de Turín para ir a tomar posesión del heredado patrimonio que según se decía excedía de un millón, Emiliano estuvo a visitar al abogado Ranieri para decirle:

—Yo compro la villa de las Rosas y deseo que no se toque nada de cuanto encierra y que la servidumbre siga viviendo en ella.

Adriana, que estaba presente, exclamó con alegría:

—¡Muy bien! De este modo, cuando vuelva Susetta, encontrará nuevamente dispuesto su nido. Pero permita usted que le diga que fueron ustedes dos grandes chiquillos que por una censurable venganza dejaron escapar la felicidad.

—Tiene usted razón, señora —dijo el conde—, y ahora sufrimos ambos la pena. Susetta irá vagando sola e indefensa por el mundo;

yo quedo con el remordimiento de haberla acusado de ser la amante de Osvaldo, siendo así que tengo el convencimiento de su inocencia.

—¡Oh! puede usted tenerlo —exclamó Adriana—. Susetta no tenía en el mundo a nadie más que a usted; pero tiene una altivez como la mía y me dijo que aunque le pidiera usted perdón de rodillas y le viese morir a sus pies no sería nunca su esposa.

—Eso son cosas que todas las mujeres ofendidas repiten —dijo el abogado, sonriendo.

—Yo veo, sin embargo —añadió Adriana—, que si mañana se encontrara Susetta con usted, tendría una satisfacción en perdonarle.

—Vivo con esta esperanza —dijo gravemente el conde.

Y se fue y al regresar encontró pronta su nueva casa, gracias a los cuidados del abogado Ranieri y su mujer.

Cuando los criados supieron que la villa había sido adquirida por el conde Emiliano, no quisieron marcharse ya; la presencia del buen caballero era casi una garantía de que habían de ver de nuevo a su adorada dueña.

Ellos habían sorprendido el dulce secreto de Emiliano y Susetta, pero eran harto prudentes para hablar de él.

Emiliano pasaba parte del día en el despacho de Susetta, absorto en una especie de triste excitación, preguntándose qué haría ella en aquellos momentos y a dónde había ido que abandonara de tal modo a la hija de Nilotta, a quien quería como si fuese propia.

El día aquel, antes de ir a casa de Osvaldo, había leído el conde el periódico y, por lo tanto, el artículo referente a la agresión de que fue víctima Sor María, en el que se revelaba el nombre de esta.

Semejante revelación procuró a Emiliano una emoción delirante de alegría. ¿Susetta estaba en Turín? ¿Susetta se ocultaba bajo los hábitos de la religión?

Luego estaba arrepentida del daño causado por su deseo de venganza, y odiando la vida cuando apenas la había conocido, se dedicaba al cuidado de pobres y enfermos.

El conde no participó en seguida la noticia a la servidumbre; quiso informarse aún y ver a la hermana sin que esta lo sospechara.

Si Susetta sabía que él había comprado la villa, había de pensar alguna vez en él.

Emiliano recobraba la fe y la alegría de vivir. ¡Oh! Ahora no dejaría escapar a la joven adorada, y cuando ella se convenciera de lo mucho que él la quería y de cuán arrepentido estaba de haberla juzgado equivocadamente, no le había de rechazar.

Emiliano quería conquistarla a todo trance.

Con la alegría en el alma se dirigió a casa de Osvaldo, donde tuvo la doble satisfacción de verle reanimado y con los ojos radiantes de dicha y esperanza y la de ser acogido efusivamente.

—Parece que estás mejor —dijo Emiliano, después de estrechar la mano de Yolanda y de besar con cariño a Noris.

—Soy feliz —exclamó Osvaldo, con la sonrisa de los pasados tiempos —. Tuve un ensueño que ha levantado mi moral y me ha ofrecido una nueva esperanza. Hace unas cuantas horas, habría querido morir; ahora, en cambio, la vida me parece nuevamente hermosa y espero gozarla aún con los dos ángeles que están a mi lado.

—¡Oh! Ahora estoy casi segura de curarle —añadió Yolanda, conmovida—, porque además del médico tendré una poderosa auxiliar en una hermana que me ha sido recomendada por mi cuñado y vendrá a cuidar a este enfermo.

Osvaldo, atento a lo que decía su mujer, no se fijó en la repentina palidez de su amigo.

—¿Por qué malo? —preguntó.

—Porque te niegas con frecuencia a tomar las medicinas que te dan.

—Ahora las tomaré todas, todas.

—Bravo, papá —exclamó Noris—. Así curarás pronto.

—¿Quién es la hermana que le han recomendado? —preguntó Emiliano.

—Cierta Sor María.

Emiliano sintió una brusca sacudida.

—¿Ella...? ¿Ella aquí...? ¿Y es Jorge quien se la ha recomendado?

—Sí —contestó Yolanda—. La encontró a la cabecera de la cama del hijo del general Volterra, que debe a dicha hermana su completa curación.

—¿Pero Jorge no le ha dicho quién se oculta bajo los hábitos de aquella religiosa? —exclamó Emiliano—. ¿Y no sabe usted lo que sucedió a Sor María?

—No, no sabemos nada —dijeron maravillados los dos cónyuges.

Emiliano se volvió a Noris, que estaba sentada en un taburete junto al diván y le dijo:

—Vete, monina; vete un momento con Mali; tengo que hablar con mamá de cosas que una niña no debe saber.

—¿Y cuándo seré más alta?

—Entonces te lo diremos también.

Noris se fue con paso grave. Y apenas hubo salido de la estancia el conde murmuró en voz baja:

—Sor María no es otra que Susetta Plumet, la hermana de Nilotta.

—¿Ella...? ¿Ella...? —exclamaron a una y palideciendo los dos cónyuges—. ¿Cómo lo sabe usted?

Emiliano sacó un periódico del bolsillo.

—Hoy lo sabe todo Turín —contestó—, a causa de un lazo tendido a Susetta que a poco le cuesta la vida. Lea usted, señora...

Yolanda, aunque profundamente conmovida, leyó con voz clara y lenta el artículo que conocemos ya. La emoción sufrida por Osvaldo no es para ser descrita.

—¿Mi asesino fue detenido? —exclamó—. ¿Y Susetta se acusa de ser la única culpable de todo lo ocurrido? No; el primer culpable fui yo, que me entregué a los excesos de una pasión no correspondida y que ahora deploro. Yo mismo, con mi ligereza y mi imprudencia, induje a Cinta a las coqueterías que causaron los celos de Gondo y el doble crimen. Pero pregunto yo: ¿sabiendo ahora de quién se trata, podré aceptar los cuidados de Sor María?

Yolanda sonrió.

—¿Tienes miedo de enamorarte otra vez? —dijo.

—¡Oh! Esto no —contestó vivamente Osvaldo—, te lo juro. Si hasta me parece imposible que haya podido darte tan crueles sinsabores sin haber comprendido que una mujer como Susetta llevaba una intención secreta al ocuparse de un hombre casado como yo. Pero yo era entonces algo loco.

—¿Y ahora estás curado? —preguntó Emiliano a su vez.

—Del todo.

—Siendo así, puedo confiarte sin temor que amo a Susetta.

—Ya lo sé; lo adiviné; pero era tan tonto, que no lo quise creer, prefiriendo acusarte de traicionar al amigo.

Yolanda miró a los dos hombres sin sonrojarse.

—Ya que por lo visto —dijo— se ha puesto en claro el equívoco, mi parecer es que aceptes sin reparo los cuidados de Susetta.

—¿Pero y si Noris la reconoce y la llama mamá y no quiere separarse de ella? —preguntó asustado Osvaldo, ante la idea de tener que ceder la niña.

—Noris te quiere demasiado para abandonarte —contestó Yolanda—, y no se moverá de nuestro lado: te lo prometo.

—Y si me lo permiten ustedes, yo vendré aquí de ocultis para cerciorarme de que la hermana es realmente la Susetta que tanto amé y sigo adorando siempre y para ver de inquirir cuáles sean sus nuevos sentimientos.

—¿Cuándo empezaste a conocerla y amarla?

—Poco después de la muerte de Nilotta.

—Pero Susetta entonces se hallaba en Francia.

—Había visto su retrato.

Emiliano, convencido ya de que Yolanda y Osvaldo no habían de poner trabas a su amor, sino que en todo caso habían de ayudarle, contó sencillamente cuanto solo Jorge sabía hasta aquel momento.

—Pero es una verdadera novela —dijo Osvaldo cuando el conde hubo terminado—. Yo nunca sospeché nada. Pero desde el momento que ella te amaba, ¿por qué no te ofreciste desde luego para casarte?

—Por dos razones: porque me negaba que fuese Susetta, absorta en su deseo de vengar la muerte de su hermana, y la segunda porque entonces ella era rica y yo pobre.

—Ahora te comprendo —dijo Osvaldo, conmovido—. Tú tienes un corazón muy noble y mereces ser feliz. ¿Pero cómo has podido contenerte con tanta pasión en el alma?

El semblante del conde irradiaba como el de un apóstol.

—Con la sola fuerza de mi voluntad —contestó.

Osvaldo se ruborizó mirando a su mujer.

—Lo que me ha faltado siempre a mí —exclamó—, mientras pude tomar ejemplo de cuantos me rodearon.

Pero ahora, habiendo vuelto el afecto, la confianza y la esperanza al seno de la familia Naldi, todos esperaban con impaciencia a Sor María.

Pero en su lugar llegó una carta acompañada de un pequeño envoltorio.

La carta decía sencillamente:

«Llamada a otro sitio por virtud de mi ministerio, he de dejar Turín y con mucho sentimiento por mi parte no puedo mantener la promesa que hice al general Volterra de asistir al enfermo don Osvaldo Naldi. Pero según el diagnóstico de la enfermedad y las causas que le han producido, creo tener el remedio para curarla: 1.° Hacer uso de los pequeños paquetes de polvorina que le mando. 2.°, terminados estos, hacer lo que indica la receta encerrada en el busto que acompaño con los paquetes. Yo espero que con esto podrá vencerse la enfermedad. Mientras, rogaré a Dios por el pobre enfermo para que lo devuelva sano y salvo a la familia que le adora.—Sor María.»

Si Osvaldo y su mujer se emocionaron con la lectura de aquella carta, Emiliano sintió un dolor vivísimo. Susetta se le escapaba aún. Esta había comprendido que, una vez establecida su identidad, los que la amaron un día y la echaron de menos irían en su busca.

Y Susetta, deseosa de silencio en torno suyo, se había alejado.

Pero Emiliano fue en su busca a la casa donde se reunían las hermanas de su comunidad, sin que consiguiera de labios de estas una sola palabra con respecto a Susetta.

—Nosotras no tenemos un sitio fijo —dijo la más anciana—. La Casa madre dirige en todas partes y cuando tiene necesidad de hermanas

las manda a llamar sin decir a dónde irán; es más, la regla prohíbe averiguarlo.

—Pero toda regla tiene su excepción.

—Para nosotras no hay excepciones.

Emiliano volvió a casa descorazonado. Y no bien había llegado a ella, cuando le fue anunciada la visita de Adriana Ranieri.

Al verle, Adriana sonrió y le tendió la mano, pero el conde se apercibió de que estaba muy conmovida.

—Vengo a traer a usted un saludo de despedida —dijo con dulzura.

—¿De parte de Susetta, verdad?

—¿La ha visto usted?

—La he visto y hemos hablado detenidamente; deje usted que descanse un momento y luego se lo contaré todo.

Emiliano no contestó, pero la observaba ansiosamente. Adriana se sentó y después de levantar el velo que cubría sus ojos, contestó:

—Susetta había ocultado sus intenciones a todo el mundo, incluso a mí. Escribió una sola vez a mi marido desde París, dándole algunas instrucciones relativas al modo cómo había de emplear su capital, pero sin indicar su dirección, y desde entonces no supimos una palabra más.

»Solo por medio del periódico supe que bajo los hábitos de Sor María, de la cual había oído muy buenas referencias, se ocultaba Susetta Plumet. No perdí tiempo y acudí en su busca.

—¿Y la encontró usted? —preguntó palpitante Emiliano.

—Sí —contestó Adriana, sonriendo—. ¡Ah! ¡Si la viera usted vestida de religiosa! ¡Parece un ángel! Yo no me saciaba de admirarla, y después de haberla besado y abrazado repetidas veces, le dije:

«—¿Pero por qué, por qué se sacrifica usted de esta manera? ¿Por qué renuncia usted a todas las alegrías de la vida?

»—Porque fui culpable y he de expiar mis culpas —contestó.

»Y a un ademán mío añadió:

»—Sí; he de renunciar a todos mis sueños; las alegrías del mundo murieron para mí y no he de conservar esperanza alguna.

»—¿Pero no sabes —prorrumpí con ímpetu— que hay un hombre que muere de amor por ti? Perdone usted mis palabras, Emiliano.

—Son la expresión de la verdad —dijo Emiliano, presa de una ansiedad horrible—. Siga usted.

»—Susetta palideció de una manera atroz y me dirigió una mirada que me hizo temblar.

»—Ya me olvidará —contestó—, como procuro olvidar yo.

»—¿Luego tú le amas aún? —exclamé.

»—Sí, le amo... —contestó con sencillez—, porque yo no soy una mujer que entrega el corazón dos veces. Pero repito lo que dije un día: no seré nunca su esposa y ocurra lo que quiera no me veré más con él. Puedes darle, pues, mi eterno adiós.

»En vano la supliqué que revocara su resolución. Permaneció firme e inquebrantable en ella.

»—Todo, mi amor lo he concentrado ahora en mis pobres enfermos —dijo—. Solo a ellos he consagrado mi vida.

»—Pero Emiliano vendrá a arrancarte de aquí, si sabe, como yo, que te ocultas bajo este hábito.

»La vi temblar y sonrojarse.

»—¿Tú crees que vendrá?

»—Estoy segura de ello.

»—Pero si él fue quien me repudió y me despreció.

»—Porque te creía la amante de Osvaldo.

»—Si me hubiese amado de veras, no habría dudado de mí y me habría perdonado.

»—Si no te hubiese amado, no se habría dado prisa en comprar la villa donde estuviste, donde todo habla aún de ti; ni habría conservado tu servidumbre.

»Susetta bajó la vista.

»—Un capricho de gran señor, como es ahora —contestó—. Yo doy gracias a Dios por la fortuna que ha tenido. Se la merecía.

»Y tendiéndome la mano que encontré helada y temblorosa, añadió:

»—Dile de mi parte que solo deseo saberle casado y feliz. ¡Hay tantas y tan lindas y buenas muchachas, que no tendrán otro deseo que el de amarle y obtener su corazón! Que se persuada de que he muerto y así le será más fácil alejarme de su imaginación y dedicarse a una nueva existencia.

»Luego me abrazó repetidamente, diciendo:

»—Adiós, adiós para siempre.

»—¿Adiós? ¡No! Porque yo vendré a visitarte —contesté.

»Susetta no respondió; me estrechó de nuevo las manos, acompañándome hasta la puerta.

»La misma noche supe que había salido de Turín.

—Pero yo la encontraré; ¡quiero encontrarla! —exclamó Emiliano—. No; no es posible que yo la pierda así.

»¡Oh! Perdone usted mi desahogo, señora; pero es tanto lo que sufro, que no sé lo que me digo ni lo que me hago.

Adriana no quiso demostrar cuán conmovida estaba.

—Vaya, Emiliano, no se descorazone usted —dijo—. Usted que nos ha dado tantos ejemplos de firmeza y fuerza de voluntad, ¿iba ahora a desesperarse y a dejarse abatir por el dolor? Desde el momento en que está usted seguro de su amor por Susetta y del de ella por usted, espere; de este modo su triunfo será más grande. ¿Cree usted que sus amigos, cuantos quieren a ustedes van a permitir que los dos se sacrifiquen? No, no. El mismo Dios no lo puede permitir, puesto que ve que el corazón aquel que habría de serle a Él solo dedicado, lleva impresa una imagen terrenal.

Una expresión de infinita gratitud apareció en los abatidos ojos de Emiliano que, tomando una de las manos de Adriana, la llevó con respeto a los labios.

—Gracias por sus palabras y su consuelo —murmuró—. Y Dios quiera que sea usted adivina.

Cuando Adriana le dejó, el conde estaba más tranquilo, pero sus labios repitieron con inmensa angustia el nombre de su adorada.

—¡Susetta, Susetta! —murmuraba—. ¿No sabes acaso cuánto te amo y que Dios no te perdonaría mi infelicidad y mi muerte?

Toda la servidumbre de Emiliano se enteró de que su dueña Susetta, a quien seguían esperando siempre, había vivido dos años en Turín, al lado de ellos, bajo los modestos hábitos de hermana de la caridad. Y leyeron todos ávidamente el hecho de la agresión de Susetta y cuanto había ocurrido.

Quien quedó más impresionada fue Cinta y también ella se apresuró a ir en busca de la hermana. Pero no la encontró.

Y volvió a casa llorando desesperada.

—Yo soy la mayor culpable de cuanto sucede —dijo a René—, porque si yo no hubiese lisonjeado a Gondo e instigado sus celos, don Osvaldo no estaría hoy luchando entre la vida y la muerte y la señorita Susetta no habría desaparecido de este modo dejándonos sumidos en el dolor y el remordimiento.

René procuraba calmarla y mitigar sus penas. Y acabó por decirle:

—¿Sabes lo que tendrías que hacer para reparar tu culpa y que nuestro dueño recobre la perdida felicidad?

—Di.

—Ir en busca de Susetta, decirle cuánto sufre el conde por ella y procurar que vuelva aquí. Pero como todo esto a ti no te sería fácil realizarlo, yo te acompañaré.

Cinta le saltó al cuello, besándole con ímpetu.

—¡Oh! sí, sí; hagámoslo. Yo estoy dispuesta a ello.

—Y yo.

Y esto acordado, apenas se fue Adriana, los dos jóvenes se presentaron a Emiliano, exponiéndole su proyecto y sus esperanzas.

El conde, conmovido ante tal espontaneidad de afectos, les dio el consentimiento.

Y, una vez solo, besó apasionadamente un retrato de Susetta, murmurando:

—No; no es posible que me abandones para siempre; no, no me escaparás, porque yo te amo; te amo y si te ofendí perdóname y no me apartes de ti.

VIII

La decisión de Susetta fue debida a la visita de Adriana y a cuanto le contó del conde. Lo que sintió interiormente la joven es más fácil imaginarlo que describirlo. Tras una larga lucha consigo misma y después de haber llorado largamente y orado delante de un crucifijo, se levantó resuelta a cumplir su sacrificio hasta el final.

Susetta fue a ver a la madre superiora y le dijo con sencillez:

—Ocúlteme usted para que nadie sepa en Turín dónde yo me encuentro. Los periódicos han hablado de mí; todos vienen en mi busca y me he visto obligada a recibir la visita de la señora Ranieri; pero no deseo ver a nadie más. Aconséjeme qué debo hacer.

Susetta estaba agitadísima.

La madre superiora la miró con suprema dulzura y compasión.

—Hija mía —contestó con maternal acento—. Usted no está obligada a decir a los que la buscan el sitio dónde se encuentra. Haré decir a todo el que se presente que se ha marchado usted, y mientras decidirá usted misma lo que crea más conveniente. En breve terminan sus votos...

—¡Oh! Los renovaré —interrumpió precipitadamente Susetta—, porque me siento muy feliz. El mundo no me seduce ya; mi sola alegría ahora es la de llevar un alivio a mis pobres enfermos y con la ayuda de Dios arrancar alguno de las garras de la muerte.

—La creo, hija mía; de todos modos, tiempo tiene usted para reflexionar; porque estará durante unos días retirada en su celda hasta que la madre general haya decidido a dónde la enviará.

—Cuanto más lejos me envíe, más la bendeciré.

Su alma entera estaba en aquel momento consagrada a Dios y a Él ofrecía sus sufrimientos como un cántico de amor.

Pero en la soledad de su propia celda su pensamiento se dirigía a los enfermos abandonados. Pensaba en Luciano, el hijo del general, que lloraría no viéndola llegar; pensaba en Osvaldo moribundo a quien había ofrecido asistir y ver de curar.
—¿Pero todo eso que cuenta el periódico es verdad? —preguntó el general.

Susetta se ruborizó, pero no inclinó los ojos ante las miradas del general.

—Sí —contestó con franqueza.

—Perdone usted mi indiscreción —añadió el caballero—, pero en su vida debe de haber un motivo muy grave, aparte la trágica muerte de su padre adoptivo, para que a su edad haya renunciado a las alegrías que el mundo podía ofrecerle y a las riquezas de que era poseedora para entregarse a una vida de abnegación, de miseria, de sacrificio.

—Mi vocación es un secreto entre Dios y yo —respondió Susetta, con sencillez—, y usted es demasiado caballero para insistir en averiguarlo.

—Pero sus votos no serán eternos y podrá usted renovarlos anualmente.

—Verdad es; pero soy demasiado feliz para renunciar a ellos.

—Sí, mejor es así —dijo Luciano con entusiasmo—, porque si usted se fuera y regresara a Francia, yo no la volvería a ver y esto sería un gran disgusto para mí. Sí, porque en usted veo a mi mamita.

El general sonrió con lágrimas en los ojos.

La hermana, ruborizada, se inclinó para besar las pálidas mejillas del niño.

—Sí, seré para ti una mamita, como lo soy de todos los niños enfermos y buenos —dijo con dulzura—. Pero ahora no quiero que me hables más de cosas tristes, porque deseo verte curado, bien curado. Mejor es que me enseñes los dibujos que cuando estabas en cama prometiste enseñarme; ¿verdad, general? Porque quiero también yo dar mi parecer a este pintor en ciernes.

Susetta sonreía reanimada. El general fue en persona en busca de los dibujos, murmurando:

—¡Qué encantadora criatura! Me recuerda mi Lucinda. ¡Ah! Mejor hubiera sido que mi pobre hija, en vez de desesperarse y matarse se hubiese hecho hermana. Tal vez las desventuras de los demás la habrían hecho olvidar las suyas y Luciano se encontraría al lado de su verdadera madre.

VII

En un bajo diván de un amplio dormitorio de color de rosa, con dos ventanas que dan al jardín y cuyo ambiente es perfumado y tibio, Osvaldo Naldi, lívido e inerte está tendido y, al parecer, durmiendo. Dos años de sufrimientos continuos han operado un cambio en el físico del joven industrial. Su semblante de tan perfectas líneas se ve hundido y descarnado; dos manchas rosas en los pómulos denotan la fiebre lenta que le consume; dos círculos negros se distinguen bajo sus párpados; sus brazos parecen perderse dentro de las mangas de la bata y sus manos huesudas y abiertas descansan sobre los muslos.

Sus rubios cabellos perdieron su brillantez y una barba fina y rizada que le rodea el afilado rostro le da casi el aspecto de un Nazareno.

Hacía dos años que venía lentamente perdiendo y aunque los que le rodeaban le infundían la esperanza de una curación más o menos próxima, Osvaldo presentía que se acercaba su fin. Su carácter parecía haberse hecho más áspero en aquella lucha entre la vida y la muerte y recibía con desconfianza los cuidados afectuosos de que le rodeaba su mujer, aquella mujer admirable que se había convertido en una hermana de la Caridad, junto al lecho de su esposo; le parecía que a su alrededor solo tenía enemigos.

A veces sacudía su cuerpo una especie de pasmo; se dibujaba en sus labios una sonrisa de loco y dirigiéndose a Yolanda le decía:

—¿Tú esperas quedar viuda, verdad? Pues tranquilízate; no tendrás que esperar mucho.

—¿Por qué hablas de este modo? —le decía dulcemente Yolanda—. Sabes que cuando me dices eso me haces mucho daño; a mí que daría gota a gota toda mi sangre con tal de verte completamente curado. Y si me obedeces curarás.

—Vuestras medicinas en lugar de curarme me empeoran. Mejor sería que no me molestarais tanto —añadía Osvaldo.

A Rosa no la quería ver. Osvaldo afirmaba que la pobre mujer se complacía en verle agonizar. —¡Ay de ella si hubiese osado entrar en su habitación!

También le fastidiaban los señores Falconi, sus suegros; la madre de Yolanda porque le hablaba de resignación, y el señor Falconi porque, a pesar de su vida agitada y poco correcta, parecía respirar salud por sus cuatro costados.

Se lamentaba asimismo de que a su hermano Jorge le viera muy de tarde en tarde, aunque este le decía que trabajaba en la fábrica por él para que cuando volviese a ella lo encontrara todo en orden.

Al principio quiso Osvaldo que alejasen al conde Emiliano. Luego, cuando ya no le vio, supuso que mientras él dormía, el conde se ocultaba con su mujer y entonces quiso que volviera para tenerle constantemente a su presencia y vigilarle él mismo.

Solo Noris conseguía arrancar a Osvaldo alguna sonrisa y hacerle pasar tranquilo algunas horas. Y quiso asimismo que Rosa fuese sustituida por Mali, porque esta le hablaba de Susetta, contándole cómo la conoció en París y cómo entró en su casa.

Sin embargo, había momentos en que Osvaldo se deshacía en improperios contra Susetta y Nilotta y especialmente contra Cinta.

—¡Tener que morir por la holgazana aquella! —gritaba—. Porque fue ella la que instigó a Susetta a llevarme al pabellón... ¿Y la

absolvieron? ¡Valiente justicia! ¿Y no han conseguido detener al asesino?

Y lívido, furioso, descontento de sí mismo y de todos, seguía gritando, presa de una crisis nerviosa, hasta que caía fatigado, rendido.

A la mañana siguiente del encuentro de Jorge con Sor María, Osvaldo, después de haber tomado una taza de leche con un huevo batido, se durmió plácidamente. Esto le ocurría casi todas las mañanas y quedaba, más que dormido, amodorrado hasta mediodía.

Durante aquellas horas nadie entraba en su habitación, excepción hecha de Yolanda y aun esta permanecía en ella poco rato, porque el pobre enfermo no quería ser molestado, tanto más cuanto que una vez que le despertaron inesperadamente a consecuencia de un ligero rumor, tuvo una crisis nerviosa tal, un estallido de cólera tan grande, que desde entonces nadie se atrevía casi a mover un pie en la casa cuando dormitaba él.

Noris salía con Mali y no volvía a parecer hasta la hora del almuerzo, reinando en la casa un silencio de muerte.

Esto ocurría aquella mañana. Osvaldo, caído en aquella postración, que a menudo duraba la mitad del día, quedó solo y tranquilo. Pero eran cerca de las diez cuando despertó. Durante un corto momento su mirada se dirigió extraviada en torno suyo, luego adquirió el sentimiento de la realidad e hizo ademán de tender la mano al timbre eléctrico.

Pero se detuvo y pensó: ¿por qué no está aquí Yolanda?

¿Era tal vez en aquellos momentos cuando recibía a Emiliano, segura de no ser molestada ni sorprendida?

En su fuero interno tenía casi la seguridad de ello, y sintió una rabia vivísima con mezcla de dolor; sus azules pupilas, que la enfermedad parecía haber dilatado, echaban chispas siniestras; pero de pronto pareció ser víctima de una espantosa calma.

Descendió del diván y, trémulo y encorvado, envuelto en una bata que daba a su figura un aspecto espectral, se dirigió a la puerta que daba a la estancia contigua y estaba cubierta con una doble cortina.

Apenas había llegado a ella cuando oyó la voz de Yolanda hablando en voz baja.

—La señora Naldi decía:

—¿Tiene usted la seguridad, Jorge, de que la hermana de que usted me habla, posee remedios portentosos para la enfermedad de Osvaldo?

—Así me lo aseguró el general —contestó Jorge—. Si Osvaldo fuese tuberculoso de nacimiento, no habría esperanza alguna, pero su enfermedad no es más que una consecuencia de la lesión al pulmón y ¿por qué no ha de encontrarse un remedio que consiga cicatrizar la herida y detenga los progresos del mal? No sería el suyo el primer caso de un hombre que hubiese vivido hasta edad muy avanzada con un pulmón solo.

—¡Oh, Jorge! Me da usted una esperanza que conforta a mi espíritu. ¡Si usted supiese cuánto he llorado y rogado a Dios para que obrara un milagro!

Osvaldo había caído de rodillas detrás de la cortina y se oprimía el corazón con ambas manos.

¡Cuán mal había juzgado a aquella santa criatura a quien nunca dirigió una palabra de consuelo y en cambio la hirió en sus afectos todos, vilipendiándola, calumniándola.

Y ella, generosa, se vengaba rogando a Dios que le salvara y le devolviera la salud, sin preocuparse de sí misma ni de su libertad.

Gruesas lágrimas caían de sus ojos; pero Osvaldo no cuidó de enjugarlas y siguió escuchando.

—Es usted uno de los pocos ángeles de la tierra —dijo—, pero un ángel desconocido a quien debiera adorar de rodillas. En mi

hermano existe siempre la duda de que usted ama a Emiliano y sea correspondida.

—Sí —contestó Yolanda, tristemente—. ¡Pobre Emiliano! Muy mal recompensadas son su bondad y su abnegación. Él, que salvó a Osvaldo cuando los obreros estaban dispuestos a agredirle con motivo de la muerte de Nilotta; el que, locamente enamorado de Susetta se puso en lucha con ella para apartar a Osvaldo de la venganza que entonces meditaba, ha perdido ahora y para siempre a la joven amada, cuya suerte ignora a pesar de las gestiones practicadas; y mi marido, mientras le quiere unas veces a su lado, otras le hiere con miradas de odio que muchas veces me hacen temblar. No; ¡no es justo!

Yolanda rompió a llorar.

—Cálmese; se lo suplico —dijo Jorge—. Sus lágrimas bajan una a una en mi corazón y lo hacen casi cruel contra mi hermano... ¡Ah, estúpido! ¡que nunca comprendió el tesoro que en usted poseía!... Créame usted que hubo momentos en que deseé la muerte de Osvaldo; luego esta pésima idea me asustó, tuve miedo de que usted me despreciara... y no oí otra voz que la del deber que me decía: salva a tu hermano, aunque sea a costa de tu vida...

Y a costa de mi vida cumpliré con mi deber.

—Jorge: así le quiero a usted y así le amo y aprecio —respondió Yolanda, con dulce energía—. Aunque Osvaldo siga desconociendo nuestros sacrificios, no por esto hemos de descorazonarnos; encontraremos la recompensa en el cumplimiento de nuestro deber, en la estima de nosotros mismos, en la paz de la conciencia, y nuestro afecto purísimo no nos sonrojará jamás ni tendremos en el alma remordimiento alguno.

Osvaldo no quiso oír más; se arrastró de rodillas hasta el diván, sin hacer ruido, y cayó en él como presa de un desvanecimiento.

Pero como su mente no descansaba, descubrió un secreto. No era Emiliano a quien amaba Yolanda, sino Jorge, su hermano, que debía adorarla profundamente, como se adora a los ángeles.

¡Qué nobles y generosos corazones los de ellos dos! No pensaban ambos en sí mismos, sino en él, el feroz egoísta, que no se cuidó nunca de los propios deberes de marido, como no había cumplido los deberes de hermano. ¿No habría sido mejor cien veces que él hubiese muerto? Una vez desaparecido, Yolanda se habría con el tiempo resignado y empezado una nueva existencia al lado de Jorge, mil veces más digno que él de ser amado.

Osvaldo estaba absorto en este pensamiento, cuando la cortina del salón se alzó silenciosamente, y Noris entró despacito en la habitación. La hija de Nilotta había crecido y se había hecho monísima.

Ante aquella angélica visión, Osvaldo se sintió emocionado y renació en él el deseo de vivir por aquella niña. Sí; iba a agarrarse a la vida con ardor desesperado, jurando dedicar el resto de su existencia a su mujer y a Noris.

Cuando la niña vio a su padre con los ojos abiertos, batió palmas de puro contenta.

—¿Estás despierto, papá? —exclamó, abrazando a su padre y besándole repetidamente—. Mamita no quería que viniera, diciéndome que dormías; pero le he prometido que si era así, no te diría nada y me estaría tranquila contemplándote.

—¡Monada mía!

Yolanda les encontró abrazados y quiso reñir a la niña, temerosa de que le hubiese despertado.

—No; estaba despierto ya —dijo Osvaldo—. Déjala aquí, que me hace bien y quédate también tú. No sabéis cuánto me hace feliz vuestra compañía y sobre todo hoy que he tenido un ensueño delicioso.

Yolanda estaba asombrada ante aquellas frases.

—¿De veras? —exclamó.

—De veras. No puedes figurarte cuán contento estoy. Oye, Yolanda: acércate más y te explicaré lo que he soñado.

La joven seguía mirándole y preguntándose qué había podido ocurrir que de tal modo hubiese cambiado la fisonomía y el humor de su marido. Generalmente, cuando Osvaldo despertaba durante el día, estaba triste y preocupado y maltrataba a cuantos se hallaban en torno suyo. En cambio entonces sonreía dulcemente y su sonrisa demostraba un corazón alegre.

—He soñado —dijo Osvaldo— que estaba restablecido, que comenzaba una existencia nueva al lado tuyo y de mi hija; existencia dedicada por entero a las dos. Mi pasado me parecía desvanecido y yo mismo lo maldecía por los sinsabores que te había procurado; a ti que eres la más santa de las mujeres. Di: ¿deseas tú que se realice este sueño? ¿Te gustaría que curara del todo?

—Y me lo preguntas, Osvaldo —exclamó con los ojos radiantes de placer ante el inesperado cambio observado en su marido—. Esta es la plegaria que elevo al cielo todos los días, a todas horas, y espero que Dios me conceda esta gracia.

—¿Pero podráis tú olvidar y perdonar mis insultos y todas las ofensas que te he inferido? Estaba loco y he recobrado la razón; era un ciego y Dios me ha abierto los ojos y yo mismo me asombro de haberte desconocido y haberte creído capaz de faltarme.

Yolanda sintió de pronto afluir toda la sangre a su corazón y, echándose en brazos de su esposo, con lágrimas en los ojos, le dijo:

—No hablemos de ello más: soy demasiado feliz.

Noris estaba contentísima al ver abrazados a su padre y su mamita.

—Bravo, bravo; así me gusta —gritó alegremente—. Y ahora dadme los dos muchos besos, muchos besos.

Yolanda estaba muy lejos de sospechar que Osvaldo hubiese sorprendido su coloquio con Jorge, como él, a su vez, no pudo adivinar todo el drama de pasión sublime y dolorosa de los dos nobles corazones que por él se sacrificaban, aceptando una vida de sufrimientos y de abnegación infinita, sin lamentarse, sin echarse nada en cara.

A la tarde llegó el conde Emiliano a informarse del estado del enfermo, y Osvaldo le recibió con tal expansión, que el dignísimo joven se sintió altamente conmovido.

Durante aquellos dos años Emiliano había cambiado bastante: sus cabellos se habían hecho ligeramente grises y su noble frente estaba surcada por algunas arrugas, mientras en el conjunto de su fisonomía se observaba un triste abatimiento.

Y es que desde el día de la desaparición de Susetta comprendió Emiliano lo mucho que la quería y cuánto aquella sublime criatura le era necesaria. El abogado señor Ranieri y su esposa no supieron o no quisieron decirle a dónde había ido la joven a refugiarse.

Y aquel día recibió inesperadamente la noticia de haber heredado a su anciana pariente, cuya existencia apenas conocía.

Antes de salir de Turín para ir a tomar posesión del heredado patrimonio que según se decía excedía de un millón, Emiliano estuvo a visitar al abogado Ranieri para decirle:

—Yo compro la villa de las Rosas y deseo que no se toque nada de cuanto encierra y que la servidumbre siga viviendo en ella.

Adriana, que estaba presente, exclamó con alegría:

—¡Muy bien! De este modo, cuando vuelva Susetta, encontrará nuevamente dispuesto su nido. Pero permita usted que le diga que fueron ustedes dos grandes chiquillos que por una censurable venganza dejaron escapar la felicidad.

—Tiene usted razón, señora —dijo el conde—, y ahora sufrimos ambos la pena. Susetta irá vagando sola e indefensa por el mundo; yo quedo con el remordimiento de haberla acusado de ser la amante de Osvaldo, siendo así que tengo el convencimiento de su inocencia.

—¡Oh! puede usted tenerlo —exclamó Adriana—. Susetta no tenía en el mundo a nadie más que a usted; pero tiene una altivez como la mía y me dijo que aunque le pidiera usted perdón de rodillas y le viese morir a sus pies no sería nunca su esposa.

—Eso son cosas que todas las mujeres ofendidas repiten —dijo el abogado, sonriendo.

—Yo veo, sin embargo —añadió Adriana—, que si mañana se encontrara Susetta con usted, tendría una satisfacción en perdonarle.

—Vivo con esta esperanza —dijo gravemente el conde.

Y se fue y al regresar encontró pronta su nueva casa, gracias a los cuidados del abogado Ranieri y su mujer.

Cuando los criados supieron que la villa había sido adquirida por el conde Emiliano, no quisieron marcharse ya; la presencia del buen caballero era casi una garantía de que habían de ver de nuevo a su adorada dueña.

Ellos habían sorprendido el dulce secreto de Emiliano y Susetta, pero eran harto prudentes para hablar de él.

Emiliano pasaba parte del día en el despacho de Susetta, absorto en una especie de triste excitación, preguntándose qué haría ella en aquellos momentos y a dónde había ido que abandonara de tal modo a la hija de Nilotta, a quien quería como si fuese propia.

El día aquel, antes de ir a casa de Osvaldo, había leído el conde el periódico y, por lo tanto, el artículo referente a la agresión de que fue víctima Sor María, en el que se revelaba el nombre de esta.

Semejante revelación procuró a Emiliano una emoción delirante de alegría. ¿Susetta estaba en Turín? ¿Susetta se ocultaba bajo los hábitos de la religión?

Luego estaba arrepentida del daño causado por su deseo de venganza, y odiando la vida cuando apenas la había conocido, se dedicaba al cuidado de pobres y enfermos.

El conde no participó en seguida la noticia a la servidumbre; quiso informarse aún y ver a la hermana sin que esta lo sospechara.

Si Susetta sabía que él había comprado la villa, había de pensar alguna vez en él.

Emiliano recobraba la fe y la alegría de vivir. ¡Oh! Ahora no dejaría escapar a la joven adorada, y cuando ella se convenciera de lo mucho que él la quería y de cuán arrepentido estaba de haberla juzgado equivocadamente, no le había de rechazar.

Emiliano quería conquistarla a todo trance.

Con la alegría en el alma se dirigió a casa de Osvaldo, donde tuvo la doble satisfacción de verle reanimado y con los ojos radiantes de dicha y esperanza y la de ser acogido efusivamente.

—Parece que estás mejor —dijo Emiliano, después de estrechar la mano de Yolanda y de besar con cariño a Noris.

—Soy feliz —exclamó Osvaldo, con la sonrisa de los pasados tiempos —. Tuve un ensueño que ha levantado mi moral y me ha ofrecido una nueva esperanza. Hace unas cuantas horas, habría querido morir; ahora, en cambio, la vida me parece nuevamente hermosa y espero gozarla aún con los dos ángeles que están a mi lado.

—¡Oh! Ahora estoy casi segura de curarle —añadió Yolanda, conmovida—, porque además del médico tendré una poderosa auxiliar en una hermana que me ha sido recomendada por mi cuñado y vendrá a cuidar a este enfermo.

Osvaldo, atento a lo que decía su mujer, no se fijó en la repentina palidez de su amigo.

—¿Por qué malo? —preguntó.

—Porque te niegas con frecuencia a tomar las medicinas que te dan.

—Ahora las tomaré todas, todas.

—Bravo, papá —exclamó Noris—. Así curarás pronto.

—¿Quién es la hermana que le han recomendado? —preguntó Emiliano.

—Cierta Sor María.

Emiliano sintió una brusca sacudida.

—¿Ella...? ¿Ella aquí...? ¿Y es Jorge quien se la ha recomendado?

—Sí —contestó Yolanda—. La encontró a la cabecera de la cama del hijo del general Volterra, que debe a dicha hermana su completa curación.

—¿Pero Jorge no le ha dicho quién se oculta bajo los hábitos de aquella religiosa? —exclamó Emiliano—. ¿Y no sabe usted lo que sucedió a Sor María?

—No, no sabemos nada —dijeron maravillados los dos cónyuges.

Emiliano se volvió a Noris, que estaba sentada en un taburete junto al diván y le dijo:

—Vete, monina; vete un momento con Mali; tengo que hablar con mamá de cosas que una niña no debe saber.

—¿Y cuándo seré más alta?

—Entonces te lo diremos también.

Noris se fue con paso grave. Y apenas hubo salido de la estancia el conde murmuró en voz baja:

—Sor María no es otra que Susetta Plumet, la hermana de Nilotta.

—¿Ella...? ¿Ella...? —exclamaron a una y palideciendo los dos cónyuges—. ¿Cómo lo sabe usted?

Emiliano sacó un periódico del bolsillo.

—Hoy lo sabe todo Turín —contestó—, a causa de un lazo tendido a Susetta que a poco le cuesta la vida. Lea usted, señora...

Yolanda, aunque profundamente conmovida, leyó con voz clara y lenta el artículo que conocemos ya. La emoción sufrida por Osvaldo no es para ser descrita.

—¿Mi asesino fue detenido? —exclamó—. ¿Y Susetta se acusa de ser la única culpable de todo lo ocurrido? No; el primer culpable fui yo, que me entregué a los excesos de una pasión no correspondida y que ahora deploro. Yo mismo, con mi ligereza y mi imprudencia, induje a Cinta a las coqueterías que causaron los celos de Gondo y el doble crimen. Pero pregunto yo: ¿sabiendo ahora de quién se trata, podré aceptar los cuidados de Sor María?

Yolanda sonrió.

—¿Tienes miedo de enamorarte otra vez? —dijo.

—¡Oh! Esto no —contestó vivamente Osvaldo—, te lo juro. Si hasta me parece imposible que haya podido darte tan crueles sinsabores sin haber comprendido que una mujer como Susetta llevaba una intención secreta al ocuparse de un hombre casado como yo. Pero yo era entonces algo loco.

—¿Y ahora estás curado? —preguntó Emiliano a su vez.

—Del todo.

—Siendo así, puedo confiarte sin temor que amo a Susetta.

—Ya lo sé; lo adiviné; pero era tan tonto, que no lo quise creer, prefiriendo acusarte de traicionar al amigo.

Yolanda miró a los dos hombres sin sonrojarse.

—Ya que por lo visto —dijo— se ha puesto en claro el equívoco, mi parecer es que aceptes sin reparo los cuidados de Susetta.

—¿Pero y si Noris la reconoce y la llama mamá y no quiere separarse de ella? —preguntó asustado Osvaldo, ante la idea de tener que ceder la niña.

—Noris te quiere demasiado para abandonarte —contestó Yolanda—, y no se moverá de nuestro lado: te lo prometo.

—Y si me lo permiten ustedes, yo vendré aquí de ocultis para cerciorarme de que la hermana es realmente la Susetta que tanto amé y sigo adorando siempre y para ver de inquirir cuáles sean sus nuevos sentimientos.

—¿Cuándo empezaste a conocerla y amarla?

—Poco después de la muerte de Nilotta.

—Pero Susetta entonces se hallaba en Francia.

—Había visto su retrato.

Emiliano, convencido ya de que Yolanda y Osvaldo no habían de poner trabas a su amor, sino que en todo caso habían de ayudarle, contó sencillamente cuanto solo Jorge sabía hasta aquel momento.

—Pero es una verdadera novela —dijo Osvaldo cuando el conde hubo terminado—. Yo nunca sospeché nada. Pero desde el momento que ella te amaba, ¿por qué no te ofreciste desde luego para casarte?

—Por dos razones: porque me negaba que fuese Susetta, absorta en su deseo de vengar la muerte de su hermana, y la segunda porque entonces ella era rica y yo pobre.

—Ahora te comprendo —dijo Osvaldo, conmovido—. Tú tienes un corazón muy noble y mereces ser feliz. ¿Pero cómo has podido

contenerte con tanta pasión en el alma?

El semblante del conde irradiaba como el de un apóstol.

—Con la sola fuerza de mi voluntad —contestó.

Osvaldo se ruborizó mirando a su mujer.

—Lo que me ha faltado siempre a mí —exclamó—, mientras pude tomar ejemplo de cuantos me rodearon.

Pero ahora, habiendo vuelto el afecto, la confianza y la esperanza al seno de la familia Naldi, todos esperaban con impaciencia a Sor María.

Pero en su lugar llegó una carta acompañada de un pequeño envoltorio.

La carta decía sencillamente:

«Llamada a otro sitio por virtud de mi ministerio, he de dejar Turín y con mucho sentimiento por mi parte no puedo mantener la promesa que hice al general Volterra de asistir al enfermo don Osvaldo Naldi. Pero según el diagnóstico de la enfermedad y las causas que le han producido, creo tener el remedio para curarla: 1.° Hacer uso de los pequeños paquetes de polvorina que le mando. 2.°, terminados estos, hacer lo que indica la receta encerrada en el busto que acompaño con los paquetes. Yo espero que con esto podrá vencerse la enfermedad. Mientras, rogaré a Dios por el pobre enfermo para que lo devuelva sano y salvo a la familia que le adora.—Sor María.»

Si Osvaldo y su mujer se emocionaron con la lectura de aquella carta, Emiliano sintió un dolor vivísimo. Susetta se le escapaba aún. Esta había comprendido que, una vez establecida su identidad, los que la amaron un día y la echaron de menos irían en su busca.

Y Susetta, deseosa de silencio en torno suyo, se había alejado.

Pero Emiliano fue en su busca a la casa donde se reunían las hermanas de su comunidad, sin que consiguiera de labios de estas

una sola palabra con respecto a Susetta.

—Nosotras no tenemos un sitio fijo —dijo la más anciana—. La Casa madre dirige en todas partes y cuando tiene necesidad de hermanas las manda a llamar sin decir a dónde irán; es más, la regla prohíbe averiguarlo.

—Pero toda regla tiene su excepción.

—Para nosotras no hay excepciones.

Emiliano volvió a casa descorazonado. Y no bien había llegado a ella, cuando le fue anunciada la visita de Adriana Ranieri.

Al verle, Adriana sonrió y le tendió la mano, pero el conde se apercibió de que estaba muy conmovida.

—Vengo a traer a usted un saludo de despedida —dijo con dulzura.

—¿De parte de Susetta, verdad?

—¿La ha visto usted?

—La he visto y hemos hablado detenidamente; deje usted que descanse un momento y luego se lo contaré todo.

Emiliano no contestó, pero la observaba ansiosamente. Adriana se sentó y después de levantar el velo que cubría sus ojos, contestó:

—Susetta había ocultado sus intenciones a todo el mundo, incluso a mí. Escribió una sola vez a mi marido desde París, dándole algunas instrucciones relativas al modo cómo había de emplear su capital, pero sin indicar su dirección, y desde entonces no supimos una palabra más.

»Solo por medio del periódico supe que bajo los hábitos de Sor María, de la cual había oído muy buenas referencias, se ocultaba Susetta Plumet. No perdí tiempo y acudí en su busca.

—¿Y la encontró usted? —preguntó palpitante Emiliano.

—Sí —contestó Adriana, sonriendo—. ¡Ah! ¡Si la viera usted vestida de religiosa! ¡Parece un ángel! Yo no me saciaba de admirarla, y después de haberla besado y abrazado repetidas veces, le dije:

«—¿Pero por qué, por qué se sacrifica usted de esta manera? ¿Por qué renuncia usted a todas las alegrías de la vida?

»—Porque fui culpable y he de expiar mis culpas —contestó.

»Y a un ademán mío añadió:

»—Sí; he de renunciar a todos mis sueños; las alegrías del mundo murieron para mí y no he de conservar esperanza alguna.

»—¿Pero no sabes —prorrumpí con ímpetu— que hay un hombre que muere de amor por ti? Perdone usted mis palabras, Emiliano.

—Son la expresión de la verdad —dijo Emiliano, presa de una ansiedad horrible—. Siga usted.

»—Susetta palideció de una manera atroz y me dirigió una mirada que me hizo temblar.

»—Ya me olvidará —contestó—, como procuro olvidar yo.

»—¿Luego tú le amas aún? —exclamé.

»—Sí, le amo... —contestó con sencillez—, porque yo no soy una mujer que entrega el corazón dos veces. Pero repito lo que dije un día: no seré nunca su esposa y ocurra lo que quiera no me veré más con él. Puedes darle, pues, mi eterno adiós.

»En vano la supliqué que revocara su resolución. Permaneció firme e inquebrantable en ella.

»—Todo, mi amor lo he concentrado ahora en mis pobres enfermos —dijo—. Solo a ellos he consagrado mi vida.

»—Pero Emiliano vendrá a arrancarte de aquí, si sabe, como yo, que te ocultas bajo este hábito.

»La vi temblar y sonrojarse.

»—¿Tú crees que vendrá?

»—Estoy segura de ello.

»—Pero si él fue quien me repudió y me despreció.

»—Porque te creía la amante de Osvaldo.

»—Si me hubiese amado de veras, no habría dudado de mí y me habría perdonado.

»—Si no te hubiese amado, no se habría dado prisa en comprar la villa donde estuviste, donde todo habla aún de ti; ni habría conservado tu servidumbre.

»Susetta bajó la vista.

»—Un capricho de gran señor, como es ahora —contestó—. Yo doy gracias a Dios por la fortuna que ha tenido. Se la merecía.

»Y tendiéndome la mano que encontré helada y temblorosa, añadió:

»—Dile de mi parte que solo deseo saberle casado y feliz. ¡Hay tantas y tan lindas y buenas muchachas, que no tendrán otro deseo que el de amarle y obtener su corazón! Que se persuada de que he muerto y así le será más fácil alejarme de su imaginación y dedicarse a una nueva existencia.

»Luego me abrazó repetidamente, diciendo:

»—Adiós, adiós para siempre.

»—¿Adiós? ¡No! Porque yo vendré a visitarte —contesté.

»Susetta no respondió; me estrechó de nuevo las manos, acompañándome hasta la puerta.

»La misma noche supe que había salido de Turín.

—Pero yo la encontraré; ¡quiero encontrarla! —exclamó Emiliano—. No; no es posible que yo la pierda así.

»¡Oh! Perdone usted mi desahogo, señora; pero es tanto lo que sufro, que no sé lo que me digo ni lo que me hago.

Adriana no quiso demostrar cuán conmovida estaba.

—Vaya, Emiliano, no se descorazone usted —dijo—. Usted que nos ha dado tantos ejemplos de firmeza y fuerza de voluntad, ¿iba ahora a desesperarse y a dejarse abatir por el dolor? Desde el momento en que está usted seguro de su amor por Susetta y del de ella por usted, espere; de este modo su triunfo será más grande. ¿Cree usted que sus amigos, cuantos quieren a ustedes van a permitir que los dos se sacrifiquen? No, no. El mismo Dios no lo puede permitir, puesto que ve que el corazón aquel que habría de serle a Él solo dedicado, lleva impresa una imagen terrenal.

Una expresión de infinita gratitud apareció en los abatidos ojos de Emiliano que, tomando una de las manos de Adriana, la llevó con respeto a los labios.

—Gracias por sus palabras y su consuelo —murmuró—. Y Dios quiera que sea usted adivina.

Cuando Adriana le dejó, el conde estaba más tranquilo, pero sus labios repitieron con inmensa angustia el nombre de su adorada.

—¡Susetta, Susetta! —murmuraba—. ¿No sabes acaso cuánto te amo y que Dios no te perdonaría mi infelicidad y mi muerte?

Toda la servidumbre de Emiliano se enteró de que su dueña Susetta, a quien seguían esperando siempre, había vivido dos años en Turín, al lado de ellos, bajo los modestos hábitos de hermana de la caridad. Y leyeron todos ávidamente el hecho de la agresión de Susetta y cuanto había ocurrido.

Quien quedó más impresionada fue Cinta y también ella se apresuró a ir en busca de la hermana. Pero no la encontró.

Y volvió a casa llorando desesperada.

—Yo soy la mayor culpable de cuanto sucede —dijo a René—, porque si yo no hubiese lisonjeado a Gondo e instigado sus celos, don Osvaldo no estaría hoy luchando entre la vida y la muerte y la señorita Susetta no habría desaparecido de este modo dejándonos sumidos en el dolor y el remordimiento.

René procuraba calmarla y mitigar sus penas. Y acabó por decirle:

—¿Sabes lo que tendrías que hacer para reparar tu culpa y que nuestro dueño recobre la perdida felicidad?

—Di.

—Ir en busca de Susetta, decirle cuánto sufre el conde por ella y procurar que vuelva aquí. Pero como todo esto a ti no te sería fácil realizarlo, yo te acompañaré.

Cinta le saltó al cuello, besándole con ímpetu.

—¡Oh! sí, sí; hagámoslo. Yo estoy dispuesta a ello.

—Y yo.

Y esto acordado, apenas se fue Adriana, los dos jóvenes se presentaron a Emiliano, exponiéndole su proyecto y sus esperanzas.

El conde, conmovido ante tal espontaneidad de afectos, les dio el consentimiento.

Y, una vez solo, besó apasionadamente un retrato de Susetta, murmurando:

—No; no es posible que me abandones para siempre; no, no me escaparás, porque yo te amo; te amo y si te ofendí perdóname y no me apartes de ti.

VIII

La decisión de Susetta fue debida a la visita de Adriana y a cuanto le contó del conde. Lo que sintió interiormente la joven es más fácil imaginarlo que describirlo. Tras una larga lucha consigo misma y después de haber llorado largamente y orado delante de un crucifijo, se levantó resuelta a cumplir su sacrificio hasta el final.

Susetta fue a ver a la madre superiora y le dijo con sencillez:

—Ocúlteme usted para que nadie sepa en Turín dónde yo me encuentro. Los periódicos han hablado de mí; todos vienen en mi busca y me he visto obligada a recibir la visita de la señora Ranieri; pero no deseo ver a nadie más. Aconséjeme qué debo hacer.

Susetta estaba agitadísima.

La madre superiora la miró con suprema dulzura y compasión.

—Hija mía —contestó con maternal acento—. Usted no está obligada a decir a los que la buscan el sitio dónde se encuentra. Haré decir a todo el que se presente que se ha marchado usted, y mientras decidirá usted misma lo que crea más conveniente. En breve terminan sus votos...

—¡Oh! Los renovaré —interrumpió precipitadamente Susetta—, porque me siento muy feliz. El mundo no me seduce ya; mi sola alegría ahora es la de llevar un alivio a mis pobres enfermos y con la ayuda de Dios arrancar alguno de las garras de la muerte.

—La creo, hija mía; de todos modos, tiempo tiene usted para reflexionar; porque estará durante unos días retirada en su celda hasta que la madre general haya decidido a dónde la enviará.

—Cuanto más lejos me envíe, más la bendeciré.

Su alma entera estaba en aquel momento consagrada a Dios y a Él ofrecía sus sufrimientos como un cántico de amor.

Pero en la soledad de su propia celda su pensamiento se dirigía a los enfermos abandonados. Pensaba en Luciano, el hijo del general, que lloraría no viéndola llegar; pensaba en Osvaldo moribundo a quien había ofrecido asistir y ver de curar.

¿Y lo abandonaba todo por temor del conde? ¿La última carta de Emiliano había matado su amor? No; es más: la idea de que él pudiera despreciarla la había sometido más a aquel cariño que fue el único sueño de su vida. Pero se sentía ahora indigna de él y le había dicho y repetido que aunque le viese morir a sus pies no habría de ser nunca su esposa.

Y había de mantener la palabra.

¿Pero debía por eso, en que no había más que un amor propio herido, dejar morir a Osvaldo? Y entonces fue cuando se le ocurrió mandar las recetas que podían serle útiles en un sobre cerrado, después de añadir a ellas las siguientes instrucciones:

«Conservar la tranquilidad de espíritu.

«Adorar en su mujer y su hija, que han de ser su mayor consuelo y su redención.

«Rogar por ella y perdonar a cuantos le habían hecho daño, como le habían perdonado a él.»

Cuando hubo enviado esto, no quiso ver a nadie.

Susetta supo que habían ido en su busca varias personas, a todas las cuales se dijo que se había marchado.

Ella estaba retirada en su habitación para llorar y pensar.

Pero una mañana le fue entregado por las mismas manos de la superiora una orden del juez que instruía el proceso contra Gondo, para que fuese a declarar.

—Es imposible excusarse —le dijo—. Con la Justicia no pueden gastarse bromas. Si se niega usted a ir la llevarán al tribunal a viva fuerza.

Susetta lloraba desesperada.

—¿No dijo usted que yo no estaba en Turín?

—Sí; pero me contestaron que la avisara a usted donde quiera que se hallase. Tiene usted dos días de tiempo.

—Perdone usted, madre, pero no iré. Nada tengo que cambiar ni añadir a cuanto tengo declarado. Por consiguiente, no me necesitan para nada.

—Redacte usted la declaración y yo misma la llevaré.

Susetta obedeció; pero no estaba tranquila.

Y se vio conducida ante el juez, dando al hecho una gran publicidad; se vio rodeada por el conde y otros para que no escapara, para que renunciara a su vida de religiosa, y sintió escalofríos.

—No; no permaneceré aquí —se dijo— y nadie sabrá a dónde he ido a parar.

Después de un largo coloquio con la madre superiora, Susetta mandó a comprar un traje negro y un largo manto y sombrero del mismo color con un velo que le llegaba hasta los pies y ocultaba por completo su semblante.

Y así vestida, la joven pudo dejar la casa; pero no salió de Turín.

El mes anterior había Susetta cuidado a una pobre mujer, una viuda que de una posición desahogada había ido a parar a la más

espantosa miseria. Nada había ocultado la pobre viuda a Susetta referente a su atribulada existencia, y la joven, conmovida, no permitió que la infeliz fuese conducida al hospital.

Alquiló para ella una pequeña casa en la calle de Cavoretto; una casita provista de un huerto que, cuando la enferma hubiese curado, podía servirle de distracción en sus ratos de ocio. Había puesto, además, a su servicio, a una pobre huérfana, cuya madre, poco antes de morir, recomendó a Susetta para que no quedase en la soledad y en la miseria. Y ofreció a las dos que les procuraría un trabajo, decoroso bien remunerado y poco pesado.

La viuda y la muchacha lloraron de alegría y gratitud y desde aquel día sintieron por la hermana una verdadera adoración y habrían dado toda su sangre para probarle su infinito reconocimiento.

Y a dicha casa se dirigió Susetta al anochecer.

La hermana había recorrido a pie todo el camino; pero era tal su deseo de huir y de alejarse, que no sentía el menor cansancio.

La casita, de un solo piso, estaba situada al fondo de un callejón que daba a la carretera real.

Susetta vio luz a través de la ventana y sintió palpitarle el corazón.

—Estas me deben su tranquilidad —pensó—. ¿Por qué no he de encontrarla yo al lado de ellas?

Recorrió precipitadamente el callejón y llamó a la puerta de la casa.

Se abrió una ventana y apareció una sombra que preguntó:

—¿Quién?

—Yo; Sor María.

Se oyó una exclamación de alegría; se cerró la ventana y casi al momento se abrió la puerta de par en par.

Susetta se había echado el velo hacia atrás, poniendo al descubierto su rostro angelical. De no haberlo hecho así, la viuda y la huérfana no la habrían conocido.

Después de haberla hecho entrar en un modesto salón iluminado con un quinqué de petróleo, la viuda exclamó:

—Qué felicidad la nuestra al volverla a ver. Juanita y yo hablábamos precisamente de usted.

—Y yo decía —interrumpió la chiquilla—, que nuestro buen ángel iba a venir en breve.

—Es el buen Dios que me ha inspirado a venir aquí en busca de un refugio para mí al lado de vosotras —dijo Sor María dejándose caer en una silla junto a la mesa donde había una cestita de labor.

—¡Oh! Sea usted la bienvenida —exclamó la viuda—. Esta casa y cuanto contiene es de usted; y nosotras estamos por completo a su disposición.

Se guardaron muy bien de hacer a Susetta pregunta alguna acerca de su cambio de traje y de los motivos que la condujeron a su casa. Para la viuda y la muchacha, Sor María era como un símbolo divino, algo sobrenatural.

—¿Tenéis una habitación para mí? —preguntó Susetta.

—Le cedo la mía —exclamó con prontitud la viuda—. Juanita y yo estaremos muy bien en una, sobre todo estando como estoy, por gracia de usted, completamente restablecida.

—A mí me basta la más pequeña estancia con un jergón.

—No; usted no querrá darme el disgusto de despreciar la mía —dijo la viuda.

—Acepto agradecida y asimismo os digo que tengo hambre y cenaré con vosotras.

—¡Oh, qué alegría! —exclamaron las dos mujeres.

Acompañaron a Susetta a su habitación para que, mientras preparaban la cena, se pusiera en libertad.

Una vez sola, Susetta se dejó caer abatida en una silla.

—¿He hecho bien? —murmuró—. ¿He hecho mal? Dios que me ve y me juzga no querrá condenarme porque huya; si no lo hiciera así, Emiliano me encontraría y no tendría valor para separarme de él.

Un tanto repuesta, Susetta se quitó el velo y el sombrero y volvió a la habitación contigua donde estaba puesta la mesa.

Juanita fue a su encuentro para besarle la mano.

—¿Estás contenta? —le preguntó.

—Soy feliz —le contestó—. Doña Berta me quiere como si fuese mi verdadera madre; la mía bendecirá a usted desde el cielo.

La muchacha enseñó a la hermana ciertas puntillas que estaban haciendo por encargo de una señora y le contó cómo pasaba el tiempo con la viuda.

Esta, que había preparado la cena, no tardó en presentarse y se sentaron a la mesa.

Susetta cenó con apetito, consolada por las dulces palabras y la efusión de gratitud de las dos buenas criaturas a quienes había salvado la vida.

Pero aquella noche no durmió.

Al día siguiente confió a la viuda y a la niña cuanto le había ocurrido y les dijo que permanecería con ellas hasta tanto que la madre general supiera a dónde iba a ir destinada.

—¿De modo que dejará usted Turín? —preguntó la viuda.

—Es necesario —contestó tristemente la hermana—. Pero antes quisiera saber si el estado de salud de don Osvaldo Naldi ha mejorado.

—Yo me encargo de informar a usted —dijo vivamente Juanita—. Nadie sospechará de mí. Yo me presentaré en casa de Naldi, diciendo que me envían de una agencia por si necesitaran una enfermera y verá usted como consigo saber lo que desea.

—Que no se te escape ninguna alusión a mí.

—Antes me dejaría arrancar la lengua.

—Siendo así, acepto...

Sor María aguardó con impaciencia el resultado de la estratagema de Juanita. La muchacha volvió antes de lo que Susetta suponía.

—No he podido saber nada —dijo tristemente—. Es decir: averigüé que don Osvaldo y su mujer están fuera de Turín y se han dirigido a una población marítima. Cuando soné el timbre había también otra joven que esperaba noticias como yo y vinimos juntas. Y por ella supe que su amo había dicho en casa que el pobre señor estaba mejor y en vías de curación.

—¡Dios lo quiera! —murmuró Susetta, conmovida—. De lo contrario, sentiría el remordimiento de haberle abandonado.

Al día siguiente Susetta recibió de Francia una carta que le dirigía la madre general, en la cual, entre otras cosas, le decía:

«Hija mía: le faltan pocos días para renovar los votos; piénselo usted bien, porque es un pecado querer dedicarse a Dios cuando en el corazón no están rotos todavía todos los lazos terrenos.

»Usted nos es en extremo querida y tendremos necesidad de su cooperación; pero deseamos ante todo saber que está usted contenta y es usted feliz, porque se lo merece.

»Pero si está usted decidida a romper todo vínculo con el mundo, sepa usted que la hemos destinado a nuestra misión en África, para donde tendrá usted que salir al punto. Reflexione usted y rece.»

Y dirigiendo la mirada a un crucifijo que pendía de la pared, dijo con firme acento:

—¡Parto!

FIN DE LA CUARTA PARTE

****

EPÍLOGO

Ahora y siempre

I

En una gran azotea cubierta que domina el mar, en uno de los más lindos puntos de la costa, sentado en una mecedora, Osvaldo, que parecía vuelto de muerte a vida, y en cuya fisonomía se transparentaba un bienestar infinito, estaba leyendo una carta de su hermano Jorge.

El industrial escribía:

«La huelga ha terminado por fin y dichoso tú que no has estado aquí estos días.

»Por lo demás, muchos obreros se portaron bien porque no tienen motivo de lamentarse y no hubieran abandonado el trabajo de no haberles obligado los demás.

»Yo les dije: Idos, hijos míos, pero recordad que tenéis en vuestro hogar una familia, por lo que conviene que no os comprometáis ni corráis el riesgo de que se os despida de la fábrica. Muchos de ellos me aseguraron que no tomarían parte en manifestación alguna; las mujeres eran las más furiosas y no pude calmarlas ni a las malas ni a las buenas.

»—No; no queremos ser esclavas de nadie —gritaban.

»¡Pobres ilusas, que solo saben aprovechar de la libertad para el mal!

»Claro está que entre ellas figuraban las más osadas, que creían cometer un acto de valentía arrojando piedras e injuriando a las tropas, entre las cuales había tal vez sus hermanos u otros parientes.

»Basta; ahora ha renacido la tranquilidad, y los que parecían más violentos son los más prudentes y, puedo añadir, los más humillados.

»¡Cuánto dinero gastado, cuánta energía perdida y cuánto entusiasmo apagado! ¿Lo creerás? A mí me parece que quiero a estos obreros más que antes, y cuando paso en medio de ellos y les veo que se ruborizan y me saludan con respeto, tendiéndome sus rudas manos, mi corazón se oprime y las lágrimas bañan mis ojos. No; no son malos; pero se exaltan con facilidad, tanto por el bien como por el mal; tienen los arranques y las debilidades de nuestro siglo exangüe, y esto influye tanto en lo físico como en lo moral, ora excitándoles hasta la locura, ora debilitándoles hasta que no son buenos para nada. No he despedido a ninguno, y esto ha contribuido a reconciliarles a todos.

»¿Y tú? ¿Cuándo vendrás a reanudar tus servicios en la fábrica? Aquí me preguntan continuamente por ti y hacen votos por tu completa curación. Ahora ya se sabe que la niña que tienes contigo es hija tuya y de Nilotta y todos aprueban tu conducta y ensalzan a tu mujer, a quien adoran todos.

»Yo paso mis horas libres al lado del general Volterra, porque su hijo me ha tomado tanto cariño, que yo mismo no podría pasar un día sin verle.

»El abogado Ranieri me ha dicho que tu asesino ha sido condenado a una pena bastante leve gracias a tu declaración y a la de Sor María. Como ninguno de nosotros tomó parte en la causa, esta ha perdido en gran parte su interés. A la Bruja, que se volvió loca, la llevaron a un manicomio.

»Cinta, como ya te dije, había encontrado las huellas de Susetta; pero Emiliano llegó harto tarde y la hermana había desaparecido ya.

Pero se ha puesto en la cabeza que ha de encontrarla. Dios quiera que lo consiga.

»No tengo otras noticias que darte y aguardo las tuyas, que espero sean cada vez más satisfactorias. Tú tienes la felicidad en tus manos; no te la dejes escapar; de lo contrario, ya no la alcanzarías. Saluda en mi nombre a Yolanda y besa en la frente a mi sobrinita.

»Tu hermano,

»Jorge.»

—¡Pobre Jorge! —murmuró Osvaldo—. Sin mí, también él sería dichoso; ¿pero puedo yo renunciar a mi mujer y a mi hija?

»¡Ah! ¡Si él pudiese sospechar que he descubierto su secreto y tengo celos de él! Y, sin embargo, sería un monstruo si me lamentase de mi hermano o de Yolanda.

Estaba pensativo y tenía aún aquella carta en sus manos, cuando se presentó Yolanda en la azotea. Parecía una angélica visión con su bata blanca, y nunca a Osvaldo le pareció tan linda. Pero ¿pensaba ella en él? ¿Podía amarle y desear su curación?

A pesar de todas las pruebas de abnegación de la buena mujer, Osvaldo dudaba aún; le parecía imposible que Yolanda pudiese olvidar lo pasado y ser feliz con él.

Las recetas de Sor María produjeron excelente efecto. Si no podía decirse que Osvaldo estaba curado del todo, era innegable que se sentía más fuerte y había recobrado todo el apetito y la jovialidad de otros tiempos.

Miró a su mujer acercarse a él y con extática sonrisa le tendió los brazos.

Yolanda se inclinó para besarle.

—Qué espléndido día el de hoy, ¿verdad?

—Sí, hermosísimo —contestó Osvaldo, devolviendo con entusiasmo el beso a Yolanda—. ¿Y Noris?

—Ha salido con Mali y más tarde saldrá con nosotros, porque tú has de empezar a hacer movimiento; a salir.

Osvaldo se hizo cariñoso como un niño.

—¡Estoy tan bien aquí contemplando el mar, y sobre todo cuando te tengo a mi lado! —contestó estrechando en la suya la mano de su esposa, que sonrió diciendo:

—Lo creo; pero has de recordar las instrucciones de Sor María. Una vez estés mejor, debes procurar que despierte tu energía moral y empieces a ocuparte en algo. De este modo no se te hará luego tan cuesta arriba el volver a la fábrica.

Osvaldo se emocionó algo y le preguntó:

—¿Quieres de veras que volvamos a la fábrica? ¿Tanto te interesa estar en Turín?

—A mí, no; ¿pero qué remedio queda?

—Si tú quisieras...

—Di.

—Yo cedería por completo la gestión de la fábrica a mi hermano, y con la renta que él me pasara y la que poseemos, pasaríamos la vida en este ángulo de paraíso.

Yolanda movió la cabeza.

—No te lo apruebo —contestó con seriedad—. Lo que ahora te parece posible, no lo será dentro de algunos meses, cuando te hayas restablecido del todo; tú no estás en edad de abandonarte a completa holganza y echarías de menos bien pronto la vida de otros tiempos.

Osvaldo frunció el ceño y un relámpago brilló en sus pupilas.

—Hablas sin duda por ti misma, no por mí —dijo, recobrando el rudo acento de unos meses antes.

—Te equivocas; nada quiero para mí como no sea cumplir con mi deber.

—Pero este deber es gravoso para ti; confiésalo; di que tú no puedes tener ningún afecto a este desgraciado que amargó tu juventud y tu existencia y no supo comprenderte nunca.

—¡Qué malo eres! ¿Si yo no te quisiera estaría aquí a tu lado, riñéndote cuando no me obedeces e insistiendo en cuanto puede adelantar tu curación?

—Si quieres verme curado, no volvamos a Turín.

—¿Pero por qué?

Osvaldo inclinó hacia ella la cabeza, suspirando.

—Porque estoy celoso —contestó.

Yolanda trató de sonreír.

—¿De quién? —preguntó dulcemente.

—De mi hermano.

Yolanda palideció y miró casi asustada a su marido.

—¿De Jorge? —murmuró—. Osvaldo, tú deliras.

—Yolanda, estamos solos y podemos hablar con franqueza, ¿verdad?

Ella sonrió con sonrisa llena de angustia.

—¿Qué intentas decirme?

—Quiero decirte que lo sé todo, que todo lo he adivinado. Jorge, fascinado por tu hermosura y tus buenas cualidades, te ama como se ama a los ángeles del cielo, tú, testigo todos los días de su

bondad y de sus delicados sentimientos, has dejado hablar a tu corazón en favor suyo.

—¡Basta! —dijo Yolanda levantando la frente ante el marido—. Tú nos calumnias a los dos; si lo sabes todo, has de saber también que Jorge y yo podemos mirarnos cara a cara sin sonrojos y que toda nuestra existencia está consagrada a ti.

Osvaldo la miraba ardientemente, con viva conmoción.

—¡Perdóname! —exclamó—, ¡perdóname! Me creía totalmente curado; pero ahora me apercibo de que estoy todavía muy enfermo, puesto que ofendo a las dos criaturas que más me aman y han sufrido por culpa mía.

—No; ahora somos felices, porque con nuestro sincero cariño por ti hemos podido librarte de la muerte —contestó Yolanda—. Pero como no ha de restar la menor sombra de duda respecto de nosotros, si te parece fijaremos aquí nuestra residencia, abandonando padres y amigos y todo.

—¿Y no te arrepentirás de esta resolución?

—Con tal de verte contento y feliz, no.

Yolanda no pensaba en sí, sino en él, solo en él, que desde el primer día de su matrimonio había aniquilado, devastado y destruido sus puros y castísimos sueños.

Curado o enfermo, seguía siendo el detestable egoísta que no pensaba más que en sus propias satisfacciones, desconfiaba de todos y no sabía aquilatar los sacrificios ajenos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Osvaldo tendió la diestra a Yolanda.

—¡Dime que me perdonas!

—Nada tengo que perdonarte —añadió ella, con dulzura—. Cada mal tiene sus debilidades y yo misma tendré las mías. Pero ten al menos

la persuasión de que tanto tu hermano como yo no tenemos otro ideal que tu salud y tu felicidad.

—Os creo; tengo confianza en vosotros.

Y recobró la alegría y alegre estuvo todo el día jugando y bromeando con Yolanda, con Noris y con Mali.

A la noche tomó los polvos acostumbrados y se retiró a su habitación para irse a acostar.

Nadie le velaba ya, porque dormía profunda y tranquilamente toda la noche.

Yolanda le acompañó para ver si le faltaba algo, si la lamparilla estaba encendida y si todo estaba en su lugar. Al retirarse, Osvaldo la atrajo hacia sí y estrechándola fuertemente le dijo:

—Repíteme que me quieres y me perdonas —murmuró.

Yolanda pareció algo inquieta; pero se dominó, y dándole sus labios a besar, le dijo:

—Eres una criatura grande, más criatura que yo, que tengo apenas veinte años. Sí, te quiero mucho y te lo perdono todo; puedes dormir tranquilo.

—Otro beso.

—Toma.

Y después de haberle besado otra vez se apartó de él riendo y exclamando:

—Buenas noches.

Y escapó sin volver la cabeza y cerrando la puerta detrás de sí.

Osvaldo quedó inmóvil en su sitio; una sombra ofuscaba su mente. Pero no tardó en serenarse y en lugar de acostarse escribió a Jorge lo siguiente:

«Queridísimo hermano: Me alegro que todo se haya resuelto bien y que la huelga reciente no haya dejado huellas evidentes en nuestra fábrica. Esto se debe a tu fuerza de voluntad, a tu presencia de ánimo y sobre todo al sistema que sigues con los obreros. Sí; nadie como tú es capaz de dirigirles y solo a ti se debe el desarrollo de nuestro patrimonio y su prosperidad.

»Me preguntas cuándo podré ir a ayudarte. ¡Tal vez nunca! Mi físico ha seguido mejorando, es cierto; pero estoy muy lejos de mi curación, como supone Yolanda. Yo le oculto con frecuencia mis sufrimientos para no asustarla y mientras la veo contenta y confiada seguir los progresos de mi mejoría.

»Nunca como en estos días tuve ocasión de apreciar lo que vale Yolanda, ni nunca me sentí tan indigno de ella. He hecho mi examen de conciencia y me he juzgado; Yolanda no era para mí; ella merecía un hombre como tú, que hubiese sabido hacerse dueño de su alma y hacer de ella la única alegría de su vida. Yo la amé y la amo; pero no se lo supe probar nunca; la ofendí en sus más íntimos afectos y la abandoné por caprichos que no me puedo perdonar. No le he causado más que dolores y amarguras, perdí su confianza y la recrimino aún cuando quisiera adorarla de rodillas.

»Basta; todo cuanto te digo no se lo repetirás. Solo te añado que, si hubiese de ocurrirme una desgracia, a ti confío mi mujer. Júrame que la querrás mucho y procurarás hacerla feliz. Si no mantuvieses el juramento, no gozaría del descanso eterno.

»Pero estoy viendo que solo te digo tonterías, puesto que no tengo deseos de morir y menos ahora que todo sonríe en torno mío y cuando el médico me permite dar paseos por mar.

»Mañana empezaré a mecerme en las ondas salinas cuyos efluvios han de devolverme la fuerza y la salud.»

Osvaldo interrumpió la carta; se sentía rendido de alma y de cuerpo.

—Mañana la terminaré —dijo.

Y se acostó.

Pero, aunque cerró los ojos, su corazón velaba. Y le pareció encontrarse de pronto en la cámara nupcial y ver tendida a sus pies e inanimada, muerta, a la infeliz Nilotta.

Y sintió el espanto de aquella noche e intentó huir.

Pero sus esfuerzos eran impotentes y una voz le susurró al oído:

«—Es preciso desembarazarse del cadáver; valor.»

Pero la alucinación seguía impertérrita.

Y veía a su hermano mirándole, con ojos amenazadores.

Y oía su voz que le repetía:

«—No temiste cuando la burlaste, cuando la echaste de aquí con su hija y ahora sufres el castigo; piensa en la pobre desventurada que unió su suerte con la tuya; pero ella no debe ser responsable de tus faltas. Apresúrate; precisa que este cadáver desaparezca antes que se haga de día, o te pierdes. El canal no está lejos; yo te ayudaré.»

Osvaldo se estremeció como aquella noche levantando el cuerpo de Nilotta, y como entonces repetía:

«—No puedo, no puedo.»

Pero la visión se presentaba más atroz. El cadáver se agarraba a él y sentía aquel cuerpo adherido al suyo, el semblante helado, desfigurado...

Lanzó un grito de terror que le despertó; estaba bañado en sudor, pero se dio cuenta de que estaba solo en la habitación.

—¡Qué espantoso sueño! —murmuró—. Afortunadamente ha pasado.

Bebió un sorbo de agua, se acurrucó debajo de las sábanas y quedó dormido nuevamente.

Otras visiones se atropellaban en su imaginación. Le parecía que se encontraba en medio de sus obreras y que todas le rodeaban y aclamaban. Distribuía entre ellas regalos y dinero, llamando por su nombre ora a una, ora a otra, y arrojaba su pañuelo para ver quién era la primera que lo recogía. Y la alegría de las obreras se trocaba en tumulto; el círculo se estrechaba y surgían de él mil voces.

«—Me toca a mí que fui la preferida.

»—A mí que me tendió un lazo para hacerme caer.

»—Y yo que tengo de él una criatura, ¿no tengo acaso mis derechos?

»—El amo ha de ser mío.

»—Que ninguna lo toque, o sentirá el efecto de mis uñas.»

Y todas las míseras esclavas de sus placeres, de sus locuras, le rodeaban, le cogían, se agarraban a él hasta el punto de quitarle la respiración.

En vano trataba de alejarlas de sí; los brazos de todas le rodeaban, impidiéndole todo movimiento.

—A quien amas es a mí, a tu Claudina, ¿verdad?

—No, me prefieres a mí; a tu Cinotta.

—Fuera vosotras; quien reina en su alma soy yo: su Clara.

—No, no; es Rosita.

—Paso a Nilotta; a la reina.

Y la hermosa muchacha se acercaba a él sonriendo y tendiéndole los brazos.

«—Ven; eres mi esposo, hemos de descansar juntos; nadie podrá separarnos.»

Osvaldo trataba de deshacerse de ella; pero era inútil; a un ademán de sus lindas manos, las demás esclavas cayeron al suelo, formando como una barricada en torno de él y de Nilotta.

De momento, le pareció a Osvaldo que sentía transportarse con ella en el espacio; sintió el vértigo que le impedía mirar al suelo.

Y andaban, andaban entre las nubes y las estrellas, hasta que la voz de Nilotta le murmuró al oído:

«—He ahí el agua; hela ahí. Allí está nuestro nido de esposos donde dormiremos eternamente.»

Y sintió la sensación de caer en un abismo.

Aquella sacudida le despertó de nuevo, no bañado ya en sudor, pero con los miembros helados y el cerebro extraviado. Durante su enfermedad no le ocurrió nunca cosa parecida.

—¿Es un presagio de mi muerte? —se preguntó.

Esta idea le produjo una especie de angustia nerviosa que poco a poco se calmó.

—¿No la busco yo mismo? —se repitió.

Cuando despuntaba el día Osvaldo se durmió tranquilo.

Le despertó un beso de su Noris.

—¡Papá! ¡Qué hermoso día! ¿Vamos a dar un paseo por mar?

Osvaldo la abrazó y le dijo:

—Sí, sí, alma mía. ¿Irás gustosa conmigo?

—Sí, papá, porque te quiero mucho.

Los ojos de Osvaldo se llenaron de lágrimas y una rápida idea cruzó por su mente.

—No; sería un delito que no podrían perdonarme —se dijo.

Y besando con entusiasmo a su hija, exclamó:

—Dile a Bautista que haga preparar la lancha.

—Voy, papá.

Apenas había salido Noris cuando entró Yolanda.

—¿Es verdad —preguntó algo inquieta—, que quieres dar un paseo en lancha?

—Sí; ¿no hace más de una semana que el médico me dio permiso? También Noris lo quiere.

—Pero yo no os lo aconsejo. Para respirar el aire del mar basta con la azotea. Por otra parte, tu estómago no es lo suficiente fuerte para soportar las ondulaciones de la lancha. Luego Noris es una ardilla que no puede estar quieta.

Osvaldo se echó a reír.

—¡Confiesa que tienes miedo! Pero no temas; ni conozco el mareo ni tengo tan poca fuerza en los brazos que no pueda sostener a Noris para que no cometa imprudencias. Y si hubiésemos de caer en el mar, soy un nadador de primera fuerza.

Yolanda estaba lívida.

—No gastes bromas, créeme; sí, lo confieso, el mar me da miedo, y si quieres verme tranquila renuncia a este paseo.

Osvaldo se picó.

—¿De modo que me tomas por un niño? ¿Por qué me trajiste a un puerto de mar si solo he de verlo de lejos? ¿No te fías siquiera de Bautista, que es el mejor de los barqueros?

Yolanda no quiso excitarle más.

—Está bien —dijo resuelta—, yo iré también con vosotros.

—Me alegro, y así te convencerás de que no se corre peligro alguno.

—Voy a vestirme.

—Y yo voy a hacer lo propio.

Media hora después, la lancha, guiada por Bautista, abandonaba lentamente la orilla.

El mar estaba en calma y terso como un espejo, y a medida que la lancha se iba alejando, se desvanecía el rumor de las olas y el pueblo, con sus casas de vivos colores que se reflejaban en el agua, tomaba un aspecto casi fantástico; los árboles parecían más verdes y el cielo más azul.

Noris estaba silenciosa y recogida al lado del padre, y Yolanda, sentada delante de los dos, les miraba conmovida.

—Tenías razón, Osvaldo —dijo ella, dulcemente—. Este paseo es encantador.

—¿No tienes miedo? —le preguntó, riendo.

—Cuando estoy a vuestro lado y puedo veros y miraros, no tengo miedo de nada —contestó Yolanda, gravemente—, pues si hubiese de ocurrir una desgracia, estaríamos unidos en la muerte como en la vida.

Osvaldo se estremeció.

—¿Y si hubiese de morir solo uno de nosotros, yo, por ejemplo?

Yolanda le miró con fijeza.

—No podría soportar tu separación —respondió con sencillez— y te seguiría.

—Yo también, papá —dijo la voz argentina de Noris.

Osvaldo sintió oprimírsele el corazón; no le era siquiera permitido morir, porque en vez de hacer un bien habría sacrificado a los que le eran más caros.

Yolanda era sincera; en aquel momento lo comprendía.

—Ea, fuera esas ideas lúgubres —exclamó—. Tenemos aún que gozar juntos la vida y por muchos años.

La lancha seguía andando y el paseo resultaba cada vez más encantador.

—Jorge me ha escrito diciendo que la huelga se ha solucionado —dijo Osvaldo.

—¡Gracias a Dios! —contestó Yolanda—. Una huelga es siempre perjudicial, lo mismo para los amos que para los obreros. Ya sabes que mi padre, cansado de tanta huelga, acabó por cerrar la fábrica definitivamente. Realmente es sensible por el número de familias que quedan en la calle; pero, ¿quién tiene la culpa? Yo no creo que haya habido un amo más humano y más justo que mi padre y, no obstante, nada de esto le valió.

—¿Crees que los obreros honrados, verdaderamente honrados, que ganan trabajando, no son los primeros en lamentar ese estado de cosas, especialmente cuando tienen unos patronos como tu padre y mi hermano? Pero ellos se encuentran sometidos a un engranaje del que no pueden salir sin dejar en él trozos de carne y del alma. Sería preciso que todos los honrados se uniesen en apretado haz contra los otros.

—Los malos son más que los buenos —dijo Yolanda— y esto produciría una guerra fratricida que sería el deshonor y la desgracia de nuestra tierra.

Después de un breve silencio, se oyó la voz de Noris.

—Papá —preguntaba—, ¿si cayéramos al mar moriríamos todos?

Osvaldo tembló al contestar.

—No, hija mía, porque yo y Bautista sabemos nadar y todos nos salvaríamos.

—Será mejor que regresemos... —dijo Yolanda, mirando la lejana orilla—. Por ser este el primer paseo en lancha, ha sido demasiado largo.

—Regresemos —repitió Osvaldo, estrechando a Noris contra su pecho y mirando con cariño a su mujer.

A la orilla había alguien que agitaba un pañuelo.

Noris, con la mirada aguda de los niños, le reconoció al punto.

—¡Es tío Jorge! —exclamó alegremente.

El rostro de Yolanda se tiñó fugazmente de púrpura. Osvaldo lo advirtió y le pareció que un hierro candente le atravesaba el corazón. Pero su rostro permaneció impasible.

—¡Mi hermano! —exclamó—. ¡Si me escribió ayer! Alguna noticia de importancia me tendrá que dar; de lo contrario, me habría dado aviso de su llegada.

Yolanda se había repuesto de la emoción.

—Hoy es fiesta, la fábrica está cerrada —respondió—. Y Jorge habrá aprovechado el día para venir a ver los progresos de tu curación.

—Hay otro señor con él —gritó Noris— y un niño...

—Será el general con su hijo.

Efectivamente; eran ellos y los tres aguardaban ansiosos la llegada de la lancha.

Y mientras se acercaban a la orilla, cambiaban palabras y saludos.

—Estate quieta, Noris —dijo Yolanda—, o te caerás al agua.

—Papá me recogerá —exclamó Noris, riendo.

—Vaya; sé buena —dijo este.

Habían llegado a la orilla y Jorge tendió el primero los brazos para tomar a la niña que Yolanda le entregaba.

Apenas la había tomado Jorge, cuando la lancha se inclinó a un lado. Yolanda saltó a tierra en seguida, pero Osvaldo se cayó al agua.

Fue cosa de un segundo.

Jorge fue el primero en advertirlo, y abandonando a Yolanda y la niña, se echó vestido al mar y con el auxilio del barquero llevaron a rastras a Osvaldo hasta la orilla.

Osvaldo se había desmayado. Le prodigaron los más tiernos cuidados y, cuando abrió los ojos vio en torno suyo a su hermano, Yolanda, Noris, el general y su hijo que lloraban.

—¿Por qué no me dejasteis morir? —murmuró en voz baja y suspirando.

—¡Ingrato! ¿Por qué hablas así? —dijo Jorge, severamente.

Osvaldo le atrajo a su lado.

—Porque te habría hecho feliz con mi mujer.

Jorge se afectó ante aquellas palabras, pero su rostro adquirió cierta severidad.

—La felicidad de las personas honradas no se cifra en los remordimientos y las desgracias ajenas —contestó—. Nos habrías separado más que nunca, y ni el cariño fraternal nos habría consolado. Abre los ojos de una vez ¡diantre! Piensa en lo mucho que todos te queremos y en vez de prepararme una lúgubre acogida, muéstrate al menos alegre por la buena nueva que vengo a darte.

Y alzando la voz añadió:

—Desde ayer estoy prometido.

Osvaldo se levantó con violencia.

—¿Tú, prometido?

—Sí —contestó por Jorge, el general—. Y es obra mía; pero quisimos guardar el secreto hasta hoy para daros una sorpresa.

—Efectivamente; una sorpresa dulce y grata —dijo Yolanda, con tranquilo acento—. Usted merecía ser dichoso, Jorge, y yo me alegro de todo corazón; la mujer por usted escogida será indudablemente digna de usted.

—Es un ángel que se le parece a usted mucho —exclamó en tono alegre el general—. La huérfana de un compañero mío que me la recomendó poco antes de morir. Y yo supuse que la mejor manera de cumplir tan delicada misión consistía en entregarla al hombre a quien quiero como a un hijo. Jorge se oponía al principio para no ofender la memoria de Lucinda, pero yo le dije que Lucinda misma le bendeciría desde el cielo y estaría contenta de su felicidad. Entonces consintió en ver y hablar a la joven, y no bien habían transcurrido dos días cuando me dijo que si yo se la hubiese negado habría sido el hombre más desdichado de la tierra. Y todo quedó desde entonces combinado.

Osvaldo se echó en brazos de su hermano y con voz temblorosa y conmovida murmuró:

—Perdóname; estaba loco; gracias por haberme salvado la vida y vuelto a la razón; ahora te juro que no tendré otro pensamiento que el de curar y hacer feliz a mi mujer, como tú harás feliz a la tuya.

II

«Es un pecado querer dedicarse a Dios cuando en el corazón no están rotos todavía todos los lazos terrenos.»

Esta frase resonaba continuamente a los oídos de Sor María y ocupaba toda su imaginación mientras viajaba con dirección a Francia para dirigirse a la casa madre y partir de allí para el África, donde tal vez la muerte se apiadaría de ella para que tuviera fin su sufrimiento.

Porque en su corazón no estaban rotos todavía todos los lazos terrenales; la imagen de Emiliano se imponía a ella, tanto cuando oraba al pie del altar como cuando se inclinaba junto al lecho de un enfermo. Ella procuraba apartarla de su lado, imponiéndose nuevos sacrificios y deberes más penosos; pero todo resultaba inútil.

«—Yo estaré siempre entre Dios y tú» —parecía decirle el conde.

¿Y Dios no acudía en su auxilio ni cambiaba su corazón?

Ella hizo todo el viaje sin ver con quién se encontraba, envuelta en su traje negro, que parecía el luto de su juventud y de todos sus sueños.

La Superiora la recibió con mucho cariño.

—¿Estás realmente decidida a partir para siempre? —le preguntó—. ¿Has reflexionado? De allí no se vuelve ni viva ni muerta.

—Ya lo sé —contestó Susetta, con una especie de triste excitación—, pero estoy decidida, porque tengo sed de silencio, de soledad, de reposo.

—Si en tu espíritu vaga aún alguna imagen terrena, te faltará el reposo, la soledad la verás llena de fantasmas que te recriminarán por haberlos abandonado. Yo leí hace tiempo en tu alma; tú no faltarías nunca a tu deber, es cierto, pero este mismo deber te haría presa del remordimiento.

—No tengo remordimientos, madre, no; y con la gracia divina espero llegar a olvidar, a hacerme digna del cielo.

Susetta pasó la noche orando y sintiendo, a pesar suyo, que despertaban en su alma los recuerdos del tiempo pasado, los brevísimos días de felicidad, de amor.

Y había de partir dos días después.

Al día siguiente, mientras estaba escribiendo al abogado señor Ranieri para darle sus últimas instrucciones acerca del patrimonio que le quedaba y quería ofrecer a los pobres, la Superiora la llamó al locutorio, donde estuvo hablando cerca de una hora con un forastero.

Susetta fue a él sin vacilar; pero apenas hubo entrado, un grito se escapó de sus labios.

Se encontraba delante del conde Emiliano.

El digno caballero estaba mortalmente pálido y sus ojos tan dulces y expresivos, llenos de lágrimas.

—¿La he encontrado de nuevo para perderla? —dijo con voz apenas perceptible—. Susetta: ¿es cierto lo que acaba de decirme ahora la madre superiora? ¿Partirá usted para el África para no volver jamás?

—Sí —contestó Susetta, con voz casi entera, aunque sentía en el corazón una opresión espantosa—. La vida mundana no se hizo para

mí; solo la conocí para despreciarla y sentir el deseo de huirla; obré mal y estoy arrepentida; amé y no fui comprendida.

—Mejor dirá usted que no quiso comprender, porque usted sabía muy bien que la adoraba antes de conocerla, que quería tenderle una mano para evitar el mal que pretendía usted causar, sin revelarle que había descubierto su amor por mí en casa de su madre, a quien hizo usted su confesión, mientras yo estaba oculto en otra habitación.

Susetta ocultó un momento su ardiente rostro entre las manos. La superiora, mujer de alto entendimiento, la miraba con indulgencia y compasión.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró la hermana, con voz entrecortada.

Después, descubriendo el palidísimo rostro, dijo:

—Es tarde; no me tiente usted. Prometí dedicarme por entero a Dios y mantendré mi promesa.

Una expresión de sobrehumano dolor contrajo el semblante del conde.

—Sea —contestó con voz resuelta—. No la detengo a usted ya. Es usted bien libre de romper cuantos vínculos la unen al mundo y de matar en mí cuanto me habría reconciliado con la existencia y hecho bendecir a Dios; pero recuerde usted que al marchar pasará por encima de mi cadáver, porque me arrojaré debajo del mismo tren que la alejará de mí y de cuantos la quieren.

Susetta hubo de aferrarse a un brazo de la superiora para no caer. Lívida, con los ojos extraviados, miró al conde, que parecía haber recobrado la calma.

—¿Se mataría usted? —balbució.

—Sí; ¿qué me queda de la vida cuando no la sostiene esperanza alguna? ¿Y cómo podría usted servir a Dios pensando en el hombre

que usted condenó a muerte?

—¡Basta, basta! por piedad —gritó la hermana fuera de sí y horrorizada y tendiendo la mano al conde—. No me voy ya; me quedaré, porque si usted muriera yo le seguiría y Dios nos condenaría a ambos...

El matrimonio de Emiliano con Susetta se efectuó dos meses más tarde en Turín, el mismo día en que Jorge Naldi se unía con la huérfana elegida por el general Volterra.

Y aquella misma noche, Osvaldo, estrechando a Yolanda contra su pecho, le decía con entusiasmo:

—¡Ahora empiezo una nueva vida, que te dedicaré por entero y para siempre!

FIN